

**ANTONIO
Y
CLEOPATRA**

Colleen McCullough

I

ANTONIO EN ORIENTE

Del 41 al 40 a J. C.

I

Quinto Delio no era un hombre belicoso, ni tampoco un guerrero en la batalla. Cuando le era posible se concentraba en lo que hacía mejor, y esto era aconsejar a sus superiores de una forma tan sutil que llegaban a creer que las ideas eran verdaderamente suyas.

Así que después de Filipos, en cuyo conflicto ni se distinguió ni desagradó a sus comandantes, Delio decidió unir su magra persona a Marco Antonio y marchar a Oriente.

«Nunca era posible —se dijo Delio— escoger Roma; siempre se reducía a buscar alternativas en aquella masiva y convulsa lucha entre hombres determinados a controlar. —“¡No, sé sincero, Quinto Delio!”—... a gobernar Roma». Con el asesinato de César por Bruto, Casio y el resto de conjurados, todos habían creído que el primo hermano de César, Marco Antonio, heredaría su nombre, su fortuna y sus millones de clientes. Pero ¿qué había hecho César? Había escrito una última voluntad, un testamento, donde dejaba todo a su sobrino nieto de dieciocho años, Cayo Octavio. Ni siquiera había mencionado a Antonio en aquel documento, un golpe del que Antonio nunca se había recuperado, tan seguro había estado de que se calzaría las botas rojas de César. Y, muy típico de Antonio, no había hecho ningún plan para ocupar el segundo lugar. Al principio, el joven al que todos ahora llamaban Octavio era un adolescente enfermizo tan fácil de aplastar como el caparazón de un escarabajo. Sólo que no había funcionado de esa manera, y Antonio no había sabido cómo actuar con aquel astuto muchacho de rostro dulce que tenía el intelecto y la sabiduría de un hombre de setenta años. La mayoría de Roma había creído que Antonio, un notorio manirroto que necesitaba con desesperación la fortuna de César para pagar sus deudas, había sido parte de la conspiración para eliminar a César, y su conducta después del hecho sólo había reforzado la impresión. No hizo ningún intento de castigar a los asesinos; en cambio, prácticamente les había dado la total protección de la ley. Pero Octavio, apasionadamente ligado a César, había erosionado poco a poco la autoridad de Antonio y lo había forzado a declararlos fuera de la ley. ¿Cómo lo había conseguido? A través de sobornar a un buen porcentaje de las legiones de Antonio a su propia causa, ganándose al pueblo de Roma y robando los treinta mil talentos del cofre de guerra de César de una manera tan brillante que nadie, ni siquiera Antonio, había conseguido demostrar que

Octavio era el ladrón. Una vez que Octavio tuvo a los soldados y el dinero no le dejó más alternativa a Antonio que la de admitirlo en el poder como un igual. Después de aquello, Bruto y Casio hicieron su envite para hacerse con el poder; aliados difíciles, Antonio y Octavio habían llevado sus legiones a Macedonia para enfrentarse a las fuerzas de Bruto y Casio en Filipos. Una gran victoria para Antonio y Octavio, que no habían resuelto la difícil pregunta de quién acabaría gobernando como Primer Hombre de Roma, un rey sin corona que rendía homenaje a la sagrada ilusión de que Roma era una república gobernada por un Senado y varias asambleas del pueblo. Juntos, el Senado y el pueblo de Roma: *Senatus Populus Que Romanus*, SPQR.

Así pues, Delio continuó con sus pensamientos, como era típico en él: la victoria en Filipos había sorprendido a Marco Antonio sin una estrategia viable para sacar a Octavio de la ecuación de poder, porque Antonio era una fuerza de la naturaleza, lujurioso, impulsivo, de carácter violento y sin un mínimo de previsión. Antonio poseía un gran magnetismo personal, atraía a los hombres por atesorar las virtudes más masculinas: coraje, un físico de Hércules, una bien merecida reputación como amante de las mujeres y el seso suficiente para convertirlo en un formidable orador en el Senado. Se tendía a perdonar sus debilidades porque también eran masculinas: los placeres de la carne y una insensata generosidad.

Su respuesta al problema de Octavio fue dividir el mundo romano entre ellos, complementada con una «limosna» a Marco Emilio Lépido, sumo sacerdote y propietario de una gran facción senatorial. Sesenta años de intermitente guerra civil habían acabado por hundir a Roma en la bancarrota: el pueblo —y toda Italia— gemía con los pobres salarios y la escasez de trigo para el pan, aderezado por una cada vez mayor convicción de que aquellos que los gobernaban eran tan incompetentes como venales. Poco dispuesto a ver disminuido su estatus como héroe popular, Antonio decidió que se quedaría con la parte del león y le dejaría la pútrida carcasa al chacal de Octavio.

Así que, después de Filipos, los vencedores habían dividido las provincias para satisfacer a Antonio y no a Octavio, que heredó las partes menos deseables: Roma, Italia y las grandes islas de Sicilia, Cerdeña y Córcega, donde se cosechaba el trigo para alimentar a los pueblos de Italia, que desde hacía mucho tiempo eran incapaces de alimentarse por sí mismos. Era una táctica muy acorde al carácter de Antonio, al asegurar que el único rostro que Roma e Italia verían sería el de Octavio, mientras que sus propias gloriosas hazañas en otras partes se comentarían asiduamente por Roma e Italia. A Octavio le quedaría recoger el odio, mientras él sería el esforzado ganador de laureles lejos del centro de gobierno. En cuanto a Lépido, tenía a cargo otra provincia triguera, África: el auténtico culo del mundo.

¡Ah, pero desde luego Marco Antonio tenía la parte del león! No sólo las

provincias, sino también las legiones. Lo único que le faltaba era dinero, que esperaba exprimir de la eterna gallina de los huevos de oro: Oriente. Por supuesto, se había quedado con las Galias, que estaban en Occidente, habían sido pacificadas concienzudamente por César y tenían el suficiente dinero como para contribuir a sus próximas campañas. Sus fieles lugartenientes mandaban las numerosas legiones de la Galia; la Galia podía vivir sin su presencia.

César había sido asesinado cuando faltaban tres días para que se pusiera en marcha hacia Oriente, donde tenía la intención de conquistar el formidable y fabulosamente rico reino de los partos, y así poder utilizar el botín para devolver a Roma su esplendor. Había planeado estar ausente cinco años, y había organizado su campaña con todo su legendario genio. Así que ahora, con César muerto, sería Marco Antonio quien conquistaría a los partos y recuperaría Roma. Antonio se había hecho con los planes de César y decidió llevarlos a cabo ya que mostraban toda la brillantez de su creador, y con el convencimiento, no obstante, de que podía mejorarlos. Una de las razones por la que César había llegado a esta conclusión estaba en la naturaleza del grupo de hombres que fue al este con él; cada uno de ellos era un rastrero, un lameculos, y sabía exactamente cómo capturar al más grande de los peces: Marco Antonio, tan susceptible a las alabanzas y los halagos.

Desdichadamente, Quinto Delio aún no tenía el oído de Antonio, aunque su consejo hubiese sido siempre halagador, un bálsamo para el ego de Antonio. Así que, mientras cabalgaba por la Vía Egnatia en un huesudo caballo, las «pelotas» golpeadas y las piernas sin apoyo, doloridas, Quinto Delio esperaba su ocasión, que aún no había llegado cuando Antonio entró en Asia y se detuvo en Nicomedia, la capital de la provincia de Bitinia.

De alguna manera, todos los potentados y los clientes-reyes que Roma tenía en Oriente habían adivinado que el gran Marco Antonio se dirigía a Nicomedia, y se habían apresurado a ir allí por docenas para ocupar las mejores posadas o levantar lujosos campamentos en las afueras de la ciudad. Un hermoso lugar en su plácida cala de ensueño, un lugar que la mayoría de la gente había olvidado, había estado muy cerca del corazón del difunto César. Nicomedia aún se veía próspera porque César la había exonerado de los impuestos, y Bruto y Casio, que marchaban presurosamente al oeste, hacia Macedonia, no se habían aventurado lo bastante al norte para saquearla de la misma manera que lo habían hecho en cien ciudades desde Judea hasta Tracia. Por lo tanto, el palacio de mármol rosa y púrpura donde Antonio fijó su residencia pudo ofrecer a los legados como Delio una pequeña habitación donde guardar su equipaje e instalar al mayordomo de sus sirvientes, su liberto ícaro. Hecho esto, Delio salió a ver qué pasaba, y encontró la manera de hacerse con un lugar en un diván lo bastante cerca de Antonio que le permitió

participar en la conversación del gran hombre durante la cena.

En los salones públicos había gran abundancia de reyes con los rostros grises y los corazones palpitantes porque habían respaldado a Bruto y Casio. Incluso el viejo rey Deiotaro de Galacia, el mayor en edad y años de servicio, había hecho el esfuerzo de venir, escoltado por dos de sus hijos que Delio supuso serían sus favoritos. Poplicola, el amigo del alma de Antonio, se lo había señalado, pero después de esto Poplicola admitió que él mismo estaba un poco perdido; demasiados rostros como para reconocerlos si se tenía en cuenta el poco tiempo de servicio prestado en el este.

Siempre con una sonrisa en los labios, Delio se movió entre los grupos vestidos de forma estrafalaria, los ojos brillantes ante el tamaño de una esmeralda o una pieza de oro sobre una cabeza peinada. Por supuesto, él conocía bien el griego, así que pudo conversar con aquellos gobernantes absolutos de lugares y gentes, su sonrisa cada vez más grande al pensar que, no obstante las esmeraldas y el oro, cada uno de ellos estaba allí para homenajear a Roma, su gobernante real. Roma, que no tenía rey, y cuyos magistrados superiores vestían una sencilla toga blanca con ribetes rojos y apreciaban más el anillo de hierro de algunos senadores que una tonelada de anillos de oro; un anillo de hierro significaba que una familia romana había estado durante quinientos años en los cargos públicos. Un pensamiento que hizo que el pobre Delio ocultase su anillo de oro de senador en un pliegue de la toga; ningún Delio había alcanzado todavía el consulado, ningún Delio había sido una persona prominente un centenar de años atrás y mucho menos quinientos. César había llevado un anillo de hierro, pero Antonio no; los Antonio no tenían antigüedad suficiente. El anillo de hierro de César había ido a parar a Octavio.

¡Oh, aire, aire! ¡Necesitaba aire fresco!

El palacio estaba construido alrededor de un enorme jardín que tenía una fuente en el centro con una larga piscina poco profunda en diagonal, hecha del mármol de Paros más blanco con temas marinos —sirenas, tritones y delfines—, y era curioso que nunca hubiese sido pintada para imitar los colores de la vida real. Aquel que había esculpido sus gloriosas criaturas había sido un maestro. Amante de las bellas artes, Delio fue hacia la fuente con tanta rapidez que no advirtió que alguien se le había adelantado, y que ahora estaba sentado y acurrucado en su ancho borde. Mientras Delio se acercaba, el hombre levantó la cabeza; por consiguiente, era imposible evitar el encuentro.

Era extranjero y, por ende, noble, porque vestía una cara túnica de brocado de púrpura tiria artísticamente entretejida con hilo de oro, y sobre la cabeza con grasientos rizos negros que parecían serpientes llevaba un casquete hecho con tela de oro. Delio había visto a suficientes asiáticos como para saber que

los rizos no estaban sucios con grasa; los orientales se untaban los rizos con cremas perfumadas. La mayoría de los suplicantes reales en el interior eran griegos cuyos antepasados habían vivido en el este durante siglos, pero aquel hombre era un auténtico asiático con clase. Así lo reconoció Delio porque había muchos como él viviendo en Roma. ¡Oh, no vestidos con púrpura tiria y oro! Hombres sobrios que preferían las telas caseras de colores oscuros. Incluso así, el aspecto era inconfundible; el que estaba sentado en el borde de la fuente era judío.

—¿Puedo unirme a ti? —preguntó Delio en griego con una agradable sonrisa.

El rostro carnoso del extraño mostró también una sonrisa encantadora, además, hizo un gesto con una mano con una manicura perfecta cubierta de anillos.

—Por favor. Soy Herodes de Judea.

—Yo soy Quinto Delio, legado romano.

—No podía soportar la multitud adentro —explicó Herodes, con los gruesos labios hundidos en las comisuras—. Es un asco. Algunos de esos tipos no se han bañado desde que las comadronas los limpiaron con un trapo sucio.

—Has dicho Herodes. ¿Ni rey o príncipe delante?

—¡Tendría que haberlo! Mi padre era Antípater, un príncipe de Idumea que era la mano derecha del rey Hircano de los judíos. Luego, los sicarios de un rival al trono lo asesinaron. Él también era muy apreciado por los romanos, incluido César. Pero me ocupé de su asesino —manifestó Herodes con un tono de profunda satisfacción—. Lo observé morir chapoteando entre los podridos cuerpos de los crustáceos en Tiro.

—No es muerte para un judío —dijo Delio, que eso sí que lo sabía. Miró a Herodes con más atención, fascinado por la fealdad del hombre. Aunque sus antepasados estaban en puntos diametralmente opuestos, Herodes tenía un peculiar parecido con Mecenas, el íntimo de Octavio; ambos parecían ranas. Los ojos sobresalientes de Herodes, sin embargo, no eran azules como los de Mecenas; eran de un negro brillante como la obsidiana—. Tal como yo lo recuerdo —continuó Delio—, todo el sur de Siria se declaró partidario de Casio.

—Incluidos los judíos. Personalmente, estoy ligado al hombre, pese a todos aquellos que en la Roma de Antonio lo consideran un traidor. Me dio permiso para matar al asesino de mi padre.

—Casio era un guerrero —dijo Delio pensativamente—. De haber estado Bruto allí, el resultado de Filipos podría haber sido diferente.

—Los pájaros pían que Antonio también se vio perjudicado por un socio inepto.

—Es extraño lo fuerte que pueden piar los pájaros —respondió Delio con una sonrisa—. Entonces, ¿qué te trae a ver a Marco Antonio, Herodes?

—¿Quizá te has fijado en las cinco urracas que están entre las bandadas de ostentosos faisanes en el interior?

—No, no puedo decirte que lo hiciera. Para mí, todos me parecen un montón de ostentosos faisanes.

—¡Oh, allí están, mis cinco urracas del Sanedrín! Preservan su exclusividad a base de quedarse lo más apartadas posible del resto.

—Eso allí adentro significa que están en un rincón detrás de un pilar.

—Es verdad —asintió Herodes—, pero cuando Antonio aparezca, se abrirán paso hasta el frente, mientras aúllan y se golpean los pechos.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí. —En realidad, tiene mucho que ver con las cinco urracas que están aquí. Las estoy vigilando como un halcón. Intentan ver al triunviro Marco Antonio y plantearle su caso.

—¿Cuál es su caso?

—Que estoy intrigando contra la legítima sucesión, y que yo, un gentil, he conseguido acercarme lo suficiente al rey Hircano y su familia para ser considerado un pretendiente a la hija de la reina Alejandra. Una versión abreviada; para escuchar la completa se tardarían años.

Delio lo miró y parpadeó sus astutos ojos color avellana.

—¿Un gentil? Creí que habías dicho que eras judío.

—No de acuerdo con la ley mosaica. Mi padre se casó con la princesa Cypros de Nabatea. Un árabe. Dado que los judíos cuentan la descendencia por la línea materna, los hijos de mi padre son gentiles.

—Entonces, ¿qué puedes conseguir aquí, Herodes?

—Todo, si me permiten hacer lo que se debe hacer. Los judíos necesitan de un pie firme que les aplaste el cuello; pregúntaselo a cualquier gobernador romano de Siria desde que Pompeyo Magno convirtió Siria en una provincia. Pretendo ser rey de los judíos, les guste a ellos o no. Lo puedo hacer, siempre y cuando me case con una princesa asmonea descendiente directa de Judas Macabeo. Nuestros hijos serían judíos, y pretendo tener muchos hijos.

—¿Entonces estás aquí para hablar en tu defensa? —preguntó Delio.

—Así es. La delegación del Sanedrín exigirá que yo y todos los miembros

de mi familia seamos exiliados so pena de muerte. No se atreven a hacer eso sin el permiso de Roma.

—No hay mucho de ello cuando respaldaron a Casio el perdedor —señaló Delio alegremente—. Antonio tendrá que escoger entre dos facciones que apoyaron al hombre equivocado.

—Pero mi padre dio soporte a Julio César —manifestó Herodes—. Lo que debo hacer es convencer a Marco Antonio de que, si se me permite vivir en Judea y mejorar mi posición, siempre estaré al lado de Roma. Estuvo en Siria hace años atrás cuando Gabinio era gobernador, así que debe de ser consciente de lo revoltosos que son los judíos. Pero ¿recordará que mi padre ayudó a César?

—Humm —ronroneó Delio, que miró el arco iris que creaba el chorro de agua que salía de la boca del delfín—. ¿Por qué iba a recordar eso Marco Antonio cuando más recientemente fuiste un hombre de Casio? Si no recuerdo mal, también lo fue tu padre antes de morir.

—No soy mal abogado, puedo defender mi caso.

—Siempre que se te dé la oportunidad. —Delio se levantó, le tendió la mano a Herodes y se la estrechó cálidamente—. Te deseo lo mejor, Herodes de Judea. Si te puedo ayudar, lo haré.

—Verás que soy muy agradecido.

—¡Tonterías! —Delio se rio mientras se alejaba—. No tienes más que lo que llevas a la espalda.

*

Marco Antonio se había mantenido notablemente sobrio desde su marcha al este, pero los sesenta hombres de su comitiva habían esperado que Nicomedia vería la aparición de Antonio el Sibarita. Una opinión compartida por una compañía de músicos y bailarines que se habían apresurado a venir desde Byzantium ante la noticia de su llegada a la vecindad; desde Hispania hasta Babilonia, todos los miembros de la Liga de Actores Dionisiacos conocían el nombre de Marco Antonio. Entonces, para asombro general, Antonio había despedido a la compañía con una bolsa de oro y se había mantenido sobrio, aunque con una triste y nostálgica expresión en su feo y apuesto rostro.

—No se puede hacer, Poplicola —le dijo a su mejor amigo con un suspiro—. ¿No has visto cuántos potentados flanqueaban la carretera mientras llegábamos? Llenaron los salones en el momento que el mayordomo abrió las puertas. Todos están aquí para marchar sobre Roma y sobre mí. No pretendo dejar que eso ocurra. No escogí Oriente como mi jurisdicción para verme

privado de los bienes que el este posee con tanta abundancia. Así que me sentaré a dispensar justicia en nombre de Roma con la cabeza clara y el estómago tranquilo. —Se rio—. ¿Oh, Lucio, recuerdas lo enfadado que se mostró Cicerón cuando vomité en tu toga en la rostra? —Otra risita y un encogimiento de hombros—. ¡La obligación, la obligación! —se reprochó a sí mismo—. Me están aclamando como el nuevo Dionisio, pero están a punto de descubrir que por el momento soy el agrio viejo Saturno. —Los ojos castaño rojizo, demasiado pequeños y juntos como para complacer a un escultor retratista, brillaron—. ¡El nuevo Dionisio! Dios del vino y el placer; debo decir que me gusta la comparación. Lo mejor que consiguieron para César fue simplemente Dios.

Poplicola, que conocía a Antonio desde que eran niños, no manifestó su creencia de que Dios era superior al dios de esto o aquello; su principal trabajo era mantener a Antonio en el gobierno; por lo tanto, recibió este discurso con alivio. Eso era lo bueno de Antonio; podía cesar bruscamente sus francachelas —en ocasiones durante meses—, sobre todo cuando asomaba su sentido de la supervivencia. Como hacía ahora. Tenía razón; la invasión de potentados significaba problemas además de un duro trabajo, por lo tanto, le correspondía a Antonio conocerlos individualmente, saber qué gobernantes conservarían sus tronos y cuáles los perderían. En otras palabras, cuáles eran los mejores para Roma.

Todo esto significaba que Delio tenía pocas esperanzas de conseguir su meta de acercarse a Antonio en Nicomedia. Entonces la fortuna entró en escena, y comenzó cuando Antonio ordenó que la cena no sería por la tarde sino al anochecer, y mientras la mirada de Antonio se movía por los sesenta romanos que entraban en el comedor, por alguna oscura razón se posó en Quinto Delio. Había algo, en él que le gustó al gran hombre, aunque no sabía bien qué era; quizá una tranquilizadora cualidad que Delio podía untar incluso sobre los temas más desagradables como un bálsamo.

—¡Eh, Delio! —gritó—. ¡Ven aquí conmigo y con Poplicola! Los hermanos Decidió Saxa se inquietaron, como también Barbatio y unos pocos más, pero nadie dijo una palabra mientras el encantado Delio dejaba caer su toga al suelo y se sentaba en la parte del diván que formaba el fondo de la U. Mientras un sirviente recogía la toga y la plegaba —una tarea difícil—, otro sirviente le quitó los zapatos a Delio y le lavó los pies. No cometió el error de usurpar el locus consularis, que ocuparía Antonio, con Poplicola en el medio. El suyo era el extremo más apartado del diván, socialmente el lugar menos deseado, pero, para Delio, ¡un gran ascenso! Sentía cómo las miradas de los demás lo taladraban, y sus mentes funcionando a todo ritmo para deducir qué había hecho para ganarse aquella promoción.

La comida era buena, aunque no lo bastante romana; demasiado cordero,

pescado muy cocido, sazones peculiares, salsas extrañas. Sin embargo, había un esclavo encargado de la pimienta con un mortero a mano, y si un comensal romano podía chasquear los dedos para pedir un poco de pimienta recién molida, cualquier cosa era comible, incluso la carne hervida alemana. Fluyó el vino samio, si bien muy aguado; pero en el momento en que vio que Antonio lo bebía aguado, Delio hizo lo mismo.

Al principio no dijo nada, pero cuando retiraron los platos principales y trajeron los dulces, Antonio eructó sonoramente, se palmeó el vientre plano y suspiró, dichoso.

—¿Qué, Delio, qué piensas de este vasto despliegue de reyes y príncipes? —preguntó amablemente.

—Personas muy extrañas, Marco Antonio, en especial para alguien que nunca ha estado en Oriente.

—¿Extrañas? ¡Sí, no hay duda de que lo son! Astutos como ratas de alcantarilla, con más caras que Jano y dagas tan afiladas que nunca las sientes penetrar entre tus costillas. Es curioso que respaldasen a Bruto y Casio contra mí.

—En realidad no tan curioso —intervino Poplicola, que era muy goloso y estaba comiendo un pastel hecho de semillas de sésamo y miel—. Cometieron el mismo error con César, respaldaron a Pompeyo Magno. Tú hiciste la campaña en Occidente, lo mismo que César. No saben nada de tu valor. Bruto era un don nadie, pero para ellos había algo de magia en Cayo Casio. Escapó de ser aniquilado con Craso en Carrhae, luego gobernó Siria muy bien a la madura edad de los treinta. Casio era un tema de leyenda.

—Estoy de acuerdo —asintió Delio—. Su mundo está confinado al extremo oriental del Mare Nostrum. Lo que pasa en las Hispanias y las Galias en el extremo occidental es desconocido.

—Es verdad. —Antonio hizo una mueca al ver los platos de dulces en la mesa baja delante del diván—. ¡Poplicola, lávate la cara! No sé cómo puedes comer esa porquería con miel.

Poplicola se fue hasta el final del diván mientras Antonio miraba a Delio con una expresión que decía que entendía gran parte de lo que Delio había esperado ocultar: la penuria, la condición de Hombre Nuevo, la tremenda ambición.

—¿Alguien entre las ratas de cloaca te ha llamado la atención, Delio?

—Una, Marco Antonio. Un judío llamado Herodes.

—¡Ah! La rosa entre los cinco hierbajos.

—Su metáfora era aviaria; el halcón entre cinco urracas.

Antonio se rio, un profundo y sonoro mugido.

—Bueno, con Deiotaro, Ariobarzanes y Farnaces aquí es probable que no tenga mucho tiempo que dedicarle a media docena de revoltosos judíos. No me extraña que los cinco hierbajos odien a nuestra rosa Herodes.

—¿Por qué? —preguntó Delio, que adoptó una expresión de respetuoso interés.

—Para empezar, la regia vestimenta. Los judíos no se visten con oro y púrpura tiria; va contra sus leyes. Nada de vestiduras principescas, imágenes, y su oro va al Gran Templo en nombre de todo el pueblo, Craso robó en el gran templo dos mil talentos de oro antes de marchar a conquistar el reino de los partos. Los judíos lo maldijeron y murió ignominiosamente. Luego vino Pompeyo Magno a pedirles el oro, después César y también Casio. También confían en que yo no haga lo mismo, pero saben que lo haré, como César, les pediré una suma igual a la que pidió Casio.

Delio frunció el entrecejo.

—Yo no... ah...

—César pidió una suma igual a la que le dieron a Pompeyo Magno.

—¡Oh, ya lo comprendo! Te pido perdón por mi ignorancia.

—Todos estamos aquí para aprender. Quinto Delio, y me parece que tú eres rápido en aprender. Por lo tanto, infórmame de estos judíos. ¿Qué quieren los hierbajos y qué quiere Herodes la rosa?

—Los hierbajos quieren el exilio de Herodes bajo pena de muerte —respondió Delio, que abandonó la metáfora aviaria; si Antonio prefería la suya también lo haría él—. Herodes quiere un decreto romano que le permita vivir libremente en Judea.

—¿Quién beneficiaría más a Roma?

—Herodes —respondió Delio sin vacilar—. Puede que no sea un judío de acuerdo a sus principios, pero quiere gobernarlos casándose con alguna princesa con la sangre adecuada. Si lo consigue, creo que Roma tendrá un fiel aliado.

—Delio, Delio. ¡No puede ser que creas que Herodes sea leal! —El rostro un tanto de fauno mostró una sonrisa traviesa.

—Del todo, cuando es por su interés. Dado que sabe que las personas a las que quiere gobernar lo odian tanto como para matarlo a la más mínima oportunidad, Roma siempre servirá a sus intereses mejor que ellos. Mientras

Roma sea su aliada está a salvo de todo excepto del veneno o de una emboscada, y me niego a creer que vaya a comer o a beber cualquier cosa que no haya sido probada a fondo o viajar al extranjero sin una escolta de hombres no judíos a los que paga extremadamente bien.

—¡Gracias, Delio!

Poplicola se interpuso entre ellos.

—Problema solucionado, ¿eh, Antonio?

—Con un poco de ayuda de Delio sí. ¡Mayordomo, despeja la habitación! —gritó Antonio—. ¿Dónde está Lucilio? ¡Necesito a Lucilio!

A la mañana siguiente, los cinco miembros del Sanedrín judío estaban los primeros en la lista de peticionarios que llamó el heraldo. Antonio vestía su toga con ribete púrpura y llevaba el sencillo bastón de marfil de su alto imperio; tenía una figura imponente. Detrás estaba su amado secretario, Lucilio, que había pertenecido a Bruto. Doce lictores de rojo estaban a cada lado de su silla curul de marfil, las fasces con hachas equilibradas entre sus pies. Una tarima los alzaba por encima de la multitud que ocupaba el suelo.

El líder del Sanedrín comenzó a discursar en buen griego, pero con un estilo tan rimbombante y retorcido que le llevó muchísimo tiempo decir quiénes eran los cinco y por qué habían sido enviados tan lejos para ver al triunviro Marco Antonio.

—¡Oh, cállate! —gritó Antonio sin aviso—. ¡Cállate y vete a casa! —Cogió un pergamino de Lucilio, lo desenrolló y lo agitó violentamente—. Este documento fue encontrado entre los papeles de Cayo Casio después de Filipos. Dice que sólo Antípater, canciller del así llamado rey Hircano en aquel momento, y sus hijos Fasael y Herodes consiguieron reunir algo de oro para la causa de Casio. Los judíos no dieron nada excepto un frasco de veneno para Antípater. Aparte del hecho de que el oro fue dado a la causa equivocada, está claro para mí que los judíos sienten mucho más amor al oro que por Roma. Cuando llegue a Judea, ¿qué habrá cambiado? Vaya, nada. En este hombre, Herodes, veo a alguien dispuesto a pagarle a Roma sus tributos e impuestos que van destinados, como os recuerdo a todos, a preservar la paz y el bienestar de vuestros reinos. Cuando disteis a Casio, sencillamente financiasteis su ejército y su flota. Casio era un sacrílego traidor que se llevó lo que pertenecía legítimamente a Roma. ¿Ah, tiemblas de miedo, Deiotaro? Más te vale.

«Había olvidado —pensó el atento Delio— lo cáustico que podía ser. Está utilizando a los judíos para informarles a todos de que no tendrá piedad».

Antonio volvió al tema.

—En nombre del Senado y el pueblo de Roma, aquí y ahora ordeno que

Herodes, su hermano Fasael y toda su familia son libres para vivir en cualquier parte de tierra romana incluida Judea. No puedo impedir que Hircano se titule a sí mismo rey entre su pueblo, pero a los ojos de Roma no es más ni menos que un etnarca. Judea ya no es más una única tierra. Son cinco pequeñas regiones salpicadas alrededor del sur de Siria y cinco pequeñas regiones continuarán siendo. Hircano puede tener Jerusalén, Gazara y Jericó. Fasael, el hijo de Antípater, será el tetrarca de Sepfora. Herodes, el hijo de Antípater, será el tetrarca de Amatunte. Quedáis advertidos. Si hay cualquier problema en el sur de Siria, aplastaré a los judíos como cáscaras de huevo.

«¡Lo logré, lo logré! —gritó Delio para sus adentros, feliz a más no poder—. ¡Antonio me ha escuchado!»

Herodes estaba junto a la fuente, pero su rostro tenso y blanco no reflejaba la alegría que Delio había esperado ver. ¿Qué había pasado? ¿Cuál podía ser el problema? Había venido como un pobre sin estado, y se marcharía como un tetrarca.

—¿No estás complacido? —preguntó Delio—. Has ganado sin siquiera tener que presentar tu alegato, Herodes.

—¿Por qué Antonio ha tenido que elevar también a mi hermano? —preguntó Herodes con voz áspera, aunque le hablaba a alguien que no estaba allí—. ¡Nos ha puesto en el mismo nivel! ¡Cómo podré casarme con Mariamne cuando Fasael no sólo es mi igual en rango, sino también mi hermano mayor! ¡Es Fasael quien se casará con ella!

—Venga, venga —dijo Delio amablemente—. Todo eso está en el futuro, Herodes. Por el momento, acepta el juicio de Antonio como lo máximo que esperabas ganar. Acaba de ponerse de tu lado; las cinco urracas acaban de ver cómo les cortaban las alas.

—Sí, ya veo todo eso, Delio, pero este Marco Antonio es astuto. Desea lo que todos los romanos con visión quieren: equilibrio. Ponerme en un plano de igualdad con Hircano no es una respuesta romana suficiente. Fasael y yo en un platillo, Hircano en el otro. ¡Oh, Marco Antonio, eres inteligente! César era un genio, pero se suponía que tú eras un tonto. Ahora he encontrado un nuevo César.

Delio miró a Herodes, que se marchaba, con su mente funcionando a toda marcha. «Entre su breve conversación durante la cena y la audiencia de hoy, Marco Antonio había hecho algunas averiguaciones. ¡Por eso había llamado a Lucilio! ¡Qué mentirosos eran Octavio y él! Habían quemado todos los documentos de Bruto y Casio. Pero, como Herodes, tomé a Antonio por un tonto educado. ¡No lo es, no lo es! —pensó Delio, asombrado—. Era astuto e inteligente. Meterá las manos en todo lo que encuentre en Oriente, elevará a

este hombre, bajará a aquel otro, hasta que los reinos y las satrapías clientes sean absolutamente suyos. No de Roma. Suyos. Ha enviado a Octavio de regreso a Italia con una tarea tan difícil que acabará con un joven tan débil y enfermizo, pero por si acaso Octavio no se rompe, Antonio estará preparado.

II

Cuando Antonio dejó la capital de Bitinia, todos los potentados salvo Herodes y los cinco miembros del Sanedrín lo acompañaron, seguían reafirmando su lealtad a los nuevos gobernantes de Roma, y sosteniendo que Bruto y Casio los habían estafado, mentido, coaccionado; ¡ay, ay, forzados! Antonio, que tenía muy poca paciencia para los llores y los lamentos orientales, no hizo aquello que Pompeyo Magno, César y el resto habían hecho: invitar a los más importantes entre ellos a cenar con él, a viajar en su grupo. No, Marco Antonio fingió que sus reales seguidores no existían durante todo el camino desde Nicomedia hasta Ancira, la única ciudad en Galacia.

Aquí, en medio de las enormes extensiones del mejor pastizal al este de la Galia, se vio obligado a instalarse en el palacio de Deiotaro y a esforzarse en ser amable. De los cuatro días dedicados a eso le sobraron tres, pero durante ese tiempo Antonio le informó a Deiotaro que mantendría su reino, por el momento. Su segundo hijo favorito, Deiotaro Filadelfo, fue obsequiado con el salvaje y montañoso reino de Paflagonia (no le servía de nada a nadie), mientras que su hijo favorito, Castor, no recibió nada, y lo que el viejo rey debería haber interpretado de esto estaba ahora más allá de sus reducidas facultades mentales. Para todos los romanos, con Antonio se efectuarían, en su momento, drásticos cambios en Galacia, y no para beneficio de ningún Deiotaro. Para conseguir información de Galacia, Antonio habló con el secretario del viejo rey, un noble gálata llamado Amintas que era joven, bien educado, eficaz y con una visión muy clara de los problemas.

—Al menos, hemos perdido a una buena parte de nuestros seguidores —comentó Antonio jovialmente cuando la columna romana partió para Capadocia—. Aquel maldito imbécil de Castor incluso trajo al tipo que le corta las uñas de los pies. Estar seguro de que lo apreciaban más de lo que habían apreciado a Casio, a quien habían pertenecido. El tiempo era frío, pero sólo duro cuando se levantaba el viento, y en el fondo del valle había poco viento. A pesar de su color, el agua era potable para los hombres y los caballos; la Anatolia central no era un lugar poblado.

Eusebeia Mazaca estaba al pie del gran volcán Aragaesus, cubierto de nieve, porque nadie en la historia recordaba su erupción. Una ciudad azul, pequeña y empobrecida; todos la habían saqueado desde que se tenía memoria, debido a que sus reyes eran débiles y demasiado parsimoniosos para mantener un ejército.

Allí, Antonio comenzó a comprender lo difícil que sería obtener más oro y tesoros del este; Bruto y Casio se habían apoderado de todo aquello que el rey Mitrídates el Grande había pasado por alto. Una comprensión que lo puso de mal humor y que lo hizo marchar con Poplicola, los hermanos Decidio Saxa y Delio a inspeccionar el reino sacerdotal de Ma en Comana, no muy lejos de Eusebeia Mazaca. ¡Qué el senil rey de Capadocia y su ridículo e incompetente hijo rabiasen en su desnudo palacio! Quizá en Comana encontraría un montón de oro oculto debajo de una inocente lápida; los sacerdotes daban a los reyes por muertos cuando se trataba de proteger su dinero.

Ma era una encarnación de Kubaba Cibeles, la Gran Madre Tierra que había gobernado a todos los dioses, masculinos y femeninos, cuando la humanidad había aprendido por primera vez a relatar su historia alrededor de las hogueras. A lo largo de los eones había perdido su poder excepto en lugares como las dos Comanas —una allí, en Capadocia; la otra, al norte, en Pontus— y Pesinunte, no muy lejos de donde Alejandro Magno había cortado el nudo gordiano con su espada. Cada una de estas tres zonas estaba gobernada como reino independiente, y su rey, que además era sumo sacerdote, actuaba dentro de sus límites naturales, como las cerezas pónticas en un cuenco.

Sin preocuparse de llevar una escolta de tropas, Antonio, sus cuatro amigos y una multitud de sirvientes entraron en el precioso pueblo de la Comana de Capadocia y observaron con aprobación sus lujosas viviendas, los jardines que prometían una multitud de flores en la próxima primavera y el imponente templo de Ma que se levantaba en lo alto de una pequeña colina rodeada por un bosque de abedules con álamos a cada lado de una avenida pavimentada que llegaba a la casa terrenal de Ma. Colindante al templo estaba el palacio y, como aquél, sus columnas dóricas eran azules con bases y capiteles rojos, las paredes traseras de un azul mucho más oscuro y el tejado bordeado con pan de oro.

Un joven que parecía no tener más de veinte años los esperaba delante del palacio, vestido con capas de gasa verde y un sombrero de oro redondo en la cabeza, que llevaba afeitada.

—Marco Antonio —se presentó Antonio, que se apeó de su Caballo Público gris y le arrojó las riendas a uno de los tres sirvientes que había traído con él.

—Bienvenido, señor Antonio —respondió el joven, y se inclinó.

—Antonio bastará. No tenemos ningún señor en Roma. ¿Cómo te llamas, mozalbete?

—Arquelao Sisenos. Soy sacerdote-rey de Ma.

—Un poco joven para ser rey, ¿no?

—Mejor ser demasiado joven que demasiado viejo, Marco Antonio. Pasa a mi casa.

La visita comenzó con un desconfiado duelo verbal, donde el rey Arquelao Sisenes, a pesar de ser más joven que Octavio, demostró ser un digno rival de Antonio, cuya buena naturaleza lo inclinó a admirar a un maestro en el arte. Como bien hubiese tolerado alegremente a Octavio de no haber sido éste el heredero de César.

Pero aunque los edificios eran preciosos y el paisaje lo bastante bello como para complacer a un corazón romano, una hora en el reloj de agua fue tiempo más que suficiente para descubrir que aquella riqueza que Ma de Comana hubiese podido poseer se había esfumado. Con una cabalgada de sólo cincuenta millas entre ellos y la capital de Capadocia, los amigos de Antonio estaban muy preparados para partir al alba del día siguiente para reunirse con las legiones y continuar la marcha.

—¿Te ofenderás si mi madre asiste a nuestra cena? —preguntó el sacerdote-rey con un tono deferente—. ¿Y también mis hermanos menores?

—Cuanto más, mejor —replicó Antonio con sus mejores modales. Ya había encontrado las respuestas a varias preguntas molestas, pero sería prudente ver por sí mismo qué clase de familia había formado a este muchacho inteligente, precoz y valiente. Arquelao Sisenes era un hombre apuesto, ingenioso, con un profundo conocimiento de la literatura y la filosofía griegas e incluso de las matemáticas.

Algo que no importó en absoluto en el momento en que Glafira entró en la habitación. Como todas las acolitas femeninas de la Gran Madre, había entrado al servicio de la diosa a los trece años, pero no, como el resto de las vírgenes púberes de aquel año, para tender su estera dentro del templo y ofrecer su virginidad al primer recién llegado que le gustase. Glafira era de sangre real, y escogió a su propio compañero cuando lo deseó. Sus ojos se posaron en un senador romano visitante, que engendró a Arquelao Sisenes sin siquiera saber que lo había hecho; ella tenía catorce años cuando dio a luz al niño. Su siguiente hijo pertenecía al rey de Olba, descendiente del arquero Teucero, que luchó con su hermano Áyax en Troya, y el padre del tercero era un apuesto don nadie que guiaba una yunta de bueyes en una caravana de Media. Después de eso, Glafira colgó su faja y dedicó sus energías a criar a sus hijos. En aquel momento tenía treinta y cuatro años pero aparentaba veinticuatro.

Aunque Poplicola se preguntó qué la había impulsado a presentarse en una cena donde el huésped de honor era un notorio mujeriego, Glafira sabía muy bien por qué. La lujuria no entraba en sus planes. Glafira, que pertenecía a la Gran Madre, había desechado la lujuria hacía mucho tiempo como algo

despreciable. No, ella quería algo más para sus hijos que aquel pequeño reino. Buscaba conseguir todo el máximo de Anatolia que pudiese, y si Marco Antonio era la clase de hombre que decían los rumores, entonces él era su oportunidad.

Antonio contuvo el aliento de forma audible. ¡Qué belleza! Alta, esbelta, piernas largas, magníficos pechos y un rostro que rivalizaba con el de Helena; labios rojos, una piel impecable como los pétalos de las rosas, ojos brillantes entre oscuras y largas pestañas, y unos cabellos absolutamente lacios que le caían por la espalda como una hoja de plata. No llevaba ninguna alhaja, probablemente porque no tenía ninguna. Su túnica azul de estilo griego era de lana.

Poplicola y Delio fueron empujados tan rápidamente del diván que apenas si tuvieron tiempo de aterrizar sobre los pies; una enorme mano ya estaba palmeando el espacio donde habían estado reclinados.

—Aquí, conmigo, espléndida criatura. ¿Cuál es tu nombre?

—Glafira —respondió ella, que se quitó las zapatillas de fieltro y esperó hasta que un sirviente le puso calcetines calientes en los pies. Luego colocó su cuerpo en el diván, pero lo bastante lejos de Antonio como para evitar que la abrazase, cosa que mostraba todas las señales de querer hacer. Si el saludo servía como guía, el rumor de que no era un amante sutil era acertado. Era una espléndida criatura. «Cree que las mujeres son objetos, pero yo —decidió Glafira— debo esforzarme para ser algo más conveniente que su caballo, su secretario o su orinal. Si me preña, le haré ofrendas a la diosa para tener una niña. Una hija de Antonio podría casarse con el rey de los partos. ¡Qué alianza! ¡Es una suerte, está muy bien que nos hayan enseñado a chupar con nuestras vaginas mejor de lo que lo puede hacer una mujer que domina la técnica de la felación! Lo haré mi esclavo.»

Y así fue, Antonio se quedó en Comana durante el resto del invierno, y cuando a principios de marzo finalmente partió para Cilicia y Tarsus se llevó a Glafira con él. A sus diez mil soldados de infantería apenas les había importado aquella inesperada licencia ya que Capadocia era una tierra de mujeres donde los hombres habían sido muertos en algún campo de batalla o llevados a la esclavitud; así pues, con que aquellos legionarios eran tan buenos soldados como agricultores, disfrutaron de la pausa. César los había reclutado a través del río Podus en la Galia Cisalpina y, aparte de la altitud, Capadocia no era un lugar muy diferente donde cultivar o criar ganado. Detrás de ellos dejaron varios miles de mestizos romanos en el útero, una tierra bien preparada y sembrada y muchos millares de mujeres agradecidas.

Descendieron por una buena carretera romana entre dos imponentes cordilleras y entraron en unos enormes y aromáticos bosques de pinos, alerces

y abetos, y con el sonido del agua perpetuamente en sus oídos, hasta que en el paso de las Puertas Cilicias la carretera era tan empinada que tenía escalones a intervalos de cinco pasos. Ya en plena bajada se encontraron con panales de miel de tomillo que perfumaban el aire. Ahora que la nieve se derretía rápidamente, las aguas que afloraban en la cabecera del río Cidno hervían y barboteaban como un inmenso caldero, pero una vez pasadas las Puertas Cilicias la carretera se hizo más fácil y las noches más cálidas. Estaban bajando rápidamente hacia la costa del Mare Nostrum.

Tarsus, que estaba a orillas del Cidno unas veinte millas tierra adentro, apareció como una sorpresa. Como Atenas, Éfeso, Pérgamo y Antioquía, era una ciudad que la mayoría de los nobles romanos conocían, incluso en una fugaz visita. De hecho, era una joya de inmenso valor, Pero ya no lo sería nunca más. Casio había impuesto una multa tan enorme a Tarsus que, después de fundir todas las obras de arte de oro y plata, sin importar lo valiosas que fuesen, los tarsos se habían visto forzados a vender al populacho como esclavos, a partir del nivel más bajo de la población e ir subiendo inexorablemente hasta las capas más pudientes. En el momento en que Casio se había hartado de esperar y había partido con quinientos talentos de oro que Tarsus había conseguido reunir hasta el momento, sólo quedaban unos pocos miles de personas libres de lo que había sido una población de medio millón. Además, éstas no podían disfrutar de su riqueza, ya que había desaparecido para siempre.

—¡Por todos los dioses, cómo odio a Casio! —gritó Antonio, más lejos que nunca de las riquezas que había esperado—. ¿Si le hizo esto a Tarsus, qué no haría en Siria?

—Alégrate, Antonio —dijo Delio—. No todo está perdido. —Ahora había suplantado a Poplicola como la principal fuente de información de Antonio, que era lo que deseaba. ¡Había que dejar que Poplicola tuviese la alegría de ser el íntimo de Antonio! Él, Quinto Delio, se daba por muy contento al ser el hombre cuyo consejo Antonio estimaba, y precisamente en aquel oscuro momento él tenía una información útil—. Tarsus es una gran ciudad, el centro de todo el comercio de Cilicia, pero en cuanto Casio apareció, la totalidad de Cilicia Pedia se mantuvo apartada de Tarsus. Cilicia Pedia es rica y fértil, pero ningún gobernador romano ha conseguido imponerle impuestos alguna vez. La región está regida por árabes bribones y renegados que se llevan mucho más que lo que nunca se llevó Casio. ¿Por qué no envías a tus tropas a Cilicia Pedia y ves lo que se puede hacer? Te puedes quedar aquí y mandar a Barbatio como jefe.

Era un buen consejo, y Antonio lo sabía. Mucho mejor que hacer que los habitantes soportasen el costo de avituallar a sus tropas por la pobre Tarsus, sobre todo si había refugios de bandidos que pudieran saquearse.

—Un consejo muy sensato que seguiré —manifestó Antonio—, pero no será suficiente. Ahora comprendo por qué César estaba decidido a conquistar a los partos; no hay ninguna riqueza real a este lado de la Mesopotamia. ¡Oh, maldito Octavio! ¡Aquel gusano se quedó con el botín de guerra de César! Mientras yo estaba en Bitinia, todas las cartas de Italia decían que estaba agonizando en Brundisium, que no duraría ni diez millas en la Vía Apia. ¿Qué tienen que decir las cartas de Tarsus? Que tosió y escupió todo el camino hasta Roma, donde está muy ocupado halagando a los representantes de las legiones. Apropiándose del terreno público de todos los lugares que aclamaron a Bruto y Casio cuando no está flexionando el culo ante los parroquianos como Agripa.

«Apártalo del tema de Octavio», pensó Delio. Aquella artera puta de Glafira no ayudaba; estaba muy ocupada trabajando para sus hijas. Así que soltó un chasquido con la lengua, un sonido de comprensión, y llevó a Antonio de nuevo al tema de dónde conseguir dinero en el empobrecido este.

—Hay una alternativa a los partos, Antonio.

—¿Antioquía? ¿Tiro, Sidón? Casio llegó allí primero.

—Sí, pero no llegó hasta Egipto. —Delio dejó caer de sus labios la palabra «Egipto» como si fuese miel—. Egipto puede comprar y vender a Roma; todos los que escucharon alguna vez a Marco Craso lo saben. Casio iba de camino a invadir Egipto cuando Bruto lo llamó a Sardis, y claro que derrotó a las cuatro legiones egipcias de Allieno, sí, pero en Siria. La reina Cleopatra no puede ser culpada por eso, pero no envió ninguna ayuda para ti u Octavio. Creo que su inacción puede ser considerada digna de una multa de diez mil talentos.

—Bah —gruñó Antonio—. Fantasías, Delio.

—No, definitivamente no. Egipto es fabulosamente rico.

Sin prestarle mucha atención, Antonio se dedicó a leer una carta de su belicosa esposa, Fulvia. En ella se quejaba de las perfidias de Octavio y describía la precariedad de la posición de éste en términos muy gráficos y duros. ¡Ahora, escribía de su propia mano, era el momento de levantar a Italia y Roma contra él! Lucio también lo creía, y ya estaba comenzando a reclutar legiones. Es una tontería, pensó Antonio, que conocía a su hermano Lucio demasiado bien como para creerle capaz de mover diez cuentas en el ábaco. ¿Lucio a la cabeza de una revolución? No, sólo estaba reclutando hombres para su hermano mayor Marco. Desde luego, Lucio era aquel año el cónsul, pero su colega Vatia era quien dirigía todo. ¡Oh, mujeres! ¿Por qué Fulvia no podía dedicarse a sí misma y a disciplinar a sus hijos? El hijo que había dado a Clodio había crecido y estaba fuera de sus manos, pero aún tenía a los hijos concebidos con Julio y a los dos hijos suyos.

Por supuesto, a aquellas alturas Antonio sabía que debía posponer su expedición contra los partos por lo menos durante otro año; no sólo la escasez de fondos lo hacía imposible, sino también la necesidad de vigilar a Octavio de cerca. Sus generales más competentes, Pollio, Caleño y el viejo y leal Ventidio, tendrían que quedarse en el oeste con el grueso de sus legiones sólo para vigilar a Octavio, que le había escrito una carta donde le rogaba que utilizase su influencia para apartar a Sexto Pompeyo, que se ocupaba de asaltar las vías marítimas para robar el trigo de Roma como un vulgar pirata. Sexto Pompeyo no había sido parte de su acuerdo, señalaba Octavio.

¿Marco Antonio no recordaba cómo los dos se habían sentado después de Filipos para dividirse las tareas de los triunviros?

«Por supuesto que lo recuerdo —pensó Antonio con severidad—. Fue después de pensar en Filipos que vi, como a través de un cristal, que no había nada en Occidente que me permitiese obtener la gloria necesaria para eclipsar a César. Para superar a César, tendré que aplastar a los partos.»

El pergamino de Fulvia cayó de la mesa y se enrolló.

—¿De verdad crees que Egipto puede dar tal cantidad de dinero? —preguntó, y miró a Delio.

—¡Por supuesto! —afirmó Delio, entusiasta—. ¡Piénsalo, Antonio! El oro de Nubia, las perlas oceánicas de Taprobane, las piedras preciosas de Sinus Arabicus, el marfil del Cuerno de África, las especias de la India y Etiopía, el monopolio del papel y más trigo que gente para comerlo. Los ingresos públicos egipcios son de seis mil talentos de oro al año y los ingresos particulares del soberano son de otros seis mil.

—Veo que has estado haciendo tus deberes —dijo Antonio con una sonrisa.

—Con mucha más voluntad que cuando los hacía cuando era un escolar.

Antonio se levantó y fue hasta la ventana para mirar más allá del ágora, donde, entre los árboles, los mástiles de los barcos lanceaban el cielo despejado. De hecho, miraba sin ver, ya que sus pensamientos se concentraban en la esquelética criatura que César había instalado en una villa de mármol en el lado malo del padre Tíber. ¡Cómo había protestado Cleopatra al verse excluida de los poderes de decisión de Roma! No delante de César, que no toleraba rabieta, pero sí a su espalda. Todos los amigos de César habían intentado por turnos explicarle a ella, una reina ungida, que no podía entrar en Roma debido al veto religioso que había sufrido. ¡Aun así, este hecho no había impedido que dejara de quejarse! Siempre había sido delgada como un palo, y no había ninguna razón para suponer que hubiese engordado desde su regreso a Egipto después de la muerte de César. ¡Oh, cuánto se había alegrado Cicerón

cuando corrió la voz de que su barco se había hundido en el Mare Nostrum! ¡Cuán grande había sido su desconsuelo cuando el rumor resultó ser falso! Sin embargo, ésa era la menor de las preocupaciones de Cicerón, ya que, como ocurrió más tarde, ¡nunca debió haber discurseado contra Antonio en el Senado! Era el equivalente a un deseo de muerte. Después de ser ejecutado, Fulvia le atravesó la lengua con una pluma antes de exhibir su cabeza en la rostra. ¡Fulvia! ¡Era toda una mujer!

Antonio nunca había sentido interés por Cleopatra, nunca se molestó en ir a sus fiestas o sus famosas cenas; demasiados intelectuales, demasiados eruditos, poetas e historiadores. ¡Y todos aquellos dioses con cabezas de bestias en la habitación donde rezaba! Antonio nunca comprendió a César, pero su pasión por Cleopatra era el mayor misterio de todos.

—Muy bien, Quinto Delio —dijo Antonio en voz alta—. Le ordenaré a la reina de Egipto que se presente ante mí en Tarsus para responder a la acusación de ayuda a Casio. Tú mismo puedes llevar la citación.

«¡Estupendo!», pensó Delio, que partió al día siguiente por la carretera que llevaba primero a Antioquía y luego al sur a lo largo de la costa hasta Pelusium. Había pedido ser equipado con toda la regalía, y Antonio le había complacido al darle un pequeño ejército de sirvientes y dos escuadrones de caballería como escolta. ¡Nada de viajar en litera! Demasiado lento para complacer al impaciente Antonio, que le había dado un mes para llegar a Alejandría, a mil millas de Tarsus. Eso significaba que Delio tendría que apresurarse. Después de todo, no sabía cuánto tiempo le llevaría convencer a la reina que debía obedecer la llamada de Antonio y presentarse ante su tribunal en Tarsus.

III

Con la barbilla apoyada en una mano, Cleopatra vio cómo Cesarión se inclinaba sobre las tablillas, con Sosigenes a su mano derecha, que supervisaba aun sin necesitarlo, ya que Cesarión casi nunca erraba y pocas veces se equivocaba. Cleopatra sintió el terrible peso del dolor en su pecho, lo que motivó que tragara con dificultad. Mirar al hijo de César era mirar a César, que a aquella edad hubiese sido la viva imagen de Cesarión: alto, grácil, de cabellos de oro, nariz larga y bulbosa, labios sensuales con delicadas curvas en sus comisuras. «¡Oh, César, César! ¿Cómo puedo vivir sin ti? ¡Y te incineraron aquellos bárbaros romanos! Cuando llegue mi hora, no habrá ningún César a mi lado en mi tumba para levantarse conmigo y caminar por el reino de los muertos. Pusieron tus cenizas en un jarro y construyeron una monstruosidad de mármol redonda para guardar la jarra. Tu amigo Cayo Mario escogió el epitafio “Veni - Vidi - Vici” grabado en oro sobre una pulida piedra negra. Pero nunca he visto tu tumba, ni la quiero ver. Todo lo que tengo

es un enorme dolor que nunca se va. Incluso cuando consigo dormir, está allí para acosar mis sueños. Incluso cuando miro a nuestro hijo, está allí para burlarse de mis aspiraciones. ¿Por qué nunca pienso en los momentos felices? ¿Es ése el comportamiento de la pérdida, pensar en el vacío de hoy? Dado que aquellos romanos te asesinaron, mi mundo es cenizas condenadas a no mezclarse con las tuyas. Pienso en ello y lloro.»

Los pesares eran muchos, pero el principal y peor de todos: que el río Nilo no se había desbordado durante tres años seguidos y, por consiguiente, el agua que daba la vida no se había extendido por los campos para humedecerlos, para empaparlos y ablandar la simiente. La gente moría de hambre. Luego vino la plaga, que subía lentamente por el río Nilo desde las cataratas a Menfis y el comienzo del Delta, luego por los brazos y los canales del Delta y finalmente hasta Alejandría.

«Como siempre —pensó—, tomé las decisiones equivocadas: la reina Midas, instalada en un trono de oro, no comprendió, hasta que fue demasiado tarde, que la gente no podía comer oro. Ni por todo el oro del mundo he podido convencer a los sirios y a los árabes que se aventuren Nilo abajo para recoger las caigas de grano que esperan en los muelles. Permaneció allí hasta pudrirse, y después no había gente suficiente para irrigar a mano, lo que provocó que no germinara ninguna cosecha. Miré a los tres millones de habitantes de Alejandría y decidí que sólo un millón de ellos podían comer, así que firmé el decreto que despojaba a los judíos y metecos de su ciudadanía. Un decreto que les prohibía comprar trigo de los graneros, un derecho exclusivo de los ciudadanos. ¡Oh, los motines! Todo aquello para nada. La plaga llegó a Alejandría y mató a dos millones, sin preocuparse si eran ciudadanos o no. Murieron griegos y macedonios, las personas por las cuales había abandonado a los judíos y metecos. Al final había trigo suficiente para todos aquellos que no habían muerto, independientemente de que fueran judíos, metecos, griegos o macedonios. Les devolví la ciudadanía, pero ahora me odian. Tomé todas las decisiones equivocadas; sin César para guiarme he resultado ser una mala gobernante. En menos de dos meses, mi hijo tendrá seis años, y yo no puedo tener más hijos, soy estéril. No tengo ninguna hermana para casarla con él. Ningún hermano que tome su lugar si algo le sucede. Tantas noches de amor con César en Roma y sin embargo no quedé embarazada. Isis me ha maldecido.»

Apolodoro entró a la carrera, acompañado por el tintineo de la cadena de oro de su cargo.

—Mi señora, una carta urgente de Pitodoro de Tralles. Bajó la mano y subió la barbilla. Cleopatra frunció el entrecejo.

—¿Pitodoro? ¿Qué quiere?

—En cualquier caso no será oro —dijo Cesarión, que apartó la mirada de las tablillas con una sonrisa—. Es el hombre más rico de la provincia de Asia.

—¡Presta atención a tus sumas, chico! —dijo Sosígenes.

Cleopatra se levantó de su silla y se acercó a una abertura en la pared donde la luz era buena. Un examen atento del sello de lacre verde demostró un pequeño templo en el medio y las palabras «PITO-TRALLES» en todo el borde. Sí, parecía auténtico. Lo rompió y desenrolló el pergamino, escrito por una mano que decía que ningún escriba conocía el contenido. Demasiado desordenado.

Faraón y Reina, hija de Amón-Ra:

Te escribo como uno que amó al dios Julio César durante muchos años, y como uno que respeta su amor por ti. Aunque soy consciente de que tienes informantes que te mantienen al corriente de lo que pasa en Roma y el mundo romano, dudo mucho de que ninguno de ellos merezca la confianza plena de Marco Antonio. Por supuesto, sabrás que Antonio viajó de Filipos a Nicomedia el pasado noviembre, y que muchos reyes, príncipes y etnarcas se encontraron con él allí. No hizo prácticamente nada para cambiar el estado de los asuntos en el este, pero sí ordenó que se le pagasen inmediatamente veinte mil talentos de plata. El tamaño de este tributo nos sorprendió a todos.

Después de visitar Galacia y Capadocia llegó a Tarsus. Lo seguí allí con los dos mil talentos de plata que nosotros los etnarcas de la provincia de Asia habíamos conseguido. «¿Dónde están los otros dieciocho mil talentos?», preguntó. Creo que tuve éxito a la hora de convencerlo de que no se podía encontrar nada aproximado a esta suma, pero su respuesta fue la acostumbrada: si le pagábamos a él nueve años más de tributos por anticipado, seríamos perdonados. ¡Cómo si alguna vez nos hubiéramos saltado un tributo de diez años! Sencillamente, estos gobernadores romanos no escuchan.

Te pido perdón, gran reina, por cargarte con nuestros problemas, y es por eso, por nuestros problemas, por lo que te escribo en secreto. También te advierto que dentro de muy pocos días recibirás la visita de un tal Quinto Delio, un hombre astuto que ha conseguido abrirse camino en la confianza de Marco Antonio. Sus susurros al oído de Antonio están destinados a llenar el cofre de guerra de Antonio, porque éste ansia hacer aquello que César no vivió para hacer: conquistar a los partos. Cilicia Pedia está siendo exprimida de un extremo a otro, los bribones perseguidos en sus fortalezas y los asaltantes árabes han vuelto a cruzar el Amanus. Un ejercicio rentable, pero no lo suficiente, así que Delio le ha sugerido a Antonio que te llame a Tarsus y te multe allí con diez mil talentos de oro por apoyar a Cayo Casio.

No hay nada que pueda hacer para ayudarte, mi querida reina, más allá de advertirte que Delio anda muy adelantado en su camino al sur. Quizá con este conocimiento previo tendrás tiempo de pensar la manera de rechazarlo a él y a su amo.

Cleopatra le devolvió el pergamino a Apolodoro y se mordió el labio inferior, con los ojos cerrados. ¿Quinto Delio? No era un nombre que conociese, por lo tanto, no era nadie con el poder suficiente en Roma para asistir a alguna de sus recepciones, incluso la más grande; Cleopatra nunca olvidaba un nombre o el rostro que lo acompañaba. Sería un Vettius, algún innoble caballero con encanto, del tipo que le gustaba a un palurdo como Marco Antonio. A él lo recordaba. Grande y burdo, músculos como Hércules, hombros anchos como montañas, un rostro feo cuya nariz intentaba encontrarse con una barbilla que subía a través de una pequeña boca de labios gruesos. Las mujeres babeaban por él porque se suponía que tenía un pene gigantesco. ¡Vaya razón para babear! A los hombres les gustaba por su manera de ser campechana, su confianza en sí mismo. Pero César, que era su primo cercano, estaba desencantado con él; la razón principal —y en eso estaba convencida de que era así—, que las visitas de Antonio a ella habían sido escasas. Cuando se había quedado a cargo de Italia había matado a ochocientos ciudadanos en el foro romano, un crimen que César no podía perdonar. Luego había intentado ganarse a los soldados de César y había acabado instigando un motín que había roto el corazón de César.

Por supuesto, sus agentes le habían informado de que gran cantidad de ciudadanos creían que Antonio había sido parte en el complot para asesinar a César, aunque ella no estaba muy segura; la carta que Antonio le había escrito le explicaba que no había tenido más alternativa que pasar por alto el asesinato, renunciar a la venganza de sus asesinos e incluso perdonar su conducta. Y en aquellas cartas Antonio le había asegurado que, tan pronto como se calmase Roma, él recomendaría a Cesarión al Senado como uno de los principales herederos de César. Para una mujer devastada por el dolor, sus palabras habían sido un bálsamo. ¡Quería creerlas! Oh, por supuesto, no decía que Cesarión debía ser admitido en la ley romana como el heredero romano de César; sólo que el derecho de Cesarión al trono de Egipto sería sancionado por el Senado. Si no lo hacía, su hijo se vería enfrentado a los mismos problemas que había soportado el padre de Cleopatra, nunca seguro en su trono porque Roma decía que, en realidad, Egipto pertenecía a Roma. Tampoco ella había estado segura hasta que César entró en su vida. Ahora, César no estaba, y su sobrino Cayo Octavio había usurpado más poder que cualquier otro muchacho de dieciocho años había hecho antes. Y, además, con calma, astucia y velocidad. En un primer momento había pensado en el joven Octavio como un posible padre para sus hijos, pero él la había rechazado en una breve carta que ella aún podía recitar de corrido.

Marco Antonio, con los ojos y los rizos rojizos, no era más parecido a César que Hércules lo era a Apolo. Ahora había vuelto sus ojos hacia Egipto, pero no para conquistar al faraón. Lo único que quería era llenar su cofre de guerra con la riqueza de Egipto. Bueno, eso nunca sucedería. ¡Nunca!

—Cesarión, es hora de que salgas a tomar el aire —dijo con voz enérgica—. Sosigenes, te necesito. Apolodoro, encuentra a Cha'em y tráelo contigo. Es hora del consejo.

Cuando Cleopatra hablaba con aquel tono, nadie discutía, y menos aún su hijo, que se marchó de inmediato, al tiempo que silbaba para llamar a su perro, un pequeño ratonero llamado Fido.

—Lee esto —dijo escuetamente cuando se reunió el consejo, y le entregó el pergamino a Cha'em—. Todos vosotros, leedlo.

—Si Antonio trae a sus legiones, podrá saquear Alejandría y Menfis —opinó Sosigenes—. Desde la plaga, nadie tiene el espíritu para resistir. Tampoco nosotros tenemos el suficiente número de soldados para resistir. Hay muchas estatuas de oro para fundir.

Cha'em era el sumo sacerdote de Ptah, el dios creador, y había sido una parte muy amada de la vida de Cleopatra desde que tenía diez años. Su firme cuerpo bronceado estaba envuelto desde debajo de los pezones hasta medio muslo en un vestido de lino blanco, y alrededor del cuello llevaba las complejas series de cadenas, cruces, redondeles y peto que proclamaban su posición.

—Antonio no fundirá nada —replicó con firmeza—. Tú irás a Tarsus, Cleopatra, y te encontrarás con él allí.

—¿Como una sirvienta? ¿Como una rata? ¿Como un perro azotado?

—No, como una poderosa soberana, como el faraón Hatsepsut, tan grande que su sucesor borró sus cartuchos. Armada con todas las astucias y voluntades de tus antepasados, como Ptolomeo Sóter, que era hermano natural de Alejandro Magno, tú tienes la sangre de muchos dioses en tus venas. No sólo de Isis y de Hator Mut, sino de Amón-Ra por ambos lados: por la línea de los faraones y por Alejandro Magno, que era hijo de Amón-Ra y también un dios.

—Veo adónde quiere ir a parar Cha'em —manifestó Sosigenes con voz pensativa—. Este Marco Antonio no es ningún César, por lo tanto, puede ser engañado, y tú debes impresionarlo hasta el punto de que te perdone. Después de todo, tú no ayudaste a Casio, y él no puede probar que lo hiciste. Cuando este Quinto Delio llegue intentará acobardarte, pero tú eres faraón y ningún sirviente tiene el poder de acobardarte.

—Es una pena que la flota que le enviaste a Antonio y Octavio se viese obligada a regresar —dijo Apolodoro.

—¡Oh, lo que está hecho, hecho está! —manifestó Cleopatra, impaciente. Se sentó de nuevo en la silla, de pronto, pensativa—. Nadie puede acobardar al faraón, pero... Cha'em, pídele a Tacha que mire los pétalos de loto en su cuenco. Antonio nos podría servir.

Sosigenes la miró, sorprendido.

—¡Majestad!

—Oh, venga, Sosigenes, Egipto es más importante que cualquier ser viviente. He sido una mala gobernante, privada de Osiris una y otra vez. ¿Acaso me puede importar qué clase de hombre es este Marco Antonio? ¡No, no me importa! Antonio tiene sangre de los Julia. Si la copa de Isis dice que hay bastante sangre de la casa Julia en él, entonces quizá pueda tomar más de él de lo que me pueda dar.

—Lo haré —dijo Cha'em, y se levantó.

—¿Apolodoro, la barca fluvial de Filopátor podrá realizar una travesía marítima hasta Tarsus en esta época del año?

El alto lord chambelán frunció el entrecejo.

—No estoy seguro, majestad.

—Entonces sácala del cobertizo y envíala al mar.

—¡Hija de Isis, tienes muchos barcos!

—Pero Filopátor sólo construyó dos barcos, y el de navegación oceánica se pudrió cien años atrás. Si quiero impresionar a Antonio, debo presentarme en Tarsus de una manera que ningún romano haya presenciado nunca, ni siquiera César.

*

Para Quinto Delio, Alejandría era la ciudad más maravillosa del mundo. Habían pasado siete años desde que César casi la destruyó, y Cleopatra la había levantado a mayor gloria todavía. Todas las mansiones a lo largo de la avenida Real habían sido restauradas, la colina de Pan se alzaba sobre el lujurioso verde de la chata ciudad, el recinto sagrado de Serapis había sido reconstruido al estilo corintio y, donde una vez las torres de asedio habían gemido en sus lentos avances arriba y abajo de la Vía Canópica, sorprendentes templos e instituciones públicas negaban la plaga y la hambruna. «Por cierto —pensó Delio, que miraba Alejandría desde lo alto de la colina de Pan—, por una vez en su vida el gran César había exagerado el grado de destrucción que había hecho.»

Como todavía no había visto a la reina, quien, según le había informado altivamente un hombre llamado Apolodoro, estaba de visita en el Delta para ver sus fábricas de papel, lo habían llevado a sus suntuosos aposentos y dejado, en gran medida, al albur de sus propios recursos. Para Delio, aquello no significaba sencillamente hacer turismo, ya que con él se había llevado a un escriba que tomaba notas de manera generosa en unas tablillas de cera.

En el Sema, Delio se rio, feliz.

—¡Escribe, Lastenes! La tumba de Alejandro Magno, más treinta y tantas de Ptolomeo, en un recinto de pavimento seco con un mármol de calidad de coleccionista en azul con espirales verde oscuro... veintiocho estatuas de oro, de tamaño natural... un Apolo de Praxiteles de mármol pintado... cuatro obras de mármol pintado de un maestro sin identificar de tamaño humano... una pintura de Alejandro Magno en Issus de Zeuxis... una pintura de Ptolomeo Sóter de Nicias... Deja de escribir, el resto no es tan bueno.

En el Serapeum, Delio relinchó de deleite.

—¡Escribe, Lastenes! Una estatua de Serapis de unos treinta pies de altura de Bryaxis y pintada por Nicias... un grupo de marfil de las nueve Musas de Fidias... cuarenta y dos estatuas de oro de tamaño natural —hizo una pausa para rascar una Afrodita de oro, acompañada de una mueca—, de las que algunas, si no todas, sólo tienen de oro la capa superficial... un auriga y caballos en bronce de Mirón... ¡Deja de escribir! Sencillamente añade etcétera, etcétera, porque hay demasiadas obras mediocres que no merecen ser catalogadas.

En el ágora, Delio se detuvo ante una enorme escultura de cuatro caballos encabritados que tiraban una cuadriga de carreras cuyo conductor era una mujer... ¡y qué mujer!

—¡Escribe, Lastenes! Cuadriga en bronce con lo que parece ser un auriga femenino de nombre Bilistiche... ¡Para! No hay nada más aquí, sólo cosas modernas, excelentes todas pero sin gran atractivo para los coleccionistas. ¡Oh, Lastenes, adelante!

Así siguió mientras recorría la ciudad, con su escriba dejando atrás virutas de cera, como las deyecciones de una polilla. «¡Espléndido, espléndido! Egipto es rico hasta lo imaginable, si lo que veo en Alejandría es sólo una muestra. Pero ¿cómo convengo a Marco Antonio de que conseguiremos más vendiéndolas como obras de arte que fundiéndolas? ¡Y la tumba de Alejandro Magno! —Un único trozo de cristal de roca casi tan claro como el agua—. ¡Qué magnífica se vería en el interior del templo de Diana en Roma! ¡Qué tipo más pequeño era Alejandro!» Los pies y las manos no eran más grandes que las de un niño, y parecía tener como lana amarilla en la cabeza. Sin duda, era

una figura de cera, pero cualquiera hubiese creído que, dado que era un dios, le correspondía una efigie al menos tan grande como Antonio. Además, debía de haber el suficiente pavimento en el Sema como para cubrir el suelo de la domus de un magnate de Roma, con un valor de cien talentos e incluso más. El marfil de Fidias llegaba al millar de talentos con gran facilidad.

El recinto real era tal laberinto de palacios que renunció a intentar distinguirlos uno del otro, y los jardines parecían extenderse hasta el horizonte. Preciosas calas marcaban la costa más allá de la bahía y, a lo lejos, la calzada de mármol blanco del Heptastadion unía la isla de Faros con tierra firme. ¡Y, oh, el faro! De hecho, era el edificio más alto del mundo, mucho más que el Coloso de Rodas. «Creía que Roma era hermosa —se dijo a sí mismo Delio—, después vi Pergamum y la consideré más bella, pero ahora que he visto Alejandría, estoy anonadado, sencillamente anonadado. Antonio estuvo aquí hace unos veinte años atrás, pero nunca le escuché hablar del lugar. Supongo que estaría demasiado borracho para recordarlo.»

La llamada para ver a la reina Cleopatra llegó al día siguiente. Delio consideró conveniente que se hubiera producido en aquel momento, ya que había concluido su cálculo de los valores de la ciudad y Lastenes, por su parte, lo había escrito en un papel de excelente calidad, del que hizo dos copias.

De lo primero que fue consciente fue del aire perfumado, cargado con unos embriagadores inciensos que nunca había oído antes; luego, sus ojos se impusieron al olfato, y miró asombrado las paredes de oro, el suelo de oro, las estatuas de oro y las sillas y las mesas de oro. Con una segunda mirada se percató de que aquel oro sólo era superficial, de hecho, una delgadísima lámina, superpuesta, pero en la habitación resplandecía como el sol. Dos de las paredes estaban cubiertas con pinturas que representaban unos peculiares personajes y ciertas plantas bidimensionales, todo ello, con abundantes colores descriptivos, excepto el púrpura tiriano, del que no había ni rastro.

—Salud a los dos faraones, señores de las dos damas del Alto y el Bajo Egipto, señores de las juncias y las abejas, hijos de Amón-Ra, Isis y Ptah —gritó el alto chambelán, que golpeó su báculo dorado contra el suelo, que emitió un sonido sordo y sólido que hizo que Delio cambiase su opinión sobre las delgadas láminas.

Estaban sentados en dos tronos, la mujer en lo alto de una tarima dorada y el chico en un escalón más abajo. Cada uno vestía una extraña prenda hecha de un fino lino blanco plisado y un enorme tocado de laca roja alrededor de un cono de esmalte blanco. En los cuellos lucían anchos collares de magníficas piedras encastradas en oro, y en los brazos, brazaletes; anchas fajas de gemas ceñían las cinturas, y sus pies calzaban sandalias doradas. Sus rostros estaban cubiertos con una gruesa capa de pintura, la de ella, blanca, la del niño, de un

rojo óxido, y sus ojos estaban tan delineados con trazos negros y formas de colores que parecían deslizarse, siniestros como peces con colmillos. No se parecían a ningún ojo humano.

—Quinto Delio —dijo la reina (Delio no tenía ni idea del significado de la palabra faraón)—, te damos la bienvenida a Egipto.

—Vengo como embajador oficial del imperator Marco Antonio —dijo Delio, y siguió el ritual acostumbrado en estos casos—, y traigo saludos para los dos tronos de Egipto.

—Qué impresionante —dijo la reina, y sus ojos se movieron de una forma siniestra.

—¿Eso es todo? —preguntó el niño, cuyos ojos aún brillaban más.

—Eh... desdichadamente no, su majestad. El triunviro Marco Antonio requiere tu presencia en Tarsus para responder a unos cargos.

—¿Cargos? —preguntó el muchacho.

—Se dice que Egipto ayudó a Cayo Casio, y por lo tanto violó el estatus de amigo y aliado del pueblo de Roma.

—¿Cuál es el cargo? —preguntó Cleopatra.

—Uno muy serio, su majestad.

—Entonces iremos a Tarsus para responder en persona. Ya puedes marchar de nuestra presencia, Quinto Delio. Cuando estemos dispuestos para el viaje te lo haremos saber.

¡Eso fue todo! Ni invitaciones a cenar ni recepciones para que él pudiese presentarse en la corte; sin duda, debería haber una corte, no un monarca oriental, que podría funcionar sin los varios centenares de sicofantas que le decían a él (o ella) lo maravilloso que él (o ella) era. Pero allí estaba Apolodoro, que lo sacó con firmeza de la habitación, al parecer, para librarlo a su fortuna.

—El faraón navegará a Tarsus —dijo Apolodoro—, por lo tanto, tienes dos opciones, Quinto Delio: puedes enviar a tu gente por tierra y viajar con ellos o puedes enviar a tu gente por tierra y navegar a bordo de nuestras naves reales.

«¡Ah! —pensó Delio—. Alguien los avisó de mi llegada. Hay un espía en Tarsus. Esta audiencia no es más que un engaño destinado a ponernos a Antonio y a mí en nuestro lugar.»

—Navegaré —respondió con altivez.

—Una sabia decisión. —Apolodoro se alejó, y Delio se marchó a paso rápido para enfriar su temperamento, muy abusado. ¿Cómo se atrevía? La

audiencia no le había dado la oportunidad de valorar los encantos femeninos de la reina ni siquiera de descubrir por sí mismo si el muchacho era realmente el hijo de César. Tenía la impresión de que eran un par de muñecas pintadas, más extrañas que aquella cosa de madera que su hija arrastraba por la casa como si fuese humana.

«El sol calienta. Quizá —pensó Delio— me vendrá bien remar entre las suaves olas de aquella preciosa cala delante de mi palacio.» Delio no sabía nadar —algo extraño para un romano—, pero un chapuzón con el agua hasta los tobillos era inofensivo. Bajó unos escalones de piedra caliza y se apoyó en un peñasco para desabrocharse sus zapatos senatoriales marrones.

—¿Te apetece un baño? A mí, sí —dijo una voz alegre; la voz de un niño, pero profunda—. Es la forma más divertida de quitarse toda esta porquería.

Sorprendido, Delio se volvió para ver al rey niño, vestido sólo con taparrabos y el rostro todavía pintado.

—Tú nada, yo chapoteo —respondió Delio.

Cesarión caminó en el agua hasta que le cubrió la cintura y luego se tumbó hacia adelante para nadar, moviéndose sin temor hacia aguas profundas. Se zambulló y salió a la superficie con un rostro que era una curiosa mezcla de negro y rojo óxido; luego, abajo y otra vez arriba.

—La pintura es soluble al agua, incluso en sal —dijo el chico, ahora con el agua hasta las caderas, mientras se frotaba el rostro con las dos manos.

Allí estaba César. Nadie podía discutir la identidad del padre después de haber visto al niño. «¿Este muchacho es el que Antonio quiere presentar al Senado y pedir que lo confirme como rey de Egipto? Cualquier romano que hubiera conocido a César y vea a este chico reclutará más adeptos para la causa que el casco de una nave recoge percebes. Marco Antonio quiere eclipsar a Octavio, que sólo puede imitar a César con sus botas de gruesas suelas y sus gestos. Cesarión es real; Octavio, una parodia. ¡Oh, astuto Marco Antonio! Derriba a Octavio mostrándole César a Roma. Los soldados veteranos se derretirán como hielo al sol, y tendrán mucho más poder.»

Cleopatra, que se quitó el regio maquillaje por el método más ortodoxo, un cuenco de agua tibia, se echó a reír.

—¡Apolodoro, esto es maravilloso! —gritó, y le dio los papeles que había leído a Sosígenes—. ¿Dónde lo has conseguido? —preguntó mientras Sosígenes los leía y se reía.

—A su escriba le gusta más el dinero que las estatuas, hija de Amón-Ra. El escriba hizo una copia adicional y me la vendió.

—Me pregunto si Delio actuaba según las instrucciones recibidas o

sencillamente es esto una manera de demostrarle a su amo que se gana su pan.

—Lo último, su majestad —dijo Sosigenes, que se enjugó las lágrimas—. ¡Es tan ridículo! ¿La estatua de Serapis pintada por Nicias? Habían muerto mucho antes de que Bryaxis vertiese el bronce en el molde. También pasó por alto el Apolo de Praxiteles en el gimnasio, «una escultura de poco valor artístico», la denominó. ¡Oh, Quinto Delio, eres un idiota!

—No subestimemos al hombre sólo porque no sepa distinguir a Fidias de una copia en yeso napolitana —dijo Cleopatra—. Lo que su lista me dice es que Antonio está desesperado por tener dinero. Un dinero que yo, por mi parte, no pretendo darle.

Cha'em entró, acompañado por su esposa.

—¡Tacha, por fin! ¿Qué dice el cuenco de Antonio?

El suave y hermoso rostro permaneció impasible; Tach'a era una sacerdotisa de Ptah, entrenada desde casi su nacimiento a no mostrar sus emociones.

—Los pétalos de loto formaron un dibujo que nunca había visto, hija de Ra. No importa cuántas veces los lancé en el agua, el dibujo siguió siendo el mismo. Sí, Isis aprueba a Marco Antonio para engendrar a tus hijos, pero no será fácil y no ocurrirá en Tarsus, sino en Egipto, sólo en Egipto. Su simiente es demasiado débil, debe alimentarse con los zumos y frutas que fortalecen la simiente del hombre.

—¿Si el dibujo es tan único, Tacha, mi madre, cómo puedes estar tan segura de lo que dicen los pétalos?

—Porque fui a consultar el papiro sagrado, faraón. Mis lecturas sólo son las últimas en tres mil años.

—¿Debo rehusar ir a Tarsus? —le preguntó Cleopatra a Cha'em.

—No, faraón. Mis propias visiones dicen que Tarsus es necesario. Antonio no es el dios que vino del oeste, pero tiene algo de su misma sangre. Suficiente para nuestros propósitos, que no son criar un rival para Cesarión. Lo que necesita es una hermana con quien casarse y algunos hermanos, que le serán sus leales subordinados.

Cesarión entró, chorreando agua.

—Mamá, acabo de hablar con Quinto Delio —dijo, y se dejó caer en un diván mientras Charmian corría a buscar toallas.

—¿Eso has hecho? ¿Dónde has ido? —preguntó Cleopatra con una sonrisa.

Los grandes ojos más verdes que los de César pero carentes de la mirada

peculiar de su progenitor se entrecerraron en una expresión divertida.

—Cuando fui a nadar, él chapoteaba. ¿Te lo puedes imaginar? ¡Chapoteando! Me dijo que no sabía nadar, y me confesó que él nunca ha sido un contubernalis en ningún ejército importante. Es un soldado de salón.

—¿Tuviste una conversación interesante, hijo mío?

—Lo engatusé, si es a eso a lo que te refieres. Sospechaba que alguien nos había advertido de su llegada, pero hasta el momento en que lo dejé estaba seguro de que nos había pillado por sorpresa. Fue la noticia que navegábamos para Tarsus lo que le hizo sospechar. Así que dejé caer que a finales de abril es el momento del año cuando sacamos todos nuestros barcos de los cobertizos, los calafateamos y ejercitamos a sus tripulaciones. «¡Qué encuentro tan afortunado!», dije. Estoy dispuesto a ir en lugar de andar lidiando durante días con los barcos arriba y abajo.

«Y ni siquiera todavía tiene seis años —pensó Sosigenes—, este chico ha sido bendecido por todos los dioses de Egipto.»

—No me ha gustado que dijeras que estabas dispuesto a ir —dijo su madre con el entrecejo fruncido mientras el brillante y ansioso rostro perdió su animación.

—¡Mamá! ¡No puedes decirlo en serio! Voy a ir, debo ir contigo.

—Alguien tiene que gobernar en mi ausencia, Cesarión.

—¡Yo no! ¡Soy demasiado joven!

—Lo bastante mayor, y es suficiente. Nada de Tarsus para ti.

Aquel veredicto rompió la vulnerabilidad de un niño de cinco años, y una inconsolable pena se apoderó de Cesarión, el típico dolor que sólo un niño puede sentir al verse privado de una nueva experiencia deseada con tremenda pasión. Se echó a llorar, pero cuando su madre fue a consolarlo, la apartó con tanta violencia que ella se tambaleó y él salió corriendo de la habitación.

—Lo superará —dijo Cleopatra, muy tranquila—. Vaya, sí que es fuerte.

—¿Lo superará? —se preguntó Tach'a, que veía a un Cesarión diferente, dividido, dolorosamente solo. Él era de César, no de Cleopatra, y ella no lo comprendía. No era la oportunidad de pasearse como un niño rey lo que le hacía ansiar ir a Tarsus, era la oportunidad de ver nuevos lugares, aliviar su inquietud en aquel pequeño mundo que habitaba.

Dos días más tarde la flota real estaba reunida en la gran bahía, con el enorme navío de Filopátor amarrado en el muelle, en el pequeño anexo conocido como Rada Real.

—¡Oh, dioses! —exclamó Delio, que la miró boquiabierto—. ¿Es todo más grande en Egipto que en el resto del mundo?

—Eso es lo que nos agrada creer —respondió Cesarión, quien por razones que él solo conocía había tomado el hábito de seguir a Delio por todas partes.

—¡Es una barcaza! ¡Zozobrará y se hundirá!

—Es un barco, y no una barcaza —le explicó Cesarión—, los barcos tienen quilla, las barcazas, no —continuó como un maestro—, y la quilla del Filopátor fue tallada de un enorme cedro cortado en el Líbano; en aquel entonces éramos dueños de Siria, el Filopátor fue construido correctamente, con su quilla, sus sentinas y un casco de fondo plano. Tiene muchísimo espacio bajo cubierta, y, ¿lo ves?, los dos bancos de remeros están en el exterior. No está lastrado por el peso interior ni por las batangas. El mástil tiene cien pies de altura, y el capitán Agatocles ha decidido mantener la vela latina a bordo por si acaso el viento es bueno. ¿Ves el mascarón? Es el propio Filopátor que marcha delante de nosotros.

—Sabes mucho —dijo Delio, que no entendía demasiado de barcos, incluso después de aquella lección.

—Nuestras flotas viajan a la India y a Taprobane. Mamá me ha prometido que cuando sea mayor me llevará al Sinus Arabicus para verlos zarpar. ¡Me encantaría ir con ellos! —De pronto, el chico se puso rígido y preparado para la fuga—. ¡Allí está mi niñera! ¡Es un asco tener una niñera! —Se alejó a la carrera, dispuesto a eludir a la pobre criatura que no era rival para su pupilo.

No mucho después, un sirviente vino a buscar a Quinto Delio; era hora de subir a su barco, que no era el Filopátor. No sabía si estar agradecido o lamentarlo. La nave de la reina, sin duda, navegaría detrás, a cierta distancia de los demás, con todas las comodidades y los lujos preceptivos.

Aunque Delio no lo sabía, los constructores de Cleopatra habían hecho cambios en su nave, lo que había propiciado que ésta superara las pruebas marítimas sorprendentemente bien. Medía trescientos cincuenta pies de eslora, y cuarenta pies de manga. El faraón no estaría alojado cerca de los marineros; por consiguiente, bajo cubierta acomodaron a los ciento cincuenta hombres que tripulaban el Filopátor, la mayoría de ellos casi locos de terror al pensar que navegarían por el mar.

La vieja sala de recepción la convirtieron en el dominio del faraón, lo bastante grande como para albergar un espacioso dormitorio, otro para Charmian e Iras y un comedor con veintiún divanes. La arcada con columnas con capiteles de loto —lo único que se conservó de origen— acababa por delante del mástil en una tarima elevada, techada con tejas de loza fina y apoyada con una nueva columna en cada esquina. Delante había una sala de

recepción un poco más pequeña que la otra para que Sosigenes y Cha'em pudiesen tener sus propias habitaciones. Y más adelante, hábilmente oculta en la proa, había un área de cocina abierta. En los cruceros por el río, la mayoría de las comidas se preparaban en la costa; el fuego siempre era un peligro a bordo. Pero en el mar no había costa donde cocinar.

Cleopatra había llevado con ella a Charmian e Iras, dos mujeres rubias de impecable descendencia macedonia que habían sido sus compañeras desde la infancia. Suya había sido la tarea de seleccionar a treinta muchachas para viajar con el faraón hasta Tarsus; debían ser hermosas de rostro y voluptuosas de cuerpo, pero ninguna podía ser una prostituta. La paga era de diez dracmas de oro, una pequeña fortuna, pero no era la paga lo que las reconciliaba con lo desconocido, sino las prendas que les habían dado para vestir en Tarsus: transparentes telas de oro y plata, brocados resplandecientes con hilos de metal, linos translúcidos en todos los tonos del arco iris, lanas tan finas que se pegaban a sus cuerpos como si estuviesen mojadas. Una docena de niños hermosos y quince bárbaros muy altos con magníficos físicos habían sido comprados en los mercados de esclavos de Pelusium. Todos los varones a la vista estaban vestidos con faldellines bordados que parecían colas de pavo real. Cleopatra había decidido que el pavo real debía ser el tema del Filopátor, por eso se había gastado mucho oro en comprar plumas de pavo real para hacer llorar a Antonio.

La flota zarpó el primer día de mayo y con la vela, el Filopátor mostró su popa despreciativamente al resto. El único viento que se hubiese opuesto a su rumbo norte, el etesio, no soplaba en aquella época del año. Una fuerte brisa del sudeste llenaba las velas de las flotas y hacía la vida mucho más fácil para los remeros. No se presentó ninguna tempestad que los obligase a buscar refugio a lo largo del camino, y el piloto a bordo del Filopátor, en la vanguardia, identificaba cada punto de tierra en la costa siria sin vacilar. Al llegar al cabo de Heraclea, que miraba a la punta de la costa de Chipre, vino a ver a Cleopatra.

—Su majestad, tenemos dos alternativas —manifestó, de rodillas.

—¿Cuáles son, Palamedes?

—Continuar a la vista de la costa cilicia, hasta llegar al promontorio de Rhosicum, y luego cruzar por lo alto del Sinus Isicus hasta las desembocaduras de los grandes ríos de Cilicia Pedia. Eso significa bancos de arena y bajíos y, por ende, una navegación lenta.

—¿Cuál es la otra alternativa?

—Salir aquí a mar abierto y navegar casi al noroeste (algo posible con este viento) hasta que alcancemos la costa de Cilicia en algún lugar cerca de la

desembocadura del río Cidno.

—¿Cuál es la diferencia de tiempo en el mar, Palamedes?

—Eso es difícil de decir, su majestad, pero quizá tanto como diez días. Los ríos de Cilicia Pedia estarán desbordados, una dificultad adicional si nos mantenemos por la costa. Pero Hlebes comprender que la segunda alternativa es peligrosa. Una tormenta o un cambio en la dirección del viento podría enviarnos de Livia a Grecia.

—Correremos el riesgo y navegaremos por mar abierto. Los dioses fluviales de Egipto, que el padre Neptuno quizá no esperaba que apareciesen en las enormes extensiones de su reino, demostraron ser lo bastante poderosos como para mantener a la flota navegando sin error hacia la boca del río Cidno. O quizá el padre Neptuno, un dios romano, había cerrado un trato con sus colegas egipcios. Con independencia de cualquiera de las dos razones, el décimo día de mayo la flota se congregó a barlovento de la barra del Cidno. No era un buen momento para cruzar, con la corriente crecida que se oponía a la entrada. ¡Ahora, los remeros se ganarían su paga!

El paso estaba claramente marcado con pilones pintados; entre ellos, las barcazas trabajaban infatigablemente para dragar la arena y el fango. Ningún barco de la flota tenía quillas profundas, sobre todo el rechoncho Filopátor, construido para la navegación fluvial. Incluso así, Cleopatra mandó que la flota la precediese, con el deseo de que Delio tuviese tiempo de decirle a Antonio que ella estaba aquí.

Delio encontró a Antonio aburrido e inquieto, pero todavía sobrio.

—¿Qué? —preguntó Antonio, que miró a Delio con mal humor mientras señalaba la superficie de la mesa, cubierta con pergaminos y papeles—. ¡Mira todo esto! ¡Son facturas o malas noticias! ¿Has tenido éxito? ¿Viene Cleopatra?

—Cleopatra está aquí, Antonio. He viajado en un barco de su flota, que ahora mismo está fondeando río abajo. Veinte trirremes, todos navales; mucho me temo que no hay oportunidades de comercio.

La silla raspó contra el suelo. Antonio se levantó y fue a la ventana, y sus movimientos hicieron que Delio advirtiese de nuevo lo ágiles que podían ser algunos hombretones.

—¿Dónde está ella? Espero que le hayas dicho al capitán del puerto que le asigne los mejores fondeaderos.

—Sí, pero tardará algún tiempo. Su barco es tan largo como tres galeras de guerra griegas de los viejos tiempos, así que no puede deslizarse entre dos barcos mercantes ya fondeados. El capitán del puerto tendrá que mover siete

de ellos; no está muy feliz, pero lo hará. Hablé en tu nombre.

—Un barco lo bastante grande como para albergar a un titán, ¿eh? ¿Cuándo lo veré? —preguntó Antonio con expresión ceñuda.

—Mañana por la mañana, una hora después del alba. —Delio exhaló un suspiro de contento—. Ha venido sin apenas quejarse y con todo el lujo posible. Creo que quiere impresionarte.

—Entonces me ocuparé de que no lo haga. ¡Cerde presuntuosa!

Al día siguiente, cuando el sol asomaba por encima de los árboles al este de Tarsus, Antonio cabalgó en un caballo de pelaje apagado hasta la ribera más apartada del Cidno, envuelto en una capa oscura y sin ninguna escolta. Ver primero al enemigo era una ventaja; servir con César se lo había enseñado. «¡Oh, el aire huele dulce! ¿Qué estoy haciendo en una ciudad saqueada cuando hay marchas que hacer, batallas por librar?», se preguntó a sí mismo, consciente de la respuesta. «Estoy aquí para ver si la reina de Egipto responderá a mis llamadas». Y aquella otra cerda presuntuosa de Glafira está comenzando a molestarme de aquella manera que las mujeres orientales han perfeccionado: dulce y lacrimógenamente, cargada con suspiros y susurros. ¡Ah, Fulvia! Cuando ella gruñe, el hombre sabe que le está gruñendo. Rugidos, gruñidos, chillidos. Tampoco importa recibir un coscorrón en la oreja, siempre que al hombre no le importe que, en represalia, cinco uñas le abran surcos en el pecho.

¡Ah, allí había un buen lugar! Se desvió y se apeó del caballo para ir a una roca plana que se alzaba varios pies por encima de la orilla. Sentado allí tendría una visión perfecta de la nave de Cleopatra que navegaba Cidno arriba hasta su fondeadero. No estaba más allá de cincuenta pasos del canal, y tan cerca de la orilla que veía a un pequeño pájaro de brillante plumaje anidado en el alero de un almacén junto al muelle.

El Filopátor remontó el río a la velocidad de un hombre que macha a paso enérgico, y dejó boquiabierto a Antonio mucho antes de que llegase a su altura. Porque lo que veía era un mascarón de proa en medio de un nebuloso halo dorado; un hombre de piel oscura vestido con un faldellín blanco, un collar, un cinturón de oro y gemas y un enorme tocado rojo y blanco. Sus pies desnudos rozaban las olas que rompían a cada lado de la proa y en su mano derecha sostenía una lanza dorada. Los mascarones no eran del todo desconocidos en aquel lugar, pero no tan enormes u ocupando gran parte de la proa. ¿Aquel hombre era algún antiguo rey?

Todo parecía de oro; el barco estaba recubierto de oro desde la línea de flotación hasta lo más alto del mástil, y lo que no era de oro estaba pintado con azules y verdes pavo real salpicados con un polvo de oro. Los techos de las

construcciones de cubierta eran de tejas de loza fina de vividos azules y verdes, y toda una arcada de columnas con capiteles de lotos se extendían por la cubierta. ¡Incluso los remos eran de oro! Y las gemas brillaban por todas partes. ¡Aquel barco solo ya valía diez mil talentos de oro!

Le llegó el aroma de los perfumes, el sonido de las liras y las flautas y el canto de un coro invisible; muchachas hermosas con vestidos de gasas lanzaban flores desde cestos dorados, y hermosos niños con faldellines de plumas de pavo real colgaban de las velas blancas como la nieve. La enorme vela, desplegada para ayudar a los remeros, que remaban contracorriente, mostraba dos cabezas de bestias entrelazadas —una cobra real y un buitre— y un extraño ojo del que colgaba una larga lágrima negra.

Había plumas de pavo real por doquier, pero en ninguna parte más abundantes que alrededor de una alta tarima de oro emplazada delante del mástil. En el trono estaba sentada una mujer vestida con plumas de pavo real, y su cabeza mostraba la misma corona roja y blanca que llevaba el hombre del mascarón. Sus hombros resplandecían con las joyas de un ancho collar de oro, y un ancho cinturón del mismo tipo rodeaba su cintura. El cayado del pastor y un látigo de oro con lapislázuli cruzaban su pecho, y su rostro llevaba tanto maquillaje que era imposible saber qué aspecto tenía; su expresión era impasible.

El barco pasó delante de él lo bastante cerca como para ver lo ancho y maravilloso que era; la cubierta estaba pavimentada con tejas de loza fina azules y verdes que hacían juego con los tejados. Un barco pavo real, una reina pavo real. «Bueno —pensó Antonio, furioso sin ninguna razón—, ya verá quién es el gallo en el gallinero de Tarsus.»

Cruzó el puente que llevaba a la ciudad a todo galope, se apeó del caballo en la puerta del palacio del gobernador y entró dando voces para llamar a sus sirvientes.

—¡Toga y lictores ahora!

Así pues, cuando la reina envió a su chambelán, el eunuco Filo, a informar a Marco Antonio de que ella había llegado, Filo fue informado de que Marco Antonio estaba en el ágora escuchando casos de ciudadanos en nombre del fisco y que no podía ver a su majestad hasta el día siguiente.

Tal había sido en realidad la intención de Antonio, que lo habían anunciado formalmente en el tribunal en el ágora. Cuando ocupó su lugar en el tribunal vio lo que había esperado: un centenar de litigantes, al menos otros tantos abogados, varios centenares de espectadores y unas cuantas docenas de vendedores de bebidas, bocadillos, golosinas, sombrillas y abanicos. Incluso en mayo en Tarsus hacía calor. Por aquella razón su corte estaba a la sombra

de una marquesina roja que tenía bordado SPQR en los faldones cada pocos pasos alrededor de todo el reborde. En lo alto del tribunal de piedra estaba sentado Antonio en su silla curul de marfil, con doce lictores vestidos de rojo a cada lado y Lucilio sentado a una mesa llena de pergaminos. El actor más nuevo en este drama era un centurión mayor que estaba en una esquina del tribunal, vestido con una cota de escamas doradas, polainas doradas, el pecho cargado con faleras, armillas y collares y, en la cabeza, un casco dorado cuya crin escarlata se extendía a los lados como un abanico. Pero el pecho cargado con condecoraciones por actos de valor no era lo que asustaba a aquella audiencia. De hecho, el miedo lo provocaba la larga espada gala que el centurión sujetaba entre las manos, con la punta apoyada en el suelo. El papel del centurión era el de recordarles a los ciudadanos de Tarsus que Marco Antonio tenía el poder absoluto sobre ellos, y podía ejecutar a cualquiera por cualquier cosa. Si se le pasaba por la cabeza dar una orden de ejecución, entonces el centurión la ejecutaría en el acto. No es que Antonio tuviese ninguna intención de ejecutar ni tan sólo a una mosca o a una araña, pero ya que los orientales estaban acostumbrados a ser gobernados por personas que ejecutaban tan caprichosa como habitualmente, ¿por qué desilusionarlos? Algunos casos eran interesantes, y otros hasta entretenidos. Antonio se ocupó de ellos con la eficiencia y el distanciamiento que los romanos parecían poseer, ya fuesen miembros del proletariado o de la aristocracia: personas que comprendían las leyes, el método, la rutina, la disciplina, aunque Antonio estaba menos dotado de estas esenciales cualidades romanas que la mayoría. Incluso así, realizó su tarea con vigor, y algunas veces hasta con saña. De pronto, una conmoción en la multitud hizo que un litigante perdiese el control en el momento en que iba a pasar su caso a un abogado bien remunerado que estaba a su lado, lo que provocó que Marco Antonio volviera la cabeza y frunciera el entrecejo.

La multitud se había separado, con un suspiro de asombro, para permitir el paso de una pequeña procesión encabezada por un hombre de cabeza afeitada y piel morena vestido de Manco, con una cadena de oro alrededor del cuello que aparentaba valer una fortuna. Detrás de él caminaba Filo el chambelán ataviado con lino azul y verde, el rostro maquillado delicadamente, el cuerpo resplandeciente con joyas. Pero no era nada comparado con lo que venía tras ellos: una amplia litera de oro con el techo de loza fina y plumas de pavo real en los podes de las esquinas. La cargaban ocho enormes hombres negros como el carbón, con el mismo tinte púrpura en sus pieles.

Vestían faldellines de plumas, collares y brazaletes de oro y resplandecientes tocados nemes también de oro.

La reina Cleopatra esperó hasta que los portadores bajasen suavemente la litera, luego, sin esperar ayuda para apearse, se deslizó ágilmente y se acercó a

los escalones del tribunal romano.

—Marco Antonio, me has llamado a Tarsus. Estoy aquí —dijo ella con una voz clara y fuerte.

—¡Tu nombre no aparece en mi lista de casos para hoy, señora! Tendrás que solicitárselo a mi secretario, pero te aseguro que será el primero de mi lista mañana por la mañana —respondió Antonio con la cortesía debida a un monarca pero sin deferencia.

Ella rabiaba por dentro. ¡Cómo se atrevía este palurdo romano a tratarla como a cualquier otro! Había venido al ágora para mostrarlo como el paleta que era y hacer exhibición de su inmenso poder y autoridad a los tarsos, que apreciarían su posición y no pensarían muy bien de Antonio por haberla escupido metafóricamente. Él no estaba ahora en el foro romano, aquéllos no eran empresarios romanos (todos ellos se habían marchado porque no tenían beneficios que ganar), sino personas que estaban próximas a su gente de Alejandría, sensibles a las prerrogativas y derechos de los monarcas. ¿Les importaba verse apartados por la reina de Egipto? ¡No, se vanagloriaban de la distinción! Todos habían visitado el muelle para maravillarse ante el Filopátor, y habían venido al ágora convencidos de que se habían pospuesto sus casos. Sin duda, Antonio creía que valorarían sus principios democráticos al verlos a ellos primero, pero no era así como funcionaba el cerebro oriental. Estaban asombrados, inquietos y molestos. Cleopatra, al permanecer de pie tan humildemente delante del tribunal, demostraba a los tarsos lo arrogantes que eran los romanos.

—Gracias, Marco Antonio —dijo ella—. ¿Quizá si no tienes ningún compromiso para la cena podrías venir a mi barco esta noche? ¿Te parece bien al anochecer? Es más cómodo cenar después de que el calor haya desaparecido del aire.

Él la miró con una chispa de furia en los ojos; de alguna manera, lo había puesto en una posición incómoda, lo veía en los rostros de la multitud, que se inclinaba y saludaba siempre manteniendo la distancia con la persona real. En Roma, ella podía haber sido asaltada, pero ¿aquí? Al parecer, nunca. ¡Maldita mujer!

—No tengo planes para la cena —respondió brevemente—. Puedes esperarme al anochecer.

—Te enviaré mi litera, imperator Antonio. Siéntete en libertad de traer a Quinto Delio, Lucio Poplicola, a los hermanos Saxa, Marco Barbado y a cincuenta y cinco más de tus amigos.

Cleopatra se subió ágilmente a la litera. A continuación, los porteadores cogieron las varas y giraron la litera, que no era un simple diván, ya que la

parte frontal y la trasera eran iguales para permitir que su ocupante fuese visto correctamente desde todos los ángulos.

—Continúa, Melanto —le dijo Antonio al litigante, que se había visto interrumpido en mitad de una frase por la llegada de la reina.

El asombrado Melanto se volvió indefenso a su muy bien remunerado abogado, los brazos abiertos de asombro. El hombre mostró su competencia al continuar el caso como si no se hubiese producido ninguna interrupción.

A los sirvientes les llevó un rato encontrar una túnica lo bastante limpia para que Antonio vistiese en la cena del barco; las togas eran demasiado incómodas para este tipo de cenas y había que descartarlas, y tampoco eran convenientes las botas (su calzado preferido), demasiados cordones para atar y desatar. ¡Oh, cuánto daría por llevar en su cabeza una corona al valor! César había llevado sus hojas de roble en todas las ocasiones públicas, pero este privilegio sólo lo consiguió por su valor extremo en el combate en su juventud. Como Pompeyo Magno, Antonio nunca había ganado una corona, por muy valiente que siempre hubiera sido.

La litera esperaba. Antonio, fingiendo que todo aquello era muy divertido, se acomodó y le ordenó a su grupo de amigos, entre risas y bromas, que caminasen alrededor de la litera. El artilugio causó admiración, pero no tanto como sus portadores, una fascinante rareza; incluso en los más grandes y variados mercados de esclavos no aparecían hombres negros a la venta. En Italia eran tan escasos que se los apropiaban los escultores. Pero aquéllos sólo eran mujeres y niños, y en contadas ocasiones de sangre pura como los portadores de Cleopatra; la belleza de su piel, lo apuesto de sus rostros, la dignidad de sus portes eran motivo de admiración. ¡Qué sensación causarían en Roma! «Aunque —pensó Antonio—, sin duda, ella los había tenido en su residencia cuando había vivido en Roma. Yo, sencillamente, nunca los vi.»

Antonio observó que la pasarela era de oro excepto en la balaustrada, que parecía hecha de una rara madera de cítrico, y la cubierta de tejas de loza fina estaba sembrada con pétalos de rosas que soltaban un suave perfume cuando se las pisaba. Cada pedestal soportaba un jarrón dorado con plumas de pavo real o una valiosísima obra de arte criselefantino, marfil tallado con incrustaciones de oro. Hermosas muchachas cuyos delicados cuerpos se mostraban a través de túnicas de tul los llevaron por la cubierta entre columnas hasta un par de grandes puertas de oro con bajorrelieves hechos por algún maestro. En el interior había un gran salón con las ventanas bien abiertas para dejar entrar todas las brisas; las paredes, de madera de cítricos; la marquetería, de esplendorosos y complejos diseños, y el suelo, cubierto con un manto de pétalos de rosas de un pie de profundidad.

«¡Me está provocando! —pensó Antonio—. ¡Me está provocando!»

Cleopatra le esperaba, vestida ahora con transparentes capas de gasa que iban desde el ámbar oscuro abajo hasta el amarillo pálido arriba. El estilo no era griego, romano ni asiático, sino algo propio, entallado, que se abría en las faldas, el corpiño bien apretado para mostrar sus pequeños pechos; los delgados brazos estaban suavizados por amplias mangas que acababan en los codos para dejar espacio a los brazaletes en los antebrazos. Alrededor del cuello llevaba una cadena de oro de la que colgaba, encerrado en una jaula del más fino oro, una única perla del tamaño y el color de una fresa. La mirada de Antonio se sintió atraída hacia ella inmediatamente —acompañada de una exclamación— y, después, alcanzó su rostro, asombrada.

—Conozco esa joya —dijo.

—Sí, supongo que sí. César se la dio a Servilia hace muchos años para sobornarla cuando rompió el compromiso de Bruto con su hija, pero Julia murió y después Bruto, y Servilia perdió todo su dinero en la guerra civil. El viejo Faberio Margarita la valoró en seis millones de sestercios, pero cuando ella fue a vendérsela le pidió diez millones. ¡Tonta! Yo le hubiese pagado veinte millones por tenerla. Pero, según escuché, los diez millones no fueron bastante para librarla de sus deudas. Bruto y Casio perdieron la guerra, así que eso se comió una parte de su fortuna, y Vatia y Lépido la sangraron hasta el final, y eso acabó con la otra parte. —Cleopatra hablaba con un tono risueño.

—Es verdad que en estos días ella es pensionista de Ático.

—También escuché decir que la esposa de César se suicidó.

—¿Calpurnia? Bueno, su padre, Piso, quería casarla con algún imbécil dispuesto a pagar una fortuna por el privilegio de acostarse con la viuda de César, pero ella no quiso hacerlo. Piso y su nueva esposa te hacían vivir un infierno, y ella detestaba tener que abandonar la domus Publica. Se cortó las venas. Pobre mujer. Siempre me gustó. También me gustaba Servilia. A las que odiaba era a las esposas de los Hombres Nuevos (Terencia de Cicerón, Valeria Messala de Pedio, Fabia de Hirtio). Eso lo comprendo —dijo Antonio con una sonrisa.

Mientras hablaban, las muchachas llevaban a sus respectivos divanes al fascinado grupo que Antonio había traído con él; cuando estuvieron instalados, Cleopatra lo cogió del brazo y lo llevó hasta el diván, al final de la U, y lo colocó en el locus consularis.

—¿Te importa si no tenemos a un tercer compañero en nuestro diván? —preguntó.

—En absoluto.

No había acabado de sentarse cuando trajeron el primer plato, un surtido de

exquisiteces que varios gourmets consagrados de su grupo aplaudieron entusiasmados. Pequeñas aves que se comían con huesos y todo, huevos rellenos con deliciosas pastas, langostinos hervidos, langostinos a la brasa, langostinos en broquetas y asados con champiñones, alcaparras gigantes, ostras y almejas traídas a galope desde la costa y otro centenar de platos igual de deliciosos que se comían con los dedos. Luego llegó el plato principal, corderos enteros asados en espitones, capones, faisanes, carne de cría de cocodrilo (según los gourmets, una delicia), guisos y estofados condimentados de varias e innovadoras maneras y pavos reales enteros asados servidos en bandejas de oro con todas las plumas vueltas a colocar en el orden correcto y las colas abiertas.

—Hortensio sirvió el primer pavo real asado en un banquete en Roma —comentó Antonio, y se rio—. César dijo que tenía el gusto de una vieja bota militar, sólo que la bota era más tierna.

—Muy típico. —Cleopatra se rio—. Le servías a César un potaje de lentejas, garbanzos y judías secas con un trozo de tocino salado y era feliz. ¡No era amante de la comida!

—Una vez mojó el pan en aceite rancio y ni siquiera se dio cuenta.

—Pero tú, Marco Antonio, aprecias la buena comida.

—Sí, algunas veces.

—El vino es Chian. No debes beberlo aguado.

—Tengo la intención de mantenerme sobrio, señora.

—¿Por qué?

—Porque un hombre que trata contigo necesita tener el seso despierto.

—Lo tomo como un cumplido.

—La edad no ha mejorado tu aspecto —dijo cuando trajeron los dulces, al parecer, indiferente a cómo podría interpretar cualquier mujer aquella referencia a su aspecto.

—Mi encanto nunca tuvo nada que ver con mi aspecto —manifestó ella sin molestarse—. A César le atraían mi voz, mi inteligencia y mi posición real. Sobre todo le agradaba que aprendiera idiomas con la misma facilidad que él. César me enseñó latín, y yo le enseñé a él egipcio demótico y clásico.

—Tu latín es impecable.

—También lo era el de César. Por eso lo es el mío.

—No has traído a tu hijo.

—Cesarión es faraón. Lo dejé para que gobernase.

—¿A los cinco años?

—Casi seis, y va para los sesenta. Es un chico maravilloso. Confío en que mantendrás tu promesa y lo presentarás al Senado como heredero de César en Egipto. Él debe poseer de manera indiscutible el trono, lo que significa que Octavio ha de entender que no es ninguna amenaza para Roma, y sí un buen cliente-rey de sangre mitad romana que no puede ser de ningún beneficio en Roma. El destino de Cesarión está en Egipto, y Octavio tiene que comprenderlo.

—Estoy de acuerdo, pero no es el momento adecuado para llevar a Cesarión a Roma y ratificar nuestros tratados con Egipto. Hay problemas con Italia, y no puedo interferir en lo que sea que Octavio hace para solucionar estos problemas. Heredó Italia como parte de nuestro acuerdo en Filipos, y lo único que yo quiero del lugar son tropas.

—Como romano ¿no sientes cierta responsabilidad por lo que está ocurriendo en Italia, Antonio? —preguntó ella con el entrecejo fruncido—. ¿Es prudente y políticamente correcto dejar que Italia sufra tanto de la hambruna y de las diferencias económicas entre los empresarios, los terratenientes y los soldados veteranos? ¿No tendrías que haberte quedado tú, Octavio y Lépido en Italia y solucionar primero sus problemas? Octavio no es más que un muchacho, es imposible que tenga la sabiduría o la experiencia para triunfar. ¿Por qué no ayudarlo en lugar de ponerle trabas? —Soltó una risa áspera y se golpeó el corpiño—. Nada de todo esto le beneficia, pero continúo pensando en el embrollo que César dejó atrás en Alejandría y en cómo tuve que conseguir que todos sus ciudadanos cooperasen en lugar de montar una guerra entre clases. Fracase porque vi que las guerras sociales son desastrosas. César me dejó este consejo, pero no fui lo bastante inteligente para utilizarlo. Pero si volviese a ocurrir de nuevo sabría cómo resolverlo. Lo que está ocurriendo en Italia es una variación de mis propios problemas. ¡Olvida tus diferencias con Octavio y Lépido y trabajad unidos!

—Antes prefiero estar muerto que darle a ese muchacho la más mínima ayuda —masculló Antonio.

—Las personas son mucho más importantes que un muchacho pretencioso.

—¡No, no lo son! Espero que Italia muera de hambre, y haré todo lo posible para acelerar el proceso. Por eso tolero a Sexto Pompeyo y sus almirantes. Hacen imposible que Octavio alimente a Italia, y cuantos menos impuestos pagan los empresarios, menos dinero tiene Octavio para comprar tierra para dar a los veteranos. Con los terratenientes atizando el fuego, Octavio acabará quemado.

—Roma ha construido un imperio con la gente de Italia desde el norte del río Padus hasta la punta de Bruttium. ¿No se te ha ocurrido que, al insistir en que podrás reclutar tropas en Italia, en realidad estás diciendo que ningún otro lugar puede dar tan excelentes soldados? Pero si el país muere de hambre, ellos también.

—No, no lo harán —replicó Antonio en el acto—. La hambruna sólo hace que se reenganchen. Es una ayuda.

—No a las mujeres que crían a los chicos, que crecerán para ser excelentes soldados.

—Les pagan, envían dinero a casa. Los que mueren son inútiles; libertos griegos y ancianos.

Agotada mentalmente, Cleopatra se echó hacia atrás y cerró los ojos. De las emociones que llevaban al asesinato tenía un íntimo conocimiento: su padre había estrangulado a su propia hija mayor para asegurarse el trono, y la hubiese matado a ella de no haber sido porque Cha'em y Tach'a la escondieron en Menfis mientras crecía. Pero la idea de provocar deliberadamente la hambruna y la enfermedad entre su gente le era ajena absolutamente; aquellos hombres apasionados y enfrentados mostraban una falta de piedad que no tenía límites; así, no era de extrañar que César hubiese muerto a sus manos. Su propio prestigio personal y familiar era más importante que todas las naciones, y en eso estaban más cerca de Mitrídates el Grande que lo que les hubiese gustado escuchar. El enemigo de la familia debía padecer, y para conseguirlo caminarían sobre un mar de muertos. Todavía practicaban la política de una pequeña ciudad-estado. A Cleopatra le parecía que la pequeña ciudad-estado se había convertido en la más poderosa máquina comercial y militar de la historia. Sí, Alejandro Magno había conquistado más, pero a su muerte sus conquistas se habían evaporado como humo en el cielo; sin embargo, los romanos conquistaban un poco aquí y un poco allá, pero daban lo que conquistaban a una idea llamada Roma, para mayor gloria de la idea. No obstante, eran incapaces de ver que Italia importaba más que los feudos personales. César acostumbraba a repetírselo una y otra vez: Italia y Roma eran la misma entidad. Pero Marco Antonio no hubiese estado de acuerdo.

Cleopatra estaba un poco más cerca de comprender qué clase de hombre era Marco Antonio. ¡Ah, pero estaba demasiado cansada para prolongar aquella velada! Tendría que haber más cenas, y si eso significaba que sus cocineros se volviesen locos inventando nuevos platos lo daría por bien empleado.

—Te ruego que me disculpes, Antonio. Me voy a la cama. Quédate todo lo que quieras. Filo se ocupará de ti.

Al instante, desapareció. Antonio, con expresión ceñuda, debatió si tenía que quedarse o marcharse, y decidió marcharse. El día siguiente por la noche él la invitaría a un banquete. ¡Era una mujercita extraña! Como una de aquellas niñas que dejan de comer precisamente a la edad que tendrían que estar comiendo. «Me pregunto —pensó con súbita alegría— cómo se estará arreglando Octavio con la hija que Fulvia tuvo con Clodio. ¡Ésa sí que es una chica famélica! No tiene más carne que una pulga.»

La invitación de Cleopatra a una segunda cena aquella noche llegó cuando al día siguiente Antonio se disponía a salir para el tribunal, donde sabía que la reina no volvería a presentarse de nuevo. Sus amigos hablaban tanto de las maravillas del banquete que decidió abreviar su desayuno de pan y miel y se presentó en el ágora antes de lo que lo esperaba cualquiera de los litigantes. Una parte de él aún continuaba mirando en la dirección por la que ella había llevado la parte más seria de la conversación, en la que no habían abordado el tema de si ella había apoyado a Casio. Eso se mantendría durante un día o dos, supuso, pero no era un buen augurio que ella no estuviese en absoluto intimidada. Cuando regresó al palacio del gobernador para bañarse y afeitarse con vistas a la fiesta de la noche en el Filopátor, se encontró con Glafira, que lo esperaba.

—¿No fui invitada anoche? —preguntó ella con voz filosa.

—No fuiste invitada.

—¿Estoy invitada esta noche?

—No.

—Quizá debería enviarle a la reina una breve nota para informarle de que yo también soy de sangre real y soy tu huésped aquí en Tarsus. Si lo hiciese, ella, sin duda, me incluiría en su invitación.

—Podrías, Glafira —señaló Antonio, que, de pronto, se sintió jovial—, pero no te llevaría a ninguna parte. Recoge tus cosas. Te envío de regreso a Comana mañana al amanecer.

Las lágrimas cayeron como una lluvia silenciosa.

—¡Oh, apaga el surtidor, mujer! —exclamó Antonio—. Tendrás lo que quieres, pero todavía no. Si sigues con las lágrimas, quizá no tengas nada.

Sólo en la tercera noche durante la tercera cena a bordo del Filopátor Antonio mencionó a Casio. No lograba entender cómo sus cocineros seguían presentando novedades; también sus amigos estaban perdidos en un éxtasis de manjares que les dejaba poco tiempo para observar lo que hacía la pareja en el lectus medius. Desde luego no estaban haciendo ningún avance amoroso, y liquidada esa preocupación, la visión de las preciosas muchachas era mucho

más emocionante, si bien alguno de los invitados hizo elogiosos comentarios de los niños pequeños.

—Harías bien en venir a cenar mañana al palacio del gobernador —comentó Antonio, que había comido bien en cada una de las tres ocasiones pero no se había comportado como un glotón—. Dale a tus cocineros un buen merecido descanso.

—Si lo prefieres —replicó ella, indiferente; picoteaba la comida, comía como un pajarito.

—Pero antes de que honres mi residencia con tu presencia real, majestad, creo que debemos aclarar el tema de la ayuda que le diste a Cayo Casio.

—¿Ayuda? ¿Qué ayuda?

—¿No llamas ayuda a cuatro buenas legiones romanas?

—Mi querido Marco Antonio —manifestó ella con un tono de cansancio—, aquellas cuatro legiones marcharon al norte al mando de Aulo Allieno, que me hicieron creer que era un legado de Publio Dolabella, el entonces gobernador legal de Siria. Como Alejandría estaba amenazada por la plaga y también la hambruna, me alegró dar a Allieno las cuatro legiones que César había dejado aquí. Si él decidió cambiar de bando después de haber cruzado la frontera de Siria, eso no puede ser cargado a mi cuenta. La flota que te envié a ti y a Octavio se hundió en una tormenta, pero no encontrarás ningún registro de flotas donadas a Cayo Casio ni tampoco que recibiese dinero de mí, trigo o más tropas. Admito que mi virrey en Chipre, Serapio, envió ayuda a Bruto y Casio, pero me alegraría ver a Serapio ejecutado. Actuó sin órdenes mías, y eso lo hace un traidor a Egipto. Si tú no lo ejecutas, desde luego lo haré yo en mi viaje de regreso.

—Humm —gruñó Antonio con expresión ceñuda. Sabía que todo lo que ella había dicho era verdad, pero ése no era su problema; su problema era cómo conseguir que lo que había dicho ella pareciese mentira—. Puedo presentar esclavos dispuestos a declarar que Serapio actuó bajo tus órdenes.

—¿Libremente o bajo tortura? —preguntó ella sin inmutarse.

—Libremente.

—Por una minúscula fracción del oro que ansias más que Midas. ¡Venga, Antonio, seamos francos! Estoy aquí porque tu fabuloso este está en la bancarrota gracias a una guerra civil romana y de pronto Egipto parece una enorme gansa capaz de poner enormes huevos de oro. ¡Bueno, desengáñate! —dijo con un tono tajante—. El oro de Egipto pertenece a Egipto, que disfruta de la condición de amigo y aliado del pueblo romano y nunca ha roto tal confianza. Si quieres tener el oro de Egipto, tendrás que arrebatármelo por la

fuerza a la cabeza de un ejército, pero incluso entonces te llevarás una desilusión. La patética lista de tesoros para encontrar en Alejandría que confeccionó Delio no es más que un huevo de oro en una enorme pila. Y dicha pila está tan bien oculta que nunca la encontrarías. No me lo arrancarás ni a mí ni a mis sacerdotes, que son los únicos que conocen su paradero, con la tortura.

No era el discurso de alguien al que se podía acobardar.

Atento al menor temblor en la voz de Cleopatra y alerta también a la menor tensión en sus manos o en su cuerpo, Antonio no percibió ninguno de dichos síntomas. Peor aún, sabía por varias cosas que César había dicho que el tesoro de los Ptolomeo estaba oculto con tanta astucia que nadie podría encontrarlo. Sin duda, los artículos de la lista de Delio podrían generar unas ganancias de diez mil talentos, pero necesitaba muchísimo más que eso. Thier o llevar en barco el ejército hasta o desde Alejandría le costaría varios miles de talentos. «¡Oh, maldita mujer! No puedo obligarla ni pegarle para convencerla. Por lo tanto, debo buscar otra manera. Cleopatra no es Glafira.»

De acuerdo con una nota entregada a Filopátor a primera hora de la mañana siguiente, el banquete que Antonio ofrecería aquella noche sería una fiesta de disfraces.

«Pero te daré una pista —decía la nota—. Si tú vienes como Afrodita, yo te recibiré como Neo Dionisio, tu compañero natural en la creación de vida.»

Así pues, Cleopatra se atavió con el disfraz griego. Capas de rosa y carmín. Sus escasos cabellos castaños estaban peinados a la manera habitual, divididos en una serie de trenzas que comenzaban en la frente y acababan en la nuca, donde estaban sujetos en un pequeño moño. La gente decía que se parecía a la piel de un melón cantalupo, algo que no estaba muy lejos de la verdad. Una mujer como Glafira le hubiese dicho —de haber visto alguna vez a Cleopatra con su atavío faraónico— que aquel estilo tan poco elegante le permitía llevar la doble corona roja y blanca egipcia con facilidad. Aquella noche, sin embargo, llevaba un velo corto de flores entretejidas, y para adornar su persona había escogido flores en el cuello, en el corpiño y en la cintura. En una mano llevaba una manzana dorada. Aquel vestido no era nada atractivo, cosa que no preocupó a Marco Antonio, poco conocedor del vestuario femenino. El único objetivo de aquella fiesta de «disfraces» era que él pudiese exhibirse para su máxima ventaja.

Como Neo Dionisio, iba desnudo de cintura para arriba y desnudo de medio muslo hacia abajo. Sus partes estaban cubiertas por un delicado trozo de gasa púrpura, debajo del cual un taparrabos hecho a medida mostraba la gran bolsa que contenía los famosos genitales de Antonio. A los cuarenta y tres años todavía estaba en su mejor momento, con aquel físico de Hércules

que no mostraba ninguna señal de los muchísimos excesos que la mayoría de hombres acumulaban a aquella edad. Las pantorrillas y los muslos eran enormes, pero los tobillos eran delgados y los pectorales abultaban por encima de un vientre plano y musculoso. Sólo su cabeza parecía extraña, porque su cuello, grueso como el de un toro, la empequeñecía. El grupo de muchachas que la reina había traído con ella lo miraban y suspiraban, casi muertas de deseo por ser poseídas.

—Vaya, no tienes mucho en tu guardarropa —comentó Cleopatra, que no parecía impresionada.

—Dionisio no necesitaba mucho. Ten, una uva —dijo él, y le ofreció el racimo que tenía en una mano.

—Ten, come una manzana —replicó ella, y le extendió la mano.

—Soy Dionisio, no París. «París, muchacho hermoso, seductor de mujeres» —citó—. ¿Lo ves? Conozco bien a Homero.

—Estoy consumida por la admiración. —Ella se acomodó en el diván mientras él le cedía el locus consularis, un gesto que los puntillosos de su comitiva no apreciaron. Las mujeres eran mujeres.

Antonio lo intentó, pero su actitud de desnudo preparado para la acción no afectó en absoluto a Cleopatra. La razón por la que Cleopatra vivía no era el lado físico del amor, eso estaba muy claro. De hecho, la reina pasó la mayor parte de la velada jugando con su manzana dorada, que metió en una copa de vino rosado al tiempo que observaba cómo el azul del cristal le daba al oro un sutil tono púrpura, sobre todo cuando lo movía con un dedo.

Finalmente, desesperado, Antonio se lo jugó todo a una tirada de dados: ¡Venus, que salga Venus!

—Me estoy enamorando de ti —dijo, y le acarició el brazo.

Ella se lo apartó como quien aparta a un insecto.

—Gerrae! —gruñó.

—¡No son tonterías! —manifestó él indignado y se sentó muy erguido—. Me has embrujado.

—Mi riqueza te ha embrujado.

—¡No, no! ¡No me importaría si fueses una pordiosera!

—Gerrae!. Me pisarías como si yo no existiese.

—¡Te demostraré que te quiero! ¡Ponme una prueba!

La respuesta de Cleopatra fue inmediata.

—Mi hermana Arsinoe ha buscado refugio en el recinto de Artemisa en Éfeso. Está condenada a muerte en un juicio legal realizado en Alejandría. Ejecútala, Antonio. Una vez que ella esté muerta descansaré tranquila. Y tú me gustarás más.

—Tengo una manera mejor —manifestó Antonio con la frente perlada de sudor—. Deja que te haga el amor aquí, ahora.

Ella ladeó la cabeza y partió el velo de flores; para Delio, que miraba la escena atentamente desde su diván, Cleopatra parecía una florista borracha dispuesta a vender. Uno de sus ojos dorados se cerró, al tiempo que el otro miró a Antonio reflexivamente.

—No en Tarsus —respondió Cleopatra—. Y no mientras mi hermana viva. Ven a Egipto con la cabeza de Arsinoe y me lo pensaré.

—¡No puedo! —gritó él—. ¡Tengo mucho trabajo que hacer! ¿Por qué te crees que estoy sobrio? Se está preparando una guerra en Italia y aquel maldito muchacho lo está haciendo mejor de lo que cualquiera hubiese esperado. ¿Cómo puedes pedir la cabeza de tu propia hermana?

—Es un placer. Ella ha ido por mi cabeza desde hace años, Si sus planes se cumplen, se casará con mi hijo y después me cortará la mía de los hombros en un abrir y cerrar de ojos. Su sangre es puramente Ptolomeo y es lo bastante joven para tener hijos cuando Cesarión alcance la edad propicia. Yo soy la nieta de Mitrídates el Grande, un mestizo. Mi hijo es más mestizo todavía. Para muchas personas en Alejandría, Arsinoe representa un regreso a la línea de sangre adecuada, y si yo debo vivir, entonces ella debe morir.

Cleopatra se levantó del diván, se quitó el velo y se arrancó las tiras de azucenas del cuello y de la cintura.

—Gracias por tu magnífica fiesta, y gracias por un esclarecedor viaje al extranjero. El Filopátor no ha sido escenario de tantos agasajos durante estos últimos cien años. Mañana, él y yo navegaremos de regreso a Egipto. Ven a verme allí. Ve a ver a mi hermana a Éfeso. Es la mar de divertida. Si te gustan las arpías y gorgonas, te encantará.

—Quizá —opinó Delio después de escuchar algo de eso a la mañana siguiente, mientras el Filopátor hundía sus remos dorados en el agua y emprendía viaje—, la has asustado, Antonio.

—¿Asustado? ¿A esa víbora de sangre de hiel? ¡Imposible!

—Ella no pesa más de un talento, mientras que tú debes de andar por los cuatro. Quizá crea que morirá aplastada. —Se rio—. ¡O que tu ariete la matará! Es incluso posible que lo hagas.

—Cacat! ¡Nunca había pensado en eso!

—Conquistala con cartas, Antonio, y continúa con tus obligaciones como triunviro al este de Italia.

—¿Estás intentando empujarme, Delio? —preguntó Antonio.

—¡No, no, por supuesto que no! —se apresuró a responder Delio—. Sólo te recuerdo que la reina de Egipto ya no está en tu horizonte, mientras que sí lo están otras personas y acontecimientos.

Antonio barrió los papeles de encima de su mesa con un salvaje manotazo que hizo que Lucilio se pusiese a gatas inmediatamente para recogerlos.

—¡Estoy harto de esta vida, Delio! Que el este se pudra. Es la hora del vino y las mujeres.

Delio miró hacia abajo y Lucilio hacia arriba, en un intercambio de miradas.

—Tengo una idea mejor, Antonio —dijo Delio—. ¿Por qué no acabamos con esta montaña de trabajo durante el verano y después pasamos el invierno en Alejandría, en la corte de la reina Cleopatra?

IV

Durante cuatro años consecutivos el Nilo no se desbordó. La única buena noticia era que aquellos que habían sobrevivido a la plaga a lo largo del río parecían inmunes, lo mismo que les sucedía a los del Delta y a los de Alejandría. Aquellas personas eran más duras, más sanas.

A Sosigenes se le ocurrió una idea, y proclamó un edicto en nombre del faraón: ordenó que las partes más bajas de las orillas del Nilo fuesen bajadas otros cinco pies. Si el agua conseguía sobrepasar los topes de aquellas aberturas preparadas, fluiría por los inmensos estanques cavados previamente. Y alrededor de estos estanques había norias dispuestas a enviar el agua por canales poco profundos que serpenteaban a través de los campos reseca. Cuando a mediados de julio llegó la inundación, el río subió lo suficiente como para llenar los estanques. Este método hacía más fácil irrigar a mano que el tradicional shaduf, con un único cubo que había que sumergir en el río.

Y la gente era gente incluso en medio de la muerte, y habían nacido bebés, con el consiguiente aumento de la población. Pero Egipto comería.

La amenaza de Roma estaba por ahora controlada; los agentes le habían dicho a Cleopatra que, desde Tarsus, Antonio había ido a Antioquía, había visitado Tiro y Sidón y después había embarcado con rumbo a Éfeso, donde una aullante Arsinoé había sido sacada del santuario para ser atravesada con una espada. El sumo sacerdote de Artemisa pareció que la seguiría, pero Antonio, a quien le desagradaban aquellas venganzas sanguinarias orientales, intervino a petición del etnarca y envió al hombre de regreso a su recinto sin

hacerle daño. La cabeza no sería parte del equipaje de Antonio cuando visitase Egipto; Arsinoe había sido incinerada entera. Ella había sido la última auténtica Ptolomeo, y con su muerte había desaparecido aquella particular amenaza a Cleopatra.

—Antonio vendrá en invierno —manifestó Tacha con una sonrisa.

—¡Antonio, oh, madre mía, él no es César! ¿Cómo puedo soportar sus manos sobre mí?

—César era único. No puedes olvidarlo, eso lo comprendo, pero debes dejar de llorarlo y mirar a Egipto. ¿Qué importa la sensación de sus manos cuando Antonio posee la sangre para darle a Cesarión una hermana para casarse? Los monarcas no se casan por la gratificación del ser, se casan para beneficio de sus reinos y para salvaguardar la dinastía. Te acostumbrarás a Antonio.

De hecho, la mayor preocupación de Cleopatra durante aquel verano y aquel otoño fue Cesarión, que no le había perdonado dejarlo atrás en Alejandría. Era irreprochablemente cortés, trabajaba mucho con sus libros, leía voluntariamente en su tiempo libre, seguía con sus lecciones de equitación, sus ejercicios militares y sus aficiones atléticas, aunque no boxeaba ni luchaba.

—Tata me dijo que nuestro aparato pensador está localizado dentro de nuestras cabezas y que nunca debemos practicar deportes que lo pongan en peligro, así que aprenderé a utilizar el gladio y la espada larga, dispararé flechas y arrojaré piedras con las hondas, practicaré con el pilum y mi asta, correré, saltaré vallas y nadaré. Pero no boxearé ni lucharé. Tata no lo aprobaría, por mucho que digan mis instructores, ya les dije que desistiesen, que no viniesen corriendo a ti. ¿Acaso mis órdenes cuentan menos que las tuyas?

Ella estaba maravillada de lo mucho que él recordaba de César, y más después de escuchar el mensaje implícito en sus últimas palabras. Su padre había muerto antes de que el niño cumpliera los cuatro años.

Pero no era la discusión por los deportes de contacto físico o cualquier otro pequeño disgusto lo que la molestaba; lo que le dolía era su distanciamiento. Ella no podía quejarse de falta de atención cuando le hablaba, sobre todo para dar una orden, pero él la había apartado de su mundo interior. Era obvio que el niño alimentaba un resentimiento que ella no podía descartar como insignificante.

«Oh —se quejó para sus adentros—. ¿Por qué siempre tomo las decisiones equivocadas? De haber sabido el efecto que tendría excluirlo del viaje a Tarsus probablemente lo hubiese llevado conmigo. Pero eso hubiese puesto en peligro la sucesión en un viaje marítimo».

Los agentes de Antonio le informaron de que la situación en Italia había desembocado en una guerra abierta. Los instigadores eran Fulvia, la belicosa esposa de Antonio, y el hermano de Antonio, Lucio Antonio. Fulvia le había pedido al famoso chaquetero Lucio Munatio Planeo —que le había dado su consentimiento— que le entregase a los soldados veteranos que estaba emplazando en los alrededores de Beneventum —dos legiones completas— para su ejército; después de aquello había convencido al aburrido aristócrata Tiberio Claudio Nerón, a quien César tanto había detestado, que provocase una rebelión de esclavos en la campaña, una tarea muy poco apropiada para alguien que nunca en su vida había hablado con un esclavo. No es que Nerón no lo hubiese intentado, es que ni siquiera supo cómo comenzar su trabajo.

Sin tener ninguna posición oficial más allá de su condición de triunviro, Octavio se coló en los círculos de conocidos y allegados en el perímetro de Lucio Antonio, mientras que las dos legiones que el propio Lucio había conseguido reclutar avanzaban por la Península italiana hacia Roma. El tercer triunviro, Marco Emilio Lépido, llevó dos legiones a Roma para impedir la entrada de Lucio. Luego, en el momento en que Lépido vio el resplandor de las armaduras en la Vía Latina, abandonó Roma, a sus tropas y a una jubilosa Fulvia (y a Lucio, a quien la gente tendía a olvidar).

El resultado dependía en realidad de aquel anillo de grandes ejércitos que rodeaban Italia, los ejércitos comandados por los mejores generales de Antonio, hombres que eran sus amigos además de sus partidarios políticos. Gneo Asinio Pollio, con siete legiones, tenía la Galia Cisalpina; en la Galia Transalpina, al otro lado de los Alpes, estaba Quinto Fufio Caleño con once legiones, mientras que Publio Ventidio y sus siete legiones estaban en la costa de Liguria.

Ahora ya era otoño. Antonio estaba en Atenas, no muy lejos, disfrutando de los entretenimientos que ofrecía aquella sofisticada ciudad. Pollio le escribió, Ventidio le escribió, Caleño le escribió, Planeo le escribió, Fulvia le escribió, Lucio le escribió, Sexto Pompeyo le escribió, y Octavio le escribía todos los días. Antonio nunca respondió ni a una sola de esas cartas, ya que tenía mejores cosas que hacer. Por lo tanto, como Octavio comprendió, Antonio perdió su gran oportunidad para aplastar al heredero de César para siempre. Los veteranos se amotinaban, nadie pagaba impuestos, y todo lo que Octavio pudo reunir fueron ocho legiones. Las principales carreteras, desde Bononia, en el norte, hasta Brundisium, en el sur, resonaban con el rítmico golpeteo de las caligae con clavos de los legionarios, la mayoría de ellas pertenecientes a los enemigos jurados de Octavio; la flota de Sexto Pompeyo controlaba el mar Adriático, cortaba el suministro de granos de Sicilia y África. Si Antonio hubiese levantado su corpachón del cómodo diván ateniense y hubiera llevado a aquellos hombres a una guerra abierta para

aplastar a Octavio habría ganado fácilmente, pero decidió no responder a sus cartas y no moverse. Octavio suspiró tranquilo, mientras la gente de Antonio asumió que éste estaba demasiado ocupado pasándoselo bien como para preocuparse más allá del placer.

En Alejandría, al leer los comunicados, Cleopatra protestó y rabió, pensó en escribir a Antonio para que iniciase una guerra en Italia. ¡Eso sí que alejaría la amenaza de Egipto! Pero al final no lo hizo; de haberlo hecho, hubiese sido un esfuerzo inútil.

Lucio Antonio marchó al norte por la Vía Flaminia a Perugia, una magnífica ciudad en lo alto de una meseta en mitad de los Apeninos. Allí se instaló con sus seis legiones dentro de las murallas de Perugia y esperó a ver no sólo qué haría Octavio, sino también lo que harían Pollio, Ventidio y Planeo. Nunca pensó que estos tres últimos no acudirían a su rescate; ¡cómo hombres de Antonio, era su obligación!

Octavio había puesto al mando a su hermano espiritual Agripa, una sabia decisión; cuando los dos jóvenes llegaron a la conclusión de que Pollio, Ventidio y Planeo no iban a rescatar a Lucio, construyeron unas enormes fortificaciones de asedio en un anillo que rodeaba toda la montaña de Perugia. No llegaba abastecimiento alguno a la ciudad, y con la llegada del invierno; la reserva de agua era cada vez más baja.

Fulvia estaba en el campamento de Planeo y despotricaba contra la perfidia de Pollio y Ventidio, acampados muy lejos; también criticaba a Planeo, que sólo lo toleraba porque estaba enamorado de ella. El estado mental de Fulvia era cada vez más inestable: pasaba de las tremendas rabietas a una actividad frenética reclutando a más hombres. Pero lo que más la carcomía era el odio hacia Octavio. El melindroso cachorro le había devuelto a su esposa Clodia, la hija de Fulvia, todavía virgo intacta. ¿Qué podía hacer ella en un campamento de guerra con una muchacha flacucha que no hacía más que llorar y negarse a comer? Para colmo de males, Clodia insistía en que estaba locamente enamorada de Octavio, y acusaba a su madre del rechazo de Octavio.

Para finales de octubre, Antonio se parecía mucho al Etna antes de una erupción. Sus colegas advirtieron los temblores e intentaron evitarlo, pero no era posible.

—Delio, iré a pasar el invierno en Alejandría —anunció—. Marco Saxa y Caninio pueden quedarse con las tropas en Éfeso. Lucio Saxa, tú vendrás conmigo hasta Antioquía; te nombro gobernador de Siria. Hay dos legiones de Casio en Antioquía, serán suficientes para tus necesidades. Puedes comenzar haciéndoles entender a las ciudades de Siria que quiero cobrar los tributos. ¡Ahora, no más tarde! Todos los lugares que le pagaron a Casio, me pagarán a mí. Por el momento no haré más cambios en los demás lugares; la provincia

de Asia está tranquila, Censorino se apaña en Macedonia, y no veo la necesidad de un gobernador en Bitinia. —Estiró los brazos por encima de la cabeza con una expresión exultante—. ¡Unas vacaciones! ¡El nuevo Dionisio disfrutará de unas magníficas vacaciones! ¿Qué lugar mejor para gozarlas que la corte de Afrodita en Egipto?

Él tampoco le escribió una carta a Cleopatra. La reina se enteró de que venía a través de sus agentes, que consiguieron avisarle dos semanas antes. Durante ese tiempo, Cleopatra envió naves en busca de los manjares que Egipto no producía: desde succulentos jamones del Pirineo a enormes piezas de queso. Aunque no era parte habitual del menú, los cocineros de palacio sabían preparar garum para las salsas, y a los varios criadores de cochinillos para los residentes romanos en la ciudad les compraron todos los animales. Se compraron pollos, gansos, patos, perdices y faisanes, pues no tenían cordero en esa época del año. Por encima de todo lo demás, el vino debía ser bueno y abundante; la corte de Cleopatra apenas si lo probaba, y la reina prefería la cerveza de cebada egipcia. Pero los romanos reclamaban vino, vino y más vino.

Por el Delta y Pelusium corrían rumores que hablaban de la inquietud en Siria, si bien nadie parecía tener una prueba concreta de la naturaleza del problema. Era cierto que los judíos estaban revueltos; cuando Herodes había vuelto de Bitinia como tetrarca, se habían escuchado aullidos de ambas partes de los sanedrines, fariseos y saduceos; que su hermano Fasael también fuese un tetrarca no parecía importar tanto. A Herodes lo odiaban, a Fasael lo toleraban. Algunos judíos conspiraban para echar del trono a Hircano a favor de su sobrino, un príncipe asmoneo llamado Antígono; o, si no conseguían sus propósitos, al menos despojar a Hircano del cargo de sumo sacerdote y darle el puesto a Antígono.

Pero dado que Marco Antonio estaba a punto de llegar en cualquier momento, Siria no recibió de Cleopatra la atención que se merecía. Era un tema de una cierta urgencia porque Siria estaba en la puerta vecina.

A Cleopatra la preocupaba por encima de todo lo demás la crisis que giraba en torno a su hijo. Cha'em y Tacha habían recibido la orden de llevarse a Cesarión a Menfis y tenerlo allí hasta que Antonio se hubiese marchado.

—No iré —afirmó Cesarión, muy tranquilo, con la barbilla alzada.

No estaban solos, algo que enfadaba a Cleopatra. Así que respondió sin más:

—¡El faraón lo ordena! Por lo tanto, irás.

—Yo también soy faraón. El más grande romano vivo después de que mi padre fuese asesinado viene a visitarnos, y le recibiremos con todos los

honores. Eso significa que el faraón debe estar presente en ambas encarnaciones, varón y mujer.

—No discutas, Cesarión. Si es necesario, ordenaré que la guardia te lleve a Menfis.

—¡Eso quedará muy bien a los ojos de tus súbditos!

—¡Cómo te atreves a ser así de insolente conmigo!

—Soy faraón, ungido y coronado. Soy hijo de Amón-Ra e hijo de Isis. Soy Horus. Soy el Señor de las Dos Damas y el Señor del Alto y Bajo Egipto. Mi cartucho está por encima del tuyo. A menos que vayas a la guerra contra mí, no puedes negarme mi derecho a sentarme en el trono. Como estaré cuando recibamos a Marco Antonio.

En la sala de audiencias reinaba tanto silencio que cada palabra que pronunciaban madre e hijo resonaba en las vigas doradas. Los sirvientes intentaban pasar lo más desapercibidos posible. Charmian e Iras atendían a la reina. Apolodoro permanecía en su puesto y Sosigenes estaba sentado a una mesa ocupado en la lectura de los platos que ofrecerían en los banquetes. Sólo faltaban Cha'em y Tach'a, muy atareadas en preparar los múltiples agasajos que le ofrecerían a su amado Cesarión cuando llegase al recinto de Ptah.

El rostro del niño mostraba una expresión terca, sus ojos azul verdoso duros como piedras pulidas. Nunca el parecido con César había sido tan pronunciado. Sin embargo, la postura era relajada, nada de puños apretados y los pies bien plantados. Había dicho lo suyo; ahora le tocaba a Cleopatra.

Sentada en la poltrona intentaba calmar el torbellino en su mente. ¿Cómo explicarle a este obstinado extraño que actuaba por su propio bien? Si se quedaba en el recinto real se vería expuesto a toda clase de cosas nada adecuadas para su edad —juramentos, profanidades, glotones que vomitaban, personas tan dominadas por la lujuria que poco les importaba si copulaban en un diván o de pie apoyados en una pared—, actos que llevaban la semilla de la corrupción, vividas ilustraciones de un mundo que ella había decidido que su hijo nunca vería hasta tener la edad necesaria para enfrentarse a ellos. Recordó sus años de niña en este mismo palacio, a su disoluto padre acariciando a sus catamitas, exhibiendo los genitales para que se los besasen y chupasen, bailando borracho al tiempo que tocaba su ridícula flauta a la cabeza de un desfile de niños y niñas desnudos, mientras se ocultaba y rezaba para que él no la encontrase e hiciese que la violasen para su placer, o incluso que la matasen como había hecho con Berenice. Tenía una nueva familia con su joven hermanastra; una hija de su esposa Mitrídates era prescindible. Por lo tanto, los años que había pasado en Menfis con Cha'em y Tach'a perduraban en su memoria como el tiempo más delicioso de toda su vida: tranquilo, seguro,

feliz.

Las fiestas en Tarsus habían sido un buen ejemplo del estilo de vida de Marco Antonio. Él mismo se había mantenido mesurado, pero sólo porque debía enfrentarse a una mujer que también era una soberana. La conducta de sus amigos le era del todo indiferente, y algunos de ellos se habían comportado de forma abominable.

¿Pero cómo decirle a Cesarión que no estaría, que no podía estar, aquí? El instinto le decía que Antonio iba a olvidar toda continencia, que interpretaría a fondo el papel de nuevo Dionisio. También era el primo de su hijo. Si Cesarión se quedaba en Alejandría, sería imposible tenerlos separados. Era obvio que Cesarión soñaba con conocer al gran guerrero, sin comprender que el gran guerrero se presentaría con el disfraz del gran juerguista.

Por lo tanto, el silencio persistió hasta que Sosigenes carraspeó y apartó la silla para levantarse.

—¿Su majestad, puedo hablar? —preguntó.

Le respondió Cesarión:

—Habla.

—El joven faraón tiene ahora seis años, pero todavía está al cuidado de un palacio lleno de mujeres. Sólo en el gimnasio y el hipódromo entra en el mundo de los hombres, y son sus súbditos. Antes de hablar con él, deben prosternarse. No ve nada extraño en esto: es el faraón. Pero con la visita de Marco Antonio tendrá la oportunidad de vincularse con hombres que no son sus súbditos, y que no se prosternarán. Que le alborotarán el pelo, lo empujarán amablemente, bromearán con él. De hombre a hombre. Faraona Cleopatra, sé por qué deseas enviar al joven faraón a Menfis, comprendo...

Cleopatra lo interrumpió.

—¡Basta, Sosigenes! ¡Olvidas quién eres! Acabaremos esta conversación después de que el joven faraón haya dejado la sala, ¡algo que hará ahora!

—No me marcharé —dijo Cesarión.

Sosigenes continuó pese a que temblaba de terror. Su trabajo, y también su cabeza, estaban en peligro, pero alguien tenía que decirlo.

—Su majestad, no puedes ordenar que el joven faraón se marche, ya sea ahora para acabar esto, o más tarde para protegerlo de los romanos. Tu hijo ha sido ungido y coronado faraón y rey. En años puede que sea un niño, pero en lo que es, ya es un hombre. Es hora de que trate libremente con hombres que no se prosternen. Su padre era un romano. Es el momento de que aprenda más de Roma y los romanos de lo que aprendió cuando era un bebé durante tu

estancia en Roma.

Cleopatra sintió que el rostro le ardía, se preguntó cuánto de lo que sentía se reflejaba en su faz. ¡Maldito niño haciendo pública su postura! Cesarión sabía cómo cotilleaban los sirvientes; dentro de una hora lo sabría todo el palacio, mañana toda la ciudad.

Había perdido. Todos los presentes lo sabían.

—Gracias, Sosigenes —manifestó después de una muy larga pausa—. Agradezco tu consejo. Es el consejo acertado. El joven faraón debe quedarse en Alejandría para frecuentar a los romanos.

El chiquillo no gritó de alegría ni comenzó a dar saltos.

Asintió con un gesto regio y dijo, mirando a su madre con ojos inexpresivos:

—Gracias, mamá, por decidir no ir a la guerra.

Apolodoro sacó a todos de la sala, incluido el joven faraón; tan pronto como se quedó a solas con Iras y Charmian, Cleopatra se echó a llorar.

—Tenía que suceder —afirmó Iras, la práctica.

—Ha sido cruel —declaró Charmian, la sentimental.

—Sí —dijo Cleopatra, entre sollozos—, ha sido cruel. Todos los hombres lo son, está en su naturaleza. No están contentos con vivir en igualdad de términos con las mujeres. —Se enjugó las lágrimas—. He perdido una pequeña parte de mi poder; me la ha arrebatado. Para cuando cumpla los veinte, lo tendrá todo.

—Esperemos —comentó Iras— que Marco Antonio sea amable.

—Tú le viste en Tarsus. ¿Entonces te pareció amable?

—Sí, cuando se lo permitiste. Estaba inseguro, así que erró.

—Isis debe tomarlo como su marido —señaló Charmian, con un suspiro y los ojos tiernos—. ¿Qué hombre no sería amable con Isis?

—Tomarlo como esposo no es ceder poder. Isis lo ganará —dijo Cleopatra—. ¿Pero qué dirá mi hijo cuando se dé cuenta de que su madre le está dando un padrastro?

—Lo tomará como viene —afirmó Iras.

La nave insignia de Antonio, un enorme quinquerreme con una popa muy alta y erizado de catapultas, fue invitada a amarrar en el Puerto Real. En el muelle le esperaban, a la sombra de una marquesina dorada, ambas encarnaciones del faraón, aunque no vestidos con la regalía faraónica.

Cleopatra vestía una sencilla túnica de lana rosa y Cesarión una túnica griega color cebada con ribetes púrpuras. Había pedido una toga, pero Cleopatra le había dicho que no había nadie en Alejandría que pudiese enseñar a las modistas de palacio cómo hacer una. Había decidido que era la mejor manera de evitar dar a Cesarión la noticia de que no se le permitía llevar toga porque no era un ciudadano romano.

Si el propósito de Cesarión era eclipsar a su madre, lo consiguió; cuando Antonio bajó por la rampa y pisó el muelle, sólo tuvo ojos para el niño.

—¡Dioses! —exclamó al acercarse—. ¡César resucitado! ¡Chico, eres su viva imagen!

Cesarión, que era alto para su edad y lo sabía, de pronto se sintió empequeñecido. ¡Antonio era enorme! Nada de esto le importó cuando Antonio se agachó para levantarlo sin el menor esfuerzo y lo acomodó en el brazo izquierdo con los abultados músculos debajo de los pliegues de la toga. Detrás de él, Delio sonreía; le tocó a él saludar a Cleopatra, caminar a su lado desde el muelle con la mirada puesta en la pareja que se les había adelantado, la cabeza dorada del niño echada hacia atrás mientras se reía de alguna broma de Antonio.

—Parece que se han caído muy bien —comentó Delio.

—Eso parece —respondió Cleopatra con un tono impersonal. Luego cuadró los hombros—. Marco Antonio no ha traído a tantos amigos suyos como esperaba.

—Había trabajo que hacer, su majestad. Sé que Antonio espera conocer a algunos alejandrinos.

—El Intérprete, el Registrador, el Juez Mayor, el Contable y el Comandante Nocturno esperan con ansia atenderlo.

—¿El Contable?

—Sólo son nombres, Quinto Delio. Ser uno de estos cinco hombres significa ser de pura cepa macedonia que se remonta a los barones de Ptolomeo Sóter. Son los aristócratas alejandrinos —manifestó Cleopatra, con un tono risueño. ¿Después de todo, qué era Ático sino un contable, y acaso las familias patricias romanas lo despreciaban?—. No hemos dispuesto ninguna recepción para esta noche —añadió—. Sólo una tranquila cena con Marco Antonio.

—Estoy seguro de que le encantará —afirmó Delio, con voz amable.

Cuando Cesarión ya no podía mantener los ojos abiertos, su madre lo envió sin más a la cama, y luego despidió a los sirvientes para quedarse sola con Antonio.

Alejandro no tenía lo que se decía un verdadero invierno, sólo un leve helor en el aire después de la puesta de sol, y eso significaba que las ventanas que daban a la brisa estaban cerradas. Después de Atenas, donde las temperaturas eran más extremas, Antonio encontró aquel clima delicioso y, por fin, sintió que se podía relajar como no lo había hecho en meses. Aquella mujer había sido una interesante compañera de cena cuando consiguió meter alguna palabra, ya que Cesarión había bombardeado a Antonio con una sorprendente variedad de preguntas. ¿Cómo era la Galia? ¿Cómo había sido lo de Filipos? ¿Qué se sentía al estar al mando de un ejército? Y así sucesivamente.

—Te ha agotado —comentó ella, ahora, con una sonrisa.

—Es más curioso que una adivina antes de decirte tu buena fortuna. Pero es inteligente, Cleopatra. —En su rostro apareció una mueca de desagrado—. Tan precoz como el otro heredero de César. Al que detestas.

—Eso es un verbo muy suave. Odio es más acertado. Espero que mi hijo te guste.

—Mucho más de lo que esperaba. —Su mirada recorrió las lámparas colocadas en la habitación y entrecerró los párpados—. Hay demasiada luz —dijo.

En respuesta, ella se levantó del diván, cogió un apagavelas y las apagó todas, excepto todas aquellas que no iluminaban directamente el rostro de Antonio.

—¿Tienes dolor de cabeza? —preguntó mientras volvía al diván.

—Así es.

—¿Quieres retirarte?

—No si puedo quedarme aquí tranquilo y hablar contigo.

—Por supuesto que puedes.

—No me creíste cuando dije que me estaba enamorando de ti, pero dije la verdad.

—Tengo espejos de plata, Antonio, y ellos me dicen que no soy la clase de mujer de la que tú te enamoras como, por ejemplo, Fulvia.

Sonrió y sus pequeños dientes blancos brillaron.

—Y Glafira, aunque tú nunca la has visto. Una encantadora listilla.

—A quien evidentemente no amas, ya que dices eso de ella. Pero a Fulvia sí que la amas.

—Mejor dicho, la amaba. En este momento es un incordio, con su guerra contra Octavio. Una actividad fútil mal conducida.

—Una mujer muy hermosa.

—Ya ha pasado su momento de esplendor, con cuarenta y tres años. Somos más o menos de la misma edad.

—Ella te ha dado hijos.

—Sí, pero demasiado jóvenes aún para saber de qué están hechos. Su abuelo era Cayo Graco, un gran hombre, así que espero tener unos buenos chicos. Antillo tiene cinco años, Julio todavía es un bebé. Fulvia es una buena yegua. Cuatro hijos con Clodio (dos niñas y dos niños), un niño con Curio y los míos.

—También los Ptolomeo crían bien.

—¿Con sólo un pichón en tu nido cómo puedes decir eso?

—Soy faraón, Marco Antonio, y eso significa que no puedo aparearme con hombres mortales. César era un dios y, por lo tanto, un compañero adecuado para mí. Tuvimos a Cesarión muy pronto, pero después... —Exhaló un suspiro—. Ninguno más. No por no intentarlo, te lo aseguro. Antonio se echó a reír.

—No, ya veo por qué no te lo dijo.

Envarada, ella levantó la cabeza para mirarlo; sus grandes ojos dorados reflejaron la luz de una lámpara detrás de los apretados rizos de Antonio.

—¿Decirme qué? —preguntó.

—Que no quiso engendrar más hijos contigo.

—¡Mientes!

Sorprendido, él también levantó la cabeza.

—¿Mentir? ¿Por qué lo haría?

—¿Cómo puedo saber tus razones? ¡Sencillamente sé que mientes!

—Digo la verdad. Busca en tu mente, Cleopatra, y sabrás el porqué. ¿Qué César engendre una hija para que su hijo se case? Era un romano hasta la médula, y los romanos no aprueban el incesto, ni siquiera entre sobrinas y tíos o entre sobrinos y tías, y mucho menos entre hermanos y hermanas, los primos hermanos son considerados un riesgo.

El desencanto cayó sobre ella como una enorme ola; César, de cuyo amor había estado tan segura, la había engañado. Todos aquellos meses en Roma ansiosa y rezando para un embarazo que nunca había llegado y él lo sabía, lo sabía. El dios de Occidente la había engañado, todo por una estúpida

prohibición romana. Apretó los dientes y gruñó desde el fondo de su garganta.

—Me engañó —dijo entonces con un tono apagado.

—Sólo porque no creyó que lo entenderías. Veo que estaba en lo cierto —manifestó Antonio.

—¿De haber sido tú César me hubieses hecho eso a mí?

—Oh, bueno —dijo Antonio, que se volvió sobre sí mismo para estar un poco más cerca de ella—, mis sentimientos no son tan estrictos.

—¡Estoy destrozada! ¡Me engañó y yo lo amaba tanto!

—Lo que sea que pasó está en el pasado. César está muerto.

—Ahora habré de tener contigo la misma conversación que una vez mantuve con él —dijo Cleopatra, que se enjugó las lágrimas a escondidas.

—¿Qué conversación es ésta? —preguntó él mientras pasaba un dedo por su brazo.

Esta vez ella no se apartó.

—El Nilo no se ha desbordado en cuatro años, Marco Antonio, porque el faraón es estéril. Para curar a su pueblo, el faraón debe concebir un hijo con la sangre de los dioses en sus venas; tu sangre es la sangre de César, y por el lado de tu madre eres un Julia. He rezado a Amón-Ra e Isis y ellos me han dicho que un hijo de tus muslos los complacería.

¡No era exactamente una declaración de amor! ¿Cómo un hombre podía responder a tan desapasionada explicación? ¿Él, Marco Antonio, quería comenzar una relación con aquella pequeña mujer de sangre fría? Una mujer que de verdad creía lo que decía. Aun así, pensó, engendrar dioses en la tierra sería una nueva experiencia. ¡Una en el ojo del viejo César, el «jefe» de la familia!

Marco Antonio le sujetó la mano, la acercó a sus labios y la besó.

—Será un honor, mi reina. Si bien no puedo hablar por César, yo te quiero.

«¡Mentiroso, mentiroso! —gritó ella en su corazón—, eres un romano, y sólo amas a Roma. Pero te utilizaré como César me utilizó a mí.»

—¿Compartirás mi cama mientras estás en Alejandría?

—Con placer —respondió él, y la besó.

Fue agradable, no la tortura que había imaginado; sus labios eran frescos y suaves, y no la besó con pasión en aquella primera y titubeante exploración. Sólo fue un beso de labio contra labio, gentil y sensual.

—Ven —dijo ella, y recogió una lámpara.

Su dormitorio no estaba muy lejos; aquéllos eran los aposentos privados del faraón. Él se quitó la túnica —debajo no llevaba taparrabos— y desató los lazos que sujetaban el vestido de ella en los hombros. La prenda al caer formó como un charco alrededor de ella mientras se sentaba en el borde de la cama.

—Qué bonita piel —murmuró él mientras se tendía a su lado—. No te haré daño, mi reina. Antonio es un buen amante, sabe la clase de amor que debe darle a una frágil pequeña criatura como tú.

Efectivamente lo sabía. Su apareamiento fue lento y sorprendentemente placentero porque le acarició el cuerpo con suaves manos y prestó a sus pechos una deliciosa atención. A pesar de sus afirmaciones de que no ocurriría, él le hubiese hecho daño de no haber tenido un hijo, aunque él la excitó hasta el tormento antes de penetrarla, y sabía cómo utilizar aquel enorme miembro de muchas maneras. Dejó que ella alcanzase el orgasmo antes que él, y su orgasmo la sorprendió. Parecía una traición a César, pero César la había traicionado a ella, así que, ¿qué importaba? Además, el mayor regalo de todos era que no le recordaba a César en ningún aspecto, lo que ella tenía con Antonio pertenecía a Antonio. También era diferente el que, después de cada orgasmo, él estuviera preparado para ella de nuevo, y, por otra parte, era casi embarazoso contar el número de sus propios orgasmos. ¿Tan hambrienta estaba? La respuesta obvia era sí. Cleopatra la monarca era de nuevo una mujer.

Cesarión se mostró encantado al saber que ella había tomado al gran Marco Antonio como amante. En ese aspecto no era tan ingenuo.

—¿Te casarás con él? —preguntó el chico, que daba saltos de alegría.

—Quizá en su momento —contestó ella, muy aliviada.

—¿Por qué no? Es el hombre más poderoso del mundo.

—Porque es demasiado pronto, hijo mío. Permite que Antonio y yo aprendamos primero si nuestro amor soportará las responsabilidades del matrimonio.

En cuanto a Antonio, reventaba de orgullo. Cleopatra no era la primera soberana con la que se había acostado, pero era la más importante con diferencia. Y, como había descubierto, sus atenciones sexuales estaban a medio camino entre las de una puta profesional y una obediente esposa romana. Algo que ya le convenía. Cuando un hombre se embarcaba en una relación destinada a durar más de una noche, no necesitaba ni la una ni la otra, así que Cleopatra era perfecta.

Todo eso podría justificar su humor en la primera noche cuando su amante

lo agasajó espléndidamente. Si el vino era soberbio y el agua un tanto amarga, ¿entonces por qué añadir agua y estropear una magnífica añada? Antonio abandonó sus buenas intenciones sin siquiera darse cuenta de que lo hacía, y se emborrachó alegremente.

Los huéspedes alejandrinos, todos macedonios del más alto nivel, parecieron sorprendidos al principio, y luego súbitamente parecieron tomar la decisión de que había mucho que decir a favor de la disipación. El registrador, un impresionante hombre de enorme timidez, saltó y rio mientras se acababa la primera jarra, después sujetó a la primera criada que pasó y comenzó a hacerle el amor. En cuestión de segundos le imitaron otros alejandrinos, que demostraron ser iguales a cualquier romano cuando se trataba de participar en una orgía.

Para Cleopatra, que observaba fascinada (y sobria), fue una lección de una clase que ella nunca había esperado aprender.

Por fortuna, Antonio no pareció advertir que ella no participaba de las hilaridades ya que estaba muy ocupado bebiendo. Quizá por eso comía tanto, para que el vino no lo convirtiera en un idiota indefenso. En un discreto rincón, Sosigenes, un tanto más experimentado en esos asuntos que su reina, había colocado bacinillas y palanganas detrás de un biombo donde los huéspedes podían aliviarse a través de cualquier orificio, y también había puesto jarras con pócimas que hacían menos dolorosa la mañana siguiente.

—¡Oh, me he divertido mucho! —vociferó Antonio a la mañana siguiente, sin el menor rastro de resaca—. ¡Hagámoslo de nuevo esta tarde!

Así comenzaron para Cleopatra más de dos meses de constantes diversiones. Cuanto más salvajes eran las fiestas, más las disfrutaba Antonio y mejor se sentía. Sosigenes había heredado la tarea de crear novedades que variasen el tenor de aquellas fiestas sibaríticas con el resultado de que de los barcos que anclaban en Alejandría desembarcaban músicos, bailarines, acróbatas, mimos, enanos, monstruos y magos de todo el lado oriental del Mare Nostrum.

A Antonio le encantaban toda clase de bromas, incluso aquellas pesadas que algunas veces rayaban en la crueldad; le encantaba pescar; le encantaba nadar entre muchachas desnudas; le encantaba conducir cuadrigas, una actividad prohibida a los nobles en Roma; le encantaba cazar cocodrilos e hipopótamos; le encantaba la poesía grosera; le encantaban las fiestas. Sus apetitos eran tan enormes que gritaba que tenía hambre una docena de veces al día; por consiguiente, Sosigenes dio con la brillante idea de tener siempre una cena completa preparada para servir, junto con grandes cantidades de los mejores vinos. Fue todo un éxito, y Antonio, que lo besó sonoramente, declaró que el pequeño filósofo era el príncipe de los buenos tipos.

Alejandro no podía hacer mucho en la protesta contra cincuenta y tantos borrachos que corrían por las calles bailando a la luz de las antorchas, llamaban sonoramente a las puertas y salían corriendo con grandes risas; algunas de las personas enfadadas eran los principales funcionarios de la ciudad, cuyas esposas se quedaban en casa llorando y se preguntaban por qué la reina lo permitía. Y la reina lo permitía porque no tenía otra alternativa, aunque su propia participación en esas actividades no la entusiasmaba. Antonio, una vez, la desafió a echar la perla de seis millones de sestercios de Servilia en una copa de vinagre y bebérsela; él era de la escuela que creía que las perlas se disolvían en vinagre. Cleopatra, que sabía que no era así, aceptó el reto, aunque quizá no debía beberse el vinagre. La perla, que no había sufrido ningún daño, estaba alrededor de su cuello al día siguiente, y las bromas de los pescadores no cesaban. Al no tener suerte como pescador, Antonio le pagó a los buzos para que bajasen y enganchasen peces en su anzuelo. Luego, a la hora de sacar a esas criaturas, se vanagloriaba de sus habilidades como pescador. No obstante, un día, Cleopatra, cansada de tanta alharaca, mandó a un buzo para que enganchase un pescado podrido al anzuelo. Pero él se tomó la broma de muy buen humor, porque así era su naturaleza.

Cesarión contemplaba esas aventuras con una expresión risueña, aunque nunca le habían pedido que asistiese a las fiestas. Cuando Antonio estaba de buen humor, la pareja se marchaba a caballo para cazar cocodrilos o hipopótamos, y Cleopatra se quedaba sumida en la angustia ante la visión de su hijo aplastado por aquellas inmensas bestias y devorado por aquellos largos dientes amarillos. Pero había que reconocerle a Antonio su mérito, ya que protegía al niño de cualquier peligro y le hacía divertirse al máximo.

—Te gusta Antonio —le dijo a su hijo hacia finales de enero.

—Sí, mamá, mucho. Se llama a sí mismo Neo Dionisio, pero en realidad es Hércules. Puede sostenerme con una mano. ¿Te lo imaginas? ¡Lanza el disco a cien pasos!

—No estoy sorprendida —replicó ella con un tono seco.

—Mañana vamos a ir al hipódromo. Voy a montar con él en su cuadriga. ¡Cuatro caballos en fondo, la más difícil!

—Las carreras de cuadrigas no parecen un pasatiempo muy correcto.

—¡Lo sé, pero es tan divertido!

¿Qué se le podía responder a eso?

Su hijo había crecido muchísimo durante los últimos dos meses; Sosígenes había estado en lo cierto. La compañía de hombres lo había librado de aquel

toque infantil que ella no había advertido hasta que lo perdió. Ahora se contoneaba por el palacio e intentaba rugir como Antonio, hacía muy graciosas imitaciones del Contable borracho y esperaba cada día con un ansia y un entusiasmo que nunca había mostrado antes. Además, era fuerte, ágil, y naturalmente dotado para los deportes guerreros: lanzar una lanza con precisión mortal, disparar flechas al centro de la diana, utilizar su gladio con la tranquilidad de un legionario veterano, como su padre, montar a caballo a pelo a pleno galope con las manos a la espalda.

En lo que a Cleopatra se refiere, se preguntaba cuánto tiempo más podría tolerar al Antonio juerguista; estaba cansada a todas horas, tenía ataques de náuseas, y no podía permanecer lejos de una bacinilla. De hecho, eran los síntomas del embarazo, aunque muy leves para ser molestos o visibles. Si Antonio no dejaba las juergas pronto, tendría que decirle que debía irse de juerga por su cuenta. Ella podía ser fuerte para ser una mujer pequeña, pero el embarazo se dejaba sentir.

Su dilema se resolvió a principios de febrero, cuando el rey de los partos invadió Siria. Orodes era un hombre mayor, por consiguiente, ya había pasado hacía tiempo su etapa de guerrero, y las intrigas naturales a una sucesión de tal magnitud lo agobiaban. Una de sus maneras de tratar con sus ambiciosos hijos y facciones era encontrar una guerra para los más agresivos de ellos, y ¿qué mejor que una guerra contra los romanos en Siria? El más fuerte de sus hijos era Pacoro, por lo tanto, esta guerra debía serle encomendada a él. Por una vez, el rey Orodes tenía en su mano los dados cargados; con Pacoro vino Quinto Labieno, que se había dado a sí mismo el apodo de Partico. Era el hijo del general más grande de César, Tito Labieno, y había escogido escapar a la corte de Orodes antes que ceder al conquistador de su padre. Las luchas internas en Seleucia del Tigris también habían sacado a la luz una diferencia de opiniones de cómo se podía derrotar a los romanos. En los anteriores enfrentamientos —incluso en aquél que había acabado con la aniquilación del ejército de Marco Craso en Carrhae—, los partos habían dependido en gran medida de los arqueros a caballo, un campesino sin armadura entrenado para retirarse a galope y soltar una mortífera lluvia de flechas desde la grupa del caballo mientras se giraba hacia atrás: el famoso «disparo parto». Cuando Craso cayó en Carrhae, el general al mando del ejército parto había sido un afeminado y pintarrajeado príncipe llamado Sureñas, que había diseñado la manera de asegurarse de que sus arqueros montados no se quedasen sin flechas: cargó caravanas de camellos con flechas de recambio y se las llevó a sus hombres. Desdichadamente, su éxito había sido tan señalado que el rey Orodes sospechó que Sureñas intentaría obtener el trono y lo mandó ejecutar. Desde aquel día, hacía más de diez años, se había desatado una controversia en relación a si habían sido los arqueros montados quienes habían tenido la victoria en Carrhae o los catafractarios. Hombres vestidos con cota de malla

de la cabeza a los pies, los catafractarios montaban en grandes corceles también protegidos con cota de malla. La fuente del argumento era social: los arqueros a caballo eran campesinos, mientras que los catafractarios eran nobles.

Así que cuando Pacoro y Labieno llevaron su ejército a Siria a comienzos de febrero en el año del consulado de Gneo Domitio Calvino y Gneo Asinio Pollio, su contendiente parto consistía solamente en catafractarios. Los nobles habían ganado la discusión.

Pacoro y Labieno cruzaron el río Éufrates en Zeugma y allí se separaron. Mientras Labieno y sus mercenarios marchaban al oeste a través del Amanus para entrar en Cilicia Pedia, Pacoro y los catafractarios viraron al sur hacia Siria. Barrieron todo lo que encontraron ante ellos en ambos frentes, aunque los agentes de Cleopatra, en el norte de Siria, se concentraron en Pacoro, no en Labieno. Las noticias volaron a Alejandría.

En el momento en que Antonio se enteró se puso en marcha. Ni amorosos adioses ni afirmaciones de amor.

—¿Él lo sabe? —le preguntó Tach'a a Cleopatra.

No hacía falta ninguna explicación; Cleopatra sabía a qué se refería.

—No. No he tenido la oportunidad de decírselo. Lo único que hizo fue gritar para que le trajesen la armadura y poner en movimiento a hombres como Delio. —Exhaló un suspiro—. Sus barcos zarparán de Berytus, pero no estaba seguro de los vientos para arriesgarse a una travesía marítima. Confía en llegar a Antioquía antes que la flota.

—¿Qué no sabe Antonio? —preguntó Cesarión, muy desconsolado por la súbita partida de su héroe.

—Que en Sextilis tendrás un hermano o una hermana.

El rostro del niño se iluminó, y él comenzó a saltar de alegría.

—¡Un hermano o una hermana! ¡Mamá, mamá, es fantástico!

—Bueno, al menos eso hará que deje de pensar en Antonio —le comentó Iras a Charmian.

—No apartará a Antonio de su mente —respondió Charmian.

Antonio cabalgó hacia Antioquía a un paso agotador, al tiempo que enviaba a llamar a este o aquel potentado local en el sur de Siria mientras pasaba, y en ocasiones les daba las órdenes sin desmontar.

Estaba alarmado ya que, a través de Herodes, se había enterado de que entre los judíos las opiniones estaban divididas; un gran grupo de disidentes

judíos parecía estar al tanto de que serían gobernados por los partos. El líder del partido proparto era el príncipe asmoneo Antígono, sobrino de Hircano pero, sin embargo, enemigo de éste y de los romanos. Herodes descuidó informar a Marco Antonio de que Antígono ya estaba negociando con los enviados partos las cosas que ambicionaban: el trono judío y el sumo sacerdocio. Como Herodes no estaba muy interesado en estos tratos furtivos o con humor para acudir al Sanedrín, Antonio continuó hacia el norte, ignorante de la gravedad de la situación judía. Por una vez, Herodes había sido pillado durmiendo, demasiado ocupado en apartar a su hermano Fasael de las manos de la princesa Mariamne para fijarse en nada más.

Tiro era imposible de tomar excepto desde el interior. Su apestoso istmo, cubierto de montañas de cáscaras de marisco, daba al centro de la industria del tinte púrpura la protección debida a una isla, y nadie la traicionaría desde el interior. Ningún tiriano querría enviarle tinte púrpura al rey de los partos a un precio fijado por su rey.

En Antioquía, Antonio se encontró con Lucio Decidió Saxa, que se paseaba nerviosamente por las torres de vigía, en lo alto de las enormes murallas alineadas, con hombres apostados que miraban hacia el norte; Pacoro seguiría el río Orantes, y no estaría muy lejos. El hermano de Saxa habría venido de Éfeso para unirse a él, y los refugiados llegaban sin cesar. Expulsado del Amanus, el rey Tarcondimoto le dijo a Antonio que Labieno lo estaba haciendo brillantemente. Para entonces suponía que ya había llegado a Tarsus y Capadocia. Antíoco de Comagene, gobernante del cliente-reino que bordeaba las cordilleras del Amanus al norte, flaqueaba en su alianza con Roma, según Tarcondimoto. Antonio, a quien le agradaba el hombre, lo escuchó; quizá era un bribón, pero era astuto y capaz.

Después de inspeccionar a las dos legiones de Saxa, Antonio se relajó un poco. Aquellos legionarios que una vez habían sido hombres de Cayo Casio estaban en perfecto estado y tenían una gran experiencia en el combate.

Mucho más inquietantes eran las noticias de Italia. Su hermano Lucio estaba encerrado en Perugia y soportaba un asedio, mientras que Pollio se había retirado a los pantanos, en la desembocadura del río Padus. ¡No tenía sentido! Pollio y Ventidio superaban en número a Octavio. ¿Por qué no ayudaban a Lucio?, se preguntó Antonio, sin recordar en absoluto que no había respondido a sus súplicas de consejo. ¿Acaso la guerra de Lucio era parte de la política de Antonio o no lo era? Bueno, por grave que fuese la situación en Oriente, Italia era lo más importante. Antonio navegó hacia Éfeso, con la intención de llegar a Atenas lo antes posible. Tenía que saber más.

La monotonía de la primera etapa del viaje le dio tiempo para pensar en Cleopatra y en aquel fantástico invierno en Egipto. ¡Dios, cuánto había

necesitado un descanso! Qué bien había colmado la reina todos sus caprichos. La amaba de verdad, como amaba a todas las mujeres con las que se había vinculado durante más de un día, y continuaría amándola hasta que ella hiciese algo para provocar su rechazo, aunque Fulvia había dado más de un motivo para que así fuera si los rumores que venían de Italia tenían fundamento. La única mujer a la que siempre había amado era a su madre, sin duda, la más ridícula en la historia del mundo.

Como les ocurría a la mayoría de los muchachos de familia noble, el padre de Antonio no había estado mucho tiempo en Roma, y, por lo tanto, Julia Antonia era —o se suponía que era— la única que mantenía unida a la familia. Tres varones y dos niñas no le habían dado ni un grano de madurez; era terriblemente estúpida. Para ella, el dinero era algo que caía del cielo. Incluso llegaba al extremo de que sus propios sirvientes eran personas muchísimo más inteligentes que ella. Además, tampoco era afortunada en el amor: su primer marido, padre de sus hijos, se había suicidado antes de regresar a Roma y enfrentarse a los cargos de traición por su torpe conducción de la guerra contra los piratas cretenses, y su segundo marido había sido ejecutado en el foro romano por su participación en la rebelión dirigida por Catilina. Todo eso había ocurrido en el momento en que Marco, el mayor de los hijos, había cumplido veinte años. Las dos muchachas eran tan físicamente enormes y tan feas que las casaron con ricos «escaladores» sociales con el fin de aportar algún dinero a la familia y así poder financiar las carreras públicas de los chicos que se habían dedicado a la juerga. Luego, Marco había contraído unas deudas enormes y había tenido que casarse con una rica provinciana llamada Fadia, cuyo padre pagó una dote de doscientos talentos. La diosa fortuna pareció sonreírle a Antonio, ya que Fadia y los hijos que le había dado murieron debido a una fiebre de verano; momento que aprovechó para casarse con otra heredera, su prima hermana Antonia Hybrida. De aquella unión salió un descendiente, una niña que no era ni brillante ni bonita. Cuando Curio murió y Fulvia quedó disponible, Antonio se divorció de su prima para casarse con ella. Otra alianza rentable, pues Fulvia era la mujer más rica de Roma.

No fue precisamente una infancia infeliz ni una juventud sin rasgos de virilidad; era más, Antonio nunca había sido disciplinado, y la única persona que podía controlar a Julia Antonia había sido César, que no era el cabeza de la familia Julia, sino sólo el miembro con mayor poder. A lo largo de los años. César había dejado claro que los quería, pero nunca había sido un hombre fácil, ni alguien a quien los chicos comprendiesen. Aquella fatal falta de disciplina combinada con un escandaloso amor por la juerga había conseguido, finalmente, que César se alejase de Marco Antonio a medida que iba haciéndose adulto. En dos ocasiones, Antonio había demostrado que no era de fiar; para César, con una vez ya era suficiente. Por consiguiente, descargó su látigo con toda la fuerza.

Hasta el día en que, apoyado en la borda, Antonio, que miraba cómo la luz del sol jugaba en los remos mojados cuando salían del mar, no estuvo seguro de si había tenido la intención de participar en el complot para asesinar a César. Al recordarlo, se sentía inclinado a creer que él no había pensado de verdad que personas como Cayo Trebonio y Décimo Junio Bruto tuviesen el valor o el odio necesarios para seguir adelante. Marco Bruto y Casio no habían importado mucho; eran los mascarones, no los perpetradores. Sí, el complot era obra definitivamente de Trebonio y Décimo Bruto. Ambos estaban muertos. Dolabella había torturado a Trebonio hasta la muerte, mientras que un cacique galo le cortó la cabeza a Décimo Bruto por una bolsa de oro dada por el propio Antonio. Sin duda, pensó Antonio, eso demostraba que, en realidad, él no había complotado para matar a César. Claro que había decidido hacía mucho que una Roma sin César sería para él un lugar mucho más fácil donde vivir. La mayor tragedia de todo era que, probablemente, lo hubiese sido de no haber irrumpido en escena Cayo Octavio, el heredero de César. Octavio, ya a los dieciocho años, empezó a reclamar su herencia, una precaria petición que lo vio marchar dos veces sobre Roma antes de cumplir los veinte; con su segunda marcha había conseguido ser elegido primer cónsul, y luego había tenido la temeridad de forzar a sus rivales Antonio y Lépido a reunirse en una conferencia con él. El resultado había sido el segundo triunvirato, tres hombres para reconstruir la República. En lugar de un dictador, tres dictadores con (teóricamente) el mismo poder. Varados en una isla en un río de la Galia Cisalpina, Antonio y Lépido habían comprendido poco a poco que aquel joven con la mitad de su edad los superaba en astucia y falta de piedad.

Lo que Antonio no podía soportar admitir, incluso en sus momentos más lúgubres, era hasta qué punto Octavio había demostrado lo acertada que había sido la preferencia de César por él. Enfermo, muy joven, demasiado bonito, un auténtico hijo de mamá, Octavio había conseguido mantener la cabeza por encima del agua que debía haberlo ahogado. Quizá una parte de ello era debido a tener el nombre de César —que explotaba al máximo— y otra parte venía propiciada por la ciega lealtad de jóvenes como Marco Vipsanio Agripa; pero no se podía negar que la mayoría de la exitosa supervivencia de Octavio debía atribuirse a sus méritos y sólo a sus méritos. Antonio solía decirle a sus hermanos que César era un enigma, pero, comparado con Octavio, César era transparente como el agua de la Aqua Marcia.

V

Cuando Antonio llegó a Atenas en mayo, el gobernador Censorino estaba muy ocupado en el extremo norte de Macedonia luchando contra las incursiones bárbaras, y, por lo tanto, no pudo saludar en persona a su superior. Antonio no estaba de buen humor; Barbatio, a quien creía su amigo, no había resultado ser tal. En el momento en que Barbatio escuchó que Antonio estaba

pasándoselo en grande en Egipto, abandonó su puesto con las legiones en Éfeso y se fue a Italia, donde, como Antonio descubrió en ese momento, había removido todavía más las aguas que éste no se había ocupado de limpiar. Lo que Barbatio le dijo a Pollio y Ventidio había hecho que el primero se retirase a los pantanos del Padus y el otro quedase fuera del alcance de Octavio, Agripa y Salvidieno.

La fuente de la mayoría de estas muy desagradables noticias de Italia era Lucio Munatio Planeo, a quien Antonio encontró instalado en el apartamento del primer legado en la residencia de Atenas.

—Toda la empresa de Lucio Antonio fue un desastre —le dijo Planeo, que escogió sus palabras. De alguna manera debía dar un informe ajustado sin posicionarse, porque, por el momento, no veía ninguna oportunidad para pasarse al bando de Octavio, su única opción—. La víspera de Año Nuevo los defensores de Perugia intentaron romper el asedio de Agripa sin resultado. Pollio y Ventidio no quieren moverse para enfrentarse a los ejércitos de Octavio, aunque lo superaban en número. Pollio insistía en que no estaba seguro de lo que tú deseabas hacer, y Ventidio no quería seguir el liderato de nadie excepto el de Pollio. Después de que Barbatio contó las historias de tus francachelas (¡según su palabra, no la mía!), Pollio se mostró tan disgustado que rehusó comprometerse él mismo o a sus legiones para sacar a tu hermano de Perugia. La ciudad no tardó mucho en caer.

—¿Dónde estabas tú y tus legiones, Planeo? —preguntó Antonio con una peligrosa luz en sus ojos.

—Más cerca de Perugia que Pollio o Ventidio, fui a instalarme a Esopetio para formar la mandíbula sur de una estrategia de pinza que nunca se llevó a cabo. —Exhaló un suspiro y tembló—. También tenía a Fulvia en mi campamento, y ella se comportaba de forma extraña. —Él la amaba, sí, pero más amaba a su propio pellejo; de todas maneras, Antonio no ejecutaría a Fulvia por traición—. Agripa tuvo la desvergüenza de robarme mis dos mejores legiones, ¿te lo puedes creer? Las habían enviado para que ayudasen a Campania, luego apareció Agripa y les ofreció a los hombres mejores condiciones. ¡Sí, Agripa derrotó a Nerón con mis dos legiones! Nerón tuvo que escapar a Sicilia y con Sexto Pompeyo. Al parecer, algunos elementos en Roma hablaban de matar a las esposas y sus familias, porque la esposa de Nerón, Livia Drusilia, cogió a su pequeño hijo y se unió a Nerón. —En ese punto, Planeo frunció el entrecejo y pareció no tener muy claro cómo proseguir.

—¡Venga, Planeo, suéltalo!

—Ah... tu reverenda madre, Julia, escapó con Livia Drusilia y Sexto Pompeyo.

—Si me hubiese detenido a pensar en ella (cosa que no hice porque intenté no hacerlo), ésa es exactamente la clase de cosa que ella haría. ¡Oh, en qué mundo tan maravilloso vivimos! —Antonio apretó los puños—. Esposas y madres que viven en campamentos militares y se comportan como si supiesen dónde está la punta de una espada. ¡Bah! —Hizo un visible esfuerzo, y se calmó—. Mi hermano; supongo que está muerto, pero aún no has conseguido reunir el valor para decírmelo, Planeo.

Finalmente, pudo transmitir una buena noticia.

—¡No, no, mi querido Marco! ¡Todo lo contrario! Cuando Perusia abrió sus puertas, algún magnate local se entusiasmó tanto con el tamaño y el esplendor de su pira funeraria que toda la ciudad se quemó hasta los cimientos. Un desastre peor que el asedio. Octavio ejecutó a veinte destacados ciudadanos, pero no se tomó ninguna represalia contra las tropas de Lucio, al contrario, fueron incorporadas a las legiones de Agripa. Lucio pidió perdón y se le concedió. Octavio le dio la Hispania Ulterior para su gobierno, y se marchó de inmediato. Se fue como un hombre feliz.

—¿Este nombramiento dictatorial fue sancionado por el Senado y el pueblo de Roma? —preguntó Antonio, en parte aliviado, en parte furioso. ¡Maldito Lucio! Siempre intentando superar a su hermano mayor Marco sin conseguirlo.

—Lo fue —dijo Planeo—. No obstante, algunos pusieron cierta objeción.

—¿Tratamiento de favoritismo para el demagogo pelado del foro?

—Eh... bueno, sí, la frase se utilizó. Puedo darte los nombres. Sin embargo, Lucio fue cónsul el año pasado y tu tío Hybrida es censor, así que la mayoría consideró que Lucio se merecía el perdón y el nombramiento. Podrá tener una bonita guerra con los lusitanos y un triunfo cuando regrese a casa.

—Entonces se habrá librado de las cosas mejor de lo que merecía —rezongó Antonio—. ¡Una absoluta idiotez de principio a fin! Aunque estoy dispuesto a apostar que Lucio sólo siguió órdenes. Ésta fue la guerra de Fulvia. ¿Dónde está ella?

Planeo abrió mucho sus ojos castaños.

—Aquí, en Atenas. Ella y yo escapamos juntos. En un primer momento no creímos que Brundisium nos dejaría (ya que son fervorosos partidarios de Octavio, como siempre), pero supongo que Octavio los avisó de que se nos permitiera abandonar Italia siempre que no llevásemos tropas con nosotros.

—Así que hemos establecido que Fulvia está en Atenas, ¿pero en qué lugar de Atenas?

—Ático le permite utilizar su domus aquí.

—¡Típico de él! Como siempre, al bueno de Ático le gusta tener un pie en cada bando. Pero ¿qué le hace creer que me va a alegrar ver a Fulvia?

Planeo permaneció mudo, inseguro de la respuesta que Antonio quería escuchar.

—¿Qué más ha pasado?

—¿No crees que ya es bastante?

—No, a menos que sea un informe completo.

—Octavio no obtuvo bastante dinero de Perugia para financiar sus actividades, aunque de algún lugar ha conseguido pagar a sus legiones para mantener a los hombres a su lado.

—El cofre de guerra de César se debe de estar vaciando de prisa.

—¿De verdad crees que se lo llevó?

—¡Por supuesto que se lo llevó! ¿Qué está haciendo Sexto Pompeyo?

—Cierra las vías marítimas y piratea todo el grano de África. Su almirante Menodoro invadió Cerdeña y expulsó a Lurio, y eso significa que Octavio no tiene más abastecimiento de trigo salvo aquel que le pueda comprar a Sexto a unos precios de escándalo: entre veinticinco y treinta y seis tercios el modio. —Planeo soltó un pequeño maullido de envidia—. Allí es donde está todo el dinero, en los cofres de Sexto Pompeyo. ¿Qué pretende hacer con ello, quedarse con Roma e Italia? ¡Eso es soñar despierto! A las legiones les encanta el dinero, pero no lucharán por el hombre que mata de hambre a sus abuelas. Y es por eso, me atrevería a decir —continuó Planeo con voz pensativa—, que tiene que alistar a esclavos y hacer a los libertos almirantes. Sin embargo, algún día tendrás que arrebatárle su dinero, Antonio, y si no lo haces, quizá lo haga Octavio, y tú necesitarás todavía más dinero.

—¿Octavio le ganará la batalla naval a un hombre con la experiencia de Sexto Pompeyo? —dijo Antonio con un tono burlón—. ¿Con Murco y Ahenobarbo como aliados? Yo me ocuparé de Sexto Pompeyo cuando llegue el momento. Él es un gran problema para Octavio.

Consciente de que tenía su mejor aspecto, Fulvia esperó con ansia a su marido. Aunque las pocas canas no se veían en su cabello castaño, había hecho que su doncella le arrancase cada una antes de vestirse a la última moda. Su vestido rojo oscuro realzaba la curva de sus pechos antes de caer en línea recta que no mostraba la barriga o la cintura ensanchada. «Sí —pensó Fulvia—, llevo muy bien mi edad. Todavía soy una de las mujeres más hermosas de Roma.»

Por supuesto, ella sabía del divertido invierno de Antonio en Alejandría;

Barbatio lo había comentado a todos los que quisieran escucharlo. Pero aquello era una cosa de hombres, y no asunto suyo. De haber estado con una mujer romana de alta posición hubiese sido diferente. Hubiera mostrado las garras de inmediato. Pero cuando un hombre estaba ausente durante meses, en ocasiones durante años, ninguna esposa sensata en Roma hubiese pensado mal de él por descargarse de su agua sucia. Además, el querido Antonio tenía una afición por las reinas, las princesas y las mujeres de la más alta nobleza extranjera. Acostarse con alguna de ellas lo hacía sentirse un rey más allá de lo que hubiese podido tolerar un romano republicano. Fulvia, que había conocido a Cleopatra cuando había estado en Roma antes del asesinato de César, comprendía que eran su título y su poder lo que habían atraído a Antonio. Físicamente estaba muy lejos de las lujuriosas y fuertes mujeres que prefería. También era extraordinariamente rica, y Fulvia conocía a su marido; él iría a por su dinero.

Así pues, cuando el mayordomo Ático apareció para decirle que Marco Antonio estaba en el atrio, Fulvia se sacudió para acomodarse las vestiduras y corrió por el largo y austero pasillo desde su habitación hasta donde Antonio esperaba.

—¡Antonio! ¡Oh, meum mel, qué maravilloso verte de nuevo! —exclamó desde el portal.

Él había estado contemplando una magnífica pintura de Aquiles junto a sus barcos, y se volvió al sonido de su voz.

Después de eso, Fulvia no supo exactamente qué pasó, sus movimientos fueron tan veloces... Lo que sintió fue una tremenda bofetada en la mejilla que la tiró al suelo. Luego, él se inclinó sobre ella, sus dedos enganchados en su pelo, y tironeaba para ponerla de pie. Las bofetadas llovieron en su rostro, tan poderosas y fuertes como el puño de un hombre; se le aflojaron los dientes y tenía la nariz fracturada.

—¡Estúpida puta! —le gritó mientras continuaba pegándole—. ¡Estúpida, más que estúpida puta! ¿Quién te crees que eres, Cayo César?

La sangre manaba de su boca y de su nariz, y ella, que había afrontado todos los desafíos de su vida con un tremendo coraje, se encontró indefensa, aplastada. Alguien gritaba, y debía de ser ella, porque acudieron los sirvientes desde todas las direcciones, echaron una mirada y escaparon.

—¡Idiota! ¡Imbécil! ¿Cómo se te ocurre ir a la guerra contra Octavio en mi nombre? ¿Desperdiciando el dinero que había dejado en Roma, Bononia y Mutina? ¿Comprando legiones para que imbéciles como Planeo las pierdan? ¿Viviendo en un campamento de guerra? ¿Quién te crees que eres para creer que hombres como Pollio podrían aceptar órdenes de ti? ¿Una mujer?

¿Abusando y atemorizando a mi hermano en mi nombre? ¡Es un imbécil! ¡Siempre fue un imbécil! ¡Si necesitaba otra prueba de eso, juntarse con una mujer lo es! ¡Ni siquiera eres digna de despreciarte!

Furioso a más no poder, la arrojó de nuevo al suelo; sin dejar de gritar, ella se apartó como una bestia herida, y las lágrimas manaban ahora más de prisa que la sangre.

—¡Antonio, Antonio! ¡Creía que te complacería! ¡Manió dijo que te agradaría! —farfulló—. ¡Yo continuaba tu lucha en Italia mientras tú estabas ocupado con Oriente! ¡Lo dijo Manió!

Todo le llegó en trozos mascullados; al escuchar «Manió», su furia se apagó de pronto. Su liberto había salido en forma de serpiente. En realidad, él no sabía hasta que la vio lo furioso que estaba, cómo la furia había crecido en él durante el viaje desde Éfeso. Quizá si hubiese hecho como se había planeado y hubiera navegado directamente desde Antioquía hasta Atenas no se hubiese enfurecido tanto.

Además de Barbatio, había más gente en Éfeso, que chismorreaba sobre esa situación, y no sólo de su invierno con Cleopatra, algunos incluso bromeaban de que, en su familia, él llevaba los vestidos mientras que Fulvia vestía la armadura. Otros se mofaban diciendo que al menos una Antoniana había librado una guerra aunque fuese una mujer. Antonio había tenido que fingir que no había escuchado ninguno de estos comentarios, pero su enfado fue creciendo. Saber toda la historia por boca de Planeo no lo había ayudado, ni tampoco el dolor que le había consumido hasta descubrir que Lucio estaba sano y salvo. Su hermano Cayo había sido asesinado en Macedonia, y sólo la ejecución del asesino había aliviado el dolor. Él, su hermano mayor, los amaba.

El amor por Fulvia, pensó al mirarla despreciativamente, se había apagado para siempre. ¡Estúpida, estúpida puta! Vestida con la armadura y emasculándolo públicamente.

—Te quiero fuera de esta casa mañana —dijo, al tiempo que la sujetaba por la muñeca derecha y la arrastraba para después colocarla debajo de Aquiles—. Dejemos que Ático conserve su caridad para quienes lo merecen. Le escribiré a él hoy mismo para decírselo, no puede permitirse ofenderme, por mucho dinero que tenga. ¡Eres una desgracia como esposa y mujer, Fulvia! No quiero tener nada más que ver contigo. Te enriaré la comunicación de divorcio inmediatamente.

—Pero —sollozó ella— escapé sin dinero y sin propiedades, Marco, necesito dinero para vivir.

—Ve a ver a tus banqueros. Eres una mujer rica y sui iuris. —Comenzó a

llamar a gritos a los sirvientes—. ¡Límpiala y échala a puntapiés de aquí! —le ordenó al mayordomo, que casi no podía mantenerse en pie del miedo; después, Antonio dio media vuelta y se marchó.

Fulvia permaneció sentada contra la pared durante un largo tiempo, apenas consciente del terror de las muchachas, que le limpiaban el rostro e intentaban contener las hemorragias y las lágrimas. Una vez se había reído al escuchar que esta o aquella mujer tenían el corazón roto, convencida de que un corazón no se podía romper. Ahora lo sabía de verdad. Marco Antonio le había roto el corazón para siempre.

Se corrió la voz por toda Atenas de cómo Antonio había tratado a su esposa, pero eran pocos los que sentían aprecio por Fulvia, que había hecho lo imperdonable: usurpar las prerrogativas de los hombres. Los relatos de sus apariciones en el foro cuando se casó con Publio Clodio se airearon, junto con las escenas que había montado ante las puertas del Senado, y también su posible colaboración con Clodio cuando él había profanado los ritos de la Bona Dea.

No es que a Antonio le importase lo que Atenas dijese. Él, un hombre romano, sabía que los hombres romanos de la ciudad no pensarían mal de él.

Además, estaba muy ocupado escribiendo cartas, una ardua tarea. La primera, a Tito Pomponio Ático, fue escueta, y en ella le informaba de que el imperator Marco Antonio, triunviro, le agradecería que mantuviese sus narices fuera de los asuntos de Marco Antonio y no tuviera nada que ver con Fulvia. La segunda fue para Fulvia, para informarle de que se divorciaba de ella por su conducta impropia, y que se le prohibía ver a los dos hijos que había tenido con él. La tercera fue para Gneo Asinio Pollio para preguntarle qué estaba pasando en Italia y para que tuviese la bondad de tener preparadas a sus legiones para marchar hacia el sur en el caso de que a él, Marco Antonio, se le negase la entrada al país por el populacho partidario de Octavio en Brundisium. La cuarta fue para el etnarca de Atenas, dándole las gracias por la bondad y la lealtad (implicada) hacia los romanos correctos; por lo tanto, le complacía al imperator Marco Antonio, triunviro, regalarle a Atenas la isla de Aegina y algunas otras islas menores cercanas a ella. Eso bastaría para poner contentos a los atenienses, se dijo.

Podría haber escrito más cartas de no haber sido por la llegada de Tiberio Claudio Nerón, que le hizo una visita formal en cuanto hubo instalado a su esposa y a su hijo bebé en un buen alojamiento cercano.

—Edepol! —exclamó Nerón con una expresión de asco—. ¡Sexto Pompeyo es un bárbaro! Aunque, ¿qué otra cosa se podría esperar de un miembro de un clan de pretenciosos de Picenum? No tienes ni idea de lo que es su cuartel general: ratas, ratones, desperdicios que se pudren. No me atreví

a exponer a mi familia a la inmundicia y a la enfermedad, aunque no era lo peor que podía ofrecer Pompeyo. No habíamos abierto ni siquiera nuestros equipajes antes que algunos de los libertos convertidos en almirantes estuviesen rondando alrededor de mi esposa. ¡Tuve que cortarle una rebanada del brazo de uno de esos tipejos! ¿Te puedes creer que Pompeyo se puso del lado de aquel desgraciado? Le dije lo que pensaba de él, y a continuación puse a Livia Drusilia y a mi hijo en el siguiente barco a Atenas.

Antonio escuchó aquello mientras que a su cabeza le venían vagos recuerdos de lo que opinaba César de Nerón; «inepto» era la palabra más amable que César había encontrado para describirlo. Antonio, que sacó más partido de lo que Nerón había dicho, decidió que éste había llegado a la guarida de Sexto Pompeyo, se había paseado como un gallo para criticarlo todo y, finalmente, se había hecho tan insoportable que Sexto lo había echado. Era muy difícil encontrar a un pedante más insoportable que Nerón, y los Pompeyo eran muy sensibles a sus orígenes picentinos.

—¿Qué piensas hacer ahora, Nerón? —preguntó.

—Vivir dentro de mis posibilidades, que no son ilimitadas —respondió Nerón envarado, su rostro oscuro y saturnino con una expresión todavía más orgullosa.

—¿Qué hay de tu esposa? —preguntó Antonio arteramente.

—Livia Drusilia es una buena esposa. Hace lo que se le dice, que es más de lo que tú puedes decir de la tuya.

Una típica declaración neroniana; parecía no tener un monitor intuitivo que le advirtiese que era mejor no decir algunas cosas. «Tendría que seducirla —pensó Antonio, furioso—, ¡qué vida debe de tener, casada con este inepto!»

—Tráela a cenar esta tarde. Nerón —dijo con un tono jovial—. Piensa en el dinero que te ahorrarás; no necesitarás enviar a tu cocinera al mercado hasta mañana.

—Te lo agradezco —respondió Nerón, que se levantó con toda su esquelética altura y se marchó con el brazo izquierdo sosteniendo los pliegues de la toga, dejando solo a Antonio, que se reía por lo bajo.

Entró Planeo, con el horror reflejado en su rostro.

—Oh, ¡Edepol!, Antonio. ¿Qué está haciendo Nerón aquí?

—¿Aparte de insultar a todos los que encuentra? Sospecho que se hizo tan insoportable en el cuartel general de Sexto Pompeyo que le dijeron que se marchase. Puedes venir a cenar esta tarde y compartir los placeres de su compañía. Traerá a su esposa, que debe de ser una aburrida tremenda para estar con él. ¿Quién es ella?

—Su prima; bastante cercana, en realidad. Su padre era un Claudio Nerón adoptado por el famoso tribuno de la plebe, Livio Druso, de ahí su nombre Livia Drusilia. Nerón es el hermano de sangre de Druso, Tiberio Nerón. Por supuesto, ella es una heredera; hay mucho dinero en la familia Livio Druso. En un tiempo, Cicerón confiaba en que Nerón se casaría con su Tullía, pero ella prefirió a Dolabella, un marido mucho peor en muchos sentidos, pero al menos era un tipo divertido. ¿Tú no frecuentabas esos círculos cuando vivía Clodio, Antonio?

—Lo hacía. Tienes razón, Dolabella era buena compañía. Pero no es Nerón quien le da a tu rostro esa expresión, Planco. ¿Qué pasa?

—Un paquete de Éfeso. Yo también recibí uno, pero el tuyo es de tu primo Caninio, así que debe de decir más. —Planeo se sentó en la silla de los clientes y miró a Antonio a través de la mesa con los ojos brillantes.

Antonio rompió el sello, desenrolló la epístola de su primo y murmuró mientras la leía. Una larga tarea, acompañada por maldiciones y fruncimientos de ceño.

—Desearía —se quejó— que más hombres hubiesen seguido la indicación de César de poner un punto al comienzo de cada nueva frase. Lo hago ahora, y también lo hacen Pollio, Ventidio y (aunque detesto decirlo) Octavio. Convierte un escrito continuo en algo que un hombre puede leer casi de una ojeada.

Continuó con sus murmullos, finalmente exhaló un suspiro y dejó la carta.

—¿Cómo puedo estar en dos lugares a la vez? —le preguntó a Planeo—. En realidad tendría que estar en la provincia de Asia preparándola contra el ataque de Labieno; en cambio, me veo forzado a permanecer cerca de Italia y a tener mis legiones a mano. Pacoro ha invadido Siria, y todos aquellos príncipes se han unido a los partos, incluso Amblico. Caninio dice que las legiones de Saxa se han pasado a Pacoro; Saxa se vio forzado a huir a Apamea, y después tomó un barco para ir a Cilicia. Nadie ha vuelto a saber de él desde entonces, pero el rumor dice que su hermano fue asesinado en Siria. Labieno está ocupado en invadir Cilicia Pedia y la Capadocia oriental.

—Por supuesto, no hay legiones al este de Éfeso.

—Ni las habrá en Éfeso, me temo. La provincia de Asia tendrá que apañárselas por su cuenta hasta que pueda aclarar el lío en Italia. Ya le he dicho a Caninio que traiga las legiones a Macedonia —manifestó Antonio con un tono grave.

—¿Es tu única alternativa? —preguntó Planeo con el rostro pálido.

—La única. Me he dado a mí mismo el resto de este año para ocuparme de

Roma, Italia y Octavio, así que durante el resto de este año las legiones estarán acampadas alrededor de Apolonia. Si se supiera que están en el Adriático, Octavio se percataría de que pretendo aplastarlo como a una chinche.

—Marco —gimió Planeo—, todo el mundo está harto de la guerra civil, y tú hablas de la guerra civil. ¡Las legiones no combatirán!

—Mis legiones lucharán por mí —respondió Antonio.

Livia Drusilia entró en la residencia del gobernador con su habitual compostura, los cremosos párpados entrecerrados sobre sus ojos, que ella sabía que eran su mejor arma. ¡Había que ocultarlos! Como siempre, caminaba un poco por detrás de Nerón porque era lo que hacía una buena esposa, y Livia Drusilia había jurado ser una buena esposa. Nunca, se había jurado al escuchar lo que Antonio le había hecho a Fulvia, se pondría a sí misma en semejante posición. Para ponerse una armadura y empuñar una espada, una tendría que haber sido una Hortensia; además, sólo lo había hecho para demostrarle a los líderes del Estado romano que las mujeres de Roma, desde las más encumbradas a las más bajas, nunca consentirían pagar impuestos cuando no tenían derecho a votar. Hortensia había ganado el envite, una victoria sin sangre, con la correspondiente vergüenza para los triunviros, Octavio y Lépido.

No es que Livia Drusilia pretendiese ser un ratón; sólo fingía ser alguien pequeño, dócil y un tanto tímido. En ella ardía una tremenda ambición; sin embargo, no tenía ni idea de cómo podía convertir aquella ambición en algo productivo. Desde luego, estaba moldeada en un molde absolutamente romano, lo que significaba mantener un comportamiento femenino, sin exhibirse, siempre manipulando de manera sutil. Tampoco quería ser otra Cornelia, la madre de los Graco, adorada por algunas mujeres como una auténtica diosa romana porque había sufrido, parido hijos, los había visto morir, sin quejarse nunca de su suerte. No, Livia Drusilia intuía que debía haber otra manera de alcanzar las alturas.

El problema era que tres años de matrimonio le habían mostrado más allá de toda duda que ese camino no era a través de Tiberio Claudio Nerón. Como la mayoría de las muchachas de su privilegiada posición, ella no había conocido muy bien a su futuro marido antes de casarse, pese a que había sido su primo cercano. Nada en él en las pocas ocasiones en que se habían encontrado había inspirado en ella otra cosa que no fuese desprecio por su estupidez y un instintivo desagrado hacia su persona. Morena como era, admiraba a los hombres de pelo dorado y ojos claros. Inteligente como también era, admiraba a los hombres con una gran inteligencia. Nerón no tenía ninguna de esas cosas. Ella tenía quince años cuando su padre Druso la casó con su primo hermano Nerón, y en la casa donde había nacido no había habido

nunca murales priápicos o lámparas fálicas de las que una muchacha pudiese aprender alguna cosa del amor físico. Así pues, la unión con Nerón la había asqueado. Él también había preferido a las amantes de cabellos rubios y ojos claros; lo que le complacía de su esposa era su linaje noble y su fortuna.

¿Cómo podría librarse de Tiberio Claudio Nerón cuando ella estaba decidida a ser una buena esposa? No parecía posible a menos que alguien le ofreciese a él un mejor matrimonio, y eso era muy poco probable. Su inteligencia le había indicado muy pronto en su matrimonio que a las personas les desagradaba Nerón, pero lo toleraban sólo por su condición de patricio y, en consecuencia, por su derecho a ocupar todos los cargos que Roma ofrecía a la nobleza. ¡Oh, cuánto la aburría! Eran muchos los relatos que había escuchado sobre Cato Uticensis, el mayor de los enemigos de César, y que tenían que ver con su nada agradable personalidad, pero a Drusilia le parecía un dios comparado con Nerón. Tampoco le agradaba el hijo que le había dado a Nerón diez meses después del casamiento; el pequeño Tiberio era moreno, delgaducho, alto, solemne y un tanto gazmoño, incluso a los dos años de edad. Había tomado la costumbre de criticar a su madre porque escuchaba a su padre que lo hacía y, a diferencia de los niños pequeños, había pasado su vida en compañía de su padre. Livia Drusilia sospechaba que Nerón prefería mantenerla a ella y al pequeño Tiberio bien cerca por si acaso algún galán con el encanto de César quisiese entrometerse en la virtud de su esposa. ¡Qué irritante resultaba! ¿Es que el muy idiota no sabía que ella jamás se rebajaría de esa manera?

La existencia doméstica que había llevado hasta que Nerón se había embarcado en su desastrosa aventura en Campania, dentro de la causa de Lucio Antonio, no le había permitido ver a ninguno de los hombres famosos de los que toda Roma hablaba. Nunca había visto a Marco Antonio, Lépido, Servilio Baia, Gneo Domitio Calvino, Octavio o incluso César, que había muerto cuando ella tenía quince años. Por lo tanto, hoy era un día excitante, aunque nada en su porte lo indicaba. ¡Ella cenaría con Marco Antonio, el hombre más poderoso del mundo!

Un placer que casi no ocurrió cuando Nerón se enteró de que Antonio era uno de aquellos tipos que tenían la costumbre de permitir que las mujeres se sentasen en los divanes junto con los hombres.

—¡Si mi esposa no ha de sentarse en una silla, me marchó! —dijo Nerón con su habitual falta de tacto.

De no haber sido porque Antonio ya había encontrado encantador el pequeño rostro oval de la esposa de Nerón, el resultado de aquel comentario hubiese sido un rugido y una expulsión; en cambio, Antonio sonrió y ordenó que trajesen una silla para Livia Drusilia. Cuando la trajeron, mandó que la

colocasen delante de él y, como sólo había tres invitados masculinos, Nerón no podía quejarse al respecto. No era igual como si ella hubiese estado en la otra esquina; de todas formas, creía que era una prueba más de la inculta naturaleza de Antonio, que había relegado a Nerón a un extremo del diván y había puesto a un don nadie como Planeo en el medio.

Al quitarse la capa quedó a la vista que Livia Drusilia llevaba un vestido de color tostado y cuello alto, pero nada podía disimular los encantos de su figura o su inmaculada piel marfil. Negros y abundantes como la noche y brillantes debido al tinte, sus cabellos estaban peinados con sencillez y hacia atrás para cubrirle las orejas y recogidos en un moño en la nuca. ¡Su rostro era precioso! Una pequeña y madura boca roja, unos ojos enormes enmarcados con largas pestañas negras como abanicos, mejillas rosadas, una pequeña nariz aquilina, todo se combinaba para ofrecer la perfección. En el momento en que Antonio comenzaba a enfadarse al no ser capaz de descifrar de qué color eran sus ojos, ella movió la silla y un delgado rayo de sol los iluminó. ¡Oh, qué sorpresa! Eran de un color azul muy oscuro, pero estriados de una forma mágica con rayas de un tostado claro; eran unos ojos como los que no había visto nunca, y... espeluznantes. «¡Livia Drusilia, podría comerte!», se dijo a sí mismo, y se dispuso a conseguir que se enamorase de él.

Pero no fue posible. Ella no era tímida, respondía a todas sus preguntas con sinceridad y cortesía, no tenía miedo de añadir algún pequeño comentario cuando se necesitaba. Sin embargo, no ofrecía ningún tema de conversación por propia voluntad, y no decía ni hacía nada que Nerón, que la miraba con suspicacia, pudiera recriminarle. Nada de todo eso le hubiese importado a Antonio de haber visto una pequeña chispa de interés en sus ojos, pero no era así. De haber sido un hombre más perspicaz, hubiese comprendido que el débil mohín que aparecía en su rostro de vez en cuando hablaba de desagrado.

Sí, él podía pegarle a una esposa que había cometido un grave error, decidió ella, pero no como Nerón, con total frialdad, algo calculado. Antonio lo podía hacer en un arranque de furia, aunque después, calmado, lamentaría el hecho, porque su crimen había sido imperdonable. Les gustaría a la mayoría de los hombres, se sentirían atraídos por él, y la mayoría de las mujeres lo desearían. La vida durante aquellos pocos días en la guarida de Sexto Pompeyo en Agrigentum había puesto en contacto a Livia Drusilia con mujeres de baja estofa, y había aprendido mucho del amor, los hombres y el acto sexual. Al parecer, las mujeres preferían a los hombres con grandes penes porque un pene grande hacía que alcanzasen con más facilidad el orgasmo o fuera lo que fuese (ella no lo había averiguado, y había temido preguntar por miedo de que se riesen de ella). No obstante, había descubierto que Marco Antonio era famoso por la inmensidad de su órgano procreador. Bueno, eso podía ser, pero ahora ella no descubría nada en Antonio que le gustase o fuera

digno de admiración. Sobre todo, después de haber comprendido que él estaba intentando al máximo obtener una respuesta de ella. Le producía una tremenda satisfacción negarle dicha respuesta, y así le enseñaba a él un poco de cómo una mujer podía adquirir poder. Algo que no era muy importante con Antonio, cuya lujuria era transitoria, incluso carente de importancia.

—¿Qué te parece el Gran Hombre? —preguntó Nerón mientras caminaban de regreso a casa en el corto y fiero atardecer.

Livia Drusilia parpadeó; su marido, habitualmente, no le preguntaba qué creía de alguien o de algo.

—De elevada cuna y de carácter bajo —respondió ella—. Un vulgar aburrido.

—Enfático —dijo él con un tono complacido.

Por primera vez en su relación, ella se atrevió a formularle una pregunta política.

—¿Marido, por qué tratas con un patán aburrido como Marco Antonio? ¿Por qué no con César Octavio, quien por todas las descripciones no es un aburrido, ni tampoco un patán?

Por un momento, él permaneció absolutamente inmóvil, luego se volvió para mirarla con más sorpresa que irritación.

—El nacimiento supera ambas cosas. Antonio es de mejor cuna. Roma pertenece a los hombres con los antepasados correctos. Ellos y sólo ellos pueden ocupar los altos cargos públicos, gobernar las provincias, dirigir las guerras.

—Pero ¡Octavio es el sobrino de César! ¿El nacimiento de César no fue irreprochable?

—Oh, César lo tenía todo: nacimiento, fortuna, belleza. Era el más augusto de los augustos patricios. Incluso su sangre plebeya era la mejor: madre Aureliana, abuela Marciana, bisabuela Popiliana. ¡Octavio es un impostor! Una gota de sangre Julia; el resto, basura. ¿Quiénes son los Octavio de Velitrae? ¡Unos don nadie! Algunos Octavio son más o menos respetables, pero no aquellos de Velitrae. Uno de los bisabuelos de Octavio era un cordelero; otro, un panadero. Su abuelo era un banquero. ¡Bajo, bajo! Su padre hizo un afortunado segundo casamiento con la sobrina de César, aunque ella estaba manchada; su padre era un rico don nadie que compró a la hermana de César. En aquellos días, los Julio no tenían dinero y debían vender a sus hijas.

—¿No es un sobrino una cuarta parte Julia? —aventuró ella atrevidamente.

—¡Ese pequeño impostor es un sobrino nieto! Sólo un octavo Julia. ¡El

resto es abominable! —ladró Nerón, que comenzó a enfadarse—. ¡Lo que sea que poseyó al gran César para escoger a un chico de baja cuna como su heredero se me escapa, pero de una cosa puedes estar segura, Livia Drusilia, nunca me uniré a alguien como Octavio!

«Bueno, bueno —pensó Livia Drusilia y no dijo nada más—. ¡Por eso tantos aristócratas romanos aborrecen a Octavio, y, como persona de la sangre más pura, yo también debería aborrecerlo, pero me intriga! Ha ascendido tanto que admiro eso en él, porque lo comprendo. ¡Quizá de vez en cuando Roma deba crear nuevos aristócratas! Bien puede ser que el gran César lo comprendiese cuando redactó su testamento.»

La interpretación de Livia Drusilia de las razones de Nerón para unirse a Marco Antonio era una burda simplificación; pero entonces también lo era el razonamiento de Nerón. Su pobre intelecto era subdesarrollado; por muchos años que pasasen no iría más allá de lo que había sido como un joven al servicio de César. Era tan obtuso que ni siquiera se había dado cuenta de que no le agradaba a César. El agua le resbalaba como por las plumas de un pato, como decían los galos. ¿Cuándo tu sangre es la mejor de todas, qué posible falta podía otro noble encontrar en ti?

Para Marco Antonio, su primer mes en Atenas pareció estar lleno de mujeres, ninguna de las cuales era digna de su valioso tiempo. Aunque su tiempo era realmente valioso, ¿por qué nada de lo que hacía daba fruto? La única buena noticia le llegó desde Apolonia con Quinto Delio, que le informó de que sus legiones habían llegado a la costa occidental de Macedonia y que estaban felices de acampar en mejor clima.

Pegado a los talones de Delio llegó Lucio Escribonio Libo, que escoltaba a la mujer que sin duda podía alegrar el humor de Antonio: su madre. Entró a la carrera en su sala de negociaciones llena de horquillas de pelo, semillas para el pájaro que su criada llevaba en una jaula y colgajos de un largo fleco que alguna modista demente había agregado a los dobladillos de su estola. Los cabellos los llevaba alborotados en mechones con más gris que oro en aquellos días, pero sus ojos eran exactamente iguales a como los recordaba su hijo, siempre con una cascada de lágrimas.

—¡Marco, Marco! —gritó ella, y se arrojó sobre su pecho—... ¡Oh, mi querido muchacho, creí que nunca volvería a verte! ¡He pasado un tiempo horroroso! Un miserable cuartucho en una casa que día y noche resonaba con los ecos de actos indescriptibles, las calles cubiertas de escupitajos y del contenido de bacinillas, una cama llena de chinches, ningún lugar donde poder darse un baño.

Con muchos sonidos y arrullos, Antonio consiguió finalmente sentarla en una silla y tranquilizarla todo lo que podía tranquilizar cualquiera a Julia

Antonia. Sólo cuando las lágrimas disminuyeron a lo que era su cantidad habitual él tuvo la oportunidad de ver quién había entrado detrás de Julia Antonia. ¡Ah, el mayor de los sicofantas, Lucio Escribonio Libo! No tan pegajoso como Sexto Pompeyo, pero capaz de hacer que un olmo diese peras.

Bajo de estatura y enjuto de constitución, Libo tenía un rostro que reforzaba las faltas de su tamaño y traicionaba la naturaleza de la bestia interior: codiciosa, tímida, ambiciosa, insegura, egoísta. Su momento llegó cuando el hijo mayor de Pompeyo Magno se enamoró de su hija y, después de divorciarse de Claudia Pulcra, se casó con ella. A partir de entonces, Libo obligó a Pompeyo Magno a ascenderlo como correspondía por ser el suegro de su hijo. Luego, cuando Gneo Pompeyo siguió a su padre en la muerte, Sexto, el hijo menor, se casó con su viuda. Todo eso dio como resultado que Libo comandara las flotas y, ahora, actuara como embajador no oficial de su amo, Sexto. Las mujeres Escribonia habían prosperado junto a su familia; la hermana de Libo se había casado con dos ricos e influyentes hombres, uno un patricio de nombre Cornelio con quien había tenido una hija. Aunque la hermana Escribonia tenía ahora los treinta recién cumplidos y parecía tener mala fortuna —enviudar dos veces no era buena señal—, Libo no desesperaba por encontrarle un tercer marido. Era bonita, fértil, con una dote de doscientos talentos; sí, Escribonia, la hermana, se volvería a casar.

Sin embargo, Antonio no estaba interesado en las mujeres de Libo. Eran las suyas quienes le preocupaban.

—¿Por qué dioses me la has traído? —preguntó.

Libo abrió mucho sus ojos castaños y separó las manos.

—¿Mi querido Antonio, a qué otro lugar podía traerla?

—Podrías haberla dejado en su propia casa de Roma.

—Se resistió con tal histeria que me vi obligado a sacar a empujones a Sexto Pompeyo de la habitación; de lo contrario, él la hubiese matado. Créeme, no quiere ir a Roma, no deja de gritar que Octavio la ejecutará por traición.

—¿Ejecutar a una prima de César? —preguntó Antonio, incrédulo.

—¿Por qué no? —replicó Libo con toda inocencia—. Proscribió a Lucio, el primo de César, el hermano de tu madre.

—¡Octavio y yo proscribimos a Lucio! —tronó Antonio, enfadado—. ¡Sin embargo, no lo ejecutamos! Necesitábamos su dinero, así de sencillo. Mi madre no tiene ni un sestercio, por lo tanto, no corre ningún peligro.

—¡Entonces díselo tú! —dijo Libo, furibundo; había sido él, después de todo, quien había tenido que aguantar a Julia Antonia en un largo viaje

marítimo.

De haber mirado alguno de los dos hombres en su dirección —cosa que no hicieron— podían haber visto que los llorosos ojos azules mostraban una cierta astucia y que las orejas profusamente ornamentadas recogían todas las palabras dichas. Por muy ridícula que Julia Antonia pudiese ser, tenía un saludable respeto por su propio bienestar y estaba convencida de que estaría mucho mejor con su hijo mayor que varada en Roma sin ningún ingreso.

Para ese momento, el mayordomo y varias sirvientas femeninas ya habían llegado y sus rostros mostraban cierta inquietud. Sin conmovirse por aquella prueba de miedo servil ante la posibilidad de verse cargados con el problema, Antonio les traspasó, agradecido, a su madre mientras le aseguraba que no la enviaría a Roma. Finalmente, después de todo aquello, reinó de nuevo la paz en la sala de negociaciones, lo que aprovechó Antonio para sentarse en su silla con un suspiro de alivio.

—¡Vino! ¡Necesito vino! —gritó, y se levantó de un salto—. ¿Tinto o blanco, Libo?

—Un tinto bien fuerte, gracias. Nada de agua. Ya he visto agua suficiente en los últimos tres nundinae como para que me dure media vida.

—Te comprendo. —Antonio sonrió—. Cuidar de mamá no es ninguna fiesta. —Llenó una copa grande casi hasta el borde—. Ten, esto tendría que aliviar el dolor, es un Chian de diez años.

Reinó el silencio durante algún tiempo mientras los dos bebedores hundían sus narices en las copas con los apropiados sonidos de contento.

—¿Qué te trae a Atenas, Libo? —preguntó Antonio—. No me digas que mi madre.

Tienes razón. Tu madre vino por su conveniencia.

—No por la mía, desde luego —se quejó Antonio.

—Me encantaría saber cómo hacer eso —dijo Libo alegremente—. Tu voz es ligera y aguda, pero en un periquete puedes convertirla en un gruñido ronco, un rugido.

—O incluso un bramido. Te olvidas del bramido. No me preguntes cómo. No lo sé. Sólo ocurre. Si quieres escucharme bramar, continúa evadiendo el tema.

—No, eso no será necesario. Aunque si me permites continuar hablando de tu madre unos momentos más, te sugiero que le des dinero y déjala que frecuente las mejores tiendas de Atenas. Hazlo, y nunca la volverás a ver ni a escuchar más de ella. —Libo sonrió mientras las burbujas estallaban en el

borde de su vino—. En cuanto se enteró de que tu hermano Lucio había sido perdonado y enviado a la Hispania Ulterior con un imperio proconsular fue más fácil de tratar con ella.

—¿Por qué estás aquí? —repitió Antonio.

—Sexto Pompeyo creyó que era una buena idea que viniese a verte.

—¿De verdad? ¿Con qué fin?

—Quiere formar una alianza contra Octavio. Vosotros dos unidos podríais aplastar a Octavio como a un escarabajo.

La pequeña boca se frunció.

Antonio desvió la mirada.

—Una alianza contra Octavio... ¿por favor, Libo, por qué yo, uno de los tres hombres nombrados por el Senado y el pueblo de Roma para reconstruir la República, debo establecer una alianza con un hombre que no es más que un pirata?

Libo hizo una mueca.

—¡Sexto Pompeyo es el gobernador de Sicilia, según acuerdo con el mos maiorum! No considera legal o correcto el triunvirato, y deplora el edicto de proscripción, que lo deja falsamente fuera de la ley, por no mencionar que le despoja de sus propiedades y herencias. Sus actividades en alta mar sólo sirven para convencer al Senado y al pueblo de Roma que ha sido injustamente condenado. Deroga la sentencia de hostis, anula todos los bandos, embargos e interdicciones y Sexto Pompeyo dejará de ser un pirata.

—¿Cree que si voy al Senado para que lo liberen de su condición de enemigo público y de todas las prohibiciones, embargos | interdicciones me ayudará a liberar a Roma de Octavio?

—Pues así es.

—¿Debo entender que está proponiéndome que comience la guerra mañana mismo, si es posible?

—Vamos, vamos, Marco Antonio, todo el mundo sabe que llegará el momento en que tú y Octavio la emprenderéis a golpes. Dado que entre vosotros (descuento a Lépido) tenéis el imperium maius sobre nueve décimas partes del mundo romano y que controláis las legiones además de los ingresos, ¿qué otra cosa puede pasar que no sea llegar a una guerra a toda escala? Durante más de cincuenta años, en la historia de la República romana no ha habido más que una guerra civil detrás de otra. ¿Crees sinceramente que Filipos marcó el final de las guerras civiles? —Libo mantuvo el tono amable, la expresión serena—. Sexto Pompeyo está cansado de vivir en la ilegalidad.

Quiere lo que es suyo: recuperar la ciudadanía, el permiso para heredar la propiedad de su padre, Pompeyo Mango, la restitución de dicha propiedad, el consulado y el imperio proconsular en Sicilia a perpetuidad. —Libo se encogió de hombros—. Hay más, pero creo que por ahora ya es bastante.

—¿Qué dará a cambio de esto?

—Controlará y barrerá los mares como tu aliado. Si incluyes un perdón para Murco, también tendrás sus flotas.

—Ahenobarbo dice que es independiente, aunque un gran pirata. Sexto Pompeyo también garantizará el trigo gratis para tus legiones.

—Me tiene como rehén.

—¿Es un sí o un no?

—No trato con piratas —respondió Antonio con su habitual voz ligera—. Sin embargo, puedes decirle a tu amo que, si él y yo nos encontramos en el agua, espero que me deje ir a donde quiera. Si lo hace, ya hablaremos.

—Más un sí que un no.

—Más nada que cualquier otra cosa, por el momento. No necesito a Sexto Pompeyo para aplastar a Octavio, Libo. Si Sexto lo cree, está en un error.

—Si decides llevar tus tropas a través del Adriático de Macedonia a Italia, Antonio, no agradecerás ver a unas flotas que te lo impidan.

—El Adriático es de Ahenobarbo, y no me molestará. No estoy impresionado.

—¿Así que Sexto Pompeyo no puede llamarse tu aliado? ¿No hablarás por él en el Senado?

—Absolutamente no, Libo. Lo más que puedo hacer es no perseguirlo. Si lo persigo, él será quien acabe aplastado. Dile que puede quedarse con su trigo gratis, pero que espero que me venda trigo para mis legiones al precio habitual de cinco sestercios el modius, y ni un sestercio más.

—Exiges mucho.

—Estoy en posición de hacerlo. Sexto Pompeyo no.

«¿Cuánta de esta obstinación es porque ahora tiene a su madre colgada del cuello? —se preguntó Libo—. Le dije a Sexto que no era una buena idea, pero no quiso escucharme.»

Quinto Delio entró en la habitación del brazo de otro sicofanta, Sentio Saturnino.

—¡Mira quién acaba de llegar de Agrigentum con Libo! —exclamó Delio,

encantado—. ¿Antonio, te queda algo de ese tinto Chian?

—¡Bah! —exclamó Antonio—. ¿Dónde está Planeo?

—¡Aquí, Antonio! —respondió Planeo, que fue a abrazar a Libo y a Sentio Saturnino—. ¿No es esto bonito?

«Muy bonito —pensó Antonio agriamente—. Estoy casi emocionado.»

Trasladar su ejército a la costa adriática desde Macedonia sólo había servido como un ejercicio destinado para asustar a Octavio; tras haber abandonado toda idea de enfrentarse a los partos hasta que mejorasen sus ingresos, Antonio, al principio, había querido dejar sus legiones en Éfeso, pero la visita a aquella ciudad le había hecho cambiar de opinión. Caninio era demasiado débil para controlar a tantos legados superiores a menos que el primo Antonio estuviese cerca, además, no podía resistirse a la idea de asustar a Octavio. Pero de alguna manera todos asumían que la guerra que esperaban que estallase entre los dos triunviros iba a llevarse a cabo, y Antonio se encontraba en un dilema. ¿Debía aplastar a Octavio ahora? Tal como iban las campañas, ésta sería barata, ya que disponía de muchos transportes para llevar a sus legiones a través del pequeño mar hasta su territorio natal, donde podía recoger a las legiones de Octavio para complementar las propias, y así dejar libres a Pollio y Ventidio, que disponían de catorce legiones. Y otras diez más después de la derrota de Octavio. Además, lo que hubiese en el tesoro lo pondría en su cofre de guerra.

Así y todo, no estaba seguro... Cuando el consejo de Libo referente a Julia Antonia demostró ser correcto y nunca más la volvió a ver, Antonio se relajó un poco. Su diván ateniense era cómodo y el ejército estaba contento en Apolonia. El tiempo le diría qué hacer. No se le ocurrió que, al posponer la decisión, le estaba diciendo a su mundo que carecía de la decisión respecto a su futura línea de acción.

II

OCTAVIO EN OCCIDENTE

Del 40 al 39 a J. C.

VI

Su amada Señora Roma parecía tan vieja y cansada. Desde donde estaba, en lo alto del Velia, Octavio veía el foro romano y, más allá, el monte Capitolino; si se volvía para mirar en otra dirección, veía a través de los pantanos del Palus Ceroliae todo lo largo de la Vía Sacra hasta los muros

Servían.

Octavio amaba Roma con una fiera pasión ajena a su naturaleza, que tendía a ser fría y distante; él creía que la diosa Roma no tenía rival en la faz del mundo. Cómo odiaba escuchar decir que Atenas la superaba como el Sol supera a la Luna, escuchar que alguien decía que la zona elevada de Pergamum, era más preciosa, escuchar a un tercero manifestar que Alejandría hacía que pareciera un oppidum galo. ¿Era culpa suya que los templos estuviesen ruinosos, sus edificios públicos sucios, sus plazas y jardines abandonados? No, la culpa la tenían los hombres que gobernaban en su nombre, porque se preocupaban más por sus reputaciones que por las de las ciudades que los habían engendrado. Roma se merecía algo mejor y, si estaba a su alcance, recibiría lo mejor. Por supuesto, había excepciones: la gloriosa basílica Julia de César, su foro —que era la obra maestra—, la basílica Emilia, el Tabularium de Sila. Pero incluso en el Capitolio, los templos tan grandes como el de Juno Moneta necesitaban una mano de pintura. Desde los huecos y los delfines del Circo Máximo hasta los santuarios y fuentes de las encrucijadas, la pobre diosa Roma era una ruinosa dama en declive.

«Si sólo tuviésemos una décima parte del dinero que los romanos han gastado luchando los unos contra los otros, Roma no tendría rivales para su belleza», pensó Octavio. ¿Adónde iba todo ese dinero? Una pregunta que se le había ocurrido frecuentemente y para la que sólo tenía una respuesta aproximada: a las bolsas de los soldados para ser gastadas en cosas inútiles o atesorado de acuerdo a sus naturalezas; a las bolsas de los fabricantes y mercaderes, que obtenían sus beneficios de la guerra; a las bolsas de los extranjeros, y a las bolsas de los hombres que libraban las guerras. Pero si aquello último era verdad, ¿por qué él no había obtenido ningún beneficio?

«Mira a Marco Antonio —se dijo—. Ha robado cientos de millones, la mayor parte de ellos para mantener su estilo de vida hedonista en lugar de pagar a sus legiones. ¿Cuántos millones ha dado a sus supuestos amigos con el fin de parecer un gran hombre? Oh, yo también he robado; me llevé el cofre de guerra de César. De no haberlo hecho, hoy estaría muerto. Pero, a diferencia de Antonio, nunca di un denario. Lo que desembolso de mi tesoro oculto espero darle un buen uso, como pagarle a mi ejército de agentes. No puedo vivir sin mis agentes. La tragedia es que nada de eso lo puedo gastar en la propia Roma. La mayoría sirve para pagar las enormes pagas de las legiones. Un pozo sin fondo que quizá sólo tiene un bien real: distribuye la riqueza personal con más justicia que en los viejos tiempos cuando los plutócratas se podían contar con los dedos de las dos manos y los soldados no tenían ingresos suficientes ni siquiera para pertenecer a la quinta clase. Eso ya no es así.»

La vista del foro se nubló cuando sus ojos se llenaron de lágrimas. «¡César,

oh, César! ¿Qué podría haber aprendido si tú hubieses vivido? Fue Antonio quien les permitió matarte; él fue parte del complot, estoy seguro. Convencido de que era el heredero de César y urgentemente necesitado de la enorme fortuna de César, sucumbió a las lisonjas de Trebonio y Décimo Bruto. El otro Bruto y Casio no eran nada, sólo figurones. Como muchos otros antes que él, Antonio ansia ser el Primer Hombre de Roma, y, de no estar yo aquí, lo sería. Pero estoy, y tiene miedo de que usurpe ese título, como también el nombre y el dinero de César, llene motivos para sentir miedo. César el Dios —Divus Julius— está de mi lado. Si Roma debe prosperar, yo debo ganar esta batalla. Sin embargo, he jurado no ir nunca a la guerra contra Antonio, y mantendré mi juramento.»

La brisa de principios de verano agitó su brillante cabellera; las personas, al principio, advertían esta circunstancia para, después, reconocer la identidad de su propietario. Miraban, por lo general, con una mueca. Como triunviro presente en Roma, era él quien recibía la mayor parte de las culpas por los tiempos difíciles: el pan caro, alimentos suplementarios sin variedad, alquileres también altos, bolsas vacías. Pero a cada gesto agrio, él replicaba con la sonrisa de César, algo tan poderoso que los gestos adustos se convertían en sonrisas de respuesta.

Aunque incluso en Roma Antonio gustaba de pasearse en armadura, Octavio siempre vestía la toga con ribetes rojos. Con ella parecía más pequeño, menudo, grácil. Los días en que calzaba botas con plataforma eran cosa del pasado. Ahora, Roma lo conocía, más allá de cualquier duda, como el heredero de César, y muchos lo llamaban como él mismo se autoproclamaba: Divi Filius, el hijo de un dios. Seguía siendo su mayor ventaja, incluso ante su impopularidad. Los hombres podrían fruncir el entrecejo y mascullar, pero las mamás y las abuelas admiraban y babeaban; Octavio era un político demasiado inteligente como para despreciar el apoyo de las mamás y las abuelas.

Desde la Velia caminó entre los antiguos pilares cubiertos de musgo de la Porta Mugonia y subió al monte Palatino por su lado menos elegante. Su casa había pertenecido alguna vez al famoso abogado Quinto Hortensio Hortalo, rival de Cicerón ante los tribunales. Antonio había culpado al hijo por la muerte de su hermano Cayo, y lo había proscrito. Eso no preocupó al joven Hortensio, quien murió en Macedonia, siendo su cuerpo arrojado al monumento de Cayo Antonio. Como la mayoría de Roma, Octavio era muy consciente de que Cayo Antonio era tan incompetente que su muerte había sido toda una bendición.

La domus Hortensia era una casa muy grande y lujosa, aunque no del tamaño del palacio de Pompeyo Magno en el Carinae. Antonio se había apropiado de aquella mansión, y cuando César se enteró, hizo pagar a su

primero por ella. A la muerte de César, los pagos se interrumpieron. Pero Octavio no quería una casa tan ostentosa que pudiera compararse a un palacio, sino sólo algo lo bastante grande para utilizar como sala de negociaciones y también de residencia. La domus Hortensia se la habían adjudicado por dos millones de sestercios, una fracción de su valor real, en la subasta de los bienes incautados. Esa clase de cosas ocurrían a menudo en las subastas de bienes incautados a los proscritos, en las que tantas propiedades de enorme valor se vendían al mismo tiempo.

En el lado elegante del Palatino, todas las casas buscaban tener vista al foro romano, pero Hortensio no se había preocupado por la vista. A él le interesaba el espacio. Muy aficionado a la pesca, tenía grandes estanques dedicados a la cría de carpas doradas y plateadas y jardines y campos que eran más habituales en las casas situadas al otro lado de los muros Servían, como el palacio que César había construido para Cleopatra al pie de la colina Janicula. Sus campos y jardines eran legendarios.

La domus Hortensia estaba en lo alto de un acantilado de cincuenta pies que daba al Circo Máximo, donde en los días de destiles o carreras de cuadrigas se apiñaban más de ciento cincuenta mil romanos para maravillarse y aplaudir. Sin dirigirle al Circo una mirada, Octavio entró en su casa a través del jardín y los estanques de detrás y llegó a una vasta sala de recepción que Hortensio nunca había utilizado debido a la enfermedad que sufría cuando la añadió.

A Octavio le gustaba el diseño de la casa, porque las cocinas y las habitaciones de la servidumbre estaban a un lado, en un edificio separado que contenía las letrinas y los baños para uso del servicio. Los baños y las letrinas para el propietario, su familia y los invitados estaban en la casa principal y, además, eran de valioso mármol. Como muchas casas en el Palatino, estaba situada encima de un arroyo subterráneo que descargaba en las inmensas cañerías de la Cloaca Máxima. Para Octavio, era la razón principal para la compra de aquella domus, ya que era la más reservada de las personas cuando se trataba de vaciar los intestinos y la vejiga. ¡Nadie debía verlo, nadie debía escucharlo! También era muy meticuloso en el aseo personal, que incluía un baño, por lo menos, una vez al día. Por lo tanto, las campañas militares eran un tormento sólo algo mitigado por Agripa, que hacía lo imposible por conseguirle intimidad cada vez que podía. Octavio no sabía por qué le daba tanta importancia a ese tema, puede que por su buena planta o porque los hombres se sentían vulnerables si su imagen no iba acorde con su persona.

El mayordomo salió a su encuentro con un signo de ansiedad; Octavio detestaba la menor mancha en la túnica o la toga, cosa que hacía la vida dura para el hombre, siempre ocupado con la tiza y el vinagre.

—Sí, puedes llevarte la toga —dijo, distraído, para, posteriormente, quitársela y salir al jardín del peristilo interior, que tenía la mejor fuente de Roma, con los caballos encabritados con colas de pescado, Anfitrión cabalgando en una cuadriga que era una concha. La pintura era exquisita, tan real que los cabellos como algas del dios del agua brillaban y resplandecían con un tono verdoso, y su piel era una red de minúsculas escamas plateadas. La escultura estaba en el centro de un estanque redondo cuyo mármol de un verde pálido le había costado a Hortensio diez talentos en las nuevas canteras de Carrara.

A través de un par de puertas de bronce que tenían escenas de la batalla de los lapitas y los centauros en bajorrelieve, Octavio entró en un vestíbulo que tenía su sala de negociaciones a un lado y su comedor en el otro. Luego pasó al enorme atrio con el impluvium debajo del compluvium; en el techo brillaba el agua como un espejo con el sol del mediodía. Finalmente, a través de otro par de puertas de bronce llegó a la logia, un gran balcón abierto. A Hortensio no le desagradó la idea de edificar una glorieta para protegerse de la fuerza del sol, y había colocado una serie de postes y travesaños en un lado para, posteriormente, plantar parras para taparlos. Con los años había creado un emparrado que en aquella estación estaba lleno de racimos de pequeñas cuentas de color verde pálido.

Había cuatro hombres sentados alrededor de una mesa baja, con una quinta silla vacía que completaba el círculo. Dos jarras y unos cuantos vasos de la sencilla cerámica avernia descansaban sobre la mesa; nada de copas de oro o botellas de cristal alejandrino para Octavio. La jarra de agua era más grande que la de vino, que contenía un claro y burbujeante vino blanco de Alba Fuentia. Ningún enamorado de la enología hubiese catado ese vino con desprecio, porque a Octavio le gustaba servir lo mejor de todo. Lo que le desagradaba eran las extravagancias y las cosas importadas. Lo producido en Italia, le gustaba decir a aquellos dispuestos a escuchar, era superlativo. ¿Así que por qué hacerse el pedante alardeando de vinos de Chíos, alfombras de Mileto, lanas tejidas en Hierápolis, tapices de Corduba?

Silencioso como un gato, Octavio no dio ninguna señal de su llegada, y permaneció en el umbral durante un momento para observar a su «consejo de ancianos», como los llamaba Mecenas, en clara burla al hecho de que Quinto Salvidieno, a los treinta y uno era el más viejo del grupo. Ante aquellos cuatro hombres —y sólo ante ellos—, Octavio daba voz a sus pensamientos; aunque no a todos sus pensamientos. Ese privilegio estaba reservado para Agripa, que era su hermano espiritual.

Marco Vipsanio Agripa —que tenía veintidós años— era todo lo que un noble romano debía ser en aspecto. Era alto como lo había sido César, con grandes músculos delineados de forma esbelta, y poseía un rostro muy

atractivo cuyas cejas destacaban bajo una gran frente y en el que la fuerte barbilla se imponía firmemente bajo una boca severa; descubrir que sus ojos hundidos eran castaños resultaba difícil debido a las pestañas que los oscurecían. Sin embargo, Agripa procedía de una cuna de baja alcurnia, tan baja que era despreciada por Tiberio Claudio Nerón. ¿Quién había escuchado alguna vez hablar de una familia llamada Vipsanio? Sería samnita, si es que no era apuleo o calabrés. En cualquier caso, escoria italiana. Sólo Octavio apreciaba totalmente la profundidad y la vastedad de su intelecto, que lo capacitaban para comandar ejércitos, construir puentes y acueductos, inventar herramientas y artilugios para hacer más fácil el trabajo. Aquel año era pretor urbano de Roma, responsable de todos los juicios civiles y de la distribución de los casos criminales a los diversos tribunales; era una tarea pesada, pero no lo bastante como para satisfacer a Agripa, que también había asumido alguno de los deberes de los ediles, que se suponía que debían ocuparse de los edificios y de los servicios de Roma. Así pues, tras calificarlos como una roñosa pandilla de vagabundos, él había asumido la autoridad sobre el abastecimiento de agua y las cloacas para gran desconsuelo de las compañías que la ciudad había contratado para que las dirigiese. Hablaba seriamente de hacer cosas para prevenir que las cloacas inundasen la ciudad cada vez que el Tíber se desbordaba. Pero temía que esto no pudiera llevarse a cabo ese año porque se necesitaba de un profundo trazado de las muchas millas de cloacas y drenajes. Sin embargo, había conseguido hacer algo con el Aqua Marcia, el mejor de los acueductos romanos existentes, y estaba construyendo uno nuevo, el Aqua Julia. El abastecimiento de agua de Roma sería el mejor del mundo, pero la población de la ciudad aumentaba y se acababa el tiempo.

Era hombre de Octavio hasta la muerte, pero no ciegamente leal, sino con un profundo conocimiento de las debilidades y las fortalezas de Octavio, y sufría por él como Octavio nunca sufría por sí mismo. No existía ni pizca de ambición, a diferencia de la mayoría de los Hombres Nuevos. Agripa comprendía de verdad hasta el fondo de su ser que era de Octavio, ya que había recuperado su autoestima bajo su influjo. Suyo era el papel de fides Achates, y siempre estaría allí para Octavio. ¿Quién lo hubiese elevado mucho más allá de su verdadero estatus social? ¿Qué mejor destino que ser el Segundo Hombre de Roma? Para Agripa, eso era más de lo que cualquier Hombre Nuevo se merecía.

Cayo Cilnio Mecenas, que tenía treinta años, era un etrusco de sangre antigua; su noble familia procedía de Arretium, un activo puerto fluvial en un meandro del Arno donde se cruzaban las carreteras de Annian, Cassian y Clodian que iban de Roma a la Galia Cisalpina. Por razones que él conocía, había abandonado el nombre de la familia, Cilnio, y se llamaba a sí mismo, sencillamente, Cayo Mecenas. Su amor por las cosas finas de la vida se mostraba en su suave físico regordete, aunque podía, cuando hacía falta, hacer

todo lo necesario para emprender agotadores viajes en representación de Octavio. Su rostro recordaba ligeramente el de un batracio debido a que sus ojos azul pálido tenían la tendencia a sobresalir; los griegos lo llamaban exoftalmia.

Famoso por su ingenio y su capacidad para los relatos, tenía una mente tan grande y profunda como la de Agripa, pero de una manera diferente. Mecenas amaba la literatura, el arte, la filosofía, la retórica y no coleccionaba cerámica antigua sino nuevos poetas. Como Agripa comentaba en tono risueño, era incapaz de ser el general de una lucha en un burdel, pero sí sabía cómo detener una. Nadie había encontrado a un interlocutor más calmo y persuasivo que Mecenas ni tampoco a un hombre más capacitado que él para intrigar y complotar en las sombras detrás de una silla curul. Como Agripa, se había reconciliado consigo mismo también bajo el influjo de Octavio, aunque sus motivos no eran tan puros como los de Agripa. Mecenas era una eminencia gris, un diplomático, un mercader de los destinos de los hombres. Podía descubrir un fallo útil en un periquete e insertar sus dulces palabras sin ningún dolor en los puntos flacos para producir una herida peor que la que podía hacer cualquier daga. Mecenas era peligroso.

Quinto Salvidieno, de treinta y un años, era un hombre de Picenum, aquel nido de demagogos y políticos que había criado luminarias como Pompeyo Magno y Tito Labieno. Pero no había ganado sus laureles en el foro romano; los suyos los había ganado en el campo de batalla, donde había destacado. Apuesto de rostro y cuerpo, tenía un resplandeciente pelo rojo que le había dado su apellido, Rufus, y unos astutos ojos azules que veían muy lejos. Hombre de grandes ambiciones, había atado su carrera a la estela del cometa de Octavio como la manera más rápida de llegar a la cima. De vez en cuando, el vicio picentino aparecía en él: contemplar el cambio de bando si era prudente hacerlo. Salvidieno no tenía la intención de acabar en el lado perdedor, y algunas veces se preguntaba si Octavio realmente parecía que fuese a ganar la eminente lucha. Gratitud tenía poca, lealtad ninguna, pero las había ocultado tan bien que Octavio ni siquiera soñaba que existían en él. Su guardia era buena, pero había ocasiones en que se preguntaba si Agripa sospechaba, así que cada vez que éste estaba presente, vigilaba atentamente lo que decía y hacía. En cuanto a Mecenas, ¿quién sabía lo que pensaba aquel untuoso aristócrata?

Tito Estatilio Tauro, de veintisiete años, era el menos capacitado, y, por lo tanto, quien menos sabía de las ideas y planes de Octavio. Hombre militar, mostraba lo que era: alto, fuerte y un tanto golpeado alrededor del rostro; la oreja izquierda hinchada, la parte izquierda de la frente y la mejilla con cicatrices, la nariz rota. Sin embargo, era apuesto, con el cabello rubio, los ojos grises y una sonrisa fácil que desmentía su reputación de jefe autoritario

cuando mandaba las legiones. Tenía horror a la homosexualidad y no toleraba a nadie con tal inclinación bajo su mando, no importaba lo bien nacido que fuera. Como soldado, era inferior a Agripa y Salvidieno, pero no mucho más, y carecía de talento para la improvisación. No había ninguna duda de su lealtad, sobre todo porque Octavio lo deslumbraba. Los innegables talentos y habilidades de Agripa, Salvidieno y Mecenas no eran nada comparados con la extraordinaria mente del heredero de César.

—Saludos —dijo Octavio, y fue hacia la silla vacía.

—¿Dónde has estado? —preguntó Agripa con una sonrisa—. ¿Haciéndole ojitos a la Dama Roma? ¿Al foro o al monte Aventino?

—Al foro. —Octavio se sirvió agua y bebió con ansia, luego exhaló un suspiro—. Planeaba qué hacer cuando tuviese el dinero para adecentar a la Dama Roma como se merece.

—Planear es todo lo que se puede hacer —señaló Mecenas con un tono seco.

—Es verdad. Así y todo, Cayo, nada se desperdicia. Los planes que hago ahora no tendré que hacerlos más tarde. ¿Sabemos algo de lo que está haciendo nuestro cónsul Pollio? ¿Ventidio?

—Está remoloneando en el este de la Galia Cisalpina —respondió Mecenas—. El rumor dice que muy pronto marcharán por la costa del Adriático para ayudar a Antonio a desembarcar sus legiones, que están acampadas alrededor de Apolonia. Entre las siete de Pollio, las siete de Ventidio y las diez que tiene Antonio, sólo nos espera recibir una tremenda paliza.

—¡No iré a la guerra contra Antonio! —gritó Octavio.

—No tendrás que hacerlo —manifestó Agripa con una sonrisa—. Me juego la vida a que sus hombres no lucharán contra los nuestros.

—Estoy de acuerdo —manifestó Salvidieno—. Los hombres están hartos de guerras que no comprenden. ¿Cuál es la diferencia para ellos entre el sobrino de César y el primo de César? Una vez pertenecieron al propio César, eso es todo lo que recuerdan. Gracias al hábito de César de cambiar a sus soldados para que nutriesen a esta legión o debilitasen a aquella otra se identifican con César, no con una unidad.

—Se amotinaron —recordó Mecenas con un tono duro.

—Sólo se puede decir que la novena se amotinó directamente contra César, gracias a una docena de centuriones corruptos pagados por los compinches de Pompeyo Magno. Por lo demás, culpa a Antonio. Él hizo que se amotasen, nadie más. Mantiene a sus centuriones borrachos y compra a sus portavoces.

¡Los presiona! —dijo Agripa con un tono de desdén—. Antonio es un provocador, no un genio político. Carece de toda sutileza. ¿Por qué si no pensaría en desembarcar a sus hombres en Italia? ¡No tiene sentido! ¿Le has declarado la guerra? ¿Lo ha hecho Lépido? Lo hace porque te tiene miedo.

—Antonio no es más buscador de problemas de lo que es Sexto Pompeyo Magno Pío, para darle su nombre completo —dijo Mecenas, y se rio—. He escuchado que Sexto envió a su suegro Libo a Atenas para pedirle a Antonio que se una a él para aplastarte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Octavio, que se sentó muy erguido.

—Como Ulises, tengo espías en todas partes.

—Yo también, pero es nuevo para mí. ¿Qué respondió Antonio?

—Algo así como un no. Ninguna alianza oficial, pero no pondrá trabas a las actividades de Sexto, siempre que estén dirigidas contra ti.

—Qué considerado de su parte. —El rostro extraordinariamente bello se arrugó, los ojos parecieron tensos—. Entonces, hice bien al darle a Lépido seis legiones y enviarlo a gobernar África. ¿Antonio ya se ha enterado de eso? Mis agentes dicen que no.

—Lo mismo que los míos —dijo Mecenas—. No hay duda de que Antonio no se sentirá complacido, César. Una vez muerto Fango, Antonio creyó que tenía a África metida en el seno de su toga. ¿Me refiero a que quién cuenta con Lépido? Pero ahora que el nuevo gobernador está muerto entrará Lépido. Con las cuatro legiones de África y las seis que llevó con él, Lépido se ha convertido en un jugador importante de la partida.

—Soy muy consciente de ello —replicó Octavio, irritado—. Sin embargo, Lépido detesta a Antonio mucho más de lo que me detesta a mí. Este otoño enviará a Italia el trigo.

—Perdida Cerdeña, vamos a necesitarlo —manifestó Tauro.

Octavio miró a Agripa.

—Dado que no tenemos barcos, habremos de comenzar a construir algunos. Agripa, quiero que te pongas tu insignia y vayas de viaje por toda la península desde Tergeste a Liguria. Encargarás buenas galeras de guerra. Para derrotar a Sexto necesitamos flotas.

—¿Cómo las pagamos, César? —preguntó Agripa.

—Con las últimas de las tablas.

Una críptica respuesta que no significaba nada para los otros tres, pero que era clarísima para Agripa, que asintió. «Tablas» era la palabra en código que

Octavio y Agripa utilizaban cuando hablaban del cofre de guerra de César.

—Libo regresó a Sexto con las manos vacías, y Sexto lo tomó como una ofensa. No tanto como para vengarse de Antonio, pero como ofensa de todas maneras —dijo Mecenas—. A Libo no le gustó en absoluto la postura que adoptó Antonio en Atenas, y por lo tanto Libo es ahora un enemigo que destila veneno contra Antonio en el oído de Sexto.

—¿Qué cosa ofendió tanto a Libo? —preguntó Octavio, llevado por la curiosidad.

—Desaparecida Fulvia, creo que había esperado conseguir un tercer marido para su hermana. ¿Qué mejor manera de cimentar una alianza que con un matrimonio? ¡Pobre Libo! Mis espías dicen que cebó el anzuelo con una gran variedad, pero el tema nunca se planteó, y Libo regresó a Agrigentum muy desilusionado.

—Vaya. —Las cejas doradas se unieron y las largas pestañas taparon los notables ojos de Octavio. De pronto dio unas sonoras palmadas sobre las rodillas y pareció decidido—. ¡Mecenas, prepara tu equipaje! Marchas a Agrigentum para ver a Sexto y a Libo.

—¿Con qué propósito? —preguntó Mecenas, a quien le desagradaba la misión.

—Tu propósito es hacer una tregua con Sexto que le permita a Italia tener trigo este otoño, y a un precio razonable. Harás lo que sea necesario para conseguir esa meta, ¿está claro?

—¿Incluso si eso requiere un matrimonio?

—Incluso.

—Ella ya ha cumplido los treinta y tantos, César. Hay una hija, Cornelia, casi lo bastante grande para casarse.

—No me importan los años que tenga la hermana de Libo, todas las mujeres están hechas de la misma pasta; por consiguiente, ¿qué importancia tiene la edad? Al menos no tendrá la mancha de puta que tiene Fulvia.

Nadie comentó el hecho de que, después de dos años, la hija de Fulvia había sido devuelta con su virgo intacta. Octavio se había casado con la muchacha para apaciguar a Antonio, pero nunca había dormido con ella. Sin embargo, a lo mejor no pasaba lo mismo con la hermana de Libo. Octavio tendría que acostarse con ella, y, en lo posible, engendrar. En todas las cosas de la carne era tan puritano como Catón, así que rogaba que Escribonia no fuese fea ni licenciosa. Todos miraron el suelo de azulejos y fingieron ser sordos, mudos y ciegos.

—¿Qué pasará si Antonio intenta desembarcar en Brundisium? —preguntó Salvidieno para cambiar un poco de tema.

—Brundisium está fortificado hasta el último palmo, no conseguirá que un solo transporte de tropas cruce la cadena de las bahías —respondió Agripa—. Yo mismo supervisé las fortificaciones de Brundisium, tú lo sabes, Salvidieno.

—Hay otros lugares donde puede desembarcar.

—Sin duda, pero ¿con todas aquellas tropas? —Octavio se mostró tranquilo—. De todas maneras, Mecenas, quiero que vuelvas de Agrigentum como el rayo.

—Los vientos están en contra —le recordó Mecenas con una expresión desconsolada. ¿Quién necesitaba pasar lo que fuese del verano en una cloaca como la ciudad de Agrigentum, en la Sicilia de Sexto Pompeyo?

—Mucho mejor para traerte a casa pronto. En cuanto a ir allí, ¡ahora! Coge un carro hasta Puteoli y alquila el barco más rápido y los mejores remeros que puedas encontrar, págales el doble de la tarifa habitual. ¡Ahora, Mecenas, ahora!

El grupo se deshizo; sólo se quedó Agripa.

—¿Cuál es tu último recuento del número de legiones que tenemos para oponernos a Antonio?

—Diez, César. Aunque eso no importaría si todo lo que tuviésemos fuesen tres o cuatro. Ninguno de los dos bandos luchará. No dejo de repetirlo, pero todos los oídos son sordos excepto los tuyos y los de Salvidieno.

—Te escucho porque en ese hecho reside nuestra salvación. Me niego a creer que estoy derrotado —manifestó Octavio. Exhaló un suspiro y sonrió con tristeza—. ¡Oh, Agripa, espero que esta mujer de Libo sea soportable! No he tenido mucha fortuna con las esposas.

—Siempre han sido la elección de otros, no es más que un expediente político. Algún día, César, elegirás a una mujer por ti mismo, y ella no será una Servilia Vatia o una Clodia. Ni, sospecho, una Escribonia Libone si se hace el trato con Sexto. —Agripa se aclaró la garganta, parecía inquieto—. Mecenas lo sabe, pero me ha dejado a mí decirte las noticias de Atenas.

—¿Noticias? ¿Qué noticias?

—Fulvia se cortó las venas.

Durante un largo momento, Octavio no dijo nada, sólo miró al Circo Máximo con tanta fijeza que Agripa se imaginó que había marchado a algún otro lugar más allá de este mundo. César era una maza de contradicciones. Incluso en su mente, Agripa nunca pensaba en él como Octavio; él había sido

la primera persona en llamar a Octavio por su nombre adoptivo, aunque en aquellos tiempos todos sus partidarios lo hacían. Nadie podía ser más frío, más duro o más despiadado; sin embargo, era obvio que en aquel momento sufría por Fulvia, una mujer a la que había odiado.

—Ella era parte de la historia de Roma —acabó por decir Octavio— y se merecía un mejor final. ¿Han traído sus cenizas a casa? ¿Tiene una tumba?

—Hasta donde sé, ninguna de las dos cosas.

—Hablaré con Ático. —Octavio se levantó—. Entre nosotros, le daremos un entierro correcto, como se merece a su posición. ¿No son sus hijos con Antonio muy jóvenes?

—Antillo tiene cinco y Julio dos.

—Entonces le pediré a mi hermana que los cuide. Tres hijos propios no son bastantes para Octavia, siempre tiene a los de algún otro a su cargo.

«Incluida-pensó Agripa con gesto severo —a tu hermanastra, Marcia. Nunca olvidaré aquel día en los altos de Petra, cuando íbamos de camino a encontrarnos con Bruto y Casio; Cayo sentado con las lágrimas corriendo por su rostro por el dolor de la muerte de su madre. Pero ¡ella no está muerta! Ella es la esposa de tu hermanastro, Lucio Marcio Filipos. Otra más de sus contradicciones, que pudiese llorar por Fulvia mientras fingía que su madre no existía. Oh, yo sé por qué. Apenas llevaba de luto un mes cuando comenzó una aventura con su hijastro. Eso era algo que se podía haber silenciado, de no haber quedado embarazada. Él había recibido una carta de su hermana aquel día en Petra donde le rogaba que comprendiese la situación de su madre. Pero él no lo hizo. Para él, Atia era una puta, una mujer inmoral indigna de ser la madre del hijo de un dios. Así que obligó a Atia y a Filipos a retirarse a la villa de Filipos en Misenumy les prohibió entrar en Roma. Un edicto que nunca había proclamado, aunque Atia está enferma y su hija bebé es un miembro permanente de la guardería de Octavia. Algún día todo esto reaparecerá para acosarlo, aunque él no lo pueda ver, como tampoco ha visto nunca a su hermanastra. Una niña hermosa, rubia como cualquier Julio, pese a que su padre es tan moreno.»

*

Entonces llegó una carta de la Galia Transalpina que borró de la mente de Octavio cualquier pensamiento de Antonio o de su esposa muerta y pospuso la fecha del casamiento que Mecenas estaba preparando con todo detalle en Agrigentum.

Estimado César:

Te escribo para informarte de que mi amado padre, Quinto Fufio Caleño,

ha muerto en Narbo. Tenía cincuenta y nueve años, lo sé, pero su salud era buena. Cayó muerto, se acabó en un momento. Tomo su legado y ahora estoy a cargo de las once legiones estacionadas por toda la Galia Transalpina, cuatro en Agendicum, cuatro en Narbo y tres en Glanum. En este momento, los galos están tranquilos, después de que mi padre aplastó una rebelión entre los aquitanos el año pasado, pero tiemblo al pensar lo que podría pasar si los galos se enteran de mi mando e inexperiencia. Me parece correcto informarte a ti en lugar de a Marco Antonio porque, aunque las Galias le pertenecen a él, está muy lejos. Por favor, envíame a un nuevo gobernador, alguien con la experiencia militar necesaria para mantener la paz aquí, preferiblemente pronto, ya que me gustaría llevar las cenizas de mi padre de regreso a Roma en persona.

Octavio leyó y releyó esta clara comunicación, el corazón palpitante en su pecho. Por una vez, palpitaciones felices. ¡Por fin una jugada del destino que le favorecía! ¿Quién podía imaginar que Caleño moriría?

Mandó llamar a Agripa, muy ocupado con su cargo de pretor urbano para que pudiese viajar durante largos períodos; el pretor urbano no podía estar ausente de Roma durante más de diez días.

—¡Olvídate de tanto ladrillo y agua! —gritó Octavio, y le entregó la carta—. ¡Lee esto y alégrate!

—¡Once legiones veteranas! —exclamó Agripa al comprender en el acto la importancia—. Tienes que estar en Narbo antes de que Pollio y Ventidio se te adelanten. Tienen menos millas que recorrer, así que ruega que las noticias no los encuentren pronto. El joven Caleño no le llegaba a su padre ni a la altura de los zapatos, si esto es alguna indicación. —Agripa agitó la hoja de papel—. ¡Imagínate, César! La Galia Transalpina está a punto de caer en tus manos sin necesidad de alzar un pilum.

—Nos llevamos a Salvidieno con nosotros —dijo Octavio.

—¿Eso es prudente?

Los ojos grises mostraron sorpresa.

—¿Qué te hace sospechar mi sabiduría en esto?

—Nada que pueda demostrar, excepto que gobernar la Galia Transalpina representa poseer gran poder. Puede que a Salvidieno se le suba a la cabeza. ¿Al menos supongo que pretendes darle el mando?

—¿Prefieres tenerlo tú? Es tuyo si lo quieres.

—No, César, no lo quiero. Está demasiado lejos de Italia y de ti. —Exhaló un suspiro y se encogió de hombros en una expresión de derrota—. No se me ocurre nadie más. Tauro es demasiado joven y del resto no puedes confiar en

nadie para que se enfrente con prudencia con los belovacos o los suevos.

—Salvidieno estará bien —manifestó Octavio con confianza, y palmeó a su más querido amigo en el brazo—. Partiremos para la Galia Transalpina mañana al amanecer y viajaremos de la manera que hizo mi padre el Dios: con carros de cuatro mulas a galope. Eso significa ir por la Vía Emilia y la Vía Domitia. Para asegurarnos de que no tendremos problemas a la hora de conseguir mulas de refresco cuando las necesitemos, llevaremos a un escuadrón de caballería germana.

—Tendrías que llevar una compañía completa, César.

—Ahora no, estoy demasiado ocupado. Además, no tengo el dinero.

Se marchó Agripa y Octavio caminó a través del Palatino hasta el Clivus Victoriae y la domus de Cayo Claudio Marcelo Menor, que era su cuñado. Inadecuado e indeciso cónsul en el año en que César había cruzado el Rubicón, Marcelo era el hermano y el primo hermano de dos hombres cuyo odio hacia César había ido más allá de la razón. Se había quedado en Italia mientras César luchaba contra Pompeyo Magno, y había sido recompensado tras la victoria de César con la mano de Octavia. Para Marcelo, la unión había sido una mezcla de amor y ventaja; un vínculo matrimonial con la familia de César significaba protección para él mismo y para su enorme fortuna, ahora toda suya. Además, amaba de verdad a su esposa, una joya sin precio. Octavia le había dado una hija, Marcela Mayor, un hijo al que todo el mundo llamaba Marcelo y una segunda hija, Marcela Menor, que era conocida como Cellina.

En la casa reinaba un silencio sobrenatural. Marcelo estaba muy enfermo, hasta tal punto que su siempre muy gentil esposa había dado órdenes estrictas para que sus sirvientes no hiciesen ningún ruido ni charlasen.

—¿Cómo está? —le preguntó Octavio a su hermana, para, a continuación, besarla en la mejilla.

—El médico dice que sólo es cuestión de días. El tumor es extremadamente maligno, se lo está comiendo por dentro de una forma voraz.

Los grandes ojos aguamarina desbordaban de lágrimas que sólo empapaban su almohada cuando se retiraba. Ella amaba de verdad a aquel hombre que su padrastro le había escogido para ella con la total aprobación de su hermano; los Claudio Marcelo no eran patricios, pero pertenecían a una muy antigua y noble familia plebeya que habían propiciado que Marcelo Menor fuera un adecuado marido para una mujer Julia. Había sido César a quien no le había gustado, César el que había desaprobado la unión.

Su belleza era cada vez más grande, pensó su hermano, que deseó poder compartir su pesar. Porque si bien había consentido al matrimonio, él nunca

había acabado de aceptar al hombre que poseía a su amada Octavia. Además, él tenía planes, y la muerte de Marcelo Menor era probable que los ayudase a prosperar. Octavia acabaría por superar la pérdida. Cuatro años mayor que él, tenía todo el aspecto Julia: cabellos dorados, ojos azules, pómulos altos, una boca preciosa y una expresión de radiante calma que atraía a las personas. Sin embargo, lo más importante de ella es que tenía aquel famoso don del que disfrutaban la mayoría de las mujeres Julia: hacían felices a sus hombres.

Cellina era una recién nacida y Octavia amamantaba al bebé, una alegría que se negaba a ceder a una nodriza. Pero eso significaba que apenas sí salía, y a menudo tenía que ausentarse de la presencia de visitantes, como su hermano. Octavia era modesta hasta el punto de la mojigatería, lo que explicaba que fuera incapaz de descubrirse los pechos para amamantar a su hija delante de cualquier hombre excepto su marido, otra razón más para que Octavio la amase. Para él, ella era la Diosa Roma personificada, y cuando él fuese el amo indiscutido de Roma, estaba dispuesto a erigir estatuas de ella en los lugares públicos, un honor que no se concedía a las mujeres.

—¿Puedo ver a Marcelo? —preguntó Octavio.

—Dice que no quiere visitantes, ni siquiera tú. —Hizo una mueca—. Es el orgullo, César, el orgullo de un hombre escrupuloso, su habitación huele, no importa lo mucho que frieguen los sirvientes o las barritas de incienso que quemén. El médico dice que es el olor de la muerte y no se puede erradicar.

Él la sujetó entre sus brazos y le besó el pelo.

—¿Queridísima hermana, hay algo que yo pueda hacer?

—Nada, César. Puedes consolarme, pero nada lo consuela a él.

No había manera, tendría que ser brutal.

—Debo marcharme muy lejos a] menos por un mes —dijo.

Ella soltó una exclamación.

—¡Oh! ¿Debes marchar? Él no durará un mes.

—Sí, debo marchar.

—¿Quién preparará el funeral? ¿Quién buscará a un sepulturero? ¿Quién buscará al hombre correcto para la apología? ¡Nuestra familia se ha hecho tan pequeña! Guerras, asesinatos... ¿quizá Mecenas?

—Está en Agrigentum.

—¿Entonces quién queda? ¿Domitio Calvino? ¿Servilio Vatia?

Él le alzó la barbilla para mirarla directamente a los ojos, su boca severa, con la expresión de un dolor sutil.

—Creo que debe ser Lucio Marcio Filipos —dijo con toda la intención—. No es mi elección, pero socialmente él no dará que hablar en Roma, dado que nadie cree que nuestra madre esté muerta. ¿Qué puede importar? Le escribiré para decirle que puede regresar a Roma y tomar residencia en casa de su padre.

—Se sentirá tentado de lanzarte el edicto a la cara.

—¡Qué va! ¡Ése no! No será capaz. ¡Sedujo a la madre del triunviro César Divi Filius! Fue sólo ella la que le salvó el pellejo. Oh, me encantaría prepararle un cargo de traición y servirselo como una delicia para su paladar epicúreo. Incluso mi paciencia tiene límites, y como él lo sabe, aceptará —repitió Octavio.

—¿Quieres ver a la pequeña Marcia? —le preguntó Octavia con una voz temblorosa—. Es tan dulce, César, de verdad.

—No, no lo haré —respondió Octavio, tajante.

—¡Pero es tu hermana! Sois de la misma sangre, César, incluso por el lado Marcio. La abuela de Divus Julius era una Marcia.

—¡No me importa aunque fuese la propia Juno! —afirmó Octavio con un tono feroz, y se marchó.

Oh, oh, se había marchado antes de poder decirle que los dos hijos de Fulvia con Antonio se habían sumado a su guardería. Cuando había ido a verlos se había sorprendido al encontrar que los dos pequeños carecían de cualquier tipo de supervisión y que Julio, de diez años, se había vuelto una fiera. Ella no tenía la autoridad para tomar a Julio bajo su protección y domarlo, pero sí que podía ocuparse de Antillo y de Julio como un simple acto de bondad. ¡Pobre, pobre Fulvia! Él espíritu de un demagogo del foro encerrado dentro de un cuerpo femenino.

Pilia, la amiga de Octavia, había insistido en que Antonio le había dado una paliza a Fulvia en Atenas, incluso que le había propinado varios puntapiés, pero eso era algo que Octavia sencillamente no podía creer; después de todo, conocía bien a Antonio y le gustaba mucho. Algo de su preferencia surgía del hecho de que él era tan diferente de los otros hombres de su vida; es cierto que podía llegar a cansar estar siempre en contacto con hombres sutiles, brillantes y tortuosos. Vivir con Antonio tendría que haber sido una aventura, ¿pero pegarle a la esposa? No, él nunca haría eso.

Volvió a la guardería, para llorar allí discretamente para que Marcela, Marcelo y Antillo, lo bastante mayores como para advertirlo, no viesen sus lágrimas. De todas maneras, pensó, alegrándose, que sería maravilloso tener a su madre de nuevo en su vida. Ésta había sufrido tanto de una enfermedad en

los huesos que se había visto forzada a enviar a la pequeña Marcia y a Octavia a Roma, donde podría ver a sus hijas en un futuro no muy lejano. Sólo que ¿cuándo su hermano César lo comprendería? ¿Lo comprendería alguna vez? De alguna manera, Octavia no lo creía. Para él, mamá había hecho algo imperdonable.

Luego, su mente se volvió hacia Marcelo; fue a su habitación inmediatamente. A los cuarenta y cinco se había casado con Octavia, había sido un hombre en su plenitud, delgado, de buen físico, erudito en educación, apuesto, a la manera de César. La despiadada actitud de los hombres Julia no aparecía en él en absoluto, aunque había tenido una cierta astucia, una inteligencia que le había permitido eludir la captura cuando Italia se había vuelto loca por César Divus Julius y contraer un espléndido matrimonio que lo había traído al terreno de César sin problemas. Eso se lo tenía que agradecer a Antonio, y no lo había olvidado nunca. De ahí el conocimiento que tenía Octavia de Antonio, un visitante frecuente.

Ahora, la hermosa esposa de veintisiete años cuidaba de un hombre esquelético, devorado hasta los huesos por algo que mordía y masticaba sus entrañas. Su esclavo favorito, Admeto, estaba sentado junto a su cama, con una mano sobre la garra de Marcelo, pero cuando Octavia entró, Admeto se levantó rápidamente y le dio la silla.

—¿Cómo está? —susurró ella.

—Dormido con jarabe de amapolas, domina. Ninguna otra cosa le alivia el dolor, lo que es una pena, ya que le nubla la mente terriblemente.

—Lo sé —dijo Octavia, y se sentó—. Come y duerme. Antes de que te des cuenta volverá a ser tu turno. Desearía que permitiese que algún otro lo cuidase, pero no quiere.

—Si yo me estuviese muriendo tan lentamente y con tanto dolor, domina, querría tener el rostro adecuado sobre mí cuando abriera los ojos.

—Sí, Admeto. Ahora vete, por favor. Come y duerme. Te ha emancipado en su testamento, me lo ha dicho. Serás Cayo Claudio Admeto, pero espero que te quedes conmigo.

Demasiado conmovido para hablar, el joven griego besó la mano de Octavia.

Pasaron las horas, y el silencio sólo se rompió cuando una niñera le trajo a Cellina para amamantarla. Por fortuna era un buen bebé, no lloraba fuerte ni siquiera cuando tenía hambre. Marcelo dormía, sin darse cuenta de nada.

Luego se agitó y abrió los confusos ojos oscuros, que se aclararon cuando la vio.

—¡Octavia, amor mío! —gimió.

—Marcelo, amor mío —dijo ella con una radiante sonrisa, y se levantó para buscar un vaso de vino dulce aguada.

Lo bebió con la ayuda de una paja, pero no mucho. A continuación trajo una palangana con agua y una tela. Apartó las sábanas de su piel y sus huesos, quitó el pañal sucio y comenzó a lavarlo con una mano suave como una pluma, al tiempo que le hablaba suavemente. No importaba dónde estuviese ella en la habitación, sus ojos la seguían, luminosos de amor.

—Los viejos no deberían casarse con muchachas jóvenes —dijo él.

—No estoy de acuerdo. Si las muchachas se casan con muchachos, nunca crecerán o aprenderán, y si lo hacen, sólo un poco porque ambos son igual de novatos. —Apartó la palangana—. ¡Ya está! ¿Te sientes mejor?

—Sí —mintió él, y de pronto un espasmo lo sacudió de la cabeza a los pies y un rictus de agonía desfiguró su rostro—. ¡Oh, Júpiter, Júpiter! ¡El dolor, el dolor! Mi jarabe, ¿dónde está mi jarabe?

Octavia le dio el jarabe de amapolas y se sentó de nuevo para mirarlo dormir hasta que Admeto llegó para relevarla.

Mecenas encontró su tarea mucho más fácil porque Sexto Pompeyo se había ofendido por la reacción de Marco Antonio a su propuesta. ¡«Pirata», naturalmente! Dispuesto a una conspiración para incordiar a Octavio, pero sin embargo no dispuesto a declarar una alianza pública. Sexto Pompeyo no se veía como un pirata, nunca lo había hecho, y nunca lo haría. Tras haber descubierto que amaba estar en el mar y mandar a trescientos y cuatrocientos barcos de guerra, se veía a sí mismo como a un César marítimo, incapaz de perder una batalla. Sí, imbatible en las olas y un gran competidor para el título de Primer Hombre de Roma; en ese aspecto tenía tanto de Antonio como de Octavio, competidores todavía más fuertes. Lo que él necesitaba era una alianza con uno de ellos contra el otro para reducir el número de competidores. De tres a dos. En realidad, nunca había conocido a Antonio, nunca había conseguido estar entre las multitudes agolpadas delante de las puertas del Senado cuando Antonio había clamado contra los republicanos como dócil tribuno de la plebe de César. A los dieciséis años había tenido mejores cosas que hacer, y Sexto no tenía ninguna inclinación política, entonces o ahora. Pero un día había conocido a Octavio en un pequeño puerto del empeine italiano y había encontrado en él a un formidable enemigo con el disfraz de un muchacho de rostro dulce, de veinte años, mientras que él terna veinticinco. La primera cosa que le había llamado la atención de Octavio era que tenía delante a un fuera de la ley natural que nunca se pondría en una posición donde pudiera ser considerado como tal. Habían hecho algunos tratos, y,

después, Octavio había reanudado su marcha hacia Brundisium y él había zarpado a continuación. Desde entonces, las alianzas habían cambiado; Bruto y Casio habían sido derrotados y muertos, y, por consiguiente, el mundo pertenecía a los triunviros.

No había sido capaz de atribuir a la cortedad de Antonio la decisión de escoger el este; cualquiera con un mínimo de inteligencia veía que Oriente era una trampa, que el oro era el cebo en un terrible anzuelo afilado. El dominio del mundo sería para el hombre que controlase Italia y Occidente, y ése era Octavio. Por supuesto, era el trabajo más duro, el menos popular, porque Lépido, cuando recibió las seis legiones de Lucio Antonio, se había marchado a África para jugar allí a esperar y acumular más tropas. Otro tonto. Sí, Octavio era el más temido porque no había rechazado aceptar la tarea más dura.

De haber consentido una alianza formal, Antonio hubiese permitido que el intento de Sexto de convertirse en el Primer Hombre de Roma fuese más fácil. Pero no, ¡había rehusado asociarse con un pirata!

—Pues que así sea —le dijo Sexto a Libo, con una mirada despiadada de sus ojos azul oscuro—. Sólo nos llevará más tiempo derrotar a Octavio.

— Mi querido Sexto, nunca derrotarás a Octavio —le dijo Mecenas, que se presentó en Agrigentum unos pocos días más tarde—. No tiene ninguna debilidad que tú puedas aprovechar.

—Gerrae! —replicó Sexto—. Para empezar, no tiene barcos ni almirantes dignos de su nombre. ¡A quién se le ocurre mandar a un afeminado liberto griego como Heleno para arrebatarme Cerdefa! Por cierto, tengo al tipo aquí. Está sano y salvo y no ha sufrido ningún daño. Barcos y almirantes, dos debilidades. No tiene dinero, una tercera. Enemigos en todos los caminos de la vida, la cuarta. ¿Debo continuar?

No son debilidades, son deficiencias —señaló Mecenas, que saboreó un delicioso bocado de pequeños calamares—. ¡Están deliciosos! ¿Por qué son mucho más sabrosos que los que como en Roma?

Aguas fangosas, mejores lugares para alimentarse.

—Sabes mucho del mar.

—Lo bastante como para saber que Octavio no puede derrotarme en él, incluso si encuentra algunos barcos. Organizar una batalla marítima es un arte en sí mismo, y resulto ser el mejor en toda la historia de Roma. Mi hermano, Gneo, era soberbio, pero no estaba a mi altura. —Sexto se reclinó y pareció complacido.

«¿Qué hay de esta generación de jóvenes? —se preguntó el fascinado

Mecenas—. En la escuela aprendimos que nunca habría otro Escipión el Africano, otro Escipión Emiliano, pero cada uno de ellos estaba separado por una generación y eran únicos en su tiempo. Hoy no es así. Supongo que los jóvenes han tenido la oportunidad para demostrar lo que pueden hacer porque los hombres de cuarenta y cincuenta han muerto o se han exiliado de forma permanente. Estos especímenes todavía no tienen los treinta.»

Sexto salió de su ufano ensimismamiento.

—Debo decir, Mecenas, que estoy desilusionado con tu amo por no venir a verme en persona. ¿Tan importante es?

—No, te lo aseguro —replicó Mecenas con su más untuoso tono—. Te manda sus más profusas disculpas, pero ha sucedido algo en la Galia Transalpina que le ha obligado a acudir en persona.

—Sí, me he enterado, y probablemente antes que él. ¡La Galia Transalpina! Qué cornucopia de riquezas serán tuyas, las mejores de las legiones veteranas: cereales, jamones y carne salada, remolachas... por no mencionar la ruta terrestre a las Hispanias, aunque todavía no tiene la Galia Cisalpina. Sin duda lo hará cuando Pollio decida ponerse sus prendas consulares, aunque el rumor dice que eso no será por algún tiempo. El rumor dice que Pollio marcha con sus siete legiones por la costa del Adriático para ayudar a Antonio cuando desembarque en Brundisium.

Mecenas pareció sorprendido.

—¿Por qué Antonio necesita ayuda militar para desembarcar en Italia? Como primer triunviro es libre de ir y venir como le plazca.

—No, si en Brundisium hay algo que se lo impida. ¿Por qué la gente de Brundisium odia tanto a Antonio? Escupirían en sus cenizas.

—Fue muy duro con ellos cuando Divus Julius lo dejó allí para traer el resto de las legiones a través del Adriático el año antes de Farsalia —dijo Mecenas sin hacer caso del rostro sombrío de Sexto ante la mención de la batalla que había visto aplastado a su padre y cambiado el mundo—. Antonio puede ser muy irrazonable, pero nunca tanto como en aquel momento, con Divus Julius pegado a sus talones. Además, su disciplina militar era poco férrea, ya que permitió que los legionarios se descontrolasen, violasen y saqueasen. Luego, cuando Divus Julius lo nombró Maestro del Caballo, descargó gran parte de su aburrimiento en Brundisium.

—Es lógico —dijo Sexto con una sonrisa—. Sin embargo, cuando un triunviro trae a todo su ejército con él parece más una invasión.

—Una muestra de fuerza, una señal al imperator César...

—¿A quién?

—Al imperator César; no lo llamamos Octavio, ni tampoco Roma. — Mecenás adoptó una expresión tímida—. Quizá es por eso que Pollio no ha venido a Roma incluso ni como segundo cónsul electo.

—Aquí hay algunas noticias menos agradables para el imperator César que la Galia Transalpina —dijo Sexto con un tono zumbón—. Pollio ha convencido a Ahenobarbo para que se sume al bando de Antonio, algo que le encantará al imperator César.

—Oh, el bando, el bando —exclamó Mecenás, pero sin pasión—. El único bando es el de Roma. Ahenobarbo es un exaltado, Sexto, como tú bien sabes. No pertenece a nadie excepto a Ahenobarbo y disfruta con pasearse arriba y abajo por su pequeño trozo de mar jugando a ser el padre Neptuno. ¿Sin duda esto significa que tendrás que ocuparte más tiempo de Ahenobarbo en el futuro?

—No lo sé —respondió Sexto con una expresión inescrutable.

—Para ir más al grano, hay rumores que dicen que no te estás llevando muy bien con Lucio Statio Murco en estos días —dijo Mecenás, que exhibió su erudición a un público que no lo apreciaba.

—Murco quiere compartir el mando —dijo Sexto antes de que pudiese poner freno a su lengua. Ése era el problema con Mecenás: lo adormecía de tal manera debido al cómodo ensueño producido por su locución que lo convertía de una criatura de Octavio en un amigo de confianza. Enfadado con su indiscreción, Sexto intentó disimularla con un encogimiento de hombros—. Por supuesto no puedo compartir el mando, no quiero compartirlo. Triunfé porque yo solo tomé las decisiones. Murco es un palurdo de Apulia que se cree un noble romano.

«Mira quién habla —pensó Mecenás—. Así que es hora de decirle adiós a Murco, ¿no? Para ese momento del año que viene estará muerto, acusado de una trasgresión u otra. Éste altivo réprobo no tolera iguales, de ahí su predilección por los almirantes libertos. Su romance con Ahenobarbo no durará más allá del tiempo en que Ahenobarbo lo trate de pretencioso picentino.»

Toda una información muy útil, pero no era por eso por lo que estaba allí. Mecenás dejó de un lado los rumores y la pesca de noticias y se ocupó de su verdadera misión, que era dejarle claro a Sexto Pompeyo que debía darle a Octavio y a Italia la ocasión de sobrevivir. Para Italia, eso significaba estómagos llenos; para Octavio, eso significaba aferrarse a lo que tenía.

— Sexto Pompeyo —dijo Mecenás con mucha ansia dos días más tarde—, no me corresponde a mí juzgarte, ni a nadie más. Pero no puedes negar que las ratas de Sicilia comen mejor que las gentes de Italia, tu propio país, desde

Picenum, Umbría y Etruria hasta Bruttium y Calabria. La ciudad de tu hogar, que tu padre decoró durante tanto tiempo. En los seis años que han pasado desde Munda has ganado miles de millones de sestercios revendiendo trigo, así que no es dinero lo que buscas. Pero si, como tú insistes, es para forzar al Senado y al pueblo de Roma para que te devuelvan la ciudadanía y todos tus derechos, entonces sin duda debes comprender que necesitarás poderosos aliados en el interior de Roma. En realidad, sólo hay dos que tengan el poder necesario para ayudarte: Marco Antonio y el imperator César. ¿Por qué estás tan decidido a que sea Antonio, un hombre menos racional y, me atrevería a decir, menos fiable que el imperator César? Antonio te llamó pirata, quizá por no escuchar a Lucio Libo cuando lo tanteaste. Mientras que ahora es el imperator César quien se te acerca. ¿Eso no proclama su sinceridad, su respeto hacia ti, su deseo de ayudarte? ¡No escucharás calificativos de piratas de los labios del imperator César! ¡Otórgale tu voto! Antonio no está interesado, y eso es indiscutible. Si hay bandos que escoger, entonces escoge el correcto.

—De acuerdo —dijo Sexto con un tono furioso—. Daré mi voto a Octavio. Pero reclamo garantías concretas de que trabajará a mi favor en el Senado y en las asambleas.

—El imperator César lo hará. ¿Qué prueba de su buena fe te satisfaría?

—¿Qué opina de casarse en mi familia?

—Está entusiasmado.

—Tengo entendido que no tiene esposa.

—Ninguna. Ninguno de sus matrimonios fue consumado. Considero que las hijas de prostitutas también podrían convertirse en tales.

—Espero que pueda aceptar entonces ésta. Mi suegro, Lucio Libo, tiene una hermana, una viuda muy respetable. Puedes tomarla con mi aprobación.

Los ojos saltones se abrieron todavía más como si la noticia de esa dama llegase como una emocionante sorpresa.

—¡Sexto Pompeyo, el imperator César se sentirá muy honrado! Sé algunas cosas de ella, y es absolutamente adecuada.

—Si se realiza el casamiento, permitiré que las flotas que transportan el trigo de África tengan paso libre, y venderé mi trigo a trece sestercios el modius.

—Un número desafortunado.

—Para Octavio quizá —replicó Sexto con una sonrisa—, pero no para mí.

—Nunca se sabe —dijo Mecenas en voz baja.

Cuando Octavio vio a Escribonia, interiormente se sintió complacido, aunque las pocas personas presentes en el casamiento nunca lo hubiesen adivinado por su semblante serio y los ojos atentos que apenas revelaban sus sentimientos. Sí, estaba complacido. Escribonia no aparentaba los treinta y tres, parecía tener su misma edad, veintitrés en el próximo cumpleaños. Sus cabellos y sus ojos eran de color castaño oscuro, tenía la piel tersa limpia y lechosa, un bonito rostro y una figura excelente. No vestía el rojo y azafrán de una novia virgen, pero había escogido el rosa en capas de gasa encima de un camisón cereza. Las pocas palabras que intercambiaron durante la ceremonia mostraron que ella no era tímida, pero tampoco una charlatana, y en conversaciones posteriores demostró ser una persona educada, erudita y que hablaba mucho mejor el griego que él. Quizá la única cualidad que le daba algunos resquemores era su sentido del ridículo. Como no tenía mucho sentido del humor, Octavio temía a aquellos que sí lo tenían, especialmente si eran mujeres. ¿Cómo podía estar seguro de que no se estuviesen riendo de él? Sin embargo, era poco probable que Escribonia encontrase un marido tan por encima de su posición como el hijo de un dios que fuese especialmente divertido.

—Lamento separarte de tu padre —dijo él.

Sus ojos chispearon.

—Yo no, César. Es un incordio.

—¿De verdad? —preguntó él, sorprendido—. Siempre he creído que separarse del padre es un golpe para una mujer.

—Ese golpe me ha alcanzado dos veces antes de ti, César, y cada vez que llega duele menos. En este momento es más un cachete que una bofetada. Además, nunca había imaginado que mi tercer marido fuese un joven tan hermoso como tú. —Se rio—. Lo mejor que podía esperar era a un viejo de ochenta años.

—¡Oh! —fue todo lo que pudo decir.

—He oído que tu cuñado Cayo Marcelo Menor ha muerto —dijo ella, que se apiadó de su confusión—. ¿Cuándo debo ir a presentar mis condolencias a tu hermana?

—Sí, Octavia lamentó mucho no poder asistir a mi casamiento, pero está abrumada por el dolor, algo que no entiendo. Creo que los excesos emocionales son un tanto inapropiados.

—Inapropiados no —señaló ella gentilmente, que descubría más de él por momentos, y en parte se sintió desconsolada ante lo que aprendía. De alguna manera se había imaginado a César en el molde de un Sexto Pompeyo:

descarado, duro, muy varonil, un tanto maloliente. En cambio, se había encontrado con la compostura de un venerable cónsul con una belleza que ella sospechaba que la obsesionaría. Sus luminosos ojos plateados aumentaban su hermosura hasta lo espectacular, pero no la había mirado con deseo. Aquél también era su tercer matrimonio, y si su conducta de enviar a sus dos esposas anteriores intactas de regreso con sus madres era alguna indicación, estas esposas políticas eran aceptadas por necesidad y luego guardadas para ser devueltas en la misma condición en que habían llegado. Su padre le había dicho que él y Sexto Pompeyo habían hecho una apuesta: Sexto había apostado que Octavio no consumaría el matrimonio, mientras que Libo creía que sí lo haría por el bien del pueblo de Italia. Así pues, si el matrimonio se consumaba y había un embarazo para probarlo. Libo ganaría una enorme fortuna. Las noticias de la apuesta la habían hecho desternillarse de risa, pero ella sabía lo bastante de Octavio como para comprender que no debía mencionárselo. Algo curioso. Su tío Divus Julius hubiese compartido la broma, por lo que ella sabía de él. Sin embargo, a su sobrino no le habría hecho ni una pizca de gracia.

—Puedes ver a Octavia en cualquier momento —le decía él—, pero prepárate para las lágrimas y los hijos.

Eso fue toda la conversación que consiguieron mantener antes de que las nuevas doncellas la acomodaran en su cama.

La casa era muy grande y estaba hecha con unos preciosos mármoles de colores, pero su nuevo propietario no se había preocupado de amueblarla correctamente o de colgar cualquier pintura en las paredes en los lugares claramente diseñados para ese propósito. La cama era muy pequeña para un dormitorio tan grande. Ella no tenía ni idea de que Hortensio había aborrecido los pequeños cubículos donde dormían los romanos, así que había construido su propio dormitorio del tamaño de una sala de negociaciones al uso, es decir, grande.

—Mañana, tus sirvientes te instalarán en tus propios aposentos —dijo él, que se metió en la cama en la más absoluta oscuridad. Había apagado la vela en la puerta.

Ésa fue la primera prueba de su modestia innata, que ella encontraría difícil de superar. Después de haber compartido el lecho matrimonial con otros dos hombres, había esperado algunos manoseos, pellizcos y golpes, un asalto que ella había asumido como destinados a provocarle el mismo grado de deseo, aunque nunca había sido así.

Pero aquélla no era la manera de comportarse de César (ella debía, debía, debía recordar llamarlo César). La cama era demasiado angosta para no sentir el largo de su cuerpo desnudo a su lado; sin embargo, él no hizo ningún

intento de tocarla. De pronto, se colocó encima de ella, utilizó las rodillas para separarle las piernas e insertó su pene en un triste y seco receptáculo, tan poco preparada estaba ella. No obstante, eso no pareció decepcionarlo; trabajó diligentemente hasta llegar a un silencioso clímax, después se apartó de ella y se levantó de la cama con una frase mascullada de que debía lavarse y salió de la habitación. Cuando él no volvió, ella permaneció allí desconcertada; más tarde llamó a una criada y pidió una luz.

Él estaba en su estudio, sentado detrás de una vieja mesa cubierta con pergaminos y con un montón de hojas sueltas de papel debajo de su mano derecha, que sostenía una sencilla pluma de caña. La pluma de su padre estaba enfundada en oro y tenía una perla en la punta.

Pero estaba muy claro que a Octavio —César— no le importaban esta clase de apariencias.

—¿Marido, estás bien? —preguntó ella. Él la miró ante la aparición de otra luz; ahora le dedicó la sonrisa más amorosa que ella hubiese visto jamás.

—Sí —respondió él.

—¿Te desilusioné? —preguntó.

—En absoluto. Ha sido muy bonito. ¿Haces esto con frecuencia?

—¿Hacer qué?

—Trabajar en lugar de dormir.

—Siempre. Me gusta la paz y el silencio.

—Te he molestado, lo siento. No lo volveré a hacer.

Él agachó la cabeza con aire ausente.

—Buenas noches, Escribonia.

Sólo unas horas más tarde volvió a levantar la cabeza y recordó aquel pequeño encuentro. Pensó con una enorme sensación de alivio que le gustaba su nueva esposa. Ella comprendía los límites, y si él podía embarazarla, el pacto con Sexto Pompeyo se mantendría.

Octavia no era en absoluto lo que ella había esperado, descubrió Escribonia cuando fue a presentarle sus condolencias. Para su sorpresa, encontró a su nueva cuñada muy alegre. Debió de reflejarse en sus ojos, porque Octavia se rio y la hizo sentarse en una silla muy cómoda.

—El pequeño Cayo te dijo que yo estaba postrada por el dolor.

—¿El pequeño Cayo?

—César. No puedo quitarme el hábito de llamarlo pequeño Cayo porque es

así como lo veo: un encantador chiquillo que me seguía a todas partes haciendo el ridículo.

—Lo quieres mucho.

—Hasta el infinito.

—Pero en estos días de tanta grandeza y terriblemente importantes las hermanas mayores y «pequeño Cayo» ya no son lo que eran. Sin embargo, tú pareces ser una mujer con mucho sentido común, así que confío en que no le dirás lo que te cuente de él.

—Ciega y muda. También sorda.

—La pena ha sido que nunca tuvo una infancia adecuada, El asma lo afectó tanto que no podía jugar con los otros chicos o hacer su servicio militar en el campo de Marte.

Escribonia la miró sin comprender.

—¿Asma? ¿Qué es eso?

—Jadea hasta que se le amorata el rostro; incluso algunas veces parece que vaya a morir. ¡Oh, es terrible de ver! —Los ojos de Octavia se nublaron al recordar aquel viejo horror—. Es peor cuando hay polvo en el aire o está alrededor de los caballos que se mueven en la paja. Por eso Marco Antonio llegó a decir que el pequeño Cayo se ocultó en los margales de Filipos y no contribuyó en la victoria. La verdad es que había habido una terrible sequía. El campo de batalla era una espesa niebla de polvo y hierba seca; una muerte segura. El único lugar donde el pequeño Cayo pudo encontrar alivio fue en los margales que había entre la llanura y el mar. Es para él un dolor mucho más grande no haber participado en el combate que la pérdida de Marcelo lo es para mí. Créeme, no lo digo a la ligera.

—Pero la gente lo comprendería si lo supiese —protestó Escribonia—. Yo también escuché aquel rumor y sencillamente creí que era verdad. ¿César no podía haber publicado un panfleto o algo así?

—Su orgullo no se lo permite. Tampoco hubiese sido prudente. La gente no quiere a magistrados superiores que puedan morir pronto. Además, Antonio se enteró el primero. —Octavia parecía desdichada—. No es un mal hombre, pero tiene tanta salud que no tiene paciencia con aquellos que están enfermos o son delicados. Para Antonio, el asma es algo fingido, un pretexto para justificar la cobardía. Todos somos primos, pero todos somos muy diferentes, y el pequeño Cayo el más diferente. Tiene un impulso desesperado. El asma es Un síntoma de ello, eso es lo que dijo el médico egipcio que atendió a Dívus Julius.

Escribonia se estremeció.

—¿Qué hago si no puede respirar?

—Probablemente nunca lo verás —dijo Octavia, que vio que su nueva cuñada se estaba enamorando del pequeño Cayo, algo que ella no podía evitar pero que estaba predestinado a producir una amarga pena. Escribonia era una mujer adorable, aunque incapaz de fascinar al pequeño Cayo o al imperator César—. En Roma, su respiración es habitualmente normal a menos que haya sequía. Este año ha sido feliz. No me preocupo por él mientras esté aquí, ni tampoco debería. Él sabe qué hacer si tiene un ataque, y siempre está Agripa.

—El joven tan serio que estuvo a su lado durante nuestro casamiento.

—Sí, son como mellizos —dijo Octavia con el aire de alguien que ha conseguido analizar un misterio hasta llegar a su solución—. No hay rivalidad entre ellos. Es más, es como si Agripa encajase en los vacíos que deja el pequeño Cayo. Algunas veces, cuando los niños se portan muy mal, desearía poder dividirme en dos. Bueno, el pequeño Cayo ha triunfado en eso: tiene a Marco Agripa, su otra mitad.

Para el momento en que Escribonia dejó la casa de Octavia había conocido a los niños, una tribu a la que Octavia trataba como si todos ellos fuesen nacidos de su vientre, y se enteró de que Atia estaría allí la próxima vez que viniese. Atia, su suegra. También se enteró de más secretos de su extraordinaria familia. ¿Cómo podía fingir César que su madre estaba muerta? ¿Tan grande era su orgullo y altivez que no podía excusar el comprensible lapso de una mujer irreproachable en todos los sentidos? Según Octavia, la madre del imperator César Divi Filius no podía tener ningún fallo. Su actitud hablaba muchísimo de lo que esperaba de una esposa. Pobres Servilia Vatia y Clodia, ambas, vírgenes, pero perjudicadas por tener madres que eran moralmente inaceptables. Incluso aplicaba consigo mismo su forma de ser, por ello era mejor que Atia estuviese muerta a que fuese una prueba viviente de eso.

Sin embargo, al caminar de regreso a casa entre dos gigantes y feroces guardias germanos, su rostro llenaba sus pensamientos. ¿Podría conseguir que él la amase? «¡Oh, ruego para poder lograr que él me ame! Mañana —decidió— haré una ofrenda a Juno Sospita para quedar embarazada, a Venus Erucina para complacerle en la cama, a Bona Dea para la armonía uterina y a Vediovis por si acecha la desilusión. También a Spes, que es la esperanza.»

VII

Octavio estaba en Roma cuando llegó la noticia desde Brundisium de que Marco Antonio, acompañado por dos legiones, había intentado entrar en su bahía, pero había sido rechazado. Habían tendido la cadena; los bastiones, guarnecidos. A Brundisium no le importaba la posición que tenía el monstruo

Antonio, decía la carta, ni le importaba si el Senado había ordenado admitirlo. Que entrase en cualquier parte de Italia que quisiese: no por Brundisium. Dado que el único otro puerto dentro de la zona donde se podían desembarcar dos legiones era Tarentum, en el lado más lejano del talón, un frustrado y furioso Antonio había tenido que desembarcar a sus hombres en puestos más pequeños alrededor de Brundisium y, por lo tanto, dispersados.

—Tendría que haber ido a Ancona —le comentó Octavio a Agripa—. Allí hubiese podido unirse a Pollio y Ventidio, y ahora estaría marchando hacia Roma.

—De haber estado seguro de Pollio lo hubiese hecho —replicó Agripa—, pero no confía en él.

—¿Entonces crees en la carta de Planeo que habla de dudas y descontento?

Octavio agitó una hoja de papel.

—Sí, lo creo.

—Yo también —dijo Octavio con una sonrisa—. Planeo está en una encrucijada; preferiría a Antonio, pero quiere mantener un camino abierto hasta mí por si acaso llega el momento de saltar a nuestro lado de la verja.

—Tienes demasiadas legiones alrededor de Brundisium para que Antonio pueda reunir de nuevo a sus hombres hasta que llegue Pollio, algo que mis exploradores dicen que no ocurrirá por lo menos hasta dentro de un nundinum.

—Tiempo suficiente para que nosotros lleguemos a Brundisium, Agripa. ¿Nuestras legiones están colocadas a través de la Vía Minucia?

—Perfectamente colocadas. Si Pollio quiere evitar el combate, tendrá que marchar a Beneventum y a la Vía Apia.

Octavio dejó la pluma en su apoyatura, ordenó los papeles en pilas —que comprendían la correspondencia con entidades y personas, bosquejos de leyes y detallados mapas de Italia—, y se levantó.

—Entonces nos vamos a Brundisium. Espero que Mecenas y mi Nerva estén preparados. ¿Qué hay del neutral?

—Si no estuvieses enterrado debajo de una montaña de papeles, César, lo sabrías —replicó Agripa con un tono que sólo él se atrevía a usar con Octavio—. Llevan ya días preparados. Además, Mecenas ha conseguido camelar al neutral Nerva para que viniese.

—¡Excelente!

—¿Por qué es él tan importante, César?

—Cuando un hermano eligió a Antonio y el otro a mí, su neutralidad era la

única manera que la facción Cocceio Nerva pudiese continuar existiendo si Antonio y yo llegábamos a los golpes. El Nerva de Antonio murió en Siria, algo que dejó una vacante a su lado. Una vacante que hizo sudar a Lucio Nerva. ¿Se atrevería él a llenarla? Al final dijo que no, aunque tampoco me escogió a mí. —Octavio hizo una mueca burlona—. Con su esposa empuñando el látigo, está atado a Roma, por lo tanto, es neutral.

—Todo eso lo sé, pero insisto en la pregunta.

—¿Tendrás la respuesta si mi plan funciona?

Lo que había sacado a Marco Antonio de su cómodo diván ateniense era una carta de Octavio sellada con el anillo de esfinge de Divus Julius.

Mi querido Antonio:

Me duele profundamente tener que pasarte la noticia que acabo de recibir de la Hispania Ulterior. Tu hermano Lucio murió en Corduba no hace mucho en su cargo de gobernador. Por los muchos informes que he leído, sencillamente cayó muerto. Ninguna agonía, ningún dolor. Los médicos dicen que fue una catástrofe originada en el cerebro, y la autopsia mostró que había sangre alrededor de su tallo. Fue cremado en Corduba, y me enviaron las cenizas junto con la documentación suficiente para satisfacerme en todos los aspectos. Tengo sus cenizas y los informes para cuando tú vengas. Por favor, acepta mis sinceras condolencias.

Por supuesto, Antonio no se creyó ni una palabra, excepto el hecho de que Lucio estaba muerto; al día siguiente fue a toda prisa a Patrae, y se habían cursado órdenes a Macedonia occidental para embarcar a dos legiones desde Apolonia inmediatamente. Las otras ocho fueron puestas en alerta para embarcar hacia Brundisium en el momento en que él las llamase.

¡Era intolerable que Octavio hubiese recibido las noticias primero! ¿Por qué no le había llegado ni una palabra a él antes que la carta? Antonio leyó la misiva como un desafío, como si le dijera: «... las cenizas de tu hermano están en Roma. ¡Ven y recógelas, si te atreves!» ¿Se atrevía? ¡Por Júpiter Óptimo Máximo y todos los dioses, él se atrevía!

Una vez enterados se envió de forma urgente una carta de Planeo a Octavio desde Patrae, donde el enfurecido Antonio se vio obligado a esperar hasta recibir la confirmación de que sus dos legiones navegaban. Iba (de haber sabido Antonio su contenido no lo hubiese hecho) junto con la breve orden de Antonio a Pollio de poner a sus legiones en marcha por la Vía Adriática; en aquel momento estaban en Fanum Fortunae, desde donde Pollio podía marchar hacia Roma a lo largo de la Vía Flaminia o seguir la costa del Adriático hasta Brundisium. Un acobardado Planeo suplicó un lugar en el barco de Antonio, al considerar que sus oportunidades de atravesar las líneas para llegar a Octavio

eran más fáciles en suelo italiano. Ahora lamentaba con desesperación haber enviado aquella carta. ¿Cómo podía estar seguro de que Octavio no dejaría saber su contenido a Antonio?

La culpa hizo que Planeo fuese un irritable y ansioso compañero de viaje. En plena travesía, cuando en mitad del Adriático apareció a la vista la flota de Gneo Domitio Ahenobarbo, Planeo se cagó en el taparrabos y casi se desmayó.

—¡Oh, Antonio, somos hombres muertos! —gimió.

—¿A manos de Ahenobarbo? ¡Nunca! —respondió Antonio con una mueca de asco—. ¡Planeo, creo que te has cagado encima!

Planeo escapó, y dejó a Antonio solo a la espera de un botó i que venía hacia su barco. Su estandarte aún ondeaba en o mástil, sin embargo, Ahenobarbo había arriado el suyo.

Rechoncho, moreno y calvo, Ahenobarbo trepó ágilmente por la escala de cuerdas y avanzó hacia Antonio con una enorme sonrisa.

—¡Al fin! —gritó él irascible, al tiempo que abrazaba a Antonio—. Estás en marcha para aplastar a ese odioso insecto, Octavio, ¿verdad? ¡Por favor, di que sí!

—Así es —fue la respuesta de Antonio—. ¡Qué se ahogue en su propia mierda! Planeo acaba de cagarse encima con sólo verte, y yo creo que es más valiente que Octavio. ¿Sabes lo que hizo Octavio, Ahenobarbo? Asesinó a Lucio en la Hispania Ulterior, y luego ha tenido la desvergüenza de escribirme para informarme de que es el orgulloso propietario de las cenizas de Lucio. ¡Me desafía a que las vaya a buscar! ¿Está loco?

—Soy tu hombre contra viento y marea —dijo Ahenobarbo con voz ronca—. Mi flota es tuya.

—Bien —dijo Antonio, que se libró de un fuerte abrazo—. Quizá necesite una gran galera con un sólido espolón de bronce para romper la cadena de la bahía de Brundisium.

Pero ni un sextrirreme con un espolón de bronce de veinte talentos hubiese podido romper la cadena tendida a través de la boca de la bahía; en cualquier caso, Ahenobarbo no tenía una nave ni la mitad de grande que un sextrirreme. La cadena estaba sujeta entre dos muelles de cemento reforzados con varillas de hierro, y cada uno de sus eslabones de bronce estaba hecho con un metal que tenía un grosor de quince centímetros. Antonio y Ahenobarbo nunca habían visto una barrera más monstruosa ni a una población tan jubilosa ante la visión de sus frustrados intentos por romper aquella barrera. Mientras las mujeres y los niños vitoreaban y se burlaban, los hombres de Brundisium

descargaron sobre el quinquerre de batalla de Ahenobarbo una mortífera lluvia de lanzas y flechas que finalmente los obligó a alejarse.

—¡No puedo hacerlo! —gritó Ahenobarbo, que lloraba de furia—. Pero ¡cuándo lo haga, van a sufrir! ¿De dónde la han sacado? ¡La vieja cadena era una décima parte de ésta!

—Agripa, aquel palurdo de Apulia, la instaló —dijo Planeo después de asegurarse de que ya no olía a mierda—. Cuando me marché para buscar refugio contigo, Antonio, la gente de Brundisium se apresuró a explicar su génesis. Agripa ha fortificado este lugar mejor de lo que estaba Ilium, incluidas las zonas terrestres.

—No morirán rápidamente —prometió Antonio—. Empalaré a los magistrados de la ciudad con estacas metidas en el culo y se las iré clavando un par de centímetros cada día.

—¡Ay, ay! —dijo Planeo, que se encogió sólo de pensarlo—. ¿Qué vamos a hacer?

—Esperaremos a que lleguen mis tropas y las desembarcaremos donde podamos al norte y al sur —respondió Antonio—. Una vez que llegue Pollio (que se está tomando su tiempo) borraré este maldito lugar atacándolo por su lado de tierra, y me dan lo mismo las fortificaciones de Agripa. Supongo que después de un asedio... Saben que no tendré piedad con ellos; resistirán hasta el final.

Así pues, Antonio se retiró a la isla situada frente a la entrada de la bahía de Brundisium para esperar a Pollio e intentar descubrir qué se había hecho de Ventidio, que mantenía un curioso silencio.

Se había acabado sextilis y también pasaron las nonas de septiembre, aunque el tiempo aún era lo bastante caluroso para que la vida en la isla fuera un infierno. Antonio se paseaba y Planeo lo miraba pasear. Antonio gruñía y Planeo sopesaba. Los pensamientos de Antonio nunca se alejaban del tema de Lucio Antonio y los de Planeo iban más lejos y eran más amplios aunque también sobre un único tema, pero más fascinante: Marco Antonio. Porque Planeo estaba viendo nuevas facetas en Antonio, y no le gustaba lo que veía. La maravillosa, la gloriosa Fulvia entraba y salía de su mente; tan valiente y decidida, tan interesante. ¿Cómo podría Antonio haber pegado a una mujer, y no hablemos ya de su esposa? ¡La nieta de Cayo Graco!

«Es como un niño pequeño con su madre —pensó Planeo, y se enjugó las lágrimas—. Tendría que estar en Oriente combatiendo contra los partos; ése era su deber. En cambio, está aquí, en suelo italiano, como si no tuviese el coraje de abandonarlo. ¿Es Octavio quien lo carcome o es la inseguridad? En su corazón, Antonio cree que puede ganar futuros laureles. Oh, es valiente,

pero comandar ejércitos no requiere bravura. Es más un ejercicio intelectual, un arte, un talento. Divus Julius era un genio de la guerra, Antonio es el primo de Divus Julius. Pero para Antonio, sospecho, eso es más una carga que un placer. Está tan aterrorizado ante el fracaso que, como Pompeyo Magno, no se moverá a menos que tenga superioridad numérica, y por eso está aquí en Italia, entre Pollio, Ventidio y sus propias legiones, sólo separado por un pequeño mar. Suficientes para aplastar a Octavio, incluso ahora que Octavio tiene las once de Caleño de la Galia Transalpina. Supongo que todavía están en la Galia Transalpina al mando de Salvidieno, que le escribe a Antonio regularmente en un intento de cambiar de lado. Un pequeño detalle que no le dije a Octavio.

»Lo que asusta a Antonio de Octavio es aquel genio que Divus Julius tenía en tanta abundancia. ¡Oh, no como un general de ejército, sino un hombre de infinito coraje, con aquel coraje que Antonio está comenzando a perder! Sí, su miedo al fracaso crece, mientras que Octavio comienza a atreverse a todo, a apostar por resultados impredecibles. Antonio está en desventaja cuando trata con Octavio, pero incluso más cuando trata a los enemigos como a extranjeros, como con los partos. ¿Alguna vez librará esa guerra? Se queja de la falta de dinero, ¿pero esa falta es en realidad la suma total de su renuencia a librar la guerra que debería estar combatiendo? Si no la libra, perderá la confianza de Roma y los romanos, cosa que también sabe; por lo tanto, Octavio es su excusa para demorarse en Occidente. Si expulsa a Octavio de la arena tendrá tantas legiones que podría derrotar a un cuarto de millón de hombres. Sin embargo, con sesenta mil, Divus Julius derrotó a más de trescientos mil, porque lo hizo con genio. Antonio quiere ser el amo del mundo y Primer Hombre de Roma, pero es incapaz de saber cómo hacerlo.

»Se pasea, se pasea, arriba y abajo, arriba y abajo. Está inseguro. Es necesario tomar decisiones, y está inseguro. Tampoco se puede embarcar en uno de sus famosos ataques de “vida inimitable”. ¡Qué ridículo, llamar a sus compañeros en Alejandría Sociedad de Vivos Inimitables! Ahora está aquí, en una situación donde no puede emborracharse para olvidar. ¿Sus colegas no han comprendido, como yo, que los excesos de Antonio demuestran sencillamente su innata debilidad?

»Sí —concluyó Planeo—, es hora de cambiar de bando, ¿pero puedo hacerlo en este momento? Dudo de la misma manera que duda Antonio, y como él, estoy corto de coraje.

Octavio sabía todo esto con más certeza que Planeo; sin embargo, no podía estar seguro de qué lado caerían los dados ahora que Antonio había llegado a las puertas de Brundisium; se lo había jugado todo a los legionarios. En el ínterin, sus agentes vinieron a decirle que no lucharían contra las tropas de Antonio, como tampoco contra las de Pollio o Ventidio. Este anuncio hizo que Octavio se relajase de alivio. Ahora sólo faltaba ver si las tropas de Antonio

lucharían por él.

Dos nundinae más tarde tuvo la respuesta: los soldados al mando de Pollio y Ventidio se habían negado a luchar contra sus camaradas de armas.

Se sentó para escribirle a Antonio una carta.

Mi querido Antonio:

Estamos en un punto muerto ya que mis legionarios rehúsan combatir contra los tuyos y los tuyos rehúsan combatir contra los míos. Ellos pertenecen a Roma, dicen, no a cualquier hombre, incluso un triunviro. Los días de las eran de s gratificaciones, dicen, han pasado. Estoy de acuerdo con ellos. Desde Filipos he sabido que no podemos seguir resolviendo nuestras diferencias a través de ir a la guerra el uno contra el otro. Puede que tengamos el imperium maius, pero para poder hacerlo cumplir debemos mandar a soldados dispuestos. Y no lo hacemos.

Por lo tanto, propongo, Marco Antonio, que cada uno de nosotros elija a un único hombre como su agente para encontrar una solución a este punto muerto. Como persona neutral a quien ambos consideremos justa e imparcial, ¿podríamos nombrar a Lucio Cocceio Nerva? Estás en libertad para discutir esta elección y nombrar a otro hombre. Mi agente será Cayo Mecenas, y ni tú ni yo debemos estar presentes en este encuentro. Asistir significaría caldear los ánimos.

—¡Rata astuta! —gritó Antonio, que hizo una bola con la carta.

Planeo la recogió, alisó el papel y la leyó.

—Marco, es la solución lógica a tu problema —manifestó—. Considera por un momento, por favor, dónde estás y a lo que te enfrentas. Lo que Octavio sugiere puede resultar un ungüento que cure los sentimientos heridos por ambas partes. De verdad, es tu mejor alternativa. Un veredicto que fue reiterado por Gneo Asinio Pollio varias horas más tarde cuando llegó en una barca desde Barium.

—Mis hombres no lucharán, ni tampoco los tuyos —declaró llanamente—. Yo no puedo cambiar sus mentes, ni tú podrás cambiar las de ellos y, según todos los informes, Octavio está en la misma situación. Las legiones han decidido por nosotros, por consiguiente, nos corresponde buscar una salida honorable. Les he dicho a mis hombres que arreglaré una tregua. Ventidio ha hecho lo mismo. ¡Cede, cede! No es una derrota.

—Cualquier cosa que permita a Octavio escabullirse de las mandíbulas de la muerte es una derrota —replicó Antonio, empecinado.

—¡Tonterías! Sus tropas están tan poco dispuestas a luchar como las nuestras.

—¡Ni siquiera tiene el coraje de enfrentarse conmigo! Todo se hace a través de agentes como Mecenas. ¿Ánimos crispados? Ya le daré yo ánimos crispados. ¡No me importa lo que diga, voy a ir a su pequeña reunión en representación de mí mismo!

—Él no estará presente, Antonio —dijo Pollio con la mirada fija en Planeo, que miraba al cielo—. Tengo un plan mucho mejor. Acéptalo, iré como tu representante.

—¿Tú? —preguntó Antonio, incrédulo—. ¿Tú?

—¡Sí, yo! Antonio, he sido cónsul durante ocho meses y medio y todavía no he podido ir a Roma para vestir mis prendas consulares —manifestó Pollio, exasperado—. Como cónsul supero en rango a Cayo Mecenas y a ese despreciable Nerva juntos. ¿Crees de verdad que una comadreja como Mecenas me engañará? ¿Lo crees?

—Supongo que no —admitió Antonio, que comenzaba a ceder. De acuerdo, aceptaré, pero con algunas condiciones.

—Dilas.

—Que soy libre de entrar en Italia por Brundisium y que a ti se te permitirá ir a Roma para asumir tu consulado sin poner impedimentos en tu camino. Que retengo mi derecho a reclutar tropas en Italia y que a los exiliados se les permita regresar a casa inmediatamente.

—No creo que ninguna de estas condiciones vaya a ser un problema —dijo Pollio—. Siéntate y escribe, Antonio.

«Es curioso —pensó Pollio mientras cabalgaba por la Vía Minucia hacia Brundisium— que siempre haya conseguido estar donde se toman las grandes decisiones. Estuve con César (¡el Divus Julius!) cuando cruzó el Rubicón y en aquella isla fluvial en la Galia Cisalpina donde Antonio, Octavio y Lépido acordaron dividirse el mundo. Ahora estaré presidiendo la siguiente ocasión trascendental; Mecenas no es un tonto, no pondrá ninguna objeción a que ocupe la silla. ¡Qué extraordinaria fortuna para un escritor de la historia moderna!»

Aunque su familia no había sido relevante hasta su llegada, Pollio tenía un intelecto lo bastante formidable para haber sido uno de los favoritos de César. Un buen soldado y mejor comandante, había ascendido con César después de que éste se convirtiese en dictador, y nunca había tenido ninguna duda de cuáles eran sus lealtades hasta después del asesinato de César. Demasiado pragmático y nada romántico para ponerse junto al heredero de César, se había quedado sólo con un hombre a quien servir: Marco Antonio. Como muchos de sus pares, encontraba a Cayo Octavio como una farsa, ni siquiera podía intuir

al hombre sin par que César podía haber visto en aquel niño bonito. También creía que César no esperaba morir tan pronto —era duro como una vieja bota militar— y que Octavio sólo había sido un heredero temporal, sólo una treta para excluir a Antonio hasta juzgar si éste se asentaría. También para ver lo que el tiempo haría con el hijo de mamá que ahora negaba la existencia de su madre. Luego, el destino y la fortuna habían reclamado la pena capital de César y permitido que un grupo de hombres amargados, celosos y carentes de visión lo asesinasen. Cuánto había lamentado eso Pollio a pesar de su capacidad para consignar los acontecimientos contemporáneos con distanciamiento e imparcialidad. El problema era que, en aquel momento, Pollio no tenía ni idea de lo que César Octavio diría de su inesperado ascenso a las esferas del poder. ¿Cómo podía algún hombre ver el acero y el coraje en el interior de un joven inexperto? César, había comprendido hacía tiempo, era el único que había visto de qué estaba hecho Cayo Octavio. Pero incluso cuando Pollio también había llegado a comprender lo que había dentro de Octavio ya era demasiado tarde para un hombre de honor seguirlo. Antonio no era el mejor hombre, simplemente era la alternativa que permitía el orgullo. A pesar de sus fallos —y eran muchos—, al menos Antonio era un hombre.

Pollio sabía tan poco de Octavio como de su principal embajador Cayo Mecenas. En todos los aspectos físicos —altura, constitución, color, atractivo facial—, Pollio era el hombre medio. Como otros muchos, especialmente aquellos cuya gran inteligencia era parte del «paquete», desconfiaba de los que no eran definitivamente hombres medios en cualquier aspecto. De no haber sido Octavio tan vanidoso (por todos los dioses, botas con suelas de tres pulgadas) y agraciado le hubiese ido mucho mejor a la hora de hacer una estimación de Pollio después del asesinato de César. Lo mismo con Mecenas, rechoncho y feo de cara, con los ojos saltones, rico, y mimado. Mecenas sonreía tontamente, unía los dedos, fruncía los labios, parecía divertido cuando no había nada por lo que estarlo. Era un presuntuoso. Características detestables o molestas. Sin embargo, él se había ofrecido voluntario para tratar con ese presuntuoso porque sabía que, en cuanto Antonio se hubiese calmado, escogería a Quinto Delio como su delegado. Eso era algo que no se podía permitir; Delio era demasiado venal y codicioso para aquellas delicadas negociaciones. Era posible que Mecenas fuese igual de venal y codicioso, pero hasta donde Pollio podía ver, Octavio no había cometido muchos errores a la hora de seleccionar su círculo íntimo. Salvidieno era un error, pero sus días estaban contados. La codicia siempre había enfadado a Antonio, que no tendría ninguna compasión en acabar con él tan pronto como no le fuese útil. Pero Mecenas no había hecho ninguna propuesta, y tenía una cualidad que Pollio admiraba: amaba la literatura y era un entusiasta mecenas de varios poetas prometedores, incluidos Horacio y Virgilio, los mejores versificadores desde Catulo. Sólo eso inspiraba alguna esperanza en Pollio de que se pudiese

alcanzar una conclusión satisfactoria para ambas partes. Pero cómo podría él, un simple soldado, sobrevivir a la clase de comidas y bebidas que un experto como Mecenas le serviría.

—¿Espero que no te importe la comida sencilla y el vino bien aguado? —le preguntó Mecenas a Pollio en el momento en el que él llegó a la sorprendentemente modesta casa en las afueras de Brundisium.

—Gracias, lo prefiero —contestó Pollio.

No, gracias a ti, Pollio. ¿Puedo decirte antes de que nos sentemos a ocuparnos de nuestros verdaderos asuntos que disfruto de tu prosa? No te lo digo con un espíritu de sicofonía porque dudo de que seas susceptible al fino arte de los halagos. Te lo digo porque es la verdad.

Avergonzado, Pollio dejó pasar el cumplido y se volvió para saludar al tercer miembro del equipo, Lucio Cocceio Nerva. ¿Neutral? ¿Cómo podía ser otra cosa un hombre tan neutro? No era de extrañar que su esposa lo gobernase.

Mientras cenaban huevos, ensaladas, pollo y pan crujiente, Pollio descubrió que le gustaba Mecenas, que parecía haberlo leído todo desde Homero hasta eminencias latinas como César y Fabio Pictor. Si había algo que faltaba en cualquier campamento militar, reflexionó, era una profunda conversación sobre literatura.

—Por supuesto, Virgilio es helenístico en estilo, pero claro que también lo era Catulo. ¡Oh, qué poeta! —afirmó Mecenas con un suspiro—. Sabes, tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Que los más líricos exponentes de la poesía o la prosa tienen algo de sangre gala. Vienen de la Galia Cisalpina o sus antepasados lo hicieron. Los celtas son un pueblo lírico. También, musical.

—Estoy de acuerdo —dijo Pollio, más tranquilo al no encontrar dulces en el menú—. Si dejamos aparte Iter (¡un poema notable!), César es típicamente antipoético. Un latín exquisito, pero desnudo y parco. Aulo Hirtio estuvo con él el tiempo suficiente para imitar su estilo en los comentarios que César no vivió para escribir, pero carecen de la precisión de su amo. Sin embargo. Hirtio da a conocer algunas cosas que César nunca hubiese hecho, como aquello que impulsó a Tito Labieno a alejarse de Pompeyo Magno después del Rubicón.

—Sin embargo, nunca un escritor aburrido. —Mecenas soltó una risita—. ¡Dioses, qué aburrido es Catón el Censor! Como verse forzado a escuchar el primer discurso de alguien con aspiraciones políticas que sube a la rostra.

Se rieron juntos, cómodos el uno con el otro, mientras Nerva el Neutro, como Mecenas lo había nombrado, dormitaba pacíficamente.

Por la mañana se pusieron manos a la obra en una habitación un tanto lóbrega amueblada con una gran mesa, dos sillas de madera con respaldo pero sin brazos y una silla curul de marfil. Al verla, Pollio parpadeó.

—Es tuya —dijo Mecenas, que se sentó en una de las sillas de madera y le señaló la otra a Nerva—. Sé que aún no has ejercido, pero tu rango como cónsul este año exige que presidas nuestras reuniones y que debas sentarte en marfil.

«Un bonito y muy diplomático toque», pensó Pollio, que se sentó a la cabecera de la mesa.

—Si quieres disponer de un secretario para que tome anotaciones, tengo a un hombre —añadió Mecenas.

—No, no, haremos esto solos —respondió Pollio—. Nerva actuará como secretario y tomará anotaciones. ¿Sabes taquigrafía, Nerva?

—Gracias a Cicerón, sí. —Con una expresión complacida al tener algo que hacer, Nerva puso la mano derecha sobre una pila de hojas de papel, escogió una pluma de entre una docena y descubrió que alguien se había molestado en disolver una pastilla de tinta.

—Comenzaré por hacer un resumen de la situación —dijo Pollio—. Uno, Marco Antonio no está satisfecho de que César Octavio esté cumpliendo sus deberes como triunviro. A, no ha asegurado que los pueblos de Italia estén bien alimentados. B, no ha acabado con la piratería de Sexto Pompeyo. C, no ha acomodado al número suficiente de veteranos retirados en sus parcelas de tierra. D, los comerciantes de Italia están sufriendo tiempos muy duros para los negocios. E, los terratenientes italianos están furiosos ante las medidas draconianas para separarlos de sus tierras para acomodar a los veteranos. F, más de una docena de ciudades de Italia han sido despojadas ilegalmente de sus tierras públicas para acomodar a los veteranos. G, ha subido los impuestos hasta unas cotas intolerables. Y H, está llenando el Senado de gentes a su servicio.

»Dos, Marco Antonio no está satisfecho con la manera con que César Octavio ha usurpado la gobernación y las legiones de una de sus provincias, la Galia Transalpina. Tanto la gobernación como las legiones están al mando de Marco Antonio, que debería haber sido notificado de la muerte de Quinto Fufio Caleño y permitírsele nombrar a un nuevo gobernador, además de disponer de las once legiones de Caleño como considere conveniente.

»Tres, Marco Antonio no está satisfecho con librar una guerra civil dentro

de Italia. ¿Por qué César Octavio no decidió solucionar sus diferencias de opinión con el difunto Lucio Antonio de una manera pacífica?

»Cuatro, Marco Antonio no está satisfecho con que se le prohíba la entrada a Italia a través de Brundisium, su mayor puerto del Adriático, y duda de que Brundisium desafíe al triunviro residente en Italia, César Octavio. Marco Antonio cree que César Octavio dio órdenes a Brundisium para excluir a su colega, que no sólo tiene derecho a entrar en Italia, sino que también tiene derecho a traer a sus legiones con él. ¿Cómo sabe César Octavio que estas legiones han sido importadas? Es muy posible que estén destinadas a la reserva.

»Cinco, Marco Antonio no está satisfecho con que César Octavio esté dispuesto a permitirle reclutar nuevas tropas dentro de Italia y la Galia Cisalpina, como tiene todo el legítimo derecho a hacer.

»Eso es todo —concluyó Pollio, que dijo todas las palabras sin hacer ningún uso de notas.

Mecenas había escuchado* impasible mientras Nerva escribía, y, por lo que parecía, con buen resultado, porque Nerva no le había pedido a Pollio que repitiese nada de lo que había dicho.

—César Octavio ha afrontado innumerables dificultades en Italia —manifestó Mecenas con voz tranquila y agradable—. Me perdonarás si yo no clasifico y enumero con tu sucinto estilo, Gneo Pollio. No estoy imbuido por tal implacable lógica; mi estilo se inclina más al relato.

«Cuando César Octavio se convirtió en triunviro de Italia, las islas y las Hispanias, encontró el tesoro vacío. Tuvo que confiscar o comprar tierra suficiente donde asentar a más de cien mil soldados veteranos retirados. ¡Dos millones de higuera! Así pues, confiscó las tierras públicas de dieciocho municipios que habían apoyado a los asesinos de Divus Julius; una justa decisión. Cada vez que ha conseguido dinero, ha comprado tierra a los propietarios de los latifundios, con la premisa de que estos individuos estaban utilizando grandes zonas para criar ganado que habían estado bajo el arado para cultivar trigo. No se abordó a ningún agricultor, porque César Octavio estaba convencido de ver aumentar la producción local de trigo una vez que estos latifundios fueran divididos como parcelas para los veteranos.

»Los implacables asaltos de Sexto Pompeyo han privado a Italia del trigo que se cultiva en África, Sicilia y Cerdeña. El Senado y el pueblo de Roma se han despreocupado del suministro de trigo al creer que Italia siempre se podía alimentar del trigo cultivado en ultramar, mientras que Sexto Pompeyo ha demostrado que un país que depende de la importación de trigo es vulnerable, que puede ser convertido en rehén. César Octavio no tiene el dinero ni los

barcos para expulsar a Sexto Pompeyo de los mares, ni tampoco para invadir Sicilia, su base. Por esa razón hizo un pacto con Sexto Pompeyo y ha llegado al punto de casarse con la hermana de Libo. Si ha creado impuestos, es porque no tiene otra alternativa. Este año el trigo que vende Sexto Pompeyo vale treinta sestercios el modius. Un trigo que ya ha sido comprado y pagado por Roma. De alguna parte tiene que encontrar César Octavio cuarenta millones de sestercios cada mes, ¡imagínatelo! ¡Casi quinientos millones de sestercios al año! ¡Pagados a Sexto Pompeyo, un vulgar pirata! —gritó Mecenas con tanto ánimo que su rostro reflejó una poco frecuente pasión.

—Más de dieciocho mil talentos —dijo Pollio pensativamente—. Por supuesto, lo próximo que dirás es que las minas de plata de Hispania estaban comenzando a producir cuando el rey Bocco la invadió, así que ahora están de nuevo cerradas y el tesoro empobrecido.

—Así es —dijo Mecenas.

—Aceptado eso como leído, ¿qué pasa luego en tu historia? —Roma ha estado dividiendo la tierra en donde asentar primero a los pobres y después a los veteranos desde tiempos de Tiberio Graco.

—Siempre había creído —le interrumpió Pollio— que el peor pecado de omisión cometido por el Senado y el pueblo fue rehusar darle una pensión a los veteranos retirados de Roma por encima de lo que se ahorró para ellos de sus pagas. Cuando los consulares como Catulo y Escauro negaron a Cayo Mario una pensión a los soldados del Censo por Cabezas carentes de propiedades, Mario los recompensó con tierras a su nombre. Eso fue hace sesenta años atrás, y desde entonces los veteranos han mirado a sus comandantes en busca de recompensas, y no a la propia Roma. Un terrible error. Les dio a los generales un poder que nunca se les hubiese permitido disponer.

—Estás contando mi historia por mí, Pollio —manifestó Mecenas con una sonrisa.

—Te pido perdón, Mecenas. Continúa, por favor.

—César Octavio no puede liberar a Italia de Sexto sin ayuda. Ha suplicado esa ayuda a Marco Antonio muchas veces, pero Marco Antonio o es sordo o analfabeto porque no ha respondido a esas cartas. ¡Luego vino la guerra interna, una guerra que no fue provocada en ningún sentido por César Octavio! Él cree que el verdadero instigador de la rebelión de Lucio Antonio (porque nos pareció aquello a nosotros en Roma) fue un liberto llamado Maniό, de la clientela de Fulvia. Maniό convenció a Fulvia de que César Octavio le estaba robando a Marco Antonio sus derechos de nacimiento, una extraña acusación que ella creyó. A su vez, convenció a Lucio Antonio para

que utilizase las legiones que estaba reclutando en nombre de Antonio y marchar sobre Roma. No creo necesario decir nada más del tema, salvo asegurarle a Marco Antonio que su hermano no fue juzgado, si no que se le permitió asumir su imperium proconsular y marchar a gobernar la Hispania Ulterior.

Mecenas rebuscó entre un montón de pergaminos que tenía cerca, encontró uno y lo levantó.

—Aquí tengo la carta que el hijo de Quinto Fufio Caleño le escribió no a Marco Antonio, como debería haber hecho, si no a César Octavio. —Se la entregó a Pollio, que la leyó con la facilidad de un hombre muy educado—. Lo que César Octavio vio en ella fue alarmante porque traicionaba la debilidad y la falta de decisión del hijo de Caleño. Como veterano de la Galia Transalpina, Pollio, estoy seguro de que no necesito decirte lo volátiles que son los galos melenudos y lo rápidos que son para oler a un gobernador titubeante. Por esta razón y sólo por esta razón, César Octavio actuó con rapidez. Tuvo que actuar con rapidez. Consciente de que Marco Antonio se encontraba a mil millas de distancia, asumió la tarea de viajar inmediatamente a Narbo para instalar allí a un gobernador provisional, Quinto Salvidieno. Las once legiones de Caleño están exactamente donde estaban: cuatro en Narbo, cuatro en Agendicum y tres en Glanum. ¿Qué hizo mal César Octavio al actuar así? Lo hizo como un amigo, un compañero triunviro, nuestro representante.

Mecenas exhaló un suspiro, parecía triste.

—Me atrevería a decir que la acusación más verosímil que se puede hacer contra César Octavio es que ha sido incapaz de controlar Brundisium, a la que ha ordenado permitir a Marco Antonio desembarcar en el suelo patrio, ya sea para unas bonitas vacaciones o para su retiro. Brundisium desafía al Senado y al pueblo de Roma, es así de sencillo. Lo que César Octavio espera es poder convencer a Brundisium de que cese en su desafío. Y eso es todo —concluyó Mecenas con una dulce sonrisa.

En este punto comenzaron las discusiones, pero no con pasión y rencor. Ambos hombres conocían la verdad de cada uno de los temas planteados, pero ambos sabían que debían ser leales a sus amos, y habían decidido que el mejor modo de hacer esto último era discutir de manera convincente. Octavio era uno de los que leería las anotaciones de Nerva atentamente, y si Marco Antonio no lo hacía, al menos intentaría sacarle a Nerva todo lo posible de lo tratado en la reunión.

Finalmente, poco antes de las nonas de octubre, Pollio decidió que ya tenía suficiente.

—Mira —dijo—, para mí está claro que la manera como se arreglaron las

cosas después de Filipos fue torpe e ineficaz. Marco Antonio estaba muy crecido, y despreciaba a Octavio por su conducta en Filipos. —Se volvió hacia Nerva, que había comenzado a escribir—. ¡Nerva, no te atrevas a escribir ni una palabra de esto! Es tiempo para hablar con franqueza, y a los grandes hombres no les gusta la franqueza. Eso significa que no puedes dejar que Antonio te obligue, ¿me escuchas? Si dices algo de esto, eres hombre muerto. Yo mismo te mataré, ¿está claro?

—¡Sí! —dijo Nerva, y dejó caer la pluma a toda prisa.

—¡Me encanta! —dijo Mecenas con una sonrisa—. Adelante, Pollio.

—En este momento el triunvirato es ridículo. ¿Cómo podía Antonio creer que podía estar en varios lugares a la vez? Porque es eso lo que pasó después de Filipos. Quería quedarse con todo, desde las provincias hasta las legiones. ¿Cuál fue el resultado? Octavio heredó el suministro de trigo y a Sexto Pompeyo, pero ni una flota para derrotar a Sexto, y mucho menos transportes para un ejército capaz de tomar Sicilia. De haber sido Octavio un hombre militar, cosa que no es, ni nunca ha afirmado ser, hubiese sabido que su liberto Heleno (obviamente un tipo persuasivo) no podía tomar Cerdeña, sobre todo porque Octavio no tiene los suficientes transportes de tropas y carece de naves. Las provincias fueron repartidas de la forma más errónea imaginable: Octavio recibe Italia, Sicilia, Cerdeña, Córcega y la Hispania Citerior y la Ulterior, Antonio todo Oriente, pero eso no es bastante para él. Toma también las Galias, junto con Illyricum. ¿Por qué? Porque en las Galias hay una enorme cantidad de legiones y no desean retirarse. Conozco a Marco Antonio muy bien, y es un buen tipo, valiente y generoso. De hecho, cuando está en su mejor forma, no hay nadie más capaz o inteligente que él. Sin embargo, es un glotón que no sabe contener su apetito, no importa lo que se le ocurra devorar. Los partos y Quinto Labieno corren a su libre albedrío por toda Asia y buena parte de Anatolia, y nosotros estamos aquí, en las afueras de Brundisium.

Pollio se desperezó, y después encorvó los hombros.

—Es nuestro deber, Mecenas, poner las cosas en orden. ¿Cómo hacemos eso? Por medio de trazar una línea entre este y oeste, y poner a Octavio a un lado y a Antonio en el otro. No hace falta decir que Lépido se puede quedar con África, ya que allí tiene diez legiones y está a salvo y seguro. No pondré objeciones por mi parte a que Octavio tiene la tarea más difícil porque tiene Italia, que está empobrecida, agotada y hambrienta. Ninguno de nuestros amos tiene dinero. Roma está cerca de la bancarrota, y Oriente está tan exhausto que no puede pagar ningún tributo importante. Sin embargo, Antonio no puede tener todas las cosas a su manera, hay que hacérselo ver. Yo propongo que Octavio reciba más ingresos por gobernar todo Occidente: la Hispania Ulterior, la Hispania Citerior, la Galia Transalpina en todo su territorio, la

Galia Cisalpina e Illyricum. El río Drina es la frontera natural entre Macedonia e Illyricum, por lo tanto, dejemos que se convierta en la frontera entre el este y el oeste. No hace falta decir que Antonio tendrá la libertad de reclutar tropas en Europa y la Galia Cisalpina, como la tiene Octavio. Dicho sea de paso, la Galia Cisalpina tendría que ser parte de Italia en todos los aspectos.

—¡Buen hombre, Pollio! —exclamó Mecenas con una gran sonrisa—. Yo no podría haberlo dicho mejor. —Imitó un temblor—. Para empezar, yo no me hubiera atrevido a ser tan duro con Antonio. ¡Sí, amigo mío, muy bien dicho! Ahora sólo nos queda por hacer que Antonio acepte. No veo ninguna oposición por parte de César Octavio. Lo ha pasado muy mal, y, por supuesto, el viaje desde Roma le ha comportado que padezca de nuevo de asma.

Pollio lo miró asombrado.

—¿Asma?

—Sí. Casi muere como consecuencia de un ataque. Por eso se escondió en los pantanos en Filipos. ¡Tanto polvo en el aire!

—Comprendo —dijo Pollio con voz pausada—. Comprendo.

—Es su secreto, Pollio.

—¿Antonio lo sabe?

—Por supuesto, son primos, él siempre lo ha sabido.

—¿Qué opina Octavio de permitir que los exiliados regresen a casa?

—No pondrá objeciones. —Mecenas pareció pensar en otra cosa, y luego dijo—: Deberías saber que Octavio nunca irá a la guerra contra Antonio, aunque no sé si podrás convencer a Antonio de eso. No más guerras civiles. Está firme en eso, Pollio. Por eso estamos aquí. No importa cuál sea la provocación, no irá a la guerra contra otro romano. Su manera es la diplomacia, la mesa de conferencias, las negociaciones.

—No sabía que era tan partidario de eso.

—Lo es, Pollio, lo es.

Persuadir a Antonio de que aceptase los términos que Pollio había establecido con Mecenas llevó todo un nundinum de gritos, puñetazos en las mesas, llantos y gritos. Con el tiempo comenzó a calmarse; sus furias eran tan devastadoras que incluso un hombre tan fuerte como Antonio no podía sostener ese nivel de energía durante más de un nundinum. De la furia se hundió en la depresión y finalmente en la desesperación. En el momento en que acabó en el fondo de su pozo atacó Pollio; era ahora, o nunca. Mecenas no podría haberse enfrentado con Antonio, pero un soldado como Pollio, un hombre al que Antonio respetaba y amaba, sabía exactamente cómo hacerlo.

Él tenía, además, la confianza de algunos leales en Roma, quienes, si era necesario, reforzarían sus planteamientos.

—¡Está bien, está bien! —clamó Antonio desesperado, con las manos en sus cabellos—. ¡Lo haré! ¿Estás seguro de los exiliados?

—Absolutamente.

—Insistió en algunos puntos que no has mencionado.

—Menciónalos ahora.

—Quiero que me envíen cinco de las once legiones de Caleño.

—No creo que eso sea un problema.

—No estoy de acuerdo en combinar mis fuerzas con las de Octavio para barrer a Sexto Pompeyo de los mares, eso no es prudente, Antonio.

—Pregúntame si eso me preocupa. ¡En absoluto! —afirmó Antonio con un tono feroz—. Tengo que nombrar a Ahenobarbo gobernador de Bitinia; estaba muy furioso por los términos que tú negociaste. Eso significa que no tengo bastantes flotas para retirarme sin Sexto. Tiene que quedarse en caso de que lo necesite, eso ha de quedar bien claro.

—Octavio aceptará, pero no estará feliz.

—Cualquier cosa que haga infeliz a Octavio a mí me hace dichoso.

—¿Por qué ocultaste el asma de Octavio?

—¡Bah! —exclamó Antonio—. ¡Es una niña! ¡Sólo las niñas enferman, no importa cuál sea la enfermedad! El asma es una excusa.

—No entregarle a Sexto Pompeyo te puede costar...

—¿Costarme qué?

No lo sé —dijo Pollio con el entrecejo fruncido—. Sólo que lo hará.

La respuesta de Octavio a los términos que Mecenas le trajo fue muy diferente. Es interesante, pensó Mecenas, cómo había cambiado su rostro en los últimos doce meses. Había crecido más allá de la belleza, aunque nunca dejaría de ser bello. Los cabellos eran más cortos y ya no le preocupaban sus orejas grandes. Pero el mayor cambio estaba en sus ojos, los más maravillosos que hubiera visto, tan grandes, luminosos y de un color gris plata. Siempre habían sido opacos, nunca había transmitido lo que pensaba o sentía con ellos, pero ahora había una cierta dureza detrás de su brillo. La boca que siempre había deseado besar, a sabiendas de que nunca se le permitía besarla, era más firme, más recta. Suponía que aquello significaba que había crecido. ¿Crecido? ¡Nunca había sido un niño! Nueve días antes de las calendas de

octubre cumpliría veintitrés, mientras que Marco Antonio tenía ahora cuarenta y cuatro, toda una maravilla.

—Si Antonio rehúsa ayudarme en mi batalla contra Sexto Pompeyo debe pagar un precio —dijo Octavio.

—Pero ¿cuál? Él no tiene poder alguno para comprometerse.

—Sí, lo sé, y Sexto Pompeyo me ha dado la solución para llevarlo a cabo.

—Cuál es.

—Un casamiento —dijo Octavio con el rostro sereno.

—¡Octavia! —susurró Mecenas—. Octavia.

—Sí, mi hermana. Es viuda, no habrá ningún impedimento.

—Sus diez meses de duelo no han concluido.

—Sí seis meses de ello, y toda Roma sabe que no puede estar embarazada. Marcelo sufrió una larga y terrible enfermedad, y no resultará difícil conseguir una dispensa de los colegios pontificales y de las diecisiete tribus para que voten a favor en el comitium religioso. —Octavio sonrió, complaciente—. Harán lo que sea para evitar una guerra entre Antonio y yo. Es más, digo que ningún matrimonio en los anales de Roma demostrará ser más popular.

—Él no aceptará.

—¿Antonio? Él es capaz de copular con una vaca.

—¿Es que no escuchas lo que estás diciendo, César? ¿Sé lo mucho que amas a tu hermana y, sin embargo, estás dispuesto a que soporte a Antonio? ¡Es un borracho que pega a sus esposas! ¡Te lo ruego, piénsalo de nuevo! Octavia es la más encantadora, dulce y agradable de las mujeres de Roma. Incluso el Censo por Cabezas la adora, como hicieron con la hija de Divus Julius.

—Suenas como si tú mismo quisieras casarte con ella, Mecenas —dijo Octavio astutamente.

Mecenas reaccionó.

—¿Cómo puedes bromeas con algo así, con algo tan serio como esto? Me gustan las mujeres, pero también las compadezco. Llevan unas vidas muy monótonas, su única importancia política está en el matrimonio: lo mejor que se puede decir de la justicia romana, a este respecto, es que la mayoría de ellas controlan su propio dinero. El verse relegadas a la periferia de los asuntos públicos puede irritar a las Hortensia y a las Fulvia, pero no a las Octavia. Si así fuera, no estarías aquí tan seguro y orondo de su obediencia. ¿No es hora de que ella se case con un hombre con el que quiera casarse de verdad?

—No la forzaré, si es a eso a lo que te refieres —dijo Octavio sin conmoverse—. No soy tonto, sabes, y he asistido a bastantes cenas familiares desde Farsalia como para comprender que Octavia está más que medio enamorada de Antonio. Irá a su destino voluntariamente, incluso con alegría.

—¡No me lo creo!

—Es la verdad. Lejos de mí está comprender lo que ven las mujeres en los hombres, pero acepta mi palabra: a Octavia le gusta Antonio. Ese hecho y mi propia unión con Escribonia me dieron la idea. Tampoco dudo de Antonio cuando se trata del vino y de pegarle a las esposas. Quizá haya atacado a Fulvia, pero la provocación debió de ser muy severa. Más allá de todo chascarrillo es sentimental respecto a las mujeres. Octavia le irá bien. Como el Censo por Cabezas, él la adorará.

—Está la reina de Egipto; no será fiel.

—¿Qué hombre en ultramar lo es? Octavia no le reprochará la infidelidad, está muy bien criada.

Mecenas levantó las manos en el aire y se marchó con el sentimiento del papel nada envidiable que debía ejercer un diplomático. ¿Octavio esperaba, de verdad, que él, Mecenas, llevase a cabo estas negociaciones? ¡Bueno, no lo haría! ¿Arrojar una perla como Octavia a un cerdo como Antonio? ¡Nunca! ¡Nunca, nunca, nunca!

Octavio no tenía la intención de privarse a sí mismo de estas particulares negociaciones; iba a disfrutar de ellas. Para entonces Antonio ya habría olvidado ciertas cosas, como aquella escena en su tienda después de Filipos, cuando Octavio había reclamado la cabeza de Bruto y la había conseguido. El odio de Antonio había crecido tanto que oscurecía todos los episodios individuales; sólo pensaba en sí mismo. Tampoco Octavio esperaba que el casamiento con Octavia pudiese cambiar ese odio. Quizá un hombre poético como Mecenas asumiría que aquél era el motivo de Octavio, pero la propia mente de Octavio era demasiado sensible como para esperar milagros. Una vez que Octavia se convirtiese en esposa de Antonio haría exactamente lo que Antonio quisiera. Lo último que intentaría sería influir en cómo Antonio se sentía respecto a su hermana. No, lo que esperaba conseguir con esa unión era fortalecer las esperanzas de los romanos —y los legionarios— en que la amenaza de una guerra se había desvanecido. Así, cuando llegara el día en que Antonio, en las garras de una nueva pasión con otra mujer, rechazase a su esposa, perdería la estimación de millones de ciudadanos romanos en todas partes. Dado que Octavio había jurado que nunca desataría una guerra civil, él tenía no sólo que destruir la auctoritas de Antonio —su posición oficial pública—, sino su dignitas —la posición pública que poseía debido a sus acciones y logros personales—. Cuando César el Dios cruzó el Rubicón e

inició la guerra civil, lo había hecho para proteger su dignitas, que había apreciado más que a su vida. Contemplar cómo sus hechos eran quitados de las historias y registros oficiales de la República y verse enviado a un exilio permanente era peor que la guerra civil. Bueno, Octavio no estaba hecho de la misma pasta; para él, la guerra civil era peor que la desgracia y el exilio. También, por supuesto, no era un genio militar seguro de su victoria. La manera de actuar de Octavio era corroer la dignitas de Marco Antonio hasta que llegase a un punto donde ya no fuese una amenaza. A partir de ese entonces en adelante, la estrella de Octavio continuaría en ascenso hasta que él y no Antonio fuese el Primer Hombre de Roma. No ocurriría de la noche a la mañana; aquello llevaría años. Pero serían años que Octavio podría permitirse conceder ya que era veintiún años más joven que Antonio. ¡Oh, la perspectiva de años y años de luchas para alimentar Italia y encontrar tierra para la inacabable riada de veteranos!

Le había tomado la medida a Antonio. César el Dios ya habría estado llamando a las puertas del palacio del rey Orodes en Seleucia del Tigris, ¿pero dónde estaba Antonio? Poniendo sitio a Brundisium, todavía en su propio país. Era perfecto que quizá estuviera allí para defender su título de triunviro, pero si estaba allí, entonces no podía estar en Siria luchando contra los partos. Si bien podía ser que él solo hubiese ganado en Filipos, Antonio sabía que no podía haberlo hecho sin las legiones de Octavio, compuestas por hombres leales a Octavio que él no podía tener.

«Daría lo que fuese —pensó Octavio después de escribir su nota a Antonio y enviarla por correo liberto—, daría casi cualquier cosa por tener la fortuna de tener en mis manos algo que pudiese derrotar a Antonio para siempre. Octavia no lo es, ni tampoco probablemente lo será que él la rechace, si es que decidiera rechazarla una vez que se cansase de su bondad. Soy consciente de que la fortuna me sonríe; me he escapado tantas veces por los pelos del peligro que casi estoy calvo. Ha sido la fortuna la que cada vez me ha rescatado del abismo. Como el deseo de Libo por encontrar un marido ilustre para su hermana. Como la muerte de Caleño en Narbo y su hijo idiota, que vinieron a hacerme la petición a mí en lugar de a Antonio. Como la muerte de Marcelo. Como tener a Agripa como general de mis ejércitos. Como mis escapadas de la muerte cada vez que el asma me ha dejado sin respiración. Como tener el cofre de guerra de mi padre Divus Julius para salvarme de la bancarrota. Como Brundisium, que le niega la entrada a Antonio, que quieran Liber Pater, Sol Indiges y Tello concederle a Brundisium la paz y una gran prosperidad. Yo no di ninguna orden a la ciudad para hacer lo que hace, de la misma manera que no provoqué la futilidad de la guerra de Fulvia contra mí. ¡Pobre Fulvia!

»Cada día hago ofrendas a una docena de dioses, la primera de todas a la Fortuna, para que me dé el arma que necesito para derribar a Antonio mucho

antes de lo que la edad acabará inevitablemente por hacer. El arma existe, lo sé con la misma seguridad con que sé que he escogido poner a Roma de nuevo sobre sus pies permanentemente para conseguir una paz duradera en las fronteras de su imperio. Soy el Escogido a quien Virgilio, el poeta de Mecenas, escribe versos y todos los augures de Roma insisten en pronosticar una edad dorada. Divus Julius me hizo su hijo, y no puedo fallar en su confianza de acabar lo que él había comenzado. Oh, no será el mismo mundo que hubiese hecho Divus Julius, pero lo satisfecerá y complacerá. ¡Fortuna, dame más de la fabulosa suerte de César! ¡Tráeme el arma y abre mis ojos para que la reconozca cuando llegue!

La réplica de Antonio llegó con el mismo correo. Sí, él vería a César Octavio bajo la bandera de tregua. «Pero ¡nosotros no estamos en guerra! — pensó Octavio, sin aliento por algo que esa vez no era el asma—. ¿Cómo funciona su mente para creer que lo estamos?»

Al día siguiente, Octavio salió con su caballo público juliano; era un caballo pequeño pero muy elegante, con la piel cremosa y la crin y la cola más oscuras. Para montar no vestía la toga, pero como no quería aparecer como un guerrero, llevaba una túnica blanca con una ancha franja roja de senador en el hombro derecho.

Naturalmente, Antonio vestía la armadura de plata, con la figura de Hércules matando al león de Nemea en la coraza. Su túnica era púrpura, como también lo era el paludamentum que colgaba de su hombro, aunque con todo derecho tendría que haber sido roja. Como siempre, parecía gozar de un magnífico estado atlético.

—¿Esta vez no llevas botas con plataforma, Octavio? —preguntó con una sonrisa.

Aunque Antonio no lo había hecho, Octavio le tendió la mano derecha de una forma tan obvia que Antonio se vio obligado a aceptarla, y la apretó con tanta fuerza que aplastó sus frágiles huesos. Octavio lo soportó con el rostro inmutable.

—Entra —lo invitó Antonio, que apartó la solapa de la entrada de la tienda. Que hubiese preferido habitar una tienda en lugar de ocupar una residencia privada era una muestra de su confianza en que el sitio de Brundisium no duraría mucho.

El salón público de la tienda era muy amplio, pero con la solapa bajada resultaba muy oscuro. Para Octavio, aquello indicaba la desconfianza de Antonio hacia su persona. Éste tampoco confiaba en que su rostro no traicionase sus emociones, algo que no preocupaba a Antonio. No eran los rostros sino los pensamientos lo que le preocupaban, porque eran ellos el

material con el que trabajaban.

—Estoy muy complacido —dijo, engullido por una silla que era demasiado grande para su enjuto cuerpo— de que hayamos llegado al proceso de redactar el boceto de un acuerdo, Creo que lo mejor es que tú y yo resolvamos personalmente aquellos asuntos en los que aún no hemos llegado a un completo acuerdo.

—Muy bien dicho —comentó Antonio, que bebió abundantemente de una copa de vino que había agitado con mucha alharaca.

—Es algo hermoso —señaló Octavio, que hizo girar la copa que tenía en las manos—. ¿Dónde la hicieron? Estoy seguro de que no fue en Puteoli.

—Es de una cristalería de Alejandría. Me gusta beber en copas de cristal, no absorbe el sabor de los vinos anteriores de la manera que incluso hace la mejor cerámica. —Hizo una mueca—. Y también las de metal tienen un sabor metálico.

Octavio parpadeó.

—Edepol! No sabía que eras un conocedor de algo que sencillamente contiene vino.

—El sarcasmo no te llevará a ninguna parte —dijo Antonio sin ofenderse—. Todo eso me lo dijo la reina Cleopatra.

—Oh, sí, eso tiene sentido. Un patriota alejandrino.

El rostro de Antonio se iluminó.

—¡Con toda justicia! Alejandría es la ciudad más hermosa del mundo, y hace que Pergamum e incluso Atenas tiemblen en las sombras.

Después de beber un sorbo, Octavio dejó su copa como si quemase. ¡Allí tenía a otro loco! ¿Por qué alabar la belleza de otra ciudad cuando su propia ciudad se esfumaba debido a la falta de cuidado?

—Puedes tener todas las legiones de Caleño que te apetezca, no hace falta que te lo diga —mintió—. En realidad, no hay ninguna de tus condiciones que me molesten salvo tu negativa a ayudarme a limpiar los mares de la presencia de Sexto Pompeyo.

Antonio frunció el entrecejo y se levantó para apartar la solapa de la tienda, al parecer, decidido a que era necesario ver bien el rostro de Octavio después de todo.

—Italia es tu provincia, Octavio. ¿Te he pedido yo ayuda para gobernar la mía?

—No, no lo has hecho, pero tampoco has enviado al tesoro la parte que le

corresponde a Roma de los tributos de Oriente. Estoy seguro de que no hace falta que te diga que, incluso como triunviro, el tesoro se supone que debe recibir los tributos y pagarles un estipendio a los gobernadores provinciales romanos, con el cual deben financiar a sus legiones y pagar las obras públicas en sus provincias —dijo Octavio amablemente—. Por supuesto, comprendo que ningún gobernador, y menos aún un triunviro, recauda sencillamente aquello que el tesoro requiere; siempre pide más, y se queda la diferencia para él. Una costumbre honrada por la tradición a la que no tengo nada que objetar. Yo también soy triunviro. Sin embargo, no has enviado nada a Roma en tus dos años de gobierno. De haberlo hecho, hubiese podido comprar los barcos que necesito para acabar con Sexto. Quizá a ti te venga bien utilizar los barcos pirata en tus flotas, dado que todos los almirantes que se pusieron de parte de Bruto y Casio decidieron convertirse en piratas después de Filipos. ¡No tendría ningún inconveniente en utilizarlos yo también, si no fuera porque se han enriquecido todos a mi costa, como aves carroñeras! Lo que hacen es demostrar a Roma y a Italia (que son la fuente de nuestros mejores soldados) que un millón de soldados no pueden ayudar a dos triunviros sin barcos. ¡Tú habrías de tener trigo de las provincias orientales para alimentar en abundancia a tus legiones! No es culpa mía que hayas dejado que los partos dominen todo, excepto Bitinia y la provincia de Asia. Lo que salva tu pellejo es Sexto Pompeyo (mientras a ti te convenga, él le vende a Italia el trigo a un precio modesto; trigo, te recuerdo, comprado y pagado por el tesoro de Roma). Sí, Italia es mi provincia, pero mi única fuente de dinero son los impuestos que debo cobrarles a todos los ciudadanos romanos que viven en Italia. No son suficientes para pagar los barcos y, además, el trigo robado a Sexto Pompeyo a treinta sestercios el modius. Por lo tanto, te lo pregunto de nuevo, ¿dónde están los tributos orientales?

Antonio escuchó con creciente furia.

—¡Oriente está en bancarota! —gritó—. ¡No hay ningún tributo que enviar!

—Eso no es verdad, e incluso hasta el más pobre de Roma de un extremo al otro de Italia lo sabe —replicó Octavio—. Pitodoro de Tralles te llevó dos mil talentos de plata desde Tarsus. Tiro y Sidón te pagaron otros mil. Del botín de Cilicia Pedia se te dieron cuatro mil. Un total de ciento setenta y cinco millones de sestercios. Hechos, Antonio. Hechos bien conocidos.

«¿Por qué he consentido en ver a ese despreciable insecto? —se preguntó Antonio a sí mismo, inquieto—. Todo lo que tenía que hacer para ganar notoriedad era recordarme que, cualquier cosa que hago en Oriente, de alguna manera se filtra hasta el más humilde de los ciudadanos de Roma en Italia. Sin decírmelo, me está diciendo que mi reputación sufre. Que no estoy por encima de las críticas, que el Senado y el pueblo de Roma me pueden despojar de mis

cargos. Sí, yo puedo marchar sobre Roma, ejecutar a Octavio y nombrarme a mí mismo dictador. Pero ¡yo fui quien anunció a bombo y platillo la abolición de la dictadura! Brundisium ha demostrado que mis legionarios no lucharán contra los de Octavio. Por ese solo hecho este pequeño verpa se puede sentar aquí y desafiarme, no ocultar su antagonismo.»

—Así que no soy muy popular en Roma —manifestó con mal humor.

—Sí, debo ser sincero, Antonio, no eres nada popular, sobre todo después de asediar Brundisium. Te has sentido capaz de acusarme de poner a Brundisium en tu contra para que te negasen la entrada, pero sabes muy bien que no lo hice. ¿Por qué iba a hacerlo? ¡No obtengo ningún beneficio! En realidad, lo que has conseguido es que Roma viva atemorizada, a la espera de que marches sobre ella. ¡Cosa que no puedes hacer! Tus legiones no te dejarán. Si de verdad quieres recobrar tu reputación, tendrás que demostrárselo a Roma, no a mí.

—No me uniré a ti contra Sexto Pompeyo, si es eso lo que pretendes. Todo lo que tengo son un centenar de naves en Atenas —mintió Antonio—. No son suficientes para hacer el trabajo, dado que tú no tienes ninguna. Tal como están las cosas, Sexto Pompeyo me prefiere a mí, y yo no haré nada por provocarlo. Por el momento, él me deja en paz.

—No creía que me ayudarías —manifestó Octavio con calma—. No, estaba pensando en algo más visible para todos los romanos desde el más alto hasta el más bajo.

—¿Qué?

—Cásate con mi hermana Octavia.

Boquiabierto, Antonio miró a su atormentador.

—¡Por todos los dioses!

—¿Qué tiene de extraño? —preguntó Octavio con voz suave y una gran sonrisa—. Yo mismo acabo de realizar una alianza marital muy parecida, como tú bien sabes. Escribonia es muy agradable: una buena mujer, bonita, fértil... espero casarme con ella para mantener a Sexto a raya, al menos durante un tiempo. Pero ella ni siquiera puede empezar a compararse con Octavia, ¿verdad? Te estoy ofreciendo a la sobrina nieta de Divus Julius, conocida y amada por todos los estratos de Roma como lo fue Julia, hermosa de mirar, enormemente bondadosa y reflexiva, una esposa obediente y madre de tres niños, incluido un hijo. Como Divus Julius había esperado de su esposa, está por encima de toda sospecha. Cásate con ella y Roma creerá que no pretendes hacerle ningún daño.

—¿Por qué debo hacer eso?

—Porque sería cruel que un modelo de virtud público como Octavia te tildara de monstruo a los ojos de todos los romanos. Ni siquiera el más estúpido de ellos te perdonaría el mal trato a Octavia.

—Lo comprendo, sí, lo comprendo —declaró Antonio con voz pausada.

—¿Entonces, trato hecho?

—Trato hecho.

Esa vez Antonio estrechó la mano de Octavio suavemente.

El pacto de Brundisium fue sellado el doce de octubre en la plaza de Brundisium y en presencia de una multitud de entusiastas ciudadanos que arrojaron flores a los pies de Octavio y controlaron su conducta lo suficiente como para no escupir a los pies de Antonio. Sus perfidias no fueron olvidadas ni perdonadas, pero aquel día significaba una victoria para Octavio y Roma. No se produciría otra guerra civil, algo que complacía a las legiones apostadas alrededor de la ciudad incluso más de lo que complacía a Brundisium.

—¿Qué piensas de todo esto? —le preguntó Pollio a Mecenas mientras viajaban por la Vía Apia en un carro de cuatro mulas.

—Que César Octavio es un maestro de la intriga y mucho mejor negociador que yo.

—¿Fue idea tuya ofrecerle a Antonio su muy querida y amada hermana?

—No, no, fue idea suya. Supongo que creí que las probabilidades de que él aceptase eran tan remotas que nunca aparecieron en mi mente. Entonces, cuando el día anterior a que fuese a ver a Antonio me lo dijo, supuse que me enviaría a mí a hacer la oferta. ¡Me cagué en los zapatos! Pero no. Fue él por su cuenta, sin escolta.

—No podía enviarte porque necesitaba que fuese algo de hombre a hombre. Lo que dijo, sólo lo podía decir él. Tengo entendido que le señaló a Antonio que había perdido el amor y el respeto de la mayoría de los romanos de una manera que Antonio lo creyó. El muy astuto méntula. «¡Te pido perdón!» La astuta y pequeña comadreja que le ofreció a Antonio la oportunidad de recuperar su reputación a través de casarse con Octavia. ¡Brillante!

—Estoy de acuerdo —dijo Mecenas, que se imaginó a Octavio como una méntula o una comadreja, y sonrió.

—Una vez compartí un cario con Octavio —manifestó Pollio con un tono reflexivo—. Desde la Galia Cisalpina a Roma después de la formación del triunvirato. Tenía veinte años, pero hablaba como un venerable consular del suministro de trigo, y de cómo los Apeninos hacían más fácil para Roma

conseguir el trigo de África y Sicilia que de la Galia Cisalpina. Recitó cifras y estadísticas como el más ocioso funcionario civil que hayas escuchado. Sólo que no estaba intentando hacer el trabajo, estaba ordenando el trabajo que él consideraba que se debía hacer. Sí, un viaje memorable. Cuando César lo hizo su heredero, creí que estaría muerto en cuestión de meses. Aquel viaje me demostró que estaba equivocado. Nadie lo matará.

Atia le trajo noticias de su destino a Octavia con grandes llantos.

—¡Mi querida muchacha! —gritó, y se lanzó sobre el cuello de Octavia—. ¡El ingrato de mi hijo te ha traicionado! ¡Tú! ¡La única persona en el mundo a la que había creído a salvo de sus maquinaciones, de su frialdad!

—¡Mamá, sé explícita, por favor! —dijo Octavia, y ayudó a Atia a sentarse—. ¿Qué me ha hecho el pequeño Cayo?

—¡Te ha prometido con Marco Antonio! ¡Un bruto que propinó puntapiés a su esposa! ¡Un monstruo!

Asombrada, Octavia se dejó caer en la silla y miró a su madre. ¿Antonio? ¿Iba a casarse con Marco Antonio? El asombro fue seguido por un lento calor que fue invadiendo su cuerpo. En un tris sus párpados descendieron para ocultar sus ojos a Atia, que, acabado el llanto, comenzó a explotar.

—¡Antonio! —gritó Atia lo bastante fuerte como para hacer que los sirvientes aparecieran a la carrera sólo para ser despedidos por un gesto impaciente—. ¡Antonio! ¡Un aburrido, un buitre, oh, no hay palabras para describirlo!

Mientras Octavia pensaba: «¿Seré afortunada por fin, tendré al hombre que quiero como esposo? Gracias, gracias, pequeño Cayo.»

—¡Antonio! —rugió Atia con restos de espuma en las comisuras de los labios—. ¡Queridísima niña, debes reunir el coraje para decir que no! ¡No a él y no a mí malvado hijo!

Mientras tanto, Octavia pensaba: «He soñado con él durante tanto tiempo, sin esperanzas, tristemente. Antonio, cuando él estaba en Italia y venía a visitar a Marcelo, yo buscaba excusas para estar presente.»

—¡Antonio! —aulló Atia, y golpeó los puños contra los brazos de la silla, bum bum bum—. ¡Ha engendrado más bastardos que cualquier otro hombre en la historia de Roma! ¡No hay ni una pizca de fidelidad en él!

Mientras Octavia pensaba: «Yo me sentaba y me deleitaba mirándolo, hacía ofrendas para que él no tardase en visitarnos de nuevo. Sin embargo, siempre tuve mucho cuidado en no manifestarme. ¿Y ahora esto?»

—¡Antonio! —gimió Atia, las lágrimas corriendo otra vez por sus mejillas

cuando la dominaba de nuevo la impotencia—. ¡Podría suplicar hasta el año que viene, y el traidor de mi hijo no me escucharía!

Mientras tanto Octavia pensaba: «Seré para él una buena esposa, seré lo que él quiera que sea, no me quejaré de las amantes ni suplicaré acompañarlo cuando él regrese a Oriente. ¡Tantas mujeres, todas mucho más experimentadas que yo! Se cansará de mí, lo sé en lo más profundo de mí ser, pero nada podrá quitarme nunca los recuerdos de mi tiempo con él cuando se acabe. El amor comprende, el amor perdona. Fui una esposa para Marcelo, y lo he llorado como hace una buena esposa. Pero ruego a todas las diosas romanas de las mujeres para que Marco Antonio me dure el resto de mi vida, porque él es mi verdadero amor. Después de él, no podrá haber otro. Nadie»...

—Calla, mamá —dijo Octavia en voz alta, con los ojos bien abiertos y brillantes—. Haré lo que dice mi hermano y me casaré con Marco Antonio.

—Pero ¡tú no estás en las manos de Cayo, tú eres sui iuris! —Entonces Atia reconoció la mirada en aquellos espléndidos ojos aguamarina y se quedó boquiabierta— Ecastor! —exclamó débilmente—. ¡Estás enamorada de él!

—Si es amor desear su caricia y su buena estima, entonces lo estoy —respondió Octavia—. ¿Sabes cuándo se producirá?

—Según Filipo, Antonio y tu despiadado hermano han hecho un pacto en Brundisium por el que no habrá guerra civil. Todo el país está delirante de alegría, motivo por el cual la pareja ha decidido ofrecer todo un espectáculo en su viaje a Roma. Por la Vía Apia a Teanum, luego por la Vía Latina. Al parecer, no llegarán aquí hasta finales de octubre. El casamiento tendrá lugar muy poco después. —El rostro de la madre se retorció—. ¡Oh, por favor, querida hija, niégate! ¡Eres sui iuris, tu destino está en tus propias manos!

—Lo aceptaré con alegría, por mucho que digas o por mucho que me supliques. Sé cómo es Antonio, y eso no tiene ninguna importancia. Siempre ha tenido amantes porque nunca ha estado casado con una esposa que le satisficiera. Míralas —prosiguió Octavia, cada vez más ardiente—. Primero Fadia, la hija analfabeta de un comerciante de todo, desde esclavos hasta trigo. Nunca la vi, por supuesto, pero al parecer era tan poco atractiva como aburrida. Pero Antonio no se divorció, sencillamente porque no iba nunca por casa. Le dio un hijo y una hija, por lo que dicen, dos chicos muy inteligentes. Que Fadia y sus hijos murieran de parálisis estival no se le puede atribuir a Antonio. Luego vino Antonia Hybrida, hija de un hombre que torturaba a sus esclavos. Dicen que también ella torturaba a sus esclavos, pero que Antonio «le quitó la costumbre de una paliza». ¿Puedes condenar a Antonio por curar a su esposa de tan horrible hábito? La recuerdo vagamente, y también a la hija. Una pobre niña fea y gorda y, peor aún, un tanto retrasada.

—Eso pasa por casarse entre parientes cercanos —señaló Atia con un tono severo—. Antonia Menor tiene ahora dieciséis años, pero nunca encontrará un marido, ni siquiera uno de baja cuna. —Atia se sorbió los mocos—. ¡Las mujeres son tontas! Antonia Hybrida cayó en una depresión después de que Antonio se divorciase de ella, algo que hizo con crueles palabras. No obstante, ella lo amaba. ¿Ése es el destino que quieres? ¿Lo es?

—Si Antonia Hybrida amó a Antonio o no, mamá, no es lo importante. El hecho es que ella no era una esposa adecuada para él. Sin embargo, pese a todas sus faltas, Fulvia sí que lo era. Sus problemas los atribuyó a su enorme riqueza, al estado de sui iuris que tú no dejas de recalcar, y a su primer esposo, Publio; Clodio. Él la alentó a hacer su voluntad en el foro, a tener una conducta que no se condena en las mujeres de alta cuna. Pero ella no fue tan mala hasta después de Filipos, cuando descubrió que Antonio se quedaría en Oriente durante años y no pensaba viajar a Roma. Su liberto Manió la convenció. Y también a Lucio | Antonio. Pero fue ella la que pagó el precio, no Lucio.

—Estás decidida a buscar excusas —dijo Atia con un suspiro.

—No son excusas, mamá. Lo que quiero decir es que ninguna de las esposas de Antonio fue una buena esposa. Pretendo ser la esposa perfecta, la clase de esposa que Catón el Censor i hubiese aprobado, aquel viejo machista. Los hombres tienen prostitutas y amantes para su gratificación física, la clase de alivio que no pueden obtener de sus esposas porque se supone que las esposas no saben cómo complacer a un hombre físicamente. Las esposas que saben cómo gratificar a un hombre son sospechosas. Como una esposa virtuosa, no me comportaré de manera diferente o mejor que cualquier otra esposa virtuosa. Pero me aseguraré de que cada vez que vea a Antonio sea una persona educada, interesante y también placentera con la cual pasar el tiempo. Después de todo, me crié en una casa política donde escuchaba a hombres como Divus Julius y Cicerón y estoy excepcionalmente bien educada. También seré una madre maravillosa para sus hijos.

—¡Ya eres una madre maravillosa para sus hijos! —replicó Atia agriamente después de haber escuchado ese discurso con desesperación—. Supongo que en el momento en que te cases exigirás hacerte cargo de aquel horrible niño. Cayo Curio. Te volverá loca.

—No ha nacido el niño que no pueda domar —afirmó Octavia.

Atia se levantó y se retorció sus nudosas manos artríticas.

—Diré esto de ti, Octavia, no eres tan indefensa como creía. Quizá hay más de Fulvia en ti de lo que crees.

No, soy muy diferente —dijo Octavia con una sonrisa—, aunque sí sé lo

que intentas decir. Lo que olvidas, mamá, es que soy hermana del pequeño Cayo, y eso significa que soy una de las mujeres más inteligentes que Roma ha producido. La calidad de mi mente me ha dado una confianza que mi vida hasta el momento no me ha permitido mostrar a nadie, desde Marcelo hasta ti. Pero el pequeño Cayo sabe muy bien lo que hay dentro de mí. ¿Crees que él no sabe lo que siento por Marco Antonio? ¡No hay nada que el pequeño Cayo pase por alto! Tampoco hay nada que no utilice para mejorar su propia carrera. Él me ama, mamá. Eso tendría que decírtelo todo. ¿El pequeño Cayo me forzaría a un matrimonio que yo no quisiese? No, mamá, no.

Atia exhaló un suspiro.

—Bueno, ya que estoy aquí, me gustaría ver el contenido de tu guardería antes de que se haga todavía más grande. ¿Cómo está la pequeña Marcia?

—Comienza a mostrar sus verdaderos colores. Tiene un gran carácter. No se la podrá forzar a un matrimonio que no le agrade.

—He escuchado el rumor de que Escribonia está embarazada.

—Yo también. ¡Qué encantador! Su Cornelia es una niña muy agradable, por lo que imagino que este niño también tendrá buen carácter.

—Bueno, es demasiado pronto para saber si lleva en el vientre a un niño o a una niña —señaló Atia con un tono enérgico mientras caminaban hacia el sonido del llanto de bebés, risas de infantes y discusiones infantiles—. Aunque deseo que sea una niña por el bien del pequeño Cayo. Tiene una opinión tan alta de sí mismo que no aceptará de buen grado a un hijo y heredero de tal madre. Tan pronto como pueda se divorciará de ella.

«¡Gracias a los dioses por estar tan cerca de la guardería! Estamos entrando en terreno peligroso —pensó Octavia—. Pobre mamá, siempre en la periferia de la vida del pequeño Cayo, invisible, sin mencionar.»

VIII

En el momento en que la cabalgada llegó a Roma, Marco Antonio estaba de muy buen humor. Su recepción por las multitudes que bordeaban las carreteras hasta el último palmo del camino había sido delirante; tan delirante que había comenzado a preguntarse si Octavio había exagerado su impopularidad. Una sospecha acentuada cuando todos los senadores dentro de Roma en aquel momento salieron en masa y con toda la regalía a saludarlo a él y no a Octavio. El problema era que no podía estar seguro; resultaba demasiado evidente el alivio de Italia y Roma ante la desaparición de la amenaza de la guerra civil. Quizá era el pacto de Brundisium lo que había hecho que todos sus viejos partidarios se pusiesen de nuevo de su parte. De haber podido moverse disfrazado por Italia y Roma un mes antes, a lo mejor

hubiese escuchado críticas e insultos hacia él. Tal como estaban las cosas, titubeaba entre la duda y el entusiasmo, muy bien equilibrados, y maldecía a Octavio por lo bajo y menos que de costumbre.

La perspectiva de casarse con la hermana de Octavio no le preocupaba; es más, contribuía a su buen humor. Aunque sus ojos nunca se hubiesen posado en ella por propia voluntad para elegirla como esposa, siempre le había gustado; la encontraba físicamente atractiva, e incluso había envidiado la suerte de su amigo Marcelo al casarse con ella. Por Octavio se había enterado de que ella había tomado a su cargo a Antillo y Julio tras la muerte de Fulvia, cosa que reforzó su impresión de que ella era una buena persona, mientras que su hermano era malo. Eso ocurría a menudo en las familias; tenía el ejemplo de sí mismo contra Cayo y Lucio. Todos tenían el físico antoniano, pero manchado en el caso de Cayo por una cojera y en el de Lucio por la calva; sólo él había heredado la astucia juliana. Aunque había sembrado su simiente a diestro y siniestro, a Antonio le gustaban aquellos hijos a los que conocía, y acababa de tener una brillante idea para Antonia Menor, de la que se compadecía de una manera distante. De hecho, sus hijos ocuparon más su mente a medida que se acercaba a Roma de lo que lo hacía habitualmente, porque encontró una carta de Cleopatra que lo esperaba allí.

Mi querido Antonio:

Te escribo ésta en los idus de Sextilis, en medio de un tiempo tan magnífico que desearía que pudieses estar aquí para disfrutarlo conmigo, y con Cesarión, que te envía su amor y sus buenos deseos. Crece a pasos agigantados y su contacto con hombres romanos (especialmente tú) ha sido de un gran beneficio para él. Ahora mismo lee a Polibio, y ha dejado a un lado las cartas de Cornelia, la madre de los Graco: no hay guerras ni acontecimientos excitantes. Por supuesto, se sabe de corrido los libros de su padre.

No sé en qué lugar del mundo recibirás esta carta, pero antes o después lo harás. Uno escucha que estás en Atenas, un momento más tarde que estás en Éfeso, incluso que estás en Roma. No importa. Ésta es para darte las gracias por darle a Cesarión un hermano y una hermana. ¡Sí, he dado a luz a mellizos! ¿Se dan en tu familia? En la mía no. Estoy encantada, por supuesto. De un golpe has asegurado la sucesión y le has dado a Cesarión una esposa. ¡No es un milagro que el Nilo rebose de tan abundante!

«Qué bien me conoce —pensó para sí mismo—. Sabe que no leo las cartas largas, así que las tuyas son breves. ¡Bueno, bueno! Cumplí con mi deber espléndidamente. Nada menos que dos, una pareja de palomas. Pero para ella no son más que simples adjuntos para propulsar a Cesarión. Su pasión por el hijo de César no conoce límites.»

Le escribió una carta de respuesta en el acto.

Querida Cleopatra:

Qué magnífica noticia. No uno, si no dos pequeños antonianos para seguir al hermano mayor Cesarión de la manera que mis hermanos me siguieron. Dentro de muy poco me casaré con Octavia, la hermana de Octavio. Una agradable mujer, también muy hermosa. ¿La conociste en Roma? Resolverá mis dificultades con Octavio por el momento y pacificará al país, que no está dispuesto a soportar otra guerra civil; tampoco, por lo que dijo Mecenas, lo hará Octavio. Eso debería significar que yo puedo marchar y aplastar a Octavio, pero los soldados forman parte de una conspiración nacional para declarar ilegal la guerra civil. Las mías no lucharán contra las de él, y las tuyas no lucharán contra las mías. Sin unas tropas dispuestas, un general es tan impotente como un eunuco en un harén. Hablando de potencia, en algún momento tendríamos que acostarnos de nuevo. Si me aburro, permanece atenta a mi llegada a Alejandría para disfrutar de una vida inimitable.

Bien. Eso bastaría. Antonio vertió un pequeño charco de cera roja fundida al pie de la única página del papiro faniano y apretó en ella su anillo de sello: Hércules invicto en el centro, IMP. M. ANT. TRI. a su alrededor. Se lo había mandado hacer después de aquella conferencia en la isla fluvial en la Galia Cisalpina. Lo que él deseaba era la oportunidad de escribir M. ANT. a DIV. ANT. por Divus Antonius, pero eso no podría ser mientras Octavio existiese.

Por supuesto, tendría que ir a la domus Hortensia para la fiesta de sus hombres antes de la boda y encontró la complacencia de Octavio tan irritante que no pudo evitar hacer un comentario con renovada inquina.

—¿Cuál es tu opinión de Salvidieno? —le preguntó a su anfitrión. Octavio pareció encantado ante la mención del nombre. «Creo que de verdad es un mariconazo», pensó Antonio.

—¡Es el mejor de todos los tipos! —exclamó Octavio—. Lo está haciendo muy bien en la Galia Transalpina. Tan pronto como pueda librarlas, tendrás tus cinco legiones. Los belovacos están causando muchos problemas.

—Oh, todo eso lo sé. ¡Qué tonto eres, Octavio! —dijo Antonio con un tono de desprecio—. El mejor de todos los tipos está negociando conmigo cambiar de bando en nuestra no guerra casi desde que llegó a la Galia Transalpina.

El rostro de Octavio no transmitió nada, ni asombro ni honor; incluso cuando había brillado de afecto por Salvidieno, los ojos no habían participado de verdad. ¿Alguna vez lo hacían?, se preguntó Antonio, incapaz de recordar que lo hubiesen hecho ni una sola vez. Los ojos nunca te decían lo que pensaba de verdad sobre cualquier cosa. Sencillamente observaban. Observaban el comportamiento de todos, incluido a sí mismo, como si ellos y

la mente detrás de ellos estuviesen a una distancia de veinte pasos de su cuerpo. ¿Cómo podían dos ojos tan luminosos ser tan opacos?

Octavio habló con naturalidad, incluso de una manera diferente.

—¿Crees, Antonio, que su conducta se puede considerar traicionera?

—Depende de cómo lo mires. Cambiar de alianza de un romano de buena posición a otro de igual rango podría ser traicionero, pero no es una traición. Sin embargo, si dicha conducta está dirigida a incitar a la guerra civil entre dos iguales entonces sí que es claramente una traición —señaló Antonio que comenzaba a divertirse.

—¿Tienes alguna prueba tangible que sugiera que Salvidieno deba ser llevado a juicio por maiestas?

—Talentos de pruebas tangibles.

—¿Tú, si te lo pido, presentarías tus pruebas en el juicio?

—Por supuesto —contestó Antonio con fingida sorpresa—. Es mi deber para un compañero triunviro. Si es convicto, tú te verás privado de un buen general de tropas; algo afortunado para mí, ¿no? Eso, naturalmente, en el caso de que hubiese una guerra civil. Porque yo no lo alistaría en mis filas, Octavio, y mucho menos lo tendría como mi legado. ¿Fuiste tú quien dijo que se podía utilizar a los traidores, pero que nunca se podía confiar en ellos, o fue tu divino papaíto?

—Quien lo dijo no importa. Salvidieno debe marchar.

—¿A través de la Estigia o a un exilio permanente?

—A través de la Estigia. No obstante, después del juicio en el Senado. No en comida. Demasiado público. En el Senado, a puerta cerrada.

—¡Algo muy sensato! Sin embargo, algo difícil para ti. Tendrás que enviar a Agripa ahora a la Galia Transalpina que forma parte oficial del triunvirato. Si fuese mía, podría mandar a uno entre varios: por ejemplo, a Pollio. Ahora podré enviar a Pollio a relevar a Censorino en Macedonia, y a Ventidio para que mantenga a raya a Labieno y a Pacoro hasta que pueda ocuparme de los partos en persona —manifestó Antonio, que hizo girar el cuchillo en la herida.

—¡No hay absolutamente nada que te impida tratar con ellos en persona de inmediato! —replicó Octavio con un tono cáustico—. ¿Qué, tienes miedo de ir demasiado lejos de mí, de Italia y de Sexto Pompeyo, en ese orden?

—¡Tengo buenas razones para mantenerme cerca de los tres!

—¡No tienes absolutamente ninguna razón! —replicó Octavio—. No iré a la guerra contra ti bajo ninguna circunstancia, aunque iré a la guerra contra

Sexto Pompeyo en el momento que pueda.

—Nuestro pacto te lo impide. —¡Una mierda! Sexto Pompeyo fue declarado enemigo público, aparece en las tablillas como hostis, según una ley de la que tú fuiste parte, ¿lo recuerdas? Ya no es gobernador de Sicilia o de ninguna otra parte, es un pirata. Como curator annonae de Roma, es mi deber atraparlo, ya que impide el libre transporte de trigo.

Sorprendido por la temeridad de Octavio, Antonio decidió dar por terminada la conversación, si así se la podía llamar.

—Buena suerte —dijo con un tono de ironía, y se alejó hacia donde estaba Paulo Lépido para verificar el rumor que corría de que Lépido, el hermano del triunviro, estaba a punto de casarse con la hija de Escribonia, Cornelia.

«Si es verdad, cree que es un tipo astuto —pensó Antonio—, pero no lo hará ascender ni un escalón más allá de su considerable dote. Octavio se divorciará de Escribonia tan pronto como derrote a Sexto, y eso significa que debo asegurarme de que ese día nunca llegue. Si Octavio consigue una gran victoria, toda Italia lo adorará. ¿Es el pequeño gusano consciente de que la única razón por la que me mantengo tan cerca de Italia es para mantener el nombre de Marco Antonio vivo a los ojos italianos? Por supuesto que sí.»

Octavio gravitó al lado de Agripa.

—Estamos de nuevo en problemas —dijo con voz triste—. Antonio me acaba de decir que nuestro querido Salvidieno ha estado en contacto con él durante meses con la intención de cambiar su alianza. —Sus ojos mostraban un color gris oscuro—. Confieso que fue todo un golpe. No creía que Salvidieno fuese tan tonto.

—Es un movimiento lógico para él, César. Es un pelirrojo de Picenum. ¿Cuándo alguien así ha sido digno de confianza? Se está muriendo por ser un pez grande en un mar grande.

—Eso significa que debo enviarte a ti a gobernar la Galia Transalpina.

Agripa pareció sorprendido.

—¡No, César!

—¿Quién más hay? También significa que no podré hacer nada contra Sexto Pompeyo en ningún momento cercano. La suerte está con Antonio, siempre lo está.

—Puedo visitar los astilleros entre Cosa y Genua mientras viajo, pero desde Genua cogeré la Vía Emilia Escaura hasta Placentia; no hay tiempo para seguir la costa todo el camino. César, César, pasarán dos años antes de que pueda volver a casa si hago el trabajo correctamente.

—Debes hacerlo correctamente. No quiero más alzamientos entre los «melenudos», y creo que Divus Julius se equivocó al permitir que los druidas continuasen con sus asuntos. Al parecer, la mayoría de ellos propician que haya descontento.

—¡Estoy de acuerdo! —El rostro de Agripa se iluminó—. Tengo una idea para mantener a los belgas en orden.

—¿Cuál? —preguntó Octavio, curioso.

—Instalar hordas de ubios germanos en la ribera gala del Rin. Todas las tribus, desde los nervios hasta los treviros estarán tan ocupados intentando apartar a los germanos de su propia orilla del río que no tendrán tiempo para rebelarse. —Mostró una expresión nostálgica—. Me encantaría imitar a Divus Julius cruzar a Germania.

Octavio se echó a reír.

—Agripa, si quieres darles una lección a los germanos suevos, estoy seguro de que lo harás. Por otro lado, necesitamos a los ubios, por lo tanto, ¿por qué no regalarles tierras más fructíferas? Son la mejor caballería que ha tenido Roma en su historia. Todo lo que puedo decir, mi querido amigo, es que estoy muy feliz de que me hayas escogido. Podría soportar la pérdida de centenares de Salvidienos, pero nunca podría soportar la pérdida de mi único y exclusivo Marco Agripa.

Agripa resplandeció, y en un gesto impulsivo tendió la mano para sujetar el antebrazo de Octavio. Sabía que él era hombre de César hasta la muerte, pero le encantaba ver que éste lo reconocía de palabra o de hecho.

—Lo más importante es a quién tendrás mientras yo esté de servicio en la Galia Transalpina.

—Estatilio Tauro, por supuesto. Sabino, supongo. Calvino, desde luego. Cornelio Galio es inteligente y de fiar siempre que no esté ocupado escribiendo algún poema. Caninas está en Hispania.

—Apóyate mucho en Calvino —fue la réplica de Agripa.

Como Escribonia, Octavia no consideraba correcto vestir de azafrán y rojo en su boda. Por eso, y porque tenía buen gusto, escogió un color que le sentaba bien, un turquesa pálido. Y con el elegante vestido llevaba un magnífico collar y los pendientes que Antonio le había regalado cuando él pasó por la casa del difunto Marcelo Menor para verla un día antes de la ceremonia.

—¡Oh, Antonio, qué hermoso! —susurró mientras miraba las joyas con asombro. Hecho de oro macizo, el collar se apoyaba como un collar estrecho, y estaba engastado con unas impecables turquesas—. Las piedras no tienen ninguna mancha oscura que estropee su azul.

—Pensé en ellas cuando recordé el color de tus ojos —dijo Antonio, complacido por su evidente deleite—. Cleopatra me las dio para Fulvia.

Ella no desvió la mirada, ni permitió que ni una fracción de luz desapareciese de aquellos ojos tan admirados.

—De verdad, son maravillosas —manifestó, y se puso de puntillas para besarle la mejilla—. Las llevaré mañana.

—Sospecho —prosiguió Antonio sin prestar atención— que no estaban a la altura de las exigencias de Cleopatra cuando se trata de joyas, ya que recibe un montón de regalos. Se podría decir que me da sus descartes. No recibí nada de su dinero —acabó él con un tono amargo—. Ella es una... ah, perdona.

Octavia sonrió de la misma manera que cuando el pequeño Marcelo se portaba mal.

—Puedes ser todo lo profano que quieras, Antonio. No soy una doncella a la que se deba proteger.

—¿No te importa casarte conmigo? —preguntó, convencido de que debía preguntar.

—Te he amado con todo mi corazón durante muchos años —respondió ella sin hacer ningún intento de ocultar sus emociones. El instinto le dijo que a él le gustaba ser amado, que lo predisponía a amar a su vez, y ella quería eso con desesperación.

—¡Nunca lo hubiese adivinado! —dijo él, asombrado.

—Por supuesto que no. Yo era la esposa de Marcelo, y leal a mis votos, amarte era algo para mí misma, separado de todo y muy íntimo.

Él notó la familiar sensación en el vientre, la reacción visceral que le advertía que se estaba enamorando. La fortuna estaba de su lado, incluso en eso. El día de mañana, Octavia le pertenecería. No necesitaba preocuparse de que ella mirase a otro hombre cuando no lo había mirado a él durante los siete años que había pertenecido a Marcelo Menor. No es que alguna vez se hubiese preocupado por cualquiera de sus esposas; las tres le habían sido fieles. Pero aquella cuarta era lo mejor del racimo. Elegante, culta, tranquila, de sangre juliana, una princesa republicana. Un hombre tendría que estar muerto para no sentirse atraído por ella. Él inclinó la cabeza y la besó en la boca, de pronto, muy hambriento de ella. El beso le fue devuelto con una sensación de mareo, pero antes de que pudiese consumir el deseo, ella se apartó.

—Mañana —dijo Octavia—. Ahora ven a ver a tus hijos.

La guardería no era una habitación muy grande, y a primera vista parecía repleta con niños pequeños. Su rápido ojo de soldado contó seis que

caminaban y uno que saltaba en un catre. Una adorable niña rubia de unos dos años le dio un puntapié en la espinilla a un niño moreno y apuesto de unos cinco. Él le replicó rápidamente con una bofetada-empujón con la palma de la mano que la hizo caer sobre el trasero con un golpe apenas audible antes de que comenzasen los gritos.

—¡Mamá, mamá!

—Si causas dolor, Marcia, debes esperar recibir lo mismo a cambio —dijo Octavia sin el menor rastro de bondad—. Ahora deja de chillar o te pegaré por comenzar algo que no puedes terminar.

Los otros cuatro, tres más o menos de la misma edad del niño pequeño y uno un poco más joven que la pequeña rubia, habían visto a Antonio y permanecían con las bocas abiertas, como hacía Marcia, la que había propinado el puntapié, y su víctima, a la que Octavia presentó como Marcelo. A los cinco años, Antillo tenía vagos recuerdos de su padre, pero no estaba seguro de que aquel gigante fuese realmente su padre hasta que Octavia le aseguró que sí lo era. Entonces él sencillamente miró, demasiado asustado para tender sus brazos para un abrazo. Julio, que aún no tenía dos años, se echó a llorar sonoramente cuando el gigante avanzó hacia él. Octavia lo cogió con grandes risas y se lo entregó a Antonio, que muy pronto lo hizo sonreír. En aquel momento, Antillo tendió los brazos para el abrazo, y también fue cogido.

—Son unos niños muy bonitos, ¿verdad? —preguntó ella—. Serán tan grandes como tú cuando crezcan. La mitad de mino puede esperar a ver cómo serán con coraza y botas, y la otra mitad lo teme, porque entonces ya estarán fuera de mis cuidados.

Antonio respondió algo, pero su mente estaba en otra parte; era Marcia quien lo intrigaba. ¿Marcia? ¿Marcia? ¿Quién era ella, y por qué llamaba mamá a Octavia? Aunque, observó, Antillo y Julio también la llamaban mamá. Aquél que estaba en el catre, rubio como Marcia, era su propia hija, Cellina, según fue informado. Pero ¿de quién era Marcia? Tenía el aspecto juliano, de lo contrario la hubiese considerado una prima rescatada de algún oscuro destino por aquella mujer obsesionada por los niños. Porque claramente lo estaba.

—Por favor, Antonio, ¿puedo tener a Curio? —preguntó Octavia con una mirada de súplica—. No puedo tenerlo sin tu permiso, pero necesita con urgencia estabilidad y supervisión. Tiene casi once años y es un salvaje.

Antonio parpadeó.

—Puedes quedarte con el mocosito, Octavia. Pero ¿por qué quieres cargarte con otro niño?

—Porque es infeliz, y ningún niño de su edad debe serlo. Echa de menos a su mamá, y no hace caso a su pedagogo (un hombre muy ridículo e inapropiado para esa tarea), y la mayoría de las veces se le encuentra en el foro comportándose como un idiota. Otros dos años o más y estará robando bolsos.

Antonio sonrió.

—Bueno, Curio el Censor, su padre y amigo mío, hizo mucho de eso en sus días. Era un autócrata avaro y de mente estrecha que solía encerrar a Curio. Yo haré que lo suelte, pero crearemos un caos. Quizá tú eres lo que este Curio necesita.

—¡Oh, muchas gracias! —Octavia cerró la puerta de la guardería y se escuchó un coro de protestas; al parecer ella pasaba más tiempo con ellos cuando no venía, y por eso culpaban al gigante, incluso Antillo y Julio.

—¿Quién es Marcia? —preguntó Antonio.

—Mi hermanastra. Mamá me tuvo a mí, su primera hija, a los dieciocho, y a Marcia, a los cuarenta y cuatro.

—¿Quieres decir que es hija de Atia y Filipo Júnior?

—Sí, por supuesto. Ella vino a mí cuando mamá no pudo cuidarla adecuadamente. Las articulaciones de mamá están hinchadas y le duelen muchísimo.

—Pero ¡Octavio nunca mencionó su existencia! Sé que finge que su madre está muerta, pero una hermanastra. Dioses, esto es ridículo.

—En realidad, dos hermanastras. No olvides que nuestro padre tuvo a una hija con su primera esposa. Ahora tiene cuarenta años.

—¡Sí, pero...! —Antonio continuó sacudiendo la cabeza como un boxeador que ha recibido demasiados golpes.

—¡Oh, vamos, Antonio, tú conoces a mi hermano! Aunque lo quiero muchísimo, veo sus faltas. Es demasiado consciente de su posición como para querer una hermanastra veinte años menor. ¡Qué indigno! Además, siente que Roma no lo tomará en serio si su juventud se ve reforzada por una hermana pequeña que es de conocimiento público. No ayudó que Marcia fuese concebida tan poco después de la muerte de nuestro pobre padrastro. Roma ha perdonado a mamá su desliz hace mucho tiempo. Pero César nunca lo hará. Además, Marcia vino a mí antes de que pudiese caminar, y las personas pierden la cuenta. —Se echó a reír—. Aquellos que conocen a los miembros de mi guardería creen que es mía porque se parece a mí.

—¿Danto amas a los niños?

—Amores una palabra demasiado pequeña, demasiado abusada y mal

utilizada. Daría mi vida por un niño, así como suena.

—Sin importar de quién sea el niño.

—Así es. Siempre he creído que los niños son la oportunidad para que las personas hagan algo heroico con sus vidas, procurar ver que todos sus propios errores han de ser rectificados para no repetirlos.

Al día siguiente, los sirvientes del difunto Marcelo Menor llevaron a los niños al palacio de mármol de Pompeyo Magno en el Carinae, aquellos destinados a quedarse y atender la casa de Marcelo Menor lloraban porque perdían a la señora Octavia. La casa que ahora debían cuidar pertenecía al pequeño Marcelo, pero no podría vivir en ella durante muchos años. Antonio, que era el albacea del testamento, había decidido no alquilarla, pero su secretario, Lucilio, era un estricto supervisor y encargado. Ninguna oportunidad para el ocio y dejar que la casa decayese.

Al anochecer, Antonio llevó a su nueva esposa a través del umbral del palacio de Pompeyo, una casa que había visto a Pompeyo llevar a Julia sobre aquel mismo umbral para vivir seis años de gloria que habían acabado con su muerte en el parto. «Que no sea ése mi destino», pensó Octavia, sin aliento ante la facilidad con que su marido la había alzado y luego depositado en el suelo para recibir el fuego y el agua, pasar a las manos de ella y, por lo tanto, asumir su posición como señora de la casa. Lo que parecían ser un centenar de criados miraron, suspiraron y exclamaron, para después dedicarle un suave aplauso. La reputación de la señora Octavia como la más bondadosa y comprensiva de las mujeres la había precedido. Los más viejos de entre ellos, especialmente el mayordomo Egon, soñaban que la casa florecería como había hecho con Julia; para ellos, Fulvia había sido exigente, pero poco interesada en los asuntos domésticos.

No había escapado a la atención de Octavia que su hermano parecía tan complacido como complaciente, aunque precisamente el porqué se le escapaba. Sí, él había confiado en cerrar la brecha al organizar aquel matrimonio, pero no sabía qué podía obtener de él, como era el caso de todos los que asistían a la ceremonia. Lo más atemorizador era el presentimiento de Octavia de que César contaba con su fracaso. «¡Bueno —se juró—, no fracasará por mi culpa!»

Su primera noche con Antonio fue puro placer, un placer mucho más grande que la suma de todas sus noches con Marcelo Menor. Que a su nuevo marido le gustaban las mujeres era evidente por la manera que la tocaba; murmuraba su propio deleite al estar cerca de ella. De alguna manera, él la despojó de las inhibiciones de toda una vida, dio la bienvenida a sus caricias y los pequeños ruidos de asombrado placer, dejó que ella lo explorase como si nunca hubiese sido explorado antes. Para Octavia, él era el amante perfecto,

sensual y sexual, y no, como había esperado, preocupado sólo por sus propios deseos. Las palabras de amor y los actos de amor se fundieron en un continuo placer tan maravilloso que lloró. En el momento en que se durmió, extasiada, hubiese muerto por él. Con la misma alegría que lo hubiese hecho por un niño.

Por la mañana comprendió que Antonio estaba afectado de la misma manera; cuando ella intentó levantarse para atender sus obligaciones, todo comenzó de nuevo, más hermoso por la ligera sensación de conocimiento y más satisfactorio por su aumentado conocimiento de lo que ella necesitaba, y él se sentía tan feliz de proveer.

«¡Oh, excelente! —pensó Octavio cuando vio a la pareja dos días más tarde en una cena ofrecida por Gneo Domitio Calvino—. Yo tenía razón, son tan opuestos que están encantados el uno con el otro. Ahora sólo tengo que esperar a que él se canse de ella. Lo hará. ¡Lo hará! Debo hacer ofrendas a Quirino para que él la deje por un amor extranjero, no por uno romano, y a Júpiter, mejor y más grande que Roma, que aprovechará su inevitable desencanto con mi hermana. ¡Míralo, rebosante de amor! Tan sentimental como una niña de quince años. ¡Cómo desprecio a las personas que sucumben a una enfermedad tan trivial y poco atractiva! A mí nunca me ocurrirá eso, lo sé. Mi mente controla mis emociones, no soy vulnerable a ese almibarado asunto. ¿Cómo puede Octavia caer ante su interpretación? Ella lo mantendrá cautivado durante al menos dos años, pero es poco probable más allá de eso. Su bondad y la dulzura de carácter son una novedad para él, pero él no es bueno ni de naturaleza dulce, su fascinación por la virtud pasará y luego desaparecerá en una típica tempestad de rechazo antoniano.

»Me pondré a trabajar infatigablemente para desparramar la palabra de este casamiento a todo lo largo y lo ancho, mandaré a mis agentes que hablen de él incesantemente en todas las ciudades, pueblos y municipios de Italia y la Galia Cisalpina. Hasta ahora, los he tenido defendiendo mi propio caso enumerando las perfidias de Sexto Pompeyo, describiendo la indiferencia de Marco Antonio al sufrimiento de su patria. Pero durante el próximo invierno dejarán de decir esas cosas y cantarán alabanzas no de esta unión en sí misma, sino de la señora Octavia, hermana de César y la encarnación de todo lo que debe ser una matrona romana. Levantaré estatuas de ella, todas las que me pueda permitir, y continuaré así hasta que la península gima bajo su peso. ¡Ah, ahora lo veo! Octavia, tan casta y virtuosa como deshonorada era Lucrecia; Octavia, más digna de respeto que una virgen vestal; Octavia, la domadora del irresponsable palurdo Marco Antonio; Octavia, la persona que ha salvado ella sola a su país de los males de la guerra civil. ¡Sí, Octavia Púdica debe tener todos los méritos! Para el momento en que mis agentes acaben con el asunto. Octavia Púdica estará tan cerca de ser una diosa como Cornelia, la madre de los Graco. De esa manera, cuando Antonio la abandone, todos los romanos e

italianos lo condenarán y le tildarán de bruto, despiadado monstruo regido por la lujuria.

»¡Oh, si pudiese ver el futuro! Si supiese la identidad de la mujer por la que Antonio abandonará a Octavia Púdica... Haré ofrendas a todos los dioses romanos para que ella sea alguien a quien todos los romanos e italianos puedan odiar, y odiar, y odiar, si es posible, y cambiar la culpa de la conducta de Antonio a su influencia sobre él. La haré parecer tan perversa como Circe, tan vana como Helena de Troya, tan maligna como Nedeia, tan cruel como Clitemnestra, tan letal como Medusa. Y si no es ninguna de éstas, la haré parecer así. Mandaré a mis agentes a que inicien otra campaña de rumores, crearé a un demonio de esta mujer desconocida de la misma manera que estoy a punto de crear a una diosa a partir de mi hermana.

»¡Hay muchas otras maneras para derribar a un hombre que no sea ir a la guerra contra él, qué desperdicio de vidas y prosperidad! ¡Cuánto dinero cuesta! El dinero se debe utilizar para la mayor gloria de Roma.

»¡Ten cuidado conmigo, Antonio! Pero no lo tendrás, porque crees que soy tan inútil como afeminado. No soy Divus Julius, no, pero soy un digno heredero de su nombre. Vela tus ojos, Antonio, sé ciego. Te atraparé, incluso a costa de la felicidad de mi amada hermana. Si Cornelia, la madre de los Graco, no hubiese tenido una vida atormentada por el dolor y la desilusión, las mujeres romanas no pondrían flores en su tumba. Así deberá ser por Octavia Púdica.

IX

Asombrada por la visión del triunviro Antonio y el triunviro Octavio, que caminaban juntos como viejos y queridos amigos, Roma se regocijó aquel invierno, y vivió ese acontecimiento como el comienzo de una edad dorada que, según los augures, llamaba a las puertas de la humanidad. Todo ello estuvo ayudado por el hecho de que las esposas del triunviro Antonio y el triunviro Octavio estaban embarazadas. Después de haber ascendido tan alto en el éter de la transfiguración creativa que no sabía cómo bajar, Virgilio escribió su cuarta égloga y anunció el nacimiento de un niño que salvaría al mundo. Los más cínicos apostaban a si sería el hijo del triunviro Antonio o el hijo del triunviro Octavio el niño escogido, y nadie se detenía a pensar en hijas. La Décima Era no la traería una niña, eso estaba muy claro.

No es que todo estuviese realmente bien. Se hablaba del juicio secreto de Quinto Salvidieno Rufo, incluso de que nadie, excepto los miembros del Senado, sabía cuáles eran las pruebas presentadas y lo que Salvidieno dijo mientras él y sus abogados ejercían la defensa. El veredicto causó asombro general; había pasado relativamente mucho tiempo desde que un romano había sido ejecutado por traición. Abundaban los exilios, las listas de proscritos, sí,

pero no un juicio formal en el Senado en que se aplicara la pena de muerte, que no se podía ejecutar en un ciudadano romano, de ahí el fiasco de, primero, quitar la ciudadanía y, después, la cabeza. Había existido un tribunal de traición, y aunque no funcionó durante años, aún aparecía en las tablillas. ¿Entonces a qué venía el secreto y por qué el Senado?

No había acabado el Senado de disponer de Salvidieno cuando Herodes ya exhibía sus prendas tinas púrpura y oro por las calles de Roma. Se había alojado en una posada en la esquina del Clivus Orbis, desde luego, el alojamiento más caro de la ciudad, y desde sus mejores habitaciones había comenzado a repartir dinero con generosidad a ciertos senadores necesitados. Su petición al Senado de que lo nombrasen rey de los judíos fue debidamente presentada en el Senaculum delante de un número de senadores que superaba por muy poco el quorum sólo gracias a sus generosos «donativos» y a la presencia de Marco Antonio a su lado. En cualquier caso, todo el asunto era hipotético porque Antígono era rey de los judíos con la aprobación de los partos y era poco probable que fuese destronado en un futuro próximo; partos o no, la gran mayoría de los judíos quería a Antígono.

—¿De dónde has conseguido todo este dinero? —preguntó Antonio mientras entraban en el Senaculum, un pequeño edificio adyacente al templo de la Concordia, al pie del monte Capitolino. El Senado recibía allí a los extranjeros, a quienes no se les permitía la entrada en la casa.

—De Cleopatra —respondió Herodes.

Las enormes manos se entrelazaron.

—¿Cleopatra?

—Sí. Qué tiene eso de sorprendente.

—Es demasiado avara para darle dinero a nadie.

—Pero su hijo no lo es, y él la gobierna. Además, he aceptado pagarle a ella con las ganancias del bálsamo de Jericó cuando sea rey.

—¡Ah!

Herodes recibió su senatus consultum que lo confirmaba oficialmente como rey de los judíos.

—Ahora todo lo que tienes que hacer es conquistar tu reino —dijo Quinto Delio mientras disfrutaba de una deliciosa cena; los cocineros de la posada eran famosos.

—¡Lo sé, lo sé! —replicó Herodes.

—No fui yo quien te robó Judea —dijo Delio con un tono de reproche—. ¿Entonces por qué la tomas conmigo?

—Porque tú estabas allí delante de mis narices comiendo ubre de cerda a razón de una gota de bálsamo de Jericó por bocado. ¿Crees que Antonio moverá el culo alguna vez para luchar contra Pacoro? Ni siquiera ha mencionado una campaña parta.

—No puede. Necesita no perder nunca de vista a aquel dulce muchacho, Octavio.

—¡Oh, eso lo sabe todo el mundo! —señaló Herodes, impaciente.

—Ya que hablamos de cosas dulces, Herodes, ¿qué ha pasado con tus ilusiones de casarte con Mariamne? ¿Antígono no se habrá casado ya con ella?

—Él no puede casarse con ella porque es su tío, y tiene demasiado miedo a sus parientes como para dársela a uno de ellos. —Herodes sonrió y se echó hacia atrás en la silla mientras palmeaba con las manos regordetas—. Además, él no la tiene; yo, sí.

—¿La tienes?

—Sí, me la llevé y la escondí poco antes de la caída de Jerusalén.

—¿No eres un tío listo? —Delio vio otro bocado exquisito. ¿Cuántas gotas de bálsamo de Jericó hay en estas ostras rellenas?

Éstos y varios incidentes más palidieron ante el verdadero y continuo problema al que Roma se había enfrentado desde la muerte de César: el suministro de trigo. Después de haber prometido fielmente ser bueno, Sexto Pompeyo había vuelto a asaltar las rutas marítimas y se llevaba los cargamentos de trigo antes de que la cera del pacto de Brundisium estuviese seca del todo. Se hizo cada vez más atrevido, y llegó a enviar destacamentos a la costa italiana allí donde había almacenamiento de trigo, y lo robaba de donde nadie creía que lo hiciese. Cuando el precio del grano público subió hasta los cuarenta sestercios para una ración de seis días, estallaron los disturbios en Roma y en todas las ciudades italianas. Se repartía trigo gratis para los ciudadanos más pobres, pero Divus Julius lo había cortado a ciento cincuenta mil beneficiarios al introducir unas regulaciones de recursos económicos. Pero eso, aullaban las furiosas multitudes, era cuando el trigo tenía un valor de diez sestercios el modius, no de cuarenta. La lista para el reparto de trigo gratis debía ser aumentada para incluir a las personas que no se podían permitir pagar el cuádruple del precio antiguo. Cuando el Senado no aceptó esta demanda, los disturbios se hicieron más graves que en cualquier otro momento desde los días de Saturnino.

Aquélla era una situación incómoda para Antonio, obligado a presenciar en primera persona el tema absolutamente crítico en que se había convertido el suministro de trigo, y consciente de que él, y nadie más, había permitido que

Sexto Pompeyo continuase con los asaltos.

Antonio contuvo un suspiro y abandonó todo pensamiento de utilizar doscientos talentos que había reservado para sus placeres en estos mismos placeres; los destinó a la compra de trigo suficiente para alimentar a otros ciento cincuenta mil ciudadanos, y, por lo tanto, se ganó la ilimitada adulación del Censo por Cabezas. ¿De dónde había salido ese dinero? Nada menos que de Pitodoro de Tralles. Antonio le había ofrecido aquel plutócrata su hija Antonia Menor —fea, obesa y lerda—, a cambio de doscientos talentos en efectivo, Pitodoro, todavía en sus mejores momentos, había aceptado la oferta en el acto y mugiendo como una ternera huérfana, Antonia Menor ya iba de camino a Tralles con algo llamado marido. Mugiendo como una vaca sin terneros, Antonia Hybrida procedió a contarle a toda Roma lo que le había sucedido a su hija.

—¿Qué cosa más despreciable has hecho! —gritó Octavio a Antonio.

—¿Despreciable? ¿Despreciable? Ante todo, ella es mi hija y puedo casarla con quien quiera —vociferó Antonio ante aquella nueva manifestación temeraria de Octavio—. En segundo lugar, el precio que recibí por ella ha alimentado al doble de ciudadanos durante un mes y medio. ¡Habla de ingratitud! Me podrías criticar, Octavio, cuando tengas una hija que pueda hacer la décima parte de lo que ha hecho la mía por el Censo de Cabezas.

—Gerrae! —exclamó Octavio despreciativamente—. Hasta que no vayas a Roma y veas por ti mismo lo que está pasando tienes la intención de quedarte con el dinero para pagar tus deudas cada vez más grandes. La pobre niña no tiene ni pizca de inteligencia que la ayude a comprender su suerte; al menos podrías haber enviado a su madre con ella, en lugar de dejar a la mujer en Roma llorando su pérdida a cualquier oído dispuesto a escuchar.

—¿Desde cuándo tienes sentimientos? Méntulam caco!

Mientras Octavio estaba asqueado ante aquella obscenidad, Antonio se marchó, dominado por una furia que incluso a Octavia le resultó difícil de aliviar.

En aquel momento, Gneo Asinio Pollio, al fin cónsul con todo su rango en virtud de haber asumido sus atribuciones, hacer su ofrenda y jurar el cargo, apareció en escena. Se había preguntado qué podía hacer para ennoblecer dos meses de cargo, y ahora tuvo la respuesta: conseguir que Sexto Pompeyo tomase conciencia de la situación. Una cierta justicia le decía que ese hijo menor de un gran hombre tenía algo de derecho de su parte: tenía diecisiete años cuando su padre fue asesinado en Egipto, no había cumplido los veinte cuando su hermano mayor murió en Munda, él había tenido que permanecer impotente mientras un Senado y un pueblo vengativo lo obligaban a una vida

fuera de la ley al negarle la oportunidad de recuperar la fortuna de la familia. Todo lo que hubiese hecho falta para evitar esta actual y terrible situación era un decreto senatorial que le permitiese regresar a casa y heredar la posición y la fortuna de su padre. Pero lo primero había sido deliberadamente manchado para aumentar la reputación de sus enemigos y lo segundo había desaparecido hacía tiempo en el pozo sin fondo del financiamiento de la guerra civil.

«Sin embargo —pensó Pollio, que citó a Antonio, a Octavio y a Mecenas a una reunión en su casa—, puedo intentar que nuestros triunviros vean que es necesario hacer algo positivo.»

—Si no es así —dijo mientras bebía vino aguada en su sala de negociaciones— no pasará mucho tiempo antes de que todos los presentes en esta habitación acaben muertos a manos de la masa. Dado que la masa no tiene idea de gobernar, aparecerá un nuevo grupo de amos de Roma; hombres cuyos nombres ni siquiera puedo adivinar ascenderán muy alto desde tales profundidades. Esto no es algo que quiera como final de mi vida. Lo que quiero es retirarme, con la frente cubierta de laureles, para escribir una historia de nuestros tiempos turbulentos.

—Una frase muy bien dicha —murmuró Mecenas cuando sus dos superiores no dijeron nada en absoluto.

—¿Qué estás diciendo exactamente, Pollio? —preguntó Octavio después de una larga pausa—. ¿Qué nosotros, que hemos sufrido a este irresponsable ladrón durante años, hemos visto los cofres del tesoro vacíos debido a sus actividades, debemos callarnos y alabarlos? ¿Decirle que todo está perdonado y que puede volver a casa? Bah.

—Veamos —dijo Antonio con aspecto de hombre de Estado—. Es un poco duro, ¿no? La opinión de Pollio de que Sexto no es tan malo tiene algo de justicia. Personalmente, creo que Sexto ha sido un tanto maltratado, de aquí mi renuencia, Octavio, a aplastar al chico; quiero decir al joven.

—¡Hipócrita! —gritó Octavio, más furioso de lo que cualquiera de los presentes lo hubiese visto—. Es muy fácil para ti ser bondadoso y comprensivo, haragán, que pasas tus inviernos entregado a la lujuria y a las francachelas mientras yo lucho para alimentar a cuatro millones de personas. ¿Dónde está el dinero que necesito para hacer eso? Vaya, en las cajas de ese patético, pobre e injustamente maltratado muchacho. ¡Porque bóvedas debe de tener, ya que me ha quitado tanto! Cuando me exprime, Antonio, exprime a Roma e Italia.

Mecenas apoyó una mano en el hombro de Octavio; parecía gentil, pero los dedos se clavaron tan fuerte que Octavio hizo una mueca y la apartó.

—No he pedido que vengas hoy aquí a escuchar lo que Son esencialmente

diferencias personales —afirmó Pollio con tono fuerte—. Os he pedido que vengáis para ver si entre todos podemos encontrar la manera de tratar con Sexto Pompeyo que sea considerablemente más barata que una guerra en el mar. La respuesta es la negociación, no el conflicto. Esperaba de ti que fueses uno de los que lo comprendiese, Octavio.

—Antes haría un pacto con Pacoro para darle todo Oriente —replicó Octavio.

—Comienza a parecer como si no quisieses una solución —dijo Antonio.

—¡Quiero una solución! ¡La única! Que es: quemar hasta el último de sus barcos, ejecutar a sus almirantes, vender a sus tripulaciones y soldados como esclavos y dejarlo libre para que emigre a Escitia. Porque hasta que no admitamos que es eso lo que debemos hacer, Sexto Pompeyo continuará matando de hambre a Roma e Italia a su capricho. Ese desgraciado no tiene sustancia ni honor.

—Propongo, Pollio, que enviemos una embajada a Sexto y le pida que se reúna con nosotros en una conferencia en... ¿Puteoli? Sí, Puteoli parece un buen lugar —dijo Antonio, que rebosaba buena voluntad.

—Estoy de acuerdo —afirmó Octavio en el acto, algo que sorprendió a todos, incluido Mecenas. ¿Su estallido había sido algo calculado en lugar de espontáneo? ¿Qué se traía entre manos?

Poco después, Pollio cambió de tema, después de que Octavio aceptase ir a la conferencia en Puteoli sin discusión.

—Será algo que te tocará a ti, Mecenas —dijo Pollio—. Pretendo marchar de inmediato a mi proconsulado en Macedonia. El Senado puede tener nombrados *suffectus consulis* para el resto del año. Un *nundinum* en Roma es suficiente para mí.

—¿Cuántas legiones quieres? —preguntó Antonio, aliviado de discutir algo indiscutible en sus límites.

—Creo que seis me bastarán.

—¡Bien! Eso significa que puedo darle a Ventidio once para que se las lleve a Oriente. Podrá contener a Pacoro y Labieno donde están por el momento. —Antonio sonrió—. Ventidio, un viejo y buen muletero.

—Quizá mejor de lo que crees —señaló Pollio con un tono seco.

—Me lo creeré cuando lo vea. No brilló exactamente mientras mi hermano estaba atrapado en Perusia.

—Tampoco yo, Antonio —replicó Pollio—. Quizá nuestra inactividad se debió a que cierto triunviro no respondió sus cartas.

—Me marchó, si no os importa —dijo Octavio y se levantó—. La mera mención de cartas es suficiente para recordarme que debo escribir un centenar de ellas. Es en momentos como éste cuando deseo tener la capacidad de Divus Julius para mantener ocupados a cuatro secretarios a la vez.

Octavio y Mecenas se marcharon. Pollio miró a Antonio con expresión de furia.

—Tu problema, Marco, es que eres perezoso y chapucero —dijo con un tono amargo—. Si no te levantas pronto de tu podex y haces algo, quizá encuentres que es demasiado tarde para hacerlo.

—Tu problema, como Pollio, es que eres un quisquilloso.

—Planeo se queja, y él encabeza una facción.

—Pues deja que se queje en Éfeso. Cuanto antes se vaya a gobernar la provincia de Asia, mejor.

—¿Qué pasa con Ahenobarbo?

—Puede continuar gobernando Bitinia.

—¿Qué hay de los clientes-reinos? Deiotaro está muerto y Galacia está en la ruina.

—Oh, no te preocupes, tengo algunas ideas —respondió Antonio, complacido, para después bostezar—. ¡Dioses, cómo odio Roma en invierno!

X

El pacto de Puteoli con Sexto Pompeyo se concluyó a finales de verano. Lo que Antonio creyó que él no divulgaría, pero que Antonio sabía, era que Sexto no se comportaría como un hombre honorable; en el fondo, era un señor picentino convertido en un pirata e incapaz de mantener su palabra. A cambio de aceptar el libre paso del trigo a Italia, Sexto recibió el reconocimiento oficial como gobernador de Sicilia, Cerdeña y Córcega; también recibió el Peloponeso griego, mil talentos de plata y el derecho a ser elegido cónsul dentro de cuatro años, con Libo como su sucesor al año siguiente. Una farsa, como comprendían todos los que tenían un cerebro más grande que un guisante. «Cómo te debes de estar riendo, Sexto Pompeyo», pensó Octavio acabadas las discusiones.

En mayo, Escribonia, la mujer de Octavio, dio a luz una niña a la que Octavia llamó Julia. A finales de junio, Octavia dio a luz una niña, Antonia.

Una de las cláusulas del contrato con Sexto Pompeyo decía que los exiliados que aún quedaban podían regresar a casa. Eso incluía al exclusivo Tiberio Claudio Nerón, que no había considerado que el pacto de Brundisium le ofreciera suficiente protección. Por consiguiente, había permanecido en

Atenas hasta entonces, cuando decidió que podía regresar a Roma con relativa impunidad. Fue difícil, porque la fortuna de Nerón había disminuido a unos niveles alarmantes. Parte de culpa la tenía él, porque había invertido imprudentemente en las compañías publicani que cobraban los impuestos de la provincia de Asia, y fueron expulsados después de que Quinto Labieno y sus mercenarios partos invadiesen Caria, Pisidia y Lycia, las más fructíferas. Pero, por otra parte, no era culpa suya, salvo que un hombre más inteligente hubiese permanecido en Italia para acrecentar su fortuna en lugar de huir y dejarla a disposición de libertos griegos sin escrúpulos y banqueros ineptos.

Por lo tanto, el Tiberio Claudio Nerón que regresó a casa a principios de otoño estaba tan empobrecido que resultó ser una ruin compañía para su esposa. Sus recursos pecuniarios sólo alcanzaban para alquilar una litera y un carro abierto para el equipaje. Aunque le había dado permiso a Livia Drusilia para compartir la litera, ella lo rechazó sin argumentar ninguna de sus razones: una, que los porteadores eran un grupo de hombres esqueléticos que apenas si tenían fuerzas para levantar la litera con Nerón y su hijo a bordo, y dos, que detestaba estar cerca de su marido y de su hijo. Mientras el grupo viajaba a paso de marcha, Livia Drusilia caminaba. El tiempo era precioso: un sol cálido, una brisa fresca, abundancia de sombra, el delicioso perfume de la hierba tostada y de las aromáticas hierbas que los campesinos plantaban para espantar a los insectos durante el invierno. Nerón prefería ir por la carretera, mientras que Livia Drusilia utilizaba el margen, donde las margaritas creaban una alfombra blanca para sus pies y las manzanas tempranas y las últimas peras se podían arrancar de los árboles situados fuera de los huertos. Siempre que no se perdiese de la vista de Nerón, en la litera, el mundo era suyo.

En Teanum Sidicinum dejaron la Vía Apia para seguir por la Vía Latina, que iba tierra adentro; aquellos que continuaban viaje a Roma por la Vía Apia a través de los pantanos Pontinos arriesgaban sus vidas, porque la región estaba infestada por el paludismo.

En las afueras de Fregellae se alojaron en una modesta posada que podía ofrecer un baño correcto, algo que Nerón ordenó con avidez.

—No vacíes el agua después de que mi hijo y yo hayamos acabado —ordenó—. Mi mujer la puede usar.

En su habitación, él la miró con el entrecejo fruncido; con el corazón acelerado, ella se preguntó si su rostro la había traicionado, pero permaneció, modesta y complaciente, para recibir lo que ella ya sabía, gracias a una larga experiencia, qué iba a hacer: una homilía.

—Nos acercamos a Roma, Livia Drusilia, y te pido que hagas todos los esfuerzos posibles para no gastar en exceso —le dijo—. El pequeño Tiberio necesitará un pedagogo el año que viene (un gasto muy inconveniente), pero te

corresponde a ti economizar lo suficiente mientras tanto para que no sea una carga. Nada de vestidos nuevos, nada de joyas, y de ninguna manera sirvientes especiales como peluqueros o maquilladoras. ¿Está bien claro?

—Sí, esposo —respondió Livia Drusilia, obediente y con un suspiro interior. Y no era porque no deseara tener peluqueros o maquilladoras, sino porque ansiaba con desesperación tener una vida tranquila, segura, libre de críticas. Quería un paraíso donde pudiese leer lo que deseara, o escoger una comida sin preocuparse por el coste, o no verse considerada responsable por inútiles gastos. Quería ser adorada, ver cómo los rostros vulgares se iluminaban con la mención de su nombre. Como Octavia, la exaltada esposa de Marco Antonio, cuyas estatuas se levantaban en los mercados de Beneventum, Tapua, Teanum Sidicinum. ¿Qué había hecho ella después de todo, excepto casarse con un triunviro? Sin embargo, la gente le cantaba como si fuese una diosa, rogaba que algún día la viesen viajar entre Roma y Brundisium. La gente no dejaba de hablar de ella, le atribuían la paz. ¡Oh por qué no era ella una Octavia! Pero ¿a quién le importaba la esposa de un noble patricio si su nombre era Tiberio Claudio Nerón?

Él la estaba mirando, extrañado; Livia Drusilia salió de su sueño con un respingo y se lamió los labios.

—¿Deseas decir algo? —le preguntó él con frialdad.

—Sí, esposo.

—¡Entonces habla, mujer!

—Estoy esperando otro bebé. Creo que otro hijo. Mis síntomas son idénticos a los que tuve con Tiberio.

Primero llegó la sorpresa y después el desagrado. Su boca se torció, apretó los dientes.

—¡Oh, Livia Drusilia! ¿No podrías haber hecho mejorías cosas? ¡No puedo permitirme un segundo bebé, menos todavía otro hijo! Será mejor que vayas a la Bona Dea y pidas la medicina tan pronto como estemos en Roma.

—Me temo que es un poco tarde para eso, domine.

—Cacat! —exclamó él con un tono feroz—. ¿Cuánto tiempo llevas?

—Creo que casi dos meses. La medicina se debe tomar dentro de las seis nundinae, y ya he cumplido las siete.

—Incluso así la tomarás.

—Desde luego.

—¡Todo son inconvenientes! —gritó él, que agitó los puños en el aire—.

¡Vete, mujer! ¡Vete y déjame bañar en paz!

—¿Todavía quieres que Tiberio te acompañe?

—¡Tiberio es mi alegría y consuelo, por supuesto que sí!

—¿Entonces puedo ir a dar un paseo para conocer la ciudad vieja?

—¡Por lo que a mí respecta, esposa, puedes tirarte por un precipicio!

Fregellae había sido una ciudad fantasma durante ochenta y cinco años, saqueada por Lucio Opimio por rebelarse contra Roma cuando la península estaba dividida en estados italianos mezclados con colonias de ciudadanos romanos. La injusticia de esta actuación había motivado finalmente a los estados italianos a unirse para intentar quitarse el yugo romano. La amarga guerra que había seguido había tenido muchas causas, pero había comenzado con el asesinato del abuelo adoptivo de Livia Drusilia, el tribuno de la plebe Marco Livio Druso.

Quizá porque ella sabía todo eso, con el corazón dolido y luchando para contener las lágrimas, su nieta caminó entre paredes derruidas y viejos edificios todavía en pie. ¡Oh, cómo se atrevía Nerón a tratarla de esa manera! ¿Cómo podía culparla a ella de su embarazo, ya que, de haber tenido la oportunidad, nunca hubiese entrado en su cama? Había descubierto que su marido la detestaba cada vez más desde Atenas; la esposa obediente no era menos obediente, pero detestaba cada momento de aquella obediencia.

Ella sabía de su abuelo, pero lo que ella no sabía era que cincuenta años antes Lucio Cornelio Sila había hecho este mismo paseo mientras se preguntaba por qué había habido aquella matanza, y miraba las rojas amapolas fertilizadas por la sangre italiana y romana, las delicadas cúpulas de cráneos con margaritas amarillas que salían de sus órbitas como ojos coquetos, y se había hecho a sí mismo la pregunta que ningún hombre había sido capaz de responder: ¿por qué vamos a la guerra contra nuestros hermanos? Como él, mientras caminaba, Livia Drusilia vio a un romano que avanzaba hacia ella a través de las lágrimas, y se preguntó si era real o irreal. Al principio buscó furtivamente un lugar donde esconderse, pero mientras él se aproximaba, ella se sentó en la misma base de la columna que Cayo Mario había utilizado como asiento y esperó a que el hombre llegase.

Vestía una toga con los bordes rojos y su cabellera era de color rubio oro; su paso era ágil y seguro, y el cuerpo, debajo de la amplia prenda, delgado y joven. Luego, cuando él estuvo a unos pocos pasos de ella, vio su rostro con claridad. Muy suave, hermoso, severo pero gentil, con ojos de plata bordeados d oro. Livia Drusilia lo miró, boquiabierta.

Octavio también había necesitado escapar; algunas veces las personas lo

cansaban, no importaba lo bien intencionadas de sus atenciones o lo indiscutible de su lealtad. La vieja Fregellae estaba cerca de Fabrateria Nova, la ciudad construida para reemplazarla. Disfrutando del sol, levantó su rostro hacia el cielo sin nubes y dejó vagar su mente sin dirección, algo que no hacía con frecuencia. Aquel lugar en ruinas tenía una extraña seducción, quizá debido a su tranquilidad: el zumbido de las abejas en lugar de las charlas humanas en el mercado, el débil canto de algún pájaro en lugar de los gritos de los vendedores. ¡Paz! ¡Qué hermosa, qué necesaria!

Podía haber sido porque había permitido a su mente aquel momento de libertad que lo invadió en la soledad; por una vez en su atareada vida fue consciente de que nadie estaba allí por él; oh, sí, Agripa, pero no era eso a lo que él se refería. Alguien pendiente sólo de él a la manera de una madre o una esposa aquel delicioso componente de feminidad y devoción desinteresada que Octavia le daba a Antonio o —¡maldita sea! — mamá le había dado a Filipo Júnior. Pero ¡no, él no pensaría en Atia y en su falta de castidad! Mejor pensar en su hermana, la mujer romana más dulce que hubiese existido. ¿Por qué un aburrido como Antonio recibía tanta felicidad? ¿Por qué no tenía él a su propia Octavia, por muy diferente que fuese de su propia hermana?

Tomó conciencia de que alguien caminaba entre los desolados trozos de piedra de Fregellae, una mujer que, al verlo, parecía dispuesta a escapar; luego, ella se sentó en la base de una columna, con lágrimas en sus mejillas resplandecientes debido a la fuerte luz. En un primer momento creyó que era una aparición, pero al hacer una pausa aceptó que era real. Un rostro encantador se volvió primero hacia él y después miró al suelo. Unas hermosas manos aletearon y después se cruzaron en el regazo; ninguna joya las adornaba, pero nada hablaba de sus humildes orígenes. Comprendió en sus huesos que aquélla era una gran señora. Algún instinto en su interior escapó de su jaula y gritó con tal éxtasis que de pronto él comprendió el mensaje divino: ella le había sido enviada, un divino regalo que él no podía rechazar. Casi le gritó en voz alta a su padre divino, luego sacudió la cabeza. «¡Háblale, rompe el hechizo!»

—¿Te molesto? —preguntó él con una maravillosa sonrisa.

—¡No, no! —exclamó ella, y se enjugó la última lágrima de su rostro—. ¡No!

Él se sentó a sus pies y la miró con una expresión cómica a aquellos sorprendentes ojos de pronto tiernos.

—Por un momento creí que eras la diosa del mercado —dijo él—, y ahora veo un dolor que puede ser el llanto por el destino de Fregellae. Pero no eres una diosa, todavía. Algún día te convertiré en una.

¡Eran unas palabras embriagadoras! Ella no lo comprendía, y lo consideró un tanto loco. Sin embargo, en un instante, en menos tiempo del que tarda en caer un rayo, ella se enamoró.

—Tengo un poco de tiempo —manifestó ella con un nudo en la garganta—, y quería ver las ruinas. Son tan pacíficas. ¡Cuánto deseo la paz! —Esto último lo dijo con pasión.

—Oh, sí, una vez que los hombres acaban con un lugar, desaparecen todos sus terrores. Emana la paz de los muertos, pero tú eres demasiado joven para estar preparándote para la muerte. Mi tío bisabuelo Cayo Mario encontró una vez a otro de mis tíos bisabuelos, Sila, aquí, en medio de la desolación. Algo así como un respiro. Ambos estaban ocupados en hacer otros lugares tan muertos como Fregellae.

—¿Tú también has hecho eso? —preguntó ella.

—No con intención. Prefiero construir a destruir. Aunque nunca reconstruiré Fregellae. Es mi monumento a ti.

¡Más locuras!

Bromeas, y yo soy un objeto que no lo merece.

—¿Cómo podría bromear cuando he visto tus lágrimas? ¿Por qué lloras?

—Autocompasión —contestó ella con toda sinceridad.

—La respuesta de una buena esposa. Tú eres una buena esposa, ¿no es así? Ella miró su sencilla alianza de oro.

—Procuro serlo, pero algunas veces es difícil.

—No lo sería, de ser yo tu marido. ¿Quién es él?

—Tiberio Claudio Nerón.

Su aliento siseó.

—¡Ah! Ése. ¿Y tú eres?

—Livia Drusilia.

—De una vieja y buena familia. También una heredera.

—Ya no. Mi dote ha desaparecido.

—Eso implica que Nerón la gastó.

—Sí, después de la huida. En realidad, soy una Claudia de los Neronos.

—Así que tu esposo es tu primo hermano. ¿Tienes hijos?

—Uno, de cuatro años. —Bajó las negras pestañas—. Otro en mi vientre.

Debo tomar la medicina —añadió. Ecastor, ¿por qué le había dicho eso a un absoluto desconocido?

—¿Quieres tomar la medicina?

—Sí y no.

—¿Por qué sí?

—No me gustan mi marido ni mi primer hijo.

—¿Y por qué no?

—Porque tengo el presentimiento de que no habrá más hijos de mi vientre. Bona Dea me habló cuando le hice una ofrenda en Capua.

—Acabo de venir de Capua, pero no te vi allí.

—Ni yo a ti.

Se hizo un silencio dulce y sereno, y en su periferia trinaban las alondras y los pequeños insectos cantaban en la hierba una parte intrínseca del mismo, como si incluso el silencio tuviese capas.

«Estoy aprisionada en un hechizo», pensó Livia Drusilia.

—Podría estar sentada aquí para siempre —dijo ella con voz ronca.

—Yo también, pero sólo si tú estás conmigo.

Temerosa de que él se moviera para tocarla y ella no tener la fuerza suficiente para apartarlo, rompió el hechizo con una voz brusca.

—Vistes la toga praetexta, pero eres demasiado joven. ¿Eso significa que eres uno de los compañeros de Octavio?

—No soy un compañero. Soy César.

Ella se levantó de un salto.

—¿Octavio? ¿Tú eres Octavio?

—Declino responder a ese nombre —manifestó él, pero no con furia—. Soy César Divi Filius. Algún día seré César Rómulo por un decreto del Senado ratificado por el pueblo. Cuando haya conquistado a mis enemigos y no tenga rival.

—Mi marido es tu enemigo jurado.

—¿Nerón? —Él se echó a reír, divertido de verdad—. Nerón no es nada.

—Es mi marido y árbitro de mi destino.

—Querrás decir que eres su propiedad. ¡Lo conozco! Demasiados hombres incluyen a sus esposas con las bestias y los esclavos. Es una gran pena, Livia

Drusilia. Yo creo que una esposa debe ser la máspreciada compañera de un hombre, no un objeto.

—¿Es así como consideras a tu esposa? —preguntó ella mientras él se levantaba—. ¿Cómo tu compañera?

—No a mi actual esposa. Ella no tiene inteligencia, pobre mujer. —Su toga estaba un tanto desarreglada; él acomodó los pliegues—. Debo marcharme, Livia Drusilia.

—Y yo, César.

Se volvieron para caminar en dirección a la posada.

—Voy de camino a la Galia Transalpina —dijo él en el cruce del camino—. Iba a ser una estancia prolongada, pero después de conocerte no lo podrá ser. Regresaré antes de que acabe el invierno. —Sus blancos dientes contrastaron con la piel bronceada cuando sonrió—. Cuando regrese, Livia Drusilia, me casaré contigo.

—Ya estoy casada, y soy fiel a mis votos. —Ella se irguió en toda su estatura con una dignidad conmovedora—. No soy Servilia, César. No romperé mis votos ni siquiera contigo.

—¡Por eso me casaré contigo! —Él tomó el desvío de la izquierda sin mirar atrás, aunque su voz fue claramente audible—. Sí, y Nerón nunca se divorciará de ti para que te cases con alguien como yo, ¿verdad? ¡Qué terrible situación! ¿Cómo se podrá resolver?

Livia Drusilia lo miró hasta que se perdió en la distancia. Sólo entonces recordó para qué servían los pies y comenzó a caminar. ¡César Octavio! Por supuesto eran un montón de tonterías; bien podía ser que él dijese las mismas cosas a todas las muchachas bonitas que encontraba. El poder hacía que los hombres se creyesen irresistibles; bastaba recordar cómo Marco Antonio había hecho lo imposible por conquistarla. El único problema de este razonamiento era que ella se había sentido asqueada de Antonio, pero se había enamorado de su rival, una mirada y había caído.

Cuando ella le había ofrecido huevos y leche a la serpiente sagrada que vivía en el santuario de Bona Dea, en Capua, ésta había salido de una grieta con sus resplandecientes escamas que el sol había convertido en oro para oler y, a continuación, beber la leche, engullir los dos huevos y, luego, levantar su cabeza en forma de cuña para mirarla con sus inmóviles ojos fríos. Ella le había devuelto la mirada sin miedo, la escuchó hablar en un lenguaje extranjero en su interior y le tendió la mano para acariciarla. La serpiente había apoyado la barbilla en sus dedos y, sacando la lengua, fuera, dentro, hiera, dentro, le había dicho... ¿qué le había dicho? Como en una espesa

niebla gris, ella se esforzó por recordar, e imaginó que le traía un mensaje de Bona Dea: si ella estaba preparada para hacer el sacrificio, la Bona Dea le regalaría el mundo. Aquello había acontecido el día en que sabía con certeza estar embarazada. Nadie nunca veía a la serpiente sagrada, que esperaba hasta la noche para salir a beber la leche y comer los huevos. Sin embargo aquel momento se le había manifestado a pleno sol, una larga serpiente dorada gruesa como su brazo. «¡Bona Dea, Bon Dea, dame el mundo y yo restauraré tu culto para que vuelva ser lo que era antes de que se entrometiesen los hombres!»

Nerón estaba leyendo unos pergaminos. Cuando su esposa entró, él alzó la mirada con una expresión ceñuda.

—Una caminata muy larga, Livia Drusilia, para alguien que camina por la carretera todo el día.

—Tuve una conversación con un hombre en las ruinas de Fregellae.

Nerón se puso rígido.

—¡Las esposas no conversan con hombres extraños!

—No era un extraño. Era César Divi Filius.

Eso provocó que Nerón soltase una diatriba que Livia Drusilia había escuchado antes muchas veces, así que se sintió libre para dejar a su marido con la simple excusa de utilizar el agua del baño antes de que se enfriase del todo. Cosa que hizo, aunque se tuvo que armar de coraje después de ver la espuma de piel muerta y aceites corporales que flotaban en la superficie y de oler el hedor del sudor. Conociendo a Nerón, probablemente había orinado en el agua; sin duda, Tiberio lo había hecho. Con un paño quitó todos los restos que pudo antes de sumergirse en el agua apenas tibia. Mientras pensaba que no tendría el menor reparo en abandonar la virtud de una esposa por cualquier hombre que le ofreciese un baño caliente y perfumado en una preciosa bañera de mármol sólo utilizada por ella. Después de borrar cosas como la orina y la suciedad de su mente, soñó que ese hombre era César Octavio, que decía la verdad cuando hablaba.

Lo había dicho de verdad, aunque dedicó la caminata de regreso a la casa del duumvir en Fabrateria a reprocharse a sí mismo la más torpe de las proposiciones amorosas jamás hechas.

«¿Ves lo que ocurre cuando tientes a los dioses? —se preguntó con una sonrisa severa—. Desprecio el sentimentalismo, considero débiles a los hombres que afirman que una mirada los ha traspasado con el dardo de Cupido. Sin embargo, aquí estoy, con una flecha que sobresale de mi pecho, enamorado a más no poder de una muchacha a la que ni siquiera conozco.

¿Cómo puede ser? ¿Cómo puedo yo, tan racional y distante, haber sucumbido a una emoción que está en contra de todo lo que creo? ¡Ha tenido que ser la visita de algún dios, ha tenido que hacerlo! ¡De lo contrario, no tiene sentido! ¡Soy racional y distante! ¿Por lo tanto, por qué siento esta increíble descarga de amor? ¡Oh, me conmueve de una forma insoportable! Quiero cargar todos sus problemas sobre mis hombros, quiero cubrirla de besos, quiero estar con ella durante el resto de mi vida. Livia Drusilia, la esposa de un pretencioso y pedante como Tiberio Claudio Nerón. Otra de la misma carnada, otra Claudia. La rama de los Claudio apellidada Pulcher produce cónsules y censores independientes, nada ortodoxos, mientras que la rama apellidada Nerón es famosa por producir donnadies. Nerón es un don nadie; un hombre orgulloso, testarudo y mezquino que nunca aceptará divorciarse de su esposa para que se case con César Octavio.»

Su rostro bailó ante sus ojos, lo enloqueció. Ojos rayados, pelo negro, la piel como leche cremosa, labios rojos. ¿Entonces aquello podría ser un simple impulso sexual? ¿Podía estar sufriendo del mismo mal que siempre metía en problemas a Marco Antonio? ¡No, eso no se lo podía creer! Fuera lo que fuese aquella extraña emoción, debía de haber una razón mejor para ella que una simple comezón en el pene. «Quizá —se preguntó Octavio mientras un carro lo llevaba de vuelta a Roma— cada uno de nosotros tiene una pareja natural, y yo he encontrado la mía. Como las tórtolas. La esposa de otro hombre, y premiada con su hijo. Eso no cambia nada. ¡Ella me pertenece a mí!»

Con el transcurrir de los días se dio cuenta de que no tenía a nadie a quien confiar su secreto aunque lo hubiese deseado. Con las flotas cargadas de trigo amarradas sanas y salvas en Puteoli y Ostia y el precio del trigo más bajo —de hecho, como debía ser por lo menos aquel año—, Antonio había decidido regresar a Atenas y llevarse a Octavia y a su prole con él. Octavia quizá era la única persona en la que podía confiar en aquel terrible dilema emocional, pero ella era inmensamente feliz con Antonio y estaba ocupada con los preparativos del viaje. Esas dos cosas podían propiciar que la confidencia pasase a su marido, que se reiría y se burlaría de él de una manera insufrible. «¡Ja, ja, ja, Octavio, tú también puedes ser regido por tu miembro!» Octavio ya lo escuchaba. Por lo tanto, descartó a la familia Antonia y pasó a preguntarse si Agripa podría darle las palabras de sabiduría al respecto cuando él llegase a Narbo, cerca de la frontera con Hispania y a un mes de viaje de Roma.

Su estado mental lo atormentaba, porque la pasión sentía incómoda en alguien cuyos hábitos cerebrales eran fríamente lógicos y las emociones se suprimían con gran decisión. Confuso, inquieto, anhelante, Octavio perdió el apetito por la comida y estuvo cerca de perder la razón. Perdía peso a ojos vistas, como si alguna hoguera de aire caliente lo evaporase ni siquiera era capaz de comenzar a pensar en griego. Pensar en griego era una manía, algo

que hacía con decisión de hierro porque era muy difícil. Sin embargo, allí estaba él, con medio centenar de comunicaciones para dictar en griego, obligado a dictarlas en latín con breves instrucciones a sus secretarios para que hiciesen sus propias traducciones.

Mecenas no estaba en Roma, lo que significaba que era Escribonia quien, en la víspera de la partida de Octavio hacia la Galia Transalpina, reunió el coraje para decir algo.

Había sido muy feliz durante el tranquilo embarazo, y había dado a luz un bebé, Julia, rápida y fácilmente. El bebé era, a todas luces, hermoso, desde sus delicados mechones hasta sus brillantes ojos azules, demasiado claros para convertirse en castaños con el paso de los meses. Sin recordar nunca a Cornelia con alegría, Escribonia se dedicó a cuidar a su hija, más enamorada de ella que su distante y meticuloso marido. Que él no la amase no era una gran pena, porque la trataba con bondad, siempre con cortesía y respeto, y había prometido que, tan pronto como se recuperase totalmente del parto, él visitaría de nuevo su cama. «¡Qué la próxima vez sea un niño!», imploró ella, e hizo ofrendas a Juno Sospita, Magna Mater y Spes.

Pero algo le había sucedido a Octavio en su viaje de regreso a Roma después de una visita a los campos de entrenamiento de la legión instalados alrededor de la vieja ciudad militar de Capua. Escribonia tenía sus propios ojos y oídos para percatarse de ello, pero también tenía a varios sirvientes, incluido Cayo Julio Burgundino, que era el mayordomo de Octavio y el nieto del amado liberto germano de Divus Julius, Burgundus, que la mantenían informada. Aunque siempre se quedaba en Roma como mayordomo de la domus Hortensia, tenía tantos hermanos, hermanas, tíos y tías sirviendo a Octavio que algunos de ellos siempre acompañaban a su patrón allí donde viajase. Octavio había salido a dar un paseo por Fregellae —según Burgundino, que venía cargado con noticias— y había vuelto de un humor que nunca nadie había visto antes. La teoría de Burgundino era que parecía como si lo hubiera visitado un dios, pero era sencillamente una de tantas.

Escribonia temía una enfermedad mental, porque el calmo y discreto Octavio se mostraba irritable, de mal genio y crítico de cosas a las que generalmente no hacía caso. De haberlo conocido tan bien como lo conocía Agripa, ella hubiese visto todo esto como una prueba de su autodesprecio, y hubiera acertado. En cambio, intentó recordarle que necesitaba su fuerza, y, por lo tanto, debía comer.

—Necesitas tu fuerza, querido, así que debes comer —le dijo cuando le sirvió una cena deliciosa que había escogido—. Mañana marchas a Narbo, y no te servirán ninguno de tus platos favoritos. ¡Por favor, César, come!

—Tace! —exclamó él y se levantó del diván—. ¡Ten cuidado con tus

modales, Escribonia! Te estás convirtiendo en una arpía. —Se tambaleó, con un pie levantado, mientras un sirviente se esforzaba en abrocharle el zapato—. ¡Humm! ¡Buena palabra! ¡Una auténtica arpía, un monstruo!

A partir de aquel momento, y hasta que ella escuchó los sonidos de su partida a la mañana siguiente, no lo volvió a ver. Corrió, con las lágrimas rodando por sus mejillas, y llegó a tiempo para ver su cabeza dorada cuando desaparecía en el carro, la capota levantada contra la lluvia que caía. César dejaba Roma, y Roma lloraba.

—¡Se ha marchado sin decirme adiós! —le gritó a Burgundino, que estaba a su lado, la cabeza gacha.

Él le tendió un pergamino, con la mirada puesta en cualquier parte menos en ella.

Domina, César me ordenó que te diese esto.

Por la presente te concedo el divorcio.

Mis razones son éstas: vejez, arpía, malos modales, incompatibilidad y extravagancia.

Le he dado órdenes a mi mayordomo para que te traslade a ti y a nuestros hijos a mi vieja domus, en el Ox Heads, cerca de la Curiae Veteres, donde vivirás y criarás a mi hija como corresponde a su elevada posición. Deberá ser bien educada y no se le pondrá a hilar o tejer. Mis banqueros te pagarán una asignación adecuada, y podrás disponer como quieras de tu dote. Ten presente que puedo poner punto final a este generoso arreglo en cualquier momento, y lo haré si escucho cualquier rumor acerca de tu comportamiento. En ese caso, te devolveré a tu padre y asumiré la custodia de Julia; además, no te permitiré que la veas.

Estaba sellado con la esfinge. Escribonia lo dejó caer de los dedos, que, de pronto, se habían quedado entumecidos y se sentó en un banco de mármol con la cabeza entre las rodillas para aliviar el mareo.

—Se ha acabado —le dijo a Burgundino, que seguía a su lado.

—Sí, domina —respondió él con voz amable; le había gritado.

—Pero ¡si no he hecho nada! ¡No soy una arpía! No soy ninguna de esas cosas horribles que menciona. ¡Vieja! ¡Aún no ha cumplido los treinta y cinco!

—Las órdenes de César son que debes marcharte hoy, domina.

—¡Si no he hecho nada! ¡No me merezco esto!

«Pobre mujer, lo irritaste —pensó Burgundino, obligado al silencio por los vínculos de cliente—. Él le dirá a todo el mundo que eres una arpía sólo para

salvar la cara. ¡Pobre mujer! Y pobre la pequeña Julia.»

Marco Vipsanio Agripa estaba en Narbo porque los aquitanos habían estado causando problemas, y lo habían obligado a enseñarles que Roma aún producía excelentes tropas y generales muy competentes.

—Saqueé Burdigala, pero no la incendié —le dijo a Octavio cuando llegó después de un agotador viaje que lo había visto sucumbir de asma por primera vez en dos años—. Ni oro ni plata, pero una montaña de buenas ruedas de carro con flejes de hierro, cuatro mil excelentes barriles y mil quinientos hombres de buen físico para vender como esclavos en Massilia. Los vendedores se están frotando las manos de alegría; ha pasado mucho tiempo desde que los mercados vieron una mercadería de primera clase. No me pareció político esclavizar a las mujeres y a los niños, pero siempre puedo hacerlo si lo deseas.

—No, pero si tú lo deseas. Las ganancias de los esclavos son tuyas, Agripa.

—No durante esta campaña, César. Los hombres nos darán dos mil talentos, a los que pienso darles un destino mejor que guardarlos en mi bolsa. Mis necesidades son pocas, y tú siempre cuidarás de mí.

Octavio se sentó más erguido, los ojos brillantes.

—¡Un plan! ¡Tienes un plan! ¡Explícamelo!

Como respuesta, Agripa se levantó para buscar un mapa y lo extendió sobre su mesa. Octavio se inclinó sobre él y vio que representaba con considerables detalles la zona alrededor de Puteoli, el principal puerto de Campania, a un centenar de millas al sudoeste de Roma.

—Llegará el día en que tendrás las suficientes naves de guerra para poder derrotar a Sexto Pompeyo —dijo Agripa, que mantuvo un tono neutral—. Calculo que unas cuatrocientas naves. Pero ¿dónde hay una bahía lo bastante grande como para acoger a la mitad? Brundisium. Tarentum. Sin embargo, ambos puertos están separados de la costa toscana por el estrecho de Messana, donde Sexto está siempre a la espera. Por consiguiente no podemos anclar nuestras flotas en Brundisium o Tarentum. Miremos ahora los puertos del mar Tirreno: Puteoli está demasiado congestionado por las naves comerciales, Ostia tiene el problema de los barcos, Surrentum está abarrotado con barcas pesqueras y Cosa debe ser mantenido para los lingotes de hierro de Ilva. A esto hay que añadir que son vulnerables a un ataque de Sexto, incluso si pudiesen acoger a cuatrocientas grandes naves.

—Soy consciente de todo esto —manifestó Octavio con voz cansada; el asma le había robado sus fuerzas. Su puño cayó sobre el mapa—. ¡Inútil,

inútil!

—Hay una alternativa, César. La he estado pensando desde que comencé a visitar los astilleros. —La mano grande y bien formada de Agripa sobrevoló el mapa, y su dedo índice señaló dos pequeños lagos cerca de Puteoli—. Aquí está nuestra respuesta, César. Los lagos Lucrino y Avernio. El primero es poco profundo y sus aguas son calentadas por los Campos de Fuego. El segundo es insondable, con el agua tan fría que debe de llevar directamente al ultramundo.

—Bueno, es lo bastante oscuro y lúgubre, en cualquier caso —dijo Octavio, que era un escéptico religioso—. Ningún campesino talará el bosque a su alrededor por miedo a enfadar a los lémures.

—El bosque debe desaparecer —manifestó Agripa con un tono enérgico—. Pretendo unir el lago Lucrino con el Avernio por medio de varios grandes canales. Luego derribaré el dique que hay en el lago Lucrino y que lo separa del mar para que las aguas marinas inunden el lago. El agua de mar pasará por los canales y poco a poco convertirá en salado el lago Avernio.

El rostro de Octavio mostró una expresión donde se combinaban el asombro y la incredulidad.

—Pero el dique fue construido sobre la lengua de tierra que separa el lago Lucrino del mar para asegurar que las aguas del lago tuviesen exactamente la temperatura y la salinidad correctas para criar ostras —señaló, su mente fija en el fisco—. Dejar que entre el mar destruiría los cultivos de ostras. ¡Agripa, tendrás a centenares de criadores de ostras que pedirán tu ciudadanía, tu sangre y tu cabeza!

—Podrán tener de nuevo sus ostras cuando derrotes a Sexto de una vez por todas —replicó Agripa, sin preocuparse un ápice por arruinar una industria que venía existiendo desde generaciones—. Lo que yo derribe lo podrán levantar de nuevo más tarde. Si esto se hace como lo imagino, César, tendremos una enorme extensión de agua calma y protegida donde anclar todas nuestras flotas. No sólo eso, también podremos entrenar a las tripulaciones y a los marinos en el arte de la guerra naval sin necesidad de preocuparnos de un ataque de Sexto. La entrada será demasiado estrecha para que dos de sus naves puedan pasar a la vez. Para asegurarnos de que no nos aceche lejos de la costa, a la espera de que salgamos, voy a construir dos grandes túneles entre el Avernio y la playa, en Cumae. Nuestras naves podrán remar por estos túneles con total impunidad y surgir para atacar a Sexto por el flanco.

Esta exposición sacudió a Octavio como si lo hubiesen sumergido en agua helada.

—Eres otro César —dijo con voz pausada, tan asombrado que olvidó

llamar a su padre adoptivo Divus Julius—. Éste es un plan cesáreo, una obra maestra de la ingeniería.

—¿Yo otro Divus Julius? —Agripa pareció asombrado—. No, César, la idea es puro sentido común y su ejecución un tema de duro trabajo, no de un genio de la ingeniería. Al ir de un astillero a otro he tenido mucho tiempo para pensar. Una cosa que había olvidado es el hecho de que los barcos no se pueden impulsar a sí mismos. Desde luego tendremos algunas flotas completamente tripuladas, pero quizá dos tercios serán naves nuevas sin tripulación. La mayoría de las galleras que he encargado son quinquerremes, aunque he tomado tres de los astilleros que no están equipados para transformarlas en algo cercano a los doscientos pies de eslora y los veinticinco pies de manga.

—Los quinquerremes son muy lentos —señaló Octavio, y demostró que no era un completo ignorante cuando se trataba de galeras de guerra.

—Sí, pero los quinquerremes tienen la ventaja del tamaño y pueden llevar dos terribles espolones de bronce. He preferido los quinquerremes modificados (no más de dos hombres con remos en tres bancadas), dos, dos y uno. Mucho espacio en cubierta para un centenar de marinos, además de catapultas y ballestas. A una media de treinta bancadas por lado, suman trescientos remeros por nave. Además de treinta tripulantes.

—Comienzo a ver tu problema. Pero, por supuesto, tú lo has resuelto. Trescientas veces, trescientos remeros: un total de noventa mil. Además, cuarenta y cinco mil marineros y veinte mil tripulantes. —Octavio se estiró como un gato contento—. No soy un general de tropas o almirante de flotas, pero soy un maestro de la ciencia de la logística.

—¿Preferirías tener ciento cincuenta marineros por barco más que cien?

—Eso creo. Se lanzarían sobre el enemigo como hormigas.

—Veinte mil hombres me bastarán para empezar —dijo Agripa—. Quiero comenzar por construir el puerto, y, para eso, alguien puede presionar a los ex esclavos que vagan por Italia a la búsqueda de latifundios que tus repartidores de tierras han dividido para los veteranos. Yo les pagaré con los beneficios de la venta de esclavos, los alimentaré y les daré albergue. Si sirven para algo, más tarde podrán entrenarse como remeros.

—Un empleo con incentivos —comentó Octavio con una sonrisa—. Eso es inteligente. Esos pobres diablos no tienen nada para volver a casa, por consiguiente, ¿por qué no ofrecerles casas y estómagos llenos? Antes o después acabarán en Lucania para convertirse en bandidos. Esto es mucho mejor. —Chasqueó la lengua—. Esto va a ser lento, mucho más lento de lo que esperaba. ¿Cuánto, Agripa?

—Cuatro años, César, incluido el que viene, pero no en el que estamos.

—Sexto nunca cumplirá el pacto ni la tercera parte de ese tiempo. —Las largas pestañas doradas bajaron para ocultar los ojos—. Mucho menos ahora que me he divorciado de Escribonia.

—Cacat ¿Por qué?

—Es una arpía, y no soporto más vivir con ella. Todo lo que yo quiero, ella no lo quiere. Así que se queja, se queja y se queja.

La astuta mirada de Agripa no se apartó del rostro de Octavio. «Vaya, parece que el viento ha cambiado de dirección. Ahora sopla de un cuadrante que no identifico. César está planeando algo, las señales son inconfundibles. ¿Qué estará planeando que requiere el divorcio con Escribonia? ¿Una arpía? ¿Una quejica? Eso no encaja, César, no puedes engañarme.»

—Necesitaré a varios hombres para que supervisen el trabajo en los lagos. ¿Te importa si los escojo? Es probable que sean ingenieros militares de mis propias legiones. Pero necesitarán protección de alguien con poder. Un propretor, si tienes alguno del que puedas prescindir.

—No, tengo un procónsul, si te vale.

—¿Un procónsul? ¡No será Calvino, qué pena! Qué lástima que lo enviaras a Hispania. Él sería ideal.

—Se le necesita en Hispania. Hay tropas amotinadas.

—Lo sé. El problema allí comenzó con Sertorio.

—¡Sertorio estuvo allí hace más de treinta años! ¿Cómo puede ser el culpable?

—Alistó a pueblos locales y les enseñó a luchar como romanos. Por eso ahora las legiones de Hispania son, en su mayor parte, eso: hispanas. Un grupo feroz, pero no bebieron la disciplina romana con las leches de sus madres. Una razón por la que no intentaré el mismo experimento en las Galias, César. Pero volvamos a nuestro tema. ¿Quién?

—Sabino. Incluso si hubiese una provincia que necesitase un nuevo gobernador (que no la hay), Sabino no la quiere, Quiere permanecer en Italia y participar en las maniobras navales cuando ocurran. —Esbozó una sonrisa—. No será muy agradable escucharlo cuando descubra que faltan cuatro años. No le confiaría las legiones, pero creo que será un excelente supervisor de ingenieros para Puerto Julio. Es así como llamaremos a tu puerto.

Agripa se echó a reír.

—¡Pobre Sabino! Nunca se perdonará aquella maldita batalla mientras

César conquistaba la Galia Transalpina.

—Se creía muy grande entonces, y también se lo cree ahora. Te lo enviaré para que lo prepares a fondo en lo que se debe hacer. ¿Estarás aquí en Narbo?

—No, a menos que se dé prisa, César. Marcho a Germania.

—¡Agripa! ¿En serio?

—Muy en serio. Los suevos están furiosos y se han acostumbrado a ver lo que queda del puente de César a través del Rin. No es que vaya a utilizarlo. Voy a construir mi propio puente, corriente arriba. Los ubios comen de mi mano, así que no quiero que ellos o los queruscos se asusten. Por lo tanto, entraré en territorio suevo.

—¿En el bosque?

—No. Lo haría, pero las tropas tienen miedo de los Bacenis; es demasiado oscuro y lúgubre. Creen que hay un germano detrás de cada árbol, por no hablar de los osos, los lobos y los auroeos.

—¿Los hay?

—Detrás de algunos, por lo menos. No tengas miedo, César, iré con cuidado.

Dado que era políticamente correcto que el heredero de César se presentase a sí mismo a las legiones de la Galia, Octavio permaneció el tiempo suficiente para visitar a cada una de las seis legiones acampadas alrededor de Narbo, y caminó entre los soldados y les dedicó la vieja sonrisa de César; muchos eran veteranos de las guerras galas, y se habían alistado de nuevo por el puro aburrimiento en la vida civil. «Eso tenía que acabarse», pensó Octavio mientras hacía sus rondas, la mano derecha destrozada de tantos entusiastas apretones. Algunos de estos hombres se habían convertido en grandes propietarios de tierras a través de una docena de alistamientos; se los licencia, se hacen con diez iugera cada uno, y un año más tarde están de vuelta para otra campaña. Entran, salen, entran, salen, y cada vez acumulan más tierra. Roma necesita tener un ejército permanente, sus hombres alistados para servir veinte años sin licencia. Luego, al final, recibirán una pensión monetaria en lugar de tierra. Italia no es tan grande, e instalarlos en las Galias, las Hispanias, o Bitinia o donde sea no les gusta. Son romanos y añoran una vejez en casa. Mi padre divino acomodó a la décima en los alrededores de Narbo porque se amotinaron, pero ¿dónde están estos hombres ahora? Pues en las legiones de Agripa.

«Un ejército debe estar donde está el peligro, dispuesto a luchar en un nundinum. Se acabó eso de enviar pretores a reclutar, equipar y entrenar tropas con una prisa tremenda alrededor de Capua, para después enviarlos en una

marcha de mil millas a enfrentarse con el enemigo de inmediato. Capua continuará siendo el campo de entrenamiento, sí, pero en el momento en que un soldado haya acabado su instrucción, debe ser enviado inmediatamente a alguna frontera para incorporarse a una legión ya instalada allí. Cayo Mario abrió las legiones al alistamiento de los pobres del Censo por Cabezas; ¡oh, cómo lo odiaron los boni por eso! Para los boni (los hombres buenos), los pobres del Censo por Cabezas no tenían nada que defender, ni tierras ni propiedades. Pero los soldados del Censo por Cabezas resultaron ser incluso más valientes que los viejos propietarios, y ahora las legiones de Roma están formadas exclusivamente por el Censo por Cabezas. Hubo una vez en que los proletarios no tenían nada que dar a Roma excepto hijos; ahora le dan a Roma su valor y sus vidas. ¡Una brillante jugada. Cayo Mario!»

Divus Julius era un extraño. Sus legionarios lo adoraban mucho antes de ser deificado, pero él nunca se preocupó en iniciar los cambios que pedía a gritos el ejército. Ni siquiera pensaba en ellos como un ejército, sino como legiones. Era un hombre constitucional, alguien a quien le desagradaba cambiar la Constitución, el *mos maiorum*, pese a todo lo que los boni dijeron. Pero Divus Julius se había equivocado en cuanto al *mos maiorum*.

Hacía falta desde hacía tiempo un nuevo *mos maiorum*. La frase podía significar la manera como siempre se habían hecho las cosas, pero los recuerdos de las personas son cortos, y un nuevo *mos maiorum* se convertiría en otra sagrada reliquia. «Ahora es el momento para una estructura política diferente, una más adecuada para gobernar un gran imperio. ¿Puedo yo, César Divi Filius, permitir verme secuestrado por un puñado de hombres decididos a arrebatarme mi poder político? Divus Julius permitió que eso le ocurriese, tuvo que cruzar el Rubicón en un acto de rebeldía para salvarse. Pero un buen *mos maiorum* nunca hubiese permitido que los Cato Uticenses, los Marcelo y los Pompeyo empujasen a mi divino padre a estar fuera de la ley. Un buen *mos maiorum* lo hubiese protegido, porque no había hecho nada que aquel sapo orgulloso de Pompeyo Magno no hubiese hecho una docena de veces. Era el caso clásico de una ley para ese hombre, Pompeyo, pero otra ley para aquel otro hombre, César. A César se le había partido el corazón ante la mancha en su honor, de la misma manera que se le había roto cuando la Novena y la Décima se amotinaron. Ninguna de estas cosas hubiese ocurrido de haber mantenido un ojo más atento y un mayor control, sobre todo, desde sus locos oponentes políticos hasta sus inquietos parientes. ¡Bueno, eso no va a ocurrirme a mí! Voy a cambiar el *mos maiorum* y la manera de gobernar Roma para que se acomode a mí y a mis necesidades. No me veré declarado fuera de la ley. No libraré una guerra civil. Lo que deba hacer lo haré legalmente.»

Habló de todo esto con Agripa durante la cena en su último día en Narbo, pero no habló de su divorcio, de Livia Drusilia o del dilema de elección al que

se enfrentaba. Porque vio, como a plena luz del sol de verano, que Agripa debía ser mantenido aparte de sus tribulaciones emocionales. Eran una carga inadecuada para Agripa, que no era su mellizo o su padre divino, sino un ejecutivo militar y civil de su propia creación. Su invencible brazo derecho.

Al finalizar la velada besó a Agripa en ambas mejillas y subió a su carro para el largo viaje de regreso a casa, hecho todavía más largo por su decisión de visitar a todas las demás legiones en la Galia Transalpina. Todos debían ver y conocer al heredero de César, todos debían haber estado ligados a él personalmente. Porque ¿quién sabía dónde o cuándo necesitaría de su alianza?

Incluso con este duro programa, regresó a casa mucho antes de finales de año, sus prioridades estaban ya establecidas en un orden definitivo, algunas de extrema urgencia. Pero la primera en su lista era Livia Drusilia. Sólo con ese asunto resuelto estaría en condiciones de aplicar su mente a cosas más importantes. Porque en sí mismo no era una cosa importante; debía su poder sólo a una debilidad en él, una deficiencia que no podía descubrir, y a la que había renunciado a intentarlo. Por consiguiente, lo mejor era acabar con aquello de una vez.

Mecenas estaba de regreso en Roma felizmente casado con su Terencia, cuya tía abuela, la formidable y fea viuda del augusto Cicerón, aprobaba firmemente la unión ya que Mecenas era un hombre encantador y de buena familia. Era unos años mayor que Cicerón, tenía más de setenta, pero aún controlaba su inmensa fortuna con mano de hierro y un enciclopédico conocimiento de las leyes religiosas que le permitían evadir el pago de impuestos. La guerra civil de César contra Pompeyo Magno había visto a su familia dispersa y arruinada; el único sobreviviente era su hijo, un irascible borracho al que ella despreciaba. Así pues, había lugar para un hombre en su duro y viejo lecho, y Mecenas se acostó en él con toda comodidad. ¿Quién sabe? Quizá algún día sería el heredero de su fortuna, aunque en privado le informó a Octavio de que estaba convencido de que ella viviría más que todos ellos, y que había encontrado la manera de llevarse el dinero con ella cuando se muriera.

Por lo tanto, Mecenas estaba disponible para negociar con Nerón; el único problema radicaba en el hecho de que Octavio aún no le había dicho ni una palabra de su pasión por Livia Drusilia a nadie, ni siquiera a Mecenas, quien sin duda lo escucharía con expresión grave y luego intentaría convencerlo para que desistiera de esa estrafalaria unión. Tampoco, dada la estupidez de Nerón y lo intratable que era, permitiría a Mecenas disfrutar de sus habituales ventajas. En su mente. Octavio había equiparado este enamoramiento con la intimidad de las funciones corporales; nadie debía verlo o escucharlo. Los dioses no defecaban, y él era el hijo de un dios que algún día sería también un dios. Había mucho en la religión oficial que él consideraba mera tontería, pero

su escepticismo no incluía a Divus Julius o a su propia condición, que él no consideraba a la manera griega. No había ningún Divus Julius sentado en lo alto de una montaña o vivienda en el templo que Octavio construía para Divus Julius en el foro; no, Divus Julius era una fuerza incorpórea cuya adicción al Panteón de fuerzas había aumentado el poder romano, la excelencia militar romana. Una parte había entrado en Agripa, de eso estaba seguro. Y mucho había entrado en él; lo notaba circulando por sus venas, y había aprendido el truco de formar una pirámide con los dedos para que la fuerza fuese todavía mayor.

¿Un hombre así confesaba sus debilidades a otro hombre? No, no lo hacía. Podía confesar sus frustraciones, sus esfuerzos, sus momentos de depresión práctica, pero nunca las debilidades o los fallos en su carácter. Por lo tanto, quedaba descartado utilizar a Mecenas. Tendría que conducir estas negociaciones él solo.

El veintitrés de septiembre era el día de su cumpleaños, y ahora había celebrado veinticuatro. Una niebla había descendido sobre los años inmediatamente después del asesinato de su divino padre; no recordaba muy bien cómo había conseguido la fuerza para embarcarse en su carrera, consciente de que algunos de sus actos se debían a la locura de la juventud. No obstante, habían dado buen resultado, y era eso lo que recordaba. Filipos había sido un refugio, porque, después de aquello, lo recordaba todo con absoluta claridad. Sabía por qué. Después de Filipos se había enfrentado a Antonio y había ganado. Una sencilla petición: la cabeza de Bruto. Había sido entonces cuando su futuro se había desplegado delante de su mirada interior y había visto su camino. Antonio había cedido después de una representación que iba desde una furia aterrorizadora hasta unas lágrimas patéticas. Sí, había cedido.

Sus encuentros con Antonio no habían sido numerosos desde entonces, pero en cada uno de ellos se había encontrado más fuerte, hasta que, en el último de ellos, había hablado con toda claridad sin siquiera el más mínimo temblor en su respiración. Ya no era el igual de Antonio; era el superior de Antonio. Quizá porque Divus Julius nunca había conseguido doblegarlo, Cato Uticensis acudió a su mente, y comprendió por fin aquello que Divus Julius siempre había sabido: que nadie puede doblegar a un hombre que no es consciente de tener una imperfección. «Saca a Cato Uticensis de la ecuación y tienes a Tiberio Claudio Nerón. Otro Catón, pero un Catón sin inteligencia.»

Fue a casa de Nerón a una hora de la mañana que lo vería llegar después de la marcha del último de los clientes de Nerón, pero antes de que el propio Nerón pudiese salir a respirar el aire húmedo del invierno y ver lo que estaba pasando en el foro. De haber sido Nerón un abogado de fama podría haber estado defendiendo a algún noble villano contra las acusaciones de malversación o fraude, pero su abogacía no era valorada; representaba a sus

amigos en la cuarta o quinta posición sí se lo pedían, pero ninguno lo había hecho en los últimos tiempos. Su círculo, compuesto por aristócratas tan inútiles como él, era pequeño, y la mayoría de ellos habían seguido a Antonio a Atenas, más que vivir en la Roma de Octavio cargados de impuestos y soportando algaradas.

Nerón se habría quitado un gran peso de encima si hubiera podido declinar aquella visita incómoda, pero la cortesía decía que debía y la escrupulosidad también.

—César Octavio —dijo con voz tensa, y se levantó, pero sin apartarse de la mesa y sin tenderle la mano—. Por favor, siéntate.

No le ofreció vino ni agua, y se sentó de nuevo en su silla para mirar aquel rostro detestado, tan suave, tan joven. Le recordaba que él ahora estaba en la cuarentena y aún no había sido cónsul; sí que había ejercido de pretor el año de Filipos, pero eso no representaba ninguna ayuda para la carrera de nadie, y menos la suya. Si no podía recuperar sus fortunas, nunca sería cónsul, porque para ser elegido necesitaría pagar unos enormes sobornos. Casi un centenar de hombres se presentaban para pretor al año siguiente y el Senado hablaba de permitir sesenta o más desempeñar el cargo, lo que dejaría libres a una riada de ex pretores para competir por los consulados durante la próxima generación.

—¿Qué quieres, Octavio? —preguntó.

«Suéltalo, es lo mejor», pensó Octavio, decidido.

—Quiero a tu esposa.

Una respuesta que dejó a Nerón sin palabras; con los ojos oscuros como platos, jadeó y tragó, se ahogó, se vio en la necesidad de levantarse y de correr con paso torpe para buscar la jarra de agua.

—Bromeas —dijo al rato, con el pecho agitado.

—De ninguna manera.

—Pero ¡eso es ridículo! —En ese momento, las implicaciones de la petición comenzaron a calar. Con la boca apretada, regresó a su mesa para sentarse de nuevo, las manos apretadas alrededor de los feos contornos de un jarro de cerámica barato, ya que su juego de copas y botellas doradas había desaparecido—. ¿Quieres a mi esposa?

—Sí.

—¡Que haya sido infiel ya es bastante malo, pero contigo...!

—Ella no ha sido infiel. Sólo la vi, una vez, en las ruinas de Fregellae.

Tras decidir que la petición de Octavio no era carnal, sino más bien un misterio, Nerón preguntó:

—¿Para qué la quieres?

—Para casarme con ella.

—¡Así de infiel! ¡El hijo es tuyo! ¡La maldigo, la maldigo, la cunnus! ¡Bueno, no la conseguirás por las buenas, sucio cabrón! ¡Saldrá por mi puerta, pero su desgracia será conocida a lo ancho y a lo largo! —El jarro se derramó debido a que las manos que lo sostenían temblaban.

—Ella es inocente de cualquier transgresión, Nerón. Como te he dicho, la vi una sola vez, y desde el principio al final de aquel encuentro se comportó con el más completo decoro y unas maneras exquisitas. Elegiste bien a tu esposa. Es por eso que quiero que sea mi esposa.

Algo en los ojos, por lo general opacos, le dijo que Octavio decía la verdad; con su aparato cerebral ya forzado a sus límites, Nerón recurrió a la lógica.

—Pero ¡las personas no van por allí pidiéndole a los hombres sus esposas! ¡Eso es ridículo! ¿Qué esperas que diga? ¡No sé qué decir! ¡No puede ser verdad! ¡Esta clase de cosas no se hacen! ¡Tienes un poco de sangre noble, Octavio, deberías saber que no se hacen!

Octavio sonrió.

—Si no recuerdo mal —dijo con un tono normal—, el sexagenario Quinto Hortensio fue una vez a ver a Cato Uticensis y le preguntó si podía casarse con su hija, que entonces era una niña. Éste le respondió que no, y entonces le pidió a una de las sobrinas de Cato. Le volvió a decir que no, y Hortensio le pidió a su esposa y Cato dijo que sí. Las esposas, ya ves, no son de la misma sangre, aunque admito que la tuya lo es. Aquella esposa era Marcia, que era mi hermanastra. Hortensio pagó una fortuna por ella, pero Cato no aceptó ni un sestercio. Todo el dinero fue para mi padrastro, Filipos, que siempre estaba corto de dinero. Un epicúreo de los más caros. Quizá si mirases mi petición con la misma luz con que Cato hizo con Hortensio, a lo mejor te resultaría más creíble. Si lo prefieres, cree que, como Hortensio, fui visitado por un sueño donde Júpiter me dijo que debía casarme con tu esposa. A Cato le pareció un motivo razonable. ¿Por qué no a ti?

Un nuevo pensamiento había aparecido en la mente de Nerón mientras lo escuchaba: ¡estaba atendiendo a un loco! Tranquilo por el momento, pero ¿quién sabía cuándo estallaría en la locura?

—Voy a llamar a mis sirvientes para que te echen —dijo, en la creencia que, dicho de esa manera, no sonaría demasiado incendiario, que no

provocaría violencia.

Pero antes de que pudiese abrir la boca para pedir ayuda, el visitante se inclinó sobre la mesa y le sujetó el brazo. Nerón se quedó inmóvil como un ratón clavado por la mirada de un basilisco.

—No hagas eso, Nerón. Al menos deja, primero, que termine. No estoy loco, te doy mi palabra. ¿Me comporto como un loco? Sólo quiero casarme con tu esposa, y para eso es necesario que tú te divorcies de ella. Pero no como una deshonra. Cita razones religiosas, todo el mundo las acepta, y así se resguarda el honor para ambas partes. A cambio de que me cedas esta perla invaluable me ocuparé de aligerar tus presentes dificultades financieras. Es más, las borraré de la existencia mejor que un mago samio. ¿Venga, Nerón, no te gustaría eso?

Los ojos se desviaron bruscamente, para fijarse en un punto más allá del hombro derecho de Octavio, y el delgado rostro saturnino adoptó una expresión de astucia.

—¿Cómo sabes que tengo problemas financieros?

—Toda Roma lo sabe —replicó Octavio con toda tranquilidad—. En realidad, tendrías que haber depositado tu dinero en las manos de banqueros como Oppio o los Balbo. Los herederos de Flavio Hemicillo son un grupo de bandidos, cualquiera salvo un tonto lo ve. Por desgracia, tú eres un tonto. Nerón. Escuché a mi divino padre decirlo en varias ocasiones.

—¿Qué está pasando? —gritó Nerón al tiempo que recogía el agua derramada con una servilleta como si aquella insignificante tarea barriese las confusiones del último cuarto de hora—. ¿Te estás burlando de mí? ¿Eso haces?

—En absoluto, te lo aseguro. Todo lo que te pido es que te divorcies de tu esposa inmediatamente por motivos religiosos. —Buscó en el seno de la toga y sacó un papel plegado—. Están detallados aquí, para evitarte que te dé un dolor de cabeza pensando en algunos. Mientras tanto, yo haré mis propios arreglos con el Colegio de Pontífices y el quinceviro respecto a mi matrimonio, que pretendo celebrar tan pronto como pueda. —Se levantó—. Por supuesto, no hace falta decir que tendrás la total custodia de tus dos hijos. Cuando nazca el segundo, te lo enviaré de inmediato. Es una pena que no conozcan a su madre, pero lejos de mí está impedir el derecho de un hombre a sus hijos.

—Ah... hum... ah —exclamó Nerón, incapaz de asimilar la habilidad con que había sido manipulado en todo eso.

—Supongo que su dote ya se ha perdido —manifestó Octavio con un toque

de desprecio en la voz—. Pagaré tus deudas (de forma anónima), te daré una asignación de cien talentos al año y te ayudaré a los sobornos si buscas el consulado, aunque no estoy en posición de garantizar que seas elegido. Incluso los hijos de los dioses no pueden manejar a la opinión pública de manera efectiva. —Caminó hasta la puerta y se volvió para mirar atrás—. Enviarás a Livia Drusilia a la Casa de las Vestales tan pronto como te divorcies de ella. En el momento en que lo hagas, nuestro asunto estará concluido. Tus primeros cien talentos ya están depositados en manos de los hermanos Balbo. Una buena firma.

Dicho esto salió y cerró la puerta silenciosamente.

Mucho de lo que se había hablado se esfumaba de prisa, pero Nerón permaneció sentado e intentó interpretar lo que podía, que era, sobre todo, el alivio de sus preocupaciones monetarias. Aunque Octavio no lo había dicho, una sana beta de autoconservación le dijo a Nerón que tenía dos alternativas: decírselo a todo el mundo o permanecer en silencio para siempre. Si hablaba, las deudas continuarían impagadas y la asignación prometida le sería retirada. Si mantenía la boca cerrada, podría ocupar la posición que se merecía en el más alto nivel de Roma, algo que valoraba más que a cualquier esposa. Por lo tanto, permanecería en silencio.

Desplegó la hoja de papel que le había dado Octavio y leyó las pocas líneas de su única columna con dolorosa lentitud. ¡Sí, sí, aquello salvaría su orgullo! Religiosamente impecable. Porque comenzaba a comprender que si Livia Drusilia era condenada como esposa infiel, él sería un cornudo y se reirían en su cara. Un viejo con una hermosa mujer joven, se presenta otro joven y... ¡oh, eso no podía ser! Que el mundo interpretase lo que quisiese de este fiasco; él se comportaría como si sólo fuera un impedimento religioso lo que se había producido, Acercó una hoja de papel y comenzó a escribir la nota de divorcio; luego, acabado esto, llamó a Livia Drusilia.

Nadie había pensado en decirle que Octavio había venido de visita; por lo tanto, se presentó con el mismo aspecto que siempre mostraba: sumisa y correcta, la esencia de la buena esposa. Decidió que era hermosa mientras la observaba. Sí, era hermosa. Pero ¿por qué Octavio se había encaprichado de ella? Con la posición que tenía, podía escoger a quien quisiese. El poder atraía a las mujeres como la miel a las abejas, y Octavio tenía poder. ¿Qué tenía ella que él hubiera detectado en un único encuentro, mientras que en seis años de matrimonio no se había revelado a su marido? ¿Era él, Nerón, ciego, o es que Octavio vivía una fantasía? Eso último, tenía que ser eso último.

—¿Sí, domine?

Él le entregó la nota de divorcio.

—Me divorcio de ti ahora mismo, Livia Drusilia, por razones religiosas. Al parecer, un verso en la nueva adición a los Libros sibilinos ha sido interpretado por el quindecenviro como si afectara a nuestro matrimonio, que debe ser disuelto. Debes recoger tus pertenencias y marchar a la Casa de las Vestales ahora mismo.

La sorpresa la dejó muda, anuló sus sentimientos, aturdió su mente. Pero se mantuvo firme sin tambalearse; la única señal exterior del golpe fue la súbita palidez de su rostro.

—¿Puedo ver al niño? —preguntó ella cuando pudo.

—No. Eso te convertiría en nefas.

—De modo que también debo dar al que tengo todavía en el vientre.

—Sí, en el momento en que nazca.

—¿Qué pasará conmigo? ¿Me devolverás mi dote?

—No, no te devolveré tu dote ni una parte de ella.

—Entonces, ¿cómo voy a vivir?

—Como te las apañes para vivir ya no es asunto mío. Me han dicho que te envíe a la Casa de las Vestales, eso es todo.

Ella se volvió y regresó a su pequeño dominio, tan atestado con cosas que ella detestaba, desde su rueca hasta su huso, utilizado para ovillar el hilo que serviría para tejer telas que nadie usaría nunca; ella no era adepta a ninguno de esos oficios y no tenía ningún deseo de serlo. El lugar olía en aquella época del año; así pues, se esperaba que ella hiciese manojos de hierba pulguera seca para mantener a los insectos a raya, y llevaba una nundinae de retraso porque odiaba el trabajo. ¡Oh, qué días aquéllos, cuando Nerón le había dado unos pocos sesteros para alquilar libros de la biblioteca de Ático! Ahora todo se había reducido a hilar, tejer y atar.

El bebé comenzó a patearla con crueldad; de nuevo, como su hermano. Podía pasar casi una hora antes de que cesase con sus golpes, de hacer ejercicio a su costa. Muy pronto sus intestinos se revelarían, tendría que correr a la letrina y rogar que nadie estuviese allí para escucharla. Los sirvientes la consideraban por debajo de su estatus porque eran lo bastante listos como para saber que Nerón la consideraba así. Con los pensamientos en desorden, se sentó en el taburete de hilar y miró a través de su ventana el atrio y el dilapidado jardín del peristilo que estaba más allá.

—¡Quédate quieto, cosa! —le gritó al bebé.

Como por arte de magia cesaron los golpes. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Ahora podía comenzar a pensar.

La libertad, y de un modo con que nadie hubiese podido soñar, y ella menos que todos. ¡Un verso de una adición a los Libros sibilinos! Sabía que cincuenta años atrás Lucio Cornelio Sila había encargado al quindecenviro que buscara en el mundo los fragmentos de los Libros sibilinos parcialmente quemados. ¿Qué estaban haciendo los fragmentos fuera de Roma? Pero ella siempre había creído que aquella colección de abstrusas cuartetas como algo del todo etéreo no tenía ninguna relación con las personas vulgares o acontecimientos vulgares. Los libros proféticos trataban de terremotos, guerras, invasiones, incendios, la muerte de hombres poderosos, el nacimiento de niños destinados a salvar el mundo...

Aunque le había preguntado a Nerón de qué viviría, Livia Drusilia no estaba en absoluto preocupada al respecto. Si los dioses se habían dignado a fijarse en ella —como era obvio que habían hecho— para salvarla de ese horrible matrimonio, entonces no dejarían que descendiese a ofrecerse a los hombres delante de Venus Erucina o que muriese de hambre. El exilio en la Casa de las Vestales debía de ser algo temporal; una vestal era elegida a los seis o siete años de edad, y debía mantener la virginidad durante los treinta años de su servicio, porque su virginidad representaba la buena fortuna de Roma. Tampoco las vestales aceptaban acoger mujeres; ¡ella debía de ser algo muy especial! No se imaginaba lo que podía guardarle el futuro, ni tampoco intentó adivinarlo. Ya era suficiente con estar libre, que por fin su vida fuese a alguna parte.

Tenía un pequeño baúl donde guardaba sus pocas prendas cada vez que viajaba; en el momento en que el mayordomo apareció en menos de una hora para preguntarle si estaba preparada para hacer la caminata desde el Germalus del Palatino hasta el foro, ya estaba hecho y cerrado; ella, envuelta contra el frío en un abrigado mantón, y la nieve que amenazaba. Con sus zapatos con plataforma alta de corcho para mantener los pies limpios de barro, se apresuró todo lo que los zapatos le permitían detrás del sirviente que cargaba su baúl y se quejaba en voz baja de sus cuitas. Bajar los Escalones Vestales le llevó algún tiempo, pero a continuación tuvo que andar un breve y nivelado camino más allá del pequeño y redondo Aedes Vestae, en la entrada lateral de la mitad de la domus Publica de las vestales. Allí, una sirvienta le entregó su baúl a una fornida mujer gala, y luego la llevó a una habitación donde había una cama, una mesa y una silla.

—Las letrinas y los baños están por aquel pasillo —le dijo la mayordoma, porque eso era—. No comerás con las damas sagradas, pero te servirán de comer y de beber aquí. La jefa vestal dice que puedes ejercitarte en su jardín, pero no a la misma hora en que ellas lo utilicen. Se me ha dicho que te pregunte si te gusta leer.

—Sí, me encanta leer.

—¿Qué libros prefieres?

—Cualquier cosa en latín o griego que las damas sagradas consideren conveniente —respondió Livia Drusilia, que estaba bien enseñada.

—¿Tienes alguna pregunta, domina?

—Sólo una: ¿debo compartir el agua del baño?

Pasaron tres nundinae en una deliciosa paz salpicada con copos de nieve; a sabiendas de que su presencia grávida debía de ir contra todos los preceptos de las vestales. Livia Drusilia no hizo ningún intento de ver a sus anfitrionas, ni tampoco ninguna de ellas, incluida la jefa vestal, vino a visitarla. Pasaba su tiempo dedicada a la lectura, caminando por el jardín o disfrutando del baño en agua limpia y caliente. Las vestales disfrutaban de unas comodidades mucho mayores de las que había ofrecido la casa de Nerón; los asientos de las letrinas eran de mármol, los baños estaban hechos con granito egipcio y su comida era deliciosa. Descubrió que el vino formaba parte del menú.

—Fue el pontífice máximo Ahenobarbo quien reformó el Atrium Vestae hace sesenta años atrás —explicó la mayordoma—, y después el pontífice máximo César instaló la calefacción del hipocausto en todas las habitaciones, además de las salas de los registros. —Soltó un chasquido—. Nuestro sótano destinado a almacén de testamentos, pero el pontífice máximo César supo cómo aprovecharlo para convertirlo en el mejor hipocausto de Roma. ¡Oh, cuánto lo echamos de menos!

Un nundinum después del Año Nuevo, la mayordoma le trajo una carta. Después de desenrollarla y sujetarla con dos pesas de porfirio, Livia Drusilia se sentó a leer, algo fácil gracias al punto puesto encima de cada nueva palabra. ¿Por qué no hacían eso los copistas de Ático?

Para Livia Drusilia, amor de mi vida, saludos.

Como ésta te dice, yo, César Divi Filius, no te olvidé después de habernos encontrado en Fregellae. Me llevó algún tiempo encontrar la manera para librarte de Tiberio Claudio Nerón sin escándalo ni odio. Le encomendé a mi liberto, Heleno, a buscaren los nuevos Libros sibilinos hasta que encontrase un verso que se pudiese aplicar a ti y a Nerón. Por sí mismo, esto era insuficiente. También tenía que encontrar un verso que se aplicase a ti y a mí, algo más difícil. Este hombre excelente —estoy tan complacido de tenerlo de nuevo conmigo después de estar un año prisionero de Sexto Pompeyo— es en realidad mucho mejor erudito que almirante o general. Estoy tan feliz de escribir esto que me siento como Icaro, que se eleva en el éter. ¡Por favor, mi Livia Drusilia, no me hagas caer! La desilusión me mataría, si la caída no lo hace. Aquí tienes el verso tuyo y el de Nerón:

Marido y esposa, negras como la noche.

Unidos son el padecer de Roma.

Separados deben ser, y pronto

o Roma sufrirá para siempre.

En comparación, el tuyo y el mío son rosas en Campania:

El hijo de un dios, blanco y de cabellos dorados,

debe tomar como esposa a la madre de dos.

Negra como la noche, de una pareja separada.

Ambos construirán Roma de nuevo.

*¿Qué te parece? A mí me gustó cuando lo leí. Heleno es un tipo muy astuto, un experto con los manuscritos. Lo he elevado a la posición de jefe de los secretarios. El diecisiete de este mes de enero tú y yo nos casaremos. Cuando le llevé los dos versos al quinceviro —soy uno de los Quince Hombres—, ellos aceptaron que mi interpretación era la correcta. Todos los impedimentos y obstáculos fueron barridos y se aprobó una *lex curiata* que sanciona tu divorcio de Nerón y nuestro casamiento.*

La jefa vestal, Apuleya, es mi prima, y aceptó acogerte hasta que nos casemos. Me he comprometido a que, tan pronto como Roma esté recuperada, separaré a las vestales del pontífice máximo y tendrán su propia casa. Te quiero.

Quitó los pesos y dejó que el pergamino se enrollase, luego se levantó y salió de la habitación. La escalera de piedra que daba al sótano no estaba muy lejos; se apresuró por el pasillo hasta allí y bajó antes que nadie la viese. En el Atrium Vestae, todas las sirvientas eran mujeres, libres, para más señas, incluidas aquellas que cortaban leña y alimentaban los hornos que la convertían en carbón. ¡Sí, era afortunada! Habían acabado de cargar los hornos, pero todavía no era el momento de pasar las ascuas al hipocausto para que calentasen el suelo de arriba. Se acercó como una sombra al horno más cercano y arrojó el pergamino a las llamas.

«¿Por qué hice eso? —se preguntó a sí misma cuando estuvo sana y salva de regreso en su habitación, con la respiración agitada por el esfuerzo—. ¡Oh, venga, Livia Drusilia, tú sabes por qué! Porque él te ha escogido, y nunca nadie debe sospechar que te ha tomado cariño tan pronto. Ésta es una casa de mujeres, y todo es asunto de todas. Ellas no se hubiesen atrevido a romper el sello, pero en el momento en que me hubiera vuelto habrían entrado aquí para leer mi carta.

»¡Poder! ¡Me dará poder! Él me quiere, me necesita, se casará conmigo.

Juntos construiremos Roma de nuevo. Los Libros sibilinos dicen la verdad, no importa la pluma de quien escribiese el verso. Si mis dos versos son una guía, todos los railes de versos deben de ser muy tontos. Pero nadie nunca ha pedido que un extático profeta deba ser un Catulo o una Safo. Una mente bien preparada puede inventar tonterías como ésa en un instante.

Hoy son las nonas. Dentro de doce días seré la esposa de César Divi Filius; no puedo subir más alto. Por lo tanto, me corresponde a mí trabajar para él con toda mi fuerza y saber, porque si él cae, yo caigo.

El día de su boda ella vio por fin a la jefa vestal, Apuleya. Aquella dama que inspiraba temor y respeto no tenía aún veinticinco años, pero eso ocurría más de una vez en el Colegio de Vestales; algunas mujeres llegaban a la edad del retiro, a los treinta y cinco años más o menos, al mismo tiempo que nombraban a las mujeres más jóvenes como sus sucesoras. Apuleya podía estar, como mínimo, diez años como jefa vestal, y se estaba moldeando a sí misma con mucho cuidado para ser una amable tirana. ¡Ninguna adorable joven vestal iba a ser acusada de no ser casta bajo su reinado! El castigo, si era encontrada culpable, era ser enterrada viva con una jarra de agua y una hogaza de pan, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que ocurrió algo así, porque las vestales valoraban su posición y consideraban a los hombres como algo más extraño que un caballo a rayas africano.

Apuleya era muy alta, lo que obligó a Livia Drusilia a alzar la cabeza.

—Espero que te des cuenta —dijo la jefa vestal con expresión grave— de que nosotras, las seis vestales, hemos puesto a Roma en peligro al aceptar en nuestra casa a una mujer embarazada.

—Me doy cuenta, y te doy las gracias.

—Las gracias son irrelevantes. Hemos hecho ofrendas y todo está bien, pero si no hubiera sido por el hijo de Divus Julius no hubiésemos aceptado acogerte. Es una señal de tu extrema virtud que ningún daño haya caído sobre nosotras o Roma, pero descansaré tranquila cuando te cases y salgas de aquí. De haber estado el pontífice máximo Lépidio en la residencia, quizá hubiese rehusado ponerte en nuestras manos, pero la Vesta del Hogar dice que tú eres necesaria para Roma. Nuestros propios libros también lo dicen. —Le ofreció una túnica recta de un deprimente color marrón que olía mal—. Ahora, vístete. Las pequeñas vestales han tejido para ti este vestido con una lana que nunca ha sido cardada o teñida.

—¿Adónde voy?

—No muy lejos. Hasta el templo de la domus Publica que compartimos con el pontífice máximo. No se ha usado para ninguna ceremonia pública desde el funeral del pontífice máximo César después de su cruel muerte.

Marco Valerio Messala Corvino, el sacerdote superior en Roma en este momento, presidirá el acto, pero también estarán allí los flaminis y el Rex Sacrorum.

Con la piel quemando por el roce de la prenda, Livia Drusilia siguió a la silueta blanca de Apuleya a través de las enormes salas donde las vestales se ocupaban de sus tareas testamentarias, porque ellas tenían la custodia de varios millones de testamentos que pertenecían a los ciudadanos romanos de todo el mundo, y eran capaces de encontrar un determinado testamento en menos de una hora.

Una sonriente pequeña vestal de unos diez años había peinado los cabellos de Livia Drusilia en seis trenzas y colocado una corona de siete trenzas de lana sobre su frente. Sobre la corona iba un velo que la dejaba casi ciega, de tan grueso y áspero que era. ¡No había ninguna tela roja o azafrán para no atraer las miradas! Estaba vestida para casarse con Rómulo no con César Divi Filius.

Carente de ventanas, el templo era un lugar oscuro con manchas de luz, amarillo, algo aterradoramente sagrado, y así se lo imaginó Livia Drusilia, poblado por las sombras de todos los hombres que habían moldeado la religión romana durante mil años, hasta el mismísimo Eneas. Numa Pompilio y Tarquinio Prisco acechaban allí codo con codo junto a los pontífices máximos Ahenobarbo y César, que observaban silenciosos como una tumba desde la impenetrable oscuridad de cada grieta.

Él esperaba, y no tenía amigos que lo asistiesen. Ella sólo lo reconoció por el brillo de su pelo, un parpadeante punto focal debajo de un enorme candelabro de oro que debía de contener un centenar de velas. También había varios hombres con togas decolores, algunos vestidos con laena, apex y zapatos sin cordones o hebillas. Se le cortó el aliento cuando ella por fin lo comprendió; aquél iba a ser un matrimonio en su forma más antigua, la confarreatio. Él se casaba con ella de por vida; su unión nunca se podría deshacer, a diferencia de una unión ordinaria. Las manos de su futuro marido la ayudaron a sentarse en un asiento conjunto cubierto con piel de oveja mientras el Rex Sacrorum hacía lo mismo con Octavio. Había otras personas en las sombras, pero ella no podía ver quiénes eran. Entonces, Apuleya, que actuaba como prónuba, lanzó un enorme velo sobre los dos. Vestido con la gloria de una toga con rayas púrpuras y rojas, Messala Corvino unió sus manos y dijo unas pocas palabras en un lenguaje arcaico que Livia Drusilia nunca había escuchado antes. Luego, Apuleya partió una torta de mola salsa —una desagradable masa de sal y harina seca— por la mitad y les dio de comer.

La peor parte fue el sacrificio que siguió, una confusa lucha entre Messala Corvino y un cerdo que chillaba porque no había sido adecuadamente

drogado. ¿De quién era la culpa, quién no quería ese matrimonio? Se hubiese escapado de no haber sido por el novio, que saltó de debajo del velo y atrapó al cerdo por una pata trasera mientras se reía por lo bajo. Estaba jubiloso.

Se llevó a cabo a trancas y barrancas. Aquéllos que eran testigos y verificaban el acto de la confarreatio —cinco miembros de los Livio y cinco miembros de los Octavio— se retiraron cuando terminó. Un débil grito de «Feliciter!» sonó en el aire pesado que apestaba a sangre.

Una litera esperaba en la Vía Sacra; a la novia la depositaron en la litera unos hombres que sostenían antorchas, porque la ceremonia se había prolongado hasta la noche. Livia Drusilia apoyó la cabeza en un blando cojín y dejó que se le cerrasen los párpados. ¡Había sido un día muy largo para alguien que entraba en su octavo mes! ¿Alguna otra mujer había sido sometida a eso alguna vez? Sin duda, era algo único en los anales.

Estaba tan cansada que se durmió mientras la litera se balanceaba y crujía en su dificultosa subida al Palatino, y se despertó aturdida cuando se separaron las cortinas y el resplandor de las antorchas iluminó el interior.

—¿Qué? ¿Adonde? —preguntó, desconcertada, mientras unas manos la ayudaban a salir.

—Estás en casa, domina —respondió una voz femenina—. Ven, camina conmigo. El baño está preparado. César se reunirá contigo después. Soy la jefa de tus sirvientes, y mi nombre es Sofonisba.

—¡Tengo tanta hambre!

—Ya habrá comida, domina, pero primero un baño —dijo Sofonisba, que la ayudó a quitarse el maloliente vestido de novia.

«Es un sueño», pensó mientras era conducida hasta una enorme habitación donde había una mesa, dos sillas y, apartados a los rincones, tres divanes desvencijados. Octavio entró cuando ella se sentaba en una de las sillas; lo seguían varios sirvientes cargados con bandejas y platos, servilletas, cuencos y cucharas.

—Me pareció mejor comer al estilo campestre, sentados a una mesa —dijo, y se sentó en la otra silla—. Si usamos un diván, no podré mirarte a los ojos. —Sus propios ojos habían tomado un color dorado a la luz de las lámparas y brillaban de un modo siniestro—. Azul oscuro, con pequeñas rayas doradas. ¡Qué sorprendente! —Tendió una mano para coger la suya y se la besó—. Debes de estar hambrienta, por lo tanto, comienza. ¡Oh, éste es uno de los días más grandes de mi vida! Me he casado contigo, Livia Drusilia, confarreatio, no hay escapatoria.

—No quiero escapar —respondió ella, que mordió un huevo duro y

después una rebanada de crujiente pan blanco mojado en aceite—. De verdad que estoy hambrienta.

—Come un polluelo. El cocinero lo preparó en miel y agua. Se hizo el silencio mientras ella comía y él intentaba comer, ocupado en mirarla y ver que era una comensal con unos mójales exquisitos. A diferencia de sus feas manos, las de ella estaban perfectamente formadas, los dedos terminados en unas uñas ovales bien cuidadas; flotaban cuando se movían. ¡Unas manos hermosas, hermosas! Anillos, ella debía tener los mejores anillos.

—Una extraña noche de bodas —comentó ella cuando ya no pudo comer ni un solo bocado más—. ¿Tienes la intención de acostarte conmigo, César?

Él se mostró horrorizado.

—No, por supuesto que no. No se me ocurriría nada más repelente para mí ni para ti. Ya habrá tiempo suficiente, amor mío. Años y años, primero debes tener el hijo de Nerón y recuperarte de eso. ¿Qué edad tienes? ¿Qué edad tenías cuando te casaste con Nerón? —Tengo veintiuno, y me casé con Nerón cuando tenía quince.

—¡Eso es repugnante! Ninguna muchacha debería casarse a los quince; no es romano. Los dieciocho es la edad correcta, no me extraña que fueses tan desdichada. Te juro que no serás desdichada conmigo. Tendrás ocio y amor.

El rostro de ella cambió.

—Ya he tenido demasiado ocio, César, ése ha sido mi mayor problema. Leer y escribir cartas, hilar, tejer, nada que importase, Quiero un trabajo de algún tipo, un trabajo de verdad. Nerón tenía unas pocas sirvientas, pero el Atrium Vestae estaba lleno de carpinteras, albañiles, yeseras, médicas, dentistas; había incluso una veterinaria que venía a atender al perro faldero de Apuleya. ¡Las envidiaba!

—Espero que el perro faldero fuese una hembra —dijo él con una sonrisa.

—Por supuesto. Gatas y perras. Creo que la vida en el Atrium Vesta es preciosa. Tranquila, pero las vestales tienen un trabajo que hacer y, por lo que me dijo el ama de llaves, las obsesiona. Cualquiera que se precie debe tener un trabajo, y debido a que yo no tengo ninguno, no valgo nada. Te amo, César, ¿pero qué voy a hacer cuando tú no estés aquí?

—No estarás ociosa, eso te lo prometo. ¿Por qué crees que me casé contigo entre todas las mujeres? Porque miré en tus ojos y vi el espíritu de una auténtica compañera de trabajo. Necesito a un ayudante de verdad a mi lado, alguien en quien pueda confiar literalmente mi vida. Hay tantas cosas que no puedo hacer por falta de tiempo, cosas más adecuadas para una mujer, y cuando estemos juntos en nuestra cama, voy a pedir consejo a una mujer: a ti.

Las mujeres ven las cosas de otra manera, y eso es importante. Eres educada y muy inteligente, Livia Drusilia. Acepta mi palabra, quiero trabajar contigo.

Ahora le tocó a ella el turno de sonreír.

—¿Cómo sabes que tengo todas estas cualidades? Una mirada en mis ojos insinúa unas suposiciones carentes de base.

—Estaba ocupado con tu espíritu.

—Sí, lo comprendo.

Octavio se levantó de prisa, luego se sentó de nuevo.

—Iba a llevarte para que te acostases en aquel diván; debes de estar agotada. Pero no descansará tus huesos, te los castigará. Ya he encontrado tu primera tarea, Livia Drusilia: amuebla este lugar, que parece una basílica, como corresponde al Primer Hombre de Roma.

—Pero ¿no es trabajo de una mujer comprar los muebles! Ése es el privilegio de un hombre.

—No me importa de quién sea el privilegio, no tengo tiempo.

Visiones de colores y estilos ya llenaban su cabeza; ella sonrió, radiante.

—¿Cuánto dinero puedo gastar?

—Todo el que necesites. Roma es pobre y he gastado mucho de mi herencia en aliviar sus penurias, pero aún no soy un hombre pobre. Madera de cítrico, crisoelefantino, ébano, esmaltes, mármol de Carrara; lo que tú quieras. —De pronto pareció recordar algo, y se levantó—. Vuelvo en un momento.

Cuando regresó traía algo envuelto en una tela roja, y lo dejó sobre la mesa.

—Ábrelo, mi amada esposa. Es tu regalo de bodas. Dentro de la tela había un collar y unos pendientes. Las perlas del collar, que tema siete hileras unidas a un par de placas de oro que descansaban en la nuca y se enganchaban, eran del color de la Luna. Los pendientes tenían cada uno también siete hileras de perlas unidas a una placa de oro que descansaba sobre el lóbulo con un gancho soldado en la parte de atrás.

—¡Oh, César! —susurró ella, hechizada—. ¡Son hermosas!

Él sonrió, deleitado a la vez por su deleite.

—Como soy un tanto conocido por mi parsimonia, no te diré cuánto me costaron, pero fui afortunado. Faberio Margarita acababa de recibirlas. Las perlas son tan perfectas que cree que fueron hechas para una reina (egipcia o nabatea, probablemente, porque las perlas las traen de Taprobane). Pero estas

piezas nunca adornaron un cuello real o unas orejas reales, porque fueron robadas. Es probable que sean muy antiguas. Faberio las encontró en Chipre y las compró por... bueno, no tanto como lo que yo pagué, pero en cualquier caso no le salieron bastas. Te las doy a ti porque el viejo Faberio y yo creemos que nadie las ha usado antes, o las ha pagado. Por lo tanto, son tuyas para que las uses como su primera propietaria, *meum mel*.

Ella dejó que le colocase las perlas alrededor del cuello, que enganchase los ganchos a través de los agujeros en sus lóbulos luego se puso de pie para que él la admirase, tan llena de alegría que no podía hablar. La perla del tamaño de una fresa de Servilia era una insignificancia comparada con aquéllas; siete hileras. La vieja Clodia tenía un collar con dos hileras, pero ni siquiera Sempronia Aratina podía decir que tenía más de tres.

—Es hora de irse a la cama —dijo él con un tono enérgico, y la sujetó del codo—. Tú tienes tus propias habitaciones, pero si prefieres otras (no sé la vista que prefieres), sólo tienes que decírselo a Burgundino, nuestro mayordomo. ¿Te gusta Sofonisba? ¿Te servirá?

—Me estoy perdiendo en los Campos Elíseos —dijo ella, y permitió que la guiase—. ¡Tantas molestias y gastos por mí! César, te miré y te amé, pero ahora sé que cada día que estaré contigo te amaré más.

III

VICTORIAS Y DERROTAS

Del 39 al 37 a J. C.

XI

Publio Ventidio era un picentino de Asculum Picenum, una gran ciudad amurallada en la Vía Salaria, la vieja carretera de la sal que conectaba Firmum Picenum con Roma. Seiscientos años atrás las gentes de las llanuras latinas habían aprendido a extraer la sal de las llanuras de Ostia; la sal era un bien escaso de mucho valor. Con el tiempo, el comercio pasó a manos de los mercaderes que vivían en Roma, una pequeña ciudad en la orilla del río Tíber, quince millas corriente arriba de Ostia. Los historiadores como Fabio Pictor afirmaban categóricamente que había sido la sal lo que había hecho que Roma fuera la ciudad más grande de Italia, y a su gente, la más poderosa. Fuera como fuese, cuando Ventidio nació en el seno de una rica y aristocrática familia asculana el año anterior al que Marco Livio Druso fuese asesinado, Asculum Picenum se había convertido en el centro del Picenum sureño. Edificada en un valle entre las estribaciones y las altas cumbres de los

Apeninos, bien protegida por sus altas murallas de los marrucinos y los paelignos, las vecinas tribus italianas, Asculum era el centro de una próspera región dedicada al cultivo de manzanas, peras y almendras, cosa que significaba también la venta de una excelente miel y, además, de la jalea hecha con la fruta no adecuada para enviarla al Forum Holitorium, en Roma. Sus mujeres se ocupaban de una industria casera de finas telas en un tono azul muy atractivo que se conseguía de una flor propia de la región.

Pero Asculum se hizo notorio por una razón totalmente diferente: fue allí donde se cometió la primera atrocidad de la guerra italiana, cuando los habitantes, hartos de ser discriminados por el pequeño grupo de residentes romanos, asesinaron a los doscientos ciudadanos y a un pretor que estaba de visita durante la representación de una obra de Plauto. Cuando las dos legiones al mando del tío de Divus Julius, Sexto César, llegaron para aplicar el castigo, cerró sus puertas y soportó un asedio de dos años. Sexto César murió de una pulmonía durante un frío invierno y fue sucedido por Gneo Pompeyo Strabo Carnifex. Aquel bizco señor de la guerra picentino estaba orgulloso de sus logros, debido a los cuales se había ganado el apodo de Carnicero, pero sería eclipsado por su hijo Pompeyo Magno. Acompañado por su hijo de diecisiete años y el amigo de su hijo, Marco Tulio Cicerón, Pompeyo Strabo procedió a demostrar que carecía totalmente de piedad. Diseñó la manera de desviar el suministro de agua de la ciudad, que se obtenía de un acuífero debajo del lecho del río Tronto. Pero la sumisión no llegó a satisfacer a Pompeyo Strabo, decidido a enseñarles a los asculanos que no podían asesinar a un pretor romano haciéndolo literalmente picadillo. Azotó y decapitó a todos los varones asculanos entre la edad de quince y setenta años, un ejercicio de logística que era difícil de resolver. Después de dejar cinco mil cuerpos decapitados para que se pudriesen en la plaza del mercado, Pompeyo Strabo llevó a trece mil mujeres, niños y ancianos fuera de la ciudad y los abandonó en las garras de un terrible invierno sin comida ni ropa de abrigo. Fue después de aquella brutal matanza cuando Cicerón, asqueado a más no poder, pidió pasar al servicio de Sila en el teatro sur de la guerra.

El pequeño Ventidio tenía cuatro años, y se salvó del destino de su madre, su abuela, sus tías y sus hermanas, que perecieron en las nieves de los Apeninos. Él fue uno de un reducido número de niños muy pequeños que Pompeyo Strabo salvó para que desfilasen en su triunfo; un triunfo que escandalizó a los hombres decentes de Roma. Se suponía que los triunfos se celebraban por victorias conseguidas sobre los enemigos extranjeros, no italianos. Delgado, hambriento, cubierto de llagas, el pequeño Ventidio fue empujado a lo largo de la marcha de dos millas desde el Campo de Marte hasta el foro romano y luego expulsado de Roma para que se las apañase por sí mismo. Tenía cinco años.

Pero los italianos, ya fuesen picentinos, marsos, marrucinos, frentanos, samnitas o lucanos, eran de la misma raza que los romanos, e igual de difíciles de matar. Ventidio, que robaba comida cuando no podía pedirla, llegó hasta Reate, que era territorio sabino. Allí, un criador de mulas llamado Considio le dio empleo: limpiar los establos de sus yeguas de cría. Aquellas resistentes yeguas de una raza especial eran apareadas con burros para engendrar las soberbias mulas que se vendían muy caras a las legiones romanas, que necesitaban mulas de primera calidad, a un promedio de seiscientas por legión. Que Reate fuese el centro de esa industria se debía a su situación en la Rosea Rura, un cuenco de la mejor hierba; si era un hecho real o una mera superstición, todos creían que las mulas criadas en la Rosea Rura eran mejores que las de cualquier otro lugar.

Él era un buen chico, nervudo y fuerte, y trabajaba hasta el agotamiento. Con sus rizos rubios y sus brillantes ojos azules, Ventidio descubrió, con el tiempo, que si miraba a las mujeres del establecimiento con una mezcla de añoranza y admiración conseguía más comida y mantas para taparse cuando dormía en un nido de aromática paja.

A los veinte años era un joven grande, musculoso gracias al trabajo duro y notablemente experto en la crianza de mulas. Considio, maldecido con un hijo juerguista, encargó a Ventidio la administración de su finca mientras su hijo se marchaba a Roma para dedicarse a beber, a jugar y a rodearse de cortesanas. Eso dejó a Considio con un solo descendiente, una hija que desde hacía tiempo estaba enamorada de Publio Ventidio y en aquellos momentos se atrevió a preguntarte a su padre si podía casarse con él. Considio dio su consentimiento, y cuando murió le dejó sus quinientas iugera de Rosea Rura a Ventidio.

El muchacho, que era tan inteligente como trabajador, tuvo más éxito en la cría de mulas que algunos de los sabinos que llevaban trabajando en esa industria durante siglos; incluso consiguió sobrevivir a aquellos terribles años cuando el lago que regaba la hierba de la Rosea Rura fue vaciado para alimentar un canal de riego utilizado por los cultivadores de fresas de Amiternum. Por fortuna, el Senado y el pueblo de Roma consideraban a las mulas más importantes que las fresas, por lo que el canal fue rellenado y la Rosea Rura recuperó su fertilidad.

Pero, en realidad, no quería pasar la vida como mulero. Cuando el banquero gaditano Lucio Cornelio Balbo se convirtió en el praefectus fabrum de César —el responsable de abastecer a sus legiones—, Ventidio frecuentó a Balbo y se aseguró una audiencia con César. A él le confió su ambición secreta: Ventidio quería entrar en la política romana, alcanzar el cargo de pretor y comandar ejércitos.

—Seré un político mediocre —le dijo a César—, pero sé que puedo

comandar legiones.

César le creyó. Dejó la finca de la cría de mulas al cuidado de su hijo mayor y a Considia y se convirtió en uno de los legados de César, tras la muerte de éste transfirió su alianza a Marco Antonio. Allí estaba, por fin, el gran mando con el que había soñado.

—Pollio tiene once legiones, y no necesita más que siete —le dijo Antonio antes de dejar Roma—. Te puedo dar once y Pollio te cederá cuatro de las suyas. Quince legiones y la caballería que puedas reunir en Galacia tendrían que bastar para enfrentarte a Labieno y Pacoro. Elige a tus propios legados, Ventidio, y recuerda tus limitaciones. Debes realizar una campaña de contención contra los partos hasta que yo llegue al campo. Déjame el castigo a mí.

—Entonces, Antonio, con tu permiso me llevaré a Quinto Poppaedio Silo como mi legado jefe. —Ventidio sonrió, al tiempo que intentaba ocultar su entusiasmo—. Es un buen hombre que ha heredado la capacidad militar de su padre.

—Espléndido. Zarpa de Brundisium tan pronto como hayan cesado los vientos equinocciales; no puedes marchar por la Vía Egnatia, te llevará demasiado tiempo. Navega hasta Éfeso y comienza tu campaña expulsando a Quinto Labieno de Anatolia. Si llegas a Éfeso para el mes de mayo, tendrás tiempo más que suficiente.

Brundisium no tuvo ninguna objeción en bajar la pesada cadena de la bahía y permitir que Ventidio y Silo cargaran sus 66.000 hombres, 6.000 mulas, 600 carretas y 600 piezas de artillería a bordo de 500 transportes de tropas que habían aparecido como por arte de magia en la entrada de la bahía auspiciados por alguna fuente no revelada. Lo más probable, una parte del botín de Antonio.

—Los hombres estarán apretados como sardinas en una tinaja, pero no tendrán demasiadas ocasiones para quejarse de navegar a lo largo del camino —le dijo Silo a Ventidio—. Pueden remar. Debemos cargarlo todo, incluso la artillería.

—Bien. Una vez pasado el cabo Taenarum habremos dejado atrás lo peor.

Silo pareció preocupado.

—¿Qué hay de Sexto Pompeyo, que ahora es dueño del Peloponeso y el cabo Taenarum?

—Antonio me aseguró que no intentará detenernos.

—He oído que está de nuevo en el mar Tirreno.

—No me importa lo que haga en el mar Tirreno, mientras deje en paz el mar Jónico.

—¿De dónde consiguió Antonio tantos transportes? Aquí hay más de los que Pompeyo Magno o César consiguieron reunir.

—Los reunió después de Filipos y se aferró a ellos; los trajo a lo largo de la costa adriática de Macedonia y Epirus. Muchos estuvieron varados alrededor de la bahía de Ambracia, donde también tiene cien naves de guerra. En realidad, Antonio tiene más barcos de guerra que Sexto. Es una desdicha que estén lleudo al final de su vida útil, aunque estén en cobertizos. Tiene una enorme flota en Thasos y otra en Atenas. Finge que la de Atenas es la única, pero ahora sabemos que no es verdad. Congo en ti. Silo. No me traiciones.

—Mi boca está sellada, tienes mi juramento. Pero ¿por qué se aferra Antonio a ellas, y a qué viene el secreto?

Ventidio pareció sorprendido.

—Para el día en que vaya a la guerra contra Octavio.

—Ruego para que ese día nunca llegue —dijo Silo—. El secreto significa que no tiene la intención de derrotar a Sexto. —Pareció intrigado, furioso—. Cuando mi padre dirigió a los marsos y después a todos los pueblos italianos contra Roma, los transportes y las flotas de guerra pertenecían al Estado. Ahora que Italia y Roma están en pie de igualdad en cuanto a las propiedades, el Estado se sienta en los bancos de atrás mientras los comandantes se sientan en las primeras filas. Hay algo que no está bien cuando los hombres como Antonio consideran la propiedad del Estado como su propiedad privada. Soy leal a Antonio y seguiré siendo leal, pero no puedo aprobar la manera como están las cosas.

—Tampoco yo —declaró Ventidio con voz ronca.

—Son los inocentes los que sufrirán si se desata una guerra civil.

Ventidio pensó en su infancia e hizo una mueca.

—Supongo que los dioses están más dispuestos a proteger a aquellos lo bastante ricos como para ofrecerles los mejores sacrificios. ¿Qué es una paloma o un pollo comparado con un toro blanco? Además, es mejor ser un auténtico romano, Silo, ambos lo sabemos.

Silo, un hombre apuesto con los inquietantes ojos de color verde amarillo de su padre, asintió.

—Con los marsos en tus legiones, Ventidio, venceremos en Oriente. ¿Una campaña de contención? ¿Es eso lo que quieres?

—No. —Ventidio se mostró despectivo—. Ésta es mi mejor oportunidad

para una campaña decente, así que pretendo llegar todo lo lejos y lo rápido que pueda. Si Antonio quiere la gloria, debería estar aquí en mi lugar, y no mantener un ojo puesto en Octavio y otro en Sexto. ¿Cree que todos nosotros, desde Pollio hasta mí, no lo sabemos?

—¿De verdad crees que podemos derrotar a los partos?

—Podemos intentarlo. Silo. He visto al Antonio general y no es mejor que yo, o ni siquiera como yo. ¡Desde luego no es César! —La nave pasó por encima de la cadena sumergida en la bahía y se dejó llevar por el viento del noroeste—. ¡Ah, me gusta el mar! ¡Adiós, Brundisium, adiós, Italia! —gritó Ventidio.

En Éfeso, las quince legiones se instalaron en varios inmensos campamentos alrededor de la ciudad portuaria, una de las más hermosas del mundo. Sus casas tenían fachadas de mármol, se enorgullecía de un inmenso teatro, tenía docenas de magníficos templos y el recinto de Artemisa, en su aspecto de diosa de la fertilidad, motivo por el cual sus estatuas la mostraban cargada desde los hombros hasta la cintura con testículos de toro.

Mientras Silo hacía las rondas de las quince legiones y mantenía un ojo severo a los entrenamientos y las maniobras, Ventidio encontró una roca con un asiento natural y se sentó a pensar en paz y tranquilidad. Había visto un destacamento de quinientos honderos enviados por Polemón, el hijo de Zenón, que intentaba gobernar el Pontus sin la sanción oficial de Antonio.

Después de haber hecho una pausa para verlos practicar, los honderos habían fascinado a Ventidio. Era asombroso cómo un hombre con una bolsa de cuero poco profunda sujeta a un flexible cordón de cuero podía lanzar una piedra.

Más que eso, la piedra volaba a través del aire a una velocidad asombrosa. ¿Lo bastante fuerte como para apartar a un arquero montado parto del campo de batalla? ¡Ésa sí que era una buena pregunta! Desde el primer día en que había comenzado a planear esa campaña, Ventidio había decidido que no se conformaría con nada que no fuese la victoria. Por lo tanto, había sufrido por el legendario arquero montado parto, que fingía escapar del campo y disparaba sus flechas de espaldas por encima de la grupa de su caballo. Con una lógica perfecta, Ventidio había asumido que el grueso de las tropas serían arqueros a caballo, que nunca se aventuraban lo bastante cerca como ponerse al alcance de la infantería. Pero quizá esos honderos...

Nadie le había dicho que Pacoro había basado su triunfo en los catafractarios, guerreros vestidos de pies a cabeza en cota de malla montados en grandes caballos acorazados desde la cabeza hasta la rodilla. Pacoro no tenía arqueros a caballo. Otro motivo para esta sorprendente falta de

información sobre el enemigo se debía a que Marco Antonio no había pedido un informe de las fuerzas partas. Tampoco lo había hecho ningún otro romano. Como Ventidio, todos en el bando de Antonio habían asumido sencillamente que el ejército parto contaba con más arqueros a caballo que catafractarios. El ejército parto siempre había sido así. ¿Por qué este otro iba a ser diferente?

Por lo tanto, Ventidio se sentaba y pensaba en los honderos mientras planeaba una campaña dirigida sobre todo contra los piqueros montados, que ya no se quedaban sin flechas casi nunca, incluso en la más larga de las batallas.

¿Qué pasaría, se preguntó Ventidio, si reunía a todos los honderos que tenía Oriente y los entrenaba para lanzar sus misiles contra los arqueros montados? No servía convertir a un legionario en hondero; hubiera preferido ser azotado y decapitado antes que quitarse su cota de malla y recoger una honda en lugar de un gladio.

Sin embargo, una piedra no era un proyectil adecuado, para empezar, los honderos no podían lanzar cualquier piedra vieja; dedicaban una gran cantidad de tiempo precioso a buscaren los lechos de los ríos las piedras adecuadas: suaves, redondas, de unos cuatrocientos gramos. Y a menos que la piedra golpease en alguna parte frágil del cuerpo, en particular el cráneo, causaba unos atroces morados pero no un daño permanente. Un combatiente enemigo estaría fuera de la batalla, pero sanaría lo suficiente como para unirse al combate unos pocos días más tarde. Ése era el problema con las piedras y las flechas, eran armas limpias, y las armas limpias pocas veces mataban. La espada era un arma sucia, cubierta con la sangre decada cuerpo que encontraba, y los legionarios veteranos enjugaban las hojas pero nunca las lavaban. Sus bordes eran lo bastante afilados como para cortar un cabello, y cuando se deslizaba en la carne llevaba venenos que hacían que la herida se infectase y quizá provocase la muerte.

Bueno, él no podía hacer un proyectil de honda sucio, pensó Publio Ventidio, pero podía hacer uno más letal. Por su experiencia con la artillería de campaña, sabía que las grandes piedras hacían mayor daño no tanto por su tamaño sino por su capacidad para destrozar aquello donde pegaban y enviar trozos volando. Si la catapulta o la ballesta eran realmente eficientes, enviaba proyectiles a mayor velocidad que un instrumento cuyo resorte de cuerda estaba húmedo o no había sido tensado todo lo posible. Plomo. Cuatrocientos gramos de plomo ocupaban mucho menos que una piedra del mismo peso. Por lo tanto, ganaría impulso dentro de la bolsa de la honda, que podría girar más rápido y así enviar más lejos el proyectil debido a su velocidad. Cuando impactase, cambiaría su forma, se aplastaría o incluso crearía una punta. Los proyectiles de plomo no eran desconocidos, pero estaban diseñados para ser lanzados desde pequeñas piezas de artillería por encima de las murallas, como

en Perugia, y eso era un ejercicio a ciegas de una efectividad rebatible. Una bola de plomo lanzada por un hondero experto a un blanco específico desde unos sesenta metros podía resultar algo extremadamente útil.

Mandó a los fundidores de la legión que hicieran una pequeña cantidad de proyectiles de plomo de cuatrocientos gramos con la advertencia de que si su idea daba fruto tendrían que fundir miles y miles de proyectiles del mismo peso. El jefe de los fundidores replicó con la astuta sugerencia de que miles de miles de balas de plomo de cuatrocientos gramos sería mejor encargárselas a un proveedor privado.

—Un proveedor privado nos engañaría —afirmó Ventidio, que consiguió mantener virilmente el rostro impávido.

—No si envío a media docena de fundidores para que pesen cada bola y comprueben que no tengan bultos, grietas ni hendiduras, general.

Después de haber acordado este arreglo, siempre que el jefe fundidor también suministrase el plomo y se asegurase de que no fuese adulterado con la adición de un metal más barato como el hierro, Ventidio llevó una bolsa de bolas de plomo al campo de práctica de los honderos, riéndose para sus adentros. Nunca podías aventajar a un astuto legionario, por mucho que lo intentases o por muy alto que fuese tu rango. Habían crecido de manera muy similar a la suya, viviendo al día, y no tenían miedo de los perros de tres cabezas.

Xenón, el jefe de los honderos, estaba en su puesto.

—Prueba una de éstas —le dijo Ventidio, y le dio las bolas.

Xenón balanceó el pequeño objeto en el cuero de la honda e hizo girar el arma hasta que silbó. Un experto movimiento de muñeca y la bola de plomo silbó a través del aire para estrellarse en la cintura de un muñeco. Juntos caminaron para inspeccionar el daño; Xenón soltó un gemido, demasiado asombrado para gritar.

—¡General, mira! —dijo cuando fue capaz.

—Ya estoy mirando.

El proyectil no había abierto un agujero en el cuero blando, había hecho una abertura irregular, y descansaba en el fondo de un relleno de tierra y paja.

—El problema con tus muñecos —señaló Ventidio— es que no tienen un esqueleto de verdad. Sospecho que estas bolas de plomo se comportarán de otra manera cuando impacten contra algo en un esqueleto. Por lo tanto, debemos probar el proyectil en una mula condenada.

Para el momento en que habían encontrado la mula, los quinientos

honderos se habían reunido lo más cerca posible del campo de prueba; se había corrido la voz de que el comandante romano había inventado un nuevo proyectil.

—Colocadla con la grupa de cara a la trayectoria de la bala —ordenó Ventidio—. La usaremos contra caballos del tamaño de una mula que huyen. Un caballo caído es un arquero caído. Los partos quizá puedan mantener el suministro de flechas, ¿pero caballos? Dudo de que tengan muchos para reemplazarlos.

La mula quedó tan herida que tuvieron que sacrificarla en el acto, la piel desgarrada, los intestinos destrozados. Cuando lo sacaron de la carcasa, el proyectil ya no era una bola; parecía un plato aplastado con el perímetro rasgado, resultado, al parecer, de golpear contra el hueso en el camino de entrada.

—¡Honderos! —gritó Ventidio—. ¡Tenéis una nueva arma! Por todos lados resonaron los vivas.

—Envía aviso a Polemón de que necesito mil quinientos honderos más y un millar de talentos de plomo sobrantes de sus minas de plata —le dijo a Xenón—. Pontus acaba de convertirse en un aliado muy importante.

Por supuesto no fue algo tan sencillo. Algunos de los honderos encontraban que el misil más pequeño era difícil de lanzar, y otros, obstinados, rehusaron ver su excelencia. Pero gradualmente incluso los más recalcitrantes honderos se convirtieron en expertos en el lanzamiento del plomo, y aceptaron su nuevo tipo de arma. Las modificaciones en la bolsa de la honda también ayudaron porque el uso demostró que las bolas de plomo gastaban las finas tiras de cuero más rápido que la piedra.

Más o menos para el momento en que el contento entre los honderos era general llegaron otros mil quinientos honderos de Amaseia y Sinope y se esperaban más de Amisus, que estaba más lejos. Polemón, que no era ningún tonto, contaba que su generosidad y rapidez le diesen grandes dividendos más tarde.

Ventidio no perdía el tiempo mientras continuaba el entrenamiento de los honderos, ni tampoco estaba del todo complacido. El nuevo gobernador de la provincia de Asia, Lucio Munatio Planeo, se había instalado en Pergamum, bien al norte de las incursiones de Labieno, ubicado en Licia y Caria. Pero un pergamita a sueldo de Labieno buscó a Planeo y lo convenció de que Éfeso había caído y de que Pergamum era el siguiente objetivo parto. Agitado, poco valiente y dado a escuchar falsos consejos, Planeo, aterrorizado, había hecho el equipaje para escapar a la isla de Chíos, y desde allí había enviado aviso a Antonio, todavía en Roma, para advertirle de que nada podía detener a

Labieno.

«Todo esto —le dijo Ventidio en una carta a Antonio—, mientras yo estaba desembarcando quince legiones en Éfeso. El hombre es un crédulo y un cobarde, y no se le deben facilitar tropas. No me he molestado en comunicarme con él por considerarlo una pérdida de tiempo.»

«Bien hecho, Ventidio —manifestó Antonio en su carta de respuesta, que llegó en el preciso momento en que Ventidio y su ejército estaban a punto de marchar—. Admito que le di a Planeo la gobernación para quitármelo de en medio; un poco como Ahenobarbo en Bitinia, excepto que Ahenobarbo no es un cobarde. Deja que Planeo se quede en Chíos, el vino es excelente.»

Cuando vio esta respuesta, Silo se rio.

—Excelente, Ventidio, excepto que dejaremos la provincia de Asia sin gobernador.

—Ya he pensado en eso —respondió Ventidio complaciente—. Dado que Pitodoro de Tralles es ahora el yerno de Antonio lo he llamado a Éfeso. Podrá cobrar los tributos e impuestos en nombre de Antonio, que es su tata político, y enviarlos a la tesorería en Roma.

—¡Oh! —dijo Silo, con sus extraños ojos muy abiertos—. ¡Dudo de que eso plazca a Antonio! Esas órdenes van directamente a él.

—No es una orden que me hayan dado a mí, Silo. Soy leal a Marco Antonio, pero más leal a Roma. Los tributos y los impuestos cobrados en su nombre deben ir a la tesorería. Lo mismo que con cualquier botín que podamos recoger. Si Antonio quiere quejarse, puede hacerlo, pero sólo después de que hayamos derrotado a los partos.

—Se pavonea, Ventidio, porque los señores de la guerra de Galacia sin líder han reunido a cuantos soldados de caballería han podido encontrar y han venido a Éfeso dispuestos a demostrarles al desconocido general romano lo que pueden hacer los buenos jinetes. Diez mil de ellos, todos demasiado jóvenes para haber muerto en Filipos, y ansiosos por preservar sus llanuras de las depredaciones de Quinto Labieno, demasiado cerca para sentirse cómodos.

—Cabalgaré con ellos, pero no todo el camino —le dijo Ventidio a Silo—. Es tu trabajo poner a la infantería en camino cuanto antes. Quiero que mis legiones recorran como mínimo treinta millas al día, y las quiero en la ruta más directa a las puertas Cilicias. Eso es, por el Maeander arriba y a través del norte de Pisidia hasta Iconium. Toma la ruta de caravanas desde allí hasta el sur de Capadocia, donde seguirás la carretera romana que lleva hasta las Puertas Cilicias. Es una marcha de quinientas millas, y tienes veinte días. ¿Comprendido?

—Absolutamente, Publio Ventidio —manifestó Silo.

No era hábito de un comandante romano montar a caballo; la mayoría prefería caminar por varias razones. Para empezar, la comodidad; un hombre a caballo no tenía alivio para el peso de las piernas, que colgaban sueltas. La segunda, a la infantería le gustaba ver caminar a sus comandantes; los ponía a su mismo nivel, literal y metafóricamente. La tercera, mantenía a la caballería en su lugar; los ejércitos romanos estaban compuestos en su mayor parte por la infantería, más apreciada que las tropas a caballo, que a lo largo de los siglos se habían convertido en no romanos, una fuerza auxiliar de galos, germanos y gálatas.

Sin embargo, Ventidio estaba más habituado a montar que la mayoría, debido a su carrera como criador de mulas. Le gustaba recordar a sus altivos colegas que el gran Sila siempre había cabalgado una mula, y que Sila había hecho que César el Dios cabalgase una mula cuando era un joven. Lo que él quería era mantener un ojo atento a su caballería, dirigida por un gálata llamado Amintas, que había sido secretario del viejo rey Deiotaro. Si Ventidio llevaba razón, Labieno se retiraría ante una fuerza de caballería tan numerosa hasta encontrar un lugar donde sus diez mil infantes entrenados por Roma pudiesen derrotar a diez mil caballos. En ningún lugar de Caria o de la Anatolia central; podía hacerlo en Licia y en el sur de Pisidia, pero si se retiraba en esa dirección significaba alargar demasiado sus comunicaciones con el ejército parto. Su instinto, y era correcto, lo llevaría a través del mismo terreno que Ventidio le había marcado a Silo como ruta de sus legiones, pero días por delante de las tropas. Diez mil caballos en sus talones le obligarían a escapar demasiado rápido como para conservar el tren de equipajes, cargado con un botín que sólo las carretas tiradas por bueyes podían llevar. Caería en manos de Silo; el trabajo de Ventidio era mantener a Labieno en retirada hacia Cilicia Pedia y al ejército parto en el extremo más lejano de la cordillera Amanus, la barrera geográfica entre Cilicia Pedia y el norte de Siria.

Había un único camino por donde Labieno podía pasar desde Capadocia hasta Cilicia, porque las altas y escarpadas montañas del Taurus aislaban a la Anatolia central de cualquier lugar al este de ellas; las nieves del Taurus nunca se derretían, y los pasos existentes se encontraban a una altura de tres mil y tres mil cuatrocientos metros, sobre todo en el segmento Antitaurus. Excepto en las Puertas Cilicias. Era en las Puertas Cilicias donde Ventidio esperaba alcanzar a Quinto Labieno.

Las jóvenes tropas gálatas tenían la edad precisa que produce a los mejores y más valientes guerreros: no lo bastante viejos como para tener esposas y familias, no lo bastante viejos como para creer que ir a la batalla contra el enemigo era algo a lo que tener miedo. Sólo Roma había conseguido convertir a los hombres mayores de veinte en magníficos soldados, y ésa era la marca de la

superioridad romana. Disciplina, entrenamiento, profesionalismo, un seguro conocimiento que cada hombre era parte de una vasta máquina invencible. Sin sus legiones, Ventidio sabía que no podía derrotar a Labieno; lo que debía hacer era retener al renegado en un punto, hacerle imposible cruzar las Puertas Cilicias y esperar a que llegasen las legiones. Al confiar en Silo, le estaba entregando la batalla.

Labieno hizo lo esperado. Su red de inteligencia le había informado de la enorme fuerza acampada en Éfeso; y cuando escuchó el nombre de su comandante, supo que debía retirarse a toda prisa de la Anatolia occidental. Su botín era considerable, porque había ido a lugares que Bruto y Casio no habían tocado; Pisidia, que estaba llena de templos a Kubaba Cibeles y su consorte Attis; Licaonia, que rebosaba de recintos dedicados a deidades olvidadas del resto del mundo desde que Agamenón había gobernado Grecia, e Iconium, una ciudad donde los dioses medos y armenios tenían templos. Por estos motivos intentó desesperadamente llevar su tren de equipajes con él; algo del todo inútil. Lo había abandonado a cincuenta millas al oeste de Iconium, ya que sus carreteros, demasiado aterrorizados de la horda romana que los perseguía, no estaban como para pensar en robar su contenido. Escaparon, y dejaron abandonado un tren de dos millas de bueyes que mugían sedientos. Ventidio sólo se detuvo para liberar a las bestias para que buscasen agua y seguir adelante. Cuando, pasado el tiempo, el botín llegó a la tesorería, equivalía a cinco mil talentos de plata. No había ninguna obra de arte valiosa, pero sí una gran cantidad de oro, plata y gemas. Sería, pensó mientras su trasero se levantaba y caía al paso de la mula, un adecuado adorno a su triunfo.

El terreno que había alrededor de las Puertas Cilicias no era bueno para los caballos; los bosques de diversas clases de pino crecían demasiado cerca y no permitían que creciera la hierba, por lo tanto, ningún caballo podía comer un follaje tan duro. Cada soldado cargaba todas las hierbas que podía, razón por la cual Ventidio no se había apresurado. Pero la tropa era hábil, recogía cada trozo de hierba tierna que podían encontrar, para Ventidio, tenían el aspecto del báculo de un augur, acabado en la punta con un rizo. Entre el forraje que su ejército aún tenía y los tallos de helecho calculaban que aún podían sobrevivir diez días. Lo suficiente si Silo era lo bastante duro para lograr que sus legiones marchasen treinta millas al día. César siempre conseguía más millas que las de sus legionarios, pero César era único. ¡Oh, aquella marcha desde Placentia para relevar a Trebonio y al resto en Agendicum! Y qué gratitud, matar al hombre que te había rescatado. Ventidio tosió y escupió a un imaginario Cayo Trebonio.

Labieno había llegado al alto del paso dos días antes y había conseguido talar los árboles suficientes para hacer un campamento según el correcto estilo romano: había utilizado los troncos para hacer empalizadas, cavado trincheras

alrededor del perímetro y erigido torres a intervalos en la empalizada. Sin embargo, sus tropas tenían un entrenamiento romano, pero no eran romanas, y eso significaba que había errores en el diseño del campamento. Ventidio lo calificaba como buscar lo más fácil. Cuando él llegó, Labieno no hizo ningún intento de salir de detrás de sus fortificaciones y presentar batalla, pero Ventidio no esperaba que lo hiciese. De hecho, lo que esperaba era que llegasen Pacoro y los partos; eso era lo sensato. También era un arriesgado juego de espera. Sus exploradores ya habrían encontrado a Silo y las legiones, de la misma manera que los exploradores de Ventidio ya habían confirmado que no había partos a varios días a caballo de las Puertas Cilicias. Más al este de ese punto, Ventidio no se atrevía a enviar exploradores. El hecho más destacado era que Silo no podía estar mucho más lejos, a juzgar por la velocidad con la que Labieno había construido su campamento.

Tres días más tarde Silo y las quince legiones bajaron por las laderas del Taurus, ya habían superado el relieve parto; todavía estaban a cierta distancia, además, los habían obligado a subir desde la costa, en Tarsus, una marcha agotadora para hombres y caballos.

—Allí —le dijo Ventidio a Silo, y señaló mientras se encontraban; no tenían tiempo que perder—. Construiremos nuestro campamento por encima de Labieno, y en terreno alto. —Se mordió el labio inferior y tomó una decisión—. Envía al joven Apio Pulcher y a cinco de las legiones al norte de la Eusebia Masaka; diez serán suficientes para combatir en este territorio; es demasiado escarpado para un despegamiento masivo de tal dimensión, y no tengo lugar para instalar un campamento de millas cuadradas. Dile a Pulcher que ocupe la ciudad y se prepare para marchar al primer aviso. También puede informar del estado de las cosas en Capadocia; Antonio está ansioso por saber si hay un Ariarthrid capaz de gobernar.

Nadie utilizaba a las tropas de caballería para construir un campamento; no eran romanos y no tenían idea del trabajo manual. Ahora que Silo había llegado podía ocuparse de erigir algo que daría cobijo a los soldados, pero sin informarle de que ésa iba a ser una larga estada. Labieno ya estaba lo bastante preocupado como para ocultarse detrás de sus paredes y mirar a lo alto de la escarpada ladera donde el campamento de Ventidio crecía rápidamente; su único consuelo era que, al ocupar el terreno elevado, éste le había dejado una ruta de escape a Cilicia en dirección a Tarsus. Ventidio también era consciente de este hecho, aunque no le preocupaba. En aquel momento prefería expulsar a Labieno de Anatolia. Aquel empinado lugar lleno de tocones no era sitio para una batalla decisiva. Sólo una buena batalla.

Cuatro días después de la llegada de Silo se presentó un explorador para decirle a los comandantes romanos que los partos habían rodeado Tarsus y tomado la carretera a las Puertas Cilicias.

—¿Cuántos son? —preguntó Ventidio.

—Cinco mil o un poco más, general.

—¿Todos arqueros?

El hombre lo miró desconcertado.

—No son arqueros. Son todos catafractarios, general. ¿No lo sabías?

Los ojos azules de Ventidio se cruzaron con los verdes de Silo, ambos pares sorprendidos.

—¡Menuda estupidez! —gritó Ventidio cuando el explorador se hubo marchado—. ¡No, no lo sabíamos! ¡Todo ese trabajo con los honderos, y total para nada! —Se rehízo, y consiguió parecer decidido—. Buen o, tendrá que depender del terreno. Estoy seguro de que Labieno cree que somos unos locos al halarle ofrecido una oportunidad para escapar, pero ahora estoy centrado en acabar con los catafractarios que con sus mercenarios. Convoca a reunión de los centuriones para mañana al amanecer, Silo.

El plan fue cuidadosa y meticulosamente preparado.

—No he podido confirmar si Pacoro manda su ejército en persona —le dijo a sus seiscientos centuriones presentes en la reunión—, pero lo que tenemos que hacer, muchachos, es tentar a los partos para que carguen contra nosotros montaña arriba sin el apoyo de la infantería de Labieno. Eso significa que nos pondremos en nuestras empalizadas y les gritaremos terribles insultos a los partos en parto. Tengo a un tipo que ha escrito unas cuantas palabras y frases que cinco mil hombres tendrán que aprenderse de corrido. Cerdos, idiotas, hijos de puta, salvajes, perros, comemierdas, palurdos. Cincuenta centuriones con las voces más potentes tendrán que aprender a decir «¡Tu padre es un maricón!», «Tu madre la chupa» y «Pacoro es un porquero»; los partos no comen cerdos y consideran a los cerdos impuros. La idea es conseguir que se cabreen tanto que se olviden de las tácticas y carguen. Mientras tanto, Quinto Silo habrá abierto las puertas del campamento y tumbado las paredes laterales para dejar salir a nueve legiones a la carrera. Es vuestra otra tarea, muchachos, decirles a vuestros hombres que no tengan miedo de estos grandes méntulae en sus enormes caballos. Vuestros hombres deben cargar como los guerreros nubios, debajo y alrededor de los caballos, y descargar golpes de espada contra las patas. Una vez que el caballo haya caído, golpead con la espada el rostro del jinete y cualquier otra parte no protegida por la cota de malla. Todavía pienso usar a mis honderos, aunque no puedo estar seguro de que vayan a ser de gran ayuda. Eso es todo, muchachos. Los partos estarán aquí mañana bastante temprano, así que hoy nos dedicaremos a aprender insultos partos y a hablar, hablar, hablar Dispersaos y que Marte y Hércules Invicto sean con nosotros.

Fue más que una buena batalla; fue un dulce entrenamiento, ideal para los legionarios que nunca habían visto antes a un catafractario. Los jinetes acorazados parecían más temibles de lo que la experiencia demostró que eran en realidad, y respondona la descarga de insultos con una furia que avasalló todo el sentido común. Cargaron por la ladera sembrada de tocones, hicieron temblar el suelo, vociferaron sus gritos de guerra y algunos de los caballos cayeron innecesariamente mientras sus jinetes se estrellaban sobre los tocones o intentaban saltarlos. Sus oponentes, con corazas, pequeños en comparación, salieron de entre los árboles a cada lado del campamento y bailaron ágilmente en el bosque de patas equinas, golpearon y cargaron para convertir la carga parta en un frenesí de caballos que relinchaban y de jinetes caídos, indefensos contra los golpes que les llovían sobre sus rostros y se clavaban en las axilas. Un buen golpe con un gladio penetraba en la cota hasta el vientre, aunque no era muy bueno para la espada.

Para su gran deleite, Ventidio descubrió que los proyectiles de plomo lanzados por los honderos abrían agujeros en la coraza parta y seguían adelante para matar.

Labieno sacrificó a un millar de su infantería para que librasen una acción de retaguardia para escapar por la carretera romana a Cilicia, agradecidos de estar con vida. Era más de lo que se podía decir de los partos, hechos pedazos. Quizá un millar de ellos siguió a Labieno, el resto quedaron muertos o moribundos en el campo de las Puertas Cilicias.

—Qué baño de sangre —le dijo un exultante Silo a Ventidio cuando, seis horas después del comienzo, acabó la batalla.

—¿Cómo nos ha ido, Silo?

—Oh, muy bien. Unas pocas cabezas partidas que se pusieron en el camino de los cascos, varios aplastados debajo de los caballos caídos, pero, en resumen, yo diría que unas doscientas bajas. ¡Qué me dices de las balas de plomo! Incluso la cota de malla no puede detenerlas.

Ventidio frunció el entrecejo mientras caminaba por el campo, sin conmoverse por el sufrimiento que lo rodeaba; se habían atrevido a desafiar el poder de Roma, y se habían dado cuenta de que era algo contraproducente. Un grupo de legionarios pasaba entre los montones de muertos y agonizantes para rematar a los caballos y a los hombres que no podrían sobrevivir. A los pocos que se habían quedado y estaban ligeramente heridos los mantendrían prisioneros porque el guerrero catafractario era un noble cuya familia podía permitirse pagar el rescate. Si no llegaba el rescate, el hombre sería vendido como esclavo.

—¿Qué vamos a hacer con las montañas de muertos? —preguntó Silo, y

exhaló un suspiro—. Éste no es un terreno que tenga más de sesenta centímetros de tierra blanda, por lo que será muy duro cavar fosas para enterrarlos, y la madera es demasiado verde para arder en las piras.

—Los arrastraremos hasta el campamento de Labieno y los dejamos allí para que se pudran —respondió Ventidio—, para cuando volvamos por este camino, si alguna vez volvemos, no serán más que huesos blanqueados. No hay ninguna población en muchas millas a la redonda, y las disposiciones sanitarias de Labieno son lo bastante buenas como para asegurar que el Cidno no se contaminará. —Soltó un resoplido—. Pero primero buscaremos el botín. Quiero que mi desfile triunfal sea muy bueno. ¡No hay triunfo de imitación macedonio para Publio Ventidio!

«Este comentario —pensó Silo con una sonrisa secreta— es una bofetada para Pollio, que libraba la misma vieja guerra en Macedonia.»

En Tarsus, Ventidio descubrió que Pacoro no había estado presente en la batalla, quizá por eso había sido tan fácil enfurecer a los partos. Labieno continuaba escapando hacia el este a través de Cilicia Pedia, su columna desordenada por culpa de los catafractarios sin líder y de unos pocos mercenarios quejosos con gran influencia para crear discordias entre los más plácidos infantes.

—Tenemos que seguirlo de cerca —dijo Ventidio—, pero esta vez podrás cabalgar con la caballería, Silo. Yo llevaré las legiones.

—¿Es que fui demasiado lento en llegar a las Puertas Cilicias?

—Edepol, no! Entre tú y yo Silo, me estoy haciendo demasiado viejo para las largas cabalgadas. Me duelen las pelotas y tengo una fístula. Tú lo harás mejor, eres mucho más joven. Un hombre de casi cincuenta y cinco años está condenado a usar los pies.

Un sirviente apareció en la puerta.

—domine, Quinto Delio está aquí para verte, y pide ser alojado. Los ojos azules se encontraron con los verdes en otra de aquellas miradas que sólo la íntima amistad y los gustos similares permitían. Decían muchísimo, aunque no se cruzaron ni una palabra.

—Hazlo pasar, pero no te preocupes del alojamiento.

—Mi muy querido Publio Ventidio. Y también Quinto Silo, qué agradable veros. —Delio se acomodó en una silla antes de que se la ofreciesen y miró con ansia la jarra de vino—. Una copa de algo ligero, blanco y brillante estaría muy bien.

Silo sirvió el vino y le dio la copa mientras hablaba con Ventidio.

—Si no tienes nada más, me ocuparé de mis asuntos.

—Mañana al amanecer os atenderé a los dos.

—Vaya, vaya, cuánta prisa —manifestó Delio, que bebió un sorbo y después hizo una mueca—. ¡Puaj! ¿Qué es esta meada tercera prensada?

—No lo sé porque no lo he probado —replicó Ventidio escuetamente—. ¿Qué quieres, Delio? Tendrás que alojarte esta noche en una posada porque el palacio está lleno. Puedes venir por la mañana y tener todo el lugar para ti. Nos vamos.

Indignado, Delio se sentó más recto y lo miró furioso. Desde la memorable cena en la que había compartido el diván de Antonio dos años atrás se había habituado tanto a la deferencia que la esperaba incluso de los curtidos hombres militares como Publio Ventidio. ¡Ahora, la exigía! Sus ojos castaños encontraron los de Ventidio, y enrojeció; mostraban desprecio.

—¡Vaya, esto ya pasa de la raya! —exclamó—. ¡Tengo un imperium propretoriano e insisto en que se me acomode ahora mismo! Echa a Silo si no tienes a nadie más a quien echar.

—Yo no echaría ni al más mísero contubernalis por un rastrero como tú, Delio. Mi imperium es proconsular. ¿Qué quieres?

—Traigo un mensaje del triunviro Marco Antonio —contestó Delio con frialdad—, y esperaba entregarlo en Éfeso y no en un nido de ratas como Tarsus.

—Entonces tendrías que haberte movido más rápido —afirmó Ventidio sin la menor compasión—. Mientras tú estabas navegando, yo libraba una batalla contra los partos. Puedes llevarle un mensaje de mi parte a Antonio: dile que hemos batido a un ejército de catafractarios partos en las Puertas Cilicias y que hemos hecho huir a Labieno. ¿Cuál es tu mensaje? ¿Algo igual de asombroso?

—No es prudente provocarme —dijo Delio en un susurro.

—No me importa. ¿Cuál es el mensaje? Tengo trabajo que hacer.

—Se me ha pedido que te recuerde que Marco Antonio está muy ansioso de ver al rey Herodes de los judíos sentado en su trono tan pronto como sea posible.

La incredulidad se reflejó en el rostro de Ventidio.

—¿Antonio te envió hasta aquí sólo para decirme eso? Dile que estaré encantado de poner el culo gordo de Herodes en el trono, pero primero tengo que expulsar a Pacoro y a su ejército de Siria, cosa que llevará algún tiempo. Sin embargo, asegúrate al triunviro Marco Antonio que no olvidaré sus instrucciones. ¿Eso es todo?

Hinchado como una cobra, Delio separó los labios en una mueca.

—¡Lamentarás esta conducta, Ventidio! —siseó.

—Lamento una Roma que alienta a lameculos como tú, Pelio. Ya sabes por dónde se sale.

Ventidio se marchó y dejó a Delio que rabiase. ¡Cómo se atrevía el viejo mulero a tratarlo de esa manera! Sin embargo, por el momento decidió, mientras abandonaba la copa de vino y se levantaba, que tendría que aguantarlo. Había derrotado a un ejército parto y echado a Labieno de Anatolia, una noticia que a Antonio le gustaría tanto como le gustaba Ventidio. «Ya llegará tu momento —se dijo Delio—. Cuando llegue mi oportunidad, atacaré, Pero todavía no. No, todavía no.»

Al mando de su caballería gálata, Quinto Poppaedio Silo, con gran valor y astucia, encerró a Labieno a medio camino, en el paso del monte Amanus llamado las Puertas Sirias, y esperó a que Ventidio llegase con las legiones. Era noviembre, pero no hacía mucho frío; las lluvias de otoño no habían llegado, algo que significaba que el suelo tenía la dureza de la batalla, digno de un combate. Algún comandante parto había traído dos mil catafractarios desde Siria para ayudar a Labieno, pero no sirvió de nada. Por segunda vez los guerreros acorazados fueron hechos pedazos, pero en esta ocasión también pereció la infantería de Labieno.

Tras hacer sólo una pausa para escribirle una jubilosa carta a Antonio, Ventidio fue a Siria, donde no se encontró a ningún parto, ya que se habían marchado. Pacoro tampoco había estado en la batalla de Amanus; el rumor decía que se había marchado a su casa en Seleucia del Tigris meses atrás y se había llevado al Hircano de los judíos con él. Labieno había escapado, y había embarcado para ir a Chipre en dirección a Apamea.

—Eso no le servirá de nada —le comentó Ventidio a Silo—. Creo que Antonio puso a uno de los libertos de César en Chipre para que gobernase en su nombre, un tal Cayo Julio Demetrio. —Buscó papel y escribió una nota—. Envíale esto de inmediato, Silo. Si es el hombre que creo que es mi memoria se confunde con todos esos libertos griegos, buscará en la isla desde Pafos hasta Salamis muy a fondo. De hecho, con mucha diligencia.

Hecho esto, Ventidio desperdigó sus legiones en varios campamentos de invierno y se acomodó a esperar lo que trajese el año siguiente. Instalado con toda comodidad en Antioquía y con Silo en Damasco, pasaba su tiempo de ocio soñando con su triunfo, la perspectiva del cual se hacía cada vez más interesante. La batalla en el monte Amanus le había dado dos mil talentos de plata y unas bonitas obras de arte para decorar las carrozas en su desfile. «¡Qué te den, Pollio! ¡Mi triunfo eclipsará tu desfile!»

Las «vacaciones» de invierno no duraron tanto como Ventidio esperaba; Pacoro regresó de Mesopotamia con todos los catafractarios que había podido encontrar, pero sin arqueros a caballo. Herodes se presentó en Antioquía con las noticias al parecer obtenidas de uno de los paniaguados de Antígono descontento ante la perspectiva de un perpetuo gobierno parto.

—He establecido una excelente relación con el tipo, un zadoquita llamado Ananeel que desea ser sumo sacerdote. Como no pretendo ser yo mismo sumo sacerdote, lo hará tan bien como cualquiera, así que se lo prometí a cambio de una información fidedigna de los partos. Le he hecho susurrar a sus contactos partos que, después de haber ocupado el norte de Siria, pretendes tenderle una trampa a Pacoro en Nicephorium, en el río Éufrates, porque tú esperas que lo cruce en Zeugma. Pacoro se lo ha creído, y no hará caso de Zeugma, sino que viajará por la orilla este todo el camino hacia el norte, hasta Samosata. Imagino que tomará el atajo de Craso hasta el Bilechas, ¿no es una ironía?

Aunque no sentía ningún afecto por Herodes, Ventidio era lo bastante astuto como para comprender que ese codicioso hombre con cara de sapo no tenía nada que ganar con mentir; la información que Herodes le daba debía ser verdad.

—Te doy las gracias, rey Herodes —dijo, sin sentir la repulsión que le inspiraba Delio. Herodes no era un sicofante, pese a su disfraz de obsequioso; simplemente estaba decidido a expulsar a Antígono el usurpador y reinar sobre los judíos—. Puedes estar seguro de que en el momento que desaparezca la amenaza parto te ayudaré a librarte de Antígono.

—Deseo que la espera no sea muy larga —manifestó Herodes con un suspiro—. Las mujeres de mi familia y mi prometida están encerradas en lo alto del más siniestro trozo de roca en el mundo. He recibido noticias de mi hermano José de que están muy escasas de comida. Me temo que no puedo ayudarlas.

—¿Ayudaría algo de dinero? Te puedo dar lo suficiente para que vayas a Egipto y compres suministros y los transportes para que te lleven hasta allí. ¿Puedes llegar a esa siniestra roca in que sepan que abandonas Egipto?

Herodes se irguió, atento.

Puedo escapar sin que me vean con toda facilidad, Publio Ventidio. La roca tiene un nombre (Masada), y está muy lejos de Palus Asphaltites. Una caravana de camellos que vaya por tierra desde Pelusium evitaría a los judíos, idumeos, nabateos y partos.

—Una impresionante lista —dijo Ventidio con una sonrisa—. Entonces, mientras yo me ocupo de Pacoro, te sugiero que hagas eso. ¡Anímate, Herodes! Para este momento del año próximo te verás en Jerusalén.

Herodes consiguió parecer humilde y apocado, una hazaña de no poca importancia.

—Yo ¿este... cómo... ah... consigo este dinero?

—Sólo ve a ver a mi cuestor, rey Herodes. Dile que te dé lo que sea que le pidas, siempre dentro de un límite. —Los brillantes ojos azules chispearon—. Los camellos son caros, lo sé, pero soy mulero de oficio. Tengo una buena idea de lo que cuesta cualquier cosa con cuatro patas. Trata honestamente conmigo y no dejes de traer información.

Ocho mil catafractarios emergieron de la parte sudeste, en Samosata, y de allí cruzaron el Éufrates mientras estaba en su nivel invernal. Esta vez al mando, Pacoro fue hacia el oeste, hacia Chaléis, por la carretera que llevaba a Antioquía a través de un terreno verde que no le presentaba ninguna dificultad, un territorio que conocía muy bien de sus anteriores incursiones. Tenía agua y abundantes pastos y, aparte de un monte bajo llamado Gíndaro, el terreno era fácil y relativamente llano. Tranquilo porque sabía que todos los príncipes menores de la zona estaban de su parte, se acercó al Gíndaro con su caballería extendida a lo largo de millas por la parte trasera para que pastase en su camino hacia Antioquía. Ellos no sabían que ahora estaba de nuevo en manos romanas. Los agentes de Herodes habían hecho bien su trabajo, y Antígono, que podía haber esperado mantener abiertos sus canales con Pacoro, estaba demasiado ocupado en someter a aquellos judíos que aún consideraban que ser gobernados por los romanos era mejor.

Un explorador llegó al galope para informarle de que un ejército romano se había instalado en el Gíndaro, muy bien atrincherado. Aquello fue un alivio para Pacoro, que mandó a sus catafractarios a que adoptasen el orden de batalla; no le gustaba desconocer dónde se hallaba el nuevo ejército romano.

Repitió todos los errores que sus subordinados habían hecho en las Puertas Cilicias y el monte Amanus, todavía imbuido por el desprecio por los soldados de infantería a la hora de enfrentarse con los gigantes con cotas de malla en caballos blindados. La masa de catafractarios cargó colina arriba y se encontró con una lluvia de proyectiles de plomo que atravesaban sus cotas a una distancia más allá de las flechas; debido al desorden de los caballos, que relinchaban al sentir el impacto de las balas que se estrellaban entre sus ojos, la vanguardia parta se hundió. Momento en el que los legionarios se lanzaron con valentía al combate; se movieron entre los caballos para cortarles las rodillas y arrastrar a los jinetes para matarlos con golpes de espada en el rostro. Las largas lanzas eran inútiles en semejante refriega, y, en su mayoría, los sables permanecían todavía envainados. Sin ninguna esperanza de conseguir que su retaguardia pasase, por la confusión reinante delante de ellos, y sin manera de encontrar el flanco romano, Pacoro observó con horror cómo

los legionarios se acercaban cada vez más a su propia posición en lo alto de un pequeño otero. Pero luchó, como hicieron los hombres a su alrededor, para defender a su persona hasta el final. Cuando Pacoro cayó, aquellos que aún podían se reunieron alrededor de su cuerpo e intentaron enfrentarse a los verdaderos soldados de infantería. Para el anochecer, la mayoría de los ocho mil estaban muertos y los pocos sobrevivientes cabalgaban a uña de caballo hacia el Éufrates y el hogar, llevándose con ellos al caballo de Pacoro como prueba de que estaba muerto.

En realidad no lo estaba cuando la batalla acabó, aunque tenía una herida mortal en el vientre. Un legionario lo remató, le quitó la armadura y se la llevó a Ventidio.

Más tarde, Ventidio, ya en Atenas con su esposa y sus hijos, escribió a Antonio:

El territorio era ideal. Tengo la armadura dorada de Pacoro para exhibirla en mi triunfo; mis hombres me han aclamado imperator en el campo tres veces, como puedo testimoniar si tú lo requieres. No tenía sentido librar una guerra de contención en ningún momento de esta campaña, que progresó en un orden natural en una serie de tres batallas. Por supuesto, comprendo que el cierre de mi campaña no es causa de queja para ti. Te ha dado una Siria segura donde poder reunir a tus ejércitos —incluido el mío, que pondré en cuarteles de invierno alrededor de Antioquía, Damasco y Chalcis— para tu gran campaña contra Mesopotamia.

Sin embargo, ha llegado a mis oídos que Antíoco de Cotnagene firmó un tratado con Pacoro que cedía a Comagene el gobierno parto. También obsequió a Pacoro con alimentos y provisiones, un hecho que permitió a Pacoro entraren Siria sin verse afectado por los habituales problemas que representa mantener a una gran fuerza de caballería. Por lo tanto, en marzo tengo la intención de llevar siete legiones al norte, hasta Samosata, y ver qué tiene que decir el rey Antíoco de su traición. Silo y dos legiones marcharán a Jerusalén para poner al rey Herodes en su trono.

El rey Herodes ha sido de gran ayuda para mí. Sus agentes propagaron informaciones falsas entre los espías partos que me permitieron encontrarme en el territorio ideal cuando los partos desconocían totalmente mi paradero. Creo que Roma tiene en él a un aliado digno de su peso. Le he dado cien talentos para que vaya a Egipto y compre provisiones para su familia y la familia del rey Hircano, que está instalado en el mismo retiro de montaña imposible de ser ocupado. Sin embargo, mi campaña me ha dado diez mil talentos de plata de botín, que van de camino a la tesorería en Roma mientras escribo. Una vez que haya celebrado mi triunfo y el botín haya sido liberado, tú te beneficiarás considerablemente. Mi parte, de la venta de esclavos, no será

grande, porque los partos lucharon hasta la muerte. Reuní alrededor de mil hombres del ejército de Labieno y los vendí.

En cuanto a Quinto Labieno, acabo de recibir una carta de Cayo Julio Demetrio, que se halla en Chipre, donde me informa de que capturó a Labieno y lo mandó ejecutar. Deploro este último hecho porque no creo que un simple liberto griego, incluso uno del difunto César, tenga autoridad suficiente para ejecutar. Pero te dejo a ti la decisión final, como corresponde.

Puedes estar seguro de que cuando llegue a Samosata me ocuparé duramente de Antíoco, que ha abandonado el estatus de Comagene como amigo y aliado. Espero que os parezca bien a ti y a los tuyos.

XII

La vida en Atenas era agradable, sobre todo después de que Marco Antonio solucionase sus diferencias con Tito Pomponio Atico, el más apreciado romano en Atenas, según se podía deducir de su apellido, que significaba «ateniense de corazón». Amante de los chicos atenienses, hubiese sido más exacto, pero eso era discretamente omitido por todos los romanos, incluso por uno tan homofóbico como Antonio. En días anteriores, Ático había desarrollado la disciplina de no satisfacer nunca su gusto por los chicos en ningún otro lugar salvo en la homofílica Atenas, donde había construido una mansión y había sido muy bueno con la ciudad a lo largo de los años. Hombre de gran cultura y notable literato, Ático tenía un pasatiempo que finalmente le había permitido ganar una gran fortuna; publicaba las obras de famosos autores romanos de Catulo a Cicerón y César. Cada nueva obra era copiada en ediciones que iban desde las varias docenas hasta los varios miles. Un centenar de escribas escogidos por su actitud y legibilidad estaban ocupados esos días con la poesía de Virgilio y Horacio, cómodamente albergados en un edificio en el Argileto, cerca del Senado. Unidas al scriptorium había las salas que funcionaban como biblioteca de préstamo, un concepto que en realidad había sido inventado por los hermanos Sosio, sus editores rivales, que ocupaban las dependencias vecinas. Su carrera en la edición era anterior a la de Ático, pero carecían de su inmensa fortuna y habían tenido que progresar más lentamente; en los últimos tiempos, los hermanos Sosio habían producido algunos políticos con expectativas, uno de ellos estaba con Antonio como legado superior.

Ático se había casado a una edad madura con su prima, Caecilia Pilia, que le había dado una hija, Caecilia Ática, su única hija y heredera de su fortuna. Un ataque de parálisis había convertido a Pilia en una inválida; había muerto poco después de la batalla de Filipos, por lo que Ático tuvo que ocuparse de dar crianza a Ática. Nacida dos años antes que César cruzase el Rubicón, ahora tenía trece años, y estaba cuidada con amor y cariño por un padre

sofisticado que nunca le había ocultado ninguna de sus actividades, convencido de que la ignorancia sólo la haría vulnerable a los cotilleos mal intencionados. A pesar de eso, Atico se preocupaba por su única hija ahora que estaba alcanzando la madurez. ¿A quién escogería como su marido dentro de cinco años?

Una notable astucia y una incomparable habilidad para mantener buenas relaciones con todas las facciones de la clase superior de Roma le habían asegurado hasta ahora su supervivencia, pero después de la muerte de César, el mundo había cambiado de forma tan radical que temía tanto por su propia supervivencia como por el bienestar de su hija. Su única debilidad había sido la simpatía que sentía por la más dudosa de entre las matronas romanas; lo cual le había llevado a socorrer a Servilia, la madre de Bruto y amante de César; a Clodia, la hermana de Publio Clodio y una notoria devoradora de hombres, ya Fulvia, que había sido esposa nada menos que de tres demagogos: Clodio, Curio y Antonio.

Proteger a Fulvia casi le había significado la ruina, a pesar de su poder en el mundo del comercio romano regido por los caballeros; por un terrible momento había parecido como si todo desde sus importaciones de cereales hasta sus vastos latifundios en Epirus irían a parar a la subasta para beneficio de Antonio, pero al recibir la breve misiva de Antonio donde le ordenaba abandonar a Fulvia lo había hecho. Aunque en privado había llorado amargamente cuando ella se cortó las venas, el destino de Ática y de su fortuna importaban más.

Por consiguiente, cuando Antonio llegó a Atenas con Octavia y sus numerosos hijos, Ático se dedicó a congraciarse con el matrimonio. Encontró al triunviro mucho más calmo, y con acierto adjudicó el mérito a Octavia. Era obvio que eran muy felices juntos, pero no a la manera de los jóvenes recién casados, que nunca querían más compañía que la propia. Antonio y Octavia ansiaban compañía, asistían a todas las conferencias, simposios, y funciones que la capital de la cultura podía ofrecer y a menudo daban fiestas en su hogar. Sí, un año de matrimonio había mejorado a Antonio, de la misma manera que aquel famoso palurdo, Pompeyo Magno, había mejorado después de casarse con Julia, la encantadora hija de César.

Por supuesto, todavía existía el viejo Antonio que ocupaba aquel cuerpo hercúleo, atrevido, de carácter ardiente, agresivo hedonista y perezoso.

Era esto último, la pereza de Antonio, lo que ocupaba los pensamientos de Ático mientras caminaba por una angosta callejuela ateniense para ir a cenar con Antonio en la residencia del gobernador; era abril del año en que Apio Claudio Pulcher y Cayo Norbano Flaco eran cónsules, y (junto con el resto de Atenas) Ático sabía que los partos habían sido expulsados a sus propias

tierras. No por Antonio, sino por Publio Ventidio. En Roma, la gente decía que las incursiones partas habían cesado sin más, interrumpidas tan bruscamente que Antonio no había tenido tiempo para reunirse con Ventidio en Cilicia o Siria. Pero Ático sabía que no era así; nada había evitado que Antonio estuviese donde se desarrollaban las acciones militares. Nada, excepto la más terrible debilidad de Antonio: una pereza que lo llevaba a una perpetua demora. Parecía ciego al ritmo de los acontecimientos, y se decía a sí mismo que todo ocurriría cuando él lo quisiese. Mientras Julio César había estado vivo para empujarlo, la debilidad no había parecido tan evidente, pero después del asesinato de César, Octavio había empujado. No obstante, Filipos había sido una victoria tan grande para Antonio que la debilidad había florecido al máximo. De la misma manera que cuando Julio César lo había dejado a cargo de toda Italia mientras él iba por el mundo aplastando a sus enemigos. ¿Qué había hecho Antonio con esa inmensa responsabilidad? Había uncido cuatro leones a una carroza, reunido a una corte de magos, bailarines y payasos y se había divertido sin cesar. ¿Trabajo? ¿Qué era eso? Roma se gobernaba a sí misma; como hombre al mando, haría precisamente lo que quería, divertirse. Aunque no había ninguna base real, parecía creer que, dado que él era Marco Antonio, todo saldría de la manera que él creía que debía ser. Y cuando nada resultaba así, Antonio culpaba a todos menos a sí mismo.

Debajo de la tranquilizadora influencia de Octavia no había cambiado, en realidad. Siempre el placer por delante del trabajo. Pollio y Mecenas habían reorganizado los límites del triunvirato de una forma más sensata, un acto que debía librar completamente a Antonio para que se ocupase de dirigir a sus ejércitos. Pero al parecer aún no estaba preparado para hacerlo, y sus excusas eran huecas. Octavio no representaba una amenaza real y, a pesar de sus protestas, tenía dinero más que suficiente para ir a la guerra. Sus legiones ya existían, estaban bien equipadas y abastecidas con grano barato por Sexto Pompeyo. Por lo tanto, ¿qué le detenía?

Para la hora en que llegó a la residencia del gobernador, Ático sentía la amarga furia que sienten los viejos, y encontró, para su desagrado, que él y Antonio cenarían solos; con la excusa de una enfermedad de uno de los niños, Octavia no asistiría a la cena. Eso significaba que no podría convencer a Antonio para que estuviese de buen humor. Con el corazón en los pies, Ático comprendió que iba a ser una cena muy incómoda.

—¡Si Ventidio estuviese aquí, lo juzgaría por traición! —fue el primer comentario de Antonio.

Ático se rio.

—¡Pamplinas!

Antonio pareció sorprendido, luego arrepentido.

—Sí, sí, ya veo por qué dices que son pamplinas, ¡pero la guerra contra los partos era mía! Ventidio se excedió en sus órdenes.

—¿Tendrías que haber estado tú en la tienda de mando, mi querido Antonio! —replicó Ático con voz tajante—. Dado que tú no estabas, ¿de qué te quejas si tu delegado lo hizo tan bien que ni siquiera tuvo muchas bajas? Tendrías que estar haciendo ofrendas a Marte Invicto.

—Se suponía que debía esperarme —afirmó Antonio, tozudo.

—¡Tonterías! Tu problema es que quieres tener ambas caras de la vida en un mismo momento.

El rostro de Antonio delató su irritación ante esas claras palabras, pero los ojos carecían de la chispa roja que ardían como la advertencia de un inminente estallido.

—¿Las dos caras de la vida? —preguntó.

—Sí. El hombre más famoso de nuestros días se pasea por el escenario ateniense acompañado por un gran coro de admiración; ésa es una. El hombre más famoso de nuestros días dirige sus legiones a la victoria; ésa es la otra.

—¡Hay muchísimas cosas que hacer en Atenas! —protestó Antonio, indignado—. No soy yo quien hace las cosas mal, Ático, es Ventidio. Es como un peñasco que corre ladera abajo. Incluso ahora no está contento con descansar en sus laureles y se ha ido con siete legiones Éufrates arriba para darle una patada en el trasero al rey Antíoco.

—Lo sé. Tú me enseñaste su carta, ¿lo recuerdas? Lo que haga o deje de hacer Ventidio no es la cuestión. La cuestión es que tú estás en Atenas, no en Siria. ¿Por qué no lo admites, Antonio? Eres un perezoso.

En respuesta, Antonio se partió de risa.

—¡Oh, Atico! —jadeó cuanto pudo—. ¡Eres imposible! —De pronto recuperó la seriedad y frunció el entrecejo—. En el Senado tengo que enfrentarme a los generales de salón, pero esto no es el Senado y tú estás buscándome las cosquillas.

—No soy miembro del Senado —replicó Ático, lo bastante enfadado como para perderle el miedo a aquel hombre peligroso—. Una carrera pública está abierta a la crítica desde todos los flancos, incluido el de los simples comerciantes como yo. Te lo repito, Marco Antonio, eres un holgazán.

—Bueno, quizá lo sea, pero tengo una agenda. ¿Cómo puedo ir más lejos al este de Atenas cuando Octavio y Sexto Pompeyo todavía siguen con sus triquiñuelas?

—Podrías aplastar a esos jóvenes, y tú lo sabes. En realidad, tendrías que

haber acabado con Sexto hace años y dejado a Octavio con sus propios recursos en Italia. Octavio no es ninguna amenaza real para ti, Antonio, pero Sexto es un grano que es necesario reventar.

—Sexto mantiene ocupado a Octavio.

Ático no pudo más, se levantó de un salto del diván y dio la vuelta para enfrentarse a su anfitrión a través de la larga y baja mesa cargada con comida, su rostro normalmente amable retorcido por la furia.

—¡Estoy harto de escucharte decir eso! ¡Crece, Antonio! ¡No puedes ser virtualmente el amo absoluto de medio mundo y pensar como un escolar! —Apretó los puños y los agitó—. He desperdiciado mucho de mi precioso tiempo intentando descubrir qué pasa contigo, por qué no actúas como un estadista. Ahora lo sé. Eres un tozudo, haragán y ni siquiera la mitad de inteligente como tú mismo crees que eres. ¡Un mundo mejor organizado nunca te tendría a ti como gobernante!

Boquiabierto, demasiado asombrado para hablar, Antonio lo miró mientras él recogía los zapatos y la toga y caminaba hacia la puerta. Entonces, él también saltó del diván y alcanzó a Ático a tiempo para detener su marcha.

—¡Por favor, Tito Ático! ¡Por favor, siéntate de nuevo! —La sombra de una sonrisa apartó los labios de sus dientes, pero consiguió mantener sujeto el brazo de Ático con gentileza.

Se apagó la furia; Ático pareció achicarse, luego se dejó llevar de nuevo al diván y una vez más se sentó en el locus consularis.

—Lo siento —murmuró.

—No, no, tienes derecho a dar tus opiniones —dijo Antonio con un tono bastante jovial—. Al menos ya sé lo que piensas de mí.

—Tú te lo has buscado. Cada vez que comienzas a utilizar a Octavio como excusa para quedarte al oeste de donde deberías estar, me sometes a una dura prueba —dijo Ático con un tono apaciguador.

—¡Pero Ático, el chico es un idiota! Me preocupa Italia, es la pura verdad.

—Entonces ayuda a Octavio en lugar de ponerle trabas.

—Ni en un millar de años.

—Está en graves apuros, Antonio. El grano de esta próxima cosecha parece que nunca llegará gracias a Sexto Pompeyo.

—Entonces, Octavio debería quedarse en Roma ocupándose de acariciar las faldas de Livia Drusilia en lugar de montar invasiones contra Sicilia con sesenta barcos. Sesenta barcos. No me extraña que haya sido apaleado. —Una

enorme pero bien formada mano buscó un trozo de pollo. La comida pareció calmarlo; miró de reojo a Ático con una sonrisa—. Sólo concédeme una victoriosa campaña contra los partos el año siguiente y le daré a Octavio toda la ayuda que necesite cuando acabe. —Pareció sospechar—. No te agrada Octavio, ¿verdad?

—Me es indiferente —contestó Ático con un tono distante—. Tiene algunas extrañas ideas sobre cómo debe funcionar Roma; ideas que no me beneficiarán a mí ni a ningún otro plutócrata. Como Divus Julius, creo que pretende debilitar a la primera clase y a la parte superior de la segunda clase para fortalecer a las clases bajas. Oh, no del Censo por Cabezas, eso se lo reconozco. No es un demagogo. Si fuese sólo un cínico explotador de la credulidad popular, no me preocuparía. Pero me parece que él cree de verdad que César es un dios, y él, hijo de un dios.

—Su manera de insistir en la deificación de César es una marca de su locura —dijo Antonio, sintiéndose mucho mejor.

—No, Octavio no es un loco. De hecho, no creo haber visto a ningún hombre más cuerdo que él.

—Quizá yo sea un tardón, pero él tiene alucinaciones de grandeza.

—Tal vez, pero confío en que tengas la suficiente imparcialidad para ver que Octavio es algo nuevo para Roma. Tengo razones para creer que emplea a un pequeño ejército de agentes por toda Italia que trabajan con mucho empeño para perpetuar la ficción de que él es como César, como un guisante en la vaina. Como César, es un brillante orador con un gran atractivo para las masas. Su ambición no conoce límites, y por esa razón dentro de unos pocos años se tendrá que enfrentar con una situación muy grave —manifestó Ático sobriamente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Antonio, perdido.

—Cuando el hijo egipcio de César sea mayor, vendrá a visitar Roma. Mis contactos egipcios me dicen que el chico es la viva imagen de César, y algo más que en el aspecto físico. Es un prodigio. Su madre insiste en que lo único que desea para Cesarión es un trono seguro y el estatus de amigo y aliado del pueblo romano, y puede que sea así. Pero si él es la imagen de César y Roma lo ve, muy bien podría quedarse con Roma, Italia y las legiones de Octavio, que en el mejor de los casos es un César de imitación. Tú no te verás afectado porque para entonces ya estarás en un retiro obligado; Cesarión sólo tiene nueve años. Pero dentro de trece o catorce será un hombre crecido. Las luchas de Octavio contigo y Sexto Pompeyo serán algo insignificante comparado con Cesarión.

—Mmm... —dijo Antonio, y cambió de tema.

Una cena inquietante que no perturbó la digestión de Antonio, que comió con su habitual entusiasmo. Algunas reflexiones le permitieron despreocuparse de las críticas de Ático a su propia conducta. ¿Cómo podía saber los problemas a los que se enfrentaba Antonio aparte de Octavio? Después de todo, él tenía setenta y cuatro años; a pesar de su apuesta y ágil figura y astucia comercial, debía de estar sufriendo los primeros síntomas de senilidad.

Eran los comentarios de Ático sobre César los que se le quedaron grabados. Con el entrecejo fruncido, pensó en aquel viaje de tres meses a Alejandría, hacía ahora más de dos años. ¿De verdad Cesarión ya casi tenía nueve años? Lo que él recordaba era a un chico apuesto, dispuesto a toda clase de aventuras, desde cazar hipopótamos a perseguir cocodrilos. Valiente sin límites. Bueno, también así había sido César. Cleopatra tendía a apoyarse en él, a pesar de la edad, aunque eso no había sorprendido a Antonio. Era una mujer emocional y no siempre sabía, mientras que su hijo era... ¿Era qué? Más duro, desde luego. Pero ¿qué más? Él no lo sabía.

¿Por qué no había tenido más paciencia con el fino arte de la correspondencia? Cleopatra le había escrito de vez en cuando, y a Antonio no se le había pasado por alto que sus cartas hablaban en su mayor parte de Cesarión, de su inteligencia y de su autoridad natural. Pero no había hecho mucho caso, al considerar sus comentarios como los habituales de una madre hechizada. Casado con Octavia, lo sabía todo de las madres hechizadas. Una vaga inquietud le incitó a pensar en un viaje a Alejandría para ver por sí mismo en qué se estaba convirtiendo Cesarión, pero de momento era imposible. Sin embargo, pensó sería para él un enorme placer descubrir que Octavio tenía mi primo rival que era más temible que Marco Antonio. Se sentó para escribirle a Cleopatra.

Querida mía:

He estado pensando en ti mientras estoy sentado aquí en Atenas metafóricamente impotente. El estado literal aún no me ha visitado, me apresuro a añadir, y siento a mi mejor amigo sujeto en mis ingles que comienza a moverse con tu recuerdo, con tus besos. Atenas, como verás, ha mejorado mi estilo literario; aquí hay poco más que hacer aparte de leer, patrocinar la academia y otros antros filosóficos y hablar con hombres como Tito Pomponio Ático, que vino a cenar.

¿Puede ser que Cesarión esté de verdad cerca de su noveno cumpleaños? Supongo que debe de ser así, pero me duele pensar que me he perdido dos preciosos años de su infancia. Créeme que intentaré solucionarlo lo antes que pueda, y cuando sea posible iré a por ti. Mis propios gemelos deben de estar cerca de los dos años. ¿Adónde se va el tiempo? Nunca los he visto. Sé que

has llamado a mi hijo Ptolomeo y a mi hija Cleopatra, pero pienso en ellos como el Sol y la Luna, así que quizá cuando tengas en la residencia a Cha'em podrías llamar oficialmente a mi hijo Ptolomeo Alejandro Helios y a mi hija Cleopatra Selene. Él es el decimosexto Ptolomeo y ella la octava Cleopatra. Sí que sería bueno que tuviesen sus propios nombres, ¿no crees?

El año que viene estaré sin duda en Antioquía, aunque quizá no tenga tiempo para visitar Alejandría. Sin duda ya sabrás que Publio Ventidio se excedió en el mandato que le había dado para ir a la guerra y expulsar a los partos de Siria. En realidad no me complació, dado que apesta a soberbia. En lugar de poner a Herodes en el trono, se ha ido a Samosata, que, según me acaban de informar, ha cerrado sus puertas para soportar el asedio. Sin embargo, debe de tener el tamaño de una aldea, por lo que no podrá tardar más de un nundinum en rendirse.

Octavia está encantada, aunque algunas veces me encuentro a mí mismo deseando que tuviese algo más de su hermano. Hay algo intimidatorio en una mujer que no tiene faltas, y ella no las tiene, créeme. Si se quejase de vez en cuando, creo que pensaría mejor de ella, pues sé que cree que no paso bastante tiempo con los niños, de los cuales sólo tres son míos. En cuyo caso, ¿por qué no decirlo? Pero ¿lo hace? ¡Octavia, no! Sólo se muestra apenada. Así y todo, debo considerarme afortunado. No hay mujer en Roma más deseable; me envidian profundamente incluso mis enemigos. Escríbeme y dime cómo estás, y cómo está Cesarión. Ático hizo algunos comentarios sobre él y su relación con Octavio. Insinuó que puede haber un futuro peligro para él. Hagas lo que hagas, no lo envíes a Roma hasta que yo pueda acompañarlo. Es una orden, y no seas como Ventidio. Tu hijo se parece demasiado a César como para ser bien recibido por Octavio. Necesitará aliados en Roma, un fuerte apoyo.

A finales de mayo, Antonio recibió una carta de Octavio con los temas habituales: sus dificultades con Sexto Pompeyo y el abastecimiento de trigo, pero en ésta suplicaba a Antonio encontrarse con él en Brundisium de inmediato. Acompañado sólo por un escuadrón de guardias germanos, un rezongón Antonio salió de Atenas para ir a Corinto y de allí coger el barco hasta Patrae. Pero antes de partir repitió, enfadado, sus quejas a Delio, y comenzó por su resentimiento contra Ventidio.

—¡Todavía está sentado delante de Samosata para dirigir ese patético asedio con la lentitud de un caracol! ¡Lo pone en la liga de Cicerón! Toda Roma sabía que Cicerón era incapaz de mandar a un zorro a un gallinero, incluso con Pomptino, que fue quien combatió de verdad.

—¿Cicerón? —preguntó Delio, incrédulo, despistado; era demasiado joven para recordar las primeras hazañas de Cicerón—. ¿Cuándo demonios el Gran

Abogado condujo un asedio? Es la primera vez que escucho de su participación en cualquier acto militar.

—Fue a gobernar Cilicia diez años después de haber sido cónsul, y se empantanó en un asedio en la Capadocia oriental, un lugar que era poco más que una aldea llamada Pindenissus. Cicerón y Pomptino tardaron una eternidad en conquistarla.

—Ya lo veo —dijo Delio, que de verdad lo veía, pero no los asedios dirigidos por el cónsul menos belicoso que Roma hubiese producido—: Creía que Cicerón era un buen gobernador.

—Oh, lo era, si apruebas a la clase de hombre que hace imposible que los empresarios romanos obtengan beneficios de las provincias. Pero Cicerón no es el tema, Delio. Ventidio sí que lo es. Espero que para el momento en que regrese de vera Octavio haya reducido a pedazos las puertas de Samosata y esté ocupado contando el botín.

Antonio no era ni de cerca tan complicado como Delio había esperado, pero tenía preparado un relato cuando el triunviro de Oriente llegó a su residencia de Atenas furioso por Octavio, que no se había presentado ni había enviado palabra excusándose. Para agregar mofa a la befa, de nuevo Brundisiuin se había negado a bajar la cadena de la bahía y a admitir al visitante. En lugar de ir a atracar a otro puerto, Antonio dio la vuelta y regresó a Atenas muy furioso.

Delio había escuchado a medias las quejas, demasiado acostumbrado al odio de Antonio hacia Octavio como para prestar mucha atención. Ésa era otra de las habituales rabietas no una de aquellas diatribas interminables que hubiesen aterrorizado a Héctor; por consiguiente, Delio esperó al período de calma que seguiría a tantas protestas. Una vez calmado, Antonio se dedicó de nuevo al trabajo como si encontrase beneficiosos aquellos estallidos.

La mayoría de su trabajo en aquel momento se refería a decisiones vitales que debía hacer sobre qué hombre gobernaría cada uno de los muchos reinos y principados dispersos por Oriente; lugares que Roma no administraba en persona como provincias. Antonio en particular estaba convencido de que los clientes-reyes eran la solución correcta, y no más provincias. Era una política astuta que ponía a los gobernantes locales como receptores del odio por el cobro de tasas y tributos.

Su mesa estaba llena de informes de todos los candidatos para cada trabajo. Cada hombre tenía un informe que había sido hecho a conciencia; Antonio, a menudo, tenía información adicional, y algunas veces ordenaba que este o aquel candidato se presentase en Atenas.

Sin embargo, no pasó mucho rato antes de que volviesen al tema de

Samosata y el asedio; su desagrado no disminuyó ni un ápice.

—Estamos a finales de junio y seguimos sin saber ni una palabra —dijo Antonio con expresión ceñuda—. Allí están Ventidio y siete legiones delante de una ciudad del tamaño de Aricia o Tibur. ¡Es escandaloso!

Ahora era la oportunidad para devolverle a Ventidio la humillación que había sufrido en Tarsus. Delio atacó.

—Tienes razón, Antonio, es escandaloso. Por lo menos, por lo que he escuchado.

Antonio, atento, enfocó su mirada en el rostro dolido de Delio, y la irritación desapareció ante la curiosidad.

—¿A qué te refieres, Delio?

—A que el comportamiento de Ventidio en Samosata es un escándalo. Así, al menos, me lo ha dicho un corresponsal mío en la Sexta Legión en su última carta. Llegó ayer con una rapidez inusitada.

—¿Cuál es el nombre de este legado?

—Lo siento, Antonio, no te lo puedo decir. Le di mi palabra de que no divulgaría la fuente de información. —Delio habló con un tono suave, los párpados entornados—. Se me dijo en la más estricta confidencia.

—¿Estás en libertad de decirme la naturaleza del escándalo? —Desde luego. El asedio a Samosata no progresa porque Ventidio aceptó un soborno de mil talentos de Antíoco de Comagene. Si el asedio se prolonga lo suficiente, Antíoco confía en que tú le ordenarás a Ventidio y sus legiones que recojan los bártulos y se marchen.

Asombrado, Antonio no dijo nada por un largo momento. Luego su aliento silbó entre los dientes, los puños apretados.

—¿Ventidio aceptó un soborno? ¿Ventidio? ¡No! Tu informante está equivocado.

La pequeña cabeza se movió a un lado y a otro para insinuar un triste escepticismo.

—Comprendo tu renuencia a creer algo malo de un viejo compañero de armas, Antonio, pero dime esto: ¿por qué mi amigo en la Sexta iba a mentir? ¿Qué ganancia hay para él? Más que eso, al parecer, el soborno es de conocimiento común entre los legados de las siete legiones. Ventidio no ha hecho ningún secreto de ello. Está harto de Oriente y desea regresar a casa para celebrar su triunfo. También corre el rumor de que manipuló los libros de cuentas que envió al aerarium junto con el botín de toda su campaña. También que, de hecho, se guardó otros mil talentos del botín. Samosata es un lugar tan

mísero que él sabe que no podrá sacar mucho de allí. Entonces ¿para qué intentar conquistarla?

Antonio se levantó de un salto, y llamó a gritos a su sirviente.

—¡Antonio! ¿Qué pretendes hacer? —preguntó Delio, pálido.

—¡Lo que cualquier comandante en jefe hace cuando su segundo al mando traiciona su confianza! —respondió Antonio escuetamente.

El sirviente se acercó, aprensivo.

—¿Sí, domine?

—Prepara mi cofre, incluida la armadura y las armas. ¿Dónde está Lucilio? Lo necesito.

El sirviente se marchó a la carrera. Antonio comenzó a pasearse como una fiera enjaulada.

—¿Qué vas a hacer? —repitió Delio, que ahora sudaba.

—Ir a Samosata, por supuesto. Puedes venir conmigo, Delio. Puedes estar seguro de que llegaré al fondo de todo esto.

Toda su vida pasó delante de los ojos de Delio; se tambaleó, jadeó, cayó al suelo y sufrió una convulsión. Al momento, Antonio estaba de rodillas a su lado, pidiendo a gritos un médico que tardó una hora en llegar, tiempo en el cual fue llevado a una cama en lo que parecía ser la agonía final.

Antonio no se quedó con él; tan pronto como se llevaron a Delio, ya estaba dándole órdenes a Lucilio y se aseguró de que los sirvientes supiesen cómo empacar para una campaña; una decisión tonta, no tener a su cuistor con él.

Octavia entró con el médico, con la alarma reflejada en su rostro.

—Mi querido Antonio, ¿qué pasa? —preguntó.

—Me voy a Samosata en menos de una hora. Lucilio ha encontrado un barco que puedo alquilar para que me lleve a Portae Alexandria. Eso está en el golfo de Sinus Isicus, lo más cerca que puedo llegar. —Hizo una mueca, recordó besarle la mano—. A partir de allí tengo una cabalgada de trescientas millas, meum mel. Si sopla el austro, el viaje me llevará alrededor de un mes, pero si no lo hace, más de dos meses. Si le sumas la cabalgada, tardaré entre dos y tres meses sólo para llegar hasta allí. ¡Oh, maldito Ventidio! Me ha traicionado.

—Rehúso creerlo —dijo ella, que se puso de puntillas para besarle la mejilla—. Ventidio es un hombre de honor.

Los ojos de Antonio superaron su cabeza para fijarse en el médico, que

estaba inclinado y al que le temblaban las rodillas.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Es Temistofanes —dijo Octavia—. Es el doctor que acaba de ver a Quinto Delio. Antonio, que se había olvidado del todo de Delio, parpadeó.

—¡Oh! ¡Oh, sí! ¿Cómo está? ¿Todavía vive?

—Sí, señor Antonio, vive. Creo que sufre un ataque de hígado. Consiguió decirme que debe ir contigo a Siria, pero no puede; de eso estoy seguro. Necesita cataplasmas de carbón, verdín, bitumen y aceite aplicados en el pecho varias veces al día, además de purgas y una flebotomía —respondió el médico, que parecía aterrorizado—. Un tratamiento muy caro.

—Es mejor entonces que se quede aquí —manifestó Antojo, enojado por no tener a Delio para señalarle al legado delator—. Ve a ver a mi secretario Lucilio para que te pague.

Otro beso y abrazo a Octavia y Antonio se marchó. Ella se quedó, con una expresión divertida, y luego se encogió de hombros y sonrió.

—Bueno, ahora no lo volveré a ver hasta el invierno —comentó—. Debo darle la noticia a los niños.

En la planta alta, muy cómodo en su cama, Delio dio gracias a los dioses por haberle dado la entereza de mente para desplomarse. Por lo que decía Temistofanes, lo pasaría mal, e incluso llegaría a tener fuertes dolores; un precio pequeño a pagar por la salvación. Que Antonio hubiese decidido salir para Samosata era la única cosa que no había buscado; ¿por qué iba a hacerlo cuando ni siquiera había movido un músculo para expulsar a los partos? Quizá, decidió Delio, sería una buena idea tener una milagrosa recuperación y pasar unos meses en Roma dedicado a congraciarse con Antonio.

El austro sopló, y el barco, que no llevaba más carga que a Antonio y su equipaje, soportó llevar dos hileras de remeros a bordo. Pero el viento del sur no era el ideal y al capitán le desagradaba el mar abierto, por lo que se mantuvo cerca de la costa todo el camino y fue haciendo escalas desde Licia hasta Portae Alexandria. «Es una suerte —pensó el inquieto Antonio— que Pompeyo Magno hubiese barrido de estas costas a todos los piratas que se refugiaban en las cuevas y fortalezas a lo largo de Pamfilia y Cilicia Tracheia. De lo contrario hubiese sido capturado y retenido a la espera del pago de un rescate como muchos romanos, incluido Divus Julius.»

Incluso leer era difícil, porque el barco tenía tendencia a cabecear. El Mare Nostrum no tenía mareas oceánicas, pero estaba agitado y podía ser peligroso en tormentas. Éstas al menos se las evitó porque era verano, el mejor tiempo del año para navegar. La única manera que tenía para aliviar su impaciencia

era jugar a los dados con los marineros por unos pocos sestercios, e incluso así, tenía mucho cuidado de no perder. También caminaba por la cubierta una y otra vez, y mantenía los músculos en forma levantando barricas de agua y haciendo otras demostraciones de fuerza delante de la tripulación. La mayoría de noches, y a instancias del capitán, entraban en un puerto o fondeaban frente a alguna playa desierta. Era un viaje de setecientas millas a un promedio de treinta millas al día en el mejor de los casos. Había momentos en los que Antonio creía que nunca llegaría.

Cuando todo lo demás fallaba, se apoyaba en la borda y miraba el agua, con la esperanza de ver algún gigantesco monstruo marino, pero lo más cerca que estuvo de eso fueron los grandes delfines que nadaban y retozaban alrededor del casco, metían entre los dos remos del timón y saltaban como liebres marinas.

Luego descubrió que mirar durante mucho tiempo le provocaba una oleada de soledad, una sensación de abandono, de cansancio y desencanto, y se preguntaba qué le estaría pasando.

Al final decidió que la defección de Ventidio había destrozado una parte de su interior, que no lo había hecho reaccionar con su rabia acostumbrada, que era una especie de espíritu combativo, sino que lo había llenado de negra desesperación. «Sí —pensó—, temo encontrarme con él. Temo encontrar la prueba de su perfidia aquí mismo debajo de mis narices. ¿Qué Ledo hacer? Despedirlo, por supuesto. Expulsarlo de Roma y que no tenga el maldito triunfo que tanto le interesa. Pero ¿con quién puedo reemplazarlo? ¿Con algún llorica como Sosio? ¿Quién más hay, aparte de Sosio? Canidio es un buen hombre, y mi primo Caninio. Sin embargo, si Ventidio pudo aceptar un soborno, ¿por qué no cualquiera de ellos, que no están ligados a mí por años en la Galia Transalpina y en la guerra civil de César? Tengo cuarenta y cinco años, y el resto son diez y quince años más jóvenes que yo. Calvino y Vatia están con Octavio, también, me dicen, Apio Claudio Pulcher, el cónsul más importante desde Calvino. ¿Quizá es el núcleo de todo esto? Infidelidad. Deslealtad.»

En exactamente un mes su barco amarró en Portae Alexandriae, y se dedicó a buscar monturas para sus sirvientes. Se había traído a Clemencia con él, su Caballo Público tordo gris con la alzada y la fuerza para soportarlo. Todavía con aquel humor lúgubre cabalgó hacia Samosata.

Al llegar al Éufrates, Samosata se alzaba como un ladrillo negro. Asombrado, Antonio descubrió que ésta era una ciudad pande con el mismo tipo de murallas que Amida, porque había pertenecido a los asirios cuando gobernaban esta parte del mundo. Basalto negro del tipo que los griegos llamaban ciclópeo; suave, inmensamente alto e invulnerable a los arietes y a

las torres de asalto. A partir de aquel momento supo que Delio lo había engañado; lo que no sabía era si Delio lo había hecho adrede o sólo porque había sido engañado por su corresponsal f Sexta. Ésa no era una aldea de Capadocia en un acantilado de toba, sino una impresionante tarea incluso para un César experiencia de asedios había sido muy diferente. Nada que Ventidio hubiese visto en ninguna de las guerras de César podía haberlo preparado para esto.

Sin embargo, siempre estaba la posibilidad de que Ventidio hubiese aceptado un soborno; envarado y dolorido, Antonio se apeó de Clemencia en la zona de reunión del campamento, al lado mismo del alojamiento del general.

Ventidio salió para ver a qué venía tanto alboroto; un hombre fornido que aparentaba su edad, prietos rizos grises que convertían su cabeza en algo parecido al astracán. Su rostro se iluminó.

—¡Antonio! —gritó, y se acercó para abrazarlo—. En nombre de Júpiter, ¿qué es lo que te trae a Samosata?

—Quería saber cómo iba el asedio.

—¡Ah, eso! —Ventidio se rio, jubiloso—. Samosata puso término hace dos días. Las puertas están abiertas y Antíoco se ha largado, el astuto irrumator.

—Al lado de dar, ¿no?

—Bueno, en ese aspecto. En todos los demás, recibe.

Ventidio le dio a Antonio una silla de campaña y fue a buscar las bebidas.

—¿Horrible tinto, peor blanco o refrescante agua del Éufrates?

—Tinto, mitad y mitad con agua del Éufrates. Es buena, ¿verdad?

—Tiene sabor para ser agua. La ciudad no tiene un acueducto ni cloacas. Cavan pozos en lugar de traer el agua potable desde el río, luego también cavan letrinas junto a los pozos. —Hizo una mueca—. ¡Los muy locos! Las fiebres entéricas se propagan durante el verano y el invierno. He construido un acueducto para mis hombres y les he prohibido que entren en contacto con los habitantes de Samosata. El río es tan profundo y ancho que no he tenido más que meter las cloacas del campamento en él. Nuestros lugares de baño están corriente arriba, aunque ésta es peligrosa. —Atendida la hospitalidad, Ventidio se sentó en su silla curul y miró a Antonio astutamente—. Hay algo más que curiosidad por mi asedio, Antonio. ¿Qué pasa?

—Alguien en Atenas me dijo que habías aceptado un soborno de mil talentos de Antíoco para mantener el asedio.

—Cacat! —Ventidio se sentó muy erguido, y el placer desapareció de sus

ojos—. Bueno, tu llegada muestra que has mordido el anzuelo. ¿Quién es? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Primero, una pregunta: ¿tienes problemas con la cadena de mando en la Sexta?

Ventidio abrió mucho los ojos.

—¿La Sexta?

Sí, la Sexta.

—Antonio, no tengo aquí a la Sexta desde abril. Silo tuvo problemas para poner a Herodes en su trono, y me pidió otra legión. Le envié la Sexta.

Antonio se levantó, preso de un súbito malestar, y fue hasta ventana, en la pared de ladrillos. Eso lo respondía todo excepto porque Delio se había inventado la historia. ¿Cómo lo había ofendido Ventidio?

—El informante fue Quinto Delio, que dijo que se escribía con un legado de la Sexta. Este legado le habló del soborno e insistió en que todo el ejército lo sabía. Ventidio empalideció.

—¡Oh, Antonio, eso duele! ¡Me has herido en lo más proteo! ¿Cómo has podido creer la palabra de un miserable gusano como Delio sin siquiera escribirme para preguntarme qué estaba pasando? ¡En cambio, aquí estás en persona! Eso demuestra que le crees. ¡Y a mí no! ¿Qué clase de prueba aportó? Antonio se esforzó al volverse desde la ventana. —No lo hizo. Dijo que su informante quería conservar el anonimato. Pero llegó más lejos que eso; me refiero al soborno. También te acusó de manipular los libros de cuentas para el tesoro.

Con las lágrimas corriendo por su rostro curtido, Ventidio volvió un hombro hacia Antonio.

—¡Quinto Delio! ¡Un lameculos, un miserable rastrero, un vil trepador! ¿Sólo con su palabra has hecho este viaje? ¡Podría escupirte! ¡Debería escupirte!

—No tengo excusas —dijo Antonio, lloroso, con el deseo de estar en alguna otra parte, en cualquiera menos allí—. Supongo que es la vida en Atenas. Tan lejos de la acción, metido hasta el cuello en montañas de papeles, alejado de todo. Ventidio, te pido perdón con todo mi corazón.

—Puedes clamar perdón desde aquí hasta tu pira y en tu vuelta a la vida, Antonio. No servirá de nada. —Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Tú y yo hemos acabado. Acabado. He tomado Samosata y arrojo mis libros de cuentas abiertos para cualquiera que tú escojas como auditor. No encontrarás ninguna discrepancia, ni siquiera en una lámpara de bronce. Te

pido que me licencies, mi comandante, que me dejes regresar a Roma. Insisto en mi triunfo, pero he luchado mi última campaña para Roma. Una vez que haya depositado mis árales a los pies de Júpiter Óptimo Máximo me iré a casa, a Reata criar mulas. Casi me he roto la espalda luchando tus guerras por ti, y las únicas gracias que me has dado es una acusación de un tipejo como Delio. —Se levantó y fue hacia la puerta—. Aunque éstas son mis habitaciones, esta noche saldré de ellas. Puedes instalarte y tomar las disposiciones que quieras. ¡Tú confiabas en mí! Y ahora esto.

—¡Publio, por favor! ¡Por favor! ¡No podemos separarnos como enemigos!

—Tú no eres mi enemigo, Antonio. Tú peor enemigo eres tú mismo, no un mulero picentino que caminó en el triunfo de Strabo hace cincuenta años atrás. Tú eres el motivo por el que los italianos todavía estamos en el extremo corto del palo; después de todo, Delio es un romano. Eso hace que su palabra sea mejor que la mía, eso hace que sea mejor que yo. Estoy harto de Roma, harto de la guerra y de los campamentos, de sólo la compañía de hombres. Y no confíes en Silo, es otro italiano, podría aceptar un soborno. Regresará a casa conmigo. —Ventidio tomó aliento—. Buena suerte en Oriente, Antonio. Te va bien, de verdad. Corruptos lameculos, grasientos potentados orientales que se mienten incluso a sí mismos... —Su rostro se contorsionó en una muestra de dolor—. Eso me recuerda una cosa: Herodes está aquí. También está Polemón de Pontus y Amintas de Galacia. No te faltará compañía, incluso si Delio fue demasiado cobarde para venir.

Después de que Ventidio cerró la puerta al salir, Antonio vació su vino aguado a través de la ventana y se sirvió un vaso lleno del fuerte y ligeramente tóxico vino.

«No podría haber sido peor, ni podría haber llevado una conversación de forma más inepta. Ventidio tenía razón —pensó Antonio mientras bebía el vino hasta acabarlo. Cuando se levantó para llenar de nuevo su vulgar vaso de cerámica, se trajo la botella—. Sí, Ventidio tenía razón. En algún momento del camino me he perdido a mí mismo, mi dirección, mi autoestima. ¡Ni siquiera soy capaz de enfurecerme! Lo que dijo es la verdad. ¿Por qué creí a Delio? Es como si volviera atrás en el tiempo, aquel día en Atenas cuando Delio vertió su veneno en mi oreja ansiosa. ¿Quién es Delio? ¿Cómo he sido capaz de creer un relato del que no tenía ninguna prueba para respaldarlo ni ninguna evidencia? Quería creerlo, es lo único que se me ocurre. Quería ver desgraciado a mi viejo amigo, lo deseaba. ¿Por qué? Porque luchó en una guerra que me pertenecía, una guerra que no me molesté en luchar por mí mismo. Eso podía haber significado mucho trabajo. Se ha convertido en una tradición romana que el comandante en jefe se adjudique todo el mérito. Cayo Mario lo comenzó cuando se adjudicó el mérito de la captura de Yugurta. No

tendría que haberlo hecho. Sila consiguió la hazaña de una forma experta, brillante. Pero Mario, sencillamente, no quería compartir los laureles, por lo que nunca lo mencionó ni siquiera en las negociaciones. Si Sila no hubiese publicado sus memorias, nadie hubiera sabido nunca la verdad.

«Quería acabar esta campaña contra los partos en la nieve, reservarme el encuentro final para mí mismo después de que un hombre mejor los hubiese ablandado. Luego Ventidio me robó mi trueno. Un Titán lo bastante osado para saber cómo hacerlo. ¡Crac, bum! Adiós a mi trueno. ¡Cuán furioso me sentí cuán frustrado! Lo subestimé a él y a Silo; nunca se me ocurrió pensar lo buenos que eran. Por eso creí a Delio. No puede haber otra razón. Quería destruirlos logros de Ventidio, quería verlo caído en desgracia, incluso matarlo como a Salvidieno. Aquello también fue obra mía, aunque Salvidieno era menos hombre, menos comandante. Estaba tan absorbido con Octavio que dejé que Oriente se escapase de mis manos, le di las riendas a Ventidio, mi leal mulero.

Comenzó a llorar, y se balanceó atrás y adelante en un débil taburete de patas cruzadas con su asiento de cuero, y miró cómo las lágrimas caían en el vino, bebiendo su propio dolor como un perro se lame las heridas. ¡Oh, el pesar, el arrepentimiento! Nadie lo volvería a mirar de nuevo de la misma maneta. Su honor había sido manchado de una forma irremediable.

Cuando Herodes entró una hora más tarde, se encontró a Antonio tan borracho que no fue reconocido ni saludado.

Entró Ventidio, vio a Antonio y escupió en el suelo.

—Busca a sus sirvientes y diles que lo acuesten —ordenó Ventidio con rudeza—. Aquí, en mis habitaciones. En el momento en que se recupere, yo estaré ya a medio camino de Siria.

Herodes no pudo averiguar nada más que eso.

Antonio se lo dijo dos días más tarde, sobrio, pero contra todo pronóstico afectado por el vino.

—Creí a Delio —manifestó, dolido.

—Sí, eso fue poco sabio, Antonio. —Herodes intentó mostrarse animado—. Sin embargo, ya está hecho y acabado. Samosata ha caído, Antíoco ha huido a Persia y el botín sobrepasa todas las expectativas. Una buena conclusión para la guerra.

—¿Cómo conquistó Ventidio el lugar?

—Es un inventor, así que vio lo que debía hacer. Construyó gigantesca bola con trozos de hierro, la sujetó a una cadena y colgó ésta de una torre. Luego unció cincuenta bueyes y arrastró la bola todo lo lejos que pudo detrás

de la torre. Cuando la cadena quedó bien tensa, cortó la unión entre la bola y las bestias. La bola se movió como un monstruoso puño y golpeó las murallas con un terrible sonido; me tapé los oídos. ¡Las murallas se cayeron sin más! En cuestión de un día había demolido lo suficiente para que sus soldados entrasen por miles. Los samosatas no tenían ninguna otra defensa más que sus fortificaciones. ¡Ni tropas buenas o malas, nada!

—He escuchado que también inventó un proyectil de plomo para las hondas.

—¡Un arma terrorífica! —exclamó Herodes. Puso una mano en el brazo de Antonio—. Ven, Antonio, tú estás al mando ahora que Ventidio se ha marchado. Por lo menos, tendrías que inspeccionar el lugar y ver lo que hizo la bola de hierro. Aquellas paredes se han mantenido durante quinientos años, pero nada puede detener a un ejército romano. No tienes aspecto de tener mucha hambre, y tus legados están dando vueltas por ahí, desconcertados, sin saber qué deben hacer. Por consiguiente he organizado una cena en mi casa. ¡Por favor, ven! Hará que todos se sientan mejor, incluido tú.

—Me duele la cabeza.

—No me sorprende, teniendo en cuenta la meada que bebiste. También tengo un vino decente, si es eso lo que quieres.

Antonio exhaló un suspiro, extendió las manos y las miró.

—Parecen capaces de sujetar cualquier cosa, ¿no? —preguntó con un estremecimiento—. Pero han perdido el control.

—¡Tonterías! Una buena comida de pan fresco y carne magra lo pondrá todo bien.

—¿Qué está pasando en Judea?

—Muy poco. Silo es un hombre excelente, pero dos legiones no eran bastantes, y en el momento en que llegó una tercera, Antígono se había instalado en Jerusalén. Es una ciudad muy difícil de tomar, más difícil que esta guarnición asiría. Por cierto, Ventidio fue muy bueno conmigo.

Antonio hizo una mueca.

—No metas el dedo en la llaga. ¿Cómo?

—Me dio dinero suficiente para ir a Egipto y reabastecer Masada, donde están Hircano y mi familia. Pero envejezco, Antonio, y los judíos necesitan, bueno, un tirano. Se están armando y se entrenan para el combate.

Puesto que ningún legado cometió la imprudencia de mencionar a Ventidio, para el final de su primer nundinum en Samosata, Antonio fue capaz de sentir que ostentaba de verdad el mando. Pero culpar a Ventidio conllevó

que la ciudad sufriera atrozmente a manos de Antonio. Toda la población fue vendida como esclava en Nicephorium, donde un representante, el nuevo rey de los partos, Fraates, los compró como mano de obra. Estaba escaso de trabajadores porque había ejecutado a una significativa parte de su pueblo, desde los de categoría más alta hasta los de más baja. Sus propios hijos fueron los primeros en morir, pero no consiguió matar a un sobrino, un tal Monaeses, que escapó a Siria y desapareció. Algo muy molesto para Fraates, a quien le encantaba ser rey.

Las murallas de Samosata fueron derribadas. Antonio quería utilizar las piedras para hacer un puente en el Éufrates, pero descubrió que el río era demasiado profundo y la corriente tan fuerte que arrastraba las piedras como si fuesen hojas. Al final, acabó por desperdigar las piedras a lo largo y a lo ancho.

Cuando acabó con todo esto, un helor apareció en el aire nocturno. Antonio depuso a Antíoco, le hizo pagar una multa considerable y colocó a su hermano Mitrídates en el trono. Publio Canidio recibió el mando de las legiones, y fue a acampar cerca de Antioquía y Damasco; debía preparar la campaña para entrar en Armenia y en Media al año siguiente, bajo el mando personal de Antonio. Cayo Sosio fue nombrado gobernador de Siria, y recibió las órdenes de poner a Herodes en su trono tan pronto como acabase el período de inactividad de invierno.

En Portae Alexandreia, Antonio embarcó en una nave cuyo capitán estaba dispuesto a enfrentarse al mar abierto. La herida se curaba poco a poco. Podría volver a mirar a los ojos a sus colegas romanos sin preguntarse qué estarían pensando. Pero necesitaba un dulce pecho femenino para apoyar su cabeza. El único problema era que el dulce pecho femenino que le interesaba pertenecía a Cleopatra.

XIII

Cuando Agripa regresó después de dos años en la Galia Transalpina cubierto de gloria, él y las dos legiones que había traído acamparon en el Campo de Marte, fuera del pomerium; el Senado le había rechazado un triunfo, cosa que le prohibía entrar en la propia Roma. No era necesario decir que esperaba que César le estuviese aguardando en la entrada de la espléndida tienda roja erigida para albergar al general en su exilio temporal, pero no había ni rastro de César. Tampoco de los senadores. Bueno, quizá había llegado pronto, pensó Agripa mientras le indicaba a su ordenanza que trajese sus cosas al interior; estaba demasiado ansioso por ver a César aunque fuera en la distancia como para buscar refugio. Sus ojos eran capaces de percibir el destello del metal a una distancia de dos millas o el casi invisible rasguño en algo sujeto en una mano, razón por la cual soltó un suspiro de alivio cuando

vio a una gran guardia armada de germanos salir por la Puerta Fontinalis y bajar por la colina hacia la Vía Recta. Entonces frunció el entrecejo; en el centro de la comitiva había una litera. ¿César en una litera? ¿Estaba enfermo?

Ansioso e impaciente, se obligó a esperar donde estaba, a no correr hacia la litera, que acabó por detenerse delante de la tienda, acompañada por un aluvión de jubilosas felicitaciones de los germanos.

Cuando Mecenas salió de la litera, Agripa soltó una exclamación.

—Adentro —dijo el archimanipulador, y se dirigió hacia la tienda.

—¿Qué pasa? ¿César está enfermo?

—No, no está enfermo, sólo metido en un buen lío —respondió Mecenas, que parecía tenso—. Su casa está rodeada con guardias, y no se atreve a salir al exterior. Ha tenido que fortificarse, ¿te lo puedes creer? ¡Un muro y una trinchera en el Palatino!

—¿Por qué? —preguntó Agripa, asombrado.

—¿No lo sabes? ¿No lo adivinas? ¿Qué puede ser aparte del ministro de trigo? ¿Los impuestos? ¿Los altos precios?

Con los labios apretados, Agripa miró los estandartes de las águilas plantados en el suelo, fuera de su tienda, cada una envuelta en los laureles de la victoria.

—Tienes razón, tendría que haberlo sabido. ¿Cuál es el último capítulo en esta eterna épica? Dioses, comienza a ser tan insoportable como leer a Tucídides.

—Aquel gusano conspirador de Lépido (¡con dieciséis legiones bajo su mando!) dejó que Sexto Pompeyo se fuese con todo el cargamento de trigo de África. Luego aquel asqueroso traidor de Menodoro tuvo una pelea con Sabino (no le gustaba estar bajo su mando) y desertó para irse con Sexto. No se llevó más que seis galeras de guerra con él, pero le dijo a Sexto la ruta de la cosecha de Cerdeña, así que ésa también se perdió. El Senado no tiene alternativa. Debe comprarle el trigo a Sexto, que está cobrando cuarenta sesteracios el modius. Eso significa que el trigo del Estado costará cincuenta sesteracios el modius, mientras que los vendedores particulares están hablando de cobrar sesenta. Si el Estado compra el trigo suficiente para el reparto gratuito, tendrá que cobrarle cincuenta a aquellos que lo paguen. Cuando las clases bajas y el Censo de Cabezas se enteraron, se pusieron furiosos. Disturbios, guerras de bandas; César tuvo que traer una legión de Capua para vigilar los graneros estatales, por lo que el vicus Portae Trigeminae está lleno de soldados, y el puerto de Roma, desierto. —Mecenas tomó aliento y extendió las manos temblorosas—. Es una crisis, una verdadera crisis.

—¿Qué hay del botín que trajo Ventidio en su triunfo? —preguntó Agripa—. ¿No puede manipular los balances de los iros y mantener el precio a cuarenta para el pueblo?

—Podría haberlo hecho, pero Antonio insistió en que se le diera a mitad a él como triunviro y comandante en jefe en Oriente. Dado que el Senado aún está lleno de sus criaturas, votó que debería recibir cinco mil talentos —manifestó Mecenas con un tono lúgubre, agotada la pasión—. Añade la parte de las legiones, y todo lo que quedan son dos mil. Nada más que cincuenta millones de sestericios, contra una factura de trigo de Sexto de casi quinientos millones de sestericios. César preguntó si podía pagar la factura en cuotas, pero Sexto dijo que no. Dinero en mano, o ni un grano. Un mes más verán los graneros vacíos.

—¡Y ningún dinero para pagar los costes de una guerra total contra el méntula! —dijo Agripa con un tono feroz—. Bueno, yo traigo otros dos mil en botín; eso son cien millones de la factura del trigo cuando se añadan a lo que queda de Ventidio. ¡Lo que deberíamos hacer es llevar el Senado al centro del foro y dejar que la turba apedree a cada miembro hasta la muerte! Pero, por supuesto, todos han huido de Roma, ¿no es así?

—Sí. Escondidos en sus villas. No sólo Roma está revuelta, toda Italia se levanta. No es culpa suya, dicen, y culpan de todo al mal gobierno de César. ¡Los maldigo!

Agripa se acercó a la puerta de la tienda.

—Tenemos que detenerlo. Mecenas. Ven, vayamos a ver a César.

Mecenas lo miró, atónito.

—¡Agripa! ¡No puedes! ¡Si cruzas el pomerium para entrar en Roma, perderás el triunfo!

—¿Oh, que es un triunfo cuando César me necesita? Ya celebraré un triunfo por alguna otra guerra.

Agripa se alejó, sin compañía, aún con la armadura; sus largas piernas se tragaban la distancia. Su mente corría en círculos, porque sabía que no había ninguna respuesta, mientras su espíritu insistía en que debía haberla. «¡César, César, no puedes permitir que un vulgar pirata te tenga a ti y al pueblo romano como rehenes! Te maldigo, Sexto Pompeyo, pero maldigo a Antonio todavía más.»

Todo lo que Mecenas pudo hacer fue meterse de nuevo en la litera con la ilusión de estar en la domus Livia Drusilia una hora más tarde, escoltado por su guardia armada. ¡Agripa, solo! La turba lo haría pedazos.

La ciudad estaba en rebeldía, todas las persianas de las tiendas, bajadas y

cerradas, las paredes, cubiertas de pintadas, algunas protestaban por el precio del trigo, pero la mayoría insultaban a César, advirtió Agripa mientras bajaba por la Colina de los Banqueros. Las bandas caminaban armadas con piedras, garrotes, alguna espada, pero nadie le desafió; hasta el más agresivo de entre ellos se daba cuenta de que era un guerrero. Los restos de huevos podridos y verduras chorreaban por las fachadas de venerables bancos y pórticos; en el aire flotaba el hedor de los excrementos en los bacines que nadie tenía el coraje de llevar hasta la letrina pública más cercana para vaciarlos; nunca en sus más mórbidos sueños había pensado Agripa ver Roma tan degradada, tan sucia, tan marcada. La única cosa que faltaba era el hedor del humo; hasta entonces, la locura aún no dominaba del todo. Sin importarle su seguridad, Agripa se abrió paso a codazos entre las soliviantadas multitudes en el foro, donde habían tumbado las estatuas y los brillantes colores de los templos aparecían casi borrados con las pintadas y la suciedad. Cuando llegó a las Escaleras de los Orfebres las bajó de cuatro en cuatro, apartando a quien se cruzaba en su camino. Atravesó el Palatino, y allí delante de él se alzaba el muro levantado a toda prisa, en lo alto del cual había una fila de guardias germanos.

—¡Marco Agripa! —gritó uno cuando él levantó un brazo; cayó el puente levadizo a través de una amplia trinchera y levantaron el rastrillo.

Para ese momento, al sonoro coro de «¡Marco Agripa!» se sumaron los gritos y los vivas. Entró rodeado por los entusiastas ubios.

—¡Mantened la guardia, muchachos! —gritó por encima del hombro, y les dedicó una sonrisa. Entró en un patio desolado, con los estanques de peces sucios, y con hierbajos por todas partes, un jardín abandonado que ahora servía de campamento para los germanos, que no eran melindrosos.

En el interior de la domus Livia Drusilia vio que la nueva esposa había dejado su marca. El lugar había cambiado hasta el punto de ser irreconocible. Entró en una habitación amueblada con un gusto exquisito, las paredes iluminadas con frescos, los plintos y las hornacinas de preciosos mármoles. Burgundino apareció con su rostro furioso, que se transformó en una pura sonrisa tan pronto como descubrió quién estaba marcando el valiosísimo suelo con sus botas de clavos.

—¿Dónde está, Burgundino?

—En su sala de negociaciones. ¡Oh, Marco Agripa, qué alegría verte! Sí, estaba en su sala de negociaciones, pero no sentado a la desvencijada mesa sostenida por cajones de libros y estanterías llenas hasta los topos. Aquella mesa era enorme y estaba hecha de malaquita verde; el desorden de los archivos había quedado reducido a la misma pulcritud que la mesa de César siempre había mostrado, y los dos escribas ocupaban mesas menos ornadas

pero muy presentables, mientras un empleado se movía archivando los rollos de pergamino. El rostro que se levantó irritado para ver quién lo molestaba había envejecido, parecía estar a punto de llegar a la cuarentena, no por las líneas o las amigas, sino por las marcas negras alrededor de unos ojos gastados, surcos en la frente, una boca casi sin labios.

—¡César!

El tintero de malaquita salió volando; de repente Octavio se levantó en medio de papeles que flotaban y cruzó de un salto la habitación para sujetar a Agripa en un extraordinario abrazo. Entonces llegó la comprensión. Retrocedió, horrorizado.

—¡Oh, no! ¡Tu triunfo!

Agripa lo abrazó, lo besó en las mejillas.

—Habrás otros triunfos, César. ¿Crees de verdad que podía permanecer afuera cuando Roma está en semejante tumulto que te impide salir? Si un civil ve mi rostro, no lo reconocería, así que vine a ti.

—¿Dónde está Mecenas?

—Regresa en la litera —respondió Agripa con una sonrisa.

—¿Quieres decir que has venido sin escolta?

—No hay chusma que se pueda enfrentar a un centurión totalmente armado, y eso es lo que creyeron que era. Mecenas necesitaba la guardia más que yo.

Octavio se enjugó las lágrimas, cerró los ojos.

—Agripa, mi querido Agripa. Oh, éste será el punto de inflexión, lo sé.

—¿César? —preguntó una nueva voz, baja y ligeramente ronca.

Octavio se volvió en los brazos de Agripa, pero sin apartarse.

—¡Livia Drusilia, mi vida vuelve a ser completa! Marco ha regresado a casa.

Agripa contempló el pequeño rostro oval, la piel de un marfil impecable, la boca de labios llenos, los grandes ojos oscuros brillantes. Si ella encontraba la situación extraña, nada de eso se reflejó, ni siquiera en la profundidad de aquellos ojos tan expresivos. En su rostro apareció una sonrisa de auténtico deleite, y apoyó su mano suavemente en el brazo de Agripa, y lo acarició con la ternura de una amante.

—Marco Agripa, qué maravilloso —dijo, y después frunció el entrecejo—. ¡Pero tu triunfo!

—Renunció a él para verme —manifestó Octavio, y cogió a su esposa por una mano y puso el otro brazo sobre los hombros de Agripa—. Ven, vamos a sentarnos en algún lugar más privado y cómodo. Livia Drusilia me ha dado la fuerza de trabajo más eficiente, pero he perdido mi aislamiento.

—¿Es este nuevo aspecto de la casa de César obra tuya, señora? —preguntó Agripa, que se sentó en una silla dorada tapizada con un suave brocado púrpura y aceptó una copa de cristal de vino sin agua. Bebió un sorbo, y se rio—. ¡Una cosecha mucho mejor de la que acostumbrabas a servir, César!

¿Supongo que beber sin agua significa que esto es una celebración?

—Ninguna más importante que tu regreso. Es una maravilla, mi Livia Drusilia.

Para sorpresa de Agripa, Livia Drusilia no se ausentó, como debía hacer una esposa. Escogió una gran silla púrpura y se sentó con los pies debajo de las nalgas, y aceptó una copa de Octavio con un gesto de gracias. «¡Vaya! ¡La señora asiste a los consejos!»

—De alguna manera tengo que sobrevivir un año más a esto —dijo Octavio, y dejó la copa después de aquel brindis—. A menos que tú creas que podamos movernos el próximo año.

—No, César, no podemos. Portus Julius no estará preparado hasta el verano, por lo tanto, Sabino dijo en su última carta que me da ocho meses para armarme y entrenarme. La derrota de Sexto Pompeyo ha de ser completa, absoluta para que no pueda levantarse de nuevo. Aunque de alguna parte tendremos que encontrar por lo menos ciento cincuenta barcos de guerra. Los astilleros de Italia no pueden darnos tanto.

—Sólo hay una fuente capaz de proveerlos, y ésa es nuestro querido Antonio —dijo Octavio con un tono amargo—. ¡Él y únicamente él es la causa de todo esto! Tiene al Senado comiendo de su mano, ningún dios puede decirme por qué. ¿Crearías que esos locos actuarían mejor si no vivieran en medio de tanta agonía? ¡Pues no! La lealtad a Marco Antonio cuenta más que los vientres hambrientos.

—Eso no ha cambiado desde los días de Catulo y Escauro —señaló Agripa—. ¿Le estás escribiendo?

—Lo estaba cuando tú apareciste en la puerta, desperdiciando una hoja de papel tras otra en un intento de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que lo viste? —Más de un año, cuando se llevó a Octavia y a los niños a Atenas. Le escribí la primavera pasada y le solicité que se reuniese conmigo en Brundisium, pero me engañó al

presentarse sin las legiones y con tal velocidad después de mi llamada que yo todavía estaba en Roma esperando su respuesta. Lo que hizo entonces fue regresar a Atenas y me envió una desagradable carta, con la amenaza de cortarme la cabeza si no me presentaba en nuestro próximo encuentro. Luego se marchó a Samosata, por consiguiente, nada de reunión. Ni siquiera estoy seguro de que haya regresado a Atenas.

—Dejemos eso de lado, César. ¿Qué podemos hacer con el abastecimiento de trigo? De alguna manera tenemos que alimentar a Italia, y más barato de lo que dice Mecenas que podemos.

—Livia Drusilia dice que debo pedir prestado todo lo que necesite de los plutócratas, pero me repugna hacerlo.

«¡Bueno, bueno, un buen consejo del gorrión negro!»

—Tiene razón, César. Pedir en préstamo en lugar de implantar impuestos.

Los ojos de ella volaron al rostro de Agripa, asombrados; el de aquel día era un encuentro que temía, convencida de que el más amado amigo de César sería su enemigo. ¿Por qué no iba a serlo? Los hombres no daban la bienvenida a las mujeres en los consejos, y mientras ella sabía que sus ideas eran las correctas, los hombres como Estatilio Tauro, Calvisio Sabino, Apio Claudio y Cornelio Gallo detestaban ver cómo subía su estrella. Tener a Agripa de su lado era un regalo mayor que el hijo que hasta ahora no había tenido.

—Me exprimarán.

—Más que una esponja de primera calidad —dijo Agripa con una sonrisa—. Sin embargo, el dinero está allí, y hasta que Antonio no mueva el culo de Oriente, no están obteniendo ninguna ganancia del este, su mayor fuente de beneficios.

—Sí, lo entiendo —admitió Octavio, un tanto envarado, sin tener muy claro si deseaba verse abrumado por los buenos consejos sobre cosas que había deducido por sí mismo—. Lo que me desagrada es pagar un interés que será del veinte por ciento compuesto.

Hora de retirarse; Agripa pareció desconcertado.

—¿Compuesto?

—Sí, intereses sobre los intereses. Eso hará que Roma sea su deudora durante los treinta o cuarenta años próximos —señaló Octavio.

—Dudas de ti mismo, querido César, y no debes —intervino Livia Drusilia—. ¡Venga, piensa! Tú conoces la respuesta.

Apareció la vieja sonrisa, se rio.

—Te refieres a las arcas de Sexto Pompeyo, llenas de ganancias poco recomendables.

—A eso se refiere —señaló Agripa, y le dirigió a ella una mirada de gratitud.

—Eso ya se me ha ocurrido, pero lo que me desagrada todavía más que pedirle a los plutócratas es darle el contenido de los cofres de Sexto a ellos cuando todo se acabe. —De pronto se mostró astuto—. Les ofreceré el veinte por ciento compuesto, y echaré mi red lo bastante grande como para atrapar en ella a unos cuantos senadores de Antonio. Dudo de que nadie me vaya a rechazar en estos términos, ¿no? Incluso quizá tenga que pagar más de un año de las ganancias de Sexto, pero una vez que me deshaga de Antonio y haga mío al Senado, podré hacer lo que quiera. Reducir la tasa de interés con leyes; los únicos que protestarán serán los grandes peces en nuestro mar de dinero.

—No ha estado ocioso en otros aspectos —manifestó Livia Drusilia.

Octavio pareció desconcertado por un momento, y después se rio.

—¡Oh, la campaña de cultivar más trigo en Italia! Sí, me he endeudado todavía más en nombre de Roma. Mis cálculos revelan que un campesino con una gran familia necesita doscientos modii de trigo al año para alimentarlos a todos. Pero una iugerum da mucho más que eso, y por supuesto el campesino vende el sobrante a menos que las criaturas del campo y los otros augurios en los que cree le digan que vendrá una sequía o una inundación. En cuyo caso ensila más trigo. Sin embargo, las señales dicen que no tendremos inundación o sequía el próximo año. Por lo tanto, les estoy ofreciendo a los agricultores treinta sestercios el modius por el sobrante. Una suma que los compradores privados a los que normalmente les venden no están preparados para igualar. Lo que espero es que algunos de nuestros veteranos cultiven algo en sus parcelas. La mayoría de ellos alquilan sus tierras a los cultivadores de uvas porque les gusta beber vino; a mí me parece que así es como funciona la mente de un soldado retirado.

—Cualquier cosa que signifique comprarle menos trigo a Sexto en la próxima cosecha es bueno, César —afirmó Agripa—, ¿pero bastará? ¿Cuánto piensas comprar?

—La mitad de nuestras necesidades —respondió Octavio con voz tranquila.

—Será caro, pero no tanto como lo que pediría Sexto. Mecenas dijo que Lépido no ha hecho nada para preservar el suministro africano. ¿Qué está pasando allí? —preguntó Agripa.

—Se cree demasiado importante —contestó Livia Drusilia, que arrojó

aquella piedra para ver si Agripa miraba a su esposo en busca de confirmación. Pero no lo hizo, aceptó sus palabras (y a ella) como un igual a Octavio. «¡Oh, Agripa, yo también te quiero!»

La armadura de Agripa crujió cuando intentó ponerse más cómodo; había demasiadas sillas de campo sin respaldo.

—Él no lo sabe, César —añadió Livia Drusilia, con los ojos resplandecientes—. Díselo, y después deja que el pobre hombre se quite esa terrible coraza.

—Edepol! ¡Me olvidé! —exclamó Octavio, y se sacudió de deleite—. En menos de un mes, Marco, serás primer cónsul de Roma.

—¡César! —dijo Agripa, asombrado. Una ola de alegría inundó su cuerpo y transfiguró su rostro severo—. ¡César, no soy... no soy digno!

—Nadie en el mundo es más digno, Marco. Todo lo que he hecho es darte una Roma golpeada y sangrante, hambrienta pero no derrotada. He tenido que darle el segundo consulado a Caninio por la única razón que es el primo de Antonio, pero cuando cumpla el plazo será reemplazado por Estatilio Tauro como cónsul elegido por Divus Julius. El Senado tiembla porque tú mostraste tu acero cuando eras pretor urbano para hacerles comprender que no tendrás piedad.

—Lo que no has dicho, César, es cuánto detestarán este nombramiento los hombres de sangre noble. La mía es corriente.

—¿Nombramiento? —preguntó Octavio, que abrió mucho sus ojos grises—. Mi querido Agripa, fuiste elegido en ausencia, un premio que no quisieron conceder a Divus Julius. Tu sangre no es corriente, es una buena y legítima sangre romana. Yo sé la espada de quién prefiero tener a mi lado, y no pertenece a un Fabio, a un Valerio o a un Julio.

—¡Oh, esto es fantástico! Significa que podré trabajar en Portus Julius con autoridad consular. Sólo tú o Antonio podéis impedírmelo, y tú no lo harás, y él no puede. ¡Gracias, César, gracias!

—Cuánto desearía que todas mis decisiones fuesen recibidas con tanto placer —dijo Octavio, y sus ojos se cruzaron con los de su esposa—. Livia Drusilia tiene razón, debes ponerte ropas más cómodas. En cuanto a mí, tengo que seguir escribiéndole aquella carta a Antonio.

—No, no lo hagas —le pidió Agripa, que se levantó a medias de la silla.

—¿No?

—No. —Agripa consiguió levantarse—. Ve más allá de las cartas. Envía a Mecenas.

—La rueda que sigue la huella —manifestó Livia Drusilia, que se acercó para apoyar su mejilla contra la de Agripa—. Nos hemos convertido en la rueda que sigue la huella, César. Agripa tiene razón. Envía a Mecenas.

Luego se marchó a sus propias habitaciones, que consistían en una gran sala amueblada con el estilo más lujoso, pero sin ninguna ostentación. Había un gran armario, porque a Livia Drusilia le encantaba la ropa, pero, con diferencia, la habitación más grande era su tablinum privado, su estudio, que no imitaba al de un hombre, sino que era el de un hombre. Dado que había venido a César sin dote o un sirviente, los libertos que servían como sus secretarios le pertenecían a su esposo y ella había tenido la astuta idea de rotarlos entre las salas, de tal forma que todos sabían lo que estaba pasando y podían actuar en una crisis.

Fue al oratorio, otra de sus ideas, con altares a Vesta, Juno Lucina, Opsinconsiva y la Bona Dea. Sí su teología era un tanto confusa, se debía a que no había sido educada en la religión estatal como un varón; sencillamente, ella tenía esas cuatro fuerzas divinas a las que rezaba. Vesta para que le diese un buen hogar; Juno Lucina, para un niño; Opsinconsiva, para aumentar la riqueza y el poder de Roma, y la Bona Dea, porque sabía que la Bona Dea la había llevado al lado de César para ser su colaboradora además de su esposa.

Una jaula dorada de palomas blancas colgaba de una percha; con arrullos amorosos, llevó una a cada altar, para ofrecerla. Pero no para matarla; en el momento en que cada ave se apoyaba en el altar, la llevaba a la ventana y la lanzaba al aire, para observarla volar con las manos cruzadas sobre el pecho, el rostro alzado con una expresión de embeleso.

Durante meses había escuchado a su marido hablar de su amado Marco Agripa —escuchado no con escepticismo, pero con desesperación—. ¿Cómo podría ella competir con ese parangón? ¿Quién había acunado la cabeza de César en su regazo en aquel terrible viaje desde Apolonia hasta Barium después del asesinato de Divus Julius; quién lo había cuidado cuando el asma amenazaba matarlo; quién siempre había estado allí hasta que la defección de Salvidieno lo había exiliado a la Galia Transalpina? Marco Agripa, nacido el mismo día, aunque no en el mismo mes. Agripa había nacido el vigésimo tercer día de julio, Octavio el vigésimo tercer día de septiembre, ambos el mismo año. Ahora tenían veinticinco, y habían estado juntos durante nueve.

Cualquier otra mujer hubiese intentado meter una cuña entre ellos, pero Livia Drusilia no era tan estúpida ni tan crédula. Compartían un vínculo que ella sabía por instinto que nadie podría romper. Entonces ¿para qué gastar su esencia en el intento? No, lo que debía hacer era congraciarse ella misma con Marco Agripa, ponerlo de su parte; o, al menos, intentar hacerle ver que su lado era el lado de César. En su mente había imaginado una lucha titánica; era

de esperar que él la mirase con celos y desconfianza. Ni por un momento había creído lo que el rumor decía: que eran amantes en todos los sentidos. Quizá la semilla de eso yacía en César, pero había sido apartada decididamente todo el tiempo, él mismo se lo había dicho. Sin admitir que existía, pero dándole a ella el resumen de una conversación que había tenido con Divus Julius en un carro en un viaje por la Hispania Ulterior. Diecisiete. Había sido un contubernalis sin experiencia y enfermo con el privilegio de servir con el más grande romano que hubiese existido. Divus Julius le había advertido de que su belleza, aliada con su delicada mirada, llevaría a las alegaciones que se acostaba con hombres; en la homofóbica Roma, una siniestra desventaja para una carrera pública. No, él y Agripa no eran amantes. Lo que tenían era un vínculo más profundo que la carne, una única fusión de sus espíritus. Al comprender esto, ella se había sentido aterrorizada de Marco Agripa, el único al que no conseguiría tener como su aliado. Que su sangre fuese despreciada por Claudio Nerón ya no tenía importancia; si Agripa era una parte intrínseca de la milagrosa supervivencia de César, entonces para la nueva Livia Drusilia su sangre era tan buena como la suya. Incluso mejor.

El encuentro ese día había llegado y pasado, y la había dejado con el corazón tan ligero como la visión de una mariposa en el viento, porque había aprendido que Marco Agripa realmente amaba como pocos eran capaces o deseaban amar, sin condiciones, sin miedo a rivales, sin deseo de favores o distinción.

«Ahora somos tres —pensó mientras miraba a la paloma de Opsinconsiva elevarse por encima de los pinos, tan alto que las puntas de sus alas resplandecieron doradas con el sol del ocaso—. Ahora somos tres para cuidar de Roma, y tres es un número afortunado.»

La última paloma pertenecía a la Bona Dea, su oferta privada que sólo le concernía a ella. Pero mientras se elevaba, un águila bajó del cielo para cogerla, llevársela. Un águila... «Roma ha aceptado mi ofrenda, y ella es una diosa más grande que la Bona Dea. ¿Qué podría significar? ¡No preguntes, Livia Drusilia! No, no preguntes.»

A Mecenas nunca le importaba que lo enviaran a negociar a lugares como Atenas, donde disponía de una pequeña residencia que no tenía ninguna intención de compartir nunca con su esposa, una típica Terencia Varrone; altiva, orgullosa, muy consciente de su estatus. Allí, como Ático, podía complacer su lado homosexual discreta y deliciosamente. Pero eso podía esperar; primero, tenía que ver a Marco Antonio, que se decía que estaba en Atenas, aunque Atenas no lo había visto. Al parecer, no estaba de humor para filosofía o conferencias.

Cuando Mecenas salió para presentar sus respetos al gran hombre, no lo

halló porque estaba ausente; fue Octavia quien lo recibió, quien lo sentó en una silla ática que él no encontró hermosa.

—¿Por qué será que los griegos, tan brillantes en todo, nunca han aprendido a apreciar de verdad la curva? —le comentó a Octavia mientras aceptaba la copa de vino—. Si hay algo que me desagrada de Atenas, es la matemática rigidez de sus ángulos rectos.

—Oh, sí que tienen cierto afecto por la curva, Mecenas. No hay capitel de columna ni la mitad de hermoso para mí como el jónico. Como un pergamino desenrollado, cada extremo curvándose hacia arriba. Sé que las hojas de acanto corintias se han hecho más populares en los capiteles, pero son un exceso. Para mí, reflejan una cierta decadencia —manifestó Octavia con una sonrisa.

«Parece —pensó Mecenas— un tanto agobiada, aunque todavía no ha cumplido los treinta. Como su hermano, ha desarrollado unas manchas oscuras alrededor de sus luminosos ojos aguamarina y su boca. Su sonrisa muestra una curva triste. Hablando de curvas... ¿El matrimonio tiene problemas? ¡Sin duda, no! Incluso un lujurioso como Marco Antonio no podía encontrar falta alguna a Octavia, como esposa o mujer.»

—¿Dónde está?

Sus ojos se nublaron, se encogió de hombros.

—No tengo idea. Regresó hace un nunditium, pero apenas si lo he visto. Glafira está en la ciudad, escoltada por sus dos hijos menores.

—¡No, Octavia, es imposible que te sea infiel delante de tus narices!

—Yo misma me lo dije, y creo que me lo creí. El archimanipulador se inclinó hacia adelante en la silla angular.

—Vamos, querida, no es Glafira lo que te preocupa. Tienes demasiado sentido común para eso. ¿Cuál es en realidad el problema?

Sus ojos se velaron, sus manos se movieron indefensas.

—Estoy desconcertada, Mecenas. Lo único que te puedo decir es que Antonio ha cambiado de alguna manera que no puedo explicar. Esperaba que regresase lleno de buena salud y gritando de diversión; le encanta visitar escenarios de guerra, le rejuvenece. Pero ha vuelto; oh, no lo sé, marchito. ¿Ésa es la palabra correcta? Es como si el viaje le hubiese privado de algo que necesita desesperadamente para mantener la buena opinión de sí mismo. Ha habido otros cambios; se ha enemistado con Quinto Delio, a quien despachó. No quiere ver a Planeo, que vino de visita desde la provincia de Asia. Sólo aceptó el tributo que éste le trajo y le ordenó que regresase a Éfeso. Planeo está furioso, pero lo más que pude sacarle a Antonio es que no confía en

ninguno de sus amigos. Que todos ellos le mienten. Pollio quería hablar con él aquí sobre las dificultades de César en Italia; tiene problemas para mantener a la facción senatorial de Antonio en la brecha, ve a saber lo que significa. Pero ¡no se le ha permitido venir!

—He escuchado que su más serio disgusto fue con Publio Ventidio —señaló Mecenas.

—Bueno, toda Roma debe saberlo ya —dijo ella con amargura—. Cometió un terrible error al creer que Ventidio había aceptado un soborno.

—Quizá ése es el problema.

—Quizá —asintió ella, y después volvió la cabeza—. ¡Ah, Antonio!

Él entró con toda la agilidad y la gracia que siempre asombraba a Mecenas; los hombres grandes y musculosos se suponía que se movían torpemente. El rostro de piel suave se estaba aflojando, pero no por algún estado de ánimo transitorio, pensó Mecenas. Ésa era su expresión habitual en esos días, adivinó. Cuando Antonio vio a Mecenas frunció el entrecejo.

—¡Oh, tú! —dijo, y se dejó caer en una silla pero no buscó el vino—. Supongo que tu llegada era inevitable, aunque prefería creer que tu baboso amo continuaría escribiéndome cartas de súplica.

—No, consideró que ya era hora de enviar al suplicante Mecenas.

Octavia se levantó.

—Os dejaré solos —dijo, y alborotó los cobrizos rubios cuando pasó junto a la silla de Antonio—. Comportaos.

Mecenas se rio, Antonio no.

—¿Qué quiere Octavio?

—Lo que siempre quiere, Antonio. Barcos de guerra.

—No tengo ninguno.

—Gerrae! El Pireo está lleno. —Mecenas dejó su copa de vino a un lado y unió los dedos para formar una pirámide—• Antonio, no puedes continuar evitando una reunión con César Octavio.

—¡Ja! No fui yo quien no se presentó en Brundisium. —No enviaste palabra de tu llegada, y te moviste con tanta rapidez que pillaste a César Octavio con el pie todavía en Roma. Luego no esperaste hasta que pudo hacer el viaje.

—No tenía ninguna intención de hacer el viaje. Sólo quería verme saltar a su orden. —No, él no haría eso.

La discusión continuó y continuó durante varias horas, que emplearon para hacer una comida sin intención de disfrutar de las exquisiteces que los cocineros de Octavia habían preparado y durante la cual Mecenas observó a su presa como un gato a un ratón. Aunque tembloroso con la perspectiva de la caza. «Octavia, tú estás más cerca de la diana de lo que crees —pensó—. Marchito es la palabra correcta para describir a este nuevo Antonio.»

Finalmente dio una palmada en los muslos y soltó un ruido de enfado, la primera señal que había hecho de impaciencia.

—Antonio, admite que, sin tu ayuda, César Octavio no puede derrotar a Sexto Pompeyo. Antonio le mostró los dientes. —Lo admito sin tapujos.

—¿Entonces no se te ha ocurrido que todo el dinero que necesitas para dominar Oriente e invadir el reino de los partos está en las bóvedas de Sexto? —Bueno, sí... se me ha ocurrido.

—Entonces, si es así, ¿por qué no comienzas a redistribuir la riqueza de la manera correcta, la manera romana? ¿Realmente importa que César Octavio vea desaparecer sus problemas si Sexto es derrotado? Tus problemas son los que te preocupan, Antonio, y, como los de César Octavio, se esfumarán una vez que las bóvedas de Sexto queden abiertas. ¿No es eso mucho más importante para ti que el destino de César Octavio? Si vuelves de Oriente con una brillante campaña en tu haber, ¿quién podrá ser tu rival?

—No confío en tu amo, Mecenas. Pensaré la manera de quedarse con el contenido de las bóvedas de Sexto.

—Eso podría ser cierto si Sexto tuviese menos en ellas. Creo que admitirás que César Octavio tiene una buena cabeza Páralos números, para las minucias de la contabilidad. Antonio se rio.

—La aritmética siempre ha sido su mejor tema.

—Entonces piensa en esto. Da lo mismo que crezca en Sicilia, en sus tierras, o lo robe de las flotas de África y Cerdeña, Sexto no paga por el trigo que vende a Roma y a ti. Éste es un hecho que viene sucediendo desde mucho antes de Filipos. En un cálculo conservador, la cantidad de trigo que ha robado durante los últimos seis años se aproxima, en números redondos, a unos ochenta millones de modii. Si le concedemos unos cuantos almirantes y supervisores codiciosos —pero de ninguna manera tantos gastos como los que tienen Roma y tú—, César Octavio y su ábaco han llegado a un promedio de veinte sestercios el modius de beneficio neto. No es ninguna exageración. Su precio para Roma ese año fue de cuarenta, y nunca ha sido menos de veinticinco. Bueno, eso significa que las bóvedas de Sexto deben de contener alrededor de mil ochocientos millones de sestercios. Divídelo por veinticinco mil y eso son nada menos que setenta y dos mil talentos. Con la mitad de eso,

César Octavio puede alimentar a Italia, comprar tierras para instalar a los veteranos y reducir los impuestos. Mientras que tu mitad permitirá a tus legionarios vestir cotas de malla de plata y ponerse plumas de avestruz en los cascos. El tesoro de Roma nunca ha sido tan rico como Sexto Pompeyo es ahora mismo, incluso después de que su padre dobló el contenido.

Antonio lo escuchó con arrobada fascinación, su espíritu animado. Podría haber sido muy malo en aritmética en sus años de escolar (él y sus hermanos habían rehuido las lecciones la mayor parte de las veces), pero no tuvo problemas en seguir la lección de Mecenas, y sabía que ésta debía de ser una acertada estimación de la actual riqueza de Sexto. ¡Júpiter, qué cunnus! ¿Por qué no se había sentado con su ábaco para obtener este resultado? Octavio tenía razón, Sexto Pompeyo había sangrado Roma de toda su riqueza. ¡El dinero no había desaparecido sin más! ¡Lo tenía Sexto!

—Te comprendo —admitió escuetamente.

—¿Entonces vendrás en persona a ver a César Octavio en primavera?

—Siempre que el lugar no sea Brundisium.

—Ah, ¿qué tal Tarentum? Un viaje más largo, pero no tan arduo como Ostia o Puteoli. Está en la Vía Apia, muy conveniente para hacer después una visita a Roma.

Eso no le convenía a Antonio.

—No, el encuentro tiene que ser a principios de primavera, y corto. Nada de discusiones y demoras. Tengo que estar en Siria para el verano para iniciar mi invasión.

«Esto no va a ocurrir, Antonio —pensó Mecenas—. He abierto tu apetito al mencionarte sumas que un glotón como tú no puede resistir. En el momento en que llegues a Tarentum te habrás dando cuenta de lo enorme que es el pastel, y tú querrás la porción del león. Nacido en el mes de Sextilis, León. Mientras que César es un niño nacido en el límite, una mitad el frío y meticuloso Virgo y la otra mitad el equilibrio de Libra. Tu Marte también está en León, pero el Marte de César está en una constelación mucho más fuerte, Escorpión. Y su Júpiter está en Carnero, junto con su ascendente. Riquezas y éxito. Sí, he escogido al amo correcto. Claro que yo también tengo la astucia de Escorpión y la ambivalencia de Piscis.»

Sacado de su análisis astrológico, Mecenas dio un respingo al oír a Antonio preguntarle:

—¿Te parece aceptable?

—Sí. Tarentum en las nonas de abril.

—Se ha tragado el anzuelo —les informó Mecenás a Octavio, a Livia Drusilia y a Agripa cuando llegó de regreso a Roma justo a tiempo para el Año Nuevo y para la inauguración del período de Agripa como primer cónsul.

—Sabía que lo haría —manifestó Octavio, complacido.

—¿Cuánto tiempo llevabas escondiendo el anzuelo en el seno de tu toga, César? —preguntó Agripa.

—Desde el principio, antes de ser triunviro. Sólo era cuestión de añadir un año a los anteriores.

—Ático, Oppio y los Balbo han dicho que están dispuestos a prestar dinero de nuevo para comprar la próxima cosecha —dijo Livia Drusilia con una sonrisa un tanto maliciosa—. Mientras estabas ausente, Mecenás, Agripa los llevó a ver Portus Julius. Por fin comienzan a creer que podremos derrotar a Sexto.

—Bueno, saben sumar mejor que César —señaló Mecenás—. Ahora son conscientes de que su dinero está seguro.

La toma del cargo por Agripa se desarrolló sin inconvenientes. Octavio observó el cielo nocturno con él durante la vigilia, y su buey blanco como la nieve aceptó el martillo y el puñal del Popa y el cultrarius con tanta tranquilidad que los senadores presentes no sufrieron estremecimientos de aprehensión; un año de Marco Vipsanio Agripa era un año más que suficiente. Dado que el buey blanco de Cayo Caninio Gallo eludió el martillo y casi escapó antes de que le administrasen el golpe que lo paralizaría, no pareció probable que Caninio pudiese tener la capacidad de enfrentarse a este tipo vulgar y de baja cuna.

Roma continuaba alborotada, pero fue un invierno crudo; el Tíber se heló, cayó nieve y no se fundió, un terrible viento del norte sopló sin cesar. Nada de eso animaba a que se reuniesen grandes multitudes en el foro y en las plazas, lo que permitió a Octavio aventurarse más allá de sus paredes, aunque Agripa le prohibió que las derribase. El trigo estatal se vendió a cuarenta sestercios el modius —gracias a los préstamos de los plutócratas y a unos asombrosos intereses— y la cada vez más intensa actividad de Agripa en Portus Julius significó que había trabajo para cualquier hombre dispuesto a salir de Roma para ir a Campania. La crisis no se había superado, pero al menos se había aminorado.

Los agentes de Octavio comenzaron a hablar de la conferencia que tendría lugar en Tarentum en las nonas de abril y a predecir que los días de Sexto estaban contados. Volverían los buenos tiempos, entonaban.

Esta vez Octavio no llegaría tarde; él y su esposa llegaron a Tarentum

mucho antes de las nonas, junto con Mecenas y su cuñado, Varro Murena. Dispuesto a que la conferencia tuviese el aire de una fiesta. Octavio decoró la ciudad portuaria con coronas y guirnaldas, contrató a todos los mimos, magos, acróbatas, músicos y actores que había en Italia, y levantó un teatro de madera para las representaciones de los mimos y las farsas, los espectáculos favoritos de la plebe. ¡El gran Marco Antonio venía para divertirse con César Divi Filius! Incluso Tarentum había sufrido a manos de Antonio en el pasado; pero todos los sentimientos habían sido olvidados. Una fiesta de primavera y prosperidad, era así como lo veía el pueblo.

Cuando Antonio llegó el día anterior a las nonas, todo Tarentum estaba alineado en el muelle para saludarlo a gritos, máxime cuando la gente vio que había traído con él los ciento veinte barcos de guerra de su flota ateniense.

—Maravillosos, ¿verdad? —le preguntó Octavio a Agripa cuando estaban en la entrada de la bahía, atentos a la presencia de la nave capitana, que no había entrado la primera—. Hasta ahora he contado cuatro almirantes, pero ningún Antonio. Debe de estar moviendo la cola en el fondo. Aquél es el estandarte de Ahenobarbo, un jabalí negro.

—Muy apropiado —respondió Agripa, mucho más interesado en los barcos—. Cada uno de ellos tiene cinco cubiertas de remeros, César. Espolones de bronce, muchos, dobles, bastan te lugar para la artillería y los marineros. ¡Oh, lo que daría por una flota como ésta!

—Mis agentes me aseguran que tiene más en Thasos, Ambracia y Lesbos. Todavía en buenas condiciones, pero dentro de cinco años no lo estarán. ¡Ah, aquí viene Antonio!

Octavio señaló a una magnífica galera con una alta popa que permitía un amplio camarote debajo, la cubierta erizada con catapultas. Su estandarte era un león de oro sobre un fondo escarlata, la boca abierta en un rugido, la melena negra, una cola con la punta negra.

—Muy adecuado —dijo Octavio.

Comenzaron a caminar de regreso hacia el espigón elegido para recibir a la nave capitana, que el práctico dirigía desde un bote. Ninguna prisa; llegarían mucho antes.

—Tú debes tener tu propio estandarte, Agripa —manifestó Octavio mientras observaba la ciudad extendida a lo largo de la costa, las casas blancas, los edificios públicos pintados de brillantes colores, los pinos y los cipreses en las plazas adornados con faroles y lazos.

—Supongo que debería —respondió Agripa, sorprendido—. ¿Qué recomiendas, César?

—Un fondo azul claro con la palabra «Fides» escrita en rojo —respondió Octavio de inmediato.

—¿Y tu estandarte naval, César?

—No tendré ninguno. Ondearé la bandera con las letras SPQR rodeadas por una corona de laureles.

—¿Qué me dices de los almirantes como Tauro y Cornificio?

—Ellos también ondearán el SPQR de Roma como yo. El tuyo será el único estandarte personal, Agripa. Una marca de distinción. Eres tú quien ganará por nosotros sobre Sexto. Lo presiento.

—Al menos sus barcos no se pueden confundir, porque ondean las tibias cruzadas.

—Muy evidente —fue la réplica de Octavio—. ¿Oh, qué maldito ha hecho eso? ¡Vergonzoso!

Se refería a la alfombra roja que algún oficial perteneciente a los duumviros había extendido a todo lo largo del espigón, una señal de realeza que horrorizó a Octavio. Pero nadie más parecía inquieto; era el rojo de un general, no el púrpura de un rey. Y allí estaba él, saltando del barco a la alfombra roja, con el aspecto ágil y saludable de siempre. Octavio y Agripa esperaron juntos debajo de la marquesina al pie del muelle, con Caninio, el segundo cónsul, un paso más atrás, y detrás de él, setecientos senadores, todos hombres de Marco Antonio. El duumviro y otros funcionarios de la ciudad tuvieron que contentarse con una posición todavía más apartada.

Por supuesto, Antonio vestía su armadura dorada; la toga no le quedaba muy bien sobre su corpachón, porque lo hacía parecer gordo. A Agripa, que era también un hombre musculoso pero más delgado, no le importaba en lo más mínimo su apariencia, así que vestía la toga con ribetes rojos. Octavio y él se adelantaron para saludar a Antonio, Octavio parecía un niño frágil y delicado entre aquellos dos espléndidos guerreros. Sin embargo, era Octavio quien dominaba, quizá por eso, quizá por su belleza, su abundante cabellera dorada. En aquella ciudad del sur de Italia donde los griegos se habían asentado siglos antes que los primeros romanos entrasen en la península, el brillante pelo rubio era una rareza, y muy admirado.

«¡Está hecho! —pensó Octavio—. He conseguido traer a Antonio a suelo italiano, y no se marchará hasta que me dé lo que quiero, lo que Roma debe tener.»

Entre una lluvia de pétalos primaverales arrojados por niñas desfilaron hasta el complejo de edificios preparados para ellos, con grandes sonrisas y saludos a las entusiastas multitudes.

—Una tarde y una noche para acomodarnos —dijo Octavio en la puerta de la residencia de Antonio—. ¿Debemos ponernos manos a la obra de inmediato (comprendo que tienes prisa) o complacemos a la gente de Tarentum y mañana vamos al teatro? Interpretarán una farsa de Atella.

—No es Sófocles, pero sí algo más del gusto popular —respondió Antonio, con aspecto relajado—. Sí, ¿por qué no? He traído a Octavia y a los niños conmigo; estaba desesperada por ver a su hermano pequeño.

—No más desesperado que yo por verla. No ha conocido a mi esposa; sí, también he traído a la mía —manifestó Octavio—. ¿Entonces mañana por la mañana vamos al teatro y a un banquete por la tarde? Después de eso, nos ponemos a trabajar.

Cuando llegó a su propia residencia, Octavio se encontró a Mecenas, que se partía de la risa.

—¡Nunca lo adivinarás! —consiguió decir Mecenas, que se enjugaba las lágrimas, para echarse a reír de nuevo—. ¡Oh, es tan divertido!

—¿Qué? —preguntó Octavio mientras dejaba que un sirviente le quitase la toga—. ¿Dónde están los poetas?

—Eso es precisamente, César. ¡Los poetas! —Mecenas consiguió controlarse, aunque de vez en cuando tragaba, con los ojos llenos de lágrimas—. Horacio, Virgilio, el compañero de Virgilio, Plotio Tucce, Vario Rufo y varias luminarias menores salieron de Roma hace un nundinum para elevar el tono intelectual de este festival de Tarentum, pero —se ahogó, se rio, se controló— en cambio fueron a Brundisium. ¿Qué pasó? Pues que Brundisium no los dejó marchar, decidido a tener su propio festival. —Aulló de risa.

Octavio mostró una sonrisa, Agripa soltó una breve carcajada, pero ninguno de los dos podía apreciar la situación como Mecenas, porque carecían de su conocimiento de lo despistados que eran los poetas.

Cuando se enteró Antonio, se rio con tanta fuerza como Mecenas, después envió un correo a Brundisium con una bolsa de oro para ellos.

Octavio, que no se esperaba la presencia de Octavia y los niños, no había puesto a Antonio en una casa lo bastante grande como para acomodarlos a todos sin que lo molestase el ruido del cuarto de los niños, pero Livia Drusilla encontró una nua solución.

—Me han hablado de una casa cercana cuyo propietario está dispuesto a cederla durante la duración de la conferencia. ¿Por qué no me voy allí con Octavia y los niños? Si yo también estoy, entonces Antonio no podrá quejarse de un tratamiento de segunda clase para su esposa.

Octavio le besó la mano y le sonrió a aquellos maravillosos ojos rasgados.

—¡Brillante, amor mío! Hazlo ahora mismo.

—Si no te importa, no asistiremos a la función de mañana. Ni siquiera los triunviros pueden tener a sus esposas sentadas con ellos, y yo nunca escucho bien desde las filas de las mujeres, en el fondo, y, además, no creo que a Octavia le gusten mucho más las farsas que a mí.

—Pídele a Burgundino que te dé una bolsa, y sal de compras por la ciudad. Sé que tienes una debilidad por los vestidos bonitos, y puedes encontrar algo que te guste. Si no recuerdo mal, a Octavia le gusta comprar.

—No te preocupes por nosotras —dijo Livia Drusilia, muy complacida—. Quizá no encontremos nada que nos guste, pero será una ocasión para conocernos la una a la otra.

Octavia sentía curiosidad por Livia Drusilia; como toda la clase superior de Roma, había escuchado la historia de la peculiar pasión de su hermano por la esposa de otro hombre, embarazada con su segundo lujo, divorciada por motivos religiosos, el puro misterio que lo rodeaba a él, a ella, a la pasión. ¿Era mutua? ¿No existía en absoluto?

La Livia Drusilia con la que se encontró Octavia era muy diferente de la muchacha que había sido cuando se casó con Octavio. «Ésta no es una esposa tímida como un ratón», pensó Octavia al recordar los informes. Se encontró con una joven matrona vestida con gran elegancia, los cabellos peinados a la última moda y que llevaba el número correcto de alhajas de oro, sencillas pero sólidas. Comparada con ella, Octavia se sintió como una provinciana bien vestida; algo nada sorprendente después de una relativamente larga estadía en Atenas, donde, en general, las mujeres no se mezclaban con la sociedad. Por supuesto, las esposas romanas insistían en asistir a las cenas dadas por los hombres romanos, pero aquellas ofrecidas por los griegos les estaban vedadas: sólo los maridos. Con estas premisas, el centro de la moda femenino era Roma, y nunca lo había visto más claro Octavia que ahora, al mirar a su nueva cuñada.

—Una idea muy inteligente ponernos a las dos en la misma casa —comentó Octavia cuando se habían sentado para beber vino dulce aguado y pasteles de miel todavía calientes del horno, una exquisitez de la región.

—Bueno, les da espacio a nuestros maridos —dijo Livia Drusilia con una sonrisa—. Imagino que Antonio hubiese preferido venir sin ti.

—Tu imaginación acierta de lleno —manifestó Octavia con un tono irónico. Se inclinó hacia adelante en un gesto impulsivo—. Pero ¡a mí no me importa! Cuéntamelo todo acerca de ti y... —Tuvo en la punta de la lengua decir el «pequeño Cayo», pero algo la detuvo, le advirtió que sería un error. Fuera lo que fuese, Livia Drusilia no era una sentimental ni femenina, eso

estaba claro—. Tú y Cayo —corrigió—. Una escucha tantos relatos tontos, y me gustaría saber la verdad.

—Nos conocimos en las ruinas de Fregellae y nos enamoramos —explicó Livia Drusilia con tono normal—. Aquél fue el único encuentro hasta que nos casamos confarreatio. Para entonces yo estaba de siete meses de mi segundo hijo, Tiberio Claudio Nero Druso, que César envió a su padre para que lo criase.

—¡Oh, pobre! —exclamó Octavia—. Debió de partirte el corazón.

—En absoluto. —La esposa de Octavio mordisqueó una pasta

—Me desagradan mis hijos porque me desagrada su padre.

—¿Te desagradan los niños?

—¿Por qué no? Se convierten en los mismos adultos que nos desagradan.

—¿Lo has visto? Especialmente a tu segundo. ¿Cuál es el nombre abreviado?

—Su padre escogió Druso. Y no, no lo he visto. Ahora tiene trece meses.

—Sin duda, lo debes de echar de menos.

—Sólo cuando me duelen los pechos por Ja leche.

—Yo... Yo... —tartamudeó Octavia y guardó silencio. Sabía lo que la gente decía del pequeño Cayo; que era adusto. Bueno, se había casado con otra adusta. Sin embargo, ambos ardían, y no sólo por las cosas que ella, Octavia, consideraba importantes—. ¿Eres feliz? —preguntó, en un intento por encontrar algún terreno común.

—Sí, mucho. Mi vida en estos días es muy interesante. César es un genio, la calidad de su mente me fascina. Es un gran privilegio ser su esposa. También su colaboradora. Escucha mis consejos.

—¿Lo hace de verdad?

—Todo el tiempo. Siempre esperamos con ansia nuestras charlas de cama.

—¿Charlas de cama?

—Sí. Se reserva todas las preocupaciones del día para discutir las conmigo en privado.

Las imágenes de esa extraña unión aparecieron ante los ojos de Octavia: dos personas jóvenes y muy atractivas acurrucadas en su cama hablando. ¿Alguna vez...? ¿Alguna vez...? Quizá después de que la conversación terminase, concluyó, y luego salió de su ensimismamiento con un respingo cuando Livia Drusilia se rio, con un sonido de campanillas.

—En el momento que ha aclarado sus problemas, se queda dormido —añadió con ternura—. Afirma que nunca ha dormido tan bien en toda su vida. ¿No es eso espléndido?

«¡Oh, todavía eres una niña! —pensó Octavia, que lo comprendió—. Un pececillo atrapado en la red de mi hermano. Te está moldeando para lo que él necesita, y el matrimonio no es una de sus necesidades. ¿Habrá consumado tu matrimonio confarreatio? Estás tan orgullosa de ello, cuando la verdad es que te ata a él como una condena. Si se ha consumado no es solo que tú ansiabas, pobre pececillo. Qué perceptivo debe de ser para haberte conocido una vez y visto lo que yo veo ahora el ansia de poder que se equipara sólo con la suya. ¡Livia Drusilia, Livia Drusilia! Perderás tu juventud, pero nunca conocerás la verdadera felicidad de una mujer como la he conocido yo, como la conozco ahora... La primera pareja de Roma, que presenta un rostro de hierro al mundo, que lucha uno al lado del otro para controlar a todas las personas y todas las situaciones con las que se encuentra. Por supuesto, has embaucado a Agripa. Supongo que él está tan prendado contigo como lo está mi hermano.»

—¿Qué sabes de Escribonia? —preguntó, para cambiar de tema.

—Está bien, aunque no es feliz —respondió Livia Drusilia, que emitió un suspiro—. La visito una vez a la semana ahora que la ciudad está un poco más tranquila; es difícil salir cuando las bandas callejeras provocan disturbios. César puso guardias también en su casa.

—¿Y Julia?

Por un momento, Livia Drusilia pareció desconcertada; luego, su rostro se despejó.

—¡Oh, aquella Julia! Curioso, siempre pienso en la hija de Divus Julius cada vez que escucho su nombre. Es muy bonita.

—Tiene dos años, así que ya debe de caminar y hablar. ¿Es despierta?

—En realidad no lo sé. Escribonia la mima.

De pronto, Octavia sintió que estaba a punto de echarse a llorar, y se levantó.

—Estoy muy cansada, querida. ¿Te importa si voy a echar una siesta? Tenemos tiempo de sobra para ver a los niños; estaremos aquí unos cuantos días.

—Lo más probable: varias nundinae —dijo Livia Drusilia, que era obvio que no estaba muy entusiasmada ante la perspectiva de encontrarse con toda una tribu de niños.

La predicción privada de Mecenas resultó correcta; después de haber

pasado el invierno en Atenas calculando el tamaño de la suma en las arcas de Sexto Pompeyo, Antonio quería la parte del león.

—El ochenta por ciento es para mí —anunció.

—¿A cambio de qué? —preguntó Octavio con el rostro impasible.

—La flota que he traído a Tarentum y los servicios de tres almirantes con experiencia: Bíbulo, Oppio Capito y Atratino. Sesenta de las naves están al mando de Oppio, las otras sesenta al de Atratino, mientras que Bíbulo actúa como almirante supervisor.

—Por el veinte por ciento, yo debo proveer otros trescientos barcos como mínimo, además de un ejército terrestre para la invasión de Sicilia.

—Correcto —dijo Antonio, que se miró las uñas.

—¿No te parece que es una repartición un tanto desproporcionada?

Sonriente, Antonio se inclinó hacia adelante con un aire de sutil amenaza.

—Ponlo de esta manera, Octavio; sin mí, no puedes derrotar a Sexto. Por lo tanto, soy yo quien dicta los términos.

—Negocias desde una posición de poder. Sí, lo entiendo. Pero no estoy de acuerdo por dos motivos. Primero, que actuaremos en conjunto para eliminar un tábano de debajo de la silla de Roma, no de la tuya o de la mía. Lo segundo es que necesito más del veinte por ciento para reparar los daños de Sexto y para pagar deudas de Roma.

—¡Me importa una mierda lo que tú quieras o necesitas! Si voy a participar, recibo el ochenta por ciento.

—¿Eso significa que estarás presente en Agrigentum cuando abramos las bóvedas de Sexto? —preguntó Lépido.

Su llegada había sido una sorpresa para Antonio y Octavio, convencidos de que el tercer triunviro y sus dieciséis legiones estaban bien lejos del camino en África. Cómo se había enterado de la conferencia tan pronto como para ser partícipe era algo que Antonio no sabía, mientras que Octavio sospechaba que el que se lo había comunicado era el hijo mayor de Lépido, Marco, que estaba en Roma para casarse con la primera novia de Octavio, Servilia Vatia. Alguien había hablado, y Marco se había puesto en contacto con Lépido de inmediato. Si había grandes botines a mano, entonces los Emilio Lépido debían tener su justa parte.

—¡No, no estaré en Agrigentum! —replicó Antonio—. Estaré muy avanzado en mi camino para reducir a los partos.

—¿Entonces cómo esperas que la partición de lo que hay en las bóvedas de

Sexto se haga según tu dictado? —preguntó Lépidio.

—Porque si no se hace, pontífice máximo, tú estarás fuera de tu trabajo sacerdotal y de todo lo demás. ¿Me importan tus legiones? No, no me importan. Las únicas legiones que valen su pan me pertenecen, y no estaré en Oriente para siempre. El ochenta por ciento.

—El cincuenta por ciento —dijo Octavio, con el rostro todavía impasible. Miró a Lépidio—. En cuanto a ti, pontífice máximo, no te toca nada. Tus servicios no serán requeridos.

—Tonterías, por supuesto que lo serán —dijo Lépidio con un tono complaciente—. Sin embargo, no soy codicioso. Con el diez por ciento me conformo. Tú, Antonio, no haces lo suficiente para garantizar un cuarenta por ciento, pero estoy de acuerdo dado que eres tan glotón. Octavio tiene las mayores deudas debido a las actividades de Sexto, por lo tanto él debe recibir el cincuenta por ciento.

—El ochenta o me llevo mi flota de regreso a Atenas.

—Hazlo y no recibirás nada —manifestó Octavio, que se inclinó hacia adelante en una sutil amenaza, algo que hizo mejor que Antonio—. ¡No te equivoques conmigo, Antonio! Sexto Pompeyo caerá el año que viene, dones o no tu flota. Como un leal y obediente triunviro, te ofrezco la oportunidad de compartir el botín de su derrota. Te ofrezco. Tu guerra en Oriente, si tiene éxito, beneficiará a Roma y al tesoro, por lo tanto una parte ayudará a financiar esa guerra. No te la ofrezco por ninguna otra razón. Pero Lépidio está en lo cierto. Si utilizo sus legiones y también las de Agripa para invadir una isla muy grande y montañosa una vez que las flotas de Sexto ya no estén, Sicilia caerá rápido, y con menos pérdidas de vida. Así pues, estoy dispuesto a conceder a nuestro pontífice máximo el diez por ciento del botín. Necesito el cincuenta por ciento. Eso te deja a ti con el cuarenta. El cuarenta por ciento de setenta y dos mil son veintinueve mil. Eso es más o menos lo que César terna en su cofre de guerra para su campaña contra los partos.

Antonio escuchó con lo que sin duda era una ira creciente, pero no dijo nada.

—Sin embargo —continuó Octavio—, para el momento en que acabemos de montar toda esta guerra total contra Sexto, él habrá añadido otros veinte mil talentos a su tesoro, el precio de la cosecha de este año. Eso significa que tendrá alrededor de noventa y dos mil talentos. El diez por ciento de eso es más de nueve mil talentos. Tu cuarenta, Antonio, subirá a unos treinta y siete mil. ¡Piensa en eso, hazlo! Un enorme beneficio para una inversión menor; sólo una flota, no importa lo buena que sea.

—Ochenta —repitió Antonio, pero no con la misma firmeza.

«¿Cuánto ha venido dispuesto a llevarse? —se preguntó Mecenas—. No el ochenta por ciento; él sabe que nunca conseguiría eso. Pero está claro que se ha olvidado de añadir otra cosecha al botín. Depende de cuánto haya gastado en su mente. En las viejas cifras, treinta y seis mil. Si acepta un diez por ciento menos de las nuevas cantidades, se queda un poco por delante de aquello si había contado llevarse el cincuenta por ciento.»

—Recuerda que lo que va a ti, Antonio, y a ti, Lépido, se paga en nombre de Roma —manifestó Octavio—. Ninguno de vosotros gastará su parte en Roma. Mientras que todo mi cincuenta por ciento irá directamente al tesoro. Sé que el general tiene derecho a un diez por ciento, pero no aceptaré nada. ¿Para qué me serviría si lo tuviese? Mi divino padre me dejó más que suficiente en propiedades para mis necesidades, y he comprado la única domus romana que necesitaré. Ya está amueblada. Por lo tanto, mis necesidades personales son casi mínimas. Mi parte va íntegra a Roma.

—El setenta por ciento —dijo Antonio—. Soy el socio principal.

—¿En qué? Desde luego no en la guerra contra Sexto Pompeyo —replicó Octavio—. El cuarenta por ciento, Antonio. Lo tomas o lo dejas.

El regateo continuó durante un mes, al final del cual Antonio ya tendría que haber estado camino de Siria. Que se quedase donde estaba se debía enteramente al botín de Sexto, porque estaba decidido a salir de las negociaciones con lo suficiente para equipar veinte legiones al máximo y a veinte mil soldados de caballería. Muchos centenares de piezas de artillería, un enorme tren de equipajes capaz de transportar toda la comida que necesitaría su inmenso ejército. Nadie como Octavio para insinuar qué quedaría del porcentaje para él. No lo haría, como bien sabía Octavio. Significaba el mejor ejército que Roma hubiese tenido nunca. ¡Oh, y el botín al final de la campaña! Haría que el botín de Sexto Pompeyo pareciese monedas.

Por fin se acordaron los porcentajes: cincuenta para Octavio y Roma, cuarenta para Antonio y Oriente, y el diez para Lépido, en África.

—Hay otras cosas —dijo Octavio—. Hay cosas que se deben resolver ahora, no más tarde.

—¡Oh, Júpiter! —protestó Antonio—. ¿Qué?

—El pacto de Puteoli o Misenum o como quieras llamarlo le dio a Sexto el imperio proconsular sobre las islas además del Peloponeso, y será cónsul de aquí a dos años. Todas éstas son cosas que se deben detener de inmediato. El Senado debe modificar su decreto de hostis, prohibirle a Sexto el fuego y el agua en un radio de mil millas de Roma, despojarlo de sus así llamadas provincias, y retirar su nombre de los fasti, no puede ser cónsul, nunca.

—¿Cómo puede ser algo de esto inmediato? El Senado se reúne en Roma —objetó Antonio.

—¿Por qué cuándo el tema es la guerra? Cuando se discute la guerra, el Senado debe reunirse fuera del pomerium. Tarentum está claramente fuera del pomerium. Aquí ahora mismo hay más de setecientos de tus obedientes senadores, Antonio, que no dejan de lamerte el culo con tanta asiduidad que sus narices se han vuelto marrones —señaló Octavio con un tono agrio—. También tenemos aquí al pontífice máximo, tú eres un augur, y yo soy un sacerdote y augur. No hay ningún impedimento, Antonio, ninguno en absoluto.

—El Senado debe reunirse en un edificio consagrado.

—Estoy seguro de que Tarentum tiene alguno.

—Te has olvidado de una cosa, Octavio —dijo Lépido.

—Por favor, ilústreme.

—El nombre de Sexto Pompeyo ya está en los fasti, eso es lo que ocurre cuando escogemos los cónsules por años adelantados, y después sencillamente fingimos que han sido electos. Tacharlo sería nefas.

Octavio se rio.

—¿Por qué tacharlo, Lépido? No veo la necesidad. ¿Te has olvidado de que hay otro Sexto Pompeyo de la misma familia que se pasea por Roma? No hay razón para que él no sea cónsul de aquí a dos años; fue uno de los sesenta pretores que sirvieron el año pasado.

En los rostros de todos aparecieron grandes sonrisas.

—¡Brillante, Octavio! —exclamó Lépido—. Conozco al tipo; el nieto del hermano de Pompeyo Estrabo. Se morirá del orgullo.

—Esperemos que no sea para tanto, Lépido. —Octavio se desperezó, bostezó, consiguió parecer un gato ahído—. ¿Supones que esto significa que podemos concluir el pacto de Tarentum y regresar a Roma para dar a conocer la feliz noticia de que el triunvirato ha sido renovado por otros cinco años y que los días de Sexto Pompeyo el pirata están contados? Debes venir, Antonio, ya es demasiado tarde para una campaña este año.

—¡Oh, Antonio, qué maravilla! —exclamó Octavia cuando él se lo dijo—. Podré ver a mamá y visitar a la pequeña Julia, Livia Drusilia es indiferente a su sufrimiento, no se esfuerza en lo más mínimo para convencer al pequeño... César Octavio, quiero decir, a mantenerse en contacto con su hija. Tengo miedo por la pequeña.

—Estás embarazada de nuevo —dijo Antonio, que al fin cayó en la cuenta.

—¡Lo has adivinado! ¡Qué sorprendente! Apenas si es un hecho, y estaba esperando a estar segura para decírtelo. Espero que sea un niño.

—Niño, niña, ¿qué más da? Tengo muchos de ambos.

—Así es —asintió Octavia—. Más que cualquier hombre distinguido, sobre todo si incluyes a los mellizos de Cleopatra.

Brilló una sonrisa.

—¿Molesta, querida?

—Ecastor, no! Mejor dicho, orgullosa de tu virilidad, creo —dijo ella con una sonrisa—. Confieso que algunas veces me pregunto por ella, por Cleopatra. ¿Está bien? ¿Su vida es agradable? Se ha borrado de la conciencia de la mayoría de Roma, incluido mi hermano. Es una pena en cierta manera, dado que tiene un hijo de Divus Julius además de tus mellizos. Quizá algún día regrese a Roma. Me gustaría verla de nuevo.

Él le cogió la mano y se la besó.

En Roma, a Antonio le esperaban dos cartas, una de Herodes y otra de Cleopatra. Consideró la de Cleopatra como menos urgente, y rompió el sello de la de Herodes.

¡Mi querido Antonio, por fin soy rey de los judíos! No fue fácil, dada la ineptitud militar de Cayo Sosio. ¡No Silo, él! Un buen gobernador para la paz, pero no a la altura de la tarea de disciplinar a los judíos. Sin embargo, me hizo un gran humor al entregarme dos buenas legiones de tropas romanas y dejarme que las llevase al sur, a Judea. Antígono salió de Jerusalén para encontrarse conmigo en Jericó, y lo derroté.

Luego escapó a Jerusalén, que sufrió el asedio. Cayó cuando Sosio me envió otras dos buenas legiones. Vino con ellas. Cuando cayó la ciudad quiso saquearla, pero lo convencí para que no lo hiciese. Lo que yo quería y Roma necesitaba, fe dije, era una Judea próspera, no un desierto arrasado. Al final, estuvo de acuerdo. Pusimos a Antígono con cadenas y lo enviamos a Antioquía. Una vez que estés tú en Antioquía puedes decidir qué hacer con él, pero yo recomiendo vigorosamente la ejecución.

He liberado a mi familia y a la familia de Hircano de Masada, y me he casado con Mariamne. Está embarazada de nuestro primer hijo. Dado que no soy judío, no me he nombrado a mí mismo sumo sacerdote. Ese honor le ha correspondido a un zadoquita, Ananeel, que hará todo lo que yo le diga. Por supuesto, tengo oposición, y hay algunos que conspiran para levantarse en armas contra mí, pero nada de eso prosperará. Mi pie está ahora bien firme en el cuello judío, y no se levantará nunca mientras haya vida en mi cuerpo.

¡Por favor, te lo ruego, Marco Antonio, devuélveme una Judea entera y

contigua en lugar de estos cinco lugares separados! Necesito un puerto de mar, y me sentiría feliz con Joppa. Gaza está demasiado al sur. La mejor noticia es que he conseguido arrebatarse los yacimientos de bitumen de Malcus de Nabatea, que se alió con los partos y me rechazó a mí, su propio sobrino, que fue a auxiliarle.

Acabo dándote las gracias más profundas por tu apoyo. Estate seguro de que Roma nunca lamentará haberme hecho rey de los judíos.

Antonio dejó que el pergamino se enrollase y permaneció sentado un momento con las manos detrás de la cabeza, sonriente al pensar en el sapo semítico. Mecenas con disfraz oriental, pero con un salvajismo y una crueldad que éste no tenía en absoluto. La cuestión era, ¿qué beneficiaría más los intereses de Roma en el sur de Siria? ¿Un reino judío reunido o uno fragmentado? Sin aumentar sus límites geográficos ni una milla, Herodes se había enriquecido muchísimo al adquirir los jardines de bálsamo de Jericó y los yacimientos de bitumen de Palus Asphaltites. Los judíos eran guerreros y excelentes soldados. ¿Roma necesitaba una Judea rica regida por un hombre muy inteligente? ¿Qué pasaría si Judea abarcaba toda Siria al sur del río Orontes? ¿Hacia dónde miraría después su rey? A Nabatea, que le daría una de sus grandes flotas que hacían el comercio con la India y Taprobane. Más riqueza. Después de eso miraría a Egipto, un riesgo menor que cualquier intento de expansión hacia el norte en una de las provincias romanas. Humm...

Recogió la carta de Cleopatra, rompió el sello y la leyó mucho más rápido que la de Herodes. No es que fuesen muy diferentes, Herodes y Cleopatra no tenían ni una pizca de sentimentalismo. Como siempre, ella había escrito una letanía de alabanzas a Cesarión, pero eso no era sentimentalismo, era la leona y su cachorro. Cesarión aparte, era la carta de una soberana más que de una ex amante. Glafira haría bien en emular a su contraparte egipcia.

El pequeño rostro afilado de Cleopatra apareció delante de su mirada interior, los ojos dorados brillantes cuando estaba feliz. ¿Era feliz? Una carta tan práctica, suavizada sólo por el amor por su hijo mayor. Bueno, ella era, primero, gobernante y, después, mujer. Pero por lo menos tenía más de qué hablar que con Octavia, preocupada con su embarazo y encantada de estar de nuevo en Roma, aunque no veía mucho a Livia Drusilia, a la que consideraba fría y calculadora. No es que lo hubiese dicho, pero ¿cuándo su actual esposa había cometido una incorrección social, incluso en privado, con su marido? Pero Antonio lo sabía porque él compartía el desagrado de Octavia; la muchacha era una criatura de Octavio. ¿Qué tenía Octavio, que podía coger y sujetar a unas personas escogidas con garras de acero? Agripa, Mecenas y ahora Livia Drusilia.

De pronto se sintió lleno de desprecio hacia Roma, de la cerrada clase gobernante de Roma, de la codicia de Roma, de las metas inexorables de Roma, del derecho divino de Roma a gobernar el mundo. Incluso los Sila y los César habían cedido sus propios deseos ante Roma y ofrecido todo lo que hicieron a los altares romanos, alimentaron a Roma con sus fuerzas, sus hechos, con el animus que los empujaba. ¿Qué había de malo en él? ¿Por qué era incapaz de esa clase de dedicación a algo abstracto, a una idea? Alejandro Magno no pensaba de Macedonia de la manera que César pensaba de Roma; pensaba primero en sí mismo, soñaba en su propia cabeza de dios, no en el poder de su país. Por supuesto, era por eso que su imperio se había deshecho tan pronto como él murió. El imperio de Roma nunca caería por la muerte de un hombre o por la muerte de muchos hombres. Un hombre romano tenía su lugar en un sol temporal, nunca pensaba en sí mismo como el sol. Alejandro Magno lo había hecho. Quizá Marco Antonio también. Sí. Marco Antonio quería un sol propio, y su sol no era el de Roma. No, no era el de Roma.

¿Por qué había dejado que aquel grupo de Tarentum rebajase su porcentaje? Todo lo que tenía que hacer era marcharse con su flota, pero no lo había hecho. Tenía la convicción de que se quedaba con el fin de asegurar la seguridad y el bienestar de sus tropas cuando invadiese el reino de los partos. ¡Verse apartado sólo con meras promesas! «Sí, prometo que te daré veinte legionarios bien entrenados —dijo Octavio, que mentía más que hablaba—. Te prometo que te enviaré tu cuarenta por ciento en el momento en que abramos las bóvedas de Sexto... Te prometo que serás cónsul... Te prometo que serás primer triunviro... Te prometo que cuidaré de tus intereses en Occidente... Te prometo esto, te prometo aquello.» ¡Mentiras, mentiras, todo eran mentiras!

«Piensa, Antonio, piensa. Tienes más de setecientos de los mil senadores. Puedes buscar votantes en las clases superiores y controlar las leyes, las elecciones. Pero de alguna manera nunca consigues pillar a César Octavio. Por eso él está aquí en Roma y tú no. Incluso en este interminable verano, mientras tú estás aquí físicamente, no puedes reunir a tus fuerzas para destruirlo. Los senadores están a la espera de ver cuánto recibirán de los cofres de Sexto Pompeyo; incluso hay algunos que han desaparecido para ir a pasar el verano a sus villas junto al mar, lejos de la apestosa y ardiente Roma. Y el pueblo te está perdiendo de vista. Ahora que estás aquí, muchos de ellos ya no te reconocerían a primera vista, aunque sólo han pasado dos años desde la última vez que estuviste aquí. Quizá odian a Octavio, pero es un odio conocido y mucho más apreciado. Es la clase de hombre que todo hombre cree que necesita querer para odiarlo. Mientras que yo ni siquiera soy considerado en estos días como el salvador de Roma. Han esperado demasiado tiempo a que me afirme. Cinco años desde Filipos y no he conseguido hacer aquello que dije que haría en Oriente. Los caballeros me detestan más de lo que detestan a Octavio. Les debe millones sobre millones, lo que le hace ser de ellos. Yo no

les debo nada, pero no he conseguido hacer de Oriente un lugar seguro para los negocios, eso no me lo perdonan.

»El mes de julio ha pasado. Sextilis desaparece a toda prisa, es algo que no comprendo. ¿Cómo es que el tiempo pasa tan rápido? El año que viene; tendrá que ser el año que viene. Si no lo es, seré el hombre de las promesas vanas, un fracasado. Mientras que aquella pequeña sabandija gana.

Octavia apareció en la puerta, titubeó con una sonrisa vacilante y luego entró cuando él la llamó.

—No tengas miedo —dijo él con la voz profunda—, no te comeré.

—No creo que lo hagas, querido. Sólo me preguntaba cuándo nos marchamos para Atenas.

—En las calendas de septiembre. —Se aclaró la garganta—. Te llevaré a ti, pero no a los niños. Para final de año estaré en Antioquía, y eso significa el exilio para ti en Atenas. Los chicos estarán mucho mejor en Roma, bajo la protección de tu hermano.

En su rostro se reflejó la desilusión, sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas.

—Oh, eso será duro —dijo ella con voz quebrada—. Me necesitan.

—Puedes quedarte aquí si lo prefieres —replicó él con un tono seco.

—No. Antonio, no puedo. Mi lugar está contigo, incluso si no estás en Atenas muy a menudo.

—Como tú quieras.

XIV

Había un nuevo Quinto Delio en la vida de Antonio, un senador alto y muy elegante de una familia bastante antigua de la que había salido una virgen vestal alrededor de hacía un siglo. Los Fonteio Capito eran auténticos aristocráticos plebeyos romanos. Su nombre era Cayo Fonteio Capito, y era tan apuesto como cualquier Memmio y tan bien educado como cualquier Mucio Escévola. Fonteio no era un adulador; disfrutaba de la compañía de Antonio, sacaba lo mejor de Antonio y, como leal cliente, se complacía en hacerle un servicio a Antonio.

Cuando Antonio dejó Roma e Italia a principios de septiembre y se embarcó con Octavia en su nave insignia en Tarentum, se llevó a Fonteio con él. Los ciento cincuenta barcos de su flota tenían ahora veinte quinquerremes que Octavia había donado a su hermano de su fortuna privada; los ciento cuarenta aún estaban anclados en Tarentum, ocupados en construir cobertizos para que los navíos pudiesen ser sacados del agua antes del invierno.

Todavía era un poco pronto para las tormentas equinocciales, y por lo tanto Antonio estaba ansioso por zarpar, con la esperanza de navegar con un viento a favor y un buen mar todo el camino alrededor del cabo Taenarum, al pie del Peloponeso, y de esta manera llegar a Atenas y anclar en El Pireo.

Pero a los tres días de navegación se encontraron con una tormenta que los obligó a buscar refugio en Corcira, una hermosa isla delante de la costa griega. El mar alborotado había perjudicado a Octavia, a punto de acabar el séptimo mes de embarazo, así que agradeció estar en tierra firme.

—Detesto verte demorado —le dijo a Antonio—, pero confieso que deseo permanecer aquí unos cuantos días. Mi bebé debe ser un soldado, no un marinero.

Él no sonrió ante su pequeña broma, demasiado impaciente por seguir su camino como para sentirse conmovido por el sufrimiento de su esposa o sus valientes intentos por no ser una molestia.

—Tan pronto como el capitán diga que podemos zarpar, volveremos a la mar —replicó con un tono brusco.

—Por supuesto. Estaré preparada.

Aquella noche no se presentó a cenar, con la excusa de que aún tenía mal el estómago por la travesía marítima, y Antonio estaba cansado del grupo habitual que lo rodeaba, siempre buscando su atención, forzándole a adoptar una bonhomía que no sentía. De hecho, el único por el que se sentía atraído era Fonteio, a quien invitó a cenar, los dos solos.

Astuto a la manera de un diplomático natural y porque sentía más aprecio por Antonio que por sí mismo, Fonteio aceptó agradecido. Hacía tiempo que había adivinado que Antonio no era feliz, y quizá esa noche tendría la oportunidad para sondear en la herida de Antonio, a ver si podía encontrar el dardo envenenado.

Era una noche ideal para una conversación íntima; las llamas de las velas se movían como tentáculos con el viento que soplaba en el exterior, la lluvia golpeaba contra las persianas, un pequeño torrente gorgoteaba mientras bajaba por la colina. Las brasas resplandecían con fuerza en los varios braseros que quitaban el frío de la habitación, y los sirvientes se movían como lémures entrando y saliendo de las sombras.

Quizá por la atmósfera o quizá porque Fonteio sabía cómo buscar las respuestas correctas, Antonio se descubrió a sí mismo descargando sus temores, horrores, dilemas, ansiedades con poco orden o lógica.

—¿Dónde está mi lugar? —le preguntó a Fonteio—. ¿Qué quiero? ¿Soy un verdadero romano o algo me ha pasado para hacerme menos romano de lo que

era? Todo está en las puntas de mis dedos, un gran poder, y, sin embargo, parece que no tengo ningún lugar que pueda llamar propio. ¿O es «lugar» la palabra equivocada? No lo sé.

—Podría ser que cuando dices lugar te refieres a función —manifestó Fonteio, que buscó su camino con cautela—. Te gusta divertirte, estar con hombres a los que consideras tus amigos y con las mujeres que deseas. El rostro que muestras al mundo es atrevido, descarado, sin complicaciones. Pero yo veo muchas complicaciones detrás de ese exterior. Uno de ellos te llevó a una participación periférica en el asesinato de César. ¡No lo niegues! No te culpo, culpo a César. Él también te mató al hacer a Octavio su heredero; sólo puedo imaginar lo profundo que te hirió. Habías pasado tu vida hasta ese momento al servicio de César, y un hombre de tu temperamento no podría ver por qué César condenó algunas de tus acciones. Después dejó un testamento donde ni siquiera te mencionaba. Un golpe cruel que destruyó del todo tu dignitas. Porque los hombres se preguntaron por qué César dejó su nombre, sus legiones, su dinero y su poder a un niño bonito más que a ti, su primo y un hombre en su plenitud. Ellos interpretaron el testamento de César como una señal de su colosal desagrado por tu conducta. Eso no hubiese importado de no haber sido César, el ídolo del pueblo; ellos lo han hecho un dios, y los dioses no toman decisiones equivocadas. Por lo tanto, tú no eras digno de ser el heredero de César. Tú nunca podrías convertirte en otro César. César hizo que eso fuese imposible, no Octavio. Te despojó de tu dignitas.

—Sí, lo veo —dijo Antonio con voz pausada y los puños apretados—. El viejo me escupió.

—Tú no eres por naturaleza introvertido, Antonio. Te gusta tratar con hechos concretos, y eres propenso, como Alejandro Magno, a utilizar la espada en los problemas difíciles. No tienes la habilidad de Octavio para meterte debajo de la piel de la sociedad, para susurrar difamaciones como verdades de una manera que la gente llega a creerlas. La fuente de tu dilema es la mancha en tu reputación que César puso allí. ¿Por qué, por ejemplo, escogiste Oriente como parte de tu triunvirato? Sin duda crees que lo hiciste por las riquezas y por las guerras que podías llevar a cabo allí. Pero yo no creo que sea eso en absoluto. Creo que era una manera honorable de salir de Roma e Italia, donde tendrías que haberte mostrado a ti mismo ante las personas que sabían que César te despreciaba. ¡Busca dentro de ti mismo, Antonio! ¡Busca la herida y descubre a qué se debe!

—¡Suerte! —replicó Antonio para asombro de Fonteio. Después más fuerte—: ¡Suerte! La suerte de César era proverbial, era parte de su leyenda. Pero cuando me dejó fuera de su testamento, le pasó su suerte a Octavio. ¿Cómo sino hubiese sobrevivido el pequeño gusano? ¡Tiene la suerte de César, por eso! Mientras que yo he perdido la mía. ¡La he perdido! Y ahí está el

núcleo del problema, Fonteio. Todo lo que hago es desafortunado. ¿Cómo se puede enfrentar alguien a eso? Sé que no puedo.

—Pero ¡tú puedes, Antonio! —gritó Fonteio, que se recuperó de aquella extraordinaria exposición que había desarrollado—. Si escoges considerar tu presente melancolía como una pérdida de suerte, entonces haz tu propia suerte en Oriente. No es una tarea que te supere. Recupera tu reputación con los caballeros creando un Oriente perfecto para las oportunidades comerciales. Llévate un consejero oriental, alguien de Oriente y para Oriente. —Hizo una pausa y pensó en Pitodoro de Tralles, ligado a Antonio por vínculos matrimoniales. Un consejero con poder, influencia, riqueza—. Tienes cinco años más como triunviro gracias al pacto de Tarentum; úsalos. Crea un pozo de suerte sin fondo.

Antonio sufrió unos temblores de excitación que acabaron con su melancolía. De pronto vio su camino claro, cómo recuperar su buena fortuna.

—¿Considerarías emprender un largo viaje por mí en los mares invernales? —le preguntó a Fonteio.

—Lo que tú quieras, Antonio. Estoy preocupado de todo corazón por tu futuro, que no está en armonía con la Roma de Octavio. Ése es otro factor que causa la melancolía: que la Roma que Octavio pretende hacer es ajena a los hombres romanos que valoran Roma como era. César comenzó a manipular con los derechos y las prerrogativas de la primera clase, y Octavio está decidido a continuar con ese trabajo. Creo que, cuando encuentres tu suerte, tendrías que llevar a Roma de nuevo a lo que solía ser. —Fonteio levantó la cabeza, escuchó los sonidos del viento y la lluvia y sonrió—. La tempestad se agota. ¿Adónde quieres que vaya? —Era una pregunta que no pedía respuestas: sabía que era a Tralles y con Pitodoro.

—A Egipto. Quiero que veas a Cleopatra y la convenzas para que se encuentre conmigo en Antioquía antes de que acabe el invierno. ¿Podrás hacerlo?

—Es mi placer, Antonio —respondió Fonteio, que disimuló su desilusión—. Hay un barco anclado aquí en Corcira que puede navegar por el océano Libio. Iré de inmediato. —Una mirada triste apareció en su rostro—. Sin embargo, mi bolsa no es abundante. Necesitaré dinero.

—¡Tendrás el dinero que necesites, Fonteio! —afirmó Antonio, su rostro transfigurado por la felicidad—. ¡Oh, Fonteio, gracias por enseñarme lo que debo hacer! ¡Debo utilizar Oriente para forzar a Roma a que rechace las maquinaciones de César y al heredero de César!

Cuando Antonio pasó junto a la puerta de la habitación de Octavia camino a la suya, aún estaba rebosante de excitación y Heno de una nueva urgencia

para llegar a Antioquía. ¡No, no se detendría en Atenas! Navegaría sin escalas a Antioquía. Tomada la decisión, abrió la puerta de Octavia y al entrar la encontró acomodada en la cama. Se sentó en el borde del lecho y apartó un mechón de cabello de su frente con una sonrisa.

—¡Mi pobre muchacha! —dijo con ternura—. Tendría que haberte dejado en Roma y no someterte al mar Jónico cerca del equinoccio.

—Estaré mejor por la mañana, Antonio.

—Posiblemente, pero te quedarás aquí hasta que puedas conseguir un pasaje a Italia. ¡No, no protestes! No quiero ninguna discusión, Octavia. Regresa a Roma y ten a nuestro hijo allí. Echas de menos a los niños que están en Roma. No voy a Atenas, voy directamente a Antioquía, que no es lugar para ti.

La tristeza apareció en el rostro de la mujer; miró a aquellos ojos enrojecidos con dolor en los propios. Cómo lo sabía, no tenía idea, pero esa vez sería la última vez que vería a Marco Antonio, su amado marido. Adiós en la isla de Corcira. ¿Quién podría haberlo adivinado?

—Haré lo que tú creas mejor —contestó ella con un nudo en la garganta.

—¡Bien! —Se levantó y se inclinó para besarla.

—Pero ¿te veré por la mañana?

—Me verás, claro que sí. Cuando se marchó, ella se giró en la cama y hundió el rostro en la almohada. No para llorar; la agonía era demasiado grande para las lágrimas. Lo que ella miraba era la soledad.

Fonteio emprendió la marcha el primero. Un buque de carga sirio también había entrado para esperar a que pasase la tempestad, y dado que su capitán tenía que enfrentarse al océano Libio de todas maneras, dijo que no se oponía a hacer otra escala en Alejandría por una bonita suma. Sus bodegas estaban cargadas con ruedas de carros con flejes de hierro galo, potes de cobre de la Hispania Citerior, algunos barriles de garum y, para llenar los espacios, cañamazo de las tierras de los petrocoríos. Eso significaba que su barco iba cargado hasta la línea de flotación, pero se asentaba bien en el agua, y estaba dispuesto a ceder su camarote en la popa a aquel atildado senador con sus siete sirvientes.

Fonteio se despidió de Antonio, todavía asombrado. ¡Qué terrible que todo hubiese salido mal! ¡Qué presuntuoso había sido al creer que podría leer la mente de Antonio, y mucho menos manipularla! ¿Por qué el hombre se había fijado en la suerte, entre todas las cosas? Un fantasma, una ficción. Fonteio no creía que la suerte existiese como una entidad en sí misma, sin importar lo que la gente dijese de la suerte de César. Sin embargo, Antonio había volado por

encima de la verdad que debía ver para fijarse en la suerte. ¡La suerte! ¿En cuanto a Cleopatra? ¿Dioses, en qué estaba pensando cuando la escogió a ella como su consejero oriental? Ella retorcería y complicaría todavía más su confusión. La sangre del rey Mitrídates el Grande fluía por sus venas, junto con un montón de asesinos y amorales Ptolomeo y, para completarlo, unos cuantos partos. Para Fonteio, ella destilaba todo lo malo de Oriente.

Fonteio quería la guerra civil, si era la guerra civil lo necesario para librarse de Octavio. El único hombre que podía derrotar a Octavio era Marco Antonio. Y no el Antonio que Fonteio había visto emerger a lo largo de los últimos años, sino el Antonio de Filipos. ¿Cleopatra? ¡Oh, Antonio, qué mala elección! Había sido amigo de la viuda de César, Calpurnia, antes de que ella se quitase la vida, y Calpurnia le había dado un boceto bastante completo de la Cleopatra que ella y otras mujeres habían conocido en Roma, un boceto que no llenaba de esperanza al embajador de Antonio.

Llegó a Alejandría después de un mes de viaje debido a una tormenta que lo había obligado a pasar seis días en Paratonium. ¡Qué lugar! Pero el capitán había encontrado laserpicium, por lo que arrojó por la borda el cañamazo suficiente para alojarlo en veinte ánforas.

—¡He hecho mi fortuna! —dijo a Fonteio, jubiloso—. Con Marco Antonio, que viene a vivir a Antioquía, habrá tanta indulgencia que podré pedir una fortuna por una dosis. Y hay varios miles de cucharadas por ánfora. ¡Ah, qué bendición!

Aunque no había estado en Alejandría antes, Fonteio no se mostró muy impresionado por la innegable belleza de la ciudad, su disposición en amplias calles. Mecenas, se dijo, lo hubiese llamado un desierto de ángulos rectos. Sin embargo, gracias a la pasión de cada uno de los Ptolomeo por erigir un nuevo palacio, el recinto real tenía encanto. Dos docenas de palacios, como mínimo, más una sala de audiencias.

Allí, en medio de un resplandor de oro que había impresionado a todos los romanos que lo habían visto, lo recibieron dos marionetas —era la única palabra con que podía describirlos, ya que estaban tan tiesos, rígidos y pintados que parecían un Par de muñecas hechas en Saturnia o Florentia manipuladas, a través de los hilos, por un amo invisible—. La audiencia fue breve; no le habían preguntado por el asunto que lo traía allí, sólo les transmitió los saludos del triunviro Marco Antonio.

—Puedes retirarte. Cayo Fonteio Capito —dijo la muñeca de rostro blanco, sentada en el trono superior.

—Te damos las gracias por venir —añadió la muñeca de rostro rojo, sentada, a su vez, en el trono inferior.

—Un sirviente te acompañará para que cenes con nosotros esta tarde.

Sin el maquillaje y toda la parafernalia, lo que quedó a la vista fueron dos pequeñas personas, aunque el chico no iba camino de ser un hombre pequeño. Fonteio sabía su edad: diez años; no obstante, parecía tener trece o catorce, si no fuera porque aún estaba en la pubertad. ¡Era la imagen de César! Otro intérprete en el escenario del futuro, y una inesperada pero muy imperiosa razón por la que Antonio no debería asociarse con esa mujer. Cesarión era el único objeto de su afecto, así lo testimoniaban sus magníficos ojos dorados cada vez que se posaban en él. Por su parte, Cleopatra era esquelética, pequeña, casi fea. Los ojos y la magnífica piel la salvaban; también tenía una voz baja y melodiosa que usaba con mucha habilidad. Ambos le hablaron en un latín que él no podía reprochar.

—¿Marco Antonio te envió aquí para avisarnos de que vendría? —preguntó el chico, ansioso—. ¡Lo he echado mucho de menos!

—No, su majestad, no viene aquí.

Desapareció la alegría del rostro, y los vividos ojos azules desviaron la mirada.

—Oh.

—Una desilusión —comentó la madre—. ¿Entonces, por qué estás aquí?

—En este momento, Marco Antonio ya tendría que estar en Antioquía —respondió Fonteio mientras pensaba que el langostino de agua dulce que comía carecía de sabor. Con el Mare Nostrum al pie de la escalinata de su palacio, ¿por qué no enviaba a sus flotas pesqueras a pescar los de agua salada? Mientras su mente se ocupaba de este misterio, sus labios continuaron hablando—. Tiene el deseo de hacer su estada allí permanente por dos razones.

—Una de las cuales —intervino el chico— es la proximidad a la tierra de los partos. Se lanzará desde Antioquía.

«Vaya con el pequeño monstruo maleducado —pensó Fonteio—. ¡Entremetiéndose en la conversación de los adultos! Lo que es más, su madre cree que es normal además de maravilloso. ¡Muy bien, pequeño monstruo, veamos lo listo que eres de verdad!»

—¿Cuál es la segunda razón? —preguntó Fonteio.

—El verdadero Oriente, que no se puede decir que sea la provincia de Asia, y desde luego no Grecia o Macedonia. Si Antonio tiene que gobernar Oriente, debería situarse en algún lugar verdaderamente al este, y Antioquía o Damasco es lo ideal —respondió Cesarión, sin arredrarse.

—Entonces, ¿por qué no Damasco?

—Tiene mejor clima, pero está muy lejos del mar.

—Lo mismo que dijo Antonio —manifestó Fonteio, demasiado diplomático para dejar que se viese su desagrado.

—¿Por qué estás aquí, Cayo Fonteio? —preguntó la reina.

—Para invitarte a ti, majestad, a Antioquía. Marco Antonio está más que ansioso por verte. Necesita el consejo de alguien que sea oriental por nacimiento y cultura, y cree que eres, de lejos, el mejor candidato.

—¿Consideró también a otras personas? —preguntó ella con viveza, el entrecejo fruncido.

—No. Yo sí —admitió Fonteio en voz baja—. Mencioné varios nombres, pero Antonio sólo uno, el tuyo.

—¡Ah! —Ella se reclinó en su diván y sonrió como el gato que tenía a su lado. Una mano delgada acarició el lomo de la criatura, y el animal se volvió para sonreírle.

—Te agradan los gatos —comentó.

—Los gatos son sagrados, Cayo Fonteio. Una vez, hace veinticinco años, un mercader romano en Alejandría mató a un gato. La gente lo hizo pedazos.

—Brrr —exclamó él con un temblor—. Estoy acostumbrado a los gatos grises con rayas o manchas, pero nunca he visto uno de este color.

—Es egipcia. La llamo Bastela; llamarla Bast sería un sacrilegio, aunque recibí muy buenos augurios del diminutivo latino, —Cleopatra se volvió hacia el gato y buscó un dátíl para dárselo—. Entonces, ¿Marco Antonio me ordena que vaya a Antioquía?

—No ordena, su majestad. Solicita.

—¡Y un cuerno! —dijo Cesarión con una risita—. Ordena.

—Puedes decirle que iré.

—¡Y yo! —se apresuró a decir el chico.

Entre madre e hijo surgió una curiosa escena muda; no se pronunció ni una palabra, aunque ella deseaba hablar. Una lucha de voluntades. Que el niño ganase no fue ninguna sorpresa para Fonteio. Cleopatra no había nacido autócrata, las circunstancias la habían hecho así. Mientras que Cesarión era un autócrata formado en el vientre. Como su tata. Fonteio experimentó una oleada de temor que se extendió por su espalda e hizo que se le erizasen los cabellos de la nuca. Imaginó cómo sería Cesarión cuando fuese mayor. La

sangre de Cayo Julio César y la sangre de los tiranos orientales. No habría manera de detenerlo. «Es porque Cleopatra sabe que hará de puta y alcahueta del pobre Antonio. Sin importarle nada de Antonio y su destino. Dispuesta a que su hijo con César gobierne el mundo.»

A Fonteio le aconsejaron que viajase por tierra, acompañado por una guardia egipcia que Cleopatra dijo que era necesaria; Siria estaba llena de ladrones y asesinos desde que varios principados desaparecieron durante la ocupación parta.

—Te seguiré tan pronto como pueda —le informó a Fonteio—, pero no creo que sea antes del Año Nuevo. Si Cesarión insiste en venir, tendré que buscar un regente y un consejo, aunque Cesarión no se quedará en Antioquía más que unos pocos días.

—¿Él lo sabe? —preguntó Fonteio astutamente.

—Desde luego —replicó Cleopatra.

—¿Qué hay de los hijos de Antonio?

—Para verlos, Antonio debe venir a Alejandría.

Un mes más tarde encontró a Antonio instalado en Antioquía y trabajando muy duro. Lucilio corría para obedecer una orden tras otra, mientras Antonio, sentado a su mesa, repasaba pilas de documentos y muy pocos pergaminos. Su único entretenimiento era hacer desfilar sus tropas, que estaban de nuevo en los cuarteles de invierno tras una dura campaña en Armenia que Publio Canidio había dirigido con tanta eficacia como Ventidio las campañas anteriores. El propio Canidio se había quedado en el norte con diez de las legiones, a la espera de la primavera; el resto de las legiones y la caballería estaban con Marco Antonio. La única cosa que Canidio había hecho mal a los ojos de Antonio era avisarle en cada carta de que no se podía confiar en el rey Artavasdes de Armenia, pese a todas sus afirmaciones de lealtad a Roma y de enemistad hacia los partos. Una profecía a la que Antonio optó por no hacer caso, más desconfiado de otro Artavasdes, rey de Media. Él también hacía propuestas de amistad.

—Veo que la ciudad se está llenando con potentados y futuros potentados —comentó Fonteio mientras se dejaba caer en una silla.

—Sí, ya los tengo a todos clasificados, así que los he llamado para que escuchen sus destinos —dijo Antonio con una sonrisa—. ¿Ella... ella vendrá? —añadió, y la ansiedad reemplazó al tono divertido.

—Tan pronto como pueda. Aquel insolente mocoso de Cesarión ha insistido en venir con ella; por consiguiente, Cleopatra tendrá que buscar un regente.

—¿Un mocoso insolente? —preguntó Antonio, y frunció el entrecejo.

—Así lo consideraré. En realidad, insoportable.

—Verás, participa en la monarquía al mismo nivel que su madre; ambos son faraones.

—¿Faraones? —preguntó Fonteio.

—Sí, supremos gobernantes del río Nilo, el verdadero reino de Egipto. Alejandría no es considerada egipcia.

—En cualquier caso, estoy de acuerdo con eso. Es muy griega, desde luego.

—Oh, no dentro del recinto real. —Antonio intentó mostrarse desinteresado—. ¿Cuándo dijo que vendrá?

—A principios del año que viene.

Desilusionado, Antonio hizo un vago gesto con la mano.

—Mañana voy a mostrar la grandeza de Roma a todos los potentados y futuros potentados —manifestó—. En el ágora. La costumbre y la tradición dicen que debo vestir una toga, pero detesto esas prendas. Vestiré la armadura de oro. ¿Tienes alguna prenda adecuada?

Fonteio parpadeó.

—No, Antonio, ni siquiera unas prendas de trabajo.

—Entonces, Sosio puede prestarte alguna.

—¿La armadura... es legal?

—Fuera de Italia, cualquier cosa que el triunviro decida es legal. Creía que eso lo sabías, Fonteio.

—Confieso que no.

Antonio había montado un tribunal en el ágora, el mayor de los espacios abiertos en Antioquía, y se había sentado allí con todo el esplendor militar, con Sosio, el gobernador y sus lerdos sentados también, pero en una posición menos prominente y el pobre Fonteio, ya bastante incómodo con la armadura prestada, solo. ¿En qué momento Antonio había comenzado a utilizar veinticuatro lictores?, se preguntó. El único magistrado con derecho a tantos era el dictador, y el propio Antonio había abolido la dictadura. ¡Sin embargo, allí estaba, con un número de lictores dictatorial! Algo que Octavio en Roma no se había atrevido a hacer, pese a su título de Divi Filius.

Era una reunión cerrada; los presentes tenían invitaciones formales. Los guardias impedían el paso en las numerosas entradas, para gran enojo de los

ciudadanos de Antioquía, nada acostumbrados a verse excluidos de sus propios espacios públicos.

No se dijeron oraciones ni se hicieron augurios, una interesante y curiosa omisión. Antonio comenzó su discurso sin más, y utilizó su voz aguda, que llegaba más lejos.

—Después de muchas lunas de profunda reflexión, cuidadosa consideración, muchas entrevistas y lecturas de documentos, yo, imperator y triunviro Marco Antonio, he llegado a una decisión respecto a Oriente.

»Primero, ¿qué es Oriente? No incluyo Macedonia y sus prefecturas, que abarcan la propia Grecia, el Peloponeso, Cyrenaica y Creta, como parte de Oriente. Aunque el triunvirato las incluye, pertenecen geográfica y físicamente al mundo del Mare Nostrum. Oriente es Asia; esto es, toda la tierra al este del Helesponto, la Propóntide y el Bósforo tracio.

«Vaya —pensó Fonteio—, ¡esto promete ser interesante! Comienzo a comprender por qué escogió mostrar el poder armado de Roma más que su gobierno civil.»

—Habrá tres provincias romanas en Oriente, cada una bajo el control directo de Roma a través de un gobernador. La primera, la provincia de Bitinia, que incluirá Tróade y Misia, y que tendrá el límite oriental en el río Sangario. La segunda, la provincia de Asia, que incorpora a Lidia, Caria y Licia. La tercera, la provincia de Siria, limitada por la cordillera Amanus, la orilla occidental del río Éufrates y los desiertos de Idumea y Arabia Pétreá. Sin embargo, el sur de Siria también incorporará los reinos, satrapías y principados, además de la orilla occidental del Éufrates.

La pequeña multitud se movió, algunos rostros ansiosos, otros desilusionados. A un lado, y fuertemente custodiados, había varios hombres de aspecto oriental encadenados.

«¿Quiénes son? —se preguntó Fonteio—. No importa, no tardaré en enterarme.»

—¡Amintas, adelántate! —gritó Antonio.

Un joven con atuendo griego salió de la multitud.

—¡Amintas, hijo de Demetrio de Ancira, en nombre de Roma te designo rey de Galacia! ¡Tu reino incluye las cuatro tetrarquías gálatas, Pisidia, Licaonia y todas las regiones desde la orilla sur del río Halys hasta la costa de Pamfilia!

Se escuchó una sonora exclamación; Antonio acababa de darle a Amintas un reino mayor que aquel que el ambicioso Deiotaro había regido.

—¡Polemón, hijo de Zenón de Laodiceia, en nombre de Roma te designo rey de Pontus y Armenia Parva, incluidas todas las tierras en la ribera norte del río Halys!

El rostro de Polemón era conocido; había bailado de muchacho al son de la música de Antonio en Atenas. Ahora tenía su recompensa, una muy grande.

—Arquelao Sisenes, hijo de Glafira, sacerdote-rey de Ma, en nombre de Roma te designo rey de Capadocia, que comienza al este del gran meandro del río Halys e incorpora todas las tierras de la orilla sur desde aquel punto hasta la costa tarsia y de Cilicia Pedia. Tu límite oriental es el río Éufrates por encima de Samosata. Puedo designar algunas pequeñas zonas dentro de tu reino que estarán mejor gobernadas por algún otro, pero a todos los efectos son tuyas.

«Otro joven muy complacido —pensó Fonteio—, ¡y mira a su madre! Los rumores decían que ella había succionado a Antonio con la vagina. Era muy astuto escoger hombres jóvenes. Clientes durante décadas.»

A continuación vinieron los nombramientos menores: Tarcondimoto y otros. Pero de inmediato aparecieron las ejecuciones, algo con lo que Fonteio no había contado. Lisantias de Calcis, Antígono de los judíos, Ariarates de Capadocia. «¡Oh, no soy un guerrero!», gritó Fonteio para sí mismo, y contuvo el contenido de su estómago mientras el hedor de la sangre ascendía en el sol ardiente y las pegajosas moscas venían como nubes. Antonio presencié la carnicería, indiferente; Sosio se desmayó. «Me niego a hacer eso», pensó Fonteio, y agradeció a todos los dioses que había cuando finalmente pudo salir del palacio del gobernador. Por supuesto, Antonio se quedó atrás. Ofrecía una fiesta a los nuevos reyes y a sus hordas de seguidores allí mismo en el ágora, porque el palacio no tenía grandes habitaciones o espaciosos patios. Si Fonteio no hubiese estado enterado, hubiese dicho que el palacio del gobernador en Antioquía había sido una vez una caravanera especialmente vil, no el hogar de reyes como Antíoco o Tigranes.

Por la mañana conoció al primer parto auténtico, un refundo llamado Monaeses, de la corte del nuevo rey, Fraates. Llevaba rizos, una barba postiza sujeta con hilos de oro enganchados por detrás de las orejas, una falda con volantes, una chaqueta a rayas y enormes cantidades de oro.

—Estoy pensando en hacerlo rey de los árabes esquenitas —dijo Antonio, complacido con sus disposiciones. Al ver la expresión de Fonteio, pareció sorprenderse—. ¿A qué viene la desaprobación? ¿Porque es un parto? ¡Me gusta! Fraates asesinó a toda su familia excepto a Monaeses, que fue lo bastante listo como para escapar.

—¿No será que lo ayudaron a escapar? —preguntó Fonteio.

—¿Por qué lo iban a ayudar? —preguntó a su vez Antonio.

—Porque todo el mundo sabe que estás planeando invadir el reino de los partos. Por eso. No importa lo obsesionado que un rey pueda estar ante la posibilidad de que su propia carne y su sangre lo depongan, sería estúpido si no salvase a un heredero. Creo que Monaeses está aquí como un espía parto. Además, es muy orgulloso y altivo. No puedo creer que le entusiasme reinar sobre un puñado de árabes del desierto.

—Gerrae! —exclamó Antonio, poco impresionado con esta información—. Creo que Monaeses es un buen hombre, y te apuesto lo que quieras a que tengo razón. ¿Un millar de denarios?

—¡Hecho! —dijo Fonteio.

La principal razón por la que Cleopatra se había tomado su tiempo para viajar a Antioquía no tenía nada que ver con buscar a un regente o a un consejo; aquella alternativa siempre estaba preparada. Quería tiempo para pensar y tiempo para llegar en el momento adecuado. Ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. ¿Qué iba a pedir cuando llegase a Antioquía? Aquella llamada había venido de un hombre muy diferente a Quinto Delio; Fonteio era un aristócrata y estaba dedicado a Antonio; no estaba en esto por dinero. Demasiado sofisticado para ser pillado, y sin embargo transmitía la impresión de estar asustado; no, preocupado. ¡Eso era, preocupado! Aunque la vida durante los últimos cuatro años había pasado sin incidentes, el faraón no había relajado su vigilancia ni un ápice. Sus agentes en Oriente y Occidente informaban con regularidad; había muy poco que ella no supiese, incluido quién esperaba conseguir qué de Antonio cuando llegase el momento de tomar sus disposiciones. En el momento en que Fonteio dijo que Antonio ya estaba en Antioquía comprendió por qué desea que estuviese allí a toda prisa: pretendía tener a la reina Egipto al pie de su estrado junto con un montón de sucios campesinos y no recibir nada. Sólo quería estar allí como una confirmación de que Egipto también estaba debajo del paraguas romano. A la sombra.

La furia la dominó. Se estremeció de ira, apenas si podía respirar. «¿Me quiere allí para ser testigo de sus actos de señor? Bueno, por Serapis, no lo haré. Que me mate si quiere, pero no lo haré. ¿Ver cómo nombra a este palurdo rey y a aquel patán príncipe? ¡Nunca! ¡Nunca, nunca, nunca! Cuando llegue a Antioquía, Marco Antonio, te pediré más de lo que puedes darme. Pero ¡me lo darás, tengas poder o no de dármelo! Fonteio está preocupado por ti, por lo tanto has desarrollado un punto débil lo bastante peligroso para hacer que Fonteio crea que te pone en peligro.»

A medida que transcurrían finales de noviembre, la reina ya sabía todas las disposiciones de Antonio en Antioquía. Parecían lógicas, sensatas, incluso

previsoras. Excepto, claro está, su última decisión: hacer a Monases el Parto el nuevo rey de los árabes esquenitas. «¡Antonio, Antonio, Antonio, tonto! ¡Idiota! No importa si el hombre es un verdadero refugiado del hacha de su tío, nunca hagas a un ariano arsácida rey de ningún árabe. Está por debajo de él. Es un insulto. Un insulto mortal. Si resulta que es un agente del tío Fraates, lo reforzará en su enemistad. Puedes gobernar Oriente, pero eres de Occidente. No sabes ni por dónde empezar a comprender a los orientales, cómo sienten, cómo piensan.»

Decidió que no se podía permitir una guerra con los partos. ¿Sólo tenía que averiguar cómo convencer a Antonio de eso? No iba a Antioquía por ninguna otra razón. Roma era una amenaza para su trono, pero si ganaban los partos, lo perdería, y Cesarión sufriría el mismo destino que todos los jóvenes prometedores: la ejecución. Antonio estaba removiendo un avispero.

En esa época del año tendría que viajar por tierra, un complicado proceso porque Egipto debía asombrar a los pueblos de todas las tierras por las que ella y Cesarión atravesasen. Pesados carretones de suministros y parafernalia real, un millar de soldados de la guardia real, carros de mulas, caballos y, Para la reina, su litera con los portadores negros. Un mes en la hetera; saldría en las nonas de diciembre, ni un día antes.

En todo este proceso, Marco Antonio el hombre, el amante, nunca apareció en los pensamientos superficiales de Cleopatra, demasiado ocupada en urdir complots y tramas para conseguir lo que quería y cómo conseguirlo. En algún lugar muy profundo tenía algunos vagos recuerdos de que él había sido una agradable diversión, pero, al final, un tanto aburrido; nunca había llegado a amarlo. Lo había descartado como un medio: se había quedado embarazada, el Nilo había inundado las tierras, Cesarión tenía una hermana para casarse y un hermano para darle apoyo. En esa etapa, todo lo que Antonio podía darle era poder, algo que ella necesitaba arrebatarle al menos un poco. Una tarea muy difícil para Cleopatra.

IV

LA REINA DE LAS BESTIAS

Del 36 al 33 a. J. C.

XV

Cleopatra y Cesarión entraron en Antioquía en las nonas de enero y atrapados por las garras de un invierno especialmente duro. Con la doble corona y en su litera, la reina iba sentada como la muñeca que había visto

Fonteio: el rostro pintado, con un vestido de lino blanco plisado, el cuello, los brazos, los hombros, la cintura y los pies resplandecientes debido al oro y las joyas. Con la versión militar de la doble corona, Cesarión montaba un brioso caballo rojo —por ser el rojo el color de Montu, el dios de la guerra—, el rostro pintado de rojo, su cuerpo cubierto con la armadura faraónica egipcia de lino y escamas doradas. Las túnicas rojas, las armaduras plateadas de los mil guardias reales, el resplandor de los caballos enjaezados de los oficiales y los burócratas y la litera real, con Cesarión cabalgando a un lado, ofrecían a Antioquía un desfile que no veía desde que Tigranes fue proclamado rey de Siria.

Antonio había estado ocupado con algún propósito. Consciente de la verdad de la opinión de Fonteio de que el palacio del gobernador había sido una caravanera, había demolido varias manzanas de edificios cercanos y construido un anexo que consideró adecuado para albergar a la reina de Egipto.

—No es un palacio alejandrino —comentó mientras escoltaba a Cleopatra y a su hijo por las habitaciones—, pero es mucho más comfortable que la vieja residencia.

Cesarión estaba que se salía de gozo, y sólo lamentaba haber crecido tanto que ya no podía cabalgar en el muslo de Antonio. Se obligó a sí mismo a no saltar, y caminaba con solemnidad e intentaba mostrarse regio. No era difícil, debajo de toda aquella odiosa pintura.

—Espero que haya un baño —dijo.

—Preparado y esperándote, joven César —respondió Antojo con una sonrisa.

Los tres no volvieron a encontrarse hasta media tarde, cuando Antonio sirvió una cena en el triclinium tan nuevo que aún olía a yeso y a los diversos pigmentos utilizados para adornar las tristes paredes con frescos de Alejandro Magno y sus generales más cercanos todos montados en airosos corceles. Dado que hacía mucho frío para abrir las persianas, quemaban incienso para disimular el olor. Cleopatra era demasiado cortés y distante para hacer comentarios, pero Cesarión no se sentía coartado.

—Este lugar apesta —dijo mientras se subía a un diván.

—Sí, es insoportable, podemos volver al viejo palacio.

—No, en unos minutos no lo notaréis, y los humos habrán perdido su capacidad para envenenar. —Cesarión se rio—. Catulo César se suicidó encerrándose en una habitación acabada de enyesar con una docena de braseros y todas las aberturas cerradas para impedir la entrada del aire. Era el

primo hermano de mi bisabuelo.

—Has estado estudiando historia romana.

—Por supuesto.

—¿Qué hay de la historia de Egipto?

—Hasta los registros orales, antes de los jeroglíficos.

—Cha'em es su tutor —dijo Cleopatra, que habló por primera vez—. Cesarión será un rey con una educación superior al resto.

Este intercambio marcó el tenor de la cena; Cesarión habló de continuo, su madre hizo algún comentario ocasional para reafirmar algunas de sus declaraciones y Antonio permaneció en el diván y fingió escuchar cuando no respondía a una de las preguntas de Cesarión. Aunque apreciaba al chico, vio la verdad de la observación de Fonteio; Cleopatra no le había dado a Cesarión ningún sentido real de sus limitaciones, y se sentía lo bastante seguro como para participar como un adulto en todas las conversaciones. Eso se podía tolerar, de no haber sido por el hábito de interrumpir. Su padre tendría que haberle puesto fin a esa conducta. ¡Antonio lo recordaba muy bien cuando había tenido la edad de Cesarión! En cambio, Cleopatra era una madre complaciente enfrentada a un hijo imperioso y con una fuerte voluntad. Nada bueno.

Cuando hubieron acabado de comer los postres, Antonio intervino.

—Es hora de marcharse, joven Cesarión —dijo, sin más—. Quiero hablar con tu madre en privado.

El muchacho lo miró con la boca abierta para protestar, entonces vio la chispa roja en los ojos de Antonio. Su resistencia se hundió como una vejiga pinchada. Un encogimiento de hombros en señal de resignación, y se marchó.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Cleopatra, aliviada.

—Hablé y actué como un padre. Le das mucha cuerda al muchacho, Cleopatra, y no te lo agradecerá más adelante.

Ella no respondió, demasiado ocupada en tratar de evaluar a aquel particular Marco Antonio. No parecía envejecer como los otros hombres, ni tampoco mostraba ninguna señal exterior de dispersión. Su vientre era plano, los músculos de sus brazos por encima de los codos no mostraban ningún indicio de flacidez de la mediana edad y su cabello era tan castaño como siempre, sin una cana. Los cambios estaban en sus ojos, los ojos de un hombre preocupado. ¿Qué le preocupaba? Llevaría algún tiempo averiguarlo.

¿Era Octavio el responsable? Desde Filipos había tenido que enfrentarse con Octavio en una guerra que no era una guerra. Un duelo de ingenio y

voluntades, que se libraba sin desenvainar una espada o sin intercambiar golpes. Tenía claro que Sexto Pompeyo era su mejor arma, pero cuando llegó la oportunidad perfecta para unirse con Sexto y llevar a sus propios generales Pollio y Ventidio no lo había aprovechado. En aquel momento podría haber aplastado a Octavio. Ahora nunca lo haría, y comenzaba a comprenderlo. Mientras había creído que había una oportunidad para aplastar a Octavio, permaneció en Occidente. Que estuviera allí, en Antioquía, significaba que había renunciado a la lucha. Fonteio lo vio, pero ¿cómo? ¿Antonio había confiado en él?

—Te he echado de menos —declaró Antonio.

—¿Lo has hecho? —replicó ella como si no estuviese muy interesada.

—Sí, muchísimo. Es curioso. Siempre creí que echar de menos a una persona era algo que se curaba a medida que pasaba el tiempo, pero mi anhelo ha empeorado. No podía esperar mucho más para verte.

Una táctica femenina.

—¿Cómo está tu esposa?

—¿Octavia? Dulce como siempre. La persona más encantadora.

—No deberías decir eso de una mujer a otra mujer.

—¿Por qué no? ¿Desde cuándo Marco Antonio ha estado enamorado de la virtud, la bondad o la generosidad en una mujer?, siento compasión por ella.

—Eso significa que crees que está enamorada de ti.

—No tengo ninguna duda. No pasa un día sin que ella me diga que me quiere, en una carta, si no estamos juntos. Tengo todo un casillero lleno de cartas, aquí en Antioquía. —Hizo una mueca grotesca—. Me cuenta cómo están los niños, qué hace su hermano Octavio, por lo menos hasta donde sabe, y todo lo que ella cree que me parece divertido. Aunque nunca menciona a Livia Drusilia. No aprueba la conducta de la mujer de Octavio hacia la hija que tuvo con Escribonia.

—¿Livia Drusilia ya ha dado a luz a un hijo? No tengo noticias.

—No. Es estéril como el desierto de Libia.

—Entonces quizá la falta es de Octavio.

—¡No me importa de quién es la falta! —exclamó él, tajante.

—Deberías, Antonio.

En respuesta, se acercó a su diván y la atrajo hacia él.

—Quiero hacerte el amor.

¡Ah, ella había olvidado su olor, cómo la estimulaba! El beso fue puro como el sol, libre del más leve aroma oriental. Bueno, él comía las comidas de su propia gente y no había sucumbido a los cardamomos y a las canelas tan preferidas en Oriente. Por lo tanto, su piel no olía con los aceites residuales.

Una mirada a su alrededor le dijo que los sirvientes se habían marchado y que nadie, ni siquiera Cesarión, podría atravesarlas puertas. Su mano cubrió el dorso de la suya y se la acercó a un pecho, más lleno desde el nacimiento de los mellizos.

—Yo también te he echado de menos —mintió, y sintió cómo el deseo aumentaba y se extendía dentro de ella. Sí, la había complacido como amante, y Cesarión se beneficiaría de un segundo hermano. «¡Amón-Ra, Isis, Hator, dadme un hijo. Tengo treinta y tres años, no soy lo bastante mayor como para que el nacimiento sea un peligro para un Ptolomeo!»—. Yo también te he echado de menos —volvió a decir ella en un susurro—. ¡Oh, esto es precioso!

Vulnerable, consumido por las dudas, inseguro de cuál sería su futuro en Roma, Antonio estaba preparado para caer las manos de Cleopatra, y cayó por propia voluntad en la palma de su mano. Había alcanzado una edad que se veía en la desesperada necesidad de algo más que el puro sexo en una mujer; ansiaba una compañera de verdad, y no la podía encontrar entre sus amigas, amantes o, sobre todo, en su esposa romana. Esta reina entre las mujeres —por cierto, este los hombres— era su igual en todos los sentidos: poder, y ambición la calaban hasta la médula.

Ella, consciente de todo eso, se tomaba su tiempo para obtener sus necesidades, que no eran de la carne y el espíritu. Cayo Fonteio, Poplicola, Sosio, Tito y el joven Marco Emilio Escauro estaban en Antioquía, pero ese nuevo Marco Antonio apenas si se fijó en ellos más de lo que lo hizo en Gneo Domitio Ahenobarbo cuando se presentó, su gobernación de Bitinia demasiado lejos de los entresijos para un hombre tan entremetido. Cleopatra siempre le había caído mal, y lo que vio en Antioquía sólo reforzó su desagrado. Antonio era su esclavo.

—No como un hijo con su madre —le comentó Ahenobarbo a Fonteio, en quien intuyó un aliado—, sino como un perro con su amo.

—Lo superará —señaló Fonteio, seguro de que Antonio lo haría—. Está más cerca de los cincuenta, ha sido cónsul, imperator, triunviro, todo excepto el indisputado Primer Hombre de Roma. Desde su desperdiciada juventud con Curio y Clodio ha sido un mujeriego, sin dar nunca su esencia a una mujer. Ahora eso ya ha pasado, y, por ese motivo, ahí está Cleopatra. ¡Afróntalo, Ahenobarbo! Ella es la mujer más poderosa del mundo, y fabulosamente rica. Ha de poseerla y conservarla contra viento y marea.

—Cacat! —replicó él intolerante—. ¡Ella lo guía, no él a ella! ¡Se está volviendo tan blando como un pastel esponjoso!

—Una vez que salga de Antioquía y esté en el campo de batalla, el viejo Marco Antonio volverá —manifestó Fonteio, seguro de estar en lo cierto.

Para gran sorpresa de Cleopatra, cuando Antonio le dijo a Cesarión que era hora de marchar a Alejandría para gobernar como rey y faraón, el chico se marchó sin un murmullo de protesta. No había pasado tanto tiempo con Antonio como había deseado, pero había conseguido salir de Antioquía varias veces, en una de las cuales pasó todo un día dedicado a cazar lobos y leones, que hibernaban en Siria antes de regresar a las estepas de Escitia. Tampoco se había dejado engañar.

—No soy un idiota, sabes —le dijo a Antonio después de abatir su primera pieza, un león macho.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Antonio, sorprendido.

—Éste es un país poblado, demasiado para que haya leones. Lo has traído aquí desde las regiones selváticas para que pudiéramos cazarlo.

—Eres un monstruo, Cesarión.

—¿Gorgona o cíclope?

—Una raza nueva.

Las últimas palabras que le dijo Antonio antes de marchar a Egipto fueron más serias.

—Cuando tu madre regrese, asegúrate de ocuparte mejor de ella. Ahora mismo tú te impones a sus opiniones y deseos. Ése es el padre que está en ti. Pero de lo que careces es de su percepción de la realidad, que él comprendía que era algo más allá de su propio ser. Cultiva esa cualidad, joven César, y, cuando crezcas, nada te detendrá.

«Y yo —pensó Antonio— seré demasiado viejo para que me importe lo que haces con tu vida. Aunque he sido más que un padre para ti de lo que he sido para mis propios hijos. Claro que tu madre me importa muchísimo, y tú eres el centro de su mundo.»

Ella esperó cinco nundinae para atacar. Para entonces, casi todos los nuevos reyes y potentados habían visitado Antioquía para presentar sus respetos a Antonio. Ella no. ¿Quién era ella, excepto otro rey cliente? Amintas, Polemón, Pitodoro, Tarcondimoto, Arquelao Sisenos y, por supuesto, Herodes. ¡Tan pagado de sí mismo!

Ella comenzó con Herodes.

—No me ha pagado el dinero que me debe, ni mi parte de las ganancias del bálsamo —se quejó a Antonio.

—No sabía que te debiese dinero o los beneficios del bálsamo.

—¡Claro que sí! Le presté cien talentos para que llevase su caso a Roma. El bálsamo era parte del pago.

—Se lo recordaré por carta mañana.

—¡Recordarle, nada! No se ha olvidado; sencillamente no pretende hacer honor a sus deudas. Aunque hay una manera de forzar el pago.

—¿De verdad? ¿Cuál? —preguntó Antonio con desconfianza.

—Cédeme a mí los jardines de bálsamo de Jericó y los yacimientos de bitumen en el Palus Asphaltites. Limpio y claro, todo mío.

—¡Por Júpiter! ¡Eso equivale a la mitad de las ganancias de todo el reino de Herodes! Déjalos a él y al bálsamo en paz, amor mío.

—¡No, no lo haré! No necesito el dinero y él sí, eso es verdad, pero no se merece que lo dejen en paz. ¡Es un gusano rechoncho!

Un pensamiento momentáneo provocó su diversión; los ojos de Antonio comenzaron a brillar.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras, mi pequeño gorrión?

—La absoluta soberanía sobre Chipre, que siempre perteneció a Egipto hasta que Catón lo anexó a Roma. Cyrenaica, otra posesión egipcia robada por Roma. Cilicia Tracheia. La costa siria hasta el río Eleutero ha sido casi siempre egipcia. Calcis. De hecho, todo el extremo sur de la Siria egipcia me vendría muy bien, así que lo mejor que puedes hacer sería cederme toda Judea. Creta no me vendría mal. También Rodas.

Él la miró boquiabierto y con los pequeños ojos como platos, sin saber muy bien si reírse o rugir de furia.

—Bromeas —acabó por decir.

—¿Bromeo? ¿Bromeo? ¿Quiénes son tus nuevos aliados, Antonio? ¡Tus aliados, no Roma! Le has dado la mayor parte de Anatolia y una buena parte de Siria a un grupo de rufianes traidores y bergantes. ¡De hecho, Tarcondimoto es un bergante! ¡Le has dado las Puertas Sirias y todo el Amanus! Le has regalado al hijo de tu amante la Capadocia y entregado Galacia a un vulgar escribiente. ¡Has entregado a tu hija con una doble dosis de sangre juliana a un gordo usurero griego asiático! ¡Has puesto a un liberto a gobernar Chipre! ¡Oh, cuánta gloria has desparramado a lo largo y a lo ancho a tan maravilloso grupo de aliados! —Ella estaba montando en cólera con una precisión

magistral; los ojos habían adquirido el resplandor fiero de un gato, los labios entreabiertos, el rostro, una máscara de puro veneno—. ¿Dónde está Egipto en todas estas brillantes disposiciones? —siseó—. ¡La has pasado por alto! ¡Ni siquiera la has mencionado! ¡Cómo se debe de estar riendo Tarcondimoto! En cuanto a Herodes, ese sapo repugnante, ese rapaz hijo de una pareja de nulidades.

¿Qué se había hecho de su cólera? ¿Dónde estaba su fiel herramienta, el martillo con el que había aplastado las pretensiones de oponentes más poderosos que Cleopatra? Ni una chispa del viejo fuego calentaba sus venas, convertidas en hielo bajo su mirada de Medusa. Confuso y asombrado como estaba, aún conservaba un poco de su astucia.

—¡Me hieres hasta la médula! —jadeó él, y agitó las manos como alguien que se ahoga—. No pretendía insultarte.

Ella permitió que su aparente furia se calmase, pero no con piedad.

—Oh, sé lo que debo hacer para conseguir los territorios que he pedido —continuó ella con un tono normal—. Tus paniaguados han conseguido sus tierras gratis, pero Egipto tiene Pagar. ¿Cuántos talentos de oro vale Cilicia Tracheia? El bálsamo y el bitumen son deudas, me niego a pagar por ellas.

Pero ¿Caléis? ¿Fenicia? ¿Filistea? ¿Chipre? ¿Cyrenaica? ¿Creta? ¿Rodas? ¿Judea? Las bóvedas de mi tesoro están a rebosar querido Antonio, como bien sabes. Ésa ha sido tu intención desde el primer momento, ¿no es así? ¡Hacer que Egipto pague miles sobre miles de talentos de oro por cada plethron de tierra! ¡Lo que otros paniaguados menos merecedores han recibido a cambio de nada, Egipto lo tendrá que comprar! ¡Eres un hipócrita! ¡Un miserable y mezquino intrigante!

Él se vino abajo y lloró, siempre una buena herramienta política.

—¡Oh, deja de llorar! —exclamó ella, y le arrojó una servilleta como un plutócrata podría arrojarle una moneda a alguien que acaba de hacerle un enorme servicio—. ¡Sécate los ojos! Es hora de ponerse a negociar.

—No creía que Egipto deseara más territorios —dijo Antonio, carente de cualquier argumento razonable.

—¿De verdad? ¿Qué te ha llevado a esa suposición?

El dolor estaba comenzando: ella no lo amaba en absoluto.

—Egipto es tan autónomo. —La miró con lágrimas en los ojos. «Piensa, Antonio, piensa»—. ¿Qué harías con Cilicia Tracheia? ¿Creta? ¿Rodas? ¿Incluso Cyrenaica? Gobiernas una tierra que tiene grandes dificultades para mantener un ejército que defienda sus propias fronteras. —Hablar contuvo sus lágrimas, lo ayudó a encontrar cierta compostura. Pero no su autoestima,

perdida para siempre.

—Añadiré esas tierras al reino que heredará mi hijo, las usaré como su campo de entrenamiento. Las leyes de Egipto están escritas en piedra, pero en otros lugares claman por tener las manos de un sabio gobernante, y Cesarión será el más sabio de los sabios.

¿Cómo responder a eso?

—Chipre lo comprendo, Cleopatra. Tienes toda la razón. Siempre ha pertenecido a Egipto. César te la dio de nuevo, pero cuando él murió volvió a Roma. Me sentiré feliz cediéndote Chipre. En realidad, tenía la intención de hacerlo. ¿No has visto que lo retuve de todas mis otras concesiones?

—Muy amable de tu parte —replicó ella con tono cáustico—. ¿Qué pasa con Cyrenaica?

—Cyrenaica es parte del suministro de trigo de Roma. Ni hablar.

—Rehúso regresar a casa con menos que tus alcahuetes y serviles.

—No son alcahuetes ni serviles, son hombres decentes.

—¿Qué pides por Fenicia y Filistea?

¡Vaya con la codiciosa meretriz! Una vez que había comprendido que sus cuarenta mil talentos de plata del botín de Sexto Pompeyo tardarían años en llegar se había inquietado. Mientras que allí tenía a la reina de Egipto, preparada y capaz de pagar. Ella no lo amaba ni un ápice; ¡qué pena! Pero ella podía darle aquel espléndido ejército en ese momento. Bien, ahora se sentía un poco mejor, al menos de la cabeza.

—Hablemos de los pagos. Tú quieres la completa soberanía y todos los beneficios. A lo largo del tiempo, cien mil talentos de oro cada una. Pero aceptaré el uno por ciento como anticipo. Mil talentos de oro por Fenicia, Filistea, Cilicia Pedía, Calcis, Mesa, el río Eleutero y Chipre. No entran Creta, Cyrenaica o Judea. El bálsamo y el bitumen, gratis.

—Un total de siete mil talentos de oro. —Ella se desperezó y soltó un suave ronroneo—. Trato hecho, Antonio.

—Quiero los siete mil ahora, Cleopatra. —A cambio de los títulos oficiales, firmados y sellados por ti en tu función como triunviro a cargo de Oriente.

—Cuando tenga el oro y lo haya contado, tendrás tus títulos. Con el sello de Roma, además de mi sello de triunviro, incluso pondré mi sello personal.

—Eso es satisfactorio. Enviaré un correo rápido a Mentís por la mañana. —¿Mentís?

—Es más rápido, créeme.

Esto los dejó sin más ideas de qué hacer a continuación. Ella había venido a conseguir lo que pudiese, y había conseguido más de lo que esperaba; él había necesitado de su fuerza y guía con desesperación y no había conseguido nada. El vínculo físico era frágil; el mental, inexistente. Pasó un largo momento mientras se miraban el uno al otro sin encontrar nada más que decir. Entonces, Antonio suspiró.

—No me amas en absoluto. Has venido a Antioquía como cualquier otra mujer a comprar.

—Es verdad que he venido a conseguir la parte del botín que le toca a Cesarión —respondió, sus ojos ahora lo bastante humanos para parecer un poco tristes—. Sin embargo, debo amarte. Si no lo hiciera, hubiese continuado con mi tarea de manera diferente. No lo ves, pero te he perdonado.

—¡Los dioses me preserven de una Cleopatra que no me haya perdonado!

—Oh, lloras, y eso significa para ti que te he emasculado, nadie puede emascularte, Antonio, excepto tú mismo. Hasta que Cesarión crezca (como mínimo diez años más).

Egipto necesita un consorte, y sólo tengo un nombre en mi mente: Marco Antonio. No eres débil, pero careces de objetivos. Lo veo con tanta claridad como Fonteio debió de verlo.

Marco Antonio frunció el entrecejo.

—¿Fonteio? ¿Habéis estado comparando notas?

—No, en absoluto. Sólo intuí que estaba preocupado por ti. Ahora veo por qué. Veo que no amas Roma como lo hizo César, y tu rival en Roma es veinte años más joven que tú. A menos que lo maten, debe de vivir más que tú, y no veo a Octavio muriendo joven, a pesar del asma. ¿Asesinato? Una respuesta ideal, si se pudiera hacer, pero no se puede. Entre Agripa y los guardias germanos es invulnerable. ¿Octavio despedir a sus lictores como hizo César? ¿No? Ni siquiera si le ofrecen a Sexto Pompeyo en una bandeja de oro. Si fueses mayor, te sería más fácil para ti, pero veinte años no son suficientes, aunque parezcan demasiados. Octavio hará veintiséis este año. Mis agentes me dicen que es más hombre ahora que se le ha pasado el rubor de la juventud. Tú tienes cuarenta y seis y yo he cumplido treinta y dos. Tú y yo estamos mejor emparejados por la edad, y haré que Egipto recupere su viejo poder. A diferencia del reino de los partos, Egipto pertenece a tu Mare Nostrum. Contigo como mi consorte, Antonio, piensa en lo que podríamos hacer en los próximos diez años.

¿Lo que ella proponía era factible? No era romano, pero Roma estaba

escapándose de su mano, hilillos de humo en el perfumado aire oriental. Sí, él estaba confuso, pero no tanto como para no comprender lo que ella le proponía y cuáles eran los problemas. Estaba perdiendo el poder sobre sus partidarios en Roma: Pollio se había marchado, y Ventidio, Salustio y todos los grandes generales, excepto Ahenobarbo. ¿Durante cuánto tiempo más podría contar con sus setecientos clientes-senadores, a menos que hiciese largas visitas a Roma a intervalos frecuentes? ¿Valía la pena el esfuerzo? ¿Podía aceptar más esfuerzos cuando Cleopatra no lo amaba? Como era un hombre poco racional, no podía entender lo que ella le había hecho; sólo que la amaba. Desde el día que ella había llegado a Antioquía, estaba derrotado, y ése era un misterio que superaba su capacidad para resolverlo.

Ella hablaba de nuevo.

—Con Sexto Pompeyo por derrotar, pasarán algunos años antes de que Octavio y Roma estén en condiciones de mirar lo que está pasando en Oriente. El Senado no es más que un grupo de viejas gallinas cluecas, impotentes de arrebatarse el gobierno a Octavio, o a ti; a Lépido no lo tomo en cuenta.

Ella se levantó de su diván y fue a tenderse junto a él, su mejilla apoyada en uno de sus musculosos antebrazos.

—No estoy abogando por la sedición, Antonio —dijo con una voz suave y almibarada—. Ni por asomo. Lo único que digo es que, en concierto conmigo, podrás hacer de Oriente un lugar mejor y más fuerte. ¿Cómo puede ser eso injurioso para Roma? ¿Cómo puede disminuir a Roma? Todo lo contrario. Por ejemplo, evitará la aparición de otro Mitrídates o Tigranes.

—Sería tu consorte en un abrir y cerrar de ojos, Cleopatra, si de verdad creyese que algo de todo esto era por mí. ¿Hasta la última mota ha de ser para Cesarión? —preguntó con la boca contra su hombro—. Por fin he llegado a comprender que, antes de morir, quiero estar solo como un coloso al pleno resplandor del sol. ¡Sin sombras de ninguna clase! Sin la sombra de Roma, ni la sombra de Cesarión. Quiero acabar mi vida como Marco Antonio, ni romano ni egipcio. Quiero ser alguien verdaderamente singular. Quiero ser Antonio Magno. Tú no me lo ofreces.

—¡Sí que te ofrezco la grandeza! No puedes ser egipcio, eso por descontado. Si eres romano sólo tú puedes quitártelo. Es sólo una piel que se quita con la misma facilidad que una serpiente quita la suya. —Su boca rozó un costado de su rostro—. ¡Antonio, lo comprendo! Ansias ser más grande que Julio César, y eso significa conquistar nuevos mundos. Pero con los partos estás mirando al mundo equivocado. Vuelve tu cabeza hacia el oeste, no vayas más lejos hacia el este. César nunca conquistó en realidad Roma, sucumbió ante Roma. Antonio puede ganarse el nombre de Magno sólo con la conquista de Roma.

Aquéel no fue más que el primer asalto de una incesante batalla que duró hasta marzo, primavera en Antioquía. Una lucha titánica librada en la oscuridad de sus emociones mezcladas, en el silencio de sus dudas y desconfianzas no dichas. El secreto era urgente y completo: si Ahenobarbo, Poplicola, Fonteio, Furnio, Sosio o cualquier otro romano en Antioquía hubiese adivinado que Antonio estaba vendiendo para siempre y sin tributo lo que pertenecía a Roma a perpetuidad y sólo era alquilado a los clientes-reyes a cambio de tributos, entonces hubiese habido una convulsión tan grande que Antonio quizá se hubiese visto encadenado y enviado de regreso a Roma. Los textorios recibidos por Cleopatra tenían que parecer cedidos sin segundas hasta que el poder de Antonio fuese mucho más fuerte. De forma tal que lo que era de conocimiento público de una manera, sólo era conocido para Antonio y Cleopatra de otra. Para sus compañeros romanos tenían que parecer como simples cesiones para conseguir el oro destinado a financiar su ejército. Una vez que fuese invencible en Oriente ya no importaría que se supiese. Había intentado convencer a César que se hiciese rey de Roma, y había fracasado. Antonio era mucho más maleable, sobre todo en su actual estado mental. Oriente ansiaba un rey fuerte. ¿Quién mejor que un romano, formado en las leyes y el gobierno y no dado a los caprichos o a las locuras asesinas? Antonio Magno convertiría Oriente en algo formidable capaz de enfrentarse a Roma por la supremacía mundial. Ése era el sueño de Cleopatra, muy consciente de que aún tenía un largo camino por recorrer, y más todavía antes de que pudiese aplastar a Antonio Magno en favor de Cesarión, Rey de Reyes.

Antonio consiguió engañar a sus colegas. Ahenobarbo y Poplicola fueron testigos de los documentos de Cleopatra, pero sin leer su contenido, y se burlaron de su ingenuidad. ¡Tanto oro!

Pero el peor conflicto de Antonio no se lo confió a nadie. La reina se oponía férreamente a su campaña parta, y se quejaba de que su oro sirviese para financiarla. Temía ver al ejército reducido por los ataques partos, temía ver a su ejército demasiado debilitado para hacer lo que ella pretendía hacer: ir a la guerra contra Roma y Octavio. Unos planes que sólo había revelado a Antonio en parte, pero que estaban siempre presentes en su mente. Cesarión debía reinar el mundo de César, además de Egipto y Oriente, y nada, incluido Marco Antonio, iba a impedirlo. Para horror de Antonio, se enteró de que Cleopatra tenía la intención de marchar con él a la campaña, y esperaba tener voz y voto en los consejos de guerra. Canidio lo esperaba en Carana, después de un exitoso golpe en el norte, en el Cáucaso, y ella miraba con ansia encontrarse con él, y no dejaba de repetirlo. Por mucho que lo intentó, Antonio no pudo convencerla de que no sería bien recibida, que sus legados no la tolerarían.

Así pues, en el espacio de un nundinum se libró de los hombres que,

probablemente, se rebelarían contra su presencia. Envió a Poplicola a Roma para animar a sus setecientos senadores y a Furnio a gobernar la provincia de Asia. Ahenobarbo fue de nuevo a gobernar Bitinia y Sosio debía continuar en Siria. Entonces, el más natural e inevitable de los acontecimientos lo salvó: un embarazo. Aliviado a más no poder, pudo decirle a sus legados que la reina viajaba con las legiones sólo hasta Zeugma, en el Éufrates, y de allí regresaría a Egipto.

Admirados y divertidos, los legados asumieron que el amor de la reina por Antonio era tan grande que apenas si podía soportar verse alejada de él.

En esas circunstancias, una satisfecha Cleopatra le dio un beso de despedida a Marco Antonio en Zeugma al comenzar el largo viaje por tierra a Egipto; aunque podía haber navegado, tenía una razón para no hacerlo: Herodes, el rey de los judíos. Cuando se enteró de la pérdida del bálsamo y el bitumen, había acudido a todo galope desde Jerusalén hasta Antioquía. Nada más ver a Cleopatra sentada junto a Antonio en la sala de audiencias, se dio media vuelta y regresó a casa. Una acción que enseñó a Cleopatra que Herodes prefería esperar hasta conseguir ver a Antonio a solas. También significaba que Herodes había visto aquello que no habían visto los romanos: que ella dominaba al triunviro al mando en Oriente, como una arcilla en sus manos ocupadas y entremetidas.

Sin embargo, pese sus sentimientos privados, Herodes no tuvo más elección que darle la bienvenida a la reina de Egipto a su capital y albergarla con todo lujo en su nuevo palacio, un magnífico edificio.

—La verdad es que veo edificios nuevos que se levantan por todas partes —le comentó Cleopatra a su anfitrión durante la cena, mientras pensaba que la comida era espantosa y que la reina Mariamne era fea y aburrida. Pero, sin embargo, era fecunda, ya que tenía dos hijos—. Uno se parece sospechosamente a una fortaleza.

—Oh, eso es una fortaleza —dijo Herodes, imperturbable—. La llamaré Antonia en honor a nuestro triunviro. También estoy construyendo un nuevo templo.

—También he escuchado decir que hay algunas nuevas estructuras en Masada.

—Fue un cruel exilio para mi familia, pero un lugar muy conveniente. Estoy construyendo nuevas casas, más graneros, depósitos de alimentación y cisternas de agua.

—Es una pena que no lo pueda ver. La carretera de la costa es más cómoda.

—Sobre todo para una dama embarazada. —Le hizo un gesto a Mariamne, que se levantó y se marchó en el acto.

—Tienes un ojo muy agudo, Herodes.

—Y tú un insaciable apetito de territorios, según los informes de Antioquía. ¡Cilicia Tracheia! ¿Para qué quieres ese rocoso trozo de costa?

—Entre otras cosas, para devolverle Olbia a la reina Aba y a la dinastía de los Teucro. Sin embargo, no recibí la ciudad.

—Cilicia Seleucia es demasiado importante estratégicamente para los romanos, mi querida y ambiciosa reina. De paso, no puedes disponer de mis ingresos por el bálsamo y el bitumen. Los necesito mucho.

—Ya tengo el bálsamo y el bitumen, Herodes, y aquí —añadió, y sacó un papel del bolso de redecilla de oro con recamado de joyas— están las indicaciones de Marco Antonio que te ordenan recoger los beneficios en mi nombre.

—¡Antonio no puede hacerme esto a mí! —gritó Herodes mientras leía.

—Antonio puede y lo ha hecho. Aunque fue mi idea que tú te encargases del cobro. Tendrías que pagar tus deudas, Herodes.

—Yo duraré más que tú, Cleopatra.

—Tonterías. Eres demasiado codicioso y demasiado gordo. Los gordos mueren antes.

—¿Con eso quieres decir que las mujeres esqueléticas viven para siempre? No en tu caso, reina. Mi codicia no es nada comparada con la tuya. No estarás contenta con menos de todo el mundo. Pero Antonio no es el hombre que lo conseguirá para ti. Está perdiendo el control sobre la parte del mundo que ya tiene, ¿no lo has visto?

—¡Bah! Si te refieres a su campaña contra el rey de los partos, eso es algo que sólo necesita sacarse de dentro antes de que dedique sus energías hacia objetivos más accesibles.

—¡Objetivos que tú has inventado para él!

—¡Tonterías! Él es muy capaz de verlo por sí mismo.

Herodes se echó hacia atrás en su diván y entrelazó los gordos dedos enjorados sobre la barriga.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando lo que creo que estás planeando?

Los ojos dorados se abrieron como platos, lo miraron con ingenuidad.

—¡Herodes! ¿Yo urdiendo complots? A veces tu imaginación se desborda.

Lo próximo que harás será delirar. ¿Qué complots podría preparar?

—Con Antonio con un anillo en la nariz y con un gran número de legiones detrás, mi querida Cleopatra, creo que lo que intentas es derrocar Roma en favor de Egipto. ¿Qué mejor momento para atacar mientras Octavio es débil y las provincias occidentales necesitan a sus mejores hombres? No hay límite para tus ambiciones, para tus deseos. Lo que me sorprende es que nadie parezca despertar a tus designios excepto yo. ¡Pobre Antonio cuando lo haga!

—Si eres prudente, Herodes, te guardarás tus pensamientos para ti, y no dejarás que lleguen a la punta de tu lengua. Son una locura sin ninguna base.

—Dame el bálsamo y el bitumen, y guardaré silencio.

Ella se levantó del diván y se puso las chinelas.

—¡No te daré ni el olor de un trapo sucio, ser abominable!

Y se marchó, sus prendas haciendo ruidos sibilantes como suaves voces que susurran hechizos.

XVI

Al día siguiente en que Cleopatra dejó Zeugma con rumbo a Egipto, Ahenobarbo se presentó feliz y sin disculparse.

—Se supone que tendrías que estar camino de Bitinia —le dijo Antonio con expresión insatisfecha y sintiéndose muy alegre.

—Ése fue tu plan para librarte de mí cuando tú pensabas que la arpía egipcia iba a ir de campaña contigo. Ningún hombre romano toleraría eso, Antonio, y me sorprende que creyeras que yo podría; a menos que hubieses renunciado del todo a ser un hombre romano.

—No, no lo he hecho —replicó Antonio, irritado—. Ahenobarbo, tienes que comprender que la voluntad de Cleopatra de prestarme enormes cantidades de oro es lo único que mantiene esta expedición en marcha. Ella parece creer que el préstamo le da derecho a participar en la empresa, pero en el momento en que llegamos hasta aquí se sintió feliz de marcharse a casa.

—Pues yo me sentí feliz de abandonar mi viaje a Nicomedia. Por lo tanto, amigo mío, ponme al corriente de los últimos acontecimientos.

«Antonio tiene buen aspecto —pensó Ahenobarbo—, mejor del que le he visto desde Filipos. Tiene que hacer algo digno de su acero, y ésa es la gratificación de un sueño. Por mucho que yo odie a la arpía egipcia, le estoy agradecido por el préstamo de su oro. Él se lo devolverá con lo que consiga de una corta campaña.»

—He obtenido una fuente de información de los partos —dijo Antonio—.

Un sobrino del nuevo rey parto, llamado Monaeses. Cuando Fraates mató a toda su familia, Monaeses consiguió escapar a Siria porque en aquel momento no estaba en la corte. Estaba en Nicephorium tratando de resolver una disputa comercial con los esquenitas. Por supuesto, no se atreve a regresar a casa; han puesto precio a su cabeza. Al parecer, el rey Fraates se casó con la hija núbil de alguna casa arsácida menor e intenta criar un nuevo lote de herederos. La familia de la novia fue pasada por la espada, o decapitada con un hacha, o lo que sea la costumbre entre los partos. Esta nueva camada de hijos tardará años en crecer, y, por lo tanto, estarán a años de convertirse en un peligro para Fraates. Mientras que Monaeses es un hombre crecido y tiene seguidores. Son despiadados estos monarcas orientales.

—Espero que lo recuerdes cuando trates con Cleopatra —manifestó Ahenobarbo con un tono seco.

—Cleopatra —replicó Antonio, un tanto altivo— es diferente.

—Y tú, Antonio, estás enamorado —dijo el otro con un tono brusco sin comprometerse—. Confío en que tu juicio del tal Monaeses sea más sensato.

—Sólido como un bronce de Bryaxis.

Pero cuando Ahenobarbo conoció al príncipe Monaeses, sintió un súbito vacío en el estómago. «¿Confiar en este hombre? ¡Nunca! Es incapaz de mirarte a los ojos, por mucho que hable un magnífico griego e imite los modales griegos.»

—¡No le des ni la punta del meñique! —gritó Ahenobarbo—. ¡Hazlo y te arrancará el brazo del hombro! No ves que es él a quien el rey Fraates guardó en reserva, educado en los modos occidentales, por si acaso fuese necesario poner un espía en nuestro seno. Monaeses no escapó a la muerte, fue perdonado para hacer su deber parto: atraernos hacia la ruina y la derrota.

La réplica de Antonio fue una carcajada; nada de lo que Ahenobarbo o cualquier otro de los que dudaban pudiesen decir le harían cambiar de opinión de que Monaeses era tan bueno y puro como el oro de Cleopatra.

*

La mayoría del ejército esperaba en Carana con Publio Canidio, pero Antonio trajo con él otras seis legiones además de diez mil jinetes galos y un total de treinta mil reclutas extranjeros entre judíos, sirios, cilicios y griegos orientales. Había dejado una legión en Jerusalén para asegurar que Herodes continuase teniendo el trono —Antonio era un amigo leal, aunque algunas veces ingenuo— y siete legiones para vigilar Macedonia, siempre inquieta. El Éufrates había abierto un ancho valle entre Zeugma y las alturas en Carana; había muchos pastos para los caballos, las mulas y los bueyes. Llegaron y

dejaron atrás Samosata, el valle comenzó a angostarse un poco y la carretera se hizo más áspera a medida que la enorme fuerza marchaba hacia Melitene. No mucho más al norte de Samosata el ejército alcanzó al tren de equipajes, una desilusión, porque Antonio lo había hecho salir de Zeugma veinte días antes que las legiones, y había creído que ambas unidades llegarían a Carana al mismo tiempo. Pero había esperado con demasiada confianza que los bueyes caminasen quince o más millas al día, mientras que ni todos los latigazos y maldiciones del mundo consiguieron que caminasen más de diez, como en aquel momento se había descubierto.

El tren de equipajes era el orgullo y la alegría de Antonio, el mayor que hubiese reunido nunca ningún ejército romano. Centenares de catapultas, ballestas y otras piezas menores de artillería marchaban detrás del número requerido de bueyes que cada pieza necesitaba, además de varios arietes capaces de romper las puertas más comunes de las ciudades, y un monstruo de ochenta pies de largo capaz de romper —como Antonio le dijo risueñamente a Monaeses— «¡incluso las puertas de la vieja Ilium!». Aquello sólo era la maquinaria de guerra. En las carretas venían los suministros —trigo, toneles de cerdo en salazón, jamones ahumados, aceite, lentejas, garbanzos, sal, piezas de recambio, herramientas y equipos para los artesanos de la legión, carbón, lingotes de hierro fundido para el acero, enormes postes y tablas, sierras para cortar árboles o rocas blandas como la toba, cuerdas y picos, lonas, tiendas de campaña, postes, arneses, todo lo que un eficiente praefectus fabrum podía imaginar que un ejército de ese tamaño podría necesitar para reponer lo que llevaba además de para afrontar un asedio. En una sola fila, la caravana tenía quince millas de largo, pero marchaba en un amplio frente de tres millas de ancho; dos legiones de cuatro mil hombres cada una estaban asignadas a la custodia permanente de tan inmenso y precioso complemento de la guerra; Oppio Estatiano estaba al mando, y se quejaba a todo aquel que quisiera escucharlo. Su auditorio incluyó a Antonio cuando pasó el ejército.

—Todo está muy bien mientras podamos marchar así —dijo Estatiano sin el menor tacto—, pero aquellas montañas de delante significan angostos valles para mí, y tendremos que alinearlas carretas en una fila, por lo que tanto nuestras comunicaciones como las defensas no durarán.

No era una opinión que Antonio quisiese escuchar o estuviese preparado para escuchar.

—Eres una vieja, Estatiano —dijo, y clavó los talones a su caballo para seguir—. ¡Sólo consigue sacarles más millas por día!

Las fuerzas móviles llegaron a Carana quince días después de dejar Zeugma, una distancia de trescientas cincuenta millas, pero el tren de equipajes no llegó hasta doce días después, a pesar de su ventaja. Y eso

significaba que Antonio estaba de muy mal humor; cuando sucedía esto, no escuchaba a nadie, desde amigos como Ahenobarbo hasta generales como Canidio, que acababa de llegar de una expedición al Cáucaso y estaba muy bien informado de las montañas.

—Italia está rodeada por los Alpes —dijo Canidio—, pero son como ladrillos de un juguete infantil comparados con estos picos. Mira alrededor del valle donde está Carana y verás centenares de montañas de tres mil metros de altura. Si vas al norte o al este, sólo las encontrarás todavía más altas y con mayores precipicios. Los valles son muescas apenas más anchos que los torrentes que los atraviesan. Estamos a mediados de abril, y eso significa que tienes hasta octubre para hacer tu campaña. Seis meses, y llegará el invierno. Carana es la mayor de las tierras relativamente planas entre aquí y las grandes llanuras donde el Araxes fluye hasta el mar Caspio. Todo lo que tenía eran diez legiones y dos mil jinetes, pero encontré que incluso una fuerza de ese tamaño no se podía mover en este territorio. Sin embargo, me atrevería a decir que sabes lo que estás haciendo, así que no pretendo discutir.

Como Ventidio, Canidio era un militar de origen humilde; sólo su gran capacidad como general de tropas le había permitido ascender. Se había unido a Marco Antonio después de la muerte de César, y apreciaba más a Antonio que a sus capacidades militares. Sin embargo, después del triunfo de Ventidio en Siria, Canidio sabía que no le darían el mando de una empresa como la que Antonio ahora proponía llevar al reino de los partos, se podría decir, por la puerta trasera. Un difícil compromiso que requería el genio de un César y Antonio no era un César. Para empezar, le gustaba lo enorme, mientras que César había detestado los grandes ejércitos. Para él, diez legiones y dos mil jinetes eran todos los hombres que cualquier comandante podía desplegar con éxito; si eran más, las órdenes se confundían y las líneas de comunicación quedaban en peligro por la distancia y el tiempo. Canidio estaba de acuerdo con César.

—¿El rey Artavasdes ha llegado? —preguntó Antonio.

—¿Cuál?

Antonio parpadeó.

—Me refiero a Armenia.

—Sí, está aquí, y espera con la tiara en la mano a que le des una audiencia. Pero también está Artavasdes de Media Atropatene.

—¿Media Atropatene?

—Así es. Ambos se enteraron de mi campaña en el Cáucaso, y ambos han decidido que Roma va a ganar este encuentro con los partos. Artavasdes de

Armenia quiere que le devuelvan sus setenta valles en Media Atropatene, y Artavasdes de Media Atropatene quiere gobernar el reino de los partos. Antonio se echó a reír a carcajadas.

—¡Canidio, Canidio, qué suerte! ¿Sólo dime cómo podemos diferenciarlos aparte de por sus nombres?

—Llamo a Armenia, Armenia, y a Media Atropatene, simplemente Media.

—¿No tienen algún atributo físico que pueda utilizar? —¡No esta pareja! Son como gemelos; supongo que es debido a que se casan tanto entre ellos. Faldas y chaquetas, barbas postizas, montones de rizos, narices ganchudas, ojos negros y pelo negro.

—Eso parece parto.

—Me imagino que son todos de la misma raza. ¿Estás preparado para verlos?

—¿Alguno de los dos habla griego? —No, ni tampoco arameo. Hablan sus propias lenguas, y el parto.

—Bueno, está bien, tengo a Monaeses.

Sin embargo, no tuvo a Monaeses durante mucho más. Después de haber actuado como intérprete en varias audiencias un tanto extrañas entre personas que no tenían ni idea de cómo pensaban sus opuestos, Monaeses decidió regresar a Nicephorium; era, como le recordó Antonio, rey de los árabes esquenitas, y debía poner a su nuevo reino en pie de guerra. Con muchos agradecimientos y afirmaciones de que los tres hombres que había encontrado para actuar como intérpretes lo harían mejor que él, Monaeses se marchó rumbo al sur.

—Desearía poder confiar en él —le dijo Canidio a Ahenobarbo.

—Desearía poder confiar en él, pero no lo hago. Dado que los acontecimientos se han puesto en movimiento y ahora no se pueden detener, lo único que podemos hacer cualquiera de los dos, Canidio, es rezar a los dioses para que estemos equivocados.

—O si estamos acertados, que no haya nada que Monaeses pueda hacer para alterar los planes de Antonio.

—Me sentiría más feliz si nuestro ejército fuese muchísimo más pequeño. ¡Está como un niño con sus catafractarios armenios! Pero como veterano de los catafractarios armenios y partos, te puedo decir que los armenios no son nada comparados con los partos —comentó Canidio con un tono de resignación—. Sus armaduras son más delgadas y débiles y sus caballos no son mucho más grandes que los nuestros; yo los llamaría mejor lanceros con

cotas de malla que catafractarios de verdad. Pero Antonio está entusiasmado porque le hayan regalado dieciséis mil.

—Dieciséis mil caballos más que alimentar —señaló Ahenobarbo.

—¿Podemos confiar en Armenia o Media más de lo que confiamos en Monaeses? —preguntó Canidio.

—Quizá en Armenia. En Media, en absoluto. ¿A qué distancia estamos de Artaxata? —quiso saber Ahenobarbo.

—Doscientas millas, quizá un poco menos.

—¿Debemos ir allí?

—Por el vientre de los armenios, dirás. Por desdicha, sí. Nunca me ha entusiasmado mucho este acercamiento por la puerta de atrás, aunque tendría mérito si el terreno no fuese tan difícil. Tomaremos Fraaspa, luego Ecbatana, a continuación Susa y de allí a Mesopotamia. ¿Crees que el tren de equipajes se mantendrá al paso? ¡Desde luego que no!

—Oh, él es Marco Antonio —dijo Ahenobarbo—. Pertenece a la escuela de generales que cree que si desean algo con la fuerza necesaria sucederá. Es muy bueno en campañas como la de Filipos. Pero ¿cómo se las apañará con lo desconocido?

—Todo se reduce a dos cosas, Ahenobarbo. La primera: ¿Monaeses es un traidor? La segunda: ¿podemos confiar en Armenia? Si la respuesta a la primera es negativa y la respuesta a la segunda es afirmativa, Antonio triunfará. De lo contrario, no.

Aquella vez el tren de equipajes se había puesto en marcha para ir a Artaxata, la capital de Armenia, casi en el momento en que había llegado a Carana, para gran enfado de Oppio Estatiano, privado de un descanso, un baño, una mujer y la oportunidad de hablar con Antonio. Había pretendido darle a Antonio una lista de las cosas que consideraba que podían quedarse en Carana, y de esa manera reducir el tamaño del tren y quizá aumentar un poco su velocidad; pero no, llegaron las órdenes de continuar en marcha y llevarlo todo. Desde el momento en que llegase hasta Artaxata, comenzaría su viaje a Fraaspa. De nuevo ningún descanso, ningún baño, ninguna mujer y ninguna ocasión de hablar con Antonio.

Antonio estaba inquieto y ansioso por iniciar su campaña, convencido de que estaba ganándole la carrera a los partos. Oh, sin duda alguien le había avisado de que Fraaspa sería la primera ciudad parta en ser atacada —había demasiados orientales y extranjeros de todas las posiciones como para mantener un secreto tan grande—, pero Antonio confiaba en la velocidad de su marcha; pretendía que fuese tan rápida como cualquier marcha que César

hubiese comandado. Un ejército romano estaría en Fraaspa meses antes de lo que se esperaba.

Por lo tanto, no se demoró en Artaxata, sino que continuó la marcha tan rápido como fue posible en la línea más recta. Había quinientas millas desde Artaxata hasta Fraaspa, y en algunos lugares el terreno no era tan áspero ni tan elevado como el que habían atravesado desde Carana hasta Artaxata. Pero los guías medios y armemos de Antonio le dijeron que estaba marchando en la dirección equivocada para un paso fácil. Cada cadena, cada pliegue, cada hondonada iba de este a oeste, y hubiese sido mucho más fácil marchar al este del lago Matiane, una enorme extensión de agua. El único paso a través de las montañas significaba marchar por su lado oeste y cruzar muchas cadenas arriba y abajo, arriba y abajo. En el lado sur del lago, el ejército tendría que dirigirse al este antes de girar para caer sobre Fraaspa; con una nueva cadena de picos de tres mil metros e incluso más altos al oeste.

Dieciséis legiones, diez mil jinetes galos, cincuenta mil tropas extranjeras a caballo y a pie y dieciséis mil catafractarios armenios —aproximadamente, ciento cuarenta mil hombres— comenzaron la marcha. Más de cincuenta mil de ellos a caballo. Ni siquiera Alejandro Magno había mandado semejante multitud, pensó Antonio, exultante, con la seguridad de que no había fuerza en la tierra que pudiese derrotarlo. ¡Qué aventura, qué empresa colosal! Por fin eclipsaría a César.

Se encontraron con el tren de equipajes muy pronto; todavía no había cruzado el paso para bajar al lago Matiane, por lo que aún le quedaban casi cuatrocientas millas de marcha. Aunque Canidio urgió a Antonio a aminorar el paso y quedarse a una distancia relativamente cercana del tren, Antonio se negó. A decir verdad, si mantenía el paso ante el tren de equipajes, llegaría demasiado tarde a Fraaspa para tomarla antes del invierno, incluso si no oponía mucha resistencia. Además, estaban moviéndose, a pesar de las constantes subidas y bajadas de la montaña. Antonio se contentó con un mensaje a Estatiano donde decía que separaría algunos elementos del tren e intentaría asegurar las cosas aligerando el peso de las carretas más adecuadas para seguir adelante.

El mensaje nunca le llegó a Estatiano. Sin exploradores a la búsqueda de alimentos o de partidas forrajeras, Artavasdes de Media había unido sus fuerzas con Monaeses; cuarenta mil catafractarios y arqueros a caballo seguían la ruta romana lo suficientemente lejos como para que su polvo no fuese advertido.

Cuando el tren de equipajes cruzó el paso para bajar al lago Matiane, las carretas iban en una sola hilera debido a lo angosto de la pobre carretera; Estatiano decidió mantenerlos así hasta que el terreno se allanase un poco.

Diez mil catafractarios medios atacaron todas las partes del tren simultáneamente. Con las comunicaciones destrozadas, Estatiano no se enteró de qué estaba pasando, dónde o cuándo, por lo que no pudo enviar a sus dos legiones en ninguna dirección con certeza. Mientras titubeaba, sus hombres eran asesinados, y aquellos que sobrevivieron al ataque murieron más tarde para asegurarse de que Antonio no tuviese ni idea de lo que había ocurrido con su suministro. ¡Qué recompensa! Al cabo de un día, hasta la última carreta viajaba al norte y al este, hacia Media, bien lejos del camino de Antonio. Ahora, sus fuerzas sólo tenían provisiones, que llevaban con ellas, justo para un mes, y ni una pieza de artillería o equipo de acero.

Conseguido eso, Monaeses se llevó al segmento parto, de treinta mil hombres, a la estela de Antonio pero sin atacar. En ese momento tenía dos águilas de plata de las legiones de Estatiano para añadir a las nueve en Ecbatana: las siete de Craso y ahora cuatro de Antonio.

El ignorante Antonio llegó a Fraaspa intacto, pero una vez allí descubrió que aquella ciudad distaba mucho de ser la vulgar construcción de ladrillos que había imaginado; era una ciudad del tamaño de Attaleia o Tralles, inmune detrás de enormes bastiones de piedra y equipada con enormes puertas. Una mirada le dijo a Antonio que tendría que asediarla. Por consiguiente, se instaló con su ejército para encerrar a los habitantes, muy tranquilo al ver que la tierra alrededor de Fraaspa estaba rebosante de trigo maduro que a ningún parto se le había ocurrido quemar, así como también de miles de ovejas bien gordas. Tenían para comer.

Pasó un día tras otro sin ninguna señal del tren de equipajes.

—Maldito sea Estatiano, ¿dónde está? —preguntó Antonio, consciente de que uno de cada dos de sus grupos forrajeros no regresaba.

—Intentaré buscarlo —dijo Polemón, que había decidido acompañar a sus honderos. Cabalgó con mil de sus hombres de la caballería ligera, y saludó descaradamente a los partos en lo alto de las murallas de Fraaspa, muy confiado en Antonio y su magnífico ejército.

Pasaron los días, pero Polemón no regresó. Sin árboles que tumbar, los numerosos romanos sólo podían mantener a los habitantes de Fraaspa dentro de sus fortificaciones; era obvio que la ciudad estaba bien provista, y tenía fuentes de agua. Un largo asedio, un lento asedio. Llegó julio y pasó, comenzó Sixtilis y siguieron sin tener noticias del tren de equipajes. ¡Oh, aquel ariete de veinticinco metros! Hubiese hecho astillas las puertas de Fraaspa.

—Acéptalo, Antonio —dijo Publio Canidio después de que el ejército llevase acampado delante de Fraaspa setenta días—. El tren de equipajes no llegará porque ya no existe. No tenemos maderas para construir torres de

asedio, ni catapultas, ni ballestas, ni nada de nada. Hasta ahora hemos perdido veinticinco mil reclutas extranjeros enviados a buscar forraje, y hoy he recibido una negativa a moverse de los silicios, judíos, sirios y capadocios. De acuerdo que son veinticinco mil bocas menos que alimentar, pero no estamos trayendo bastante de los campos para mantener a los cuerpos y la moral mucho más. En algún lugar más allá de lo que llegan nuestros exploradores (aquellos que consiguen volver) hay un ejército parto que está haciendo lo que Fabio Máximo le hizo a Aníbal.

Su vientre parecía estar lleno de plomo esos días, una señal a la que Antonio ya no quería hacer caso por lo que significaba: el conocimiento de la derrota. Las oscuras murallas de Fraaspa se burlaban, y él estaba tan perdido, tan impotente, de hecho, como lo había estado en la premonición durante muchos y muchos meses. Incluso años. Todo conducía a aquello: el fracaso. ¿Era eso por lo que la melancolía lo había envuelto? ¿Por qué había perdido su buena fortuna? ¿Dónde estaba el enemigo? ¿Por qué no atacaban los partos si le habían robado sus provisiones? Incluso peor, un temor mayor lo invadió: ni siquiera le iban a ofrecer la oportunidad de una batalla, de morir gloriosamente en el campo, como había hecho Craso, para redimir en sus últimas horas todos los terribles errores de una fracasada campaña. Por esa sola razón, el nombre de Craso era mencionado con tanto respeto pero con dolor ya que su cabeza sin ojos estuvo colgada en las paredes de Artaxata. Pero ¿el nombre de Antonio? ¿Quién lo recordaría, si ni siquiera habría una batalla?

—No intentarán atacarnos mientras estemos aquí, ¿verdad? —le preguntó a Canidio.

—Así es como yo lo interpreto, Marco —respondió Canidio, que habló sin compasión, ya que sabía lo que estaba pensando Antonio.

—Sí, así es como yo también lo interpreto —añadió Ahenobarbo con el entrecejo fruncido—. No nos van a ofrecer batalla, quieren que muramos lentamente y por cosas más mundanas que las heridas de espada. También hemos tenido a un traidor en nuestro seno para decírselo todo: Monaeses.

—¡Oh, no quiero acabar de esta manera! —gritó Antonio, sin hacer caso de la referencia a Monaeses—. ¡Necesito más tiempo! Fraaspa no puede estar viviendo con raciones completas, ninguna ciudad tiene tanto abastecimiento dentro de sus murallas, ni siquiera Ilium. Si persistimos un poco más, veré la rendición de Fraaspa.

—Podríamos asaltarla —dijo Marco Titio.

Nadie se molestó en responderle; Titio era un cuestor joven y tonto que se lo creía todo.

Antonio se sentó en su silla de marfil y miró a la distancia, su rostro casi

embelesado. Por fin salió de su ensimismamiento para mirar a Canidio.

—¿Cuánto tiempo más podemos durar aquí, Publio?

—Es principios de septiembre. Otro mes como mucho, y eso ya es demasiado. Si no conseguimos estar al otro lado de las murallas de Fraaspa antes del invierno, entonces tendremos que retirarnos a Artaxata por la misma ruta por la que hemos venido. Quinientas millas. Los legionarios lo harán en treinta días si se les empuja, pero la mayoría de los auxiliares que tenemos son infantes, y no pueden ni siquiera igualar ese ritmo. Eso significa dividir el ejército para preservar las legiones. Las tropas galas que han vivido por medio del forraje estarán bien; aún habrá hierba. A menos que miles de catafractarios la hayan convertido en fango. Como tú bien sabes, Antonio, sin exploradores somos como hombres ciegos en medio de una basílica.

—Eso somos. —Antonio sonrió con ironía—. Dicen que Pompeyo Magno se volvió cuando le faltaban tres días para llegar al mar Caspio porque él no podía aguantar las arañas, pero yo aceptaría a un millón de las más grandes y peludas sólo por tener un informe fiable de lo que nos está esperando allí afuera si decidimos retirarnos.

—Yo iré —dijo Titio, ansioso. El resto lo miró.

—Si los exploradores armenios no han vuelto, Titio, ¿por qué crees que tú sí puedes volver? —le preguntó Antonio; le tenía aprecio a litio, que era el sobrino de Planeo, e intentó convencerlo amablemente—. No, te doy las gracias por la oferta, pero tendremos que seguir enviando a armenios. Nadie más podría sobrevivir.

—Pero ¡si precisamente es eso! —replicó Titio—. Son el enemigo, Marco Antonio, no importa lo que digan que son. Todos sabemos que los armenios son tan traicioneros como los medos. ¡Déjame ir! Te prometo que sabré cuidarme.

—¿Cuántos hombres te quieres llevar?

—Ninguno, Publio Canidio. Sólo yo con un caballo de aquí. Uno del color de los campos. Vestiré pantalón y chaqueta de piel de cabra para confundirme más. Quizá me lleve una docena de caballos conmigo para parecer un criador de caballos o un pastor de caballos o lo que sea.

Antonio se echó a reír y palmeó a Titio en la espalda.

—¿Por qué no? Sí, Titio, ve. Sólo que vuelve. —Consiguió sonreír—. ¡Tienes que volver! El único cuestor que he conocido peor que tú a la hora de sumar cantidades era Marco Antonio, pero él sirvió para un amo mucho más exigente: César.

Nadie en la tienda de mando estuvo allí para ver a Marco Titio comenzar

su misión porque ninguno quería llevar la memoria de su rostro pecoso en el futuro más que la de aquel pobre cuestor, Titio, a cargo de las finanzas del ejército y totalmente incapaz de manejar las propias.

Hacia un nundinum que se había marchado cuando el viento cambió de dirección y comenzó a soplar del norte. Con él llegó la lluvia y la escarcha. Y aquel día algunos de los fraaspas, en lo alto de las murallas, asaron cordero, y el olor flotó hasta el enorme campamento, en la llanura, una manera de decirles a los sitiadores que Fraaspa tenía abundancia de comida para el invierno, que no se rendiría.

Antonio convocó un consejo de guerra, no una reunión de sus íntimos sino una reunión que incluía a todos sus legados y tribunos, además de los centuriones primipilus y pilus prior; un total de sesenta hombres. Un número ideal para la comunicación personal; tendría que ser escuchado por todos sin la modestia de tener a heraldos que escuchasen sus palabras y retransmitiesen lo que decía más allá. Aquellos que debían estar allí intercambiaron significativas miradas; no había ningún extranjero presente. Una reunión para las legiones y no para todo el ejército.

—Sin el equipo de asedio no podemos tomar Fraaspa —comenzó Antonio—, y la pequeña demostración de hoy dice que la gente de Fraaspa todavía come bien. Llevamos sentados aquí cien días y hemos arrasado todos los campos de los alrededores, pero a un precio: la pérdida de dos tercios de nuestros auxiliares montados. —Inspiró profundamente e intentó mostrarse severo y decidido, en general, con un absoluto control de sí mismo y de la situación—. Es hora de irnos, muchachos. Sabemos por el tiempo que ha hecho hoy que en estas tierras se pasa del verano directamente al invierno de verdad, y en el último día de septiembre. Mañana, en las calendas de octubre, marcharemos a Artaxata. Para una cosa que la gente de Fraaspa no está preparada es para la velocidad de las legiones en marcha. Para cuando se levanten mañana por la mañana, todo lo que quedará de nosotros serán las hogueras. Ordenad que los hombres lleven la provisión de grano para un mes; las mulas centurias serán utilizadas para comida y fuego, y las mulas que tiran de las carretas serán convertidas en animales de carga; aquello que no podamos llevar a la espalda ni en las mulas tendrá que quedarse atrás. La comida y todo lo que se pueda quemar.

La mayoría había estado esperando ese discurso, pero a nadie le gustó escucharlo. Sin embargo, de una cosa Antonio podía estar seguro; aquellos hombres eran romanos, y no lamentarían el destino de los auxiliares, tolerados pero nunca estimados.

—Centuriones, entre ahora y la primera luz del alba, todo legionario debe conocer la situación y comprender lo que hacer para sobrevivir durante la

marcha. No tengo idea de lo que hay ahí afuera esperando a que nos retiremos, pero las legiones romanas no se entregan, ni lo harán en esta próxima marcha. Debido al terreno tardaremos alrededor de un mes en llegar a Artaxata, especialmente si la lluvia y las escarchas continúan. Eso significa terrenos fangosos y condiciones de mucho frío. Todo hombre deberá sacar los calcetines de su mochila; si los tiene de piel de conejo o de ardilla, mejor. Mantenerse seco será gran parte de la batalla, porque es la única cosa que tendremos, muchachos. Los partos están ahí afuera y utilizan las tácticas fabianas; matarán a los rezagados, pero no se enfrentarán a nosotros en masa. Peor es el hecho de que no tendremos madera suficiente para hacer fuego entre aquí y Artaxata, y eso significa no poder hacer hogueras para calentarnos. Cualquier hombre que queme la madera de sus palos, cualquier parte de las astas o los astiles de los pilum será azotado y decapitado; quizá los necesitemos para rechazar las incursiones de los partos. Tampoco podemos confiar en ninguno de los reclutas extranjeros, incluidos los armenios. Las únicas tropas que Roma espera que preservemos son sus legiones. Se hizo un breve silencio, roto por Canidio.

—¿Cuál es la formación de marcha, Antonio? —preguntó.

—Agmen quadratum donde el suelo sea lo bastante llano, Canidio, y donde no lo sea, también en cuadro. No me importa lo angosto que pueda ser un sendero, nunca marcharemos en fila. ¿Entendido?

Murmullos desde todos los lados.

Ahenobarbo abrió la boca para formular otra pregunta cuando se produjo una conmoción en el perímetro del grupo; algunos hombres se movieron para permitir que Marco Titio pasase hasta el lugar donde estaba Antonio, los rostros con grandes sonrisas, incluso algunos palmearon al joven cuestor en la espalda.

—¡Titio, perro! —gritó Antonio, encantado—. ¿Has encontrado a los partos? ¿Cuál es la verdadera situación?

—Sí, Marco Antonio, los encontré —respondió Titio con expresión severa—. Cuarenta mil de ellos, al mando de nuestro amigo Monaeses; lo vi claramente en varias ocasiones, y cabalgaba con una cota de malla de oro y tenía un penacho en su yelmo. Un príncipe parto de al menos la misma importancia que tenía Pacoro, por la descripción de Ventidio.

La nueva sobre Monaeses no fue ninguna sorpresa, ni incluso para Antonio, su más firme partidario. El rey Fraates los había engañado, había puesto un traidor en su seno.

—¿A qué distancia están? —preguntó Fonteio.

—A unas treinta millas, y directamente entre nosotros y Artaxata.

—¿Catafractarios? ¿Arqueros montados? —preguntó Canidio.

—Ambos, pero más arqueros a caballo. —Titio sonrió brevemente—. Supongo que están escasos de catafractarios después de la campaña de Ventidio; alrededor de unos cinco mil, no más. Pero hordas de arqueros. Todo un ejército montado, y han hecho un magnífico trabajo cortando el terreno; con esta Nuvia, nuestros soldados chapotearán por el barro. —Se interrumpió y formuló una pregunta con los ojos a Antonio—. Al menos, supongo que estamos planeando una retirada.

—Lo estamos. Has llegado justo a tiempo, Titio. Un día más tarde, y te hubieses encontrado que ya habríamos marchado.

—¿Tienes algo más de lo que informar? —preguntó Canidio.

—Sólo que no actúan como guerreros que huelen la batalla. Se comportan más bien como una fuerza dispuesta a permanecer a la defensiva. Oh, intentarán hacer incursiones, pero a menos que Monaeses sea mejor general de lo que creo que es después de observar cómo se pavonea para parecer importante, tendríamos que ser capaces de contener lo que sea que lance contra nosotros si se nos advierte a tiempo.

—No necesitaremos ninguna advertencia, Titio —dijo Ahenobarbo—. Marcharemos en *agmen quadratum*, y cuando no lo podamos hacer, marcharemos en cuadro.

La reunión se calmó y pasó a ocuparse de la logística: cuál de las catorce legiones marcharía primero, cuál la última, con qué frecuencia los hombres en la parte exterior de cada cuadrilátero debían descansar y entrar para ser reemplazado, qué tamaño tendrían los cuadriláteros, cuántas acémilas podrían contener cada cuadrilátero en su tamaño más pequeño —mil y unas decisiones que debían hacerse antes de que el primer pie en su cáliga comenzase la marcha.

Finalmente, Fonteio preguntó lo que nadie más haría.

—Antonio, los auxiliares. Treinta mil infantes. ¿Qué pasará con ellos?

—Si pueden mantener el ritmo, formarán nuestra retaguardia; en forma de cuadrilátero. Pero no podrán hacerlo, Fonteio, todos lo sabemos. —Los ojos de Antonio se humedecieron—. Lo siento mucho, y como triunviro de Oriente soy responsable de ellos, pero las legiones deben ser preservadas a cualquier coste. Es curioso que siga pensando que tenemos dieciséis, pero no las tenemos, por supuesto. Las dos de Estatiano han desaparecido hace mucho.

—Incluidos los no combatientes, ochenta y cuatro mil hombres. Suficiente para formar un formidable frente si alguna vez pudiesen marchar en *agmen*.

Tenemos cuatro mil soldados galos y otros cuatro mil gálatas para proteger nuestros flancos, pero no hay mucha hierba, tendrán problemas antes de que hayamos recorrido la mitad de la distancia —dijo Canidio.

—Envíanos delante, Antonio —propuso Fonteio.

—¿Y pelar el terreno todavía más? No, viajarán con nosotros y nuestros flancos. Si no pueden enfrentarse con el número de arqueros y catafractarios que Monaeses lance contra ellos, al menos podrán refugiarse en el interior de los cuadriláteros. Mi caballería gala es especialmente valiosa para mí, Fonteio. Se ofrecieron voluntarios para esta campaña, y están medio mundo lejos de su casa —manifestó Antonio, y levantó las manos—. Muy bien, dispersaos. Marcharemos con la primera luz, y quiero que todos estén en marcha al amanecer.

—A los hombres no les gustará retirarse —señaló Titio.

—¡Soy muy consciente de eso! —replicó vivamente—. Por esa razón intento hacer de César. Voy a ir de columna en columna para hablar con los hombres en persona, incluso aunque me lleve un nundinum.

El *agmen quadratum* era una formación ideal para un ejército con la suficiente fuerza para desplegarse en columna a través de un ancho frente, preparado para girar en un instante y ocupar posiciones de batalla. También permitía la formación de cuadriláteros muy rápido. Ahora era el momento en que el más torpe de los soldados comprendía los días, los meses incluso los años de implacables maniobras; sus maniobras tenían que ser respuestas automáticas, sin ningún pensamiento.

Con la infantería auxiliar colocada detrás de este frente de una milla de ancho formado por los legionarios, la retirada comenzó en buen orden, aunque con un helado viento del norte que congelaba el barro y transformaba el campo arado en filosos bordes, resbaladizos, lacerantes.

La marcha más rápida que las legiones podían hacer era de veinte millas al día, pero incluso eso era demasiado rápido para los auxiliares. Al tercer día, con Antonio todavía visitando a sus soldados con bromas y predicciones de victoria para el año siguiente ahora que sabían con lo que se enfrentaban, Monaeses y los partos atacaban la retaguardia, los arqueros tumbaban a docenas de hombres en cada salida. Pocos morían, pero aquellos demasiado heridos para mantenerse en marcha tenían que quedarse atrás; junto a la enorme extensión del lago Matiane, que parecía como un mar, la mayoría de auxiliares habían desaparecido, ya fuese por las ejecuciones a manos de los partos o por no soportar una vida de esclavitud, nadie lo sabía.

La moral era sorprendentemente alta hasta que el terreno se hizo tan empinado que se debieron abandonar las columnas en favor de los

cuadriláteros. Mientras pudo, Antonio mantuvo los cuadriláteros con el tamaño de una cohorte, y eso significaba seis centurias de hombres que marchaban de cuatro en fondo alrededor de los cuatro lados de un cuadrilátero, los escudos de las filas exteriores colgados para protegerse, como si formasen una tortuga. En el interior del centro vacío estaban los no combatientes, las mulas y la poca parte de la artillería que siempre viajaba con las centurias, escorpiones que disparaban dardos de madera y catapultas muy pequeñas. Si los atacaban, se formaba el cuadrilátero con los cuatro costados preparados para la lucha; la última fila de soldados sostenía largas astas de asedio para clavarlas en los vientres de los caballos que intentaran saltar al interior, algo que Monaeses aparentemente no quería hacer. Si los catafractarios se habían vuelto escasos en las tierras partas gracias al viejo Ventidio, los grandes corceles tardaban aún más en criar. Los días pasaron a un desilusionante paso de entre diecisiete y diecinueve millas arriba y abajo, arriba y abajo, conscientes de que los partos los seguían. Hubo pequeños enfrentamientos entre los gálatas y los galos con los catafractarios, pero el ejército continuó en buen orden de marcha y con gran ánimo.

Hasta que, al subir a picos todavía más altos para llegar a un paso de tres mil cuatrocientos metros de altura, se encontraron con una borrasca como nunca habían visto en Italia. La nieve cegadora como un muro blanco, con vientos terribles, que caía en tanta cantidad que dejaba a los hombres hundidos en cristales hasta la cintura.

Cuanto más empeoraban las condiciones, más alegres se mostraban sus legados; se repartían secciones del ejército entre ellos, y animaban a los hombres, les decían lo valientes, fuertes y resistentes que eran. Los cuadriláteros se habían reducido ahora a manípulos, y sólo de diez hombres de fondo. Después del paso formarían en cuadriláteros de centuria, pero ni Antonio ni nadie más creía que el paso fuese un buen lugar para el ataque; no había espacio.

Lo peor era que, aunque la mochila de cada legionario tenía prendas como calcetines, capotes (sagi) y bufandas, todavía se congelaban, incapaces de mantenerse calientes con el fuego. En aquellos momentos, cubiertos dos tercios de la marcha, el ejército se había quedado sin el más preciado producto: el carbón. Nadie podía cocinar pan, calentarse unas gachas; los hombres marchaban ahora masticando granos de trigo crudo, su único alimento. El hambre, la congelación y las enfermedades comenzaron a ser tan severos que incluso Antonio no pudo aleccionar al más valiente de sus soldados, que protestaban por morir en la nieve, sin poder volver a ver nunca más la civilización.

—¡Sólo consigue llevarnos al otro lado del paso! —le grito Antonio a su guía armenio, Ciro—. Nos has guiado certeramente durante dos nundinae; no

me dejes ahora, Ciro, te lo ruego.

—No lo haré, Marco Antonio —respondió el hombre en un griego atroz—. Mañana veremos a los primeros cuadriláteros comenzar a cruzar, y después sé dónde encontrar carbón. —Su rostro oscuro se oscureció más—. Aunque debo advertírtelo, Marco Antonio, no confíes en el rey de Armenia. Siempre ha estado en contacto con su hermano de Media y ambos son criaturas del rey Fraates. Me temo que tu tren de equipajes era demasiado tentador.

Esta vez Antonio escuchó; pero aún estaban a cien millas de Artaxata, y el humor de las legiones era cada vez más lúgubre, y se acercaba hacia la insurrección.

—Incluso el amotinamiento —le comentó a Fonteio con la mitad de sus tropas a un lado de las montañas y la otra todavía cruzando o a la espera para cruzar—. No me atrevo a mostrar mi cara.

—Eso es verdad para todos nosotros —respondió Fonteio sin ánimo—. Llevan comiendo trigo crudo durante siete días, tienen los dedos congelados y se les caen; las narices también. ¡Terrible! Te culpan a ti, Marco; a ti y sólo a ti. Los más descontentos dicen que nunca tendrías que haber permitido que el tren de equipajes se fuese de tu vista.

—No soy realmente yo —dijo Antonio con un tono sombrío—, es la pesadilla de una campaña sin frutos que no les dio la oportunidad de mostrar lo que valen en combate. Tal como lo ven, no hicieron más que estar sentados en un campamento durante cien días mirando a una ciudad que les hacía el medicus. «¡Qué os den por el culo, romanos!» ¿Crees que eso es grande? Bueno, tú no lo crees. Lo comprendo. —Se interrumpió cuando entró litio a la carrera con una expresión de miedo.

—¡Marco Antonio, el motín se respira en el aire!

—Dime algo que no sepa, Titio.

—No, pero esto es serio. Esta noche o mañana. Al menos seis legiones están involucradas.

—Gracias, Titio. Ahora ve y ocúpate del balance de tus libros o de contar cuánto se le debe a los soldados, o lo que sea.

Titio se marchó, por una vez, incapaz de ofrecer una solución.

—Será esta noche —dijo Antonio.

—Sí, estoy de acuerdo —asintió Fonteio.

—¿Me ayudarás a caer sobre mi espada, Cayo? Una de las cosas más molestas de tener un pecho tan desarrollado y los brazos tan musculosos es que impiden la perfecta ejecución. Soy incapaz de sujetar bien la empuñadura

de la espada para que se clave profunda y segura.

Fonteio no discutió.

—Sí —dijo.

La pareja se acurrucó en el interior de la pequeña tienda de cuero durante toda la noche, a la espera de que comenzase el motín. Para Antonio, ya hundido, éste era el adecuado final para la peor campaña que un general romano hubiese librado desde que Carbo fuera cortado a trozos por los cimbrios germanos, o que el ejército de Caepio fuera derrotado en Arausio, o —lo más horrible de todo— que Paulo Emilio y Varrón en Cannae cayeran aniquilados por Aníbal. ¡Ni un solo hecho brillante para iluminar el abismo de la total derrota! Al menos, los ejércitos de Carbo, Caepio, Paulo Emilio y Varrón habían muerto luchando. Mientras que su gran ejército nunca había tenido ni la más mínima oportunidad para demostrar su valía; ninguna batalla, sólo impotencia.

«No puedo culpar a mis soldados por amotinarse —pensó Antonio mientras permanecía sentado con la espada desenfundada en su regazo, preparado—. La impotencia. Es eso lo que sienten tanto como yo. ¿Cómo podrán hablarle a sus nietos de la expedición de Marco Antonio a Media Parta sin escupir ante el recuerdo? No hay ni la más mínima ocasión de mostrar orgullo o distinción. Miles gloriosus, eso es Antonio. El soldado que se vanagloria. El material perfecto para una farsa. Que se pavonea, presuntuoso, imbuido de su propia importancia. Pero su éxito es tan vacío como él. Una caricatura como hombre, una broma como soldado, un fracaso como general. Antonio Magno. Bah.»

Como por arte de magia, el motín se desvaneció en el aire enrarecido de aquel paso como si los legionarios nunca hubiesen hablado de él. Por la mañana vio a los hombres continuar con su travesía del paso, y a media tarde, éste había quedado bastante atrás. Antonio encontró la fuerza para ir entre los hombres de alguna parte y hacer como si nunca hubiese escuchado a nadie ni siquiera susurrar sobre un amotinamiento.

Veintisiete días después de levantar el campamento delante de Fraaspa, las catorce legiones y un puñado de caballería llegó a Artaxata, sus estómagos medio llenos con un poco de pan y toda la carne de caballo que habían podido tragar. Ciro el guía le había dicho a Antonio dónde encontrar carbón para cocinar.

Lo primero que hizo Antonio al llegar a Artaxata fue darle a Ciro el guía una bolsa de monedas y dos buenos caballos y mandarlo a todo galope a la ruta más directa al sur. La misión de Ciro era urgente y secreta, especialmente de Artavasdes. Su destino era Egipto, donde debía pedir una audiencia con la

reina Cleopatra; las monedas que Antonio le había dado, cuando había permanecido en Antioquía el invierno anterior, era su pasaporte a la reina. Había recibido instrucciones para suplicarle que viniese a Leuke Kome para traerle ayuda a las tropas de Antonio. Leuke Kome era un pequeño puerto cerca de Berytus, en Siria, un lugar mucho menos poblado que puertos como los de Berytus, Sidón, Joppa. Ciro se marchó con gratitud y rapidez; quedarse en Armenia una vez que los romanos se marchasen hubiese significado una sentencia de muerte, porque había guiado bien a los romanos, y eso era algo que el armenio Artavasdes no había querido. Se suponía que los romanos debían vagar, perdidos, sin comida ni combustible, hasta que el último de ellos hubiese muerto.

Pero con las catorce legiones bien acampadas en las afueras de Artaxata, el rey Artavasdes no tuvo más elección que aceptar que Antonio pasase el invierno allí. Sin confiar ni en una sola de las palabras que Artavasdes decía, Antonio se negó a demorarse. Forzó al rey a abrir sus graneros; luego, bien abastecido, marchó hacia Carana sin preocuparse de las tormentas y las nieves. Los legionarios, que en aquellos momentos parecían inmunes, recorrieron aquellas últimas doscientas millas muchísimo más animados porque ahora tenían hogueras para la noche. La madera también era escasa en Armenia, pero los armenios de Artaxata no se habían atrevido a discutir cuando los soldados romanos se lanzaron sobre sus pilas de leña y se las confiscaron. La idea de los armenios muriendo de frío no conmovió en lo más mínimo a los romanos. Ellos no habían marchado masticando carne cruda gracias a la traición oriental.

Antonio llegó a Carana —desde donde la expedición había salido en las previas calendas de mayo— a mediados de noviembre. Todos sus legados habían visto la depresión, la confusión, sólo Fonteio sabía lo cerca que había estado Antonio de cuidarse. A sabiendas de esto, pero muy renuente a confiárselo a Canidió, Fonteio asumió la tarea de persuadir a Antonio de contar hacia el sur hasta Leuke Kome. Una vez allí, si podía, si era necesario, enviaría otro mensaje a Cleopatra.

Pero primero, Antonio debía saber lo peor a través de un inflexible Canidio. La suya no siempre había sido una relación amistosa, porque Canidio había visto el futuro a principios de la campaña, y había estado a favor de la retirada desde su inicio. Tampoco había aprobado la manera como se había reunido y guiado al tren de equipajes. Sin embargo, todo esto quedaba en el pasado, y se había puesto de acuerdo consigo mismo, con sus propias ambiciones. Su futuro estaba con Marco Antonio, pasara lo que pasase.

—El censo está hecho y completo, Antonio —dijo con voz agria—. De la fuerza auxiliar a pie, unos treinta mil, no ha sobrevivido ninguno. De la caballería gala, seis de diez mil, pero sus caballos han desaparecido. De la

caballería gálata, cuatro de diez mil, pero sus caballos han desaparecido. Todos han sido sacrificados para servir de comida a lo largo de las últimas cien millas. De las dieciséis legiones, dos (las de Estatiano) han desaparecido, la fortuna que han corrido, desconocida. Las otras catorce han recibido muchas pero no mortales bajas, la mayoría por congelación. Los hombres que han perdido los dedos tendrán que ser retirados y enviados a casa en carreta. No pueden marchar sin dedos. Cada legión, salvo las de Estatiano, está con todas sus fuerzas; casi cinco mil soldados más un millar de no combatientes. Ahora, al repartir los hombres, cada legión tiene poco menos de cuatro mil y quizá quinientos no combatientes. —Canidio tomó aliento y miró en cualquier dirección menos hacia el rostro de Antonio—. Éstas son las cifras. Auxiliares a pie, treinta mil. Caballería auxiliar, diez mil, pero veinte mil caballos. Legionarios, catorce mil no podrán luchar nunca más, además de los ocho mil de Estatiano. Y no combatientes, nueve mil. Un total de setenta mil hombres, veinte mil caballos. Veintidós mil de ellos son legionarios. La mitad del ejército, aunque no la mejor. En ningún caso han muerto todos, aunque mejor lo estarían.

—Todo irá mejor —dijo Antonio con labios temblorosos— si decimos una tercera parte muerta como una quinta incapacitada. ¡Oh, Canidio, perder a tantos sin luchar una batalla! Ni siquiera puedo invocar a Cannae.

—Al menos ninguno pasó bajo el yugo, Antonio. No es una desgracia, es simplemente un desastre debido al clima.

—Fonteio dice que debería continuar hasta Leuke Kome a esperar a la reina, enviarle otro mensaje si es necesario.

—Una buena idea. Ve, Antonio...

—Trae al ejército lo mejor que puedas, Canidio. Calcetín de piel o de cuero para todos, y cuando encuentres una o menta, espera que pase en un buen campamento. Si sigue el Éufrates hará un poco más de calor. Sólo mantenlos en movimiento, y promételes vagabundear por los Campos Elíseos cuando lleguen a Leuke Kome: sol, mucha comida y todas las putas que puedas encontrar en Siria.

La clemencia hacia los caballos había desaparecido en cuanto encontraron carbón entre el paso de la montaña y Artaxata. Con las piernas casi tocando el suelo, Antonio salió de Carana montado en un caballejo, acompañado por Fonteio y Marco Titio.

Llegó a Leuke Kome un mes más tarde, y su aparición fue recibida con asombro; Cleopatra no había ido, ni tampoco había ningún mensaje de Egipto. Antonio envió a Titio a Alejandría, pero con poca esperanza; ella no había querido que él emprendiese esta campaña, y no era una mujer dispuesta a

perdonar. No habría ninguna ayuda, ni dinero para mantener a lo que quedaba de sus legiones; él, al menos, había logrado traer a sus legiones diezmadas pero no aniquiladas, y ella probablemente lamentaría la pérdida de las levass auxiliares.

Llegó la depresión y se convirtió en una desesperación tan negra que Antonio se dio a la bebida, incapaz de enfrentarse a los pensamientos del terrible frío de los dedos congelados, del motín en una terrible noche, de filas y filas de rostros llenos de odio, de soldados que lo odiaban por la pérdida de sus amados caballos, de sus propias y patéticas decisiones, siempre equivocadas y siempre desastrosas. Él, y nadie más, cargaba con la culpa de tantas muertes, tanto sufrimiento humano. ¡Oh, era insoportable! Bebió hasta olvidar todo y continuó bebiendo. Veinte y treinta veces al día salía de su tienda con una copa a rebosar en una mano, caminaba tambaleante la corta distancia hasta la playa y miraba hacia la boca de la bahía, donde no había barco ni vela alguna.

—¿Viene? —le preguntaba a cualquiera que estuviese cerca—. ¿Ella viene? ¿Viene?

Lo tomaban por loco, y huían en el momento que lo veían salir de la tienda. ¿Quién tenía que venir?

De nuevo en el interior bebía de nuevo, y después al exterior.

—¿Ella viene? ¿Ya viene?

Enero dio paso a febrero, luego llegó el final de febrero y nunca vino ni envió ningún mensaje. Ninguna noticia de Ciro o Titio.

Finalmente, las piernas de Antonio no pudieron sostenerlo J1^ acurrucado sobre la jarra de vino en su tienda, intentaba decir «¿Ya viene?» a cualquiera que entrase.

—¿Ya viene? —preguntó al ver un movimiento en la entrada de la tienda a principios de marzo, una pregunta ininteligible para aquellos que no sabían, por una larga experiencia, lo que intentaba decir.

—Está aquí —respondió una suave voz—. Ya está aquí, Antonio.

Sucio, maloliente, Antonio consiguió de alguna manera ponerse de pie; cayó de rodillas y ella se arrodilló junto a él, acunando su cabeza contra su pecho mientras él lloraba y lloraba.

Ella se sintió horrorizada, aunque eso sólo era una palabra; ni siquiera podía describir las emociones que pasaron por su mente y devastaron su cuerpo durante los días que siguieron mientras hablaba con Fonteio y Ahenobarbo. Antonio lloraba hasta quedarse dormido, momento que aprovechaba para colocarlo en una cama más cómoda que su camastro militar;

todo este proceso doloroso de devolverle la sobriedad y hacerlo sin vino exigió que Cleopatra exprimiera su ingenio hasta sus límites. Él no era un buen paciente, dado su estado de ánimo: se negaba a hablar, se enfurecía cuando le negaban el vino y parecía lamentar incluso haber querido que Cleopatra estuviese allí. Por lo tanto, habían tenido que ser Fonteio y Ahenobarbo quienes hablaran con ella, el primero muy dispuesto a ayudarla de la manera que pudiese, el segundo, sin hacer el menor intento por disimular su desagrado y el desprecio hacia ella. Así pues, intentó dividir los horrores que le relataban en categorías, con la esperanza de que, al enfocar las cosas lógicamente, secuencialmente, podía ver con más claridad cómo seguir adelante con la cura de Marco Antonio. ¡Si debía sobrevivir, debía ser curado!

De Fonteio recibió toda la historia de la condenada campaña, incluida la noche cuando el suicidio había parecido la única alternativa. De las ventiscas, del hielo y de la nieve hasta la cintura no tenía ella ni la menor idea, porque sólo había visto la nieve durante sus dos inviernos en Roma, y no habían sido duros, según le habían dicho en ese momento; el Tíber no se había congelado, y las pocas nevadas habían tenido su encanto, un mundo absolutamente silencioso cubierto de blanco. Tampoco, adivinó, nada remotamente comparable a la retirada desde Fraaspa.

Ahenobarbo se concentró en pintar gráficas figuras para ella, de los pies podridos por la congelación, de los hombres que masticaban trigo crudo, de Antonio enloquecido por la traición de todos desde sus aliados hasta sus guías.

—Tú has pagado por esta debacle —le dijo—, sin siquiera detenerte a pensar en el equipo que no estaba incluido, y que debía haber estado, como prendas de abrigo para los legionarios.

¿Qué podía responder ella? No habían sido ésas sus preocupaciones, ya que eso entraba dentro de las atribuciones de Antonio y su praefectus fabrum. Si lo hacía, Ahenobarbo atribuiría su respuesta a su autopreservación a costa de Antonio; Ahenobarbo no estaba dispuesto a escuchar ninguna crítica a Antonio, y prefería echarle la culpa a ella sólo porque había sido su dinero el que había financiado la expedición.

—Ya estaba todo preparado cuando me pidió el dinero. ¿Cómo hubiese llevado a cabo su campaña Antonio sin mi dinero?

—¡Entonces no hubiese habido campaña, reina! Antonio hubiera tenido que continuar sentado en Siria, endeudado con los proveedores de todo el material: desde las cotas de malla hasta la artillería.

—¿Tú hubieses preferido que continuase de esa manera en lugar de tener el dinero para pagar y ser capaz de llevar esta campaña?

—¡Sí! —replicó Ahenobarbo.

—Eso implica que tú no lo consideras un general capaz.

—Deduce lo que tú quieras, reina. No diré nada más. —Ahenobarbo se marchó, irradiando odio.

—¿Él tiene razón, Fonteio? —le preguntó a su comprensivo informante—. ¿Marco Antonio es incapaz de comandar una gran empresa?

Sorprendido y agitado, Fonteio maldijo para sus adentros la irascible lengua de Ahenobarbo.

—No, su majestad, no tiene razón. Pero tampoco estaba diciendo lo que tú piensas. Si tú no hubieras acompañado al ejército a Zeugma con la intención de ir más adelante y haber dicho lo que pensabas en los consejos, los hombres como Ahenobarbo no hubiesen tenido ningún argumento para criticar. Lo que dice él es que te entrometiste en la aventura al insistir en que se condujese de una determinada manera, que, sin ti, Antonio hubiese sido un hombre diferente, y no hubiese ido a la derrota sin batalla.

—¡Oh, eso no es justo! —dijo ella, sorprendida—. ¡Yo no tengo ningún tipo de mando sobre Antonio! ¡Ninguno!

—Te creo, señora. Pero Ahenobarbo nunca lo hará. Cuando el ejército comenzó a moverse hacia Leuke Kome tres nundinae después de la llegada de la reina de Egipto, se encontró con la pequeña bahía abarrotada con barcos y una gran cantidad de campamentos instalados en las afueras de la ciudad. Cleopatra había traído médicos, medicinas, todo lo que parecía ser una legión de panaderos y cocineros para alimentar a los soldados con mejor comida que la que le daban sus sirvientes no combatientes, camas cómodas, ropas limpias; incluso se había tomado la molestia de mandar a sus esclavos a que quitasen los erizos de las zonas menos profundas de la playa para que todos se pudieran bañar libres de las peores molestias que había en aquel extremo del Mare Nostrum. Si Leuke Kome no era exactamente los Campos Elíseos, para el legionario medio parecía algo muy cercano. Los espíritus se animaron, sobre todo entre aquellos hombres que no habían perdido los dedos.

—Te estoy muy agradecido —le dijo Publio Canidio a Cleopatra—. Mis muchachos necesitaban unas vacaciones de verdad y tú se las has dado. Una vez que se repongan olvidarán lo peor de su sufrimiento.

—Excepto los dedos y las narices podridos —respondió Cleopatra con amargura.

XVII

Portus Julius se acabó a tiempo para que Agripa entrenase a los remeros y marineros durante todo el suave invierno que vio a Lucio Gelio Poplicola y Marco Cocceio Nerva asumir el consulado el día de Año Nuevo. Como

siempre, el partidismo ganó sobre la neutralidad; la tercera persona imparcial en las negociaciones para el pacto de Brundisium, Lucio Nerva, se perdió en favor de la causa de su hermano, partidario de Octavio. Destinado a Roma por Antonio para mantener una acción vigilante, Poplicola decidió ostentar el cargo de gobernador de Roma; Octavio no quería verle reclamando ninguna victoria sobre Sexto Pompeyo para la facción de Antonio, todavía demasiado grande y vocinglera.

Sabino había sido un buen supervisor de la construcción de Portus Julius y quería asumir el mando, pero su tendencia a ser una persona de trato difícil lo hacía inadecuado a los ojos de Octavio; mientras Agripa estaba ocupado en Portus Julius, Octavio se dirigió al Senado con sus propuestas.

—Después de haber sido cónsul, estás en el mismo nivel que Sabino —le dijo Agripa cuando éste volvió a Roma para informar—, así que el Senado y el pueblo de Roma han dispuesto que tú, y no Sabino, serás comandante en jefe en la tierra y almirante en el agua. Bajo mi mando, por supuesto.

Dos años de gobernador en la Galia Transalpina, un consulado y la confianza de Octavio en su iniciativa habían obrado maravillas en Agripa. Cuando antes se habría ruborizado y habría rechazado cualquier alabanza, ahora simplemente se enorgullecía un poco y parecía complacido. Su grado de importancia —ninguno— no se había alterado, pero la confianza en sí mismo había florecido sin manifestar ninguno de los tremendos fallos de Antonio; no había en él ningún signo de ociosidad de atención errática al detalle o de renuencia a ocuparse de la correspondencia de Marco Agripa. Cuando éste recibía una carta, la respondía de inmediato, y de forma tan sucinta que su receptor no experimentaba ninguna duda sobre la naturaleza de su contenido.

Todo lo que dijo Agripa en respuesta a la noticia de su enorme trabajo fue:

—Como tú quieras, César.

—Sin embargo —continuó Octavio—, te pediría humildemente que me buscaras una pequeña flota o un par de legiones para comandar. Quiero servir en esta guerra personalmente. Desde que me casé con Livia Drusilia parece que he perdido el asma para siempre, incluso en contacto con los caballos, así que debería sobrevivir sin incurrir en otro nuevo montón de críticas y comentarios sobre mi cobardía. —Lo dijo con un tono natural, pero con una mirada vidriosa que desmentía su determinación de borrar cualquier marca de Filipos para siempre.

—Había pensado hacerlo de todas maneras, César —respondió Agripa con una sonrisa—. Si tienes tiempo, me gustaría hablar de los planes de guerra.

—Livia Drusilia tendría que estar aquí.

—Estoy de acuerdo. ¿Está en casa o comprando prendas?

La esposa de Octavio tenía pocas faltas, pero desde luego su amor por las prendas era una. Insistía en vestir bien, tenía un gusto impecable, y sus joyas —aumentadas por su marido regularmente— eran la envidia de todas las mujeres de Roma. Que el habitualmente parsimonioso Octavio no objetase nada a sus extravagancias residía en el hecho de que él quería que su esposa estuviese por encima de todas las demás en todos los sentidos; debía parecer y comportarse como, una reina sin corona, y de esa manera establecer su ascendencia sobre las demás mujeres. Algún día eso sería muy importante.

—En casa, creo. —Octavio dio unas palmadas y le dijo al hombre que respondió a la llamada que fuese a buscar a la dama Livia Drusilia.

Ella entró un momento más tarde, vestida con unas prendas de un azul muy oscuro, con algún zafiro que destellaba cuando reflejaba la luz. El collar, los pendientes y los brazaletes eran de zafiros y perlas y los botones que cerraban sus mangas también.

Agripa parpadeó, deslumbrado.

—Precioso, querida —dijo Octavio con una voz que parecía la de un hombre de setenta años; ella tenía ese efecto sobre él.

—Sí, no puedo comprender por qué los zafiros son tan poco populares —dijo ella, y se acomodó en una silla—. Encuentro su oscuridad muy sutil.

Octavio le hizo un gesto a los escribas y empleados, que permanecían con los oídos bien abiertos.

—Iba a comer o a contar los peces en algún estanque que los germanos no hayan saqueado —les dijo.

Y después se dirigió a Agripa:

—¡Oh, qué fastidio tener que vivir detrás de muros fortificados! ¡Dime que este año podré derribarlos, Agripa!

—Este año, sin duda, César.

—Habla, Agripa.

Pero, primero, Agripa desplegó un gran mapa sobre la mesa que servía como depósito para la miríada de papeles que un triunviro muy atareado coleccionaba en el curso de sus obligaciones: Italia desde el Adriático hasta el mar Tirreno, Sicilia y la provincia de África.

—Acabo de hacer un recuento y te puedo decir que disponemos de cuatrocientos once barcos —dijo Agripa—. Todos menos ciento cuarenta están en Portus Julius, preparados y a la espera.

—Antonio tiene ciento veinte más los veinte de Octavia en Tarentum —dijo Octavio.

—Así es. Si pretendiesen navegar a través del estrecho de Messana, serían vulnerables, pero no se acercarán a los estrechos. Tomarán rumbo al sur y llegarán a Sicilia por el cabo de Pachino, y después se dirigirán hacia el norte por la costa para atacar Siracusa. Esta flota va a Tauro, que también tendrá cuatro legiones de tropas terrestres. Después de tomar Siracusa habrá de desplazarse por las faldas del Etna para conquistar el territorio a medida que avancen, y llevar a sus legiones a Messana, donde es muy posible que esté concentrada la mayor resistencia. Pero Tauro necesitará ayuda, tanto en la toma de Siracusa como en su marcha posterior. —Los ojos castaños debajo de la frente sobresaliente de Agripa brillaron súbitamente con un tono verde—. La tarea más difícil de todas será el cebo, que consistirá en sesenta grandes quinquerremes especialmente elegidos para soportar una dura batalla marítima; preferiría no perderlos, si es posible, aunque sean el cebo. Esta flota navegará desde Portus Julius a través de los estrechos para reforzar Tauro. Sexto Pompeyo hará lo que hace siempre: acechar en los estrechos.

Se lanzará sobre nuestro cebo como un león sobre un venado. El objetivo es mantener la atención de Sexto firme en los estrechos y, por supuesto, Siracusa. ¿Por qué sino una flota de grandes quinquerremes estaría navegando al sur si no es para atacar Siracusa? Con un poco de suerte, mi propia flota, que seguirá a la flota cebo, le ganará la mano a Sexto y conseguirá desembarcar las legiones en Mylae.

—Yo estaré al mando del cebo —dijo Octavio, ansioso—. Dame esa tarea, Agripa, por favor. Llevaré a Sabino conmigo para que no sienta que ha sido dejado de lado en una tarea importante.

—Si quieres la flota cebo, César, es tuya.

—A partir de allí se producirá un ataque por los dos frentes dirigido al extremo oriental de la isla —señaló Livia Drusilia—. Tú avanzarás desde el oeste hacia Messana, Agripa, mientras el contingente de Tauro se acerca a Messana por el sur. Pero ¿qué hay del extremo occidental de Sicilia?

En el rostro apareció una expresión de desdicha.

—En cuanto a eso, señora, me temo que tendremos que utilizar a Marco Lépido y a algunas de las muchas legiones que ha acumulado en la provincia de África. Es una breve navegación desde África hasta Agrigentum y Lilybaeum, que es mejor que la haga Lépido. Sexto puede que tenga su cuartel general en Agrigentum, pero no permanecerá mucho tiempo por allí con tantas cosas que pasan alrededor de Siracusa y Messana, nunca creí que se fuese a quedar allí, pero sí estarán sus bóvedas —manifestó Livia Drusilia con una

expresión acerada—. Hagamos lo que hagamos, no podemos permitir que Lépido se marche con el botín de Sexto Pompeyo. Cosa que intentará hacer.

—Absolutamente —dijo Octavio—. Por desdicha tiene conocimiento de nuestros contactos con Antonio, así que sabe perfectamente bien que Agrigentum es vital. Y también que militarmente no es el primer objetivo. Tendremos que batir a Sexto alrededor de Messana, separarlo de Agrigentum, que está situada en el otro lado de la isla y separada por varias cadenas montañosas. Pero veo Agrigentum como otro cebo. Lépido no puede permitirse confinar sus actividades en el extremo occidental si quiere preservar su estatus como triunviro y mayor contribuyente a la victoria. Así que lo que hará será proteger Agrigentum con varias legiones hasta que pueda regresar para vaciar las arcas. Por lo tanto, no podemos permitirle regresar.

—¿Cómo piensas hacer eso, César? —preguntó Agripa.

—Todavía no estoy seguro. Sólo acepta mi palabra de que es lo que le sucederá a Lépido.

—Te creo —dijo Livia Drusilia con una expresión oronda.

—Yo también —afirmó Agripa con una expresión leal y devota.

*

Poco dispuesto a enfrentarse al riesgo de las tempestades equinocciales, Agripa no montó su ataque hasta principios del verano, después de recibir aviso de África de que Lépido estaba Preparado y navegaría con los idus de julio. Estatilio Tauro, que de lejos tenía que hacer el viaje más largo, debía navegar desde Tarentum trece días antes, en las calendas, mientras que Octavio, Messala Corvino y Sabino salieron de Portus Julius el día anterior a los idus y Agripa el día posterior.

Se había acordado que Octavio desembarcaría en Sicilia, al sur del talón de la bota italiana, en Tauromenium, y tendría el grueso de las legiones a su cargo. Tauro se uniría a él allí después de cruzar el monte Etna. El amigo de Octavio, Messala Corvino, marcharía con las legiones a través de Lucania hasta Vibo, desde cuyo puerto cruzarían a Tauromenium. Todo eso hubiese estado muy bien de no haber sido por una imprevista tormenta que causó más daños a la flota de Octavio que las que le produjo Sexto Pompeyo. Octavio se encontró varado en el lado italiano de los estrechos junto con la mitad de las legiones; la otra mitad, tras haber desembarcado en Tauromenium, esperó a que llegasen Tauro y Octavio. Una larga espera. Incluso después de que la tormenta se disipase dos nundinae más tarde, Octavio y Messala Corvino estaban frustrados por los daños sufridos por los transportes de tropa. Para el momento en que estuvieron reparados ya estaban bien adentrados en Sixtilis y toda la isla estaba involucrada en la lucha terrestre.

Lépido no tuvo ninguna dificultad. Recaló en Lilybaeum y Agrigentum a la vez, desembarcó doce legiones y atacó por el norte y el este a través de las montañas, en dirección a Messana. Tal como Octavio había dicho, dejó una guarnición en Agrigentum con otras cuatro legiones, seguro de que él y nadie más regresaría para hacerse con el contenido de las arcas de Sexto Pompeyo.

Pero fue Agripa quien ganó la campaña. Como sabía el tamaño de la flota de Tauro en Tarentum y al sobreestimar el tamaño de la flota de Octavio, Sexto Pompeyo trajo todos los barcos que poseía y los concentró en el estrecho, decidido a retener Messana y, por lo tanto, el extremo oriental de la isla. Con el resultado de que los doscientos once quinquerremes y trirremes de Agripa enviaron una pequeña flota pompeyana al fondo de Mylae, y desembarcaron a cuatro legiones allí, sanas y salvas. Luego, Agripa siguió por la costa norte en dirección al oeste antes de reunir a sus barcos de guerra y disponerlos frente a la costa, en Naulochus.

Al parecer no había entrado en la mente de Sexto Pompeyo, que despreciaba a Octavio, que pudiese reunir tantos barcos y tropas contra él. Las malas noticias siguieron a las malas noticias: Lépido se estaba haciendo con el extremo occidental de Sicilia, Agripa se había apoderado de la costa norte y Octavio había conseguido finalmente cruzar el estrecho. Sicilia estaba abarrotada de soldados, pero pocos de ellos pertenecían a Sexto Pompeyo. Dominado por el miedo y la desesperación, el hijo menor de Pompeyo Magno decidió jugárselo todo a una gran batalla naval, y salió al encuentro de Agripa.

Las dos flotas se encontraron en Naulochus, Sexto convencido de que, además de la superioridad numérica, también tenía la capacidad. Más de trescientas galeras mandadas y tripuladas soberbiamente, con él al mando. ¿Qué se creía un palurdo de Apulia como Marco Agripa que estaba haciendo para enfrentarse a Sexto Pompeyo, siempre victorioso en el mar durante diez años? Pero los barcos de Agripa eran más agresivos y estaban armados con su arma secreta. Había tomado un vulgar garfio y lo había convertido en algo que se podía disparar desde una catapulta a mucha mayor distancia que la que se podía conseguir lanzándolo con el brazo. Después, la nave enemiga era arrastrada, al tiempo que se la bombardeaba con dardos, piedras y flechas incendiarias. Mientras ocurría esto, el barco de Agripa miraba de proa y corría a lo largo de la banda del barco enemigo para cortarles los remos. Hecho esto, los marineros saltaban a través de las pasarelas y acababan el proceso matando a todos los que no habían saltado al agua para morir ahogados o ser pescados como prisioneros de guerra. De acuerdo con la manera de pensar de Agripa, los espolones estaban muy bien, pero pocas veces conseguían hundir un barco, y la mayoría conseguía escapar. El harpax cortaba los remos y luego a los marinos, sin duda significaba un pasaporte a la muerte.

Con el rostro bañado en lágrimas, Sexto Pompeyo vio cómo sus flotas

combinadas acababan destruidas. En el último momento hizo virar su nave insignia hacia el sur y huyó, dispuesto a no ser llevado en cadenas a través del foro romano para ser juzgado en secreto por traición en el Senado, como Salvidieno. Porque sabía muy bien que su estatus lo protegería del destino habitual de alguien declarado hostis: ser muerto por el primer hombre que lo viese. Eso lo podría soportar.

Se escondió en una cala y después cruzó el estrecho al amparo de la oscuridad, luego puso rumbo al este para rodear el Peloponeso y buscar refugio con Antonio, que sabía que estaba ausente en su campaña; desembarcaría en algún lugar amigo hasta que Antonio regresase. Mitylene, en la isla de Lesbos, le había dado asilo a su padre; haría lo mismo por su hijo, Sexto estaba seguro.

La resistencia terrestre fue mínima, especialmente después del tercer día de septiembre, el día que Agripa ganó en Naulochus. Las «legiones» de Sexto estaban formadas por esclavos, libertos y ladrones mal entrenados y nada valientes. Sexto sólo los había utilizado para aterrorizar a la población local; enfrentados a legiones romanas de verdad no tenían ninguna posibilidad de triunfo. La mayoría se rindió e imploró misericordia.

Lépido disfrutó con su superioridad, y se tomó su tiempo para cruzar la isla. Incluso así, llegó a Messana antes que Octavio, que encontró una decidida resistencia en la costa norte de Tauromenium. Cuando Lépido llegó a Messana, el gobernador pompeyano, Plinio Rufo, se rendía a Agripa. Un insulto que Lépido no podía tolerar. Mandó a llamar a Plinio Rufo de inmediato y exigió que se rindiese a él y no a Agripa, aquel don nadie de baja estofa. No pasó así porque Agripa aceptó la rendición en su propio nombre y no en el de Octavio.

Cuando Octavio llegó al campamento de Agripa, se lo encontró rabioso: ¡toda una nueva experiencia! En todos sus años juntos no recordaba a Agripa con una furia tan monumental.

—¿Sabes lo que ha hecho ese cunnus? —gritó Agripa, que descargó un latigazo metafórico—. Dijo que él es el vencedor de Sicilia, no tú, el triunviro de Roma, de Italia y de las islas. Dijo, dijo, oh, no puedo recordar, estoy tan furioso.

—Venga, vayamos a verlo —dijo Octavio con voz más tranquila—, le hablaremos de nuestras diferencias, y recibiremos unas disculpas. ¿Qué te parece?

—Nada que no sea su cabeza me satisfará —protestó Agripa.

Lépido, sin embargo, no estaba de muy buen humor. Recibió a Octavio y a Agripa vestido con su paludamentum escarlata y una armadura de oro, la

coraza trabajada que mostró a Emilio Paulo en el campo de batalla de Pydna, una famosa victoria. A los cincuenta y cinco años, Lépido no era joven, y se sentía eclipsado por los jóvenes. Era ahora o nunca, en lo que a él concernía; tiempo de hacer la jugada para obtener el poder, que aparentemente siempre lo eludía. Su rango era el mismo que el de Antonio y Octavio, y, sin embargo, nadie lo tomaba en serio, y eso tenía que cambiar. Incorporó a su propio ejército todas las «legiones» de las tropas de Sexto, con el resultado de que en Messana tenía veintidós legiones, sin incluir las cuatro que tenía en Agrigentum y las que había dejado para vigilar la provincia de África. Sí, era el momento de actuar.

—¿Qué quieres, Octavio? —preguntó con altivez.

—Lo que me corresponde —respondió Octavio con voz tranquila.

—No te mereces nada. Yo derroté a Sexto Pompeyo, y no tus sirvientes de baja estofa.

—Qué extraño, Lépido. ¿Por qué creo que fue Marco Agripa quien derrotó a Sexto Pompeyo? Se lo jugó todo en una batalla naval en la que tú no estuviste presente.

—Te puedes quedar con los mares. Octavio, pero no tendrás esta isla —replicó Lépido, y se irguió—. Como triunviro con los mismos poderes que los tuyos, declaro que de aquí en adelante Sicilia es parte de África, y yo la gobernaré desde África. África es mía, y se me dio en el pacto de Tarentum por otros cinco años. Excepto —añadió Lépido con una sonrisa de burla— que cinco años no son suficientes. Me tomo África, incluida Sicilia, a perpetuidad.

—El Senado y el pueblo te privarán de ambas si no vas con cuidado, Lépido.

—¡Entonces que el Senado y el pueblo vayan a la guerra contra mí! Tengo treinta legiones bajo mi mando. Te ordeno que tú y tus sirvientes regreséis a Italia, Octavio. ¡Márchate de mi provincia ahora!

—¿Es tu última palabra? —preguntó Octavio, con la mano bien sujeta en el antebrazo de Agripa para asegurarse de que no desenvainase la espada.

—Lo es.

—¿Estás de verdad preparado para otra guerra civil?

—Lo estoy.

—Estás convencido de que Marco Antonio te respaldará cuando regrese del reino de los partos. Pero no lo hará, Lépido. Créeme, no lo hará.

—No me importa si lo hace o no. Vete ahora que todavía hay vida en tu cuerpo, Octavio.

—Llevo algunos años siendo César, pero tú sigues siendo Lépido el ignominioso.

Octavio se volvió y salió de la mejor mansión de Messana, con su mano todavía sujetando el brazo de Agripa bien lejos de la espada.

—¡César, cómo se atreve! ¡No me digas que tendremos que luchar contra él! —gritó Agripa, que se quitó por fin la mano de Octavio del brazo.

En los labios de Octavio apareció su más hermosa sonrisa; los ojos que miraban a Agripa eran luminosos, inocentes, encantadoramente jóvenes.

—¡Querido Agripa! No, no tendremos que luchar, te lo prometo.

Agripa no pudo adivinar más que eso.

Octavio sencillamente dijo que no habría guerra civil, ni siquiera una escaramuza, un duelo, una maniobra.

A la mañana siguiente, con el alba, Octavio desapareció; para el momento en que un frenético Agripa lo encontró, todo se había acabado. Solo y vestido con su toga, había entrado en el enorme campamento de Lépido y se había paseado entre los miles de soldados con una sonrisa, los había felicitado y se los había hecho suyos. Juraron con entusiasmo a Telio, Sol Indiges y Liber Pater que César era su único comandante, que César era su querido, su mascota de cabellos rubios, Divi Filius.

Las ocho legiones de variados reclutas de Sexto Pompeyo fueron desmanteladas aquel mismo día, y permanecieron bajo una fuerte custodia mientras pensaban en su destino con bastante humor; Lépido les había prometido la libertad, y como conocían muy poco a Octavio, esperaban con gran confianza recibir el mismo trato.

—Ya has corrido tu carrera, Lépido —dijo Octavio cuando el asombrado Lépido entró en tromba en su tienda—. Sólo porque estás emparentado por sangre con mi divino padre, te perdonaré la vida y no te someteré a un juicio por traición en el Senado. Pero haré que ese mismo cuerpo te prive de tu triunvirato y de todas tus provincias. Te retirarás a la vida privada y nunca más la abandonarás, ni siquiera para buscar el cargo de censor. Sin embargo, podrás mantener tu cargo de pontífice máximo. Te lo han dado de por vida, y seguirá siendo tuyo mientras vivas. Te requiero que viajes a bordo de mi barco conmigo, pero te dejaremos en Circeii, donde tienes una casa. No entrarás en Roma bajo ninguna razón, ni tampoco se te permitirá vivir en la domus Publica.

Con el rostro tenso, Lépido escuchó, la garganta cada vez más cerrada. Cuando no encontró nada que decir en respuesta, se desplomó en una silla y se cubrió el rostro con un pliegue de la toga.

Octavio fue fiel a su palabra. Por mucho que el Senado estuviese lleno de clientes de Antonio, promulgaron los decretos que se les pedía sobre Lépido sin un murmullo. A Lépido se le prohibió entrar en Roma, se le despojó de todos sus deberes y honores públicos y de las provincias.

Aquel año la cosecha se vendió a diez sextercios el modius, e Italia se alegró. Cuando Octavio y Agripa abrieron las arcas en Agrigentum, encontraron la increíble suma de ciento diez mil talentos. El cuarenta por ciento de Antonio, cuarenta y cuatro mil talentos, se separó y se le envió a Antioquía en el momento en que su flota ateniense estuvo libre para navegar. Para prevenir los robos fueron guardados en cofres de roble con flejes de metal cada uno clavado y sellado con un sello de plomo que llevaba una réplica del sello de esfinge de Octavio, IMP. CAES. DIV. FIL. TRI. Cada barco llevaba seiscientos sesenta y seis cofres, cada uno con cincuenta y seis talentos.

—Esto debería complacerlo —comentó Agripa—, aunque no le gustará que te quedes con las veinte galeras de Octavia.

—Oh, irán a Atenas el año que viene, con dos mil tropas escogidas a bordo, y Octavia como regalo añadido. Ella lo echa de menos.

Pero la parte de Roma, el sesenta por ciento ahora que Lépido estaba eliminado de la ecuación, llegó a Roma intacta después de todo. Los sesenta y seis mil cofres fueron cargados a bordo de los transportes de tropas que primero llegaron a Portus Julius, donde descargaron las veinte legiones que Octavio traía a casa, algunas para el retiro, la mayoría para quedarse bajo las águilas por razones que nadie, salvo Octavio, sabía.

La voz del enorme tesoro se había corrido. Los representantes de las legiones, al final de la campaña de Sicilia, no eran un grupo admirable, ni tampoco estaban imbuidos de patriotismo. Cuando Octavio y Agripa los llevaron a Capua y los instalaron en un campamento en las afueras, veinte representantes de las legiones se presentaron como una delegación ante Octavio para hablar de amotinamiento a menos que les pagase a cada uno un sustancioso premio.

Lo decían de verdad, algo que Octavio veía con claridad. Escuchó a su portavoz con rostro imperturbable, y después preguntó:

—¿Cuánto?

—Mil denarios (cuatro mil sextercios) para cada uno —dijo Lucio Desidio—. De lo contrario, las veinte legiones se declararán en rebeldía.

—¿Eso incluye a los no combatientes?

Era obvio que no; los rostros reflejaron desconcierto. Sin embargo, Desidio

pensaba rápido.

—Para ellos, cien denarios para cada uno.

—Por favor, disculpadme mientras me siento con mi ábaco y calculo a cuánto asciende —dijo Octavio, al parecer muy tranquilo.

Procedió a hacerlo; las cuentas de marfil volaban en ida y vuelta por sus delgadas varillas tan rápido que ninguno de los representantes de las legiones daba crédito a lo que veía. ¡Oh, el joven César era muy amable!

—Son quince mil setecientos cuarenta y cuatro talentos de plata —dijo al cabo de unos momentos—. En otras palabras, el contenido habitual del tesoro de Roma, hasta el último denario.

—Gerrae!, no lo es —exclamó Desidio, que sabía leer y escribir, pero no sabía nada de suma—. ¡Eres un estafador y un mentiroso!

—Te aseguro, Desidio, que no soy ninguna de las dos cosas. Sólo digo la verdad. Para probarlo, cuando te pague (sí, te pagaré) pondré el dinero en cien mil bolsas de mil para los hombres y en veinte mil bolsas de cien para los no combatientes. Denarios, no sextercios. Apilaré los sacos en el campo de asambleas, y te sugiero que busques los suficientes legionarios que sepan contar para que verifiquen que cada saco contiene exactamente la cantidad de dinero solicitada. Aunque es más rápido pesar que contar —añadió con expresión plácida.

—Ah, me olvidé decir que hay cuatro mil denarios para cada uno de los centuriones —añadió Desidio.

—¡Demasiado tarde, Desidio! Los centuriones recibirán lo mismo que los soldados rasos. Acepté tu primer pedido y rehúso alterarlo después, ¿está claro? Voy a ir un poco más allá (porque soy triunviro y se me permite ese privilegio) al decirte que no podrás tener esta recompensa ni esperes tierras. Ésta es tu paga de retiro, y nos dejas a nosotros libres de todo cargo. Si consigues tierras, será por mi consentimiento. Llévate lo que debería estar en el tesoro con mis buenos deseos, pero no pidas más, ahora o en el futuro. Porque Roma no pagará más grandes recompensas. En el futuro, las legiones de Roma lucharán por Roma, no por un general ni en una guerra civil. En el futuro, las legiones de Roma recibirán su paga, sus ahorros, y una pequeña gratificación cuando se retiren. No más tierras, nada que el Senado y el pueblo no sancionen. Estoy instituyendo un ejército de veinticinco legiones, y todos los hombres servirán durante veinte años sin licencia. Una carrera, no un trabajo. Una antorcha que se llevará por Roma, no un tizón por un general. ¿Me he expresado con claridad? Se ha acabado, Desidio, hoy mismo.

Los veinte representantes lo escucharon con creciente horror, porque había

algo en aquel hermoso rostro joven de César que ahora no era hermoso ni joven como solía ser. Sabían que les decía la verdad. Como representantes, eran los más militantes y los más venales de su clase, pero incluso los más militantes y los más venales de los hombres podían escuchar cómo se cerraba una puerta, y una se cerró aquel día. Quizá el futuro también contendría motines, pero César estaba diciendo que significaría la pena de muerte para todos los involucrados.

—No puedes ejecutar a cien mil de nosotros —dijo Desidio.

—¿Oh, no puedo? —Los ojos de Octavio se hicieron más grandes, más luminosos—. ¿Cuánto crees que durarías si le digo a los tres millones de habitantes de Italia que los tienes como rehenes y que les robas el dinero de sus bolsas? ¿Por qué llevas una cota de malla y una espada? No es bastante razón, Desidio. Si el pueblo de Italia lo supiera, os haría trocitos a los cien mil. —Hizo un gesto con la mano—. ¡Venga, marchaos! Mirad el tamaño de vuestras recompensas cuando apile mis bolsas en el campo de asambleas. Entonces sabréis cuánto habéis pedido.

Se marcharon con aire contrito pero decididos.

—¿Tienes sus nombres, Agripa?

—Sí, hasta el último de ellos, y unos cuantos más.

—Dispérsalos y mézclalos con otras tropas. Creo que es mejor que cada uno sufra un accidente, ¿no crees?

—La fortuna es caprichosa, César, pero la muerte es más fácil de preparar. Es una pena que la campaña se haya terminado.

—¡En absoluto! —dijo Octavio con su voz más cordial—. El año que viene iremos a Illyricum. Si no lo hacemos. Agripa, las tribus se unirán con los besios y los dardanios y pasarán por los Alpes Cárnicos a la Galia Cisalpina. Es la forma más fácil y que evita tener que hacerlo a mayor altura para entrar en Italia. La única razón para que no lo hayan utilizado para invadirnos es la falta de unidad entre las tribus, que se están romanizando de forma equivocada. Los representantes de las legiones se comportarán de manera heroica, y muchos morirán en el proceso de ganar una corona al valor. Por cierto, voy a otorgarte la corona naval —se rio—. Te quedará muy bien, Agripa, todo ese oro.

—Gracias, César, es muy amable de tu parte. Pero ¿e Illyricum?

—No habrá amotinamiento. Pasará de moda, o sino mi nombre no es César y no soy hijo de un dios. ¡Bah! Acabo de perder casi dieciséis mil talentos por una triste campaña que ha visto morir más hombres ahogados que mediante la punta de una espada. Vale la pena pagar las exorbitantes gratificaciones

simplemente para que no haya más guerras civiles. Las legiones irán a luchar a Illyricum por Roma, sólo por Roma. Será una campaña en toda regla, sin elementos de adoración al mando o dependencia para que otorgue gratificaciones. Aunque iré también a combatir, es tu campaña. Agripa. Confío en ti.

—Eres sorprendente, César.

Octavio pareció verdaderamente sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó.

—Te has enfrentado a ellos y has derrotado a toda esa roñosa pandilla de villanos. Han venido aquí esta mañana a intimidarte, y tú has vuelto las tornas y los has intimidado. Se marcharon como hombres muy asustados.

Apareció la sonrisa que —o al menos así creía Livia Drusilia— podía fundir a una estatua de bronce.

—Oh, Agripa, puede que sean unos absolutos villanos, pero son como niños. Sé que al menos uno de cada ocho legionarios sabe leer y escribir, pero en el futuro, cuando pertenezcan a un ejército permanente, todos tendrán que saber leer, escribir y contar. El campamento de invierno va a estar lleno de maestros. Si tienen alguna idea de lo mucho que su codicia le acaba de costar a Roma, se lo pensarán de nuevo. Es por eso que las lecciones comienzan ahora, con esas bolsas. —Exhaló un suspiro, pareció entristecido—. Tendré que enviar a pedir toda una corte de empleados del tesoro. Aquí estaré hasta que esté hecho. Agripa, delante de mis propios ojos. Nada de malversaciones, fraudes o estafas en el lejano horizonte.

—¿Les pagarás con cistóforos? Había muchos en el botín de Sexto, y recuerdo la historia del hermano del gran Cicerón, a quien le pagaron con cistóforos.

—Los cistóforos serán fundidos y acuñados como sextercios y denarios. Mis empedernidos villanos y los hombres a los que representan cobrarán en denarios como exigieron. —En sus ojos apareció una mirada soñadora—. Estoy intentando visualizar la altura que alcanzarán las pilas de sacos, pero incluso mi imaginación naufraga.

Acabada su tarea, Octavio no pudo regresar a Roma hasta enero. Convirtió el acontecimiento en algo así como un circo, y obligó a cada uno de los ciento veinte mil hombres a desfilar por el campo de asambleas para que contemplasen las pequeñas montañas de bolsas; luego, hizo un discurso más al estilo del difunto César que del suyo propio. Su manera de transmitir lo que decía fue una novedad; él mismo estaba en lo alto de una tribuna y se dirigía a aquellos centuriones que, según sus agentes le informaron, eran los hombres

de verdad influyentes, mientras cada uno de estos agentes repetía el mismo discurso a una centuria de tropas. Y no lo leían de un papel, sino que lo recitaban de corrido. Aquello asombró a Agripa, que lo sabía todo de los agentes de Octavio menos cuántos eran. Una centuria estaba formada por ochenta soldados y veinte no sirvientes no combatientes, y allí reunidas había veinte legiones, con sesenta centurias cada una, para contemplar las bolsas y escuchar el discurso. ¡Y mil doscientos agentes! No era de extrañar que él supiese todo lo que había que saber. Podía decir que era hijo de César, pero la verdad era que Octavio no se parecía a nadie, ni siquiera a su divino padre. Era algo absolutamente nuevo, tal como hombres tan perspicaces como el difunto Aulio Hirtio habían comprendido al principio de su carrera.

En cuanto a sus agentes, eran hombres que no servían para ser empleados en ninguna otra cosa; la clase de haraganes y charlatanes que disfrutaban con el solo hecho de rondar por los mercados y hablar, hablar y hablar mientras les pagasen un pequeño estipendio. Cuando uno comunicaba alguna información valiosa a su superior a lo largo de una muy bien estructurada cadena, recibía unos pocos denarios como recompensa, pero solamente si la información era correcta. Octavio también tenía agentes en las legiones, que cobraban por facilitar información; Roma pagaba sus sueldos.

Para el momento en que se acabó el espectáculo, las legiones sabían que sólo los veteranos de Mutina y Filipos se retirarían; que al año siguiente el grueso de ellos estaría luchando en Myricum, y que no se tolerarían amotinamientos por ninguna razón, y mucho menos por las gratificaciones. Al menor indicio de amotinamiento serían desnudadas las espaldas para el látigo y, después, rodarían las cabezas.

Por fin, Agripa tuvo su triunfo por las victorias en la Galia Transalpina; Calvino, cargado con el botín de Hispania y una temible reputación por tratar a los soldados amotinados con crueldad, cubrió la deteriorada y pequeña Regia, el templo más viejo de Roma, con costosos mármoles y adornó su exterior con estatuas; Estatilio Tauro recibió el encargo de gobernar África y de reducir sus legiones a dos; el trigo fluía como debía fluir, y al precio antiguo, y un feliz Octavio ordenó que demoren las fortificaciones alrededor de la domus Livia Drusilia. Construyó un cómodo barracón para sus germanos al final del latino, en una esquina donde la Vía Triunfal se encontraba con el Circo Máximo, y los nombró guardaespaldas especiales. Aunque caminaba detrás de dos lictores, como era la costumbre, él y los lictores estaban rodeados por germanos con armadura. Aquél era un nuevo fenómeno para Roma, nada acostumbrada a ver tropas armadas dentro del sagrado recinto de la ciudad salvo en tiempos de emergencia. Aunque las legiones pertenecían a Roma, los germanos estaban a las órdenes de Octavio, y sólo de Octavio. Aquel cuerpo estaba compuesto por seiscientos hombres, los cohors praetorii, oficialmente

designados como protectores de magistrados, senadores y triunviros, pero ningún magistrado o senador se hacía ninguna ilusión; cuando fuera necesario, sólo responderían a Octavio, que de pronto se había convertido en especial de una manera que ni siquiera César lo había hecho. Los ricos y poderosos senadores y caballeros siempre habían contratado guardaespaldas, pero eran ex gladiadores que nunca tenían un verdadero aspecto militar. Octavio había vestido a los germanos con un equipo espectacular, y los mantenía descansados y al Censo por Cabezas entretenido ya que realizaba sus ejercicios dentro del Circo Máximo todos los días.

A Octavio ya nadie le gritaba, silbaba o escupía cuando caminaba por las calles de la ciudad o aparecía en el foro romano; había salvado a Roma y a Italia del hambre sin la ayuda de Marco Antonio, cuya flota prestada de alguna manera nunca se mencionó. El trabajo de organizar Italia se le encomendó a Sabino. Este trabajo, consistente en confirmar las escrituras de tierras, valorar las tierras públicas de las diversas ciudades y municipios, realizar el censo de veteranos, de los cultivadores de maíz o de cualquiera que Octavio considerase digno de tener en cuenta y en reparar carreteras, puentes, edificios públicos, puertos y graneros, le entusiasmaba. Sabino también contaba con un equipo de pretores que escuchaban los juicios de quejas, bastante abundantes; los romanos de todas las clases eran litigiosos.

Veinte días después de la batalla de Naulochus, Octavio había cumplido los veintisiete; llevaba en el corazón de la política y la guerra romanas nueve años. Más que incluso César o Sila, que habían estado ausentes de Roma durante años. Octavio era algo fijo en Roma. Esto se veía de muchas maneras, pero particularmente en su porte.

Delgado, no alto, su forma togada se movía con gracia, dignidad y una extraña aureola de poder; el poder de alguien que había sobrevivido contra todo pronóstico y había emergido triunfante. La gente de Roma, desde los más altos hasta los más bajos, se había acostumbrado a verlo, y, como Julio César, nunca era demasiado grande como para no hablar con cualquiera. Eso, a pesar de sus guardaespaldas germanos, que sabían que no debían intervenir cuando se abría paso entre sus filas para hablar con un ciudadano. Si sus espadas estaban flojas en las vainas, habían aprendido a ocultar la ansiedad, a intercambiar comentarios en un latín horroroso con aquellos en la multitud que no intentaban llegar hasta César. Tenía un aspecto magnífico.

Para el Año Nuevo, cuando aquel pompeyano con el mismo nombre, Sexto Pompeyo, había asumido el consulado junto con Lucio Cornificio, comenzaron a llegar las noticias de grandes victorias en Oriente, propagadas por los agentes de Antonio a instancias de Poplicola. Antonio había conquistado a los partos, ganado inmensas extensiones para Roma, acumulado extraordinarios tesoros... Sus partidarios estaban exultantes y sus enemigos

confundidos. Octavio, el más importante de los incrédulos, envió agentes especiales a Oriente para averiguar si esos rumores eran ciertos. En las calendas de marzo llamó al Senado, algo que no era muy habitual. Cada vez que lo hacía, los senadores se presentaban hasta el último hombre, llevados por la curiosidad y un profundo respeto. Aún no lo había conseguido del todo, aún había senadores que lo llamaban Octavio, que se negaban a darle el título de César, pero su número iba disminuyendo. Su supervivencia durante nueve peligrosos años había añadido un elemento de temor. Si su poder continuaba creciendo y Marco Antonio no regresaba a casa pronto, nada le impediría convertirse en lo que quisiese. De allí era de donde venía el temor.

Como triunviro a cargo de Roma e Italia, ocupaba una silla curul de marfil en la tarima de los magistrados, al final de la nueva Curia que su divino padre había construido, un proceso tan largo que aún no había sido acabado hasta la derrota de Sexto Pompeyo. Como su imperio era maius, superaba en autoridad a los cónsules, cuyas sillas curules de marfil estaban a cada lado de la suya pero un poco más atrás.

Se levantó para hablar, sin notas, la espalda recta, sus cabezas una aureola dorada en un edificio cuyo tamaño hacía que fuese un tanto apagado. La luz entraba por las ventanas del triforio, muy alto, y era engullida por la penumbra de un interior bastante grande como para albergar a mil hombres en dos bancadas de tres gradas, una a cada lado de la tarima. Estaban senados en taburetes; aquellos que habían sido magistrados superiores en la primera grada, los magistrados menores en la grada del medio y los *pedarii*, que tenían prohibido hablar, en la última grada. Como no había sistema de partido, si un hombre escogía sentarse a la izquierda o a la derecha de la tarima no era algo significativo, aunque aquellos que pertenecían a una facción tendían a agruparse. Algunos tomaban notas en taquigrafía para sus propios archivos, pero había seis escribas que tomaban notas para el Senado como cuerpo, que después eran copiadas, impresas con los sellos de los cónsules y guardadas en los archivos que estaban en la puerta vecina, en las salas de negociaciones del Senado.

—Honorable cónsules, consulares, pretores, ex pretores, ediles, ex ediles, tribunos de la plebe, ex tribunos de la plebe y senadores, estoy aquí para informar lo que se ha hecho. Lamento no haber podido hacer este informe antes, pero tuve que viajar ineludiblemente a la provincia de África para instalar a Tito Estatilio Tauro como gobernador y para ver por mí mismo el estado de confusión que el ex triunviro Lépido ha creado. Un desaguizado considerable, consistente principalmente en la acumulación de un sorprendente número de legiones que más tarde utilizó en un intento para tomar el gobierno de Roma. Una situación que resolví, como ustedes saben. Pero nunca más a ningún promagistrado de cualquier rango o imperio se le

permitirá reclutar, armar y entrenar legiones en su provincia o importar legiones a su provincia sin el expreso consentimiento del Senado y el pueblo de Roma.

»Muy bien, prosigamos. Mis legiones más antiguas, los veteranos de Mutina y Filipos, serán licenciados y recibirán tierras en África y en Sicilia, esta última todavía más desordenada que África, con una desesperada necesidad de un buen gobierno, una adecuada agricultura y una población próspera. Estos veteranos se acomodarán entre uno o dos centenares de iugera de tierra, que deberán cultivar trigo alternado con legumbres cada cuatro años. Los viejos latifundios de Sicilia serán subdivididos, salvo uno, dado al imperator Marco Agripa. Él actuará como supervisor general de los agricultores veteranos, y de esta manera los aliviará de la carga de vender la cosecha, que él hará en su nombre y pagará justamente. Los representantes de las legiones de estas tropas están satisfechos con mis arreglos, y ansiosos por ser licenciados.

»Su marcha dejará a Roma con veinticinco buenas legiones, un número de hombres suficientes para enfrentarse con cualquier guerra que Roma se vea obligada a afrontar. Muy pronto servirán en Illyricum, que pretendo someter durante este año, al siguiente o quizá al posterior. Ya es hora de que las gentes de la Galia Cisalpina oriental estén protegidas contra las incursiones de los iapudes, los dálmatas y otras tribus de ilirias, Si mi divino padre hubiese vivido, esto es lo que hubiese hecho. Así que ahora me corresponde a mí, y lo haré en conjunción con Marco Agripa. Porque yo mismo no puedo y no dejaré Roma aunque sea una cuestión de meses. El buen gobierno se hace de primera mano, y la mía es la mano que el Senado y el pueblo de Roma han honrado con la tarea de establecer un buen gobierno.

Octavio bajó de la tarima curul, hizo un recorrido alrededor de los largos bancos de madera que acomodaban a los diez tribunos de la plebe y caminó hasta el centro del suelo a cuadros. Allí habló girándose en muy lentos círculos para que cada senador pudiese verlo bien, tanto su cara como la nuca.

El nimbo de luz dorada lo siguió e imbuyó a su delgada figura una aureola sobrenatural.

—Hemos tenido alborotos y algaradas desde que Sexto Pompeyo comenzó a interferir en el suministro de trigo —continuó con voz calma—. El tesoro estaba vacío, la gente moría de hambre, los precios subieron hasta un punto en que nadie sin medios podía vivir como todos los romanos deben vivir: con dignidad y un mínimo de confort. Aquellos que no podían permitirse tener un esclavo se multiplicaron. Los capite censi que no tenían el ingreso de la paga de un soldado estaban en verdaderos apuros y había momentos en que ningún comercio de Roma se atrevía a abrir. ¡No era culpa suya, senadores! Era culpa

nuestra, por no habernos enfrentado a Sexto Pompeyo. No teníamos las flotas ni el dinero para enfrentarnos a él, como todos ustedes bien saben. Tardamos cuatro años en ahorrar para reunir los barcos que necesitábamos, pero el año pasado se hizo, y Marco Agripa barrió a Sexto Pompeyo de los mares para siempre.

Su voz cambió y tomó un tono acerado.

—Me he ocupado de las tropas de tierra de Sexto Pompeyo con la misma dureza que hice con sus marineros y remeros. Aquéllos que eran esclavos fueron devueltos a sus amos con la petición de que nunca fuesen liberados. Si sus antiguos amos no pudieron ser encontrados porque Sexto Pompeyo los mató, dichos esclavos fueron empalados. ¡Sí, un verdadero empalamiento! Una estaca metida a través del recto hasta los órganos vitales. Los libertos y extranjeros fueron azotados y marcados en la frente. Los almirantes han sido ejecutados. El ex triunviro Marco Lépido quería agruparlos en sus legiones, pero Roma no necesita ni tolera a tal escoria. Han muerto o se enfrentan a una vida de esclavitud, como es justo y correcto.

»Los cónsules romanos, pretores, ediles, cuestores y tribunos de los soldados tienen ciertos deberes que deben cumplir con celo y eficiencia. Los cónsules redactan leyes y autorizan empresas. Los pretores escuchan los pleitos civiles y criminales. Los cuestores tienen a su cargo el dinero de Roma, ya esté en el tesoro o en las oficinas de algún gobernador, puerto u otro. Los ediles atienden a la propia Roma al ocuparse del suministro de agua, de las cloacas, de los mercados, de los edificios y de los templos. Como triunviro a cargo de Roma e Italia, vigilaré atentamente a estos magistrados, y espero que ellos sean buenos magistrados.

Sonrió, mostrando sus dientes blancos fugazmente, y pareció un poco travieso.

—Aprecio la estatua dorada colocada en el foro que dice que yo he restaurado el orden en mar y tierra, pero aprecio más el buen gobierno. Tampoco es Roma todavía lo bastante rica para permitirse dedicar estatuas de sus ingresos. Gastad con sabiduría, senadores.

Recorrió el piso, luego volvió a la tarima, permaneció de pie para que todos lo vieran y esperó a ver cómo reaccionaban a su perorata, aliviados de que fuese breve aunque un tanto terrorífica.

—En último lugar, pero no por ello menos importante, senadores: ha llegado a mis oídos que el imperator Marco Antonio ha obtenido grandes victorias en Oriente, que su frente está coronada con laureles y su botín es inmenso. Entró en las tierras del rey parto hasta Fraaspa, a menos de doscientas millas de Ecbatana, y en todas partes triunfó. Armenia y Media

están bajo su pie, y sus reyes son sus vasallos. Por lo tanto, votemos una gracia de veinte días por sus valerosos actos. Todos los que estén de acuerdo que digan sí.

El rugido de aprobación fue ahogado por los gritos y los golpes con los pies; los ojos de Octavio recorrieron las bancadas, contando. Sí, todavía había unos setecientos senadores fieles a Octavio.

—Yo llegué primero —le dijo, complaciente, a Livia Drusilia cuando regresó a casa—, y no le di a sus criaturas ninguna oportunidad de gritar las nuevas de los triunfos de Antonio desde los bancos.

—¿Nadie sabe todavía del fracaso de Antonio? —preguntó ella.

Al parecer, no. Al proponer que se le diese un premio, evité discusiones.

—También evitaste cualquier moción para que se votasen unos juegos de victoria en su honor o alguna historia que hubiera trascendido al pueblo, incluso hasta el Censo por Cabezas —dijo ella, satisfecha—. Excelente, amor mío, excelente.

Él la atrajo a su lado del diván y le besó los párpados, las mejillas, su deliciosa boca.

—Siento deseos de hacer el amor —le murmuró al oído.

—Entonces hagámoslo —susurró ella, y le tomó de la mano.

Dejaron la sala de Livia Drusilia del brazo para entrar en su dormitorio. «¡Ahora, que él está encendido de placer! ¡Ahora, ahora! —pensó ella mientras se quitaban las ropas y se tendían en la cama voluptuosamente—. Besa mis pechos, besa mi vientre, besa lo que queda debajo, cúbreme de besos, lléname con tu simiente.»

Seis nundinae más tarde, Octavio volvió a convocar al Senado, provisto con una montaña de pruebas que sabía que no necesitaría, pero que debía tener a mano por si acaso. Esta vez comenzó con el anuncio de que había suficiente en el tesoro como para eliminar algunos impuestos y reducir otros, y siguió con la declaración de que el gobierno de la República regresaría tan pronto como la campaña en Illyricum hubiese concluido. Ya no serían necesarios los triunviros, los candidatos a cónsules podrían proponer sus nombres sin la aprobación de los triunviros, el Senado reinaría supremo, las asambleas se reunirían con regularidad. Todo eso fue recibido con vivas y fuertes aplausos.

—Sin embargo —le dijo al Senado con tono imperioso—, antes de concluir debo hablar de los asuntos en Oriente. Esto es, del tema del imperator Marco Antonio. En primer lugar, Roma ha recibido muy poco en tributos de las provincias de Marco Antonio desde que asumió el triunvirato en Oriente Poco después de Filipos, aproximadamente hace seis años y medio. Que yo,

triunviro de Roma, Italia y las islas, acabe de Poder reducir algunos impuestos y cancelar otros es mi propio trabajo, sin contribución o ayuda de Marco Antonio. Y antes de que alguien en los bancos de delante o del medio salte para decirme que Marco Antonio donó ciento veinte barcos para la campaña contra Sexto Pompeyo, debo decirles a todos que cobró a Roma por el uso de dichos barcos. ¡Sí, cobró a Roma! ¡Escucho que preguntáis, ¿cuánto? Cuarenta y cuatro mil talentos, padres conscriptos! Una suma que representa el cuarenta por ciento del botín de las arcas de Sexto Pompeyo. Los otros sesenta y seis mil talentos vinieron a Roma, no a mí. Repito, no a mí. Fueron destinados a pagar las enormes deudas públicas y a regularizar la provisión de trigo. ¡Soy el sirviente de Roma y no tengo el deseo de ser el amo de Roma! ¡Me beneficio de aquello donde el beneficio es una costumbre honrada por el tiempo! Aquellos ciento veinte barcos costaron trescientos sesenta y seis talentos cada uno, y fueron prestados por Antonio, no dados. Un quinquerre nuevo cuesta cien talentos, pero tuvimos que alquilar la flota de Marco Antonio. No había dinero en el tesoro, y no podíamos permitirnos posponer nuestra campaña contra Sexto Pompeyo otro año más. Así que, en nombre de Roma, acepté este chantaje, porque es un chantaje.

Esta vez se desató el tumulto en las bancadas, sus ocupantes gritaban insultos o alabanzas, los setecientos dóciles senadores de Antonio —conscientes de que estaban a la defensiva— gritaban el doble de fuerte que los otros. Con el rostro descompuesto, Octavio esperó a que pasase el furor.

—¿Ah, pero el tesoro recibió los sesenta y seis mil talentos de plata? —preguntó Poplicola—. ¡No! ¡Sólo fueron depositados cincuenta mil talentos! ¿Qué pasó con los otros dieciséis mil? ¿Acabaron en tus bóvedas, Octavio?

—No —dijo Octavio con voz amable—. Fueron pagados a las legiones romanas para evitar un grave motín. Un tema que tengo la intención de discutir con los miembros de esta cámara en otra ocasión, porque es algo que debe cesar. Hoy, la cámara discute la administración de Marco Antonio en Oriente. ¡Es un fraude, padres conscriptos! ¡Un fraude! ¡Los magistrados de Roma de mí para abajo no tienen ninguna noticia de las actividades de Antonio en Oriente, como tampoco el tesoro de Roma recibe tributo de Oriente!

Hizo una pausa para mirar las gradas, primero a la derecha, luego a la izquierda, su mirada posándose más tiempo en los partidarios de Antonio, que estaban comenzando a recelar. «Sí —pensó—, lo saben. ¿Creían que yo no lo iba a averiguar? ¿Me creyeron sincero cuando les hice votar para Antonio una muestra de agradecimiento por parte del Senado?»

—Todo en Oriente es un fraude —dijo con voz sonora—, incluidas las victorias de Marco Antonio contra los partos. No ha habido ninguna victoria,

padres conscriptos. Ninguna en absoluto. En cambio, Antonio ha caído derrotado. Antes de asumir el triunvirato, el palacio de verano del rey de los partos en Ecbatana tenía siete águilas romanas, perdidas cuando Marco Craso y siete legiones fueron exterminadas en Carrhae. ¡Una vergüenza que todos los verdaderos romanos deploran! La pérdida de un águila significa la pérdida de una legión; en estas circunstancias, el enemigo controla el campo de batalla al acabarse la contienda. Estas siete águilas están allí para vergüenza de Roma, porque eran las únicas que tenía el enemigo. ¡Sí, utilizo el pasado! ¡Con toda intención! Porque en estos seis años y medio durante los cuales Marco Antonio ha gobernado Oriente, otras cuatro de nuestras águilas han ido al palacio de verano en Ecbatana. ¡Perdidas por Marco Antonio! Las dos primeras pertenecían a las dos legiones que Cayo Casio dejó en Siria, a quien Antonio confió la defensa de Siria cuando se marchó a Atenas después de la invasión de los partos. Pero ¿cuál era su deber? Pues permanecer en Siria y expulsar al enemigo. No lo hizo y escapó a Atenas para continuar su disoluto estilo de vida. Mataron a su gobernador, Saxa, y también al hermano de Saxa. ¿Regresó Antonio para vengarlos? ¡No, no lo hizo! Gobernó lo que le quedaba de Oriente desde Atenas, y cuando los partos fueron expulsados, su conquistador, Publio Ventidio, tuvo los honores de un vulgar mulero. Un buen hombre, un soberbio general, un hombre del que Roma puede estar completamente orgullosa. Mientras su jefe descansaba en Atenas y hacía pequeños viajes a través del Adriático para atormentarme, a mí, un compañero, por no conseguir mis objetivos, como habíamos acordado. Pero los he conseguido, y cuando llegó el momento estuve allí en persona. Que confiase el mando de mi campaña a Marco Agripa era puro sentido común. Es mucho mejor general que yo y, sospecho, de lo que es Marco Antonio. Porque yo le di a Marco Agripa vía libre, mientras que Antonio ató a Ventidio de pies y manos. Se le ordenó que mantuviese a los partos contenidos para su jefe para cuando a éste le viniese de gusto mover su pesado culo, ya fuese dentro de cinco meses o cinco años. Por fortuna para Roma, Ventidio no hizo caso de las órdenes y expulsó a los partos. Pero no puedo evitar pensar, padres conscriptos, que si Ventidio hubiese obedecido p órdenes, Antonio habría dirigido las legiones al desastre, como ahora.

Dejó de hablar, sin razón aparente, sólo para disfrutar con el profundo silencio de ochocientos hombres, la mayoría de ellos partidarios de Antonio, asombrados, que se preguntaban cuánto sabría Octavio, temiéndose la denuncia que se aproximaba. Ni un solo grito de protesta, ninguno.

—El pasado mayo —dijo Octavio con voz normal—. Antonio dirigió a una poderosa fuerza desde Carana, en la Pequeña Armenia, hacia el este en una larga marcha. Dieciséis legiones romanas (noventa y seis mil hombres) y una fuerza auxiliar de caballería e infantería de sus provincias (otros cincuenta mil) hicieron una pausa en Artaxata, la capital de Armenia, antes de

embarcarse en un viaje a través de territorio desconocido guiados por unos armenios en los que confiaba Antonio. Una de las tragedias de mi relato, padres conscriptos, es que Marco Antonio ha demostrado una increíble capacidad para confiar en los hombres equivocados. Sus consejeros protestaron hasta lo indecible, pero Antonio no quiso escuchar sus sabios consejos. Confió en aquellos que no debía confiar, comenzando por el rey de Armenia y luego el rey de Media. Los dos Artavasdes, primero, le taparon los ojos y, después, lo esquilaron. Nuestra pobre oveja Antonio perdió su tren de equipajes, el más grande reunido nunca por un comandante romano, y en el proceso también perdió dos excelentes legiones comandadas por Cayo Oppio Estatiano, de la eminente familia de los banqueros. A Ecbatana fueron otras dos águilas de plata, que sumaron en total cuatro las perdidas por Antonio y once las que adornan el palacio de verano del rey Fraates. ¿Una tragedia? Sí, por supuesto. Pero fue más que eso, padres conscriptos, ¡fue una calamidad! ¿Qué enemigo extranjero va a temer al poder de Roma cuando sus tropas pierden las águilas?

Esta vez el silencio fue roto por suaves sollozos; no todos los senadores conocían la historia, incluso la mayoría de los que la sabían no habían escuchado los detalles.

—Sin su equipo de asedio —continuó Octavio—, robado por el rey Artavasdes de Media junto con el resto del equipaje, Marco Antonio permaneció acampado fútilmente delante de la ciudad de Fraaspa durante más de cien días, incapaz de tomarla. Sus grupos forrajeros estaban a merced de los partos que lo acechaban, dirigidos por un tal Monaeses, el parto en quien había confiado totalmente. Cuando llegó el otoño, Antonio no tuvo más alternativa que retirarse. Quinientas millas hasta Artaxata, acosado por Monaeses y su horda parta, que mataban a los retrasados por miles, la mayoría, tropas auxiliares, que no podían marchar al ritmo de una legión romana. Pero un gobernador romano que emplea tropas auxiliares está ligado por el honor a protegerlos como si fuesen romanos, y Antonio los abandonó deliberadamente para salvar a sus legiones.

Quizá yo o Marco Agripa hubiésemos hecho lo mismo en similares circunstancias, pero dudo de que cualquiera de los dos hubiese perdido un tren de equipajes al permitir que se retrasara centenares de millas detrás del ejército.

»Se acabó la retirada y el ejército se quedó en un campamento temporal en Carana a finales de noviembre. Antonio, entonces, escapó a un pequeño puerto sirio, Leuke Kome, y dejó a Publio Canidio el encargo de traer las tropas, que estaban necesitadas de auxilio. Algunos perecieron en aquella última marcha debido al terrible frío, muchos perdieron los dedos de las manos y los pies por congelación. De sus ciento cuarenta y cinco mil hombres murieron más de la

tercera parte, la mayoría de ellos auxiliares. El honor de Roma quedó manchado, padres conscriptos. Menciono la pérdida de un hombre en particular, un rey nombrado por Marco Antonio: Polemón de Pontus, que contribuyó en gran medida a las victorias de Publio Ventidio y generosamente dio fuerzas a Antonio, incluida su propia persona. Añado que yo, en nombre de Roma, decidí que una pequeña parte del botín de Sexto Pompeyo fuera destinado a rescatar al rey Polemón, que no se merece morir cautivo de los partos. Le costará al tesoro una minucia: veinte talentos.

Los lloros ahora eran bien audibles, muchos de los senadores estaban sentados con los pliegues de la toga por encima de sus cabellos. Un día negro para Roma.

—Dije que el ejército de Antonio necesitaba ayuda con desesperación. Pero ¿a quién se volvió Antonio en busca de auxilio? ¿Dónde fue a buscar ayuda? ¿Os la pidió a vosotros, padres conscriptos? ¿Acaso a mí? ¡No, no lo hizo! ¡Acudió a Cleopatra de Egipto! Una extranjera, una mujer que adora a dioses bestias, una no romana. Sí, envió a buscarla. Y mientras esperaba, ¿informó al Senado y al pueblo de esta desastrosa campaña? ¡No, no lo hizo! Se emborrachó hasta quedar inconsciente durante dos meses, sólo para hacer pausas dornas de veces cada día para correr fuera de su tienda y preguntar: «¿Ya viene?», como un niño pequeño que llama a su mamá. «Quiero a mi mamá», es lo que dijo realmente una y otra vez. «Quiero a mi mamá, quiero a mi mamá.» El pequeño Marco Antonio, triunviro de Oriente.

»Y finalmente vino, padres conscriptos del Senado. La Reina de las Bestias vino con comida, vino, médicos, hierbas dadoras, vendas, frutas exóticas, toda la abundancia de Egipto. Y mientras los soldados llegaban a duras penas a Leuke Kome ella los atendió. ¡No en nombre de Roma, sino en el nombre de Egipto! Mientras, Marco Antonio, borracho, ponía su cabeza y lloraba. Sí, lloraba.

Poplicola se levantó de un salto.

—¡Eso no es verdad! —gritó—. ¡Mientes, Octavio!

Octavio esperó de nuevo con paciencia a que cesase el tumulto, con una débil sonrisa en los labios mientras la luz del sol se reflejaba en el agua. Era un principio; sí, claramente, era un principio. Algunos de los menos entusiastas senadores partidarios de Antonio estaban lo bastante furiosos como para abandonarlos a él y a su causa. Lo único que había hecho falta era la palabra sollozar.

—¿Tienes alguna moción que presentar? —preguntó Quinto Laronio, uno de los seguidores de Octavio.

—No, Laronio, no la tengo —respondió Octavio con firmeza—. He venido

hoy a la Curia Hostilia de mi divino padre para relatar una historia, para dejar las cosas bien claras. Lo he dicho muchas veces antes, y lo repito ahora, ¡nunca iré a la guerra contra un romano! Por ninguna razón, ni siquiera por ésta, nunca se me ocurriría pensar en una guerra contra el triunviro Marco Antonio. Que se las componga. Que continúe cometiendo error tras error, hasta que esta cámara decida que, como Marco Lépido, tendría que ser apartado de sus magistraturas y sus provincias. No presentaré ninguna moción al respecto, padres conscriptos, ahora o en el futuro. —Hizo una pausa y adoptó una expresión de pena—. A menos, claro está, que Marco Antonio rechace su ciudadanía y su tierra natal. Roguemos a Quirino y a Sol Indiges que Marco Antonio nunca haga eso. Hoy no habrá debate. Esta reunión se ha acabado.

Bajó del estrado y caminó por las losas blancas y negras del suelo hasta las grandes puertas de bronce al final, donde los lictores y los germanos lo rodearon. Las puertas no se habían cerrado, una astuta jugada, y, sin sospechar nada, los cónsules no habían insistido en que las cerrasen; los oyentes, en el exterior, que también frecuentaban el foro, lo habían escuchado todo. Dentro de una hora, la mayoría de Roma sabría que Marco Antonio no era ningún héroe.

—Veo un destello de esperanza —le dijo a Livia Drusila, Agripa y Mecenas durante la cena aquella tarde.

—¿Esperanza? —preguntó su esposa—. ¿Esperanzas de qué, César?

—¿Te lo imaginas? —le preguntó él a Mecenas.

—No, César. Por favor, explícanos.

—¿Y tú. Agripa, te lo imaginas?

—Quizá.

—Sí, tú sí. Tú estabas conmigo en Filipos, escuchaste mucho de lo que no le dije a nadie más.

Octavio guardó silencio.

—¡Por favor, César! —gritó Mecenas.

—Se me ocurrió de pronto, mientras hablaba en el Senado. Improvisé, dado el tema. Es divertido relatar historias que no se deberían relatar. Por supuesto, he conocido a Marco Antonio toda mi vida, y hubo un momento en que me gustaba mucho, de verdad. Era mi antítesis: grande, amistoso, burlón. La clase de tipo que mi salud me decía que yo nunca podía ser. Pero entonces, supongo que a la par con mi divino padre, me desilusioné. Sobre todo, después de que Antonio matara a ochocientos ciudadanos en el foro y sobornara a las legiones de mi divino padre. ¡Tantas desilusiones! No se le podía permitir que

heredase. Lo peor de todo era que él estaba absolutamente convencido de que heredaría, así que sufrí el más rudo golpe de mi vida. Él se dedicó a buscar mi ruina; pero vosotros ya sabéis todo esto, así que pasaré al presente.

Seleccionó una aceituna con mucho cuidado, se la metió en la boca, la masticó y se la tragó, mientras los demás lo observaban con el aliento contenido.

—Fue el trozo aquel donde comparé a Antonio con un niño pequeño que llama a su madre: ¡quiero a mi mamá! De pronto tuve la visión del futuro, pero vagamente, como a través de un trozo de ámbar. Todo depende de dos cosas. La primera es la serie de terribles desilusiones de Antonio, que no vienen de la expedición parta. No puede enfrentarse a la desilusión, lo destruye. Acaba con su capacidad para pensar claramente, exacerba su temperamento, hace que se apoye mucho en quienes lo elogian, y trae como consecuencia las borracheras.

Se sentó erguido en su diván y levantó una de sus pequeñas y feas manos.

—La segunda es la reina Cleopatra de Egipto. Es sobre ella donde gira todo, desde mi destino hasta su destino. Si ella llega a representar a su madre para Antonio en el sentido literal, él obedecerá todos sus caprichos, dictados y peticiones. Ésa es su naturaleza, quizá porque su verdadera madre es tal desilusión. Cleopatra reina, y ha nacido para reinar. Desde la muerte de Divus Julius, ella ha sido su consejera o asistente. También tiene una pequeña historia con Antonio: convivieron un invierno en Alejandría, y ella le dio un niño y una niña. El pasado invierno ella estuvo con él en Antioquía, y le dio otro hijo. En circunstancias normales, yo siempre la hubiese situado en la lista de una de las numerosas conquistas reales de Antonio, pero su comportamiento en Leuke Kome sugiere que ve en ella a alguien del que no puede despegarse, como su madre.

—¿Qué es exactamente lo que ves de una forma vaga, como a través del ámbar? —le preguntó Livia Drusilia con los ojos brillantes.

—Un compromiso. De Antonio a Cleopatra. Un no romano que no se contentará con los relativamente modestos regalos que Antonio ya le ha hecho: Chipre, Fenicia, Filistea, Cilicia Tracheia, y las concesiones del bálsamo y el bitumen. Se excluían la Siria tiria, Sidón y Cilicia Seleuceia, los importantes lugares donde está el dinero de verdad. Aunque iré de nuevo al Senado dentro de aproximadamente un mes para quejarme de estos regalos a la Reina de las Bestias. ¿No creéis que es un buen nombre para ella? A partir de ahora voy a ligar su nombre con el de Antonio constantemente. Insistiré en su calidad de extranjera, en su forma de sujetar a Divus Julius. Sus tremendas ambiciones. Sus designios sobre Roma a través de la persona de su hijo mayor, a la que él llama hijo de César cuando todo el mundo sabe que el niño es de clase baja, el hijo de algún esclavo egipcio que utilizó para calmar sus voraces

apetitos sexuales.

—¡Júpiter, César eso es genial! —gritó Mecenás, que se frotó las manos alegremente. Luego frunció el entrecejo—. Pero ¿será bastante? No veo a Antonio renunciando a su ciudadanía, ni siquiera a Cleopatra animándolo a que lo haga. Para ella es más útil como triunviro.

—No puedo responder a eso, Mecenás, el futuro está demasiado oscuro. Sin embargo, no es necesario que abjure de la ciudadanía formalmente. Lo que debemos hacer es que parezca que lo ha hecho. —Octavio bajó las piernas del diván y esperó hasta que una palmada hizo que viniese un sirviente a atarle los zapatos—. Mandaré a mi gente que comience a hablar —dijo, y le tendió la mano a Livia Drusilia—. Ven, cariño, vamos a mirar el nuevo pez.

—¡Oh, César, éste es puro oro! —exclamó ella con una expresión de asombro—. ¡Ni un fallo!

—Una hembra, y embarazada. —Él le apretó los dedos — ¿Cuál es su nombre? ¿Alguna sugerencia?

—Cleopatra. Y aquel enorme que está allí es Antonio.

Junto a Cleopatra nadaba una carpa mucho más pequeña, de un negro aterciopelado, con las rayas de un tiburón.

—Aquél es Cesarión —dijo Octavio, y señaló—. ¿Lo ves? Nada por debajo, sin llamar la atención; todavía es una cría, pero peligrosa.

—Aquél otro —dijo Livia Drusilia, y señaló a un pez dorado claro— es Imperator César Divi Filius. El más hermoso de todos.

XVIII

Para mayo, las últimas tropas de Antonio llegaron a Leuke Kome, al cuidado de los centenares de esclavos de Cleopatra; no enterados de los motivos políticos que anidaban bajo su apariencia noble al lado de Antonio, los soldados le estaban muy agradecidos. La mayoría de las víctimas del congelamiento estaban más allá de la salvación, pero algunos aún retenían sus dedos ennegrecidos, y la medicina egipcia era mejor que la romana o la griega. Así y todo, unos diez mil legionarios nunca volverían a sostener una espada o a realizar una larga marcha. Para sorpresa de Antonio, su flota ateniense llegó a Seleucia Pieria a principios de aquel mes para entregarle cuarenta y tres mil cofres de roble (tres barcos se habían hundido durante una galerna frente al cabo Taenarum) que contenían su parte del botín de Sexto Pompeyo. Fue recibida con alivio ya que Cleopatra no había traído dinero con ella, y juraba que nunca más daría fondos para campañas inútiles contra los partos. Antonio pudo darle a sus soldados heridos grandes pensiones y los cargó a bordo de las galeras que retornaban a Grecia, aparte de licenciarlos; sus años de servicio

marítimo se habían acabado. También esto le permitió comenzar a reunir un nuevo ejército con abundancia de veteranos, amargamente desilusionados.

—¿Por qué Octavio hizo eso? —preguntó Cleopatra.

—¿Hacer qué, amor mío?

—Enviarte tu parte del tesoro de Sexto.

—Porque ha hecho toda una carrera de deslumbrante honestidad. Queda bien con el Senado, ¿y para qué necesita dinero? Él es el triunviro de Roma, tiene el tesoro a su disposición.

—Debe de estar lleno hasta el techo —dijo ella en un tono pensativo.

—Así lo entiendo por la carta que envió Octavio.

—Que tú no me has dejado leer.

—No tenías derecho a leerla.

—No estoy de acuerdo. ¿Quién te ha traído ayuda a este perdido lugar? Yo, no Octavio. Dámela, Antonio.

—Di por favor.

—¡No, no lo haré! ¡Tengo derecho a leerla! Dámela.

Antonio sirvió un vaso de vino y bebió abundantemente.

—Te estás volviendo demasiado grande para tus zapatos —dijo él, y eructó—. ¿Qué quieres, un par de botas militares?

—Quizá —dijo ella, y chasqueó los dedos—. Estás en deuda conmigo, Antonio, así que dámela.

Con un gesto agrio le dio la única hoja de papel fannio, que ella leyó, como había podido hacer César, de una ojeada.

—¡Bah! —exclamó ella, que hizo una bola con el papel y lo arrojó a un rincón de la tienda—. ¡En el mejor de los casos es semiletrado!

—¿Satisfecha de que no contenga nada?

—Nunca pensé lo contrario, pero soy tu igual en poder, en rango y en riqueza. Tu socio en nuestra empresa oriental. Se me debe mostrar todo, de la misma manera que debo estar presente en todos tus consejos y reuniones. Algo que Canidio comprende, pero no don nadie como Titio y Ahenobarbo.

—Titio, te lo concedo, pero ¿Ahenobarbo? Está muy lejos de ser un don nadie. ¡Venga, Cleopatra, deja de ser tan quisquillosa! Muéstrale a mis consortes aquel lado de ti que sólo parezco ver yo: amable, cariñosa, considerada.

Su pequeño pie, calzado con una sandalia dorada, golpeó el suelo de tierra de la tienda, y su rostro adoptó una expresión todavía más seria.

—Estoy muy cansada de Leuke Kome, ése es el problema —respondió ella, y se mordió el labio inferior—. ¿Por qué no podemos ir a Antioquía, donde los aposentos no chirrían ni gimen cada vez que el viento sopla?

Antonio parpadeó.

—En realidad no hay ninguna razón para no ir —contestó Marco Antonio, y su tono mostraba su gran sorpresa—. Vayamos a Antioquía. Canidio puede continuar aquí preparando las tropas. —Exhaló un suspiro—. Antes del nuevo año no creo que pueda llevarlas a Fraaspa. ¡Maldito perro traidor de Monaeses! Le cortaré la cabeza, lo juro.

—¿Si tienes su cabeza, beberás menos?

—Probablemente —respondió él, y dejó el vaso como si contuviese lava—. ¿Oh, no lo comprendes? —gritó, y se estremeció—. ¡He perdido mi suerte! Si es que alguna vez la tuve. Sí, tuve suerte en Filipos. Y me parece que sólo en Filipos.

Antes y después, ni la más mínima suerte. Por eso he de continuar luchando contra los partos. Monaeses se llevó mi suerte junto con mis dos águilas. Cuatro, si incluyes las dos que robó Pacoro. Tengo que recuperarlas, mi suerte y mis águilas.

«Da vueltas y vueltas —pensó ella—, siempre la misma vieja conversación sobre la fortuna perdida y el triunfo de Filipos. Los borrachos hablan en círculo, siempre el mismo tema una y otra vez, como si en ellos hubiese alguna perla de sabiduría con el poder de curar todas las desdichas o maldades en el mundo. Dos meses en Leuke Kome escuchando a Antonio dar vueltas y vueltas, persiguiéndose su propia cola. Quizá cuando vayamos a un lugar nuevo y diferente mejorará. Aunque él no tiene nombre para lo que le aflige, yo lo llamaría una profunda depresión. No tiene cambios de humor, duerme demasiado, como si no quisiese levantarse y poner los ojos en su vida, incluso conmigo en ella. ¿Cree que debería haberse suicidado aquella noche de la amenaza del motín? Los romanos son extraños, tienen esta cosa del honor que los lleva a abalanzarse sobre sus espadas. Para ellos, la vida no tiene precio, sólo un punto de corte que involucra la dignidad, y no tienen miedo de morir como la mayoría de las personas, incluidos los egipcios. Por lo tanto, he de arrancar de raíz la depresión de Antonio o lo estrangulará. Debo devolverle su dignidad. ¡Lo necesito, lo necesito! Sano y entero, el viejo Antonio. Capaz de derrotar a Octavio y de poner a mi hijo en el trono de Roma, que ha estado vacante durante quinientos años, a la espera de Cesarión. ¡Oh, cuánto echo de menos a Cesarión! Si conseguimos llegara Antioquía, llevaré a Antonio a

Alejararía. Una vez allí se recuperará.»

Pero Antioquía deparaba nuevas sorpresas, ninguna de ellas agradable. Antonio se encontró con una pila de cartas de Poplicola en Roma, cada una con la fecha en el exterior para que pudiese leerlas por orden.

Las cartas detallaban la campaña de Octavio contra Sexto Pompeyo en términos gráficos, aunque dejaban claro que la principal queja de Poplicola era su exclusión de lo que él llamaba una operación muy bien hecha. No es que Octavio se hubiese escondido en el equivalente italiano de un pantano, incluso durante las fuertes batallas después de haber desembarcado finalmente en Tauromenium. Los jadeos, decía alegremente, habían desaparecido del todo desde su casamiento. «Vaya —pensó Antonio—, los peces fríos navegan muy bien juntos.»

Las noticias del destino de Lépido le enfurecieron; de acuerdo con los términos de su pacto tenía derecho a votar en un tema como la expulsión de Lépido de todos sus cargos públicos y provincias, pero Octavio no se había molestado en comunicarse con él, alegando la excusa del aislamiento de Antonio en Media. ¡Treinta legiones! ¿Cómo había podido Lépido acumular la mitad de esas legiones en un lugar apartado como la provincia de África? ¡El Senado, incluidos los suyos, los partidarios de Antonio, había votado exiliar al pobre Lépido de la propia Roma! Estaba encerrado en su villa, en Circes.

Había una carta de él también llena de excusas y lamentaciones. Su esposa, la hermana de Bruto, Junia Menor (Junia Mayor era la esposa de Servilio Vatia), no siempre le había sido fiel, y ahora le estaba haciendo la vida difícil porque no podía escapar de él. Quejas, quejas, quejas. Antonio se cansó de las quejas de Lépido, y rompió la carta a medio leer. Quizá Antonio tenía parte de razón; desde luego, el pequeño gusano había tratado correctamente a las tropas de Lépido. ¡Qué bien actuaba aquel dulce muchacho! La versión de Octavio del incidente de Lépido era un tanto diferente, aunque tenía cosas que decir también sobre alistar las legiones del enemigo en las de Roma, como había hecho Lépido con las de Sexto Pompeyo. La carta de Octavio decía:

Creo que es hora de que el Senado y el pueblo de Roma vean claro como el agua que los días en que las tropas enemigas eran tratadas con bondad se han acabado; la bondad no puede ayudar sino incordiar, sobre todo cuando los legionarios de Roma tienen que soportar la presencia junto a ellos de los hombres contra los que han luchado el último nundinum. Saber que estos hombres detestados recibirán tierras cuando se retiren, como si nunca hubiesen levantado sus espadas contra Roma. He cambiado eso. Los soldados, marinos y remeros de Sexto Pompeyo han sido castigados con mucha dureza. No es costumbre romana hacer prisioneros, pero sí es costumbre romana liberar al enemigo conquistado como si fuesen romanos. Sexto Pompeyo tenía pocos

romanos en sus legiones o tripulaciones. Aquéllos que tenía fueron declarados hostis. En otras condiciones podría haberlos vendido como esclavos, pero en cambio preferí hacer un ejemplo de ellos.

Sexto Pompeyo escapó, junto con Libo y dos de los asesinos de mi divino padre, Décimo Turullio y Casio Parmensis. Han escapado hacia el este y, por lo tanto, se han convertido en tu problema, no en el mío. Se rumorea que han buscado asilo en Mitilene.

Octavio aún tenía que decir algo más. Continuaba con palabras seguras y fuertes; éste era el nuevo Octavio, victorioso, con mucha suerte y consciente de ello. No era una carta a la que Antonio podía escupir y romper.

Recibirás tu parte del botín de Sexto Pompeyo junto con mi carta, y tomo la licencia de decirte que esta enorme suma de dinero, pagada en moneda de la República, cancela cualquier obligación que tenga de enviarte veinte mil soldados. Eres, por supuesto, libre de venir a Italia para reclutarlos, pero no tengo el tiempo ni la inclinación para hacer el trabajo sucio por ti. Lo que sí he hecho es escoger dos mil de los mejores hombres, todos dispuestos a servir contigo en Oriente, y los embarcaré rumbo a Atenas dentro de poco. Como vi por mí mismo que setenta de tus galeras de guerra estaban en la costa cubiertas de crustáceos y podredumbre, te donaré setenta quinquerrems nuevos de mis propias flotas, además de una excelente artillería y el equipo de asedio para ayudarte a reemplazar a los que perdiste en Media. No se reconocerá ningún triunfo por la campaña contra Sexto Pompeyo, que debe ser clasificada como romana. Sin embargo, recomiendo a Marco Agripa, que demostró ser tan brillante almirante como es general en tierra. Lucio Comificio, cónsul menor este año, fue bravo e inteligente en el mando, como lo fueron Sabino, Estatilio Tauro y Messala Corvino. Sicilia está en paz, entregada permanentemente a Marco Agripa, el único que ha recibido un latifundio al viejo estilo allí. Tauro ha viajado para gobernar la provincia de África; viajé con él hasta Útica y supervisé el comienzo de su mandato, y te puedo asegurar que no se excederá. De hecho, nadie se excederá de sus atributos, desde los cónsules hasta los pretores, los gobernadores y los magistrados menores. También he comunicado a las legiones de Roma que no se pagarán más gratificaciones. En el futuro lucharán por Roma, y no por ningún hombre.

Y así en estos términos hasta el final. En cuanto acabó de leer el largo pergamino, Antonio se lo arrojó a Cleopatra.

—¡Ten, lee esto! —dijo con voz tajante—. El cachorro se cree un lobo y líder de la manada.

Cleopatra lo leyó en la décima parte de tiempo que había empleado Antonio, y lo dejó con dedos temblorosos para, a continuación, mirar el rostro de Antonio con sus ojos dorados.

¡Nada bueno, nada bueno! Mientras Antonio fracasaba en Oriente, Octavio había triunfado en Occidente. Tampoco nada de medias tintas; una victoria sorprendente y completa que había volcado riquezas al tesoro, y eso significaba que Octavio tenía los fondos para equipar y entrenar nuevas legiones a medida que las necesitaba y también mantener flotas.

—Es paciente —fue su comentario—. Muy paciente. Esperó seis años para hacerlo, pero cuando lo hizo, lo hizo del todo. Creo que este Marco Agripa debe de ser un hombre extraordinario.

—Octavio está soldado a él —gruñó Antonio.

—El rumor dice que son amantes.

—Eso no me sorprendería. —Antonio se encogió de hombros y recogió la siguiente carta, mucho más corta—. Es de Furnio, en la provincia de Asia.

Tampoco llegaban buenas noticias de la provincia de Asia. Furnio escribía que Sexto Pompeyo, Libo, Décimo Turullio y Casio Parmensis habían llegado al puerto de Mitilene en la isla de Lesbos a finales del pasado noviembre, y no habían estado ociosos. Su estada no había sido larga; para enero estaban en Éfeso, y reclutaban voluntarios entre los veteranos que, a lo largo de los años, habían recibido tierras en la provincia de Asia. Para marzo tenían tres legiones completas, y se preparaban para intentar conquistar Anatolia. Un asustado Amintas, rey de Galacia, había unido sus fuerzas con Fumio. Para el momento en que Antonio recibió esta carta, Furnio esperaba que la guerra ya hubiese estallado.

—Tendrías que haber acabado con Sexto Pompeyo años atrás —manifestó Cleopatra, y reabrió la vieja herida.

—¿Cómo podía hacerlo si mantenía a Octavio ocupado y no lo tenía nunca a mano? —replicó Antonio, y buscó la jarra de vino.

—¡No lo hagas! —le gritó ella—. Todavía no has leído la última carta de Poplicola. Si debes beber, Antonio, hazlo después de acabar tus ocupaciones.

Obedeció como un niño, algo que la satisfizo ya que necesitaba de su opinión más de lo que necesitaba el vino. ¿Cuándo iba a comprender que él necesitaba más al vino que a ella? En la mente de Cleopatra surgió un pensamiento: ¡una amatista! Las amatistas tenían poderes mágicos sobre el vino, evitaban la dependencia. Le encargaría al joyero real de Alejandra que hiciese el más espléndido anillo de amatista del mundo. Cuando lo llevase, superaría su necesidad del vino.

Por supuesto, Poplicola siempre había sabido que la campaña de Antonio contra los partos había fracasado; había sido él quien había propagado la historia a todo lo ancho y largo de Roma de que Antonio había conseguido una

gran victoria, con la teoría de que cualquiera que pudiese desparramar primero una versión de los acontecimientos triunfaría. Había escrito con un humor jubiloso para decirle a Antonio que Roma y el Senado habían creído su versión, y se había reído del hecho que nada menos que el propio Octavio había propuesto un agradecimiento a Antonio por su «victoria». La última de las cartas era muy diferente. El grueso del texto informaba del discurso de Octavio en el Senado, describiendo la campaña de Antonio como un terrible fracaso; los agentes que Octavio había enviado a Oriente habían encontrado hasta el más pequeño detalle.

Para el momento en que acabó de leer todo el pergamino, las lágrimas rodaban por el rostro de Antonio; Cleopatra lo observó con creciente desilusión, le arrebató el pergamino y leyó aquella intensa política diatriba. ¡Oh, cómo se atrevía Octavio a recuperar su propia parte en aquellos acontecimientos como algo maligno! ¡La Reina de las Bestias! ¡Quiero a mi mamá! Una brillante difamación. ¿Cómo haría ahora para curar a Antonio?

«Te maldigo, Octavio, te maldigo. Que Sobek y Tawaret te chupen por sus narices y te ahoguen, mastiquen y pisoteen.»

Luego ella vio su camino, se preguntó cómo no había pensado en eso antes. Antonio tendría que ser apartado de Roma, hacerle comprender que su destino y su suerte estaban en Egipto, no en Roma. Ella haría un nido para él en Alejandría tan cómodo y halagador, tan lleno de diversiones que nunca querría estar en ninguna otra parte. Él se casaría con ella; qué suerte que los monógamos romanos no consideraban los matrimonios extranjeros como ilegales. Por el momento, Antonio tenía que acostarse con Octavia; eso no importaba. En realidad, su unión egipcia contaría mucho más para aquellos que sus relaciones privadas tenían importancia: sus clientes-reyes, sus príncipes menores.

Se sentó con la cabeza de Antonio en su regazo y fijó la mirada en un busto de César, el compañero perfecto que le habían arrebatado. Era de Afrodísias, que no tenía rivales entre los escultores y los pintores; todo era perfecto, desde el tono del pelo, de un color pálido oro, hasta los penetrantes ojos, del azul más pálido, rodeados por anillos oscuros como la tinta. El dolor que la dominó fue reprimido sin piedad.

«Haz lo que debas con lo que tienes, Cleopatra, no lamentes lo que pudo haber sido.

»Habrà una guerra, tiene que haber una guerra. La única pregunta es, ¿cuándo? Octavio miente al decir que no habrá más guerras civiles; tendrá que luchar contra Antonio o perder lo que tiene. Pero todavía no por aquel discurso. Tiene el plan de preparar sus legiones hasta el máximo mediante el sometimiento de las tribus de Illyricum, y habla de tres años de campaña. Eso

significa que tenemos tres años para prepararnos, y entonces invadiremos Occidente, invadiremos Italia. Dejaré que Antonio acabe con los partos dentro de su mente, de manera que utilizará sus legiones sin destruirlas. Porque Antonio no tiene la clase de César como general de tropas. Siempre he debido de saberlo, pero creía que, con César muerto, nadie podría rivalizar con Antonio. Pero ahora que lo conozco mejor comprendo que los fallos que demuestra como hombre también afectan a su capacidad para mandar tropas. Ventidio era mejor; también, creo, que lo es Canidio. Que Canidio haga el trabajo de verdad mientras Antonio disfruta de la reputación y deslumbra al mundo con los trucos ilusorios de un mago.

»Primero, el casamiento. Lo haremos tan pronto como pueda enviar a llamar a Cha'em. Apartar a Canidio de la primera parte de esta ridícula campaña, ver a Armenia aplastada y a Media demasiado intimidada para moverse. Mantener a Antonio fuera del reino de los partos. Y convenceré a Antonio de que, al conquistar Armenia y Media Atropatene, también habrá conquistado a los partos. Lo confundiré con vino, dirigiré las cosas yo misma. ¿Por qué no puedo ser yo capaz de dirigir una campaña tan bien como cualquier hombre? ¿Oh, Antonio, por qué no has podido ser tú como César? ¡Qué fácil hubiese sido todo!

»Un día, no mucho más allá de diez años, Cesarión debe ser rey de Roma, porque quien es rey de Roma es rey del mundo. Haré que él destruya los templos en el Capitolio y construya su palacio allí, con una sala dorada donde se sentará a emitir sus juicios. Los dioses bestias de Egipto se convertirán en los dioses de Roma. Júpiter Óptimo Máximo se postrará a sí mismo delante de Amón-Ra. He hecho mi deber con Egipto: tres hijos y una hija. El Nilo continuará inundando. Tendré tiempo para centrar mi atención en la conquista de Roma, y Antonio será mi socio en la empresa.

Las lágrimas de Antonio habían cesado; ella le levantó la cabeza, le sonrió con ternura y le limpió el rostro con un suave pañuelo de lino.

—¿Mejor, mi amor? —preguntó ella, y le besó la frente.

—Mejor-respondió él, humillado.

—Bebe una copa de vino, te hará bien. Tienes cosas que hacer, un ejército que organizar. ¡No hagas caso de Octavio! ¿Qué sabe él de ejércitos? Apuesto mil talentos a que fracasará en Illyricum.

Antonio bebió hasta vaciar la copa.

—Bebe un poco más —lo invitó Cleopatra con voz dulce.

Se casaron a finales de junio según el rito egipcio; Antonio recibió el título de faraón consorte, cosa que pareció complacerlo. Ahora que ella había

abandonado la idea de un Antonio sobrio para compartir su trono, a pesar de que sólo fuera como consorte, se relajó un poco, y después comprendió lo duro que había sido intentar mantener a Antonio apartado del vino desde su regreso de Carana. Un trabajo inútil.

Ella volvió su atención a Canidio, e hizo que Antonio lo convocase a un consejo donde estaban los tres y nadie más. Pero se aseguró de que Antonio estuviese sobrio; no era parte de sus planes exponer su debilidad a sus comandantes, aunque algún día estaba destinado a suceder. El único que podría haber puesto objeciones a tan pequeña reunión, Ahenobarbo, había regresado a Bitinia y ahora estaba involucrado en la guerra de Furnio contra Sexto Pompeyo, que había decidido que Bitinia era un lugar ideal para matar al intratable Ahenobarbo antes de tomarlo. Ahenobarbo no tenía ninguna intención de que esto sucediese.

Bien aleccionado de antemano por Cleopatra, Antonio comenzó a trazar sus planes para la próxima campaña de manera que no traicionase su cuidadosa preparación.

—Tengo veinticinco legiones a mi disposición —le dijo a Publio Canidio con una voz que no tenía el menor rastro de chapurreo—, que están en Siria y muy debilitadas, como tú sabes. ¿Exactamente hasta qué punto están debilitadas, Canidio?

—Si hacemos el promedio, sólo disponen de tres mil hombres. Cinco cohortes, aunque algunas tienen ocho, y otras sólo dos. Las he llamado legiones, trece en total.

—De las cuales, la de Jerusalén, está concretamente formada. Hay otras siete más en Macedonia, con todas las fuerzas, dos en Bitinia, también completas, y tres que pertenecen a Sexto Pompeyo, completas. —Antonio sonrió, parecía el mismo de antes—. Muy amable de su parte reclutarlas en mi nombre, ¿no crees? Será un hombre muerto para final de este año, y por ese motivo he sumado sus legiones y las de Ahenobarbo a mi total. Sin embargo, creo que debo de tener treinta legiones, sin que todas estén a su máxima capacidad o experiencia. Lo que me propongo hacer es mandar a las legiones menos numerosas de Siria a Macedonia, y traer aquí a las tropas de Macedonia para mi campaña.

Canidio pareció tener dudas.

—Comprendo tus razones, Marco Antonio, pero te recomiendo vivamente que dejes una de las legiones de Macedonia donde está. Manda a buscar seis, pero no envíes a ninguno de tus hombres sirios allí. Espera hasta haber reclutado otras cinco legiones, y después envíalos. Estoy de acuerdo en que los soldados nuevos sin experiencia estarán bien en Macedonia; los dardanios y

los besios no se han recuperado todavía de Pollio y Censorino. Tendrás tus treinta legiones.

—¡Bien! —dijo Antonio, que se sintió mucho más animado que durante los últimos meses—. Necesitaré a diez mil soldados de caballería gálata y tracia. Ya no puedo reclutar más caballería de los galos. Octavio tiene el control y no está dispuesto a cooperar. ¡El malnacido me niega las cuatro legiones que me debe!

—¿Cuántas legiones te llevarás a Oriente?

—Veintitrés, todas bien equipadas y con hombres experimentados; ciento treinta y ocho mil, incluidos los no combatientes. Nada de auxiliares esta vez, son un incordio insoportable. Al menos, la caballería puede marchar al paso de las legiones. Iremos en cuadro todo el camino, con el tren de equipajes en el medio. Allí donde el terreno sea lo bastante llano, marcharemos en *agmen quadratum*.

—Estoy de acuerdo, Antonio.

—Sin embargo, creo que tenemos que hacer algo este año, aunque deba quedarme aquí hasta ver qué ocurre con Sexto Pompeyo. Este año te tocará a ti mandar, Canidio. ¿Cuántas legiones puedes reunir para comenzar ahora?

—Siete completas si reúno las cohortes.

—Son suficientes. No será una campaña larga; ocurra lo que ocurra, no te dejes pillar por el invierno a menos que tengas unos alojamientos calientes. Amintas te puede dar dos mil soldados de caballería inmediatamente; por su carta, deben de estar casi aquí. Sospecho que, de no ser así, él hubiese preferido tenerlos para enfrentarse con Sexto.

—Tienes razón, Sexto no durará —afirmo Canidio, complacido.

—Entra en Armenia desde Carana. Es importante que le demos una pequeña lección a Artavasdes de Armenia este año. Entonces estará maduro para el año que viene.

—Como tú quieras, Antonio.

Cleopatra carraspeó; los dos hombres la miraron sorprendidos porque hablan olvidado su presencia. Con Canidio intentó mostrarse, si no humilde, al menos amena, sensible.

—Sugiero que comencemos a construir flotas —dijo.

Asombrado, Canidio no pudo ocultar su reacción.

—¿Para qué? —preguntó—. No estamos planeando ninguna expedición marítima.

—Ahora no, lo admito —dijo ella con gran compostura, sin mostrar su desagrado—. Sin embargo, quizá podamos necesitarlas en el futuro. Los barcos tardan mucho en ser contruidos, sobre todo en las cantidades que necesitaremos, o quizá, mejor dicho, podríamos necesitar.

—¿Necesitar para qué? —preguntó Antonio, tan intrigado como Canidio.

—Publio Canidio no ha leído la transcripción del discurso de Octavio al Senado, así que queda libre de todo movimiento obstruccionista. Pero tú lo has hecho, Antonio, y yo diría que el mensaje es claro: algún día navegará hacia el este para aplastarte.

Por un momento ninguno de los dos hombres dijo una palabra. Consciente de un peso en su estómago, ¿qué pretendía aquella mujer?

—He leído el discurso, su majestad —dijo—. Me fue enviado por Pollio, con quien me carteo cuando puedo. Pero no veo ninguna amenaza a Marco Antonio en ella, más allá de las críticas que Octavio no está calificado para formular. De hecho, reitera que no iré a la guerra contra un compañero romano, y yo le creo.

El rostro de Cleopatra adoptó una expresión pétrea; cuando habló, su voz era helada.

—Permíteme decir, Canidio, que tengo muchísima más experiencia política que tú. Lo que Octavio dice es una cosa. Lo que hace es otra muy distinta. Te aseguro que pretende aplastar a Marco Antonio. Por lo tanto, nos prepararemos, y comenzaremos a hacerlo ahora, no el año próximo, o el otro. Mientras vosotros vais a vuestra odisea parta, yo haré un buen trabajo en las costas del Mare Nostrum al encargar los mayores barcos de guerra posible.

—Conténtate con quinquereemes —dijo Canidio—. Cualquier cosa más grande es demasiado lenta y torpe.

—Quinquereemes era lo que tenía pensado —replicó ella con altivez.

Canidio exhaló un suspiro y se dio una palmada en los muslos.

—Bueno, me atrevería a decir que no pueden hacer ningún daño.

—¿Quién las va a pagar? —preguntó Antonio con suspicacia.

—Yo, por supuesto —contestó Cleopatra—. Debemos tener por lo menos quinientas galeras de guerra y el mismo número de transporte de tropas.

—¿Transporte de tropas? —exclamó Canidio—. ¿Para qué? —El nombre lo dice todo.

Con la boca abierta para replicar, Canidio la cerró, asintió, y se marchó.

—Lo confundes —dijo Antonio.

—Soy consciente de ello, pero no entiendo por qué.

—Él no te conoce, querida —señaló Antonio, un tanto cansado.

—¿Tú te opones? —preguntó ella, y apretó los dientes. Los pequeños ojos rojos se abrieron como platos.

—¿Yo? Edepol, no! Es tu dinero, Cleopatra. Gástalo en lo que se te ocurra.

—¡Bebe a tragos! —replicó ella; luego, recuperó el control y le dedicó la más encantadora de las sonrisas—. Por una vez beberé contigo. Mi mayordomo dice que el vino que trajo el viejo Asander, el mercader de vinos, es especialmente bueno. ¿Sabes que Asander es una degeneración de Alejandro?

—No es un esfuerzo muy inteligente para cambiar de tema, pero aceptaré la invitación. —Antonio sonrió—. Aunque si crees que vas a emborracharme, tendrás que emborracharte tú sola. —¿Cómo dices?

—Mi recuperación es completa, he acabado con el vino.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Qué?

—Me has escuchado, Cleopatra, te quiero hasta la locura, pero ¿de verdad has creído que no me daría cuenta de tu plan para mantenerme borracho? —Exhaló un suspiro, se inclinó hacia adelante con ansia—. Aunque crees saber lo que pasó mi ejército en Media, lo cierto es que no lo sabes. Tampoco sabes lo que yo pasé. Para saberlo, tendrías que haber estado allí, y no estabas. Yo, el comandante de mi ejército, no mantuve a mis hombres fuera de peligro porque me lancé a las tierras del enemigo como un jabalí furioso. Creí en los susurros de un agente parto y, sin embargo, no creí en las advertencias de mis legados. Julio César siempre me reprochó mi impetuosidad, y tenía razón. El fracaso de mi campaña media no puede ser atribuido a nadie más que a mí, y lo sé. No soy un palurdo o un borracho perdido. ¡Sólo tú crees que lo soy! Era necesario para mí borrar mi mala conciencia de Media bebiendo hasta el olvido. ¡Estoy hecho de esa manera! Y ahora, bueno, ha pasado. Te lo diré de nuevo, te quiero más que a mi vida; nunca dejaré de amarte. Pero tú no estás enamorada de mí, pese a todas tus protestas, y tu cabeza está llena de planes y maquinaciones destinados a asegurar que los dioses sepan que es por Cesarión. ¿Todo Oriente? ¿El Occidente también? ¿Está destinado a ser rey de Roma? Sueñas con eso perpetuamente, ¿verdad? Descargas tus propias ambiciones en los hombros de ese pobre chico...

—¡Yo te quiero! —gritó ella para interrumpirlo—. ¡Antonio, nunca pienses que no es así! Y Cesarión, Cesarión...

Se calló, demasiado sorprendida ante aquel Antonio como para buscar

argumentos. Él le cogió las manos y se las acarició.

—Está bien, Cleopatra. Lo comprendo —dijo amablemente, con una sonrisa. Las lágrimas aparecieron en sus ojos, y sus labios temblaron—. Y yo, pobre tonto, haré lo quieras. Ése es el destino de cualquier hombre enamorado de una gran mujer. Sólo concédeme el derecho de hacerlo de forma lúcida. — Las lágrimas habían desaparecido. Se rio—. ¡Lo que no equivale a decir que no volveré a beber vino! No puedo dominar mi tendencia al hedonismo, pero bebo a rachas. Puedo pasar sin el vino, y lo hago cuando más se me necesita. Estaré allí; por ti, por Ahenobarbo o Poplicola y por Octavia.

Ella parpadeó, sacudió la cabeza.

—Me has sorprendido —admitió—. ¿Qué más has advertido?

—Ése es mi secreto. Le he ordenado a Planeo que gobierne Siria —dijo, y se fue a otra parte—. Sosio quiere regresar a Roma. Titio llevará mi flota a Siria y a Mileto con un imperium proconsular. Tendrá que ocuparse de Sexto Pompeyo —se rio—. ¿Ves como siempre estás acertada, mi amor? Ya necesito las flotas.

—¿Cuáles son las órdenes de Titio? —preguntó ella con suspicacia.

—Traer a Sexto aquí a Antioquía.

—¿Para una gran ejecución?

—¡Qué aficionados sois los monarcas orientales a las ejecuciones!

—Puede ser —manifestó Antonio astutamente—; dado que tú estás tan dispuesta a construir barcos, quizá lo necesite como almirante. No lo hay mejor.

XIX

Tengo un encargo para ti, querida —le dijo Octavio a su hermana durante la cena.

Ella dejó de masticar la pequeña chuleta de cordero que tenía en su mano, con su fina pero deliciosa capa de grasa untada con mostaza y pimienta. Su comentario interrumpió sus pensamientos, que se centraban en el cambio de los menús de las cenas de Octavio desde que se había casado con Livia Drusilia. ¡Las más deliciosas y elaboradas cenas! Sin embargo, ella tenía una buena razón para saber que nada se desperdiciaba, desde el exorbitante salario del cocinero hasta el dinero gastado en comprar ingredientes y viandas; Livia Drusilia hacía ella misma las compras, y discutía los precios. Tampoco el cocinero sufría de dolores de cabeza, ni se llevaba algunos de los productos para los favoritos de su propia cocina; Livia Drusilia lo vigilaba como un halcón.

—¿Un encargo, César? —preguntó Octavia, que mordió una mayor cantidad de carne que de grasa; de esa manera, la grasa duraba más.

—Sí. ¿Qué me dices: hacer un viaje a Atenas para ver a tu esposo?

El rostro de Octavia se iluminó.

—¡Oh, César, sí, por favor!

—Estaba seguro de que no objetarías nada. —Le hizo un guiño a Mecenas —. Tengo un encargo para ti que podrás hacer mejor que nadie.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Un encargo? ¿Es eso una comisión?

—Algunas veces —dijo Octavio con voz solemne.

—¿Qué debo hacer?

—Llevarle a Antonio dos mil soldados escogidos (los mejores de los mejores), además de setenta nuevas naves de guerra, un ariete de asedio gigante, tres arietes más pequeños, doscientas ballestas, doscientas grandes catapultas y doscientos escorpiones.

—¡Qué los dioses me protejan! ¿Debo de ser el oficial al mando de todo ese botín? —preguntó ella con los ojos brillantes.

—No hay nada que me guste más que verte tan feliz, pero no. Cayo Fonteio está ansioso por reunirse con Antonio, así que él será el oficial al mando —respondió Octavio, y masticó un trozo de apio—. Tú puedes llevarle una carta mía a Antonio.

—Estoy seguro de que él apreciará mucho los regalos.

—No tanto como una visita tuya, estoy seguro —dijo Octavio, y levantó un dedo.

Su mirada pasó de Octavia al diván que Mecenas compartía con Agripa, y se posó en éste con tristeza. No era algo frecuente que sus planes saliesen mal, pero aquél sí que había fracasado, pensó. ¿Dónde se había equivocado?

Fue por la soltería de Agripa, por la que Livia Drusilia había decidido que no podía continuar; si ella consideraba que la expresión de sus ojos era demasiado cariñosa cuando la miraba, se lo guardaba para sí, y sólo informaba a Octavio de que era hora de que Agripa se casase.

Sin sospechar nada pensó en su comentario y concluyó que ella, como siempre, tenía razón. Ahora que estaba cargado con riquezas, tierras y propiedades, ningún padre amante podía considerar a Agripa como un cazafortunas; era, además, muy atractivo. Eran pocas las mujeres de los quince

a los cincuenta que no se volvían mimosas o coqueteaban con Agripa. Mientras que él nunca se daba cuenta. Nada de charlas, pocas gracias sociales, así era Agripa. Las mujeres babeaban y él bostezaba o, todavía peor, huía de la habitación.

Cuando Octavio sacó el tema de su soltería, él parpadeó y luego pareció molesto.

—¿Estás insinuando que debo casarme? —preguntó.

—En realidad, sí. Eres el hombre más importante de Roma después de mí, y, sin embargo, vives como uno de esos ermitaños orientales. Un catre por cama, más armaduras que togas, ni siquiera una sirvienta —dijo Octavio—. Cada vez que te pica —soltó una risita y se mostró avergonzado—, te rascas con alguna campesina con la que no es posible que formes una unión permanente. No estoy diciendo que debas dejar de rascarte con las campesinas, ya me entiendes, Agripa. Sólo estoy diciendo que deberías casarte.

—Nadie querría —dijo Agripa con un tono brusco.

—¡Ah, es ahí donde te equivocas! Mi querido Agripa, tienes la figura, la riqueza y la condición. ¡Eres consular!

—Sí, pero no tengo la sangre, César, y no me gusta ninguna de esas muchachas altaneras llamadas Claudia, Emilia, Sempronia o Domitia. Si dicen que sí, sólo sería por mi amistad contigo. La idea de una esposa que me mire por encima del hombro no me atrae.

—Entonces mira un poco más abajo, pero no demasiado abajo —insistió Octavio—. Tengo la esposa ideal para ti.

Agripa lo miró con una expresión de sospecha.

—¿Esto es cosa de Livia Drusilia?

—No, palabra de honor, no lo es. Todo esto es idea mía.

—Entonces, ¿quién es?

Octavio respiró profundamente.

—La hija de Ático —dijo con una expresión triunfante—. ¡Perfecto, Agripa, de verdad! No es de rango senatorial, aunque admito que eso es porque su tata prefiere hacer dinero por medios no senatoriales. Está vinculada por sangre con los Caecilio Metelli, por lo tanto, es de nacimiento elevado. Además, es heredera de una de las más grandes fortunas de Roma.

—Ella es demasiado joven. ¿Por lo menos sabes qué aspecto tiene?

—Tiene diecisiete, casi dieciocho, y sí, la he visto. Elegante más que

bonita, una buena figura y extremadamente bien educada, como se podía esperar de la hija de Ático.

—¿Es lectora o compradora?

—Lectora.

El rostro duro se relajó un poco.

—Bueno, eso ya es algo bueno. ¿Es morena o rubia?

—Mitad y mitad.

—Oh.

—Mira, si yo tuviese un familiar femenino con esa edad, podrías tenerla con mis bendiciones —gritó Octavio, y agitó las manos.

—¿Lo harías? ¿Lo harías de verdad, César?

—Sí, por supuesto que lo haría. Pero como no lo tengo, depende de ti aceptar o no a Caecilia Ática.

—Nunca tendré el valor de pedírselo.

—Yo se lo pediré. ¿Lo harás?

—No parece que tenga más alternativas, así que sí, lo haré.

Y así se hizo, aunque Octavio no se había dado cuenta de la renuencia del novio. Agripa se había fijado sus objetivos a los toce; a los veintisiete se había dedicado al cemento, con el que tanto le gustaba experimentar. Excepto en la compañía de Antonio —y hasta cierto punto en la de Livia Drusilia—, era silencioso, severo y siempre vigilante. Todo esto no había influido para la novia, porque estaba, como todas sus amigas, enamorada del magnífico e inalcanzable Marco Vipsanio Agripa.

Un mes después del matrimonio, la alta y graciosa azucena (como Livia Drusilia la había bautizado) se había marchitado y oscurecido. Ella vertía sus quejas al oído compasivo de Livia Drusilia y ésta a su vez, a los oídos de Octavio.

—¡Es un desastre! —se quejó—. La pobre Ática cree que a él no le interesa lo más mínimo. ¡Nunca le habla! Su idea de hacer el amor es... es... perdóname por ser tan vulgar, amor mío, se parece al de un semental con una yegua. La muerde en el cuello y... y... bueno, lo dejo a tu imaginación. Afortunadamente —continuó con un tono lúgubre—, no se aprovecha de los placeres conyugales muy a menudo.

Éste era un aspecto de Agripa que nunca había esperado conocer, ni tampoco quería saberlo ahora. Octavio enrojeció y deseó estar en cualquier

otra parte menos allí, sentado con su esposa. Que su propio talento para hacer el amor dejaba algo que desear lo sabía, pero también sabía que el entusiasmo de Livia Drusilia venía del poder, y por este lado podía descansar tranquilo. Era una pena que Ática no tuviese las mismas inclinaciones; claro que ella no había estado seis años casada con Claudio Nerón para transformar sus sueños infantiles en los propósitos férreos de una mujer.

—Entonces confiemos en que Agripa la embarace —dijo—. Un bebé le dará a ella alguien en quien interesarse.

—Un bebé no es sustituto de un marido satisfactorio —dijo Livia Drusilia, muy satisfecha consigo misma. Frunció el entrecejo—. El problema es que ella tiene un confidente.

—¿A qué te refieres? ¿Qué los asuntos matrimoniales de Agripa son del conocimiento público?

—Sí fuese así de sencillo, no me preocuparía tanto. No, su confidente es su viejo tutor, el liberto de Ático, Quinto Caecilio Epirota. Según ella, el hombre más agradable que conoce.

—¿Epirota? ¡Conozco ese nombre! —exclamó Octavio—. Un eminente erudito. Según Mecenas, una autoridad en Virgilio.

—Hum... estoy segura de que tienes razón, César, pero no creo que él le ofrezca consuelos poéticos. ¡Oh, ella es virtuosa! Pero ¿durante cuánto tiempo, si te llevas a Agripa a Illyricum?

—Eso está en las manos de los dioses, querida, y yo no tengo la intención de meter la nariz en el matrimonio de Agripa. Debemos confiar en que llegue un bebé para mantenerla ocupada. —Exhaló un suspiro—. Quizá una muchacha muy joven no es lo más adecuado para Agripa. Quizá debería haber sugerido a Escribonia.

Fuera como fuese, para el momento en que Octavia fue a cenar con Mecenas y su Terencia y Agripa y su Ática, la mayoría de la clase alta sabía que el matrimonio de Agripa no prosperaba. Al ver la triste expresión de Agripa, su viejo amigo ansió ofrecerle palabras de consuelo, pero no pudo. Al menos, pensó, Ática estaba embarazada. Y él había tenido la necesaria fortaleza para insinuarle al oído de Ático que su muy amado Epirota debía mantenerse bien apartado de su muy amada hija. Las mujeres que veía, pensó, eran tan vulnerables como las que compraba.

Octavia casi voló hasta el palacio de Carinae, tan feliz estaba. ¡Ver a Antonio al fin! Habían pasado dos años desde que él la había dejado en Corcira; la pequeña Antonia Menor, conocida como Tonilla, ya caminaba y hablaba. Era una preciosa niña con el cabello rojo oscuro de su padre y sus

ojos rojizos, pero, afortunadamente, sin su barbilla ni —por lo menos hasta ahora— su nariz. ¡Oh, qué temperamento! Antonia era más hija de su madre, mientras que Tonilla era toda de su padre. «¡Basta, Octavia, basta! Deja de pensar en tus hijos y piensa más en tu marido, a quien verás muy pronto. ¡Tanta alegría!, ¡tanto placer!» Fue a buscar a su modista, una mujer muy competente que estimaba mucho su posición en la casa de los Antonio y era, además, muy amiga de Octavia.

Estaban discutiendo sobre qué vestidos debía llevarse Octavia con ella a Atenas, y cuántos nuevos vestidos tenía que hacerse para deleitar a su marido, cuando vino el mayordomo para decirle que Cayo Fonteio Capito había venido a la casa.

Ella apenas lo conocía; había estado con ellos cuando ella y Antonio habían zarpado, pero el mareo la había tenido encerrada en el camarote y su viaje había sido interrumpido en Corcira. Así que recibió al alto, apuesto e impecablemente vestido Fonteio con cierta reserva, sin saber muy bien por qué había venido.

—El imperator César dice que tú y yo debemos llevar sus regalos a Marco Antonio en Atenas —dijo él sin intentar sentarse—, y me pareció que debía venir para saber si hay algo que necesites especialmente, ya sea en el viaje o como carga para Atenas; algún mueble o alguna comida no precedera, quizá.

«Sus ojos —pensó él al mirar cómo las expresiones pasaban por ellos— son los más hermosos que he visto, aunque no es el color inusual lo que los hace tan hermosos; es la dulzura, el amor envolvente. ¿Cómo puede engañarla Antonio? Si fuese mía, me acostaría con ella para siempre. Otra contradicción: ¿cómo puede ser hermana de Octavio? Y otra: ¿cómo puede amar a Antonio y a Octavio?»

—Gracias, Cayo Fonteio —dijo ella con una sonrisa—. No se me ocurre en realidad nada, excepto —pareció temerosa— el mar, y eso está más allá de la capacidad de cualquiera para arreglarlo.

Él se rio, le cogió la mano y la besó suavemente.

—Señora, haré todo lo que pueda. El padre Neptuno, Vulcano el Terremoto y los lares Permarini de los viajes tendrán todas las mejores ofrendas para que los mares estén llanos, los vientos sean propicios y nuestro viaje rápido.

Se marchó, dejando a Octavia, que lo miró marchar con un peculiar sentimiento de alivio. «¡Qué hombre tan agradable! Con él al mando, las cosas irían bien, no importa cómo se comportase el mar.»

Se comportó tal como había ordenado Fonteio al hacer sus ofrendas; incluso rodear el cabo Taenarum no representó ningún peligro. Pero mientras

Octavia creía que su preocupación por su bienestar era sólo eso, Fonteio sabía cuánto de él había en sus esperanzas; quería la compañía de aquella adorable mujer durante el viaje, lo que significaba que, para ello, desgraciadamente debería padecer mareos. No podía fallarle, incluido el ataque en El Pireo. Agradable, ingeniosa, fácil de conversación, nunca mojigata o lo que él llamaba «matrona romana» en su actitud. ¡Divina! No era de extrañar que Octavio erigiese estatuas en su honor, y tampoco era de extrañar que las personas comunes la respetasen, la honrasen y la amasen. Los dos nundinae que había pasado en compañía de Octavia desde Tarentum hasta Atenas permanecerían en su memoria por el resto de su vida. ¿Amor? ¿Era amor? Quizá, pero él se imaginaba que no contenía ninguno de los bajos instintos que él asociaba con esa palabra cuando se refería a la relación entre un hombre y una mujer. De haberse aparecido ella en mitad de la noche para reclamar el acto de amor, él no se hubiera negado, pero ella no apareció; Octavia pertenecía a un escalón social superior, tanto como diosa y como mujer.

Lo peor era que sabía que Antonio no estaría en Atenas para recibirla, sabía que Antonio estaba en las firmes garras de la reina Cleopatra, en Antioquía. El hermano de Octavia también lo sabía.

—Te confío a mi hermana a tu cuidado, Cayo Fonteio —le había dicho Octavio poco antes de que la cabalgada se pusiese en marcha de Capua a Tarentum—, porque creo que eres más sincero que el resto de las criaturas de Antonio, y también creo que eres un hombre de honor. Por supuesto, tu tarea principal es escoltar estos equipos militares hasta Antonio, pero requiero algo más de ti, si estás dispuesto.

Era el típico cumplido de Octavio —él era una de las criaturas de Antonio—; no obstante, Fonteio no se sintió ofendido, porque intuyó que aquélla era simplemente la introducción a algo muchísimo más importante que Octavio deseaba de él. Y ahí lo tenía:

—Tú sabes qué hace Antonio, con quién lo hace, dónde lo hace, y probablemente por qué lo hace —dijo Octavio con una vena retórica—. Desdichadamente, mi hermana tiene poca idea de lo que está pasando en Antioquía, y yo no se lo he dicho porque es posible que Antonio sólo esté... eh... llenando el tiempo, llenando a Cleopatra. Es posible que regrese a mi hermana en el momento que sepa que ella está en Atenas. Lo dudo, pero es posible. Lo que pido es que permanezcas en Atenas en estrecho contacto con Octavia en caso de que Antonio no venga. Si no lo hace, Fonteio, la pobre Octavia necesitará a un amigo. La noticia de que la infidelidad de Antonio es grave la destruirá. Confío en que no seas más que un amigo, pero uno que se interesa por ella. Mi hermana es parte de la suerte de Roma, una Vestal figurativa. Si Antonio la desilusiona, ella debe regresar a casa, pero no traída a la carrera. ¿Lo comprendes?

—Completamente, César —manifestó Fonteio sin vacilar—. No debe abandonar Atenas hasta que haya desaparecido toda esperanza.

Al recordar aquella conversación, Fonteio sintió que su rostro hacía una mueca; sabía que la dama estaba ahora mucho mejor de lo que había estado él entonces, y descubrió que se preocupaba desesperadamente por su destino.

Bueno, aquello era Grecia; ahora, sus ofrendas debían ser para los dioses griegos: Deméter, la madre; Perséfone, la hija destrozada; Hermes, el mensajero; Poseidón, señor de los mares, y Hera, la reina. «Enviad a Antonio a Atenas, dejad que rompa sus vínculos con Cleopatra.» ¿Cómo podía preferir a la esquelética, fea y pequeña mujer y no a la hermosa Octavia? Él no podría, sencillamente no podría.

Octavia ocultó su desilusión al recibir la noticia de que Antonio estaba en Antioquía, pero se enteró lo suficiente de la desastrosa campaña en Fraaspa para comprender por qué probablemente prefería estar con sus tropas en ese momento. Así que le escribió de inmediato para comunicarle su llegada a Atenas, junto con el botín, en su tren, desde los soldados hasta los arietes y la artillería. La carta estaba repleta de noticias de sus hijos, de los otros ocupantes de la guardería, la familia, y acontecimientos en Roma, y sugería sin ningún tipo de sutileza que, si él no venía a Atenas, podía pedirle que viajase a Antioquía.

Entre escribir la carta y la respuesta de Antonio —alrededor de un mes—, Octavia tuvo que soportar la visita de amistades y conocidos de su anterior estada, la mayoría, irrelevantes. No obstante, cuando el mayordomo le anunció la llegada de Perdita, a Octavia se le hundió el corazón. Aquella madura matrona romana era la esposa de un mercader plutócrata inmensamente rico y peligrosamente ocioso. Perdita era su apodo, que mostraba con orgullo. No significaba tanto que ella misma estuviese arruinada como que sí contribuía a la ruina de otros. Perdita era una destructora, una portadora de malas noticias.

—¡Oh, mi pobre y dulce querida! —exclamó, y entró en la sala vestida con gasas del más novedoso color, un deslumbrante magenta, la plétora de collares, brazaletes, esclavas y pendientes entrechocando como las cadenas de un prisionero.

—Perdita. Qué alegría verte —dijo Octavia mecánicamente, mientras soportaba los besos en las mejillas, los apretones en sus manos.

—Creo que es una desgracia, y espero que se lo digas cuando lo veas —exclamó Perdita, y se sentó en una silla.

—¿Qué es una desgracia? —preguntó Octavia.

—¡Vaya, la desvergonzada aventura de Antonio con Cleopatra!

Una sonrisa hurgó los labios de Octavia.

—¿Es desvergonzada? —preguntó.

—¡Querida, se casó con ella!

—¿Eso hizo?

—Claro que sí. Se casaron en Antioquía, en el momento en que llegaron allí desde Leuke Kome.

—¿Cómo lo sabes?

—Peregrino tiene las cartas de Gneo Cinna, Escauro, Titio y Poplicola —respondió Perdita—. Peregrino era su marido. Es la más absoluta verdad. Ella le dio otro hijo el año pasado.

Perdita estuvo una media hora de visita, sin moverse de su silla a pesar de los ruegos de su anfitriona, ofreciéndole algún tipo de refresco. Durante ese tiempo le relató toda la historia tal como ella la sabía, desde los meses de borrachera de Antonio a la espera de que llegase Cleopatra hasta todos los detalles del matrimonio. Algunos detalles, Octavia ya los sabía, aunque no de la manera que Perdita le pintaba los acontecimientos; escuchó con atención, sin revelar su rostro ninguna emoción, y se levantó tan rápido como pudo para acabar con la desagradable visita. Ni una palabra de la tendencia de los hombres a tomar amantes cuando estaban separados de sus esposas pasó por sus labios, ni ningún otro comentario que pudiese animar a Perdita a repetir el trabajo de aquella mañana. Por supuesto, la mujer mentiría, pero aquellos a quienes les mintiera no encontrarían confirmación de la versión de Perdita cuando se encontrasen con Octavia. Ella cerró su sala a la admisión incluso de los sirvientes durante una hora después de que Perdita se hubiese marchado bajo el sol de Ática. Cleopatra, la reina de Egipto. ¿Era por esto por lo que su hermano había hablado de Cleopatra a lo largo de la cena? ¿Cuánto sabían los demás, mientras ella no sabía prácticamente nada? Ella tenía conocimiento de los hijos que su marido había tenido con Cleopatra, incluido el niño nacido el año pasado, pero eso no la había molestado; sencillamente había asumido que la reina de Egipto era una mujer fértil que, como ella, no tomaba precauciones contra los embarazos. Sus propias impresiones habían sido las de una mujer que había amado a Divus Julius apasionadamente, con todo el corazón, y buscaba solaz en su primo para proveerle con más hijos para proteger su trono en la próxima generación. A Octavia, desde luego, nunca se le había ocurrido que Antonio no frecuentase a otras mujeres, tal era su naturaleza. Y ¿cómo podía cambiar eso?

Pero ¡Perdita hablaba de un amor eterno! Oh, ella exudaba malicia y rencor, ¿entonces por qué creerla? Sin embargo, el parásito había sido insertado bajo su piel y comenzaba a moverse a través de sus órganos vitales

hacia su corazón, sus esperanzas, sus sueños. Ella no podía negar que su marido había buscado la ayuda de Cleopatra, ni que tampoco aún estaba en los brazos de aquella fabulosa monarca. Pero no, en el momento en que él se enterase de la presencia de Octavia en Atenas, él enviaría a Cleopatra de regreso a Egipto y vendría a por ella. Estaba segura de que sería así, absolutamente segura.

Incluso así, durante la hora que estuvo sola se paseó por la habitación, luchó contra el gusano que le había dejado Perdita, razonó su camino de vuelta a la sensatez, recurrió a sus formidables recursos del sentido común. Porque no tenía sentido que Antonio se hubiese enamorado de una mujer: cuyo principal reclamo a la fama era su seducción de Divus Julius, un intelectual, un esteta, un hombre de gustos inusuales, tan parecido a Antonio como la tiza lo era al queso. Aquella era una metáfora habitual y, sin embargo, no los distinguía apropiadamente... ¿No, no, por qué estaba perdiendo su tiempo en metáforas ridículas? La única cosa que Octavia y Antonio tenían en común era la sangre de la gemela Julia, y, por lo que su hermano César decía, sólo era esto lo que había animado a Cleopatra a buscar a Antonio. Ella, según le había revelado su hermano, se le había propuesto debido a su sangre Julia; sus hijos debían tener la misma sangre. Acostarse con una reina regente con el objetivo de proveerla de hijos hubiese atraído enormemente a Antonio; y eso consideró Octavia cuando se enteró de la aventura. Pero ¿amor? ¡No, nunca! ¡Imposible!

Cuando Fonteio llegó para hacer su rápida visita diaria, se encontró con Octavia sutilmente afligida; había una cierta sombra debajo de aquellos maravillosos ojos, la sonrisa tenía tendencia a desaparecer y sus manos se movían sin objetivo. Él decidió ser brusco.

—¿Quién te ha estado parlotando? —preguntó. Ella se estremeció, se mostró afligida.

—¿Se nota? —preguntó ella.

—Nadie salvo yo. Tu hermano me encargó que me ocupase de tu bienestar, y yo he tomado ese encargo de todo corazón. ¿Quién?

—Perdita.

—¡Mujer abominable! ¿Qué te dijo?

—Nada que no supiese, excepto lo del matrimonio.

—Pero no es lo que dijo, es cómo lo dijo, ¿verdad?

—Sí.

Él se animó a coger aquellas manos que se movían sin propósito, frotó con los pulgares los dorsos en lo que se podría entender como un consuelo o amor.

—¡Octavia, escúchame! —dijo muy serio—. No pienses lo peor, por favor. Es demasiado pronto y demasiado efímero para ti (¡o para cualquiera!) para llegar a conclusiones. Soy un buen amigo de Antonio, lo conozco. Quizá no tan bien como tú, su esposa, pero de otra manera. A lo mejor podría ser que un matrimonio con Egipto pudiese ser algo que él considerase necesario para su propio gobierno como triunviro en Oriente. No te puede afectar; tú eres su esposa legal. Esta unión ilegal es un síntoma de sus problemas en Oriente, donde nada ha salido como él esperaba. Es, creo, una manera de contener el dolor de sus desilusiones. —Él le soltó las manos antes de que ella pudiese encontrar el contacto íntimo—. ¿Lo entiendes?

Ella pareció recuperar los ánimos, más relajada.

—Sí, Fonteio, lo comprendo. Te lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

—De ahora en adelante no estarás en casa para Perdita. ¡Ella vendrá corriendo la próxima vez que Peregrino reciba una carta de sus compañeros! Pero tú no la verás. ¿Prometido?

—Prometido —dijo ella con una sonrisa.

—Entonces tengo buenas noticias. Esta tarde hay una representación de Edipo Rey. Te daré unos momentos para que te arregles, después iremos a ver si son buenos esos actores. El rumor dice que sí, que son fantásticos.

Un mes después que la carta de Octavia llegara a Antioquía se produjo la respuesta de Antonio.

¿Qué estás haciendo en Atenas sin los veinte mil hombres que me debe tu hermano? Aquí estoy, preparándome para una expedición de nuevo a la Media Partía, sorprendentemente escaso de buenas tropas romanas, ¿y Octavio tiene la pretensión de enviarme sólo dos mil? Eso es demasiado, Octavia, demasiado. Octavio sabe muy bien que no puedo regresar a Italia en este momento para reclutar legionarios en persona, y fue parte de nuestro acuerdo que él reclutaría para mí cuatro legiones. Legiones que necesito con urgencia.

Ahora recibo una ridícula carta tuya donde hablas de este y de aquel niño; ¿crees que la guardaría y sus ocupantes me preocupan un ardite en un momento como éste? Lo que me preocupa es el acuerdo no cumplido de Octavio. ¡Cuatro legiones, no cuatro cohortes! ¡Esto es lo último! ¿Y por qué cree tu hermano que necesito un enorme ariete, cuando estoy sentado no muy lejos de los cedros del Líbano?

¡Qué la plaga se lo lleve, a él y a todos sus partidarios!

Ella dejó la carta, bañada en sudor frío. Ni una sola palabra de amor, ni un solo término de cariño, ninguna referencia de su llegada, más allá de una

diatriba dirigida contra César.

—Ni siquiera me dice lo que quiere que haga con los hombres y los pertrechos que he traído —le dijo a Fonteio.

Él notó el rostro endurecido, la piel rasposa como si hubiese sido alcanzada por un puñado de arena en una tormenta de tierra. Los grandes ojos fijos en él, tan transparentes que eran ventanas de sus pensamientos más íntimos, llenos con lágrimas que comenzaban a rodar por sus mejillas como si ella no supiese qué ocurría. Fonteio buscó en el seno de su toga, sacó un pañuelo y se lo dio.

—Anímate, Octavia —dijo casi sin poder controlar la voz—. Creo dos cosas al leer la carta. La primera, refleja un lado de Antonio que ambos conocemos: furioso, impaciente. Veo y lo escucho pasearse por la habitación y acabar con esta típica reacción inicial ante lo que él ve como un insulto de César. Tú sólo eres el intermediario, el mensajero que él mata para dar salida a su cólera. Pero la segunda es más seria. Creo que Cleopatra estaba escuchando, tomaba notas y ella misma dictaba esta respuesta. De haber respondido Antonio, él al menos hubiese indicado qué quería hacer con la donación de pertrechos y máquinas de guerra, además de soldados, que él necesita con urgencia. Mientras que Cleopatra no se preocuparía en dar unas directrices. La escribió ella, no Antonio.

Una respuesta que tenía sentido; Octavia se enjugó las lágrimas, se sopló la nariz, miró con preocupación el pañuelo sucio de Fonteio y sonrió.

—Lo he ensuciado y ahora habrá que lavarlo —dijo—. Gracias, querido Fonteio. Pero ¿qué debo hacer?

—Venir a la representación de Nubes de Aristófanes conmigo y luego escribirle a Antonio como si esta carta nunca hubiese sido enviada. Pregúntale qué quiere hacer con los regalos de César.

—¿Puedo preguntarle si piensa venir a Atenas? ¿Puedo hacerlo?

—Por supuesto, él debe venir.

Pasó otro mes de tragedias, comedias, conferencias, excursiones, cualquier cosa que Fonteio podía inventar para ayudar a su querida a pasar el tiempo antes de que llegase la réplica de Antonio. Resultaba interesante que ni siquiera Perdita pudiera hacer un escándalo de las atenciones de Fonteio a la hermana del imperatrum César. Sencillamente, nadie podría —o querría— creer que Octavia pudiese ser una esposa infiel. Fonteio era su guardián; César no había hecho ningún secreto de ello, y se había asegurado de que sus deseos fuesen conocidos incluso en la propia Atenas.

Ahora, todos hablaban de la continuada pasión de Antonio por la mujer que Octavio había llamado la Reina de las Bestias. Fonteio se encontraba

atrapado en un dilema; la mitad de él deseaba salir en defensa de Antonio, pero la otra mitad, ahora profundamente enamorada de Octavia, se preocupaba sólo por su bienestar.

La carta no fue una sorpresa tan grande como la primera.

¡Vuelve a Roma, Octavia! No tengo nada que hacer en Atenas en el futuro próximo, así que es inútil que me esperes allí cuando deberías estar cuidando de tus hijos en Roma. ¡Te lo repito, vuelve a Roma!

En cuanto a los hombres y los pertrechos, envíalos a Antioquía de inmediato. Fonteio puede venir con ellos, o no, como le plazca. Por lo que he escuchado, parece que tú lo necesitas más que yo.

Te ruego que los envíes a Antioquía, ¿está claro? Ve a Roma, no a Antioquia.

Quizá fue la sorpresa la que la dejó sin lágrimas; Octavia no estaba segura. El dolor era terrible, pero él tenía una vida propia que de alguna manera no estaba relacionada con ella, Octavia, hermana del imperator César y esposa de Marco Antonio. La destrozaba, la dejaba seca, mientras que su mente sólo pensaba en sus dos pequeñas hijas. Flotaban en un espacio absolutamente oscuro delante de sus ojos: Antonia, alta y serena; mamá Atia decía que era la imagen de la tía Julia de Divus Julius, que había sido la esposa de Cayo Mario. Ahora tenía cinco años, y ya estaba imbuida del sentido del deber, de compasión y bondad. Mientras que Tonilla era de ojos y cabellos rojos, imperiosa, impaciente, implacable, apasionada. Antonia apenas si conocía a su tata, mientras que Tonilla nunca lo había visto.

—¡Eres igual que tu padre! —gritaba Alvia Atia, agotada más allá de cualquier tolerancia por una rabieta o un torrente de sentimientos.

—Eres igual que tu padre —susurraba Octavia con mucha ternura, que amaba todavía más al pequeño volcán por ello.

Ahora, lo sabía, todo se había acabado. Había llegado el día que una vez ella había previsto; durante el resto de su vida lo amaría, pero tendría que existir sin él. Lo que fuese que lo unía a la reina de Egipto era muy fuerte, quizá irrompible. Sin embargo, en algún lugar de su interior, Octavia sabía que la suya no era una unión feliz, que Antonio la aceptaba pero también la odiaba. «Conmigo —pensó—, él tenía paz y alegría. Yo lo calmaba. Con Cleopatra tiene incertidumbre y tumulto. Ella lo inflama, lo incordia, lo atormenta.»

—Esa clase de matrimonio lo enloquecerá —le dijo a Fonteio, y le mostró también la carta.

—Sí, lo hará —consiguió decir Fonteio, que tenía un tremendo nudo en la garganta—. ¡Pobre Antonio! Cleopatra lo moldeará a placer.

—¿Cuál es su placer? —preguntó Octavia, que pareció intrigada.

—Desearía saberlo, pero no lo sé. —¿Por qué no se divorcia de mí?

Fonteio la miró asombrado y, después, mortificado. «Edepol! Por qué no se me ocurrió a mí preguntarme eso. ¿Sí, por qué no se divorcia de ti? Su carta casi exige que lo haga.»

—¡Venga, Fonteio, piensa! Tú debes de saberlo. La razón que sea tiene que ser política.

—Esta segunda carta no ha sido una sorpresa, ¿verdad? Esperabas que dijese lo que pone.

—¡Sí, sí! Pero ¿por qué no un divorcio? —insistió ella.

—Creo que eso significa que él no ha quemado todavía todas sus naves —manifestó Fonteio con voz pausada—. Todavía hay una necesidad en él de sentirse un romano con una esposa romana. Tú eres una protección, Octavia. Puede ser también que, al no divorciarse de ti, esté buscando recuperar la independencia. Esa mujer lo atrapó en sus garras en un momento de desesperación, cuando él se hubo vuelto hacia cualquiera en busca de consuelo, ella estaba a mano.

—Ella se aseguró de eso.

—Sí, obviamente.

—Pero ¿por qué, Fonteio? ¿Qué quiere de él? —Territorios. Poder. Ella es una monarca oriental, nieta de Mitrídates el Grande. No hay una gota de Ptolomeo en ella, ellos siempre han sido lentos y de poca ambición durante generaciones, más preocupados por robarse el trono de Egipto los unos a los otros que por mirar hacia adelante. Cleopatra está hambrienta de expansión; son los apetitos mitridáticos y seléucidas.

—¿Cómo es que sabes tanto de ella? —preguntó Octavia con curiosidad.

—Hablé con la gente cuando estuve en Alejandría y Antioquía.

—¿Qué impresión tuviste de ella cuando la conociste? —Dos cosas sobre todo. Una, es que estaba absolutamente obsesionada con el hijo que tuvo con Divus Julius. La segunda, que ella es un poco como Tetis, capaz de transformarse en lo que cree necesario para conseguir sus fines.

—Tiburón, calamar, no recuerdo el resto, sólo que Peleo se aferró a Tetis sin importarle en qué se convertía. —Se estremeció—. ¡Pobre Antonio! Está decidido a aferrarse a ella.

Él decidió cambiar de tema, aunque no se le ocurrió nada que pudiese animarla.

—¿Regresarás a casa? —le preguntó.

—Oh, sí. Lamento importunarte, pero ¿podrías buscarme un barco?

—Haré algo mejor que eso —respondió él con toda naturalidad—. Tu hermano me encomendó tu bienestar, y eso significa que regresaré contigo.

Aquello fue un alivio, aunque no una alegría; Fonteio vio cómo su rostro se relajaba un poco, y deseó con todo su anhelo que él, Cayo Fonteio Capito, pudiese convencerla para que lo amase. Muchas mujeres habían dicho que podían amarlo, y desde luego dos esposas lo habían hecho, pero no eran nada. Bastante después de lo que había esperado había encontrado a la mujer de su corazón, de sus sueños. Pero ella amaba a otro, y seguiría haciéndolo. De la misma manera que él continuaría amándola.

—En qué mundo extraño vivimos —dijo, y consiguió soltar una carcajada—. ¿Aceptarías ver *Las troyanas* esta tarde? Admito que el tema está muy cerca de nuestra actual vida (mujeres que han perdido a sus hombres), pero Eurípides es un verdadero maestro y el reparto es espléndido. Demetrio de Corinto interpreta a Hekabe, Dorisco interpreta a Andrómaco (dicen que está fabuloso en el papel), Aristógenes es Helena. ¿Vendrás?

—Sí, por favor —respondió ella, y le sonrió, incluso con los ojos—. ¿Qué son mis penares comparados con los de ellas? Al menos yo tengo mi casa, mis hijos y mi libertad. Me hará bien presenciar el sufrimiento de las mujeres troyanas, sobre todo porque nunca he visto la obra. He escuchado decir que desgarrar el corazón, así que podré llorar por los problemas de los demás.

Octavio lloró por los sufrimientos de su hermana cuando ella llegó a Roma un mes más tarde. Era septiembre, y él estaba a punto de embarcarse para su primera campaña contra las tribus de Illyricum. Contuvo las lágrimas, y arrojó sobre la mesa las dos cartas que Fonteio le había dado y luchó para recuperar la compostura. Una vez la batalla ganada, apretó los dientes, furioso, pero no con Fonteio.

—Gracias por venir a verme antes de que fuese a ver a Octavia —le dijo a Fonteio, y le tendió la mano—. Te has comportado con honor y bondad con mi hermana, y no necesito que ella me lo diga. ¿Está... está muy deprimida?

—No, César, ella no es así. El comportamiento de Antonio la ha aplastado, pero no la ha derrotado.

Un veredicto con el que Octavio estuvo de acuerdo cuando la vio.

—Debes venir y vivir aquí conmigo —dijo, con un brazo sobre sus hombros—. Trae a los niños, por supuesto. Livia Drusilia está ansiosa porque tengas compañía, y Carinae está demasiado lejos.

—No, César, no puedo hacer eso —replicó Octavia con firmeza—. Soy la

esposa de Antonio, y viviré en su casa hasta que él me ordene marcharme. ¡Por favor, no insistas ni me fuerces a ello! No cambiaré de opinión.

Con un suspiro, él la sentó en una silla, acercó la otra y le sujetó las manos.

—Octavia, él no vendrá a casa contigo.

—Eso lo sé, pequeño Cayo, pero no importa. Todavía soy su esposa, y eso significa que él espera que cuide de sus hijos y de su casa como debe hacer una esposa cuando su marido está en el extranjero.

—¿Qué me dices del dinero? Él no te mantendrá.

—Tengo mi propio dinero. Eso lo enojó, aunque su enojo estaba reservado a la dureza emocional de Antonio.

—¡Tu dinero es tuyo, Octavia! Haré que el Senado te proporcione lo suficiente de los estipendios de Antonio para cuidar de su propiedad aquí en Roma y también de sus villas.

—¡No, te lo ruego, no hagas eso! Llevaré una fiel contabilidad de lo que gaste, y él podrá devolvérmelo cuando regrese a casa.

—¡Octavia, él no regresará a casa!

—No puedes decir eso con seguridad, César. No puedo afirmar que comprendo las pasiones de los hombres, pero conozco a Antonio. Esta mujer egipcia puede ser otra Glafira, incluso otra Fulvia. Se cansa de las mujeres cuando se vuelven inoportunas.

—Se ha cansado de ti, querida.

—No, no lo ha hecho —afirmó ella con valentía—. Todavía soy su esposa, no se ha divorciado de mí.

—Eso lo hace para mantener a sus senadores y caballeros en su bando. Así nadie podrá decir que está permanentemente en las garras de la reina de Egipto, si no se ha divorciado de ti, su verdadera esposa.

—¿Nadie podrá decir? ¡Oh, vamos, César! ¡Tú no podrás, a eso te refieres! ¡No estoy ciega! Quieres que Antonio parezca un traidor; por tus propios fines, no por los míos.

—Cree eso si quieres, pero no es la verdad.

—Aquí me quedo —fue todo lo que dijo ella.

Octavio la dejó, sin sentir sorpresa o algo más que una leve irritación; él la conocía sólo como podía hacerlo un hermano menor, tras seguir a alguien cuatro años mayor como si estuviese atado a una correa, conocedor de pensamientos expresados en voz alta, conversaciones de chicas con sus

amigos, amores y tonterías de adolescentes. Antonio había inspirado estos amores mucho antes de que ella tuviese la edad suficiente para amarlo como una mujer. Cuando Marcelo había pedido casarse con ella, Octavia había ido a su destino sin un murmullo de protesta porque ella conocía su deber y nunca había soñado con casarse con Antonio. Él estaba tan atrapado en las garras de Fulvia en aquel momento, que una muchacha de dieciocho años tan sensible como Octavia abandonó aquella esperanza de haberla tenido alguna vez.

—¿No vendrá aquí? —preguntó Livia Drusilia cuando él regresó.

—No.

Livia Drusilia chasqueó la lengua.

—¡Qué pena!

Él se rio y le pasó la mano por la mejilla afectuosamente.

—¡Qué tontería! Te alegras profundamente. No te gustan los niños, esposa, y eres muy consciente de que aquellos niños indisciplinados y mimados correrían por todas partes si viviesen aquí, por mucho que nosotros intentásemos contenerlos.

—¡Es verdad! —admitió ella con una risita—. Aunque, César, no soy yo quien se comporta de manera anormal, sino Octavia. Es muy deseable tener hijos y yo me regocijaría si quedase embarazada. Pero Octavia hace que una gata parezca descuidada. Me sorprende que consintiese en ir a Atenas sin ellos.

—Ella fue sin ellos porque (manteniendo la metáfora felina) sabe que Antonio es un gato macho y se siente como tú respecto a los chicos. ¡Pobre Octavia!

—Compadécete de ella, César, pero, de todas maneras, no Pierdas de vista el hecho de que es mejor que su dolor llegue ahora y no más tarde.

XX

Mientras Publio Canidio y sus siete legiones habían penetrado en Armenia y habían hecho un buen trabajo, Antonio permaneció en Siria, con la intención, muy ostensible, de supervisar la guerra contra Sexto Pompeyo en la provincia de Asia y de reunir un gran ejército para su próxima campaña en Media Partia. No era más que una excusa; de hecho, le había llevado todo aquel año emerger lenta y dolorosamente de su furor inducido por el vino. Mientras su tío Planeo gobernaba Siria y su sobrino Titio había sido delegado por Antonio para llevar un ejército a Éfeso para ayudar a Furnio, a Ahenobarbo y a Amintas de Galacia a derrotar a Sexto Pompeyo. Fue Titio quien lo arrinconó en Frigia Midaem y Titio quien lo escoltó hasta la costa de Asia, en Mileto. Allí fue ejecutado por orden de Titio, un acto que Antonio

deploró sonoramente. Acusó a Planeo de haber incitado a Titio a que lo hiciera, pero Planeo insistió firmemente en que la orden, secreta, había venido de Antonio, que debía asumir la responsabilidad.

—¡De ninguna manera! —rugió Antonio.

De quién era la culpa quizá nunca se sabría, pero ciertamente Antonio se benefició de esa corta guerra. Heredó las tres buenas legiones de aburridos veteranos que había reclutado Sexto y dos espléndidos romanos navegantes, Décimo Turulio y Cassio Parmensis, los dos, asesinos de Divus Julius todavía vivos. Después de que ofreciesen a Antonio sus servicios y Antonio los aceptase, Octavio le escribió una carta casi histérica a Antonio en la que le decía, con su pequeña y meticulosa letra:

Si hacía falta algo más para demostrarme que tú fuiste parte del complot para asesinar a mi divino padre, Antonio, ésta es. De todos los actos infames traicioneros y repugnantes de tu siniestra carrera, éste es el peor. A sabiendas de que estos dos hombres son asesinos, los has tomado a tu servicio en lugar de ejecutarlos públicamente. No te mereces ostentar una magistratura romana, ni siquiera de las más bajas. Tú no eres mi compañero, tú eres mi enemigo, de la misma manera que eres enemigo de todos los hombres romanos decentes y honorables. Pagarás por esto, Antonio, lo juro por Divus Julius. Lo pagarás.

—¿Fuiste parte del complot? —preguntó Cleopatra. Antonio se mostró ofendido.

—¡No, por supuesto que no! Por Júpiter, han pasado diez años desde que César fue asesinado. Pregúntame qué prefiero, ¿dos presuntos asesinos muertos o dos almirantes romanos vivos? No hay comparación.

—Sí, veo tu lógica. Así y todo... —¿Así y todo qué?

—No estoy segura de creer tus negativas respecto al asesinato de César.

—Me importa muy poco si me crees o no. ¿Por qué no te vas a Alejandría y gobiernas en persona por una vez? Entonces podré ocuparme de mis planes de guerra con tranquilidad.

Cleopatra hizo lo que Antonio le sugería; al cabo de un nundinum el Filopátor zarpó para Alejandría con ella a bordo. Su voluntad de dejarlo era una prueba de su confianza de que él finalmente había reparado los destrozos que el vino había provocado en su cuerpo y, más importante, en su mente. ¡Realmente era extraordinario! Cualquier otro hombre de su edad hubiese emergido mostrando las huellas físicas de la disipación, pero Marco Antonio no. Fuerte como siempre, lo bastante fuerte, sin duda, para conducir su ridícula campaña. Pero aquella vez él no marcharía contra Fraaspa, de eso podía estar segura. Sin el ausente Canidio para respaldarla había sido difícil, pero había

continuado machacando las ambiciones de Antonio a lo largo de meses, para moldearlo de forma diferente. Por supuesto, no había dejado entrever con palabras o gestos que él debía volver los ojos hacia Roma; en cambio, había insistido en el hecho de que Octavio vendría a Oriente después de derrotar a Sexto Pompeyo, cuya ejecución había sido idea suya. Un buen soborno a Lucio Munatio Planeo, otro al hijo de su hermana, Titio, y el hecho se había realizado.

Con Lépido forzado al retiro y Sexto Pompeyo desaparecido para siempre, había dicho ella, no había nadie que pudiese impedir a Octavio regir el mundo excepto Marco Antonio. No había sido difícil convencer a Antonio de que Octavio quería gobernar el mundo, especialmente después de que ella hubo encontrado un aliado inesperado para reforzar sus opiniones. Como si su nariz tuviese la capacidad de oler un espacio vacante alrededor de Antonio, Quinto Delio había aparecido en Antioquía para ocupar el lugar que Cayo Fonteio había dejado; lleno de desconfianza hacia Fonteio, que juraba ser el esclavo de Octavia, un enamorado que era el hazmerreír de todos. Si bien Delio carecía totalmente de la integridad y la suavidad de Fonteio, no era un verdadero sustituto. Sin embargo, podía ser comprado, y una vez que un noble romano vendía sus servicios, permanecía fiel. Era, aparentemente, una cuestión de honor, aunque fuese un honor mancillado. Cleopatra lo compró.

Puso a Delio a trabajar en el hueco que Fonteio había dejado; una vez más sirvió como embajador de Antonio. El asunto de Ventidio y Samosata había desaparecido de la mente de Antonio, ya no parecía ser un crimen. Antonio, además, echaba de menos la varonil compañía de Fonteio, así que aceptó a Delio como sustituto. De haber estado en Siria, las cosas hubiesen sido diferentes, pero Ahenobarbo estaba ocupado en Bitinia. No había nada que se interpusiese en el camino de Delio o en el de Cleopatra.

Al momento, Delio estaba ocupado en una tarea diseñada por Cleopatra. Entre ambos, Cleopatra y él, habían tenido pocos problemas para convencer a Antonio de que era una tarea de gran importancia; debía viajar como embajador de Antonio a la corte de Artavasdes de Media, y allí proponer una alianza entre Roma y Media que pusiese coto a los intereses partos. Media, de la que Fraaspa era la capital, pertenecía al rey de los partos; Artavasdes gobernaba Media Atropatene, que era más pequeña y menos clemente. Dado que todas sus fronteras salvo aquellas con Armenia eran partas, Artavasdes estaba en conflicto; la autopreservación dictaba que él no debía hacer nada que ofendiese al rey de los partos, mientras que la ambición lo hacía mirar con codicia a Media. Cuando comenzó la desastrosa campaña de Antonio, él y su compañero armenio habían tenido claro que nadie podía derrotar a Roma, pero para el momento en que Antonio había salido de Artaxata en aquella terrible marcha, los dos Artavasdes habían pensado de otra manera.

Al enviar a Delio a Media Atropatene, Cleopatra intentaba cerrar una alianza que le permitiría mantener a aquel rey tranquilo mientras su consorte armenio del mismo nombre era conquistado por Roma. Todo eso era posible gracias a los problemas en la corte del rey Fraates, donde los príncipes de una casa arsácida menor confabulaban contra él.

«No me importa a cuántos de tus parientes consigues matar —pensó Cleopatra—, siempre hay algunos que permanecen tan ocultos que no los ves hasta que es demasiado tarde.»

Convencer a Antonio para que viese que no debía aprovecharse de ese tumulto parto para intentar tomar por segunda vez Fraaspa fue mucho más difícil, pero ella acabó triunfando al insistir constantemente en el dinero. Aquellos cuarenta y cuatro mil talentos que Octavio le había enviado habían sido engullidos por el coste de la guerra —pagar las legiones, armarlas, comprar los víveres que los legionarios preferían comer, desde el pan hasta las gachas, y también los caballos, las mulas y las tiendas— mil y una cosas necesarias. Cada vez que un general de cualquier nacionalidad equipaba a un nuevo ejército, los vendedores hacían su agosto; el general pagaba unos precios desorbitados por cualquier producto. Como Cleopatra continuaba negándose a pagar por las campañas partas y Antonio no tenía más territorios que cederle a cambio de su oro, se encontró atrapado en su muy bien montada trampa.

—Conténtate con la conquista completa de Armenia —le dijo—. Si Delio puede redactar un tratado con la Media de Artavasdes, tu campaña será un gran éxito, algo que podrás proclamar en el Senado con tonos que harán temblar las vigas del techo. No te puedes permitir perder otro tren de equipajes, ni los dedos de tus soldados, y eso significa que se acabaron las marchas a territorios desconocidos demasiado lejos de las propias provincias de Roma para obtener ayuda rápidamente. Esta campaña es simplemente para ejercitar a tus hombres experimentados y endurecer a los reclutas. Los necesitarás para enfrentarte a Octavio, nunca lo olvides.

Él lo había aceptado, de eso ella no tenía la menor duda, y por lo tanto podía dejarlo invadir Armenia sin necesidad de permanecer ella en Siria.

Otra cosa la animó a regresar a casa: una carta de su gran chambelán Apolodoro. Aunque no era nada específica, indicaba que Cesarión comenzaba a plantear problemas.

¡Oh, Alejandría, Alejandría! ¡Qué hermosa ciudad después de las sucias callejuelas y chabolas de Antioquía! En realidad, tenía tantos pobres en chabolas como Antioquía; en realidad más al ser una ciudad más grande; pero cada calle era lo bastante ancha como para dejar correr el aire, y éste era dulce, fresco, seco, ni demasiado caliente en verano ni demasiado frío en

invierno. Los barrios de chabolas eran nuevos, también; Julio César y sus enemigos macedonios prácticamente habían arrasado la ciudad catorce años atrás, y ella se había visto obligada a reconstruirla. César había deseado que ella aumentase el número de fuentes públicas y que ofreciera al pueblo baños gratis, pero ella no lo había hecho. ¿Por qué iba a hacerlo? Si navegaba por la gran bahía, llegaría a tierra dentro del recinto real, y si llegaba por carretera, utilizaría la avenida Canópica. Ninguna de las dos rutas hacía necesario que atravesase los barrios pobres de Rhakotis, y lo que sus ojos no veían, su corazón no lamentaba. La plaga había reducido la población de tres millones a uno, pero eso había sido seis años atrás; de alguna parte había aparecido otro millón de personas, la mayoría, por el nacimiento de bebés, además de un pequeño número de inmigrantes. No había egipcios nativos en Alejandría, pero sí muchísimos mestizos debido al cruce con los griegos pobres; formaban una gran clase de servidores de los ciudadanos libres que no disfrutaban de esa condición, ni incluso después de que César le insistiese en dar la ciudadanía de Alejandría a todos sus residentes.

Apolodoro la esperaba en el muelle de la Rada Real, pero no, como descubrieron sus atentos ojos, su hijo mayor. La luz murió en ellos, aun así le dio la mano a Apolodoro para que se la besase cuando se levantó de su reverencia, y no protestó cuando él la llevó a un lado, con su rostro denunciando la necesidad de darle una información vital en aquel mismo momento de su llegada.

—¿Qué pasa, Apolodoro?

—Cesarión —dijo él.

—¿Qué ha hecho?

—Nada, de momento. Es lo que planea hacer.

—¿No podéis ni tú ni Sosigenes controlarlo?

—Lo intentamos, Isis reencarnada, pero cada vez es más difícil. —Se aclaró la garganta y pareció avergonzado—. Le han bajado los testículos, majestad, y se ve a sí mismo como un hombre.

Ella se detuvo y volvió sus grandes ojos dorados hacia su más leal sirviente.

—Pero ¡si todavía no ha cumplido los trece años!

—Cumplirá trece dentro de tres meses, majestad, y crece como un junco. Ya mide cuatro y medio cúbitos. Su voz quiebra, su físico es más el de un hombre que el de un niño.

—Dioses, Apolodoro. No, no me digas más, te lo ruego. Con esta información creo que es mejor que me forme mis propias conclusiones. —Volvió a caminar—. ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido a recibirme?

—Está ocupado en redactar una legislación que quería terminar antes de que llegases.

—¿Redactando una legislación?

—Sí, te lo dirá todo al respecto, hija de Ra, y probablemente antes de que tengas tiempo de abrir la boca para hablar.

Incluso avisada, la primera visión que tuvo Cleopatra de su hijo le cortó la respiración. En su año de ausencia había pasado de chico a joven, pero sin la torpeza que sufrían habitualmente los varones. Su piel era limpia y tostada, tenía un abundante cabello de color oro cortado corto, no lo llevaba largo como hacían la mayoría de los adolescentes y, como había dicho Apolodoro, su cuerpo era el de un hombre. «¡Ya! ¿Mi hijo, mi hermoso chiquillo, qué te ha pasado? Te he perdido para siempre, y mi corazón está roto. Incluso tus ojos han cambiado; tan severos y firmes, tan inflexibles.» Todo eso no era nada comparado con el parecido con su padre. Allí estaba César el joven, César como debía de haber sido cuando vistió la laena y el apex del Flamen Dialis, el sacerdote especial de Júpiter Óptimo Máximo de Roma. Habían sido necesarios Sila y que él cumpliera los diecinueve para liberarlo de aquel abominable sacerdote, pero allí estaba César como podría haber sido de no haber intentado Cayo Mario impedirle una carrera militar. El rostro alargado, la nariz bulbosa, la boca sensual con las arrugas producidas por la risa en las comisuras. «¡Cesarión, Cesarión, todavía no! No estoy preparada.»

Él cruzó la amplia extensión de suelo entre su mesa y el lugar donde estaba Cleopatra, transpuesta, con un grueso pergamino en una mano y la otra extendida hacia ella.

—Mamá, qué alegría verte —dijo él con una voz profunda.

—Dejé a un chico, contemplo a un hombre —consiguió decir Cleopatra.

Él le entregó el pergamino.

—Acabo de completarlo —dijo—, pero, por supuesto, tú debes leerlo antes que yo lo ponga en vigor.

El rollo de papel era pesado; ella lo miró, y después lo miró a él.

—¿No recibo un beso?

—Quieres uno. —Él le dio un beso en la mejilla, y luego, al Parecer, decidió que no era suficiente y la besó en la otra—. ¡Ya está! ¡Ahora lee, por favor, mamá!

Era hora de afirmar su ascendencia.

—Más tarde, Cesarión, cuando tenga un momento. Primero quiero ver a tus hermanos. Más tarde pretendo cenar en tierra firme. Y después de eso

tendré una reunión contigo, Apolodoro y Sosigenes en la que me podrás decir todo lo que has escrito ahí.

El viejo Cesarión hubiese protestado; el nuevo no lo hizo. Se encogió de hombros y cogió de nuevo el pergamino.

—En realidad, eso está bien. Trabajaré un poco más en él mientras tú te ocupas de las otras cosas.

—¡Espero que vengas a cenar!

—Nunca ceno. ¿Por qué hacer que los cocineros se tomen la molestia de preparar una comida cuando yo no les hago justicia? Tomo pan fresco y aceite, una ensalada, algo de cordero o pescado, y como mientras trabajo.

—¿Incluso hoy, cuando acabo de llegar a casa? Los brillantes ojos azules chispearon; el joven sonrió.

—Debo sentirme culpable, ¿no es así? Muy bien, vendré a cenar.

Se marchó para ir a sentarse de nuevo a la mesa, el pergamino ya desenrollado y la cabeza agachada en el momento en que tanteaba en busca de la silla y la encontraba.

Sus pies la llevaron hasta la guardería como si perteneciesen a otra mujer, pero allí al menos había cordura, normalidad. Iras y Charmian fueron corriendo a abrazarla, besarla, y después se apartaron para mirar cómo su amada señora contemplaba a sus tres hijos menores. Ptolomeo Alejandro Helios y Cleopatra Selene estaban montando un rompecabezas, una escena de flores, hierbas y mariposas pintadas en una madera muy delgada que algún maestro artesano había cortado con una sierra en pequeños trozos irregulares. El gemelo del Sol estaba golpeando con un martillo de juguete un trozo que no encajaba mientras su hermana la Luna miraba furiosa.

Luego le arrebató el martillo a su hermano y lo golpeó en la cabeza. El Sol aulló, la Luna chilló de alegría; un momento más tarde estaban trabajando de nuevo en el rompecabezas.

—La cabeza del martillo es de corcho —susurró Iras.

¡Qué encantadores eran! Ya tenían cinco años, y eran tan diferentes en apariencia que nadie hubiese adivinado que fuesen gemelos. El Sol, de cabellos, ojos y piel dorados, apuesto, de estilo más oriental que romano; era fácil ver que cuando madurase tendría una nariz ganchuda y los pómulos altos. Luna tenía rizados cabellos negros, un rostro delicado y unos enormes ojos del color del ámbar sombreados por largas pestañas negras; también era fácil ver que cuando madurase sería muy hermosa de una manera muy particular. Ninguno de los dos se parecía a Antonio o a su madre. La mezcla de dos sangres muy dispares había producido hijos físicamente más atractivos que

cualquiera de los padres.

El pequeño Ptolomeo Filadelfo, en cambio, era Marco Antonio de pies a cabeza: grande, de cabellos y ojos rojos, la nariz que luchaba para encontrar la barbilla a través de una pequeña boca de labios gruesos. Había nacido en el mes romano de octubre el año anterior, lo que le hacía tener una edad de dieciocho meses.

—Es el típico hijo menor —murmuró Charmian—. No hace ningún intento por hablar, aunque camina como su padre.

—¿Típico? —preguntó Cleopatra, que envolvió su cuerpo, que se retorció en un abrazo que él claramente no apreciaba.

—Los menores no hablan porque sus mayores lo hacen por ellos. Él balbucea, ellos lo entienden.

—Oh. —Cleopatra soltó al momento a Filadelfo cuando le hundió los dientes de leche en la mano, sacudiéndola para aliviar el dolor—. En realidad es como su padre, ¿verdad? Decidido. Iras, manda que el joyero de la corte haga un brazalete de amatista. Lo protegerá contra el vino.

—Lo arrancará, majestad.

—Entonces un collar ajustado, o un broche; no me importa, siempre y cuando lleve una amatista.

—¿Antonio lleva la suya? —preguntó Iras.

—La lleva ahora —respondió Cleopatra con voz severa.

De la guardería fue a su baño; Charmian e Iras la acompañaron. Según le constaba, en Roma relataban fabulosas historias de su baño: que estaba lleno con leche de burra, que era del tamaño de un estanque de carpas, que tenía una cascada en miniatura para refrescarla, que la temperatura era probada primero sumergiendo a una esclava. Ninguno de esos relatos nacidos de su estancia en Roma era verdad; la bañera que Julio César había encontrado en la tienda de Léntulo Crus después de Farsalia era mucho más suntuosa. La de Cleopatra era de un tamaño normal hecha de granito rojo sin pulir. La llenaban las esclavas, que traían ánforas de agua, unas calientes, las otras, frías; la receta era normal, así que la temperatura poco desvariaba.

—¿Cesarión frecuenta a sus hermanos? —preguntó mientras Charmian le masajeaba la espalda y le vertía agua encima.

—No, majestad —respondió Charmian con un suspiro—. Le gusta, pero no se siente interesado.

—No me sorprende —dijo Iras, que preparaba un ungüento perfumado—. La diferencia de edad es demasiado grande para que pueda intimar con ellos;

además, él nunca fue tratado como un niño. Ese es el destino del faraón.

—Es verdad.

Una observación reforzada durante la cena, a la que Cesarión asistió en cuerpo, pero no en alma; estaba en otra parte. Si alguien le servía comida, siempre se comía la más sencilla. Raramente los sirvientes habían sido enseñados en las cosas que debían ofrecerle. Comía abundante pescado, y también cordero, pero las aves, el cocodrilo joven y otras carnes no le apetecían en absoluto. El pan crujiente, todo lo blanco que lo podían hacer los panaderos, constituía la mayor parte de su comida, mojado en aceite de oliva o, a la hora del desayuno, con miel, le explicó a su madre.

—Mi padre comía sencillo —dijo él en respuesta a un comentario de reproche de Cleopatra destinado a convencerlo de que variase un poco más su dieta—, y no le hizo ningún daño, ¿no es así?

—Así es —admitió ella, y renunció.

Cleopatra celebraba sus consejos en una sala diseñada expresamente para eso, con una gran mesa de mármol a la que se sentaban ella y Cesarión en un extremo y otros cuatro hombres a cada lado; la otra cabecera siempre estaba vacía, como lugar de honor para Amón-Ra, que nunca venía. Aquel día Apolodoro ocupaba un lugar opuesto a Sosigenes y Cha'em. La reina se sentó, enfadada al no ver a Cesarión, pero antes de que pudiese hablar apareció él con manos llenas de documentos. Se escuchó una sonora exclamación; Cesarión fue al lugar de Amón-Ra y se sentó allí.

—Siéntate en tu silla, Cesarión —dijo Cleopatra.

—Ésta es mi silla.

—Pertenece a Amón-Ra, e incluso el faraón no es Amón-Ra.

—He llegado a un acuerdo con Amón-Ra para que yo lo represente en todos los consejos —replicó el muchacho sin molestarse—. Es una tontería sentarse en una silla donde no puedo ver el rostro de la otra persona que más necesito ver, faraón, el tuyo.

—Reinamos juntos, por lo tanto, nos sentamos juntos.

—Si yo fuese tu loro, faraón, lo haríamos. Pero ahora que me he convertido en un hombre no pretendo ser tu loro. Cuando lo crea necesario, estaré en desacuerdo contigo. Me inclino ante tu edad y experiencia, pero tú debes inclinarte ante mí como socio principal en nuestro reino conjunto. Soy el faraón varón, es mi derecho tener la última palabra.

A este tranquilo discurso siguió un silencio, durante el cual Cha'em, Sosigenes y Apolodoro miraron fijamente la superficie de la mesa y Cleopatra

clavó su mirada en su hijo rebelde. Todo aquello era obra suya; ella lo había elevado al trono y había hecho que le consagraran como faraón de Egipto y rey de Alejandría. Ahora no sabía qué hacer, y dudaba de tener la suficiente influencia con ese extraño como para reafirmarse a sí misma como su socio principal. «¡Oh, roguemos para que esto no sea el comienzo de una guerra entre los Ptolomeo gobernantes! —pensó—. ¡Roguemos para que esto no vuelva a ser Ptolomeo el Barrigón contra Cleopatra la Madre! Pero no veo corrupción en él, ninguna codicia, ningún salvajismo. ¡Él es un César, no un Ptolomeo! Eso significa que no se someterá a mí, que se cree más sabio que yo, pese a toda mi “edad y experiencia”. Debo ceder, debo ceder.»

—Comprendido, faraón —dijo ella sin furia—. Me sentaré en este extremo y tú en aquél. —De forma inconsciente se frotó con la mano la base del cuello, donde había descubierto, en el baño, que había aparecido un bulto—. ¿Hay algo que quieras discutir sobre tu conducción de los asuntos de Estado mientras estuve ausente?

—No, todo funcionó con normalidad. Dispensé justicia sin necesidad de consultar casos anteriores, y nadie discutió mis veredictos. En el erario público de Egipto está adecuadamente contabilizado, y también en el erario público de Alejandría. Dejé que el registrador y los otros magistrados hiciesen todas las reparaciones necesarias en los edificios de la ciudad, y también reparé varios templos y recintos a lo largo de las riberas del Nilo, tal como se había pedido. —Su rostro cambió, se volvió más animado—. Si no tienes ninguna pregunta y no has escuchado ninguna queja de mi conducta, ¿puedo pedirte que escuches mis planes para el futuro de Egipto y Alejandría?

—No he tenido quejas hasta el momento —dijo Cleopatra con cautela—. Puedes proceder, Ptolomeo César.

Él había dejado los rollos de pergaminos en la mesa y habló sin consultarlos. La luz era escasa porque se acababa el día, pero unos rayos de sol bailaban con el polvo, debido al ondular de las frondas de las palmeras en el exterior. Un rayo más firme que el resto iluminó el disco de Amón-Ra en la pared, detrás de la cabeza de Cesarión; Cha'em adoptó su expresión de vidente y murmuró algo en el fondo de su garganta demasiado ahogado como para ser entendido, a la vez que apoyó las manos temblorosas en la mesa. Quizá era la luz que se desvanecía la que hacía que su piel pareciese gris; Cleopatra no lo sabía, pero sí sabía que la visión que había tenido no le sería comunicada. Eso significaba que había sido maligna.

—En primer lugar me ocuparé de Alejandría —dijo Cesarión con tono enérgico—. Tiene que haber cambios; cambios inmediatos. En el futuro seguiremos la práctica romana de dar raciones de trigo gratis para los pobres; además, con respecto al trigo, el precio no fluctuará, para fijar su coste si es

comprado en ultramar cuando el Nilo no inunda. El gasto adicional será absorbido por el erario público de Alejandría. Sin embargo, estas leyes se aplicarán sólo a la cantidad de trigo que una familia pequeña consume durante el curso de un mes: el medimnus. Cualquier alejandrino que compre más de un medimnus al mes tendrá que pagar el precio normal.

Hizo una pausa, con la barbilla alzada, los ojos desafiantes, pero nadie habló. Continuó:

—Aquellos residentes de Alejandría que en ese momento no tengan derecho a la ciudadanía recibirán una franquicia. Esto se aplicará a todos los hombres libres, incluidos los libertos. De esa manera, habrá listas de ciudadanos y equipos del Estado para que otorguen los vales de trigo, ya sea para trigo gratis o para el medimnus subsidiado. Todos los magistrados de la ciudad, desde el intérprete hacia abajo, serán elegidos de la manera más justa (por elección libre) y durarán en el cargo sólo un año. Cualquier ciudadano, ya sea macedonio, griego, judío, medo o egipcio mestizo, podrá presentarse, y se darán leyes para castigar el soborno electoral, como también la corrupción en el cargo.

Otra pausa, saludada con un profundo silencio. Cesarión lo interpretó como una señal de que la oposición, cuando llegase, sería implacable...

—Por último —anunció—, en cada intersección principal construiré una fuente de mármol. Estas fuentes tendrán varias espitas para sacar agua y un caño grande para lavar ropa y para que se laven las personas, construiré baños públicos en cada barrio de la ciudad, excepto Beta, donde el recinto real ya tiene las adecuadas facilidades. Era hora de pasar de hombre a niño; con una mirada viesa en los ojos, miró a cada uno de los rostros que había alrededor de la mesa.

—¡Ya está! —gritó, y se echó a reír—. ¿No es espléndido?

—Espléndido desde luego —dijo Cleopatra—, pero manifiestamente imposible.

—¿Por qué?

—Porque Alejandría no puede permitirse tú programa.

—¿Desde cuándo cuesta más una forma de gobierno democrática que un grupo de macedonios vitalicios que están demasiado ocupados llenando sus propios nidos con el dinero público en lugar de gastarlo donde se debería gastar? ¿Por qué debe el erario público sufragar sus lujosas existencias? ¿Desde cuándo debe un joven ser castrado para entrar al servicio superior del rey y la reina? ¿Por qué las mujeres no pueden cuidar a nuestras princesas vírgenes? ¿Eunucos todavía hoy? ¡Es abominable!

—No hay respuesta —dijo Cha'em con la boca temblorosa al ver la mirada de horror en el rostro de Apolodoro, ya que él era un eunuco.

—¿Desde cuándo el sufragio universal cuesta más que el sufragio selectivo? —preguntó Cesarión—. Montar un aparato electoral costará, sí. La ración de trigo gratis costará. Una ración de trigo subsidiado costará. Las fuentes y los baños costarán. Pero si los de los nidos son sacados de sus palos en lo alto del gallinero y todos los ciudadanos pagan todos los impuestos en lugar que algunos no los paguen, creo que se podría encontrar el dinero.

—¡Oh, deja de ser un niño, Cesarión! —dijo Cleopatra con un tono de cansancio—. ¡Sólo porque tengas una gran asignación para derrochar no significa que entiendas de altas finanzas! ¡Encuentra dinero, jovencito! Eres un niño con ideas de niño sobre cómo funciona el mundo.

Desapareció toda alegría del rostro de Cesarión, que adoptó una expresión de rígida altivez.

—¡No soy un niño! —dijo sin casi mover los labios, su voz helada como Roma en el invierno—. ¿Sabes cómo he gastado mi enorme asignación, faraón? ¡Pagué los salarios de una docena de contables y escribientes! Nueve meses atrás encargué que investigasen los ingresos y gastos de Alejandría. ¡Nuestros magistrados macedonios desde el intérprete hasta su burocracia de sobrinos y primos son corruptos! ¡Podridos! —Una mano con un anillo de rubí que resplandeció rojo como el fuego rozó los rollos de pergaminos—. ¡Todo está aquí, hasta el último peculado, estafa, fraude, robo! ¡Cuándo tuve todos estos datos aquí me sentí avergonzado de llamarme a mí mismo rey de Alejandría!

Si el silencio podía resonar, aquel silencio lo hizo. Una parte de Cleopatra estaba exultante ante la sorprendente precocidad de su hijo, pero otra parte estaba tan furiosa que su palma derecha le ardía del deseo de abofetear al pequeño monstruo. ¡Cómo se atrevía! ¡Sin embargo, qué maravilloso que se atreviese! ¿Qué podía ella responder? ¿Cómo iba a salir de esto con su dignidad intacta, su orgullo no humillado?

Sosigenes pospuso aquel terrible momento.

—¿Lo que yo quiero saber es quién te dio estas ideas, faraón? Desde luego no las has recibido de mí, y rehúso creer que han salido completas de tu propia mente. ¿Por lo tanto, de dónde han venido?

Incluso mientras hablaba, Sosigenes fue consciente de algo que se clavaba en su pecho, una punzada de pura pena por la niñez perdida de Cesarión. «Siempre ha sido impresionante presenciar la evolución de este verdadero prodigio —pensó—, porque, como su padre, es un verdadero prodigio.»

Pero eso había significado no tener infancia. Ya como un bebé en brazos había hablado con frases pulidas; nadie podía dejar de ver la poderosa mente que había dentro del infante Cesarión. Aunque su padre nunca lo había comentado o lo había visto; quizá las memorias de sus propios primeros años cerraban sus ojos. ¿Cómo había sido Julio César cuando tenía doce años? ¿Cómo, por ejemplo, lo había tratado su madre? No de la manera que Cleopatra trataba a Cesarión, decidió Sosigenes en aquella fracción mientras esperaba la respuesta de Cesarión. Cleopatra consideraba a su hijo como un dios, así que la profundidad de su intelecto sólo servía para aumentar sus tonterías. ¡Oh, si sólo Cesarión hubiese sido un poco más vulgar!

Sosigenes recordaba muy bien cómo convenció a Cleopatra para que dejase al niño de seis años jugar con alguno de los niños pertenecientes a los macedonios de alta cuna como el registrador y el contable. Aquellos niños se habían apartado de Cesarión por temor, o lo habían golpeado y pateado, o se habían burlado de él cruelmente. Él había soportado todo esto sin quejas, tan decidido a conquistarlos como iba a conquisté las penurias de Alejandría ahora. Pero al ver su comportamiento, Cleopatra había prohibido a todos los niños y niñas cualquier contacto con su hijo. En el futuro, había ordenado ella, Cesarión debía contentarse con su propia compañía. Con cual, Sosigenes había buscado un cachorro. Horrorizada, Cleopatra hubiese mandado ahogarlo. Pero Cesarión llegó en el momento oportuno, y al ver al perro se convirtió en un niño de seis años. Con el rostro sonriente, sus manos fueron a coger al pequeño cachorro; así había entrado Fido en la vida de Cesarión. Sin embargo, el niño sabía que Fido desagradaba a su madre, y se había visto obligado a ocultarle la importancia que el perro tenía para él. Una vez más, aquello no era normal. De nuevo, Cesarión se había visto forzado al comportamiento adulto. Dentro de él vivía un anciano, mientras el niño que nunca se le había permitido ser se secaba, salvo en los momentos secretos pasados lejos de su madre y de los tronos que ocupaba como su igual. ¿Igual? ¡No, eso no! Cesarión era superior a su madre en todos los sentidos, y ésa era la tragedia.

La respuesta del muchacho a la pregunta llegó, y de pronto fue un niño pequeño, el rostro iluminado.

—Fido y yo vamos a cazar ratas en los áticos del palacio; allí arriba hay unas ratas terribles, Sosigenes. ¡Algunas son tan grandes como Fido, lo juro! Les debe de gustar el papel porque se han comido pilas y pilas de viejos archivos; algunos, se remontan hasta el segundo Ptolomeo. En cualquier caso, hace unos pocos meses atrás, Fido encontró una caja que ellas no se habían conseguido comer, una caja de malaquita con incrustaciones de lapolíazuli. ¡Hermosa! Cuando la abrí, encontré que tenía todos los documentos que mi padre había escrito mientras estaba en Egipto. ¡Documentos para ti, mamá! Consejos, no cartas de amor. ¿Alguna vez las has leído?

Con el rostro ardiente, Cleopatra recordó el paseo en burro que César le organizó a través de las ruinas de Alejandría para forzarla a ver lo que se debía hacer y en qué orden. Primero, casas para la gente común; inmediatamente después, templos y edificios públicos. ¡Oh, y las aparentemente interminables disertaciones! ¡Cuánto la habían irritado, cuando lo que ella quería era amor! Implacables instrucciones sobre lo que se debía hacer, desde la ciudadanía para todos hasta raciones de trigo gratis para los pobres. Ella había hecho caso omiso de todo salvo darle la ciudadanía a los judíos y a los metecos para ayudar a César a contener a los alejandrinos hasta que llegasen sus legiones. Pero tenía la intención de dársela a todos en algún momento. No obstante, en esta decisión habían intervenido su buena cabeza y su asesinato. Después de su muerte, ella había considerado sus reformas inútiles. Había intentado las reformas en Roma y lo habían matado por su presunción. Así que ella había puesto sus listas y sus órdenes en aquella caja de malaquita con incrustaciones de lapislázuli y se la había dado al mayordomo del palacio para que la guardase en alguna parte fuera de su vista, fuera de su mente.

Lo que no había contado era con un chico curioso y un perro ratonero. ¡Oh, el daño que su descubrimiento había creado! Cesarión estaba ahora infectado con la enfermedad de su padre; quería cambiar las cosas tan sagradas por los siglos que incluso aquellos que se beneficiarían no querían el cambio. ¿Por qué no había arrojado aquellas hojas de papel al fuego? Entonces su hijo no hubiese encontrado nada más que ratas.

—Sí, las leí —dijo.

—¿Entonces por qué no actuaste de acuerdo a ellas?

—Porque Alejandría tiene su propio *mos maiorum*, Cesarión. Sus propias costumbres y tradiciones. Los gobernantes de un lugar, sea una ciudad o una nación, no están obligados a socorrer a los pobres, que son una aflicción que sólo la hambruna puede curar. Los romanos llaman a sus pobres proletarios, y eso significa que no tienen absolutamente nada para darle al Estado salvo hijos; ningún impuesto, ninguna prosperidad. Pero los romanos también tienen una tradición de filantropía, por eso alimentan a sus pobres a costa del Estado. Alejandría no tiene tal tradición, ni tampoco otros lugares. Sí, estoy de acuerdo en que nuestros magistrados son corruptos, pero los macedonios son los colonizadores originales, y se sienten con derecho a ocupar los cargos. Intenta quitárselos y te destrozarán en el ágora; no por los macedonios, sino por los pobres. La ciudadanía de Alejandría es preciosa, no se da a quienes no la merecen. En cuanto a las elecciones, son una farsa.

—Desearía que te escuchases a ti misma. Es pura mierda de hipopótamo.

—No seas vulgar, faraón.

Las expresiones desfilaron por su rostro como las ondulaciones en la piel de un caballo, primero infantiles —furiosas, frustradas, resistentes—, pero lentamente se volvieron adultas —fríamente decididas, con una determinación pétrea.

—Me saldré con la mía —dijo él. Si no es ahora, más tarde, pero me saldré con la mía. Puedes impedírmelo durante un tiempo si apelas a un número suficiente de ciudadanos de Alejandría para impedírmelo. No soy un loco, faraón. Conozco la magnitud de la resistencia que habrá a mis cambios. Pero ¡llegarán! Y cuando lleguen, no se circunscribirán sólo a Alejandría. Somos faraones de un país de mil millas de largo pero sólo de diez millas de ancho excepto en Ta-She, un país que no tiene ningún ciudadano libre. Nos pertenecen, como nos pertenecen la tierra que cultivan y las cosechas que recogen. ¡En cuanto al dinero! Tenemos tanto que nunca lo podremos gastar, acumulado debajo del suelo, fuera de Menfis. Lo utilizaré para mejorar al pueblo de Egipto.

—No te lo agradecerán —replicó ella con voz firme.

—¿Por qué iban a hacerlo? Con todo el derecho es su dinero, no el nuestro.

—Nosotros —dijo ella, y mordió cada palabra— somos el Nilo. Somos hijo e hija de Amón-Ra, Isis y Horus reencarnado, Señores de las Dos Damas del Alto y el Bajo Egipto, de la Juncia y la Abeja. Nuestro propósito es ser fructíferos, traer prosperidad a los altos y a los bajos. Faraón es el dios en la tierra, destinado a no morir nunca. Tu padre tuvo que morir para convertirse en deidad, mientras que tú has sido un Dios desde tu concepción. ¡Debes creer!

Él recogió los pergaminos y se levantó.

—Gracias por escucharme, faraón.

—¡Dame tus papeles! Quiero leerlos.

Eso provocó una carcajada.

—Creo que no —replicó él, y se marchó.

—Bueno, al menos, ahora sabemos dónde estamos —le dijo Cleopatra a los demás—. En el borde del precipicio.

—Cambiará cuando madure —la consoló Sosigenes.

—Sí, lo hará —dijo Apolodoro.

Cha'em no dijo nada.

—¿Tú estás de acuerdo, Cha'em? —preguntó Cleopatra—. ¿O es que tu visión te dice que no cambiará?

—Mi visión no tiene sentido —susurró Cha'em—. Estaba confusa,

borrosa; de verdad, faraón, no significaba nada.

—Estoy segura de que para ti sí, pero no me lo dirás, ¿no es así?

—Lo repito, no hay nada que decir.

Pero se alejó como lo que era: un anciano y cuando estuvo lo bastante lejos como para no ser sorprendido comenzó a llorar.

Cleopatra cenó en sus habitaciones, pero no llamó a sus dos doncellas; el día había sido muy largo y seguramente Charmian e Iras estaban agotadas. Una muchacha —macedona, por supuesto— le sirvió mientras ella picoteaba la comida sin apetito, y luego la ayudó a desnudarse para dormir. Entre 'os que disfrutaban de una buena posición y tenían muchos sirvientes no era costumbre llevar ropas en la cama. Aquéllos que dormían vestidos lo hacían por mojigatería, como la difunta esposa de Cicerón. Terencia, o aquellos que no tenían bastantes sirvientes para lavar las sábanas con regularidad. Que ella dedicase tiempo a pensar en esto era culpa de Antonio; él despreciaba a las mujeres que llevaban camisón en la cama, y ella lo sabía. Incluso Octavia, una mujer más modesta que mojigata, no tenía inconveniente en hacer el amor desnuda, le había dicho Antonio, pero una vez acabado el acto, ella se ponía el camisón. La excusa (porque así le parecía a él) era que uno de los niños podía necesitarla urgentemente durante la noche, y ella no estaba dispuesta a que el sirviente que viniese a despertarla viese su desnudo. Aunque, según Antonio, su cuerpo era precioso.

Agotado este tema, la mente de Cleopatra pasó a los aspectos más curiosos de la relación de Antonio con Octavia: ¡cualquier cosa para no tener que pensar en lo que había acontecido aquel día!

Él había rehusado divorciarse de Octavia, había mostrado su empecinamiento cuando Cleopatra había intentado convencerle de que el divorcio era la mejor alternativa. Antonio era ahora su esposo; el casamiento romano no tenía demasiada importancia. Pero había emergido durante el curso de sus exhortaciones que Antonio aún quería a Octavia y no solamente porque era madre de dos de sus hijos romanos. Ambas niñas y, por lo tanto —al menos para Cleopatra—, carente de importancia. No para Antonio, al parecer; él ya estaba planeando sus casamientos, aunque Antonia tendría unos cinco años, como mucho, y Tonilla aún no tenía dos. El hijo de Ahenobarbo, Lucio, estaba destinado a casarse con Antonia, pero Antonio aún no había tomado una decisión respecto al marido de Tonilla. ¡Cómo si algo de eso importase! ¿Cómo podría hacer para que se deshiciera de sus conexiones romanas? ¿Para qué le servían al faraón consorte, al padrastro del faraón? ¿Para qué quería una esposa romana, incluso la hermana de Octavio?

Para Cleopatra ese aferramiento de Antonio a Octavia era una señal de que

aún esperaba llegar a un acuerdo con Octavio que le permitiese a cada uno tener su parte del Imperio. Como si aquel límite del río Drina que dividía el Este del Oeste fuese una cerca permanente, a cada lado de la cual el perro Antonio y el perro Octavio podrían gruñirse y ladrarse el uno al otro sin tener nunca la necesidad de luchar. ¿Oh, por qué Antonio no podía ver que tal arreglo no se daría nunca? Ella lo sabía y Octavio lo sabía. Sus agentes en Roma le informaban de los mil y un planes de Octavio para desacreditarla a los ojos de Roma e Italia. La llamaba la Reina de las Bestias, inventaba historias de su baño, de su vida privada y afirmaba que ella corrompía a Antonio con drogas y vino. Lo convertía en su criatura. Sus agentes informaban de que, hasta ahora, los esfuerzos de Octavio para difamar a Antonio caían en suelo estéril; nadie en realidad se los creía, por ahora. Sus setecientos senadores permanecían Heles, su aprecio por Antonio, alimentado por su odio hacia Octavio. Una muy pequeña grieta había aparecido en la sólida pared de su devoción después de que se conociese la verdadera historia de la campaña parta, pero sólo un puñado de ellos había desertado. La mayoría había decidido que el desastre oriental no era culpa de Antonio; admitir eso era admitir que Octavio tenía razón, y no estaban dispuestos a hacerlo.

Antonio... en aquellos momentos estaría comenzando su campaña contra Artavasdes de Armenia, a quien se le debía permitir conquistar. Pero antes de que pudiese contemplar la marcha contra Artavasdes de Media Atropatene, Quinto Delio debía de tener éxito en forjar una alianza que ningún general romano, incluido Antonio, podía rehusar de ninguna manera. Aunque había algunos aspectos del pacto que no se podían poner por escrito, ni siquiera comunicar a Antonio: eran entre Egipto y Media, para que, cuando Roma fuese conquistada y absorbida por el nuevo imperio egipcio, la Media de Artavasdes podría atacar al rey de los partos con todo el poder de cuarenta o cincuenta legiones y asumir el trono que él ansiaba por encima de todo lo demás. El precio de Cleopatra era la paz. Una paz que debía durar hasta que Cesarión fuese lo bastante grande como para calzarse las botas de su padre.

Allí, el nombre había aparecido por fin, no se podía evitar. Si los eventos de éste, su primer día de regreso en Alejandría, se tomaban como prueba del notable carácter de Cesarión, entonces iba a convertirse en la misma clase de genio militar que había sido su padre. Lo impulsaban los deseos de su padre, y éste había sido asesinado tres días antes de ponerse en marcha para una campaña de cinco años contra los partos. Cesarión quería conquistar el este del Éufrates, y una vez que hubiese triunfado, gobernaría desde el océano Atlántico hasta la ribera del océano más allá de la India. Un reino mucho más grande que el de Alejandro Magno en su momento cumbre. Tampoco su ejército se negaría a continuar marchando al este, ni la estructura de sus satrapías se verían en peligro por los generales rebeldes que intentarían derribar su imperio para repartírselo entre ellos. Porque sus generales serían

sus hermanos y sus primos del matrimonio de Antonio con Fulvia. Unidos por la lealtad de la sangre; unidos, no divididos.

No veía nada de eso como imposible. Lo único que requería Para dar su fruto era una determinación de hierro por su parte, y eso lo tenía. Aunque sus consejeros no eran como ella, alguno de ellos al menos podría haberle preguntado qué le pasaría a aquel vaporoso edificio de ambiciones si su hijo no resultaba ser el genio militar de su padre. Una pregunta que ella apartaría de todas maneras. El muchacho era precoz como su padre, igual de dotado, como él, una joya única. Él era un Julia, la mitad de su sangre era de César. Era como Octavio, con mucha menos sangre Julia, cuando tenía dieciocho, diecinueve, veinte años. Había asumido su herencia, también había marchado dos veces sobre Roma y obligado al Senado a hacerlo primer cónsul. Un simple joven. Pero, junto a Cesarión, Octavio empalidecía hasta lo insignificante.

Ahora cómo podía hacer que Cesarión se apartase del tipo de idealismo que ella sabía que el pragmatismo de César hubiese atemperado. Los planes de César para Alejandría y Egipto eran experimentales, cosas que él creía que se podían aplicar en Egipto a través de dominar a su gobernante, Cleopatra, pensados hasta el punto del éxito de su programa en su reino cuando él intentaba las mismas reformas en Roma de forma más consistente que lo que el tiempo había permitido. Su soledad había sido su caída; no había sido capaz de encontrar apoyos que impulsasen sus ideas. Tampoco, ella lo sabía, los encontraría Cesarión. Por lo tanto, había que convencer a Cesarión para que no intentase implementar su programa.

Se levantó de la cama y fue a la preciosa pequeña habitación junto a sus aposentos, donde estaban las estatuas de Ptah, Horus, Isis, Osiris, Sejmet, Hator, Sobek, Anubis, Montu, Tawaret, Thot y una docena más. Algunos tenían cabeza de bestia, eso era verdad, pero muchos no. Todos reflejaban aspectos de la vida a lo largo del río, no tan diferentes de las numina romanas y las fuerzas elementales. Más parecidos a ellos, de hecho, que los dioses griegos, que eran humanos en una escala gigantesca. ¿Acaso no habían necesitado los romanos darle caras a algunos de sus dioses a medida que pasaban los siglos?

Forrada en oro, la habitación estaba alineada con estas estatuas, pintadas con colores vivos que resplandecían incluso con la débil luz de la lámpara de noche. En el centro había una alfombra de Persépolis; Cleopatra se arrodilló, con los brazos extendidos delante de ella.

—Mi padre, Amón-Ra, mis hermanos y hermanas en divinidad, humilde os pido de vosotros que iluminéis a mi hijo y hermano Ptolomeo César, el faraón. Os suplico humildemente que me deis, a su madre terrenal, los diez años más

que necesito para llevarlo a toda la gloria que le ofrecéis. Os ofrezco mi vida como garantía contra la suya, y suplico vuestra ayuda en mi difícil tarea.

Hecho su rezo, continuó humillándose, y así se quedó dormida, y sólo se despertó con el alba y la llegada del disco solar, acalabrada, asombrada, tiesa.

De camino de regreso a su cama, de prisa antes de que los sirvientes entrasen en servicio, pasó por delante de su enorme espejo de plata pulida y se detuvo, sorprendida, para observar a la mujer reflejada en él. Tan delgada como siempre, tan pequeña, tan fea. No tenía vello en el cuerpo; se lo depilaba con escrupuloso cuidado. Parecía más una niña que una mujer, salvo por su rostro. Su forma había cambiado: era más larga, dura, aunque no mostraba ninguna arruga ni surco. De hecho, tenía el rostro de una mujer de treinta y cuatro años, cuyos grandes ojos dorados se veían ensombrecidos por la tristeza. La luz aumentó. Ella continuó mirándose. ¡No, no el cuerpo de una niña! Tres embarazos, uno con mellizos, le habían convertido la piel del vientre en un pergamino flojo, arrugado, de un color marrón oscuro.

«¿Por qué me ama Antonio? —le preguntó a la imagen, sorprendida—. ¿Por qué yo no puedo amarlo?»

A media mañana se encontró a Cesarión, y decidió hablar con él. Tal como era su costumbre, había ido a una cala detrás de su palacio a nadar, y ahora estaba sentado en una roca con el aspecto de ser el tema ideal para Filias o Praxiteles. Sólo vestía un taparrabos, todavía lo bastante húmedo para mostrarle a su madre que ya era un hombre. Esta visión la aterrorizó, pero ella no era de las que se entregaban a sus sentimientos, así que se sentó en otra roca donde podía verle la cara, el rostro de César, cada vez más parecido a él.

—No he venido para reprochar, quejarme o criticar —le dijo.

Su brillante sonrisa mostró los dientes blancos y perfectos.

—No esperaba que lo hicieses, mamá. ¿De qué se trata?

—Creo que es una petición.

—Entonces plantea tu caso.

—Dame tiempo, Cesarión —dijo ella con su voz más almibarada—. Necesito tiempo, pero tengo menos que tú. Tú me debes tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó él con desconfianza.

—Para preparar a nuestra gente, a Alejandría y a Egipto Para el cambio.

Él frunció el entrecejo, disgustado, pero no dijo nada. Cleopatra se apresuró a seguir.

—No voy a decirte que no has vivido lo suficiente para tener la necesaria experiencia en tratar con la gente, ya sea tus súbditos o colaboradores; tú lo rechazarías. No puedes dar edictos faraónicos que lancen a la gente a una conmoción instantánea y no esperar oposición. Admiro la profundidad de tus investigaciones, y admito la verdad de mucho de lo que has dicho. Pero aquello que tú y yo sabemos que es la verdad no es obvio para los demás. Las personas vulgares, incluso los aristócratas macedonios, están aferrados a sus maneras. Se resisten al cambio de la misma manera que una mula se resiste a ser llevada de la rienda. El mundo de un hombre o una mujer está circunscrito a su entorno comparado a nuestro mundo; pocos de ellos viajan, y aquellos que lo hacen no van más allá del delta o de Tebas para unas vacaciones si tienen el dinero. El registrador no ha estado nunca más allá de Alejandría de Pelusium, ¿así que cómo crees que ve él el mundo? ¿Qué le importa Menfis, y no digamos ya Roma? Si eso es verdad para él, ¿cómo crees que piensan personas inferiores?

Su rostro se volvió hosco, pero sus ojos mostraron incertidumbre.

—Si los pobres van a recibir trigo gratis, mamá, no puedo creer que se vayan a rebelar.

—Estoy de acuerdo, y por eso te sugiero que comiences con ese paso. Pero ¡no de la noche a la mañana, por favor! Dedicar el año próximo a trabajar en lo que tu padre hubiese llamado la logística, ponlo todo por escrito y tráelo de nuevo al Consejo. ¿Harás eso?

Era obvio que el reparto de trigo gratuito era lo primero en su lista de prioridades; ella lo había adivinado.

—No tardará tanto —dijo Cesarión—. Sólo un mes o dos.

—Incluso la legislación del gran César tardó años en completarse —replicó ella—. No puedes tomar atajos, Cesarión. Ocupate de cada cambio adecuada, meticulosa y perfectamente. Toma como ejemplo al primo Octavio; allí tienes a un verdadero perfeccionista, y no soy tan tonta como para no admitirlo. Tú tienes mucho tiempo, hijo mío. Haz las cosas poco a poco, por favor. Habla mucho antes de actuar; las personas deben ser preparadas cuidadosamente para un cambio para que no sientan como si se les hubiese impuesto sin aviso. ¿Por favor?

El rostro de Cesarión se relajó; ahora sonrió.

—De acuerdo, mamá, he comprendido tus propósitos.

—¿Me darás tu solemne palabra, Cesarión?

—Mi solemne palabra. —Él se rio con un claro y atractivo sonido—. Al menos no me pides que jure por los dioses.

—¿Crees en nuestros dioses lo bastante como para considerar un juramento tomado en su nombre como algo sagrado que liga hasta la muerte?

—Oh, sí.

—Te veo como a un hombre de palabra, a un hombre que no necesita verse ligado por juramentos.

Él se bajó de la roca, se acercó a ella para abrazarla, besarla.

—Oh, gracias, mamá, gracias. Haré como tú dices.

«Ésta es la manera —pensó ella al verlo saltar de roca en roca con la misma gracia de un bailarín— de manejarlo. Ofrécele una fracción de lo que quiere y convéncelo de que es suficiente. Por una vez ha actuado sabiamente, he visto mi camino sin errores.»

Un mes más tarde, Cleopatra comprendió que se estaba tocando constantemente la garganta para comprobar aquella hinchazón. No tenía el aspecto ni se sentía como un bulto, pero cuando Iras le comentó su nuevo hábito e inspeccionó la hinchazón por sí misma insistió en que su ama debía consultar a un médico.

—¡No a una sabandija charlatana griega! Manda llamar a Hapd'efan'e —dijo Iras—. ¡Te lo digo de verdad, Cleopatra! Si no lo llamas, lo haré yo.

Los años habían sido bondadosos con Hapd'efan'e; estaba igual que cuando había seguido a César de Egipto a Asia Menor, a África, a Hispania, a Roma, siempre con un ojo atento a las «epilepsias» de César, que había comprendido que sólo ocurrían si César se olvidaba de comer por largos períodos, algo que su caprichoso y difícil paciente tenía la tendencia de hacer. Tras la muerte de César había regresado a su patria a bordo del barco de Cesarión; luego, después de un año como médico real en Alejandría, consiguió permiso para volver al recinto de Ptah en Menfís. La orden de los médicos estaba bajo el patronazgo de la esposa de Ptah, Sejmet; sus miembros se afeitaban la cabeza, llevaban una túnica de lino blanco que comenzaba debajo de los pezones y caía suavemente hasta un dobladillo por debajo de las rodillas, y exigía el celibato. Los viajes habían aumentado sus conocimientos, como hombre y como médico; ahora era reconocido como el mejor diagnosticador de Egipto.

En primer lugar examinó a Cleopatra cuidadosamente, le buscó el pulso, olió su aliento, apretó sus huesos, le bajó los Párpados inferiores, le hizo abrir las manos con los brazos extendidos, la observo caminar en línea recta. Sólo entonces se concentró en el problema: palpó debajo de la mandíbula y bajó por la garganta y el cuello.

—Sí, faraón, es una inflamación, no un bulto —dijo—. La causa de la

inflamación no está encapsulada como una vejiga; los bordes simplemente se funden con el tejido muy inflamado a su alrededor. He visto como éstos entre aquellos que viven en las regiones de Egipto alrededor del río, pero pocas veces en Alejandría, el Delta y Pelusium. Se llama bocio.

—¿Es maligno? —preguntó ella con la boca seca.

—No, majestad. Eso no significa que no vaya a crecer más. La mayoría de los bocios se hacen más grandes, pero muy lentamente, con el transcurso de los años. El tuyo es nuevo y, por lo tanto, siempre cabe la posibilidad de que su crecimiento sea rápido. Si es así, entonces tus ojos comenzarán a sobresalir de sus órbitas como los ojos de una rana. ¡No, no, no te asustes! Dudo de que este bocio te vaya a producir ojos saltones, pero un médico que no atiende a su paciente de todas las posibilidades no es un buen practicante de las artes médicas. Sin embargo, no estás del todo libre de los síntomas, majestad. Tienes una débil insinuación de temblor en las manos, y tu corazón late un poco demasiado rápido. Quiero que Iras te tome el pulso antes de que te levantes de tu cama cada mañana —le dirigió a ella y a Charmian su más dulce sonrisa— porque Charmian es demasiado dramática. Después de un mes, Iras sabrá lo rápido que late tu corazón, y estará en condiciones de controlarlo. El corazón está ligado al interior de tu pecho por recipientes que contienen la sangre, y es por eso que puedes valorarlo a través de encontrar el pulso en la muñeca. Si estos recipientes no existiesen, los corazones vagarían de la manera que los griegos creen que hace un útero.

—¿Hay alguna poción que pueda tomar? ¿A un dios a quien hacer ofrendas?

—No, faraón. —Hizo una pausa y tosió con delicadeza— Tus humores, majestad. ¿Estás más nerviosa de lo que solías estar? ¿Tiendes a irritarte por cosas insignificantes?

—Sí, Hapd'efan'e, pero sólo porque mi vida ha sido muy fácil estos dos últimos años.

—Quizá —fue todo lo que dijo, y se prosternó.

Retrocedió hasta salir de la habitación sobre las manos las rodillas...

—Es un alivio saber que no es algo verdaderamente maligno —les dijo Cleopatra a Iras y a Charmian.

—Sí, desde luego, pero si crece te desfigurará —manifestó Iras.

—¡Muérdete la lengua! —gritó Charmian, que se volvió furiosa hacia Iras.

—¿No fue dicho sin pensarlo, ridícula solterona? Estás demasiado preocupada por perder tu buen aspecto y todas tus esperanzas de encontrar a un marido como para ver que la reina debe estar preparada antes de que ocurra

algo, así eres tú.

Charmian permaneció con los labios temblorosos, incapaz de soltar su réplica, mientras Cleopatra se reía, el primer sonido de genuina diversión que había soltado desde que había llegado a casa.

—¡Vamos, vamos! —dijo cuando fue capaz—. Tenéis treinta y cuatro, no catorce, y ambas sois solteronas. —Una expresión ceñuda reemplazó a la sonrisa—. Os he robado la juventud y las oportunidades de casamiento, soy muy consciente de ello. ¿A quién podéis esperar encontrar excepto a eunucos y a viejos, sirviéndome?

Charmian se olvidó del insulto, y se echó a reír.

—He escuchado que César tenía algo que decir sobre los eunucos.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo no podríamos saberlo, dirás? Apolodoro está castrado.

—¡Oh, ese condenado muchacho!

XXI

El rey Artavasdes de Armenia no tuvo ninguna oportunidad de derrotar a la enorme fuerza que Antonio dirigió contra él, pero no se rindió dócilmente, cosa que dio a Antonio la oportunidad de librar varias decentes batallas que sirvieron de prueba de fuego a sus hombres novatos y acabó de mejorar la preparación de los veteranos. Ahora que no bebía ni gota de vino, su capacidad para mandar en una batalla reapareció, y con ella, su confianza. Cleopatra tenía razón; su verdadero enemigo era el vino. Sobrio y con una salud perfecta, se admitió a sí mismo que su propio curso el año anterior hubiese tenido que ser permanecer en Carana con los restos de su ejército y llevar allí la ayuda de Cleopatra; en cambio, les hizo padecer otra marcha de quinientas millas antes de que recibiesen cualquier socorro. Sin embargo, ya estaba hecho. No tenía ningún sentido lamentarse del pasado, se dijo el nuevo Antonio.

Titio gobernaba la provincia de Asia en lugar de Furnio, y Planeo permanecía en Siria, pero Ahenobarbo había venido a la campaña, y Canidio era, como siempre, la leal mano derecha de Antonio. Seguro dentro de Artaxata, su ejército acampaba cómodo, su propio humor era sanguíneo, y comenzó a planear su movimiento contra el otro Artavasdes. Había tiempo para invadir y conquistar antes del invierno; Armenia había caído y su rey era prisionero para comienzos de julio.

Entonces, antes de que él pudiese comenzar su marcha a Media Atropatene, Quinto Delio llegó a Artaxata acompañado por una enorme caravana que incorporaba al propio rey Artavasdes de Media Atropatene, su

harén, sus hijos, su mobiliario, un impresionante número de tesoros incluidos un centenar de gigantescos caballos medos, y toda la artillería y las máquinas de guerra de Antonio.

Muy complacido consigo mismo, en el momento que puso los ojos en Antonio, Delio sacó un borrador del tratado que había hecho con el rey Artavasdes de Media.

Antonio pareció muy poco complacido, la furia crecía visiblemente en él.

—¿Quién te dio el derecho de negociar cualquier cosa en mi nombre? —preguntó.

Su rostro de fauno mostró una expresión de sorpresa, los ojos se abrieron de asombro.

—¡Tú lo hiciste! ¡Marco Antonio, debes recordarlo! ¡Tú acordaste con la reina Cleopatra que la mejor manera de tratar con Media Atropatene era hacer que Artavasdes se pusiera de parte de Roma! ¡Tú lo hiciste, tú lo hiciste, lo juro!

Algo en su actitud convenció a Antonio, ahora, asombrado.

—No recuerdo haber dado tal orden —murmuró.

—Todavía estabas enfermo —dijo Deho, que se enjugó el sudor de la frente—. Eso debe de ser porque tú ordenaste que se hiciese.

—Sí, estaba enfermo, eso lo recuerdo. ¿Qué pasó en Media?

—Persuadí al rey Artavasdes de que su único camino era cooperar con Roma. Sus relaciones con el rey de los partos se han deteriorado desde que Monaeses fue a Ecbatana y le dijo a Fraates que los medos se habían hecho con todo el contenido de tu tren de equipajes; Monaeses había esperado compartir el botín. Para empeorar las cosas, Fraates está amenazado por los rivales que resultan tener sangre meda por la parte que no gobierna. No fue difícil para la Media de Artavasdes ver que tú conquistarías Armenia a menos que él viniese en su socorro. Cosa que no podía hacer, dada la situación en sus propias tierras. Así que hablé y hablé hasta que le hice ver que su mejor alternativa era aliar su reino con Roma.

La furia de Antonio desapareció, comenzaban a reaparecer los recuerdos. Aquello era preocupante; todavía peor, atemorizador. ¿Cuántas otras decisiones, órdenes y conversaciones momentáneas no recordaba?

—Dame los detalles, Delio.

—Artavasdes vino en persona para reforzar su sinceridad sus mujeres y sus hijos. Si tú consientes, desea ofrecer a su hija de cuatro años, Iotape, como esposa para tu hijo egipcio Tolomeo Alejandro Helios. Otros cinco hijos,

incluido un hijo con su principal esposa, serán entregados como rehenes. Hay muchos regalos, desde caballos medos hasta oro y piedras preciosas de su reino: lapislázuli, turquesas, jade y cristal de roca. Toda tu artillería está aquí, tus máquinas y materiales de guerra, incluso el ariete de ochenta pies.

—O sea, que todo lo que he perdido son dos legiones y sus águilas. — Antonio mantuvo su tono neutro.

—No, sus águilas están con nosotros. Al parecer. Artavasdes no las envió de inmediato a Ecbatana, y para el momento que lo hubiese hecho, Monaeses había puesto a Fraates en su contra.

Con mucho mejor humor Antonio se rio.

—¡Eso no le agradará al querido Octavio! Montó un dolo con mis cuatro águilas perdidas en Roma.

Un encuentro con la Media de Artavasdes alegró todavía más a Antonio. Con poca discusión y sin ningún rencor, los términos del tratado tal como habían sido proyectados por Delio fueron rehechos, ratificados y firmados con los sellos de Roma y Media Atropatene. Eso ocurrió después de que Antonio hubiese inspeccionado atentamente los regalos contenidos en cincuenta carretas: oro, piedras preciosas, cofres de monedas de oro partas, varios cofres de preciosas joyas. Pero ningún regalo entusiasmó a Antonio tanto como el centenar de grandes caballos, lo bastante altos y fuertes como para soportar el peso de un catafractario. La artillería y el material de guerra fueron divididos, la mitad iría a Carana más tarde con Canidio, la otra mitad a Siria. Canidio pasaría el invierno en Artaxata con un tercio del ejército antes de acampar en Carana.

Se sentó para escribirle a Cleopatra, en Alejandría.

Te echo mucho de menos, mi pequeña esposa, y estoy deseando verte. Primero, sin embargo, debo ir a Roma a tener mi triunfo. ¡OH, el botín! Tanto como el que tuvo Pompeyo Magno después de derrotar a Mitrídates. Estos reinos orientales están llenos de oro y joyas, incluso si no contienen estatuas dignas de Fidias o ningún otro griego. Una estatua de oro sólido de seis cubitos de altura de Anaitis va camino de Roma y el templo de Júpiter Óptimo Máximo, pero es sólo una pequeña parte del botín armenio.

Te gustará saber que Delio concluyó el tratado que tanto te interesaba; sí, Roma y Media Atropatene son ahora aliados. Artavasdes de Armenia es mi prisionero y caminará en mi triunfo. Hace mucho tiempo desde que un general triunfante mostrara a un verdadero personaje de la realeza de esta manera, a un monarca reinante de tan alto nivel. Toda Roma se maravillará.

Ahora faltan sólo quince días hasta las calendas de Sextilis, y dentro de

poco comenzaré mi retomo a Roma. Tan pronto como acabe mi triunfo navegaré a Alejandría, con mares de invierno o no. Hay tantos arreglos que hacer, incluida una gran coalición en Artaxata. Allí dejaré a Canidio y a una tercera parte de mis tropas. Los otros dos tercios marcharán conmigo a Siria y los acamparé alrededor de Antioquía y Damasco. La decimonovena legión navegará conmigo a Roma para representar a mi ejército en mi triunfo, sus lanzas y estandartes coronados con laureles. Sí, fui aclamado como imperator en el campo de Naxuana.

Estoy muy bien, aunque un poco perturbado por algunos extraños lapsus de memoria. ¿Sabes que no podía recordar haber enviado a Delio a ver a Artavasdes de Media? Debo confiar en ti para que confirmes las cosas que traigan a mi atención.

Te envío un millar de millares de besos, mi reina, y anhele tener tu pequeño cuerpo de pájaro en mis brazos. ¿Estás bien? ¿Cesarión está bien? ¿Cómo están nuestros propios hijos? Escríbeme a Antioquía. Habrá tiempo porque envío esta carta por mensajero a todo galope. Te quiero.

Publio Canidio, que había formado una afectuosa alianza con una mujer armenia, no lamentó pasar el invierno allí. La mujer estaba relacionada de una manera un tanto vaga con la familia real, hablaba bien el griego, estaba muy bien educada, y, aunque no estaba en la flor de su juventud, era hermosa. Su esposa romana no era de rancia cuna, apenas si podía leer, y no le ofrecía ninguna compañía real. Clymene, por lo tanto, le parecía a Canidio un regalo de los dioses armenios, algo especial que había conquistado sólo para él.

Antonio y sus dos tercios del ejército marcharon Vía Carana a Siria; Ahenobarbo los acompañó hasta las Puertas Sirias del Amanus, y luego se desvió para ir a su provincia, Bitinia. Sólo Delio, Cinna, Escauro y un nieto del difunto Craso continuaron en su expedición hasta Antioquía.

Allí, Antonio encontró la carta de Cleopatra.

¿Qué quieres decir, Antonio, con un triunfo en Roma? ¿Estás loco? ¿Lo has olvidado todo? Entonces permíteme que te refresque la memoria.

Me juraste que regresarías de tu campaña a Armenia a mí en Alejandría, junto con el botín. Me juraste que exhibirías tu botín en Alejandría. No se dijo nada de un triunfo en Roma, aunque supongo que no estoy en condiciones de impedírtelo si debes hacerlo. Pero juraste que Alejandría vendría antes que Roma, y que tu botín me sería donado a mí, como reina y faraón. ¿Dime, qué le debes tú a Roma y a Octavio? Él trabaja contra ti incesantemente, y en cuanto a mí, soy la Reina de las Bestias, la enemiga de Roma. Lo dice cada día, cada día el pueblo de Roma se siente más furioso. No les he hecho nada pero al escuchar a Octavio, cualquiera creería que soy Medea y Medusa juntas.

¿Ahora vas a regresar a Roma y a Octavia para saludar afectuosamente al hermano de tu esposa y donar tu botín ganado tan duramente a una nación que lo utilizará para derribarme?

Creo que de verdad debes de estar loco, Antonio, como para perdonar los insultos que se me arrojan continuamente por Octavio y Roma y para querer congraciarte con los enemigos de Egipto al hacer un triunfo en medio de una carnada de serpientes romanas. Eres un hombre sin honor al abandonarme a mí, tu más leal aliada, amiga y esposa en favor de personas que se burlan de ti tanto como de mí, que te desprecian por ser mi títere, que creen que te visto con prendas de mujer y desfilo ante ti vestida con armadura de hombre. Dicen que eres Aquiles en el harén del rey Nicomedes, con el rostro pintado y las faldas ondulantes. ¿De verdad quieres exhibirte delante de unas personas que dicen tales cosas a tu espalda?

Juraste que vendrías a Alejandría, y yo te exijo que cumplas esa promesa, marido. Los ciudadanos de Alejandría y el pueblo de Egipto han visto a Antonio, sí, pero no como mi consorte. Abandoné mi reino para ir por ti a Siria, llevé conmigo toda una flota de consuelos para tus soldados romanos. ¿Puedo recordarte quién pagó por aquella misión de misericordia?

¡Oh, Antonio, no me falles! No me desprecies como has despreciado a tantas mujeres. Dijiste que me amabas, después te casaste conmigo. ¿Debo yo, faraón y reina, verme descartada?

Con manos temblorosas, Antonio dejó caer la carta, como si fuese un hierro al rojo que le produjese un dolor insoportable. El ruido ensordecedor en el exterior, el de Antioquía, que seguía con su vida habitual, llegó a través de las ventanas abiertas de su sala de negociaciones; horrorizado, asombrado, miró el brillante rectángulo de luz que llenaba una de dichas aberturas, de pronto helado hasta el tuétano a pesar del calor del verano sirio.

¿Lo juré? ¿Lo hice? ¿Por qué lo diría si no lo hice? ¿Oh, qué le ha pasado a mi memoria? ¿Mi mente se ha vuelto como un queso de los Alpes, lleno de agujeros? Me parece tan clara que últimamente sé que ha estado clara. Vuelvo a ser el mismo de antes. Sí, estos dos lapsus sé que ocurrieron en Leuke Kome y Antioquía mientras me recuperaba de los efectos del vino. Es aquel período y aquel único período, en que datan mis omisiones. ¿Qué hice, qué dije? ¿Qué más juré?

Se levantó y comenzó a caminar por la sala, consciente de un peso en el vientre, una impotencia de la que no podía culpar a nadie más que a sí mismo. En los alegres momentos de su recobrada confianza, la desaparición de la melancolía y la furia había visto con perfecta claridad dónde estaban sus opciones, cómo recuperar su prestigio en Roma. ¿Egipto? ¿Alejandría? ¿Qué eran sino lugares extranjeros gobernados por una reina extranjera? Sí, él la

amaba —la amaba lo suficiente para casarse con ella—, pero no era egipcio ni alejandrino. Él era un romano. Cada fibra de su ser era romana. Y había pensado en Artaxata, aún podría reparar sus diferencias con Octavio. Ahenobarbo y Canidio lo creían posible; es más, Ahenobarbo se había burlado de los relatos de Cleopatra de las repugnantes acusaciones de Octavio. Si eran verdad, había preguntado Ahenobarbo, ¿por qué setecientos de los mil senadores de Roma aún eran leales a Antonio? ¿Por qué los plutócratas y los caballeros empresarios eran tan firmes partidarios de Antonio? De acuerdo, sus disposiciones en Oriente habían tardado en llegar, pero ahora estaban donde debían y eran de un enorme beneficio para el comercio romano. También comenzaría a fluir el dinero al tesoro; los tributos, finalmente, se iban a pagar. Así había dicho Ahenobarbo, y Canidio había asentido su acuerdo.

Ahora, en Antioquía, no tenía a ninguno de los dos hombres para que lo apoyasen; sólo Delio y un grupo de hombres de menor importancia, nietos y sobrinos nietos de hombres famosos muertos hacía mucho tiempo. ¿Podía confiar en Delio? Nada de lo que pudiese decir Delio en ese asunto era neutral porque estaba regido por el interés propio, y no tenía ningún valor ético o moral cuando había sido mortalmente ofendido, como en aquel asunto de Ventidio y Samosata. Así y todo, esto no tenía nada en común con aquel otro asunto. ¡Si sólo Planeo estuviese aquí! Pero se había ido a la provincia de Asia a visitar a Titio. No había nadie a quien apelar salvo Delio. Al menos, pensó Antonio, Delio era consciente de que había tenido un lapsus de memoria. Quizá podía recordar otro.

—¿Le juré llevar el botín de mi campaña a Alejandría? —le preguntó a Delio unos momentos más tarde.

Dado que Delio había recibido también una carta de Cleopatra, sabía exactamente qué responder.

—Sí, Marco Antonio, lo hiciste —mintió.

—¿Entonces, por Júpiter, Delio, por qué no lo mencionaste en Artaxata o en la ruta al sur? Delio tosió en son de disculpa.

—Hasta que llegamos al Amanus no estuve en tu compañía Gneo Ahenobarbo no me tiene simpatía.

—¿Y después del Amanus?

—Confieso que se me pasó por alto.

—A ti también, eh.

—Nos sucede a todos.

—¿Así que hice aquel juramento?

—Sí.

—¿Por qué dioses juré?

—Por Tello, Sol Indiges y Liber Pater. Antonio gimió.

—Pero ¿cómo los conocería Cleopatra? —No tengo ni idea, Antonio, excepto que fue la esposa de César por varios años, habla latín como un romano y vivió en Roma. Desde luego ha tenido grandes oportunidades para saber cuáles son los dioses romanos por los que juran los romanos.

—Entonces estoy ligado, terriblemente ligado. —Así me temo.

—¿Cómo voy a decírselo a los otros?

—No lo hagas —respondió Delio con firmeza—. Deja a la Diecinueve en un buen campamento en Damasco (allí hace un tiempo soberbio) y dile a tus legados que marchas Vía Alejandría. Echas de menos a tu esposa, y quieres mostrarle el botín.

—Eso es un aplazamiento y también una mentira. —Créeme, Marco Antonio, es la única manera. Una vez que llegues a Alejandría hay una docena de razones por las que quizá no quieras celebrar tu triunfo en Roma: enfermedad, crisis militares.

—¿Por qué lo juré? —preguntó Antonio con los puños apretados.

—Porque Cleopatra te lo pidió, tú no estabas en condiciones para negárselo.

«Ya está —pensó Delio—. Al menos puedo vengarme de ti en esto, arpía egipcia.»

Antonio exhaló un suspiro y se golpeó las rodillas con las palmas de las manos.

—Si debo ir a Alejandría, será mejor que me marche antes de que regrese Planeo. Me interrogará mucho más a fondo de lo que lo harían Cinna y Escauro.

—¿Por tierra?

—Y con todo el botín. No tengo otra alternativa. La legión de Jerusalén podrá reunirse conmigo y ser mi escolta. —Antonio sonrió con fiereza—. Podré visitar a Herodes y averiguar exactamente qué está pasando.

Diez millas al día en septiembre, sin ningún alivio del sol sirio hasta el final de octubre, o quizá incluso hasta más tarde; la caravana de carretas, de millas de largo, avanzaba lentamente hacia el sur desde Antioquía, y en el río Eleuteros entró en territorio ahora poseído por Cleopatra. Era un viaje de ochocientas millas que llevó dos meses y medio, y Antonio insistió en

cabalgar o caminar al paso de la caravana, pero no en completo ocio; realizó excursiones para ver a todos los potentados, incluidos a los oficiales alejandrinos que Cleopatra había puesto a cargo de sus territorios. De esa manera hizo que los demás que seguían su odisea con cierta extrañeza creyesen que utilizaba este viaje como una excusa para comprobar cómo estaban las cosas en el sur de Siria. Los etnarcas de Sidón y Tiro airearon sus quejas ahora que estaban totalmente rodeados por posesiones egipcias; Cleopatra había puesto peajes en todas las carreteras que salían de esos dos grandes emporios y cobraba tributo de todos los bienes que salían de allí por tierra.

El rey Malcho de Nabatea fue hasta Accho Ptolemais para quejarse amargamente de que Cleopatra hubiese recibido las explotaciones de bitumen que Antonio le había otorgado.

—No me importa si la mujer es tu esposa, Marco Antonio —dijo un furioso Malcho—, ella es despreciable. Al ver por sí misma que los gastos de explotación hacen que el bitumen sea poco rentable, ha tenido la temeridad de venderme de nuevo mis yacimientos por una suma de doscientos talentos al año. ¡Y ha delegado en Herodes la obligación de cobrarlos! ¡Oh, no para él, sino en su nombre! ¡Perverso, perverso!

—¿Qué esperas que haga yo al respecto? —preguntó Antonio, consciente de que no podía hacer nada y enfurecido por el hecho.

—¡Tú eres su marido y triunviro de Roma! ¡Ordénale que me devuelva mis yacimientos sin ningún cargo! Han pertenecido a Nabatea desde tiempos remotos.

—Lo siento, no te puedo ayudar —respondió Antonio—. Roma ya no es soberana sobre tus yacimientos de bitumen.

La otra mitad de aquella situación, Herodes, fue llamado para que fuese a verlo a Joppa. El mismo destino le había caído a Herodes; podía tener sus jardines de bálsamo de nuevo por doscientos talentos al año, pero sólo si también cobraba doscientos talentos al año del rey Malcho.

—¡Es repugnante! —se quejó Antonio.

—¡Repugnante! ¡Esa mujer tendría que ser azotada! ¡Tú eres su marido, azótala!

—Si tú fueses su marido, Herodes, desde luego sería azotada —manifestó Antonio, consumido por la admiración ante la astucia de Cleopatra de mantener la enemistad entre Herodes y Malcho al rojo vivo—. Los romanos no azotan a sus esposas. Tampoco puedes quejarte a mí. Le cedí los jardines de bálsamo de Jericó a la reina Cleopatra, así que es a ella a quien debes quejarte,

no a mí.

—¡Mujeres! —fue la furiosa réplica de Herodes a esas palabras.

—Y eso me lleva a otras cosas aparte del bálsamo —dijo Antonio con la voz de un gobernador romano—, aunque sí conciernen a las mujeres. Tengo entendido que nombraste a una zadokita llamada Ananeel suma sacerdotisa de los judíos tan pronto como tú ocupaste el trono. Pero tu suegra, la reina Alejandra, quería este cargo para su hijo, Aristóbulo, de dieciséis años. ¿No es así?

—¡Sí! —siseó Herodes con su tono más maligno—. ¿Y quién resultó ser la más íntima amiga de Alejandra? ¡Pues Cleopatra! Esa pareja conspiró contra mí, a sabiendas de que soy demasiado nuevo en mi trono para hacer lo que me encantaría hacer: asesinar a esa vieja cerda, Alejandra. ¡Oh, fue muy rápida en unirse a Cleopatra! ¡Una garantía de una continuada vida! Pero yo te pregunto a ti, ¿un chico de dieciséis años sumo sacerdote? ¡Ridículo! Además, él es un asmoneo y no un zadokita. Fue la primera jugada de Alejandra en su astuto plan para Arrebatairme el trono y dárselo a Aristóbulo. —Herodes extendió las manos—. ¡Marco Antonio, me estoy volviendo loco para conciliar a los parientes de mi esposa!

—Pero te inclinaste a los deseos de tu suegra, según me han dicho.

—Sí, sí, el año pasado nombré a Aristóbulo sumo sacerdote. No es que le hiciese a él o a su madre ningún bien. —Herodes asumió la expresión de un prisionero injustamente condenado—. Alejandra y Cleopatra organizaron un complot para hacer parecer que Aristóbulo estaba en peligro. ¡Vaya tontería! Que debía fugarse de Jerusalén y de Judea para refugiarse en Egipto. Entonces, después de una corta estancia allí, debía regresar con un ejército y usurpar mi trono. ¡El trono que tú me diste!

—Algo de eso he escuchado —manifestó Antonio con cautela.

—Pues tan lejos de la verdad era todo aquello que el joven Aristóbulo aceptó complacido mi invitación para una salida campestre. —Herodes exhaló un suspiro y adoptó una expresión de pena—. Toda la familia vino con nosotros, incluida Alejandra, su hija, mi esposa, nuestros cuatro hijos pequeños, mi propia amada madre; un grupo muy alegre, te lo aseguro. Escogimos un bello lugar donde el río tiene un gran remanso, muy profundo en algunos lugares pero no peligroso a menos que el bañista sea demasiado arriesgado. Aristóbulo fue demasiado arriesgado; se fue a nadar sin saber. —Los gruesos hombros se alzaron y bajaron—. ¿Necesito decir más? Debió de encontrar algún agujero, porque de pronto sólo su cabeza estaba por encima del agua y gritaba pidiendo ayuda. Varios de los guardias nadaron en su auxilio, pero fue demasiado tarde. Ya se había ahogado.

Antonio escuchó la historia con atención, consciente de que sería interrogado cuando se encontrase con Cleopatra. Por supuesto, sabía muy bien que Herodes había preparado aquella muerte «accidental», pero no había absolutamente ninguna prueba de ello, gracias a todos los dioses. ¡Mujeres! Aquel viaje al sur estaba mostrando más facetas de Cleopatra no como persona sino como monarca. Codiciosa de expansión, codiciosa de dominio, astuta en sembrar enemistad entre sus enemigos, sin preocuparle hacerse amiga de una reina viuda cuyo esposo e hijos habían luchado contra Roma. Y con cuánta astucia había maniobrado con él, Antonio, para conseguir sus fines.

—No veo cómo alguien que se ahoga por accidente podría ser obra tuya, Herodes, especialmente si, como tú dices, ocurrió ante los ojos de la madre del muchacho y también de toda la familia.

—Cleopatra quería que me juzgaran y ejecutasen, ¿no?

—Se mostró disgustada, es verdad. No ha estado mal que tú y yo no nos viésemos en la Laodiceia. De habernos encontrado, entonces quizá hubiese reaccionado de otra manera. Tal como están las cosas no veo ninguna prueba que sugiera que esto fue obra tuya, Herodes. Además, el cargo de sumo sacerdote es algo que te pertenece. Puedes nombrar a quien quieras. Pero ¿puedo preguntar por qué no haces tú que sea una tarea para toda la vida?

—¡Espléndido! —dijo Herodes, complacido—. De hecho, iré aún más lejos. Mantendré las regalías sagradas en mi cargo y se las prestaré al sumo sacerdote cada vez que la ley mosaica requiera que él las vista. Dicen que son mágicas; por lo tanto, no quiero que él pueda caminar entre las gentes con esas vestimentas y provocar alborotos contra mí. Te lo juro, Antonio, que no cederé mi trono. Cuando veas a Cleopatra díselo.

—Te digo que Roma no aprobará ninguna reaparición de los asmoneos en Judea —afirmó Antonio—. La casa real asmonea no ha hecho más que provocar problemas; pregúntaselo a cualquiera desde el difunto Aulo Gabinio para abajo.

La caravana continuó su camino, especialmente agotador para Antonio después de que Gaza quedara atrás; a partir de ese punto la carretera se internaba tierra adentro por un territorio seco, donde proveer de agua a muchos centenares de bueyes era una tarea terrible. Que no se pudiese seguir por la costa era debido al delta del Nilo, un abanico de ciento cincuenta millas de ancho de pantanos y vías de agua que no atravesaba ninguna carretera. La única vía terrestre hasta Alejandría estaba hacia el sur, por Menfis, en el apex del Delta, y luego hacia el norte, a lo largo de la rama Canópica del Nilo.

Para finales de noviembre, el viaje finalmente se acabó; Antonio entró en la ciudad más grande del mundo a través de la Puerta del Sol, en el final este

de la avenida Canópica, donde una horda de funcionarios parlanchines se hicieron cargo de las carretas y se las llevaron a las caravaneras, junto al lago Mareotis. Antonio cabalgó hasta el recinto real. La legión Jerusalén ya había emprendido la marcha de regreso a Judea; Antonio debía confiar que el temor a Cleopatra hubiese mantenido a los ladrones apartados de los tesoros que contenía cada carreta.

Ella no había venido a saludarlo a la Puerta del Sol, un hecho que sin duda significaba que estaba furiosa. La única persona que tenía más agentes que Octavio era Cleopatra, pensó Antonio cuando llegó al palacio principal. Estaba claro que ella sabía todo lo que él había hecho.

—Apolodoro, mi viejo cariño —dijo cuando el gran chambelán apareció—. ¿Dónde está nuestra quejosa majestad?

—En su sala, Marco Antonio. ¡Qué alegría verte!

Antonio arrojó su capa al suelo con una sonrisa y fue a ver a la leona en su cubil.

—¿Qué significa eso de someter a mis sátrapas a preguntas y dictados sobre sus conductas en territorios que ya no son de ningún interés para Roma? —preguntó ella.

—Vaya qué bienvenida —dijo él, y se sentó en una silla—. Cumpló mis órdenes, mantengo mis promesas al traer mi botín para ti a Alejandría, y lo único que recibo en pago es una desagradable pregunta. Te lo advierto, Cleopatra, puedes llegar demasiado lejos. A lo largo de ochocientas millas he sido testigo de tus maquinaciones, de tu dominio sobre personas que no son egipcias; tú ejecutas, tú encarcelas, tú pones peajes para cobrar impuestos que no te corresponden, indispones a reyes contra reyes, siembras las discordias. ¿No es hora que recuerdes que tú me necesitas más a mí de lo que yo te necesito a ti?

El rostro de ella se heló, un destello de terror cruzó por sus ojos; por un largo momento, ella no dijo nada, mientras luchaba por poner alguna expresión en su rostro que pudiese reconciliarlo.

—Estoy sobrio —añadió él antes de que Cleopatra pudiese recuperar la voz—, y Marco Antonio sano y fuerte no es el lloroso sirviente en que se convierte cuando el vino ha conquistado su habilidad para pensar. No he probado una gota de vino desde la última vez que te vi. He librado una guerra exitosa contra un astuto enemigo. He recuperado mi confianza en mí mismo. He encontrado muchas razones por las que, como triunviro en Oriente y el mayor representante de Roma en Oriente, debo deplorar las acciones de Egipto en Oriente. Has interferido en las actividades de las posiciones romanas, de los clientes-reyes al servicio de Roma. Te has exhibido como museo en miniatura,

has hecho gala de tu poder como si tuvieses un ejército de un cuarto de millón de hombres y de genio de militar a Cayo Julio César en su momento cumbre. —Respiró profundamente, los ojos resplandecientes de furia—. Cuando la verdad es que sin mí no eres nada. No tienes un ejército. No eres un genio. Es más, en realidad no veo mucha diferencia entre tú y Herodes de Judea. Ambos sois codiciosos y astutos como ratas. Pero ahora mismo, Cleopatra, me agrada más y siento más respeto por Herodes que por ti. Por lo menos, Herodes es un salvaje sinvergüenza que no se oculta con disfraces. Mientras que tú actúas un día como seductora, como la diosa de socorro al día siguiente, como una tirana, una glotona, una ladrona; entonces, después, vuelves a algún disfraz más amable. Eso se va a acabar ahora mismo, ¿me escuchas?

Ella había encontrado la expresión correcta: remordimiento. Unas lágrimas silenciosas rodaron por sus mejillas; sus preciosas y pequeñas manos se estrujaron la una contra la otra.

Él se echó a reír; su risa sonó verdadera.

—¡Oh, vamos, Cleopatra! ¿No puedes ofrecer nada mejor que unas lágrimas? He tenido cuatro esposas antes que tú, así que las lágrimas no me pillan de sorpresa. Os enseñan a creer que es el arma más efectiva de las mujeres. Bien, en un sobrio Marco Antonio no tienen más poder que el agua que cae sobre el granito; cualquier huella que dejan tarda miles de años en exteriorizarse, y eso es más tiempo del que incluso una diosa en la tierra dispone. Te informo de que devolverás los jardines de bálsamo a Herodes sin ningún cargo y los yacimientos de bitumen a Malcho sin ningún cargo. Cerrarás tus puestos de peaje en las carreteras de Tiro y Sidón y tus administradores en los territorios que te vendí dejarán de aplicar la ley egipcia. Se les ha dicho que no tienen ningún derecho a ejecutar o a mandar a prisión a menos que un prefecto romano lo disponga. Como todos los demás clientes-reyes le pagarás tributo a Roma, y limitarás tus futuras actividades a Egipto. ¿Está claro, señora?

Ella había dejado de llorar, y ahora estaba furiosa. Sin embargo, no podía mostrar esa furia a aquel Marco Antonio.

—¿Qué, intentando ver cómo puedes persuadirme para que beba una copa de vino? —se burló él, con la sensación de que sí quería conquistar el mundo ahora que había encontrado el coraje para enfrentarse a Cleopatra—. Insiste todo lo que quieras, cariño. No lo conseguirás. Como la tripulación de Ulises, me he tapado los oídos para no escuchar tu canto de sirenas. Tampoco, si te gusta más el papel de Circe, conseguirás convertirme de nuevo en un cerdo que chapotea en la pocilga líquida que tú has hecho.

—Me alegro de verte —susurró ella, desaparecida la furia—. Te amo, Antonio. Te amo mucho. Tienes toda la razón, me he excedido en mi mandato.

Todo será hecho como tú deseas. Lo juro solemnemente.

—¿Por Tello, Sol Indiges y Liber Pater?

—No, por Isis que llora a su difunto Osiris. Él le tendió los brazos. —
Entonces ven y bésame.

Ella se levantó para obedecer, pero antes de poder llegar a la silla de Antonio, Cesarión entró corriendo por la puerta.

—¡Marco Antonio! —gritó el muchacho, que fue a abrazarlo cuando él se levantaba—. ¡Oh, Marco Antonio, esto es fantástico! Nadie me había dicho que habías llegado hasta que me encontré a Apolodoro en el vestíbulo.

Antonio mantuvo a Cesarión apartado a la distancia de un brazo y lo miró, asombrado.

—¡Por Júpiter, podrías ser César! —exclamó, y besó las mejillas de Cesarión—. Te has convertido en un hombre.

—Me alegra que alguien lo vea. Mi madre rehúsa hacerlo.

—Ya sabes, las madres detestan ver cómo sus hijos crecen. Se lo tienes que perdonar, Cesarión. Veo que estás bien. ¿Gobiernas más en estos días?

—Sí, un poco más. Estoy trabajando en la logística de un reparto de trigo gratis para los pobres de Alejandría.

—¡Excelente! Muéstramelo.

Y se marcharon juntos, los dos casi de la misma altura, tanto había crecido en estatura Cesarión. Nunca sería un Hércules como Antonio, pero iba a ser más alto, pensó la abandonada Cleopatra mientras desaparecían.

Con la mente en pleno tumulto se acercó a una ventana que daba al mar; su mar, y al parecer seguiría siendo su mar si su marido tenía algo que ver en ello. Había actuado con demasiada rapidez, ahora lo veía; pero había asumido que Antonio volvería a la botella de vino. En cambio, él no mostraba ninguna indicación de que fuese a hacerlo; de no haber sido él testigo de sus acciones en el sur de Siria quizá hubiese sido más fácil de convencer; en cambio, aquellas acciones lo habían enfurecido, estimulando su deseo de hombre de ser la mitad dominante en un matrimonio. ¡Aquel repugnante gusano de Herodes! ¿Qué le había dicho a Antonio para excitarlo de tal manera? ¿Qué habían dicho Malcho y las dos ciudades gemelas de Fenicia? Los informes que sus agentes le habían enviado no eran acertados, porque ninguno había mencionado las órdenes de Antonio sobre sus propias posesiones, ni tampoco habían tenido noticias de sus conversaciones con Malcho, Herodes, Sidón o Uro.

¡Oh, qué acertado estaba! Sin él, ella no era nada. No tema ejército, ni

genio como soldado o gobernante. Ahora más que nunca en el pasado comprendió que su primera —quizá única— tarea era convencer a Antonio para que abandonase su alianza con Roma. Todo surgía de aquello.

«Yo no soy —pensó Cleopatra mientras comenzaba a pasearse— un monstruo en ninguno de los disfraces que él ha dicho que asumo. Soy un monarca cuyo destino ha puesto en una posición de poder potencial en un momento y un tiempo en que puedo atacar para conseguir la total autonomía, recuperar los territorios perdidos de Egipto, ser una gran figura en el escenario mundial. ¡Mis ambiciones ni siquiera son para mí! Son para mi hijo. El hijo de César. Heredero de César, inmortalizado ya en su título, Ptolomeo XV César, faraón y rey. ¡Él debe cumplir su promesa, pero aún es demasiado pronto! Durante otros diez años debo luchar para protegerlo a él y su destino; no tengo tiempo que perder amando a otras personas, personas como Marco Antonio. Él lo intuye; estos largos meses de separación han roto los grilletes que había forjado para mantenerlo encadenado a mi lado. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?»

Para el momento en que Antonio volvió a reunirse con ella, jovial, cariñoso, ansioso por irse a la cama, ella ya había decidido su curso de acción: hablar con Antonio, hacerle ver que Octavio nunca le permitiría ser Primer Hombre de Roma; por lo tanto, ¿de qué servía continuar ligado a Roma? Ella tenía que convencerle —sobrio, poseído de su autocontrol— de que la única manera que tenía de poder gobernar Roma él solo era ir a la guerra contra Octavio, el obstáculo.

Su primer paso fue arreglar que Antonio desfilase por Alejandría de la manera más parecida a un triunfo romano que se atrevió. Eso fue fácil porque el único romano con estatus de compañero que había traído con él era Quinto Delio, que estaba bajo las órdenes de ella para desviar los poderes de análisis de Antonio lejos de la forma de triunfo romano. Después de todo, no tenía legiones con él, ni siquiera una cohorte de tropas romanas. No habría carrozas, decidió, sólo carros planos tirados por bueyes con guirnaldas que llevarían unas plataformas especialmente diseñadas donde mostrar este o aquel tesoro saqueado. Tampoco se le permitiría cabalgar en nada ni siquiera remotamente parecido al antiguo carro de cuatro ruedas del triunfador romano; vestiría la armadura y el yelmo faraónico y él mismo conduciría un carro de dos ruedas faraónico. Tampoco habría un esclavo sosteniendo una corona de laureles sobre su cabeza para susurrarle en su oído que no era sino un hombre mortal. De hecho, los laureles no tenían ningún lugar en todo aquello; Cleopatra ya le recordaría que Egipto no tenía verdaderos árboles de laurel. Su peor batalla fue convencerá Antonio de que el rey Artavasdes de Armenia debía ser puesto con cadenas de oro y llevado detrás de un burro como prisionero; en un triunfo romano, los prisioneros de alto rango debían ser parte del desfile, ir vestidos

con todas sus prendas reales y caminar como hombres libres. Antonio consintió las cadenas, convencido de que quitaban cualquier indicio de triunfo romano.

Con lo que él no contó fue con Quinto Delio, a quien Cleopatra había dado órdenes para que escribiese una nota específica a Poplicola en Roma.

¡Qué escándalo, Lucio! Por fin la Reina de las Bestias ha prevalecido. Marco Antonio ha hecho su triunfo en Alejandría en lugar de Roma. Oh, hubo diferencias, pero nada sobre lo que poder escribir. En cambio, sí que se me obliga a escribir sobre las similitudes. Aunque él dice que el botín es más grande que el que Pompeyo Magno le quitó a Mitrídates, la verdad es que, si bien es muy grande, no es tan grande. Incluso así, pertenece a Roma, no a Antonio. Quien, al final de su desfile por las anchas calles de Alejandría acompañado por los ensordecedores gritos de miles y miles de gargantas, entró en el templo de Serapis y dedicó los despojos. Sí, permanecerán en Alejandría, la propiedad de su reina y su niño rey. Por cierto, Poplicola, Cesarión es la imagen de César Divus Julius, así que detesto pensar en lo que podría sucederle a Octavio si Cesarión alguna vez fuese visto en Italia, y mucho menos en Roma.

Hay muchas evidencias de la mano de la Reina de las Bestias por todas partes. El rey Artavasdes de Armenia fue llevado en cadenas, te lo puedes imaginar. Luego, cuando el desfile acabó, fue encarcelado en lugar de estrangulado. En absoluto una costumbre romana. Antonio no dijo ni una palabra sobre las cadenas o la vida perdonada. Él es su títere, Poplicola, su esclavo. En lo único en lo que puedo pensar es que ella lo droga, que sus sacerdotes preparan pócimas que tú y yo, simples romanos, ni siquiera podemos llegar a comprender.

Te dejo a ti que decidas cuánto de todo esto deba ser divulgado; Octavio seguramente podría sacarle algún partido, me temo que hasta el punto de declararle la guerra a su compañero triunviro.

«Ya está —pensó Delio, y dejó su pluma—. Eso debería bastar para que Poplicola aproveche alguna parte; lo suficiente, en cualquier caso, para que se filtre hasta Octavio. Le da munición y al mismo tiempo exonera a Antonio. Si es guerra lo que ella quiere, entonces la guerra acabará por llegar. Pero deberá ser una guerra que, una vez que Antonio la gane, le permita retener su posición romana y no tener ningún problema para establecerse como único gobernante. En cuanto a la reina de Egipto, ella se esfumará en la oscuridad. Sé muy bien que Antonio está lejos de ser su esclavo; aún es dueño de sí mismo.»

Delio no tenía la inteligencia suficiente para olerse el más profundo secreto de las ambiciones de Cleopatra, ni tampoco ningún indicio de la profundidad de la sutileza de Octavio. Como sirviente a pago de la doble corona hizo lo

que se le decía sin preguntar.

Antes de encontrar un mensajero y un barco para enviar su corta misiva a Roma y Poplicola ya estaba escribiendo una larga posdata:

¡Oh, Poplicola, esto va de mal en peor! Totalmente engañado, Antonio acaba de participar de una ceremonia en el gimnasio de Alejandría, más grande, desde que la ciudad fue reconstruida, que el ágora y escenario de todas las reuniones públicas. Se construyó un enorme podio dentro del gimnasio, con cinco tronos en sus gradas. En la más alta, un trono. Un escalón más abajo, otro trono. Y otro poco más abajo, otros tres tronos más pequeños. En el más alto se sentó Cesarión, vestido con toda la regalía faraónica. La he visto a menudo, pero te la describiré brevemente para ti: una mitad blanca y una mitad roja, una doble parte en la cabeza, muy grande y pesada, que se llama doble corona. Un vestido de lino blanco plisado, un ancho collar de gemas y oro alrededor del cuello y los hombros, un ancho cinturón de oro recamado con joyas, muchos brazaletes, púberas, esclavas, anillos para los dedos y los pies. Palmas y plantas de los pies, pintados a leña. Sorprendente, la mujer faraón, Cleopatra, sentada un escalón más abajo, con la misma regalía, excepto que su vestido estaba hecho de tela de oro y cubría sus pechos. En el escalón de abajo estaban sentados los tres hijos que le había dado Antonio: Ptolomeo Alejandro Helios estaba vestido con el atuendo de rey de Partía: tiara, collares de oro alrededor del cuello, una blusa y falda con volantes y joyas. Su hermana, Cleopatra Selene, vestida con algo a medio camino entre lo faraónico y lo griego, estaba sentada en medio. Ya su otro lado estaba sentado un niño pequeño que aún no debe de tener tres años, ataviado como el rey de Macedonia: un sombrero rojo de ala ancha con la diadema atada alrededor de la corona, un clamis rojo, una túnica roja y unas botas rojas.

La multitud era enorme, llenaba el gimnasio, que se dice que tiene un aforo de cien mil, aunque, conociendo el Circo Máximo, lo dudo. Habían montado tarimas, pero éstas estaban interrumpidas con material atlético. Cleopatra y sus cuatro hijos estaban al principio, al pie del estrado, y Marco Antonio entró montado en un magnífico caballo mediano, un caballo gris con el hocico, la crin y la cola negros. Estaba equipado con una montura de cuero rojo, tachonada y con bordes de oro. Se bajó del caballo y caminó hasta la tarima. Vestía una túnica y una capa rojas, pero al menos su armadura dorada era de estilo romano. Debo añadir que yo, su legado, estaba sentado muy cerca, disfrutando de una buena vista de los procedimientos. Antonio cogió a Cesarión de la mano y lo guio por los escalones de la tarima hasta el trono superior y lo sentó. La multitud lo aplaudió furiosamente. Una vez que el chico estuvo sentado, Antonio lo besó en ambas mejillas, y luego gritó que por la autoridad de Roma proclamaba a Cesarión rey de reyes, regente del mundo. La multitud enloqueció. Luego llevó a Cleopatra a su trono, un poco más bajo, y la sentó.

Fue proclamada reina de reyes, regente de Egipto, Siria, las islas del Egeo, Creta, Rodas, toda Cilicia y Capadocia. Alejandro Helios (su pequeña prometida estaba sentada en un escalón, a su lado) fue proclamado rey de Oriente, todo al este del Éufrates y todo al sur del Cáucaso. Cleopatra Selerte fue proclamada reina de Cyrenaica y Chipre. Y el pequeño Ptolomeo Filadelfo fue proclamado rey de Macedonia, Grecia, Tracia y todas las tierras alrededor del mar Euxino. ¿Mencioné Epirus? También recibió eso.

A través de todo esto, Antonio permaneció tan solemne como si de verdad creyese en lo que estaba haciendo, aunque más tarde le dijo que sencillamente lo había hecho para acabar con las protestas de Cleopatra. El hecho es que una buena parte de las tierras mencionadas pertenecen a Roma, confundieron la imaginación para que fuéramos testigos de que a estas cinco personas se las proclamara soberanos de lugares que no tienen y no pueden gobernar.

¡Oh, pero a los alejandrinos les pareció maravilloso! En raras ocasiones he visto tales aclamaciones. Después de finalizada la ceremonia de coronación, los cinco monarcas bajaron del estrado y montaron en una especie de carreta, una plataforma con ruedas donde habían montado cinco tronos. Debo añadir que Egipto debe de estar nadando en oro, porque los otros diez tronos utilizados eran todos de oro puro, tachonados con tantas gemas que resplandecían y brillaban más que una puta romana con cuentas de vidrio. Esta carreta, tirada por diez caballos medos blancos —una carga lo bastante liviana para que no tuviesen que tirar—, desfiló por la avenida Real, luego por la avenida Canópica y acabó su viaje en el Serapeum, donde el sumo sacerdote, un hombre llamado Cha'em, realizó un ritual religioso. Los espectadores fueron agasajados en diez mil enormes mesas cargadas a tope con comida; algo que nunca se había hecho antes, según tengo entendido, y que se hizo a petición de Antonio. Fue incluso una pelea más salvaje que la que se da en una fiesta pública romana.

Los dos acontecimientos —el «triunfo» de Antonio y la donación del mundo a Cleopatra y sus hijos— me han dejado atónito, Poplicola. He bautizado a esto último como las Donaciones. ¡Pobre Antonio! Está atrapado en las redes de aquella mujer, lo juro. Una vez más te dejo a ti la libertad de divulgar de todo esto, pero, por supuesto, Octavio tendrá los informes de sus propios espías, así que no creo que puedas ocultar el hecho durante mucho tiempo. Si eres consciente de lo que se prepara, quizá puedas tener oportunidad de rebatirlo.

La carta fue enviada a Roma; Delio se instaló en su precioso pequeño palacio dentro del recinto real para pasar el invierno con Antonio, Cleopatra y sus hijos. Antonio y Cesarión eran grandes amigos, y escogieron hacerlo todo juntos, ya fuese ir a cazar cocodrilos o hipopótamos en el Nilo, ejercicios de guerra o carreras de carros en el hipódromo o nadar en el mar. Por mucho que

lo intentó Cleopatra no pudo conseguir que Antonio bebiese vino; rehusó incluso beber un sorbo, decía con franqueza que una vez que lo probara continuaría hasta emborracharse. Él no confiaba en ella ni se descuidaba de sus intenciones; no se ocultaba de oler de forma manifiesta los contenidos de su copa para asegurarse de que contuviese agua.

Cesarión veía todo esto y lo lamentaba. Era el único entre ellos que veía las dos partes. Su madre, sabía, hacía todo lo posible no para sus propios fines, sino por los de él, Cesarión, mientras que Antonio, muy enamorado de ella, resistía hasta lo imposible sus intentos de apartarlo de Roma. El problema era, pensaba el joven, que no estaba seguro de querer lo que su madre ansiaba para él; no tenía sensación de destino, por mucho que lo tuviese su padre, y su madre también. Hasta ahora, su experiencia del mundo le decía que había mucho trabajo que hacer en Alejandría y Egipto y que él nunca viviría lo suficiente para acabarlo, aunque fuese a vivir cien años.

De una manera curiosa era más parecido a Octavio que a César, porque ansiaba conseguir que todo se hiciera a la perfección, hasta el último detalle, y se apartaba de la idea de aceptar cargas adicionales en sus hombros que inevitablemente harían imposible que nada se hiciese correctamente. Su madre no tenía las mismas ideas; ¿cómo podía tenerlas? Nacida y criada en un nido de víboras como Ptolomeo Auletes, su idea de la soberanía era dejar la fastidiosa tarea de la administración diaria a otros, y estos otros probablemente también fuesen sicofantes y talentosos.

Él sabía muy bien cuáles eran las limitaciones de su madre. También sabía por qué intentaba darle su condición de romano a Antonio, su independencia y su suplicio. Nada que no fuese la dominación del mundo la satisfecería, y ella veía Roma como su enemigo. Con mucha razón; un poder tan atrincherado como el de Roma no cedería a ella sin una guerra. ¡Oh, si él sólo fuese mayor! Entonces podría enfrentarse a Cleopatra como un verdadero igual, e informarle con firmeza que lo que ella quería para él no era lo que él quería. Hasta el momento, él no le había dicho nada de sus propios sentimientos, a sabiendas de que ella descartaría sus opiniones como las de un niño. Pero ¡él no era un niño, nunca lo había sido de verdad! Debido a la precoz inteligencia de su padre y a una posición soberana desde la más temprana infancia, había bebido el conocimiento como un perro hambriento en un charco de sangre, y por ninguna otra razón más que su amor por aprender. Todo conocimiento era tomado, guardado para su inmediato recuerdo cuando se necesitase, y, cuando un conocimiento suficiente de un tema había sido asimilado, para analizarlo. Pero no estaba enamorado del poder, no sabía si eso era también verdad en su padre. Algunas veces sospechaba que lo era; César ascendido a las alturas olímpicas porque no ascender hubiese significado el exilio de verse privado de toda mención en los anales de Roma. El destino que César no podía tolerar.

Pero no había intentado con mucha fuerza vivir, Cesarión lo sabía de alguna manera. «Mi tata, del que recuerdo de cuando era un bebé tan vívidamente su cara, su cuerpo alto que saltaba al interior de mis ojos en aquel entonces. Mi tata, a quien echo de menos con desesperación. Antonio es un hombre maravilloso, pero no es César. Necesito a mi tataaquí para que me aconseje, y eso no puede ser.»

Animado, buscó a Cleopatra e intentó decirle cómo se sentía, pero resultó ser como lo esperaba. Ella se rio de él, le pellizcó la mejilla, lo besó cariñosamente y le dijo que se fuese a hacer las cosas que debían hacer los chicos de su edad. Herido, aislado, sin nadie a quien poder volverse, que más allá que su madre mentalmente y comenzó a no asistir a las cenas. Que hubiese podido acudir a Antonio nunca se le ocurrió; veía a Antonio como la presa de Cleopatra; no pensaba que Antonio fuese a responder de una manera diferente a la de ella. Las ausencias a las cenas se hicieron cada vez más numerosas, en exacta proporción al incesante machaque de Cleopatra a su marido, a quien ella trataba, le pareció a Cesarión, más como a un hijo que como a un socio en su empresa. De todas maneras, había días deliciosos, algunas veces períodos más largos; en enero, la reina sacó al Filopátor del cobertizo y navegó por el Nilo hasta la primera catarata, aunque no era la estación adecuada para inspeccionar el nilómetro. Para Cesarión fue un viaje maravilloso. Ahora que era más grande podía apreciar del todo los detalles de la experiencia, desde su propia cabeza de Dios hasta la sencillez de la vida a lo largo del poderoso río. Los hechos eran guardados; más tarde, cuando fuese faraón de verdad, le daría a esas personas una vida mejor. A su insistencia se detuvieron en Coptos y siguieron la ruta de caravanas por tierra hasta Mvos Hormos en el Sinus Arabicus; él había querido tomar el largo camino a Berenice, mucho más abajo del Sinus, pero Cleopatra había rehusado hacerlo. Desde Myos Hormos y Berenice, las flotas egipcias partían para la India y Taprobane, y de allí regresaban con sus cargas de especias, pimientos, perlas oceánicas, zafiros y rubíes. Allí también fondeaban las flotas del Cuerno de África; transportaban marfil, casia, mirra e incienso de la costa africana alrededor del Cuerno. Unas flotas especiales traían el oro y las joyas enviadas por tierras al Sinus desde Etiopía y Nubia; el terreno era demasiado escarpado y el Nilo muy convulso por las cataratas y los rápidos como para poder utilizar el río.

En el viaje de regreso, ahora que navegaban corriente abajo, hicieron una pausa en Menfis, entraron en el recinto de Ptah y allí les mostraron los túneles del tesoro que se abrían, desplegados en un largo camino hacia los campos de pirámides. Cesarión y Antonio no los habían visto, pero Cha'em, como su guía, tuvo el cuidado de demostrarle a Antonio por dónde y cómo se accedía a la entrada; fue llevado a ciegas y le pareció algo muy divertido, hasta que le quitaron la venda de los ojos y observó la riqueza de Egipto. Para Cesarión fue

incluso una sorpresa mayor; ni siquiera había comenzado a tener una idea de lo inmenso que era, y pasó el resto del largo viaje asombrado ante la parsimonia de su madre. Se podría permitir el lujo de alimentar a Alejandría hasta satisfacer la glotonería de todos y, sin embargo, se quejaba de su patético ofrecimiento de dar una ración de trigo gratis.

—No la entiendo —le murmuró a Antonio mientras el Filopátor entraba en la bahía real.

Un comentario que provocó un ataque de risa en Antonio.

XXII

La conquista de Illyricum tardaría tres años, pero el primero de ellos, el mismo año en que Antonio se suponía que debería haber sido primer cónsul, fue el más duro, sencillamente porque tardó un año en comprender cómo realizar las funciones. Como cualquier empresa de Octavio, fue meticulosamente planeada como debía ser cualquier otra aventura militar. Gobernador de la Galia Cisalpina durante la campaña illírica, Cayo Antistio Veto tendría que enfrentarse a las revoltosas tribus que vivían en el valle de los Salassi, en la frontera noroccidental; aunque estaba a muchos centenares de millas de Illyricum, Octavio no quería que ninguna zona de la Galia Cisalpina estuviese a merced de las tribus bárbaras, y los salassi eran todavía un incordio.

La actual campaña fue dividida en tres escenarios separados: uno en el mar y dos en tierra.

De nuevo favorecido, Menodoro recibió el mando de las flotas adriáticas; su tarea era dirigirse a las islas que había delante de Istria y Dalmacia y barrer a los piratas liburnios del mar. Estatilio Tauro recibió el mando del grupo de legados que marchaban al este desde Aquileia a través del paso del monte Odra hacia la ciudad de Emona y, eventualmente, a la cabecera del río Savo. Aquí vivían los tauriscos y sus aliados, que asediaban perpetuamente a Aquileia y Tergeste. Agripa debía atacar desde el sudoeste, desde Tergeste hasta las tierras de los dálmatas y la ciudad de Senia; a partir de ese punto, Octavio asumiría el mando personalmente, viraría al este, cruzaría las montañas y bajaría hacia el río Colapis. Una vez en el río marcharía a Siscia, en la confluencia del Colapis y el Savo. Ése era el territorio más salvaje y menos conocido.

La propaganda había comenzado mucho antes que la campaña, porque la conquista de Illyricum era parte del plan de Octavio para dejarle claro a los pueblos de Italia y Roma que él, y sólo él, se preocupaba tanto de su seguridad como de su bienestar. Una vez que la Galia Cisalpina estuviese libre de cualquier amenaza exterior, toda la nalga italiana limitada por los Alpes sería

tan segura como la pierna.

Después de dejar a Mecenas para que gobernase Roma ante la mirada indiferente de los cónsules, Octavio navegó desde Ancona hasta Tergeste, y desde allí cabalgó para unirse a las legiones de Agripa como su comandante en jefe nominal. Illyricum fue toda una sorpresa; habituado como estaba a los espesos bosques, éstos le parecieron más cercanos a los páramos de los bosques germanos que a cualquier otra cosa que pudiesen ofrecer Italia y otros lugares civilizados. Húmedos, umbríos, densos más allá de lo que se podía imaginar, los gigantescos árboles se extendían inmensamente, el terreno escabroso debajo de su follaje tan carente de luz que sólo crecían helechos y hongos. Los habitantes, los iapudes, cazaban ciervos, osos, lobos, gatos monteses y toros, algunos para comer, otros para proteger sus patéticas aldeas. Sólo en unos pocos claros cultivaban la tierra para plantar mijo y escanda, la materia prima de un pan blanquecino. Las mujeres criaban unas pocas gallinas, pero la dieta era monótona y poco nutritiva. El comercio, que fluía a través de un único emporio, Nauportus, consistía en pieles de oso y otros animales, y oro extraído de ríos como el Corcoras y Colapis.

Halló a Agripa en Avendo, que se había rendido al ver a las legiones y sus formidables equipos de asedio.

Avendo fue la última rendición pacífica; a medida que las legiones comenzaron a cruzar la cordillera Capella, los bosques resultaron tener una maleza de arbustos demasiado densos para cruzar sin abrir físicamente un sendero.

—No es de extrañar —le comentó Octavio a Agripa— que países mucho más alejados de Italia que Illyricum hayan sido pacificados mientras Illyricum permanece sin ser conquistado. Creo que incluso mi divino padre hubiese empalidecido en este terrible lugar. —Se estremeció—. También desfilamos (si se me permite utilizar la palabra con ironía) con algún riesgo de ataque. La maleza hace imposible reconocer el lugar de una emboscada delante de nosotros.

—Es verdad —asintió Agripa, que esperó ver qué sugería César.

—¿Ayudaría si enviamos algunas cohortes a las cumbres de las montañas a cada lado de nuestro avance? Podrían tener la oportunidad de avistar a los atacantes cuando crucen un claro.

—Buena táctica, César —manifestó Agripa, complacido.

Octavio sonrió.

—No creías que las tuviese, ¿no?

—Nunca te he subestimado, César. Estás lleno de sorpresas.

El avance de las cohortes en las cumbres evitó varias emboscadas; Terpo cayó, delante estaba Metulum. Aquél era el mayor asentamiento en la zona, con una bien fortificada guarnición en lo alto de una grieta de sesenta metros. Las puertas estaban cerradas, y los habitantes, desafiantes.

—¿Crees que la puedes tomar? —le preguntó Agripa a Octavio.

—No lo sé; en cambio, sé que tú podrás.

—No, porque no estaré aquí. Tauro tiene un dilema: ¿continuar marchando al este o virar al norte, hacia Panonia?

—Dado que Roma necesita pacificar tanto el este como el norte. Agripa, será mejor que vayas y tomes la decisión por él. Pero ¡te echaré de menos!

Octavio observó Metulum cuidadosamente, y decidió que su mejor línea de ataque era construir un montículo desde el fondo del valle que llegara hasta los muros de troncos, sesenta metros más arriba. Los legionarios cavaron alegremente, apilaron la tierra y las rocas hasta la altura especificada. Pero los metulanos, que habían capturado máquinas y aparatos de asedio de Aulo Gabinio años antes, se apresuraron a utilizar sus magníficas espadas y palas romanas para socavar el montículo; atravesado de túneles, se desmoronó. Octavio lo volvió a construir, pero esta vez no contra los acantilados de Metulum, sino apartado, protegido por todos los lados con gruesas tablas. A su lado se levantó un segundo montículo. Capaces de hacer lo que fuese, los ingeniosos legionarios comenzaron a construir una estructura de madera entre los acantilados de la fortaleza y los dos montículos romanos; cuando la plataforma alcanzara la altura de los muros, se podrían hacer dos puentes de tablas desde cada montículo hasta las paredes. Cada una de esas cuatro pasarelas era lo bastante ancha como para permitir que pasaran ocho soldados en fondo, que prestaría al asalto un gran e inmediato poder de ataque.

Agripa regresó a tiempo para presenciar el ataque a las murallas de Metulum, y observó los trabajos de asedio pensativamente.

—Avaricum a pequeña escala y, con mucho, más débil —opinó.

Octavio pareció destrozado.

—¿Qué hice mal? ¿No es lo que se necesitaba? ¡Oh, Marco, no vayamos a desperdiciar vidas! ¡Si no está bien lo derribaremos, por favor! Tú pensarás en una manera mejor.

—No, no, está bien —lo tranquilizó Agripa—. Avaricum era una ciudad con murus Gallicus, y la plataforma de troncos de Divus Julius se tardó un mes en construir. Esto bastará para Metulum.

Para Octavio, de esta campaña dependía mucho, incluso por encima y más allá de su importancia política. Habían pasado ocho años desde Filipos, sin

embargo, a pesar de la campaña contra Sexto Pompeyo, la gente todavía decía que era un cobarde, demasiado temeroso de enfrentarse a las tropas enemigas. El asma había desaparecido finalmente, y él creía poco probable su recurrencia en lugares como éste, húmedos y boscosos. Creía que el casamiento con Livia Drusilia lo había curado, porque recordaba que el médico egipcio de su divino padre, Hapd'efan'e, había dicho que una feliz vida doméstica era la mejor receta para una cura.

Aquí, en Illyricum, tenía que labrarse una nueva reputación; como un valiente soldado. No como general, sino como alguien que luchaba en las primeras filas con espada y escudo, de la misma manera que había hecho en muchas ocasiones su divino padre. De alguna manera tenía que encontrar la oportunidad de ser un soldado en la primera fila, pero hasta ahora no lo había conseguido. El hecho tenía que ser espontáneo y dramático, visible para aquellos que luchaban a su alrededor; algo verdaderamente notable, digno de ser relatado de legión a legión. Si esto ocurría, se vería libre de la mancha de Filipos. Podría mostrar las cicatrices del combate a todos.

Su oportunidad llegó cuando se puso en marcha el ataque a Metulum en la madrugada del día siguiente al regreso de Agripa. Desesperados por librarse de la presencia romana, los metulanos, sin ser descubiertos, habían perforado un túnel para salir de la ciudadela y emerger en la base de la plataforma en mitad de la noche. Serraron los postes de apoyo principal, pero no del todo; sería el peso de los legionarios, que avanzaban por las pasarelas, lo que provocaría el colapso.

Tres de los cuatro puentes se rompieron y cayeron, los soldados se desplomaron al fondo del valle por docenas. Por un feliz azar, Octavio estaba cerca del puente restante, y cuando sus tropas titubearon y comenzaron a retroceder, cogió un escudo, desenvainó la espada y corrió hasta la vanguardia, a medio camino.

—¡Adelante, legionarios! —gritó—. ¡César esta aquí, podéis hacerlo!

Verlo obró maravillas; con grandes gritos de guerra a Marte Invicto, las tropas se reagruparon y, con Octavio a la cabeza, avanzaron por la pasarela. Casi lo consiguieron. Ya casi junto a la pared, el puente cedió con un tremendo estrépito; Octavio y los soldados que estaban detrás de él cayeron al valle.

«¡No puedo morir!», continuó repitiendo la mente de Octavio, pero seguía siendo una mente fría. Mientras caía de la estructura se asió al extremo de una viga rota, se sujetó lo suficiente para ver otra por debajo de él, y así fue bajando los sesenta metros en etapas. Notaba el brazo arrancado de la clavícula, sus manos y los antebrazos estaban cubiertos de astillas, y en algún lugar su rodilla derecha recibió un golpe tremendo, pero cuando llegó al suelo cubierto de hierba y acabó sepultado debajo de los maderos, aún estaba vivo.

Los hombres, frenéticos, deshicieron la pila, al tiempo que le gritaban a sus horrorizados compañeros que César estaba herido pero no muerto. Mientras lo sacaban, sujetándole la pierna derecha con toda la suavidad que pudieron, llegó Agripa, pálido.

Octavio miró al círculo de rostros a su alrededor, consumido de dolor, pero dispuesto a no ser un mariquita y mostrarlo.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí, Agripa? ¡Construye más puentes y toma de una vez esta maldita fortaleza!

Agripa, que sabía de las pesadillas de Octavio por la cobardía, sonrió.

—¡Muy propio! —gritó con voz estentórea—. César está malherido, pero sus órdenes son tomar Metulum. ¡Venga, muchachos, comencemos de nuevo! Para Octavio, la batalla se acabó en aquel momento; lo pusieron en una camilla y lo trasladaron hasta la tienda del cirujano, que estaba abarrotada de heridos, tantos que la llenaban y yacían alrededor de la misma.

Algunos estaban inmóviles, otros gemían, aullaban, gritaban. Cuando los camilleros se disponían a apartar a los heridos para que César recibiese atención inmediata, Octavio los detuvo.

—¡No! —jadeó—. ¡Ponedme donde me corresponda! Esperaré hasta que los cirujanos consideren que mi herida es la siguiente en la lista.

Por mucho que lo intentaron, no pudieron convencerlo.

Alguien vendó fuertemente la herida para detener la hemorragia y se tendió a esperar su turno; los soldados intentaban tocarlo para tener buena suerte, otros, todavía con fuerzas, se arrastraban para coger su mano.

En contra de sus deseos, cuando le llegó su turno fue tratado por el cirujano jefe, Publio Cornelio, que se encargó de la rodilla en persona, mientras un ayudante se ocupaba de quitarle las astillas de las manos y los antebrazos.

Cuando le quitaron el vendaje, Cornelio gruñó:

—Una mala herida, César —manifestó al tiempo que la tocaba delicadamente—. Te has roto la rótula, que se ha destrozado en algunas zonas y ha atravesado la piel. Por fortuna, ninguna de las venas principales se ha perforado, pero hay mucha hemorragia lenta. Tendré que quitar los fragmentos; eso es algo doloroso.

—Tú quita, Cornelio —dijo Octavio con una sonrisa, consciente de que todos los demás ocupantes de la enorme tienda lo miraban y escuchaban—. Si grito, siéntate sobre mí.

De dónde sacó la fortaleza para soportar la hora siguiente, no lo sabía;

mientras Cornelio trabajaba en la rodilla, él se mantuvo ocupado charlando con los otros heridos: bromeaba con ellos, como si su propio sufrimiento no fuese nada. De hecho, de no haber sido por el dolor, toda la experiencia era fascinante. «¿Cuántos comandantes habían venido alguna vez a la tienda del cirujano para ver por sí mismos lo que hacía la guerra? —se preguntó—. Lo que he visto hoy es una razón más por la que, cuando sea el indiscutido Primer Hombre de Roma, colocaré en Pelión la Osa para evitar la guerra por la guerra; la guerra para asegurar un triunfo después de una gobernación se ha acabado. Mis legiones cuidarán, no invadirán. Sólo lucharán cuando no haya otra alternativa. Estos hombres son valientes mucho más allá de la obligación que impone el deber, y no se merecen sufrir sin necesidad. Mi plan para tomar Metulum fue malo, no conté con que el enemigo tuviese la inteligencia necesaria para hacer lo que hizo. Eso me convierte en un tonto. Pero un tonto afortunado. Porque he sufrido una grave herida como consecuencia de mi error, los soldados no me acusarán de la equivocación.»

—Tendrás que dar la tarea por acabada y regresar a Roma —dijo Agripa después de la capitulación de Metulum.

Habían reconstruido las pasarelas sobre una estructura más sólida y colocado guardias para asegurarse de que los mineros metulanos no repitiesen su trabajo; el hecho de que César hubiese resultado gravemente herido animó a sus hombres a entrar en Metulum, que ardió hasta el suelo después de que sus habitantes se entregasen al pánico. Ni botín, ni cautivos para ser vendidos como esclavos.

—Me temo que tienes razón —alcanzó a decir Octavio; el dolor ahora era mucho peor que en el momento de recibir la herida. Tiró de las mantas, los ojos hundidos en las órbitas—. Tendrás que continuar sin mí, Agripa. —Se rio con amargura—. ¡Ninguna traba al éxito, lo sé! De hecho, lo harás mejor.

—No te culpes a ti mismo, César, por favor. —Agripa frunció el entrecejo—. Cornelio me dijo que la rodilla se ve inflamada, y me pidió que te convenza de que tomes un poco de jarabe de amapolas para aliviar el dolor.

—Quizá cuando esté fuera del distrito, pero hasta entonces no puedo. El jarabe de amapolas no está disponible para un humilde legionario, y algunos de ellos sufren mucho más que yo. —Octavio hizo una mueca, se movió en su catre—. Si debo reparar lo de Filipos, debo mantener las apariencias.

—Siempre y cuando eso signifique que sobrevivas, César.

—Oh, sobreviviré.

Fueron necesarios cinco nundinae para transportar a Octavio en una litera a Tergeste, y otros tres para llevarlo a Roma vía Ancona. Una infección hizo que atravesase los Apeninos delirante, pero el cirujano asistente que había viajado

con él pinchó el absceso que se había formado y, para el momento en que fue llevado a su propia casa, se sentía mejor.

Livia Drusilia lo cubrió con lágrimas y besos, y luego le dijo que dormiría en otra parte hasta que él estuviese totalmente fuera de peligro.

—¡No! —dijo con voz firme—. ¡No! Todo lo que me ha sostenido es el pensamiento de yacer junto a ti en nuestra cama.

Con tanto deleite como preocupación, Livia Drusilia consintió en compartir el lecho siempre y cuando se colocase un techo de caña curvada sobre la rodilla herida.

—Cecilio Antifanes sabrá cómo curarla —dijo ella.

—¡Maldito Cecilio Antifanes! —gruñó Octavio con aspecto fiero—. Si he aprendido alguna cosa en esta campaña, querida mía, es que nuestros cirujanos militares son infinitamente mejores que cualquier médico griego en Roma. Publio Cornelio me cedió los servicios de Cayo Licinio, y Cayo Licinio continuará atendiéndome, ¿está claro?

—Sí, Cesar.

Ya fuese por los cuidados de Cayo Licinio o porque Octavio, a los veintinueve años, estaba mucho más sano de lo que había estado a los veinte, una vez instalado en su propia cama, con Livia Drusilia a su lado, mejoró rápidamente. Cuando por primera vez se aventuró a salir y bajar al foro romano, lo hizo con dos bastones, pero dos *nundinae* más tarde se movía fácilmente con un solo bastón, que no tardó en descartar.

La gente lo aclamaba; nadie, ni siquiera los senadores más leales a Antonio, volvieron a hablar de Filipos. La rodilla (un lugar muy cómodo donde llevar una horrible cicatriz, como descubrió) podía ser desnudada para la inspección, y admitía exclamaciones y comentarios al ver que las vendas eran innecesarias. Incluso las cicatrices en sus manos y antebrazos eran impresionantes, porque algunas de las astillas habían sido enormes. Su heroísmo era manifiesto.

Junto con las noticias de su recuperación llegaron las nuevas de que había habido problemas en Siscia, que había tomado Agripa. Había dejado a Fufio Gemino al mando de una guarnición, pero los *iapudes* atacaron con fuerza. Octavio y Agripa marcharon en su ayuda, y se encontraron con que Fufio Gemino había conseguido contener el alzamiento sin ellos.

Por lo tanto, el día de Año Nuevo las ceremonias pudieron seguir adelante como estaban previstas; Octavio era el primer cónsul, y Agripa, aunque consular, asumió los deberes de edil curul.

De alguna manera, éste iba a ser el año de la mayor gloria de Agripa,

porque había comenzado la enorme tarea del abastecimiento de agua y las cloacas de Roma. La reconstrucción del Aqua Marcia estaba terminada y el Aqua Julia trajo un aumento del suministro de agua al Quirinal y al Viminal, que hasta ahora habían dependido en gran medida de los pozos. Maravilloso, sí, pero insignificante con lo que Agripa había emprendido con las inmensas cloacas de Roma. Tres arroyos subterráneos habían hecho posible este sistema de túneles en arco; había tres salidas, una directamente debajo del Trigarium del Tíber, un punto donde el río era limpio y puro para la natación, otra en el puerto de Roma y el tercero, el más grande, donde fluía la Cloaca Máxima, a un lado del puente de Madera. Allí, la abertura (que una vez había sido la salida del río Spinon) era lo bastante grande como para permitir la entrada en la Cloaca Máxima en un bote de remos. Toda Roma se maravillaba de los viajes que Agripa hacía en su bote de remos para trazar los mapas del sistema y tomar nota de los lugares donde las paredes necesitaban refuerzos o reparaciones. No habría, prometió Agripa, más retrocesos de las cloacas cuando el padre Tíber se inundara. Es más, dijo aquel hombre sorprendente, mientras viviese no pretendía entregar la supervisión de las cloacas y el suministro de agua después de abandonar el cargo. Marco Agripa sería como un perro negro de guardia delante de los locales de la compañía de agua y de cloacas, que durante mucho tiempo habían tiranizado Roma. Sólo Octavio conseguía ser la mitad de popular entre la gente. Después de dominar la compañía de agua y de cloacas, Agripa expulsó a todos los magos, profetas, adivinos y charlatanes médicos de Roma. Quitó el polvo de las pesas y medidas y obligó a todos los vendedores de lo que fuese a que las utilizaran, y después se puso a trabajar con los contratistas de obras. Por un tiempo intentó mantener la altura máxima de todos los apartamentos de las ínsulas a treinta metros, pero eso, como no tardó en aprender, era una tarea que incluso superaba a Marco Agripa. Lo que podía hacer —e hizo— fue asegurarse de que las conexiones que salían de las tuberías de agua tuviesen el tamaño adecuado; ¡se acabaría el exceso de agua para los elegantes apartamentos del Palatino y Carinae!

—Lo que me sorprende —le dijo Livia Drusilia a su marido—, es cómo Agripa hace todo esto y al mismo tiempo realiza su campaña en Illyricum. Hasta este año había creído que tú eras el más infatigable trabajador de Roma, pero pese a todo y lo mucho que te quiero, César, debo decir que Agripa hace más.

Octavio la abrazó y la besó en la frente.

—No me ofendo, meum mel, porque sé la causa. De tener Agripa una esposa tan encantadora como tú en casa no necesitaría trabajar tanto. Lo que hace es buscar cualquier excusa para no estar con Ática.

—Tienes razón —admitió ella con una expresión triste—. ¿Qué podemos

hacer?

—Nada.

—El divorcio es la única respuesta.

—Eso tiene que decidirlo él por sí mismo.

Luego, el mundo de Livia Drusilia se puso patas arriba de una manera que ni ella ni Octavio habían esperado. Tiberio Claudio Nerón, que sólo tenía cincuenta años, murió tan repentinamente que fue su mayordomo quien descubrió el cuerpo, todavía inclinado sobre su mesa. El testamento, que Octavio abrió, lo dejaba todo en manos de su hijo mayor. Tiberio, pero no decía qué quería que se hiciese con sus hijos. El joven Tiberio tenía ocho años; su hermano, Druso, nacido después de que su madre se casase con Octavio, sólo tenía cinco.

—Creo, querida, que tendremos que adoptarlos —le dijo Octavio a una asombrada Livia Drusilia.

—¡César, no! —exclamó ella—. ¡Los han criado para que te odien! Sé que tampoco yo les gusto. ¡Nunca los he visto! ¡Oh, no, por favor, no me hagas esto! ¡No te hagas esto a ti mismo!

Bueno, él nunca se había hecho ilusiones con Livia Drusilia; a pesar de sus protestas en contrario, ella no era maternal. Sus hijos bien podían no haber existido, pensaba en ellos muy poco, y cuando alguien le preguntaba con qué frecuencia los visitaba, ella sacaba la prohibición de Nerón; no era deseada. Había ocasiones en las que él se preguntaba cuánto se esforzaba ella por quedar embarazada, pero su esterilidad no era un pesar para él. ¡Cuán afortunado era! Los dioses le habían dado los hijos de Livia Drusilia. Si la pequeña Julia no tenía hijos, él aún tendría herederos con su nombre.

—Lo haremos —dijo con una voz que informó a su mujer que no cambiaría de opinión—. Los pobres chicos no tienen a nadie salvo, oh, me atrevería a decir que unos primos en el grado más remoto. Los Claudio Nerón y los Livio Druso no son familias afortunadas. Tú eres la madre de estos niños. La gente esperará que los acojamos.

—No quiero, César.

—Lo sé. Sin embargo, ya se está en marcha. He enviado a buscarlos y llegarán aquí en cualquier momento. Burgundino está preparando los alojamientos adecuados para ellos: un salón, dos cubículos dormitorios, un aula y un jardín privado.

—Creo que la suite era para el joven Hortensio. Mañana iré personalmente a contratar a un pedagogo para ellos, mientras Burgundino irá hasta la casa de Nerón a recoger sus cosas. Estoy seguro de que habrá juguetes que no querrán

perder, como también prendas y libros. No obstante, no aceptaré a su actual pedagogo, incluso si le tienen un gran aprecio. Pretendo acabar con su desagrado hacia nosotros, y eso es mejor hacerlo bajo los auspicios de extraños.

—¿Por qué no los puedes enviar con Scribonia y la pequeña Julia?

—Porque ésa es una casa de mujeres, una especie a la que no están acostumbrados. Nerón no tenía ni una sola mujer en su casa, ni siquiera una lavandera —dijo Octavio. Fue a besarla, pero ella apartó la cara—. No seas tonta, cariño, por favor. Acepta tu destino con toda la gracia que le corresponde a la esposa de César.

Su mente corría para adelantarse a la de Octavio. ¡Qué extraordinario que él pusiese su corazón en sus hijos! Por qué lo había hecho, eso era patente. Así que, por amarlo y comprender que su futuro dependía de él, se encogió de hombros, sonrió y lo besó.

—Supongo que no necesitaré verlos mucho —dijo.

—Todo lo mucho y lo poco que se le supone a una buena madre romana. Cuando esté fuera de Roma, espero que tú tomes mi lugar con ellos.

Los chicos llegaron tensos y sin lágrimas, sin los ojos hinchados que podrían sugerir que ya se les habían agotado las lágrimas. Ninguno de los dos recordaba a su madre, ninguno de ellos había visto a su padrastro, ni en el foro; Nerón los había encerrado en casa bajo una estricta supervisión.

Tiberio tenía el pelo y los ojos negros, la piel de aceituna y unas facciones muy regulares; era alto para su edad, pero terriblemente delgado. «Como si no hiciese bastante ejercicio», pensó Octavio. Druso era adorable; que llegase al corazón de Octavio fue por su parecido con su madre, aunque sus ojos eran más azules; tenía un aluvión de rizos negros, una boca de labios gruesos y los pómulos prominentes; como Tiberio, era alto y delgado. ¿Acaso Nerón nunca había dejado correr a sus hijos para que pusiesen algo de músculo sobre sus huesos?

—Siento mucho la muerte de vuestro tata—dijo Octavio sin sonreír, en un esfuerzo por parecer sincero.

—Yo no —dijo Tiberio.

—Yo tampoco —dijo Druso.

—Aquí está vuestra madre, chicos —dijo Octavio, perdido.

Ambos se inclinaron, los ojos ocupados en mirarlo todo.

Para Tiberio, aquel hombre y aquella mujer parecían amistosos y relajados, en absoluto lo que se había imaginado después de tantos años de escuchar a su

padre hablar de ellos con tanto odio. De haber sido Nerón amable y abierto, sus sentimientos hubiesen calado en el chico mayor; en cambio, eran irreales. Dolorido por una salvaje paliza, ocultando sus lágrimas y sus sentimientos de injusticia, Tiberio había deseado la liberación de su atroz padre, un hombre que bebía demasiado vino y había olvidado que alguna vez había sido niño. Ahora había llegado la liberación, aunque en las pocas horas transcurridas desde que fuera descubierto el cuerpo de Nerón, Tiberio pensó que pasaría de las brasas al fuego. En cambio, descubrió que Octavio era especialmente agradable, quizá por su extraña justicia, por sus enormes y tranquilos ojos grises.

—Tendrás tus propias habitaciones —comentó Octavio con una sonrisa— y un fantástico jardín donde jugar. Tendrás que estudiar, por supuesto, pero quiero que tengas mucho tiempo para corretear. Cuando seas mayor, te llevaré conmigo de viaje; es importante que veas mundo. ¿Te gustará?

—Sí —respondió Tiberio.

—Tu rostro es duro —dijo Livia Drusilia, que lo acercó a ella—. ¿Sonríes alguna vez, Tiberio?

—No —contestó él, que se percató de que su perfume era exquisito y su redondez tremendamente consoladora. Apoyó la cabeza entre sus pechos y cerró los ojos para sentirla mejor y hundirse en aquel perfume a flores.

Tiempo para Druso, que miraba a Octavio como si fuese una estatua de oro refulgente. Octavio se puso en cuclillas para estar a su nivel y le acarició la mejilla, suspiró y apartó las lágrimas.

—Mi querido pequeño Druso —dijo, y se dejó caer de rodillas para abrazar al niño—. ¡Serás feliz con nosotros!

—Es mi turno, César —dijo Livia Drusilia, que no soltó a Tiberio—. Ven, Druso, deja que te abraze.

Pero Druso, aferrado a Octavio en busca de consuelo, se negó a ir.

Durante la cena, los asombrados y mucho más tranquilos nuevos padres descubrieron algunas de las razones por las que los chicos habían sobrevivido a Nerón sin imbuirse de su odio. Las revelaciones eran inocentes pero, sin embargo, asombrosas; habían tenido una infancia fría e impersonal y una escasa falta de atención. Su pedagogo estaba considerado el más barato en los libros de Stichus, por esa razón ninguno de los chicos sabía leer o escribir bien. Aunque no les pegaba, había recibido la orden de informar de sus ofensas a su padre, que obtenía un gran placer empuñando el látigo. Cuanto más borracho estaba, peor era la paliza. No tenían apenas juguetes, lo que provocó el desconsuelo de Octavio. Él había estado siempre rodeado de

juguetes facilitados por su mimosa mamá; lo mejor de la casa de Filippo era para él.

Hombre frío y desapasionado y al que muchos llamaban frío como el hielo, Octavio, sin embargo, tenía un lado blando que salía a la luz cada vez que estaba con niños. No pasaba un día cuando estaba en Roma que no dispusiese de unos pocos momentos para ver a la pequeña Julia, una encantadora niña que ahora tenía seis años. Si bien no había añorado tener hijos —hacerlo hubiese sido poco romano—, siempre había anhelado la compañía de los niños, una característica que compartía con su hermana, cuyo cuarto de los niños era visitado por el tío César, que era divertido, alegre, siempre con ideas para nuevos juegos. Ahora, al ver a sus hijastros durante la cena, podría decirse de nuevo lo afortunado que era. Era obvio que Tiberio pertenecería a Livia Drusilia, que parecía haber perdido todo su malestar por su primer hijo. ¡Ah, pero el querido pequeño Druso! «Tendremos uno cada uno», pensó Octavio, que se sentía tan feliz que creyó que podía estallar. Incluso la cena fue una maravilla para los famélicos niños, que comieron sin darse cuenta de que revelaban que Nerón había racionado tanto la calidad como la cantidad de la comida que les servía. Fue Livia Drusilia quien les advirtió que no se empacharan y Octavio quien los animó a probar un poco de esto, un poco de lo otro. Por fortuna, los párpados se cerraron antes de que llegasen los postres; Octavio llevó a Druso y Burgundino a Tiberio a sus dormitorios, los acomodaron y abrigaron en sus colchones; el invierno todavía hacía sentir su rigor.

—¿Cómo te sientes ahora, esposa? —le preguntó Octavio a Livia Drusilia mientras se preparaban para irse a la cama.

—Mucho mejor; ¡oh, sí, mucho mejor! —Ella le apretó la mano—. Me avergüenzo de no haber intentado visitarlos más, pero nunca esperé que el odio de Nerón hacia nosotros perjudicase a sus hijos. ¡Qué mal los trató! ¡César, son patricios! Tenía todas las oportunidades para convertirlos en nuestros implacables enemigos, ¿y qué hizo? Los azotó hasta conseguir que lo odiasen. No se preocupó por su bienestar; los mató de hambre, no les hizo caso. Me alegro mucho de que esté muerto y de que podamos cuidar de nuestros chicos adecuadamente.

—Mañana tendré que dirigir su funeral.

Ella le puso una mano sobre su pecho.

—¡Oh, lo había olvidado! ¿Supongo que Tiberio y Druso tendrán que ir?

—Me temo que sí. Daré la elegía desde la rostra.

—¿Me pregunto si Octavia tendrá alguna toga negra de niño?

Octavio se rio.

—Está obligada. Enviaré a Burgundino para que pregunte, en cualquier caso. Si ella no tiene un par guardadas, tendrá que comprarlas en el Porticus Margaritaria.

Se acurrucó contra él y le besó la mejilla.

—¡Debes tener la suerte de Julio, César! ¿Quién hubiese imaginado que nuestros chicos madurarían para que nosotros los cogiésemos? Hoy hemos ganado dos importantes aliados para nuestra causa.

El día después del funeral Octavio llevó a los chicos a conocer a sus primos. Octavia, que había estado en el funeral, estaba ansiosa por darles la bienvenida al seno familiar.

Casi a punto de cumplir los dieciséis y de alcanzar la adultez oficial, Cayo Scribonio Curio debía abandonar las habitaciones infantiles y convertirse en contubernalis. Era un joven pelirrojo y pecoso que quería ser cadete de Marco Antonio, pero éste lo había rechazado. Así que iría con Agripa. El mayor de los dos hijos de Antonio con Fulvia, Antillo, tenía once años y se moría por hacer la carrera militar. El otro hijo, Julio, tenía ocho. Eran unos chicos apuestos: Antillo, con los cabellos rojizos de su padre; Julio, más como el marrón hielo de su madre. Sólo en una casa como la de Octavia podían haberse criado tan bien, porque ambos chicos eran impetuosos, aventureros y belicosos. La mano amable pero firme de Octavia los había mantenido, como dijo ella con un tono risueño, como «miembros de la gens humana».

Su propia hija, Marcela, tenía trece años, ya menstruaba y prometía ser una gran belleza. Morena como su padre, tenía su propia naturaleza: coqueta, altiva e imperiosa. Marcelo tenía once y era otro apuesto niño moreno. Él y Antillo, de su misma edad, no se podían ver el uno al otro, y estaban todo el día como el perro y el gato; nada de lo que inventó Octavia consiguió que se hiciesen amigos, así que, cada vez que el tío César estaba en la ciudad, se le llamaba para que administrara golpes en la palma con una palmeta. En privado, Octavio consideraba a Marcelo como el más agradable de los dos, porque tenía un temperamento tranquilo y una mente más clara que Antillo. Cellina, la hija menor de Octavia con Marcelo Menor, tenía ocho años, los cabellos rubios, los ojos azules y era muy bonita. Había un fuerte parecido entre ella y la pequeña Julia, que era una visitante habitual del cuarto de los niños, porque Octavia y Scribonia eran buenas amigas. Antonia, que tenía cinco años, tenía los cabellos rubios y los ojos verdes; no era ninguna belleza porque había heredado la nariz y la barbilla de Antonio. Su naturaleza se había vuelto orgullosa y distante, y consideraba su compromiso con el hijo de Ahenobarbo, Lucio, por debajo de su posición. A menudo se la escuchaba quejarse: «¿Es que no había alguien mejor?» La más joven de todas, Tonilla,

tenía los cabellos cobrizos y los ojos ámbar, aunque afortunadamente sus facciones eran de gens Julia más que de gens Antonia. En carácter, era decidida, inteligente y brava.

Julio y Cellina tenían más o menos la edad de Tiberio, mientras que Antonia y Druso cumplirían en poco tiempo seis años.

No importaban las intrigas y disputas que tenían lugar cuando aquella carnada estaba en presencia de Octavia, todos eran educados y alegres. Era evidente que a Druso le gustaba Tonilla mucho más de lo que le gustaba la siempre quejosa Antonia; procedió a tomarla bajo su protección y la hizo su esclava. Las cosas resultaron más difíciles para Tiberio, ya que resultó ser un chico tímido, inseguro de sí mismo e incapaz de conversar. La más bondadosa de las Marcela, Cellina, se hizo amiga de él inmediatamente, al intuir sus inseguridades, mientras que Julio, al descubrir que Tiberio no sabía nada de montar, batirse con una espada de madera o de la historia de las guerras de Roma, lo miraba con visible desprecio.

—¿Creéis que disfrutaréis con la visita a la tía Octavia? —preguntó Octavio mientras llevaba a los niños a casa por el foro, donde fue saludado desde todos los lados y detenido cada pocos pasos por alguien ansioso por obtener un favor o comunicar un rumor político.

Los chicos estaban aturdidos, no sólo por ser éste su primer viaje a la ciudad, sino por la comitiva de Octavio: doce lictores y una guardia germana.

A pesar de las diatribas y críticas contra Octavio que su padre había manifestado durante años, estaba claro en este primer paseo que Octavio — César, como debían aprender a llamarlo— era mucho más importante que Nerón.

Su pedagogo era un liberto, un sobrino de Burgundino llamado Cayo Julio Cimbrico. Como todos los descendientes de Burgundus, el amado de Divus Julius, era inmensamente alto y musculoso, un hombre rubio de rostro redondo con la nariz respingona y ojos azul claro. Ahora estaba con ellos, y les señalaba esto y aquello, cosas que él consideraba dignas de la atención de los chicos. Había mucho que aprender de él y nada que temer. No sólo les enseñaría en el aula, también les haría hacer ejercicios en su jardín y, con el tiempo, instruirlos en los ejercicios militares de forma tal que, cuando cada niño cumpliera los doce años, pudiesen ir al Campo de Marte con algo de experiencia en la disciplina militar.

—¿Creéis que disfrutaréis con la visita a la tía Octavia? —preguntó Octavio por segunda vez.

—Sí, César —respondió Tiberio.

—¡Oh, sí! —gritó Druso.

—¿Creéis que os gustará Cimbrico?

—Sí —respondieron a coro.

—No dejes que tu timidez te abrume, Tiberio. Tan pronto como te acostumbres a tu nueva vida desaparecerá. —Octavio le dirigió a su hijastro una sonrisa de conspirador—. Julio es un matón, pero en cuanto consigas poner un poco de músculo en tus largos huesos le darás una paliza.

Un pensamiento muy consolador; Tiberio miró a Octavio y ensayó su primera sonrisa.

—En cuanto a ti, jovencito —le dijo Octavio a Druso—, no veo señal alguna de timidez en tu comportamiento. Has hecho bien en preferir a Tonilla antes que a Antonia, pero espero que más tarde puedas tener cosas en común con Marcelo, aunque él sea un poco mayor que tú.

Livia Drusilia saludó a los chicos con un beso y los envió al aula con Cimbrico.

—¡César, he tenido una idea brillante! —gritó en cuanto se quedaron solos.

—¿Qué? —preguntó él con desconfianza.

—¡Una recompensa para Marco Agripa! Bueno, en realidad dos recompensas.

—Agripa no es de los que buscan recompensas, querida.

—Sí, sí, lo sé. Así y todo debería tener recompensa; lo mantendrá atado a ti los años que quedan.

—Él nunca necesitará estar ligado, porque el sentimiento no entiende de recompensas.

—¡Sí, sí, sí! Pero ¿no sería un gran matrimonio para él si se casara con Marcela?

—Tiene trece años, Livia Drusilia.

—Trece que van para treinta por lo que se ve. Dentro de cuatro años más cumplirá diecisiete, edad suficiente para el matrimonio. Cada vez son menos las famosas familias que siguen firmes la vieja costumbre de tener a las muchachas en casa hasta que cumplan los dieciocho.

—Desde luego lo consideraré.

—Después está la hija de Agripa, Vipsania. Sé que, cuando el viejo Ático muera, su fortuna será para Ática, pero he escuchado decir que, si Ática muere, su testamento estipula que todo debe ir a Agripa —explicó Livia

Drusilia entusiasmada—. Eso hace que sea una muchacha en extremo deseable, y dado que la herencia de Tiberio es tan pobre, creo que debería casarse con Vipsania.

—Él tiene ocho años, y ella todavía no tiene ni tres.

—Oh, por todos los dioses, César, deja de ser tan tozudo. Soy muy consciente de la edad que tienen, pero serán lo bastante mayores para casarse antes que tú puedas decir Alammelech.

—¿Alammelech? —preguntó él con dificultades para decirlo.

—Es un río de Filistea.

—Lo sé, pero no sabía que tú lo supieras.

—¡Oh, ve y lánzate al Tíber!

Mientras su vida doméstica se convertía cada vez más en una alegría para Octavio, su quehacer público y político no daba mucho fruto digno de recoger. Sí que lo consiguieron los rumores, las calumnias contra Marco Antonio, aunque los agentes de Octavio no consiguieron cambiar la convicción de los setecientos senadores de que Antonio era el hombre al que había que seguir. Creían de verdad que él no tardaría en regresar a Roma; es más, tenía que hacerlo, aunque sólo fuese para celebrar su triunfo por sus victorias en Armenia. Sus cartas desde Artaxata se vanagloriaban de un enorme botín, desde estatuas de oro de seis cúbitos de altura hasta cofres de monedas de oro partas y literalmente centenares de talentos de lapislázuli y cristal. Traía a la decimonovena legión con él, y ya había exigido a Octavio que le buscase tierras para retirarse.

Si la influencia de Antonio no se hubiese extendido más allá del Senado, quizá se podría superar, pero toda la Primera y la Segunda clase, muchos miles de hombres ocupados en todo tipo de actividades, juraban alianza a la brillantez, integridad e ingenio militar de Antonio. Para complicar las cosas, los tributos estaban llegando al tesoro a un ritmo cada vez mayor, los recaudadores de impuestos y los plutócratas de cualquier descripción zumbaban por las provincias de Asia y Bitinia como abejas alrededor de las flores en busca del néctar, y ahora parecía que habría un inmenso botín para añadir al tesoro. La estatua de oro sólido de Anaitis sería el regalo de Antonio al templo de Júpiter Óptimo Máximo, pero la mayoría de las otras obras de arte, junto con las joyas, serían vendidas. El general, sus legados y sus legiones recibirían las partes legales, pero el tesoro se haría con el resto. Aunque había pasado bastante tiempo desde que Antonio había estado en Roma más de unos pocos días —la última visita había tenido lugar hacía cinco años—, su popularidad seguía intacta entre las personas importantes.

¿A esas personas les interesaba Illyricum? No, no les importaba. No tenía ninguna promesa de actividades comerciales, y a las pocas personas que vivían en Roma y que tenían villas en Campania y Etruria les importaba un pimiento si Aquileia era arrasada hasta el suelo o Mediolanum demolida.

La única cosa positiva que Octavio había conseguido hacer era que el nombre de Cleopatra fuera conocido por toda Italia. De ella, todos creían lo peor, el problema era que no se podía hacerles comprender que ella controlaba a Antonio. De no haber sido tan bien conocida la enemistad entre Octavio y Antonio, el primero quizá podría haber conseguido su objetivo, pero todos aquellos que eran partidarios de Antonio simplemente desechaban las acusaciones de Octavio como una parte de aquella enemistad.

Para entonces, Cayo Cornelio Gallo llegó a Roma. Aunque era muy buen amigo de Octavio, ese empobrecido poeta con una vena guerrera había suplicado el perdón de Octavio y se había ido a servir como uno de los legados de Antonio en el preciso momento para perderse la retirada desde Fraaspa. Así que había haraganeado en Siria mientras Antonio bebía y también había utilizado su tiempo para componer hermosas odas líricas al estilo de Píndaro y escribirle de vez en cuando a Octavio. Sufriente por el hecho de que su bolsa no fuera más pesada, permaneció en Siria hasta que Antonio se libró de la resaca y marchó hacia Armenia. Su odio hacia Cleopatra era ardiente y obstinado; nadie disfrutó más que él cuando Cleopatra regresó a Egipto y dejó a Antonio librado a su suerte.

Tenía treinta y cuatro años cuando buscó una entrevista con su antiguo amigo, Octavio. Gallo era notablemente apuesto de una manera un tanto cruel que era más un accidente de fisonomía que un rasgo de carácter. Sus elegías de amor, Amores, ya lo habían hecho famoso, y era íntimo de Virgilio, con quien tenían mucho en común racialmente; ambos eran galos italianos. Por lo tanto, no era un Cornelio patricio.

—Espero que puedas prestarme algo de dinero, César —dijo mientras aceptaba la copa de vino que le ofrecía Octavio. Una sonrisa triste marcaba las comisuras de sus extraordinarios ojos grises—. No es que esté exactamente en la ruina —añadió—. Es que he gastado lo que tenía en comprar un pasaje rápido desde Alejandría hasta Roma a sabiendas de que el invierno produciría noticias de lo que ocurrió en Alejandría alcanzando Roma.

Octavio frunció el entrecejo.

—¿Alejandría? ¿Qué estabas haciendo allí?

—Intentaba cobrar el porcentaje que me correspondía del botín armenio a Antonio y a aquella monstruosa cerda, Cleopatra. —Se encogió de hombros—. No tuve éxito. Ni tampoco nadie más.

—La última noticia que tengo —manifestó Octavio, y se sentó en su silla — es que Antonio estaba ocupado en recorrer el sur de Siria, región que no entregó a Cleopatra.

—Mentira —señaló Gallo con una expresión agria—. Estoy seguro de que nadie en Roma sabe todavía que Antonio se llevó hasta el último sestercio del botín armenio a Alejandría, donde celebró un desfile triunfal para deleite de los ciudadanos de Alejandría, con su reina sentada muy alta en un estrado de oro en el cruce de las avenidas Real y Canópica. —Respiró, bebió en abundancia—. Después del triunfo dedicó todo a Serapis: su parte, la de los legados, la de las legiones y la del tesoro. Cleopatra se negó a pagar al ejército, aunque Antonio consiguió convencerla de que las tropas debían ser pagadas, y pronto. Los hombres como yo que éramos de baja condición ni siquiera fuimos invitados a los espectáculos públicos.

—¡Dioses! —dijo Octavio débilmente, sacudido hasta la médula—. ¿Ha tenido la temeridad de dar aquello que no es suyo?

—Oh, sí. Estoy seguro de que al final todo el ejército cobrará, pero no el tesoro. Me quedé en Alejandría después del triunfo, pero después de que Antonio hiciese aquello que Delio llamó las Donaciones sentí tanta nostalgia de Roma que tuve que venir, sin recompensa alguna.

—¿Donaciones?

—¡Oh, una maravillosa ceremonia en el nuevo gimnasio! Actuando con su autoridad como representante de Roma, Antonio proclamó públicamente a Ptolomeo César y gobernante del mundo. Cleopatra fue nombrada reina de reyes, y sus tres hijos con Antonio recibieron la mayor parte de África, el reino parto, Anatolia, Tracia, Grecia, Macedonia y todas las islas en el lado oriental del Mare Nostrum. Sorprendente, ¿verdad? Octavio se quedó boquiabierto, los ojos como platos.

—¡Increíble!

—Quizá, pero del todo real. ¡Es un hecho, César, un hecho!

—¿Antonio le ofreció a sus legados alguna explicación?

—Sí, una muy curiosa. Lo que Delio sabe está más allá de mí; él disfruta de una posición especial. Al resto de nosotros (todos, legados menores) se nos dijo que había prometido el botín a Cleopatra, que su honor estaba involucrado.

—¿Y el honor de Roma?

—No se encuentra por ninguna parte.

Durante el transcurso de la siguiente hora, Octavio escuchó todo el relato

de Cayo, en el meticuloso detalle de alguien que veía su mundo como hacía el poeta. El nivel de la garrafa de vino bajó, pero a Octavio no le importó eso ni la gran suma que le pagaría a Gallo por recibir esa información antes que cualquier otro en Roma. ¡Un fabuloso tesoro! El invierno, aquel año, había llegado antes y había durado mucho; no era de extrañar que hubiese pasado tanto tiempo. El triunfo y las Donaciones habían sido en diciembre, y ahora era abril. Sin embargo, advirtió Gallo, tenía razones para creer que Delio le había escrito a Poplicola con todas esas nuevas por lo menos dos meses atrás.

Finalmente, todo lo que quedaba por explicar era una última curiosidad.

Octavio se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en la mesa, la barbilla en las manos.

—¿Ptolomeo César fue proclamado por encima de su madre?

—Cesarión, lo llaman. Sí, lo fue.

—¿Porqué?

—¡Oh, la mujer lo mima! Si hablamos comparativamente, sus hijos con Antonio no importan. Todo es para Cesarión.

—¿Es él el hijo de mi divino padre, Gallo?

—Sin duda —afirmó Gallo—. La imagen de Divus Julius en todos los sentidos. No soy lo bastante viejo como para haber conocido a Divus Julius en su juventud, pero Cesarión tiene el aspecto que me imagino que debió de tener Divus Julius a su misma edad.

—¿Qué es?

—Trece. Tendrá catorce en julio.

Octavio se relajó.

—Entonces todavía es un niño.

—¡Oh, no, todo lo contrario! Ya está bien avanzado en la pubertad, César, tiene una voz profunda, el aire de un hombre crecido. Tengo entendido que su intelecto es tan profundo como precoz. Él y su madre tienen algunas espectaculares diferencias de opinión, según Delio.

—¡Ahí! —Octavio se levantó, le extendió el brazo a Gallo y le estrechó la mano firme y cálidamente—. Ni siquiera puedo empezar a agradecerte lo mucho que te debo por tu celo, así que dejaré algo más tangible que hable por mí. Ve al banco de Oppio el próximo nundinum y te encontrarás un bonito presente. Es más, ahora que soy el custodio de las propiedades de mi hijastro, te puedo ofrecer la casa de Nerón durante los próximos diez años a un precio ridículo.

—¿Qué hay del servicio en Illyricum? —preguntó el poeta guerrero, ansioso.

—Por supuesto. No tanto en forma de botín, sino por una muy buena pelea.

La puerta se cerró detrás de un Cayo Cornelio Gallo que flotaba varios centímetros por encima de los adoquines mientras se dirigía a la casa de Virgilio. Octavio se quedó en mitad de su sala de negociaciones, ocupado en clasificar la mina de información en una secuencia que le permitiese evaluarla correctamente. Que Antonio hubiese hecho algo tan estúpido le asombraba, siempre sería para él la parte más intrigante de todo el asunto, pues sospechaba que nunca sabría el porqué. ¿Una promesa? Eso no tenía sentido. Como nunca se había creído su propia propaganda, Octavio se encontró a sí mismo casi inseguro de lo que hacer. Casi. Quizá la arpía había drogado a Antonio, aunque hasta ese momento Octavio había sido escéptico en cuanto a las pócimas capaces de superar las exigencias más básicas de la existencia. ¿Qué era más básico para un romano que Roma? Antonio había vaciado el botín de Roma en la falda de Cleopatra, al parecer, sin siquiera considerar si ella podría ser convencida o no de que pagase a su ejército los porcentajes debidos del botín. ¿Se había puesto de rodillas para suplicar antes que ella consintiese pagar al menos a los soldados rasos? «¡Oh, Antonio, Antonio! ¿Cómo has podido? ¿Qué dirá mi hermana? ¡Qué insulto!»

Sin embargo, había una cosa más importante que todo el resto junto: Ptolomeo César. Cesarión. De alguna manera, Cleopatra había hecho bien al mimar a su hijo mayor. El hecho de que el muchacho fuese la imagen de su padre, incluso hasta en el temprano florecer y en la inteligencia, era una sorpresa. Catorce años de edad en unos meses, sólo a cinco años de la audacia de César, de la inteligencia de César. Nadie sabía mejor que Octavio lo que la sangre Julia podía hacer; él mismo había buscado el poder a los dieciocho, después de todo, ¡y lo había conseguido! Aquel muchacho tenía muchas otras ventajas; estaba habituado al poder, tenía la fuerza de voluntad suficiente para enfrentarse a su madre, sin duda, tan fluido en latín como lo era ella y, por lo tanto, capaz de engañar a Roma y de hacerle creer que era un verdadero romano.

Para el momento en que Octavio abrió la puerta del estudio y fue a buscar a Livia Drusilia, sus prioridades estaban clasificadas. Ella, como siempre, fue directamente al grano.

—¡Hagas lo que hagas, César, no puedes permitir que Italia o Roma pongan sus ojos en este chico! —exclamó, los puños apretados—. Él anuncia la ruina.

—Estoy de acuerdo, pero ¿cómo lo impido?

—De la manera que puedas. Lo primero y principal es mantener a Antonio en el este hasta que tu supremacía en Roma sea indiscutible. Porque si él viene, traerá a Cesarión con él. Es su jugada lógica. Si la madre es tan devota del chico, no pondrá objeciones a quedarse en Egipto. Su hijo es el Rey de Reyes. ¡Todos los senadores partidarios de Antonio así como el resto, se caerán de espaldas cuando vean la sangre de Divus Julius en su hijo! El hecho de que sea un mestizo y ni siquiera un ciudadano romano no los detendrá, tú lo sabes tan bien como yo. ¡Por lo tanto, debes mantener a Antonio en el este a cualquier precio!

—Bueno, el triunfo alejandrino y las Donaciones son un punto de partida. Soy muy afortunado de tener un testigo impecable en Cornelio Gallo.

—Pero ¿se quedará a tu lado? —Ella parecía preocupada—. Te abandonó por Antonio hace dos años atrás.

—Resultado de la ambición y la penuria. Ha vuelto escandalizado, y le he pagado bien. Él puede encargarse de la casa de Nerón, otro requisito. Yo creo que sabe dónde está el mejor pan.

—Convocarás al Senado, por supuesto.

—Por supuesto.

—¿Mandarás a Mecenas y a tus agentes a que le digan a toda Italia lo que ha hecho Antonio?

—Eso no hace falta decirlo. Mi molino de rumores molerá a la reina Cleopatra hasta hacerla polvo.

—¿Qué hay del muchacho? ¿Hay alguna manera de que podamos desacreditarlo?

—Oppio hace viajes a Alejandría. Que Cleopatra rehúsa verlo no es algo muy conocido. Le diré a Oppio que escriba un panfleto de Cesarión donde diga que no se parece en absoluto a mi divino padre.

—También que es, en realidad, hijo de un esclavo egipcio.

Octavio se rio.

—Quizá debería dejarte a ti que lo escribas.

—Lo haría de haber estado alguna vez en Alejandría. —Sujetó el brazo de Octavio con las dos manos y lo sacudió—. Oh, César, nunca hemos estado en mayor peligro.

—No preocupes a tu preciosa cabeza, amor mío. ¡Soy el hijo de Divus Julius! No habrá ningún otro.

Las noticias del triunfo y las Donaciones sacudieron Roma; muy pocos le

dieron crédito al principio, pero, poco a poco, otros como Cornelio Gallo regresaron en persona o escribieron cartas demoradas mucho tiempo por los mares invernales. Trescientos de los senadores de Antonio dejaron sus filas para sentarse como neutrales mientras las invectivas y las acusaciones cruzaban el suelo de la sala. También los senadores empresarios desertaron en masa. Pero no era suficiente.

De haber hecho Octavio a Antonio el blanco de su campaña podría haber conseguido una mayor victoria, pero era demasiado astuto. Era a la reina Cleopatra a quien lanzaba sus dardos, porque había visto el camino claro: si estallaba la guerra, como parecía inevitable, no sería una guerra contra Marco Antonio, sería una guerra contra Egipto, un enemigo extranjero. A menudo había añorado a alguien como Cleopatra para aplastar a Antonio sin parecer que Antonio fuese su verdadero objetivo. Ahora, al aceptar el botín de Roma y forzar a Antonio para que la coronase a ella y a sus hijos como gobernadores del mundo, Cleopatra aparecía como la enemiga de Roma.

—Pero no es suficiente —le dijo, desconsolado, a Agripa.

—Creo que éste es el primer deslizamiento de piedras en lo que acabará siendo un alud que derribará todo el este —lo consoló Agripa—. Ten paciencia, César. Lo conseguirás.

Gneo Domitio Ahenobarbo y Cayo Sosio llegaron a Roma en junio; ambos serían cónsules al año siguiente, algo parecido a un éxito para Antonio, ya que eran partidarios suyos. Aunque todos sabían que las elecciones estaban amañadas, ambos hombres causaron gran impresión con sus togas blanqueadas especialmente mientras caminaban para pedir votos.

La primera tarea de Ahenobarbo fue leer una carta de Marco Antonio al Senado que hizo con las puertas de la sala abiertas de par en par; era vital que el mayor número posible de visitantes del foro pudiesen escuchar lo que Antonio tenía que decir.

Teniendo en cuenta al autor, la carta era muy larga, cosa que llevó a Octavio (y a algunos a los que Antonio no les caía bien) a creer que su autor había tenido ayuda al redactarla. Naturalmente, tuvo que ser escuchada entera, cosa que significó un montón de ronquidos. Dado que él también había roncado en el pasado, Ahenobarbo era muy consciente de esa tendencia y sabía cómo tratarla. Había leído la carta muchas veces y señalado los pasajes que debían ser escuchados por los hombres bien despiertos. Por lo tanto, leía con voz monótona cuando el contenido carecía de importancia (una gran falta de aquella carta) o contenía términos tautológicos, mientras que en las partes importantes daba berridos que hacían sobresaltar y sacudir a los senadores, y continuaba así hasta el fin de esas partes, gritando con una voz famosa por su volumen. Luego volvía al tono monótono y todos podían disfrutar de una

bonita siesta. Tanto los partidarios de Antonio como los de Octavio estaban tan agradecidos por esa técnica, que Ahenobarbo se ganó un montón de amigos.

Octavio estaba sentado en su silla curul de marfil delante de la tarima de los magistrados curules e intentaba con todas sus fuerzas mantenerse despierto. No obstante, ya que todos los senadores dormían, él se sentía moralmente respaldado para poder dormir también. El edificio estaba poco ventilado, a menos que un fuerte viento soprase entre las aberturas del triforio, algo que aquel día no sucedió, ya que era principios de verano. Sin embargo, para él era más fácil mantenerse despierto; tenía mucho en que pensar, y el fondo de suaves ronquidos no era un impedimento. Para él, el principio de la que sería la famosa carta era la parte más interesante.

—El este —decía Antonio (¿o Cleopatra?)— es fundamentalmente ajeno al mos maiorum romano, por lo tanto, no puede ser comprendido por los romanos. Nuestra civilización es la más avanzada del mundo; elegimos libremente a los magistrados que nos gobiernan, y para asegurarnos de que ningún magistrado comience a creerse indispensable, su duración en el cargo está limitada a un año. Sólo en tiempos de grandes peligros internos acudimos a prolongar un gobierno más dictatorial, como es este momento, cuando tenemos tres (perdón, dos, senadores, dos) triunviros para supervisar las actividades de los cónsules, pretores, ediles y cuestores, si no los tribunos de la plebe.

»Vivimos bajo el imperio de la ley, cuyo proceso es formal e imparcial...

Sonaron unas risas en las gradas; Ahenobarbo esperó a que se acabasen los ruidos, y luego continuó como si no hubiese sido interrumpido.

—... y claro en sus penas. No mandamos a la cárcel por cualquier crimen. Los delitos menores son resueltos con una multa, los mayores, incluida hasta la traición, con la confiscación de la propiedad y el exilio a una distancia determinada de Roma. Ahenobarbo describió meticulosamente el sistema penal, las clases de ciudadano, las clases de gobierno romano en las ramas del ejecutivo y el legislativo, y el lugar de las mujeres en el orden romano de las cosas.

»Senadores, acabo de detallar el mos maiorum y, en efecto, la manera cómo un romano ve el mundo. Imaginaos entonces, si podéis, a un gobernador romano con imperium proconsular que se presenta en alguna provincia oriental como Cilicia, Siria o Pontus. Cree que su provincia piensa como los romanos, y cuando dispensa justicia o redacta edictos piensa en romano.

»Pero —rugió Ahenobarbo— Oriente no es romano, no piensa en romano. Por ejemplo, en ninguna parte sino en Roma los pobres son alimentados a

expensas del Estado. Los pobres del este son considerados como una molestia, y se les deja morir de hambre si no pueden permitirse comprar pan. Los hombres y las mujeres están encerrados en terribles mazmorras, algunas veces por ofensas que un romano consideraría dignas de una nimia multa. Aquéllos en la autoridad hacen lo que les place, porque las leyes son pocas, y cuando se presentan, a menudo resultan ser que se aplican de una manera diferente, según la posición económica o social del acusado...

—¡Lo mismo es en Roma! —gritó Mesalla Corvino—. Marco Caco de la Subura pagará un talento en multas por vestir como una mujer y buscar clientes delante de Venus Erucina, mientras Lucio Cornelio Patricio sale indemne en más de una ocasión.

El Senado se sacudió de la risa; Ahenobarbo esperó, incapaz de suprimir su propia risa.

—Las ejecuciones son comunes. Las mujeres no tienen ciudadanía ni dinero. No pueden heredar, y lo que ganan ha de ser puesto a nombre de un hombre. Se pueden divorciar de ellas, pero ellas no pueden divorciarse de sus maridos. Los cargos oficiales pueden ser ocupados por elección, pero más habitualmente son ocupados por sorteo, y lo más común es que sea por derecho de nacimiento. Los impuestos se aplican de manera diferente a Roma, cada lugar tiene su propio sistema de impuestos.

A Octavio se le cerraron los párpados; era obvio que Antonio (o Cleopatra) estaba dispuesto a embarcarse en los detalles. La amplitud de ronquidos aumentó, Ahenobarbo comenzó a hablar con voz monótona.

—¡Roma no puede gobernar directamente en Oriente! —vociferó Ahenobarbo—. ¡Se debe gobernar a través de clientes-reyes! ¿Qué es mejor, senadores? ¿Un gobernador romano que imponga la ley romana en personas que no la entienden, que dirige guerras que no benefician a las poblaciones locales y que engorda su propia bolsa, o un cliente-rey que aplica las leyes que su pueblo entiende y a quien no se le permite en absoluto ir a la guerra? Lo que Roma quiere del este son tributos, pura y llanamente. Una y otra vez ha sido demostrado más allá de cualquier duda que el tributo fluye mejor de un reino cliente que de un gobernador romano. Los clientes-reyes saben cómo exprimir a su gente, los clientes-reyes no provocan rebeliones.

De nuevo a la letanía; Octavio bostezó, los ojos llenos de lágrimas, y decidió hacer un poco de gimnasia mental sobre el tema de manchar la reputación de la reina Cleopatra. Estaba absorto en eso cuando Ahenobarbo comenzó a gritar.

—Intentar controlar el este con tropas romanas es idiota. ¡Se vuelven nativos, senadores! ¡Mirad lo que les pasó a las cuatro legiones de Gabiniani

que quedaron de guarnición en Alejandría al servicio de su rey Ptolomeo Auletes! Cuando el difunto Marco Calpurnio Bibulo los llamó de servicio a Siria, se negaron a obedecer. Sus dos hijos mayores protegidos sólo por lictores insistieron. ¡Con el resultado que Gabiniani los asesinó, los hijos de un gobernador romano superior! La reina Cleopatra se comportó de manera ejemplar al ejecutar a los cabecillas y enviar a las cuatro legiones de regreso a Siria...

—¡Vamos! —le interrumpió Mecenas despectivamente—. Cuatro legiones tienen un total de doscientos cuarenta centurias. Como Marco Antonio ya ha señalado, los centuriones son los oficiales de la legión. Divus Julius, se dice, lloró por la muerte de un centurión, pero no por la muerte de un legado. ¿Qué hizo Cleopatra? Las diez cabezas más incompetentes rodaron, pero los otros doscientos treinta centuriones nunca fueron enviados de regreso a Siria. ¡Los retuvo en Egipto para fortalecer su propio ejército!

—¡Eso es mentira! —gritó Poplicola—. ¡Retira lo dicho, marica perfumado!

—Orden —dijo Octavio con voz cansada.

Los senadores guardaron silencio.

—Hay algunos lugares lo bastante romanizados o helenizados para aceptar el gobierno directo de Roma, que pueden ser vigilados por tropas romanas. Son Macedonia, incluida Grecia, y la costera Tracia, Bitinia y la provincia de Asia. En ninguna otra parte. ¡En ninguna otra parte! Cilicia nunca funcionó como una provincia, ni tampoco Siria desde que la creó Pompeyo Magno. Pero no hemos intentado incorporar lugares como Capadocia y Galacia como provincias; ¡ni debemos hacerlo!

—Cuando Pontus estaba gobernado como parte de Bitinia, el gobierno era un chiste. ¿Cuántas veces durante su mandato un gobernador de Bitinia fue alguna vez a Pontus? ¡Una o dos veces, como mucho!

«Ya llegamos —pensó Octavio, y se irguió—. Estamos a punto de escuchar las excusas de Antonio por sus acciones.»

—No pediré disculpas por mis disposiciones en el este —dijo Ahenobarbo en nombre de Antonio—, porque son las disposiciones correctas. He dado algunas de las anteriores posesiones directas de Roma al gobierno de nuevos clientes-reyes y fortalecido la autoridad de los que siempre han reinado. Antes de dejar mi presente triunvirato completaré mi trabajo dando toda la Anatolia, excepto la provincia de Asia y Bitinia, a los clientes-reyes, y también toda el Asia Menor. Serán gobernadas por hombres capaces íntegros y extremadamente leales a Roma.

Ahenobarbo hizo una pausa para tomar aliento y después continuó.

—Egipto —dijo, y dejó que la palabra cayese en el profundo silencio— es más un apéndice de Roma que cualquier otro reino oriental. Con esto quiero decir que es un primo hermano de Roma, demasiado entrelazado con el destino de Roma para ser un peligro. Egipto no tiene un ejército, ni tiene intenciones de conquista. Los territorios que he cedido a Egipto en nombre de Roma están mejor gobernados por Egipto, porque todos ellos una vez pertenecieron a Egipto durante siglos. Mientras el rey Ptolomeo César y la reina Cleopatra están ocupados estableciendo gobiernos estables en estos lugares, no se pagará ningún tributo a Roma, pero los tributos volverán a pagarse en alguna fecha futura.

—Qué consuelo —dijo Messala Corvino.

«Ahora la perorata», pensó Octavio. Sería breve, algo digno de agradecer. Ahenobarbo leía bien, pero una carta nunca podía reemplazar un discurso dado en persona. Sobre todo, por alguien como Antonio, un muy buen orador.

—Todo lo que quiere Roma de Oriente —tronó Ahenobarbo— son el comercio y los tributos. Mis disposiciones fortalecerán ambos.

Se sentó en medio de vivas y aplausos, aunque los trescientos que habían desertado de Antonio después del triunfo alejandrino y las Donaciones no vitorearon ni aplaudieron. Antonio los había perdido para su causa con la última sección de aquella carta, que todos los verdaderos romanos consideraban una prueba del dominio que ejercía Cleopatra sobre él. No hacía falta mucha imaginación para deducir que lo que quedaba de Analolia y el territorio de Asia Menor acabarían en poder de aquel maravilloso apéndice, aquel primo hermano, Egipto.

Octavio se levantó, acomodó los pliegues de la toga sobre su hombro izquierdo con la mano izquierda y se movió hasta que encontró aquel rayo de sol que entraba por un pequeño agujero en el techo. Una vez encontrado le iluminó brillantemente el pelo y, mientras se movía, él también se movió. Lo que nadie sabía, excepto Agripa, era que él había mandado hacer el agujero.

—Qué asombroso documento —dijo una vez hechas las saluciones—. ¡Marco Antonio, aquella fabulosa autoridad en Oriente! Uno se siente tentado a decir que es un nativo del lugar. En naturaleza puede que lo sea, dado que es muy adicto a acostarse en divanes y de meterse uvas en la boca, tanto líquidas como sólidas, muy adicto a las bailarinas con pocas prendas y muy adicto a todas las cosas egipcias. Pero claro que puedo estar en un error, porque no soy una autoridad en el este. A ver, veamos... ¿cuántos años han pasado desde Filipos, después de cuya batalla Antonio se marchó al este? Nueve años, más o menos... En ese tiempo sólo ha hecho tres breves visitas a Italia, dos de ellas

incluyeron un viaje a Roma. Sólo una vez se quedó en Roma durante un tiempo. Aquello fue hace cinco años, después de Tarentum, como bien recordaréis, padres conscriptos. A su regreso al este después de aquello dejó a mi hermana, su esposa, en Corcira. Estaba a punto de dar a luz, pero fue gracias al bueno de Cayo Fonteio, que la trajo de regreso a casa.

Muy bien, nueve años desde luego convierten a Marco Antonio en un experto en el este, eso lo admito. Durante cinco años ha mantenido a su esposa romana en casa, mientras que mantiene a su otra esposa, la Reina de las Bestias, tan cercana a su lado que no puede pasar mucho tiempo sin ella. Esa mujer ocupa el lugar de honor entre los clientes-reyes de Antonio, porque al menos ha demostrado su fuerza, su decisión. No puedo decir lo mismo del resto de sus clientes-reyes. Una pandilla que da pena. Amintas el escribiente, Tarcondimoto el bribón, Herodes el salvaje, el yerno de Antonio, Pitodoro el baboso griego, Cleón el tunante, Polemón el sicofante, Arquelao Sisenos el hijo de su amante. ¡Oh, podría seguir y seguir!

—¡Vete y vete, Octavio! —gritó Poplicola.

—¡César! Soy César. Sí, una pandilla de pena. Es verdad que los tributos comienzan a llegar por fin de la provincia de Asia, Bitinia y la Siria romana, pero ¿dónde están los tributos de cualquiera de los clientes-reyes de la penosa pandilla? ¿Sobre todo de aquella joya resplandeciente, la Reina de las Bestias? Uno cree que su dinero está mejor gastado en comprar pócimas para alimentar a Antonio, porque no puedo imaginarme que un Antonio sano y cuerdo diese el botín de Roma como regalo a Egipto. Ni dar todo el mundo al hijo de la Reina de las Bestias, y un patético esclavo.

Nadie lo interrumpió; Octavio hizo una pausa, se colocó otra vez en el foco de luz y esperó pacientemente un comentario que no llegó. Entonces continuó para hablar de las legiones y ofrecer su propia solución al problema de «hacerse nativo»; trasladar las legiones de guarnición en guarnición de una provincia a otra.

—No pretendo convertir vuestro día en un suplicio, mis compañeros senadores, así que concluiré diciendo que si las legiones de Marco Antonio (¡sus legiones!) se han vuelto nativas, ¿cómo espera que yo encuentre para ellos tierras de retiro en Italia? Imagino que se sentirían más felices si Antonio les encuentra tierras en Siria, o Egipto, donde al parecer tiene la intención de asentarse permanentemente.

Por primera vez desde que había ingresado en el Senado, diez años atrás, Octavio se sintió aplaudido de corazón; incluso algunos de los cuatrocientos partidarios de Antonio lo aplaudieron, mientras que sus propios seguidores y los trescientos neutrales lo ovacionaron de pie. Nadie, ni siquiera Ahenobarbo, se había atrevido a pitar. Había cortado demasiado cerca del hueso para

permitírselo. Dejó el Senado del brazo de Cayo Fonteio, que se había convertido en cónsul sufecto en las calendas de mayo; él había abandonado su propio consulado di segundo día de enero, de la misma manera que Antonio lo había hecho el año anterior. Habría más cónsules sufectos, pero Fonteio continuaría en el cargo hasta final de año, todo un honor. El consulado se había convertido en un regalo del triunvirato.

Como si le hubiese leído la mente a Octavio, Fonteio exhaló un suspiro y dijo:

—Es una pena que hoy en día cada año haya tantos cánsales. ¿Te imaginas a Cicerón abdicando para que algún otro tuviese su turno?

—O Divus Julius —replicó Octavio con una sonrisa—. Estoy de acuerdo, a pesar de mi propia abdicación. Pero dejar que más hombres sean cónsules aparta las miradas de un triunvirato a largo plazo.

—Al menos no podrás ser acusado de ansias de poder.

—Mientras sea triunviro tengo el poder.

—¿Qué harás cuando se acabe el triunvirato?

—Que se acaba al final de este año. Haré algo que no creo que Antonio haga: dejaré de usar mi título y colocaré mi silla curul en el primer banco. Mi auctoritas y dignitas son tan intocables que no sufriré por la carencia de un título. —Miró a Fonteio con una expresión astuta—. ¿Adónde vas desde aquí?

—Subiré al Carinae para visitar a Octavia —respondió Fonteio con toda tranquilidad.

—Entonces, si no te molesta, iré contigo.

—Estaré encantado, César.

Su recorrido a través del foro se vio demorado por las habituales multitudes que rodeaban a Octavio, pero cuando les hizo un gesto a los veinticuatro lictores que tenía entre él y Fonteio para que se abriesen paso sin hacer caso de la muchedumbre, la guardia germana cerró filas delante y detrás, y la marcha avanzó a paso rápido.

Al pasar por delante de la residencia del rex sacrorum en la Velia, Cayo Fonteio habló de nuevo.

—¿César, crees que Antonio volverá alguna vez a Roma?

—Tú piensas en Octavia —dijo Octavio, muy consciente de lo que Fonteio sentía por ella.

—Sí, lo hago, pero más que en ella. ¿Es que él no ve que está perdiendo terreno cada vez más rápido? Sé de senadores que se han puesto físicamente

enfermos cuando se enteraron del triunfo alejandrino y de las Donaciones.

—Ya no es el viejo Antonio, eso es todo.

—¿Crees sinceramente lo que dijiste del poder que Cleopatra tiene sobre él?

—Confieso que comenzó como una maniobra política, pero es casi como si el deseo fuese padre del pensamiento. Su comportamiento es difícil de explicar en cualquier otra circunstancia que no sea por el dominio de Cleopatra (y por mucho que me esfuerzo no logro entender por qué ella tiene ese dominio). Aunque, por encima de todas las cosas, soy un pragmático, así que tiendo a descartar las estratagemas como las drogas, como algo imposible. —Sonrió—. Sin embargo, no soy una autoridad en el este, así que quizá tales pótimas existan.

—Comenzó en su último viaje, sino antes —señaló Fonteio—. Me abrió su corazón una noche de tormenta en Corcira; su soledad, su falta de piedad, su convicción de que había perdido su suerte. Incluso entonces creo que Cleopatra ya lo roía, pero no de una manera peligrosa. —Soltó una exclamación de desagrado—. ¡La reina de Egipto es una arpía! No me gusta. Pero claro que a ella tampoco le caí bien. Los romanos la llaman arpía, pero yo la veo más como una sirena; tiene la más bella de las voces, hechiza los sentidos, hace que uno crea todo lo que dice.

—Interesante —opinó Octavio, reflexivo—. ¿Sabías que han acuñado monedas con sus imágenes a ambos lados?

—¿Juntos?

—Sí, juntos.

—Entonces está absolutamente perdido.

—Eso creo. Pero ¿cómo convengo de ello a esos senadores con cerebro de mosquito? ¡Necesito pruebas, Fonteio, pruebas!

V

GUERRA

Del 32 al 30 a. J. C.

XXIII

Tus actos continuán sin ser ratificados —dijo Cleopatra, que leía la carta de Ahenobarbo en voz alta—. Comencé a machacar en el Senado en el

momento en que asumí el cargo de primer cónsul, pero Octavio tiene a un dócil tribuno de la plebe, Marco Nonio Balbo, de esa odiosa familia picentina, que no deja de vetar todo lo que intento hacer por ti. Después, cuando le entregué las fasces a Sosio en las calendas de febrero, presentó una moción de censura contra Octavio, al que acusó de impedir todas tus reformas en Oriente. Tres oportunidades para adivinar qué pasó: Nonio vetó la moción. —Ella dejó la carta, los ojos dorados fijos en Antonio con aquella feroz y fría llama de la leona a punto de atacar—. La única manera que tienes de recuperar tu posición en Roma es marchar contra Octavio.

—Si lo hago, seré el agresor en una guerra civil. Seré un traidor y me declararán hostis.

—¡Tonterías! Sila lo hizo. César también. Ambos acabaron gobernando Roma. Si lo miramos bien, ¿qué es un hostis? Un decreto que no tiene ningún poder real.

—Sila y César gobernaron ilegalmente como dictadores.

—¡Cómo se gobierna no tiene importancia, Antonio! —replicó Cleopatra.

—Yo abolí la dictadura —afirmó Antonio, empecinado.

—¡Entonces, cuando hayas derrotado a Octavio, vuelve a convertirla en legal! Sólo como una medida temporal, querido —dijo con un tono lisonjero—. Sin duda has de comprender, Antonio, que si no detienes a Octavio presentará una moción para que tus actos en Oriente sean anulados, y no habrá ningún valiente tribuno de la plebe que lo vete. —Soltó un bufido, los ojos refulgentes—. También pedirá que Egipto sea anexado como una provincia de Roma.

—¡No se atrevería! Ni yo permitiré que se anulen mis disposiciones —afirmó Antonio entre dientes.

—Tendrás que ir a Roma en persona para reforzar a quienes te respaldan; en estos días están flaqueando —señaló Cleopatra—. Si haces el viaje, será mejor que te llesves a un ejército contigo.

—Octavio cederá. No puede continuar con los vetos.

El tono de duda en la voz de Antonio avisó a Cleopatra de que comenzaba a ganar la discusión. Había abandonado su plan de convencer a Antonio para que invadiese Italia sin más; podía ver a Octavio como su enemigo, pero nunca, al parecer, a Roma. Alejandría y Egipto tenían un lugar en su corazón, pero junto a Roma, no en lugar de Roma. Bueno, que así fuese. No importaba el motivo siempre que Antonio decidiese moverse. Si no lo hacía, ella no sería nada, como Antonio le había dicho. Sus agentes en Roma le habían informado de que Octavio había instalado a todos sus veteranos en buenas tierras en Italia

y la Galia Cisalpina y que disfrutaba de la aprobación de la mayoría de los italianos. Pero todavía no podía dominar al Senado más allá de interponer un veto tribunicio; entre los cuatrocientos leales a Antonio y los trescientos neutrales, Antonio todavía tenía una ventaja sobre él. Pero ¿era suficiente esa ventaja?

—De acuerdo —dijo Antonio varios días más tarde, molesto más allá de lo soportable—. Moveré mis ejércitos y mis flotas más cerca de Italia. Éfeso. —Miró a Cleopatra de soslayo—. Eso, todo sea dicho, si tengo el dinero. Es tu guerra, faraón, así que tú pagas por ella.

—Pagaré con alegría siempre que compartamos el mando. Quiero asistir a todos los consejos de guerra, quiero dar mi opinión, quiero el mismo nivel que tú. Eso significa que mi opinión contará más que la de cualquier romano excepto la tuya.

Lo abrumó un profundo cansancio; ¿por qué siempre tenía que haber condiciones? ¿Es que nunca se vería libre de Cleopatra la dominatrix? Ella podía ser tan seductora, tan suave, tan buena compañía. Pero cada vez que creía que había ganado ese lado de ella, aparecía su cara más fea. Ansiaba el poder más que cualquier hombre que él hubiese conocido, de César a Cayo. ¡Y todo por el hijo de César! Dotado más allá de lo imaginable, intuía que todavía no iba detrás del poder. ¿Qué haría ella cuando Cesarión rechazase el destino esculpido por Cleopatra? Ella no sabía nada del chico, nada.

Tampoco sabía nada de los hombres romanos, porque sólo había conocido a dos a fondo. Ni César ni Antonio eran los típicos hombres romanos, como ella descubriría si insistía en compartir el mando. Su sentido de juego limpio le decía que ella debía tener el mando compartido, porque financiaba la empresa, pero ninguno de sus hombres le otorgaría tal privilegio. Abrió la boca con la intención de decir lo que pasaría inevitablemente; luego, la cerró sin pronunciar las palabras. Su rostro mostraba una expresión tan dura que delataba que no estaba dispuesta a escuchar ninguna réplica; en sus ojos se intuía una tormenta. Si él intentaba decirle lo que la experiencia demostraría, tendrían una pelea más de las muchas que acostumbraban a tener. ¿Había nacido alguna vez un hombre que pudiese enfrentarse con éxito a aquella mujer que tenía un poder ilimitado? Antonio lo dudaba. Quizá el difunto César, pero él la había conocido cuando ella era muy joven y había establecido un predominio que ella no sabía cómo destruir. Ahora, años más tarde, estaba hecha de piedra. Ella había visto a Antonio mucho peor en su nadir, empapado en vino hasta el punto del coma, y había interpretado aquel episodio como una demostración de debilidad en el fondo. Sí, él podía acobardarla al recordarle que ella no tenía ejército o marina para conseguir sus fines, pero al día siguiente Cleopatra volvería al ataque y de nuevo comenzaría a incordiarlo.

«Estoy atrapado —pensó—, enganchado en la telaraña que ha tejido, y no hay manera de librarme sin abandonar mi propia apuesta por el poder. Hasta cierto punto, ambos queremos la misma cosa: la destrucción de Octavio. Pero ella irá mucho más lejos, intentará destruir la propia Roma. No dejaré que haga eso; sin embargo, en este mismo momento no puedo oponerme a ella. Debo esperar mi oportunidad, aparentar que le doy todo lo que ella quiere, incluido el mando compartido.»

—De acuerdo —dijo con un tono que pareció decisivo.

«Que todo sea como Cleopatra quiere, por el momento. La experiencia le demostrará que en una tienda de mando de hombres romanos la rechazarán. Sin embargo, ¿podré yo rechazarla? Vivir con ella, dormir en la misma cama.» El tiempo le enseñaría cómo hacerlo.

—Tú quieres compartir el mando. Quieres ser igual que yo en los consejos de guerra —contuvo un sollozo—. Estoy de acuerdo —repitió.

Finalmente quemó sus naves. «Que todo sea como Cleopatra quiere.» Quizá entonces tendría paz.

Se sentó de inmediato para escribirle a Ahenobarbo, y utilizó su difunto título de triunviro; puso sus exigencias al Senado y al pueblo de Roma: autoridad absoluta en Oriente, que debía estar divorciada de la supervisión senatorial en todos los aspectos; el derecho a imponer tributos como considerase adecuado; el nombramiento de clientes-soberanos; el mando de cualquier legión que Roma pudiese enviar al este del río Drina; la ratificación de todas sus acciones, y la ratificación de las tierras y títulos que había otorgado al rey Ptolomeo César, a la reina Cleopatra, al rey Ptolomeo Alejandro Helios, a la reina Cleopatra Selene y al rey Ptolomeo Filadelfo.

He nombrado al rey Ptolomeo César rey de reyes y regente del mundo. Nadie puede desdecirme. Además, le recuerdo al Senado y al pueblo de Roma que el rey Ptolomeo César es el hijo legítimo de Divus Julius y su heredero por ley. Quiero que esto sea reconocido formalmente.

Cleopatra estaba entusiasmada; su cara más horrible desapareció al instante.

—¡Oh, mi queridísimo Antonio, temblarán de miedo!

—¡No, se cagarán encima, mi encantadora dama! Ahora dame mil besos.

Ella se los dio, ardiente, apasionada con la victoria. ¡Ahora comenzarían a pasar cosas! Antonio iba a la guerra; su carta al Senado era un ultimátum.

Dos documentos viajaron a toda velocidad a Roma: la carta y la última voluntad y testamento de Marco Antonio. Cayo Sosio dejó la voluntad con las vírgenes vestales, custodias de todos los testamentos de los ciudadanos

romanos; el testamento de un hombre era sagrado, no se podía abrir hasta después de su muerte, y las vestales habían guardado los testamentos de los hombres desde el tiempo de los reyes. Pero cuando Ahenobarbo rompió el sello de la carta de Antonio y la leyó, dejó caer el pergamino como si fuese un hierro al rojo. Pasó algún tiempo antes de que se lo pudiese entregar sin decir palabra a Sosio.

—¡Dioses! —susurró Sosio, que también la dejó caer—. ¿Está loco? ¡Ningún romano tiene autoridad para ser ni siquiera la mitad de eso! ¿Un bastardo de César rey de Roma? Eso es lo que quiere decir, Gneo, eso es lo que quiere decir. ¿Cleopatra gobernando en nombre de un bastardo? ¡Oh, debe de estar loco!

—Si no es eso, es que vive drogado. —Ahenobarbo tomó una decisión—. No la leeré, Cayo, no lo haré. La quemaré y en cambio daré un discurso. ¡Júpiter! ¡Cuánta munición le daría a Octavio! Haría que todo el Senado se pusiese de su parte sin tener que levantar ni un dedo.

—¿No crees que Antonio escribió esto para hacer precisamente eso? —señaló Sosio con voz titubeante—. Es una declaración de guerra.

—Roma no necesita una guerra civil —afirmó Ahenobarbo con voz cansada—, aunque sospecho que a Cleopatra le encantaría. ¿No lo ves? Antonio no escribió esto, lo hizo Cleopatra.

Sosio se sentó, tembloroso.

—¿Qué hacemos, Ahenobarbo?

—Lo que dije. Quemaremos la carta y daré el discurso de mi vida a aquellos patéticos viejos chochos del Senado. Nadie debe saber nunca el dominio total que Cleopatra tiene sobre Antonio.

—Defender a Antonio hasta el final, sí. Pero ¿cómo conseguimos librarlo de las manos de Cleopatra? Está demasiado lejos; ¡oh, el maldito Oriente! Es como perseguir un arco iris. Dos años atrás todo apuntaba como si volviese la prosperidad; los recaudadores de impuestos y los empresarios estaban entusiasmados. Pero en los últimos meses he notado un cambio —comentó Sosio—. Los clientes-reyes de Antonio están apartando el comercio de Roma y lo reemplazan con los suyos. Además, han pasado dieciocho meses sin que el tesoro haya recibido ningún tributo oriental.

—Cleopatra —afirmó Ahenobarbo con voz grave—. Es Cleopatra. Si no podemos apartar a Antonio de esa mujer, estamos perdidos.

—También él.

Para mediados de verano, Antonio había trasladado su enorme maquinaria de guerra desde Carana y Siria hasta Éfeso. La caballería, las legiones, los

equipos de asedio y la caravana de suministros avanzaron lentamente a través de la Anatolia central, y finalmente llegaron, a lo largo de los meandros del río Maeander, a Éfeso, donde los campamentos se instalaron alrededor de la bella y pequeña ciudad más allá de lo que alcanzaba a ver el ojo más agudo. La multitud de hombres, animales y aparatos se acomodaron lentamente mientras los mercaderes y agricultores locales hacían lo posible por obtener algún tipo de beneficio del desastre que significaban los campamentos militares. La tierra fértil donde había crecido el trigo y pastado las ovejas era convertida en polvo o barro improductivo, según el tiempo, mientras que los legados menores de Antonio, un grupo poco comprensivo, empeoraba las cosas al negarse a discutir los problemas con ningún representante local. Los robos y las violaciones aumentaron rápidamente; también los asesinatos y las palizas de venganza, la resistencia activa y pasiva a los invasores. Subieron los precios. La disentería se hizo endémica. Estas eran las razones por las que, en un tiempo no muy lejano, cualquier gobernador había hecho una fortuna con la amenaza de acampar a sus legiones en una ciudad a menos que ésta le pagase entre cien y mil talentos. Así las cosas, los horrorizados ciudadanos se habían apresurado a pagar.

Antonio y Cleopatra viajaron en el Filopátor, ahora anclado en la bahía de Éfeso para maravilla de todos. Allí, Antonio dejó a su esposa y su barco para embarcarse en una nave más pequeña para ir a Atenas, donde tenía asuntos pendientes, le dijo a Cleopatra. La reina descubrió que no podía retener a ese sobrio Antonio de la manera que lo había hecho en Alejandría; Éfeso era territorio romano, y allí, ella, no era reina, como tampoco lo habían sido sus antepasados. Por lo tanto, no había ninguna tradición de inclinarse ante Egipto. Cada vez que dejaba el palacio del gobernador para inspeccionar la ciudad o algunos de los campamentos, los hombres la miraban como si los hubiese ofendido. Tampoco podía castigarlos por su rudeza. Publio Canidio era un viejo amigo, pero el resto de los comandantes y sus legados, que abarrotaban Éfeso, la consideraban como un chiste o un insulto. ¡Nada de obsecuencia en la provincia de Asia!

Desde el día antes de zapar con el Filopátor estaba triste: Cesarión la había sometido a una inoportuna y desagradable escena. Se quedaba atrás para gobernar Egipto, una tarea que no deseaba, y no porque ansiase ir a la guerra con su madre y su padrastro; la razón de su ausencia era el problema de raíz.

—Mamá —le dijo a Cleopatra—, ¡esto es una locura! ¿No lo ves? ¡Estás desafiando al poder de Roma! Sé que Marco Antonio es un gran general y tiene un gran ejército, pero si todos sus recursos entran en juego, Roma no puede ser derrotada. Le llevó ciento cincuenta años aplastar Cartago, pero Cartago fue aplastada, ¡tanto, que nunca más se volvió a levantar! Roma es paciente, pero no le llevará ciento cincuenta años aplastar Egipto y el este de

Antonio. ¡Por favor, te lo ruego, no le ofrezcas a César Octavio la oportunidad de venir al este! Considerará la concentración de todas las fuerzas de Antonio en Éfeso, tan apartado de cualquier región con problemas, como una declaración de guerra. ¡Por favor, por favor, mamá, te lo ruego, no hagas esto!

—Tonterías, Cesarión —replicó ella sin inmutarse mientras iba de aquí para allá para supervisar la preparación de sus equipajes—. Antonio no puede ser derrotado en tierra o mar, me he asegurado de eso al darle un inmenso cofre de guerra. Si nos demoramos. Octavio ganará fuerzas.

Él estaba junto a un reciente busto de sí mismo que su madre le había encargado a Doroteo de Afrodísias, y se duplicaba inconscientemente en los ojos de su madre. Choerilo había pintado el busto y había reproducido a la perfección cada matiz de la piel y del pelo y delineado los ojos de una forma brillante. La escultura parecía tan viva que en cualquier momento se podía esperar que abriese los labios y hablase, pero la realidad era que, junto a ella, tan apasionada y vivaz, se reducía a la insignificancia.

—Mamá —perseveró—, Octavio ni siquiera ha comenzado a utilizar sus recursos. Por mucho que quiera a Marco Antonio, no es rival de Marco Agripa en tierra o mar. Octavio puede ocupar la tienda de mando, pero dejará la conducción de la guerra a Agripa. ¡Te lo advierto, Agripa es el eje de todo! ¡Es formidable! Roma no ha producido otro igual desde mi padre.

—¡Oh, Cesarión! Te preocupas tanto que ya no te haré ningún caso. —Cleopatra hizo una pausa, con una de las túnicas favoritas de Antonio en sus manos—. ¿Quién es este Marco Agripa? Un don nadie. ¿Un rival de Antonio? Definitivamente, no.

—Entonces, al menos tendrías que quedarte aquí en Alejandría —le suplicó el chico.

Ella lo miró, asombrada.

—¿En qué estás pensando? Yo pago por esta campaña, y eso significa que soy socia de Antonio en la empresa. ¿Crees que soy una novicia en el arte de la guerra?

—Sí, lo creo. Tu única experiencia fue cuando estabas en el monte Casio a la espera de Achillas y su ejército. Fue mi padre quien te libró de aquel embrollo, no tu inexistente capacidad militar. Si acompañas a Marco Antonio, sus colegas romanos creerán que está sometido a tu control, y te odiarán. Los romanos no están acostumbrados a tener extranjeros en su tienda de mando. No soy un tonto, mamá. Sé lo que dicen en Roma de ti y de Antonio.

—¿Qué dicen de nosotros en Roma?

—Que eres una hechicera, que has hechizado a Antonio, que él es tu

juguete, un títere. Que tú lo empujas a enfrentarse al Senado y al pueblo. Que si no fuese tu marido, nada de lo que ha ocurrido hubiese pasado —manifestó Cesarión valientemente—. Te llaman la Reina de las Bestias, y te consideran la responsable de todo esto, no a Antonio.

—Has llegado demasiado lejos —le advirtió Cleopatra con un tono peligroso.

—No, no lo bastante lejos si no he conseguido convencerte de esto. Sobre todo para que no participes personalmente. Mi muy querida mamá, actúas como si Roma fuese el rey Mitrídates el Grande. Roma no tiene (ni nunca tendrá) una mente oriental. Roma es Occidente. Solo busca el control de Oriente para su propia supervivencia.

Ella lo había observado con mucha atención, su mirada de un lado a otro mientras intentaba decidir cuál era su mejor jugada. Cuando la encontró, dijo con voz suave:

—Cesarión, aún no has cumplido los quince. Sí, admito que eres un hombre. Así y todo, un hombre muy joven y sin experiencia. Gobierna Egipto sabiamente y te daré nuevos poderes cuando Antonio y yo regresemos con los laureles de la victoria.

Él abandonó la discusión y la miró con los ojos llenos de lágrimas; sacudió la cabeza y salió de la habitación.

—Niño tonto —les dijo Cleopatra cariñosamente a Iras y a Charmian.

—Un niño hermoso —dijo Charmian, que soltó un suspiro.

—Ni es un chico ni es tonto —afirmó Iras con un tono grave—. ¿No te das cuenta, Cleopatra, de que es profético? Tendrías que tomar buena nota de lo que dice, no descartarlo.

Así que ella se marchó en el Filopátor con las palabras de Iras resonando todavía en sus oídos; eran ésas, y no lo que Cesarión había dicho, lo que provocaba su desdicha, un malhumor que la actitud de los colegas de Antonio en Éfeso hacía que aumentara, pero, autócrata como era, sólo servía para hacerla más altiva, más ruda, más insoportable.

Antonio no tenía la culpa de que su barco recalase en Samos; tuvo una vía de agua que no podía esperar llegar a Atenas para ser reparada, y Samos era la isla más cercana.

La Liga de Actores Dionisiacos tenía su sede central en Samos; mientras esperaba, Antonio se dijo que podía haber novedades entre los magos, bailarines, acróbatas, monstruos, músicos y otros que holgazaneaban en sus encantadoras casas hasta que algún festival los llamaba. De momento no había ninguna, le informó Calímaco, el presidente de la Liga, después de mostrarle

un maravilloso truco que transformaba escarabajos en resplandecientes mariposas.

—Sin embargo, hemos decidido organizar una fiesta esta noche en tu honor. ¿Asistirás?

—¡Por supuesto!

Resistirse al deseo de beber vino no era nada comparado con su compulsión a buscar alegría en compañía de una variedad de artistas. El único problema era, como muy pronto descubrió, que la sobriedad disminuía severamente su disfrute; bebió una taza de vino y procedió a emborracharse.

Lo que sucedió durante los días que siguieron a esa decisión no lo recordaba; era verdad que el vino afectaba a su memoria más y más a medida que envejecía. Sólo su secretario, Lucilio, lo obligó a volver al terrible mundo de la sobriedad; y eso, con una única y sencilla frase:

—La reina acabará por enterarse —dijo Lucilio.

—¡Oh, Júpiter! —gimió Antonio—. Cacat!

Se enteró de que la vía de agua había sido reparada hacía un nundinae, cuando Lucilio y sus sirvientes lo subieron casi en andas a bordo, tembloroso y tambaleante. ¿De verdad había bebido tanto? ¿Es que ahora lo destruía más rápidamente? Bajo los efectos de la resaca fue consciente de un nuevo terror que finalmente los años de disipación se estaban haciendo sentir. Se habían acabado los días de levantar yunques. Había cumplido los cincuenta y uno y sus bíceps, cuando los flexionaba, se notaban un poco flojos, no saltaban. ¡Cincuenta y uno! Una venerable edad para un cónsul. Octavio sólo tenía treinta, y no cumpliría los treinta y uno hasta finales de septiembre. Peor aún, todos los mejores generales de Octavio eran jóvenes, mientras que los suyos eran como él, envejecían. Canidio tenía más de sesenta, ¿oh, dónde se había ido el tiempo? Se sintió enfermo, y tuvo que correr a la borda para vomitar.

Su mayordomo le trajo agua para beber y le limpió los labios y la barbilla.

—¿Te está afectando algo, domine?

—Sí —replicó Antonio, tembloroso—. La vejez.

Pero para el momento en que su barco amarró en El Píreo, Antonio había recuperado algo del bienestar físico del año anterior, a pesar de que su humor era desagradable.

—¿Dónde está mi esposa, Octavia? —le preguntó al mayordomo en el palacio del gobernador.

El hombre pareció no entenderlo; no, asombrado.

—Han pasado algunos años desde que la dama Octavia residía aquí, Marco Antonio.

—¿A qué te refieres con algunos años? ¡Se supone que estaba aquí, junto con los veinte mil soldados de su hermano!

—Sólo puedo repetir, domine, que no está. Tampoco hay aquí soldados acampados en ningún lugar cerca de Atenas. Si el señor Octavio envió soldados, han tenido que marchar a Macedonia o, por tierra, a la provincia de Asia.

Comenzaba a recuperar la memoria; sí, habían pasado cinco años desde que Octavia había venido con cinco cohortes de tropas, no cuatro legiones. Y él le había ordenado que le enviase los regalos militares de Octavio a Antioquía y que ella regresase a casa. ¡Cinco años! ¿Había pasado tanto tiempo? No, quizá habían sido sólo cuatro, o tres. ¿Oh, qué más daba?

—He estado lejos de Roma demasiado tiempo —le dijo a Lucilio mientras se sentaba detrás de su mesa.

—La última vez fue en Tarentum, hace seis años —le recordó Lucilio desde su propia mesa.

—Entonces han pasado cuatro años desde que Octavia vino a Atenas.

—Sí.

—Escribe una carta, Lucilio... a Octavia, de Marco Antonio. Por la presente me divorcio de ti. Abandona mi casa de Roma y deja de ocupar cualquiera de mis otras casas en Italia. No te devuelvo la dote y declino continuar manteniéndote a ti o a cualquiera de mis hijos romanos. Acepta esto como definitivo y final.

Con la mirada firme en la hoja de papel, Lucilio escribió. «¡Oh, mi querida dama! Con este acto se ha perdido cualquier esperanza de salvación para Antonio...» Levantó la cabeza y le puso la hoja delante a Antonio. Uno de sus grandes talentos era la escritura. Era tan buena que no necesitaba ser copiada por un escriba profesional.

Antonio la leyó rápidamente y después la plegó.

—Cera, Lucilio.

El rojo era el color habitual para los documentos formales. Lucilio acercó la barra a la llama de una lámpara con tanta habilidad que no se descoloró con el humo, la retorció para apartarla en el momento en que un trozo del tamaño de un denario quedó pegado al pliegue exterior. Antonio apretó su anillo de sello en él con fuerza. Hércules rodeado por IMP. M. ANT. TRI.

—Envíala en el próximo barco a Roma —ordenó Antonio—, y búscame

un barco que vaya a Éfeso. Mis asuntos en Atenas han acabado. —Sonrió agriamente—. Nunca existieron.

No había un momento exacto que pudiese señalar como la rotura de sus lazos con Roma, decidió Antonio mientras zarpaba de El Pireo; sólo que databa del momento en que había jurado entregarse a sí mismo y su botín a Cleopatra y Alejandría. Su amor por Octavia y las cosas romanas no había prosperado, mientras que su amor por Cleopatra lo englobaba todo. Por eso no sabía realmente cuándo se empezó a fraguar su desapego por la causa romana, excepto que ella estaba en lo más profundo de su ser, que no podía negarle nada incluso cuando sus exigencias eran escandalosas. En parte se debía a sus lapsus de memoria, sí, pero no podían ser responsables de todo. Quizá la gran reina se había instalado completamente en su corazón porque ella al menos le encontraba algún mérito; al menos lo creía poderoso y digno de tratar. Roma pertenecía a Octavio, entonces ¿por qué no renunciar a Roma totalmente? A eso se reducía todo, cuando todo estaba dicho y hecho. Si quería ser el Primer Hombre de Roma, tendría que derrotar a Octavio en el campo de batalla. Cleopatra lo había visto con claridad, siempre lo había hecho. Su peligrosa juerga en Samos y su terrible secuela de enfermedad y nuevas pérdidas de memoria le habían enseñado que había dejado atrás sus mejores años, aunque sabía que no había sido más que una juerga. Una juerga irresistible, cuando la verdadera razón para navegar de Éfeso a Atenas había sido para escapar de su amor, de sus votos a Cleopatra.

Así que, había pensado, al llegar a Atenas más o menos curado, ¿por qué no romper los lazos con Roma? Todos, desde Cleopatra hasta Octavio, lo querían, lo esperaban, no querían menos de él. Ahora debía regresar a Éfeso si no quería que Cleopatra crease nuevos problemas.

Pero antes de que pudiese llegar a Éfeso, la presencia de Cleopatra estaba teniendo severas repercusiones. Primero, Saturnino y Arruntio partieron para Roma, alegando que preferían servir a un hombre al que odiaban antes que a una mujer; ¡al menos Octavio era romano! Luego los siguió Atratino, junto con un grupo de legados menores que estaban furiosos por la manera en que Cleopatra recorría sus campamentos y encontraba faltas, incluso había pronunciado severas palabras sobre un equipo mal atendido o unos centuriones mayores que no se ponían en posición de firmes cuando ella les hablaba.

Cuando Atratino llegó a Roma, Ahenobarbo y Sosio escucharon sus quejas con desconsuelo.

Las cosas tampoco iban bien en Roma. El tesoro estaba casi vacío, debido al coste de encontrar buenas tierras para tantos miles de veteranos. Todos los millones de sestercios que habían dado las cámaras de Sexto Pompeyo se habían gastado, por increíble que pareciese. La tierra había subido de precio, y

muy pocos legionarios aceptaban retirarse a lugares extranjeros como Hispania, la Galia y África. Ellos también eran romanos, ligados a la tierra italiana. Sí, los retirados estaban felices, pero a un enorme coste para la nación.

Sin embargo, no se podía negar que Octavio estaba ganando, poco a poco, ascendencia en el Senado y entre los plutócratas y caballeros empresarios; las oportunidades en el Oriente de Antonio disminuían, y aquellos hombres y empresas que habían prosperado dos años atrás, ahora se desintegraban. Polemón, Arquelao Sisenos, Amintas y las dinastías menores nombradas por Antonio habían ganado la suficiente confianza para legislar y hacer imposible que el comercio romano floreciese. Y todo, como se sabía, impulsado por Cleopatra, la araña en el centro de la red.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Sosio a Ahenobarbo después de que se hubo marchado el furioso Atratino.

—Lo he estado pensando desde la carta de Antonio, Cayo, y creo que sólo nos queda una cosa por hacer.

—¡Bueno, dilo! —le pidió Sosio con ansia.

—Debemos reforzar la romanidad del gobierno de Antonio en Oriente, ése es el primer diente de este tenedor de dos dientes —dijo Ahenobarbo—. El segundo es conseguir que Octavio parezca ilegítimo.

—¿Ilegítimo? ¿Cómo diablos puedes hacer eso?

—Trasladando el gobierno de Roma a Éfeso. Tú y yo somos los cónsules de este año. La mayoría de los pretores también son de Antonio. Dudo que consigamos sacar a alguno de los tribunos de la plebe de sus bancos, pero si la mitad del Senado nos acompaña, tendremos un gobierno en el exilio que nadie discutirá. ¡Sí, Sosio, dejaremos Roma por Éfeso! De esta manera, al hacer a Éfeso el centro del gobierno, conseguiremos introducir quinientos romanos de confianza en el círculo de Antonio. Más que suficientes para forzar a Cleopatra a que regrese a Egipto, donde pertenece.

—Eso fue lo que Pompeyo Magno hizo después que César, oh, perdón, Divus Julius cruzó el Rubicón para entrar en Italia. Se llevó a los cónsules, a los pretores y a cuatrocientos senadores a Grecia. —Sosio frunció el entrecejo—. Pero en aquellos días el Senado era más pequeño, y no contaba con tantos novi homines. Hoy, el Senado cuenta con mil, y dos tercios son hombres nuevos. La mayoría de ellos, hombres de Octavio. Si queremos parecer un gobierno en el exilio tendremos que convencer por lo menos a quinientos senadores para que vengan con nosotros, y no creo que lo consigamos.

—Ni yo tampoco. Espero que nos sigan los cuatrocientos partidarios

acérrimos. No es una mayoría, pero sí lo bastante impresionante para convencer a gran parte del pueblo de que Octavio está actuando ilegalmente si intenta formar un gobierno que nos reemplace —explicó Ahenobarbo con una expresión relamida.

—En cuanto hagas eso, Gneo, darás comienzo a la guerra civil.

—Lo sé. Pero la guerra civil es inevitable de todas maneras. ¿Por qué sino Antonio ha llevado todo su ejército y su marina a Éfeso? ¿Crees que Octavio no ha interpretado el movimiento correctamente? Detesto al hombre, pero soy muy consciente de su brillantez. Una retorcida contraparte de la mente de César vive dentro de la cabeza de Octavio, créeme.

—¿Cómo sabes que está en la cabeza?

—¿Qué? —preguntó Ahenobarbo, desconcertado.

—La mente.

—Cualquiera que haya estado alguna vez en un campo de batalla lo sabe, Sosio. Pregúntale a cualquier cirujano militar. La mente está dentro de la cabeza, en el cerebro. —Ahenobarbo gesticuló, exasperado—. ¡Sosio, no estamos discutiendo de anatomía y de la ubicación del animus! ¡Estamos discutiendo la mejor manera de ayudar a Antonio a salir del pantano egipcio y volver a Roma!

—Sí, sí, por supuesto. Perdóname. Será mejor que nos demos prisa. Si no lo hacemos, Octavio nos impedirá abandonar Italia.

Pero Octavio no lo hizo. Sus agentes le informaron de la súbita actividad de algunos senadores: retiros de fondos bancarios, ocultamiento de bienes para impedir que fuesen embargados, desmontar casas, movimiento de esposa, hijos, pedagogos, tutores, amas de cría, mayordomos, sirvientes, peluqueros, maquilladores, modistas, guardaespaldas y cocineros. Sin embargo, no hizo ningún movimiento, ni siquiera lo mencionó en el Senado o en la rostra del foro romano. Había dejado Roma a principios de la primavera, pero ahora estaba de regreso, alerta como un perro perdiguero y, sin embargo, inactivo.

Así pues, Ahenobarbo, Sosio, diez pretores y trescientos miembros del Senado marcharon a toda prisa por la Vía Apia a Tarentum a caballo o en carros y dejaron a sus subordinados que viajasen en literas junto con centenares de carretas tiradas por bueyes cargadas con sirvientes, muebles, telas, comidas y mil cosas más. Finalmente, todo zarpó desde Tarentum, que era el puerto más cercano para los viajes que iban a Atenas rodeando el cabo Taenarum o para Patrae, en el golfo de Corinto.

¡Sólo trescientos senadores! Ahenobarbo se sentía desilusionado por no haber conseguido convencer a una cuarta parte de los leales antonianos, y

mucho menos a ninguno de los neutrales, pero el número era lo bastante respetable, estaba seguro, para hacer imposible que Octavio formase un gobierno que actuase sin grandes fricciones. Un juicio formado en gran parte por un hombre en cierta manera exclusivo, ya que Ahenobarbo pertenecía al Palatino, con una visión elitista de Roma.

Antonio se mostró encantado de verlos, y se apresuró a montar un Antisenado en el Ayuntamiento de Éfeso. Los ricos comerciantes se indignaron cuando fueron expulsados de sus mansiones; afortunadamente, Éfeso era un gran centro comercial y le dio a Antonio el número necesario de residencias para acomodar a aquella enorme avalancha de hombres importantes y sus familias. Los plutócratas fueron reubicados en Esmirna, Mileto y Priene, cosa que llevó a la desaparición de la navegación comercial de la bahía, otra bendición; ahora podían anclar allí más galeras de guerra. Qué podría pasarle a la ciudad cuando se marchase todo este conjunto de romanos, no le preocupaba en lo más mínimo a Antonio y a sus camaradas, una pena; Éfeso tardaría años en recuperar la prosperidad.

Cleopatra no estaba en absoluto complacida con la llegada de Ahenobarbo y el gobierno en el exilio, que rehusaba firmemente permitirle asistir al Antisenado. Lo que la llevó a soltarle una imprudente declaración a Ahenobarbo:

—¡Lamentarás esto cuando esté sentada para juzgar en el Capitolio!

—¡Tú no me juzgarás, señora! —replicó él—. Si tú te sientas a juzgar en el Capitolio, yo estaré muerto y todos los buenos romanos conmigo. Te lo advierto, Cleopatra, más te vale quitarte estas ideas de la cabeza porque nunca ocurrirán.

—¡No te atrevas a dirigirte a mí por mi nombre! —dijo ella con un tono helado—. ¡Te dirigirás a mí como su majestad y te inclinarás!

—Y una mierda, Cleopatra.

Ella se fue a ver directamente a Antonio, que había regresado de Atenas con un malhumor que ella atribuyó al resultado de sus juergas en Samos, como había dicho Lucilio.

—¡Quiero asistir al Senado y quiero que el insolente de Ahenobarbo sea castigado! —gritó, con los puños apretados contra los muslos y los labios como si fueran una fina cinta roja.

—Querida, no puedes asistir al Senado; está consagrado a Quirino, el dios de los hombres romanos. Tampoco estoy en posición de disciplinar a hombres tan augustos como Gneo Domitio Ahenobarbo. Roma no está regida por un rey, es una democracia. Ahenobarbo es mi igual, como lo son todos los

hombres romanos, y no importa lo pobre o lo poco distinguidos que sean. A los ojos de la ley, los hombres romanos son iguales. Primus inter pares, Cleopatra; todo lo que puedo hacer es ser el primero entre mis iguales.

—Entonces, eso debe cambiar.

—Eso no puede cambiar. Nunca. ¿De verdad le dijiste que te sentarías a juzgar en el Capitolio? —preguntó Antonio con expresión ceñuda.

—Sí. Una vez que haya derrotado a Octavio y Roma sea nuestra me sentaré allí como delegada de Cesarión hasta que cumpla la edad necesaria.

—Ni siquiera Cesarión podrá hacer eso. No es romano, ésa es una razón. La otra es que ningún hombre o mujer vivo habita en el Capitolio. Es un lugar consagrado a nuestros dioses romanos.

Ella golpeó el suelo con el pie.

—¡Oh, no te entiendo! En un momento nombras a mi hijo Rey de Reyes y al siguiente mantienes una conversación con unos pocos romanos y vuelves a ser romano de nuevo. ¡Decídetelo! ¿Voy a continuar financiando la apuesta de mi hijo por el mundo o debo hacer el equipaje y regresar a Alejandría? ¡Eres un tonto, Antonio! ¡Un enorme torpe e indeciso idiota!

En respuesta, Antonio le dio la espalda; era hora de demostrarle que, una vez que derrotase a Octavio, Roma continuaría siendo como siempre había sido; una república sin rey. Mientras tanto, ella continuaba pagando las cuentas. Eso no la hacía propietaria de un ejército romano, pero sí la hacía propietaria de aquella campaña. Oh, podría obligarla a regresar a Egipto. Eso era lo que todos los legados furiosos le decían que hiciese. Más y más con el paso de los días. Pero si la enviaba a casa, se llevaría su cofre de guerra con ella, los veinte mil talentos de oro. Algunos, como Atratino, le habían dicho con todas las palabras que podía matar a la cerda, confiscar su cofre de guerra y anexar Egipto al Imperio. Consciente de que sería incapaz de hacer nada de eso, soportaba las diatribas de Cleopatra en silencio y les recordaba a sus legados quién pagaba. Pero algunos, como Atratino, habían acabado prefiriendo el gobierno de Octavio al de Cleopatra.

—¿Cómo puedo enviarla a su casa? —le preguntó a Canidio, uno de los dos partidarios romanos de Cleopatra.

—No puedes, Antonio, lo sé.

—Entonces, ¿por qué tantos otros me exigen que lo haga?

—Porque ellos no están acostumbrados a que las mujeres manden, y han sido incapaces de meterse en sus cabezotas que es ella quien paga a los músicos.

—¿Alguna vez considerarán metérselo en sus cabezotas?

Canidio se rio ante lo que era una pregunta realmente divertida.

—No, no lo harán. Afirmarlo sería una sofisticación, una actitud helenística, todas las cualidades que no poseen.

El otro partidario era Lucio Munatio Planeo, a quien ella había comprado con un generoso soborno. Aquella inversión también le había hecho ganar a Marco Titio, su sobrino, aunque litio, más abierto que Planeo, no conseguía ocultar su desagrado y desprecio por la empleadora de su tío. Lo que Cleopatra no comprendía de Planeo era su infalible habilidad para escoger el bando ganador en cualquier choque entre potenciales primeros hombres romanos. Como el abuelo del presente Lucio Marcio Filipo, era un tergiversador innato, no veía nada malo en cambiar de bando cada vez que se lo decía el instinto.

Como le dijo a Titio, al final de un mes en Éfeso:

—Comienzo a ver que Antonio continúa sin hacer nada cuando se trata de enfrentarse a aquella mujer. Creo que es una tontería eso de que lo droga o incluso lo hechiza como hace un marso con una serpiente. Son sus deficiencias lo que lo ligan a ella; es un marido calzonazos, y conocemos a muchos de éstos. Preferiría raptar a Cerbero de las puertas del Hades que enfrentarse a ella, ya sea por una minucia o un tremendo ultimátum. Cuando yo creía estar enamorado de Fulvia, vi cómo era; ella podía obligarme a hacer cualquier cosa, y, como Cleopatra, intentó ocupar la tienda de mando. Su única recompensa fue que Antonio se divorció de ella por su temeridad, pero ¿Cleopatra? Ella es su mamá, su amante, su mejor amigo y su cocomandante.

—Quizá ahí está el centro del problema —dijo Titio, pensativo—. Toda Roma ha conocido a Antonio durante veinte años como una fuerza de la naturaleza. Se levantaba diez veces por noche cada noche, dejó un rastro de corazones rotos, bastardos y maridos cornudos en su estela, partió cabezas como si fuesen melones, condujo cuadrigas tiradas por leones; es una leyenda que iba camino de convertirse rápidamente en un mito. Marcó una diferencia en el Senado, sirvió con valor en Farsalia y ganó con brillantez en Fílipos. ¡Fue adulado! Ahora, todos nosotros que lo amamos estamos descubriendo que nuestro ídolo tiene los pies de barro; Cleopatra lo domina. Un golpe aplastante.

—El ineludible poder de Némesis... está pagando por una vida legendaria. Bien, Titio, miraremos y esperaremos. Todavía tengo amigos en Roma, ellos me mantendrán informado de cómo Octavio se enfrenta a esta inminente crisis. En el momento que las balanzas se inclinen a favor de Octavio nos largamos.

—Quizá debemos largarnos ahora.

—No, creo que no —dijo Planeo.

Gran parte de la arrogancia y la rudeza aparente de Cleopatra surgía de una inseguridad tan nueva como alarmante; la cultura de la que venía y las circunstancias de su vida, hasta aquel momento nunca la habían imbuido de ninguna conciencia como mujer —desde luego una, que era reina—: que era inferior a un hombre. Nunca se le ocurrió que, al entrar en el mundo de los hombres romanos, ni su posición ni su incalculable riqueza podrían hacer que la viesan como una igual. Su error básico fue creer que era su condición de extranjera lo que provocaba su antipatía; nunca consideró que era su sexo lo intolerable. Por lo tanto, cuando imitaba el comportamiento de sus enemigos romanos dentro del círculo de Antonio, lo hacía para parecer más romana, menos extranjera. Ataviada con un casco emplumado, una coraza sobre una camisa de cota de malla y una espada corta en un tahalí enjovado, marchaba por el cuartel general y maldecía como cualquier legado, con la impresión de que ellos, cuando la miraban con odio, lo hacían porque no había conseguido ser lo bastante romana. Cuando recorría los campamentos antes del regreso de Antonio desde Atenas vestida con su armadura y soltando sus maldiciones, los legionarios se reían de ella con descaro, los centuriones intentaban contener las carcajadas, los tribunos militares la miraban de arriba abajo como si fuese un monstruo, los legados menores la insultaban y no le hacían el menor caso. En una ocasión le ordenó a un comandante de la legión que azotase a su primipilus centurión por insubordinación; el hombre se negó en redondo, sin asustarse en absoluto.

—Vete a jugar con las muñecas, no con soldados de juguete —le replicó.

Él le había dado la respuesta, pero ella no la vio. No era su condición de extranjera, sino el hecho de que sus labios femeninos escupiesen obscenidades y un cuerpo femenino vistiese prendas militares. Las mujeres no interferían en las cosas de los hombres, no en persona y debajo de las narices de los hombres.

Cuando Antonio regresó de Atenas, ella exigió retribución, pero él declinó actuar, y prefirió decirle que se mantuviese apartada de los campamentos si no quería quedar como una tonta; nunca se le ocurrió que ella no comprendía la causa de la enemistad romana. Si ella no lo obedeció del todo, se aseguró de que en el futuro los únicos campos que visitara perteneciesen a los aliados no romanos de Antonio. ¡Ah, ellos sabían cómo tratarla! Licomedes, el hijo de Polemón (Polemón había marchado de regreso a Pontus para proteger el Lejano Oriente contra los medos y los partos), Amintas de Galacia, Arquelaos Sisenos de Capadocia, Deiotaro Filadelfo de Paflagonia y el resto de clientes-reyes que habían venido a Éfeso la respetaban.

Ella había advertido que Herodes de Judea no había aparecido, ni tampoco

enviado a un ejército; una vez que sus quejas por el tratamiento habían sido rechazadas sumariamente al regreso de Antonio, ella dirigió su atención a la ausencia de Herodes, cosa que lo preocupó lo suficiente como para escribirle una carta al rey de los judíos. La respuesta de Herodes fue rápida y llena de floridas y obsequiosas frases que, quitados los adornos y resumida, decía que los asuntos en Jerusalén impedían su presencia, lo mismo que el envío del ejército. Estaba a un paso de la rebelión abierta, así que, mil perdones, pero... era verdad, aunque no la verdadera razón para la delincuencia de Herodes. El instinto de supervivencia de Herodes estaba tan afilado como el de Planeo, y le decía que Antonio quizá no ganaría aquella guerra. Para mejorar sus posibilidades, le había enviado una bonita carta a Octavio en Roma, junto con un regalo para el templo de Júpiter Óptimo Máximo: una esfinge de marfil esculpida por el propio Fidias. Había pertenecido a Cayo Verres, que la había robado de su provincia de Sicilia y que se la había dado como pago a Hortensio por defender a Verres, sin éxito, de las muchas acusaciones de extorsión. De Hortensio había ido a parar a uno de los Perquitieno por mil talentos; en la bancarrota, aquel Perquitieno la vendió por cien talentos a un mercader fenicio, cuya viuda, una ignorante en temas artísticos, se la vendió a Herodes por diez talentos. Su valor real, calculaba Herodes, estaba entre los cuatro y los seis mil talentos, y se había enterado de que Antonio estaba regalando obras de arte a Cleopatra por centenares. La reina Alejandra sabía que él la tenía, y si se lo decía a Cleopatra, no seguiría siendo suya mucho tiempo. Como odiaba a su vecina egipcia con toda su fuerza, decidió que el mejor lugar para ella era Roma; en un lugar público de gran santidad. Para arrebatársela de Júpiter Óptimo Máximo, Cleopatra tendría que sentarse efectivamente en el Capitolio. Representaba una inversión para el futuro de su reino y de él mismo. Pero si Antonio ganaba... ¡Maldito pensamiento, ligado como estaba a Cleopatra! Sin saber que repetía los sentimientos de Atratino, Herodes decidió que la única manera que tenía Antonio de salir de sus actuales problemas era matar a Cleopatra y anexar Egipto al Imperio.

Mientras el ejército y las flotas comenzaban a moverse desde Éfeso hasta Grecia al final del verano, Antonio encontró el mejor regalo de todos para dárselo a Cleopatra, y así apartar de su mente las constantes peleas en la tienda de mando: envió una orden a Pergamum para que los doscientos mil pergaminos de su biblioteca fuesen embalados y enviados a Alejandría.

—Una pequeña recompensa por la quema de tus libros por parte de César —dijo—. Muchos de ellos son duplicados, pero hay algunos volúmenes únicos en Pergamum.

—¡Tonto! —dijo ella cariñosamente y le alborotó los cabellos—. Fue un almacén de libros en el muelle lo que ardió, no la biblioteca de Alejandría. Ésa está en el museo.

—Entonces los enviaré de vuelta a Pergamum.

Ella se sentó, muy erguida.

—Desde luego que no. Si se quedan en Pergamum, algún gobernador romano los confiscará para Roma.

XXIV

He escuchado un rumor peculiar —le dijo Mecenas a Octavio cuando éste regresó a Roma en abril.

A sabiendas de que Ahenobarbo y Sosio eran ardientes seguidores de Antonio y también de que estaban decididos a quedarse en el cargo durante el año entero, Octavio había considerado prudente abandonar Roma después del Año Nuevo y permanecer alejado hasta ver si la dura pareja podía manipular al Senado. Hasta aquel momento no lo habían conseguido, y los instintos exquisitamente afinados de Octavio le dijeron que no lo conseguirían. Roma era segura para él, continuaría siendo segura para él.

—¿Rumor? —preguntó.

—Ahenobarbo y Sosio han sido suspendidos por su amo en Alejandría. Antonio le ordenó a Ahenobarbo que leyese una carta de traición al Senado, pero no se atrevió.

—¿Tienes la carta?

—No. Ahenobarbo la quemó y en cambio dio un discurso. Luego, cuando Sosio sostuvo las fasces en febrero, habló. Una pobre oratoria.

—¿Pobre? ¡El adjetivo que escuché fue feroz!

—No pudo conseguir su objetivo de hacer cambiar al Senado. Había estalactitas en los aleros de la Curia Hostilia y, sin embargo, Sosio sudaba. De hecho, nuestros dos cónsules estaban tan inquietos como mulas que huelen humo en el establo.

—¿Tranquilos e inquietos?

—Sí. Para mantener la metáfora de la mula: al intentar conducir las, ellas se empañan. Tranquilas. Pero no podían quedarse quietas. Inquietas. Atribuyo el comportamiento de nuestros cónsules a otro rumor: que intentan escapar al exilio y llevarse al Senado con ellos.

—Dejándome a mí para gobernar Roma e Italia sin autoridad legal, una repetición de la conducta de Pompeyo Magno después de que Divus Julius cruzó el Rubicón. No es muy original. —Octavio se encogió de hombros—. Pues esta vez no funcionará. Tendré quórum en el Senado, y podré nombrar cónsules sufectos. ¿Cuántos senadores crees que nuestra bonita pareja

conseguirá convencer para que vayan con ellos?

—No más de trescientos, aunque la mayoría de los pretores sí que irán; éste es el año de gobierno de Antonio.

—Así que aún quedarán cien empecinados partidarios de Antonio en Roma para que me claven puñales en la espalda.

—Se hubiesen marchado todos, y también un montón de neutrales con ellos, de no haber sido por Cleopatra. Le tienes que agradecer a esa dama el tener quórum. Mientras permanezca en la vecindad de Antonio como un mal olor, César, siempre tendrás a los empecinados seguidores de Antonio rondando tu espalda con las dagas en la mano, porque no lo harán alrededor de Cleopatra.

—¿Es verdad que Antonio está llevando sus legiones y las flotas a Éfeso?

—Oh, sí. Cleopatra insistió. Está con él.

—Eso significa que por fin ha abierto la bolsa. ¡Qué feliz debe de estar Antonio! —Los párpados de largas pestañas cayeron sobre los ojos de Octavio—. Pero ¡qué locura! ¿Está de verdad contemplando iniciar una guerra civil o es esto un complot para obligarme a llevar a mis legiones al este del Drina?

—Sinceramente no creo que importe mucho lo que piense Antonio. Es Cleopatra la que busca la guerra.

—Ella es una extranjera. Podría barrer a Antonio, sería una guerra extranjera contra un extranjero dispuesto a invadir Italia y saquear Roma. Sobre todo, si las fuerzas de Antonio se marchan de Éfeso para ir al oeste, hacia Grecia o Macedonia.

—Es preferible una guerra extranjera. Sin embargo, es un ejército romano el que se va a Éfeso, y un ejército romano posiblemente el que se encamine a Grecia. Cleopatra no tiene tropas propias, sólo flotas, y no están en mayoría. Sesenta enormes quinquerremes y sesenta trirremes y birremes mezclados de las quinientas naves de guerra.

—¡Necesito saber lo que decía la carta de Antonio, Mecenas! ¡Incordia a Ahenobarbo! ¿Por qué ha tenido que ser cónsul este año? Es inteligente. Un hombre estúpido podría haber leído la carta a pesar de su contenido traicionero.

—Sosio tampoco es estúpido, César.

—Entonces es mejor que estén lejos de Roma e Italia. Eso significa que nos harán menos daño en Éfeso.

—¿Significa que no te opondrás a que dejen el país?

—En absoluto. Mientras estén aquí, me harán la vida más dura. ¿Lo único que me preocupa es dónde voy a encontrar el dinero para librar una guerra? ¿Quién condonará otra guerra civil?

—Nadie —dijo Mecenas.

—Así es. Todos la verán como una lucha por la supremacía entre dos romanos, mientras nosotros sabemos que es una lucha contra la Reina de las Bestias. Pero ¡eso no lo podemos probar! Cualquier cosa que digamos de Antonio sonará como una excusa para librar una guerra civil. ¡Mi reputación está de por medio! ¡Me han citado muchísimas veces diciendo que nunca iría a la guerra contra Antonio! Ahora quedaría como un hipócrita.

Agripa habló; hasta ahora había escuchado.

—Sé que una guerra civil no será condonada, César, y estoy contigo. Pero espero que comprendas que debes empezar a prepararte para una. Al paso que van las cosas en Oriente comenzará el año que viene. Eso significa que no podrás desmovilizar a las legiones illíricas. También tendrás que comenzar a reunir a las flotas.

—Pero ¿cómo pago a las legiones? ¿Cómo construyo más galeras de guerra? He gastado todo el contenido del tesoro para dar buena tierra a cien mil veteranos —exclamó Octavio.

—Pídele a los plutócratas. Ya lo has hecho antes —replicó Agripa.

—¿Para hundir de nuevo Roma en una tremenda deuda? Casi la mitad del botín de Sexto Pompeyo nunca llegó al tesoro; fue para pagar los préstamos con intereses. No puedo hacer eso de nuevo, no puedo. Les da a los caballeros demasiado poder sobre el Estado.

—Entonces pon impuestos —señaló Mecenas.

—No me atrevo. No, al menos, lo que tendré que tasar.

—¿Ya has calculado la cantidad? —preguntó Mecenas.

—Por supuesto que sí. Una de las cosas que ha conseguido Antonio de mí es la de convertirme en contable más que en general. Para mantener a treinta legiones bajo las águilas y conseguir un total de cuatrocientos barcos tendría que imponerle impuestos a cada ciudadano romano desde el más rico hasta el más pobre por una cantidad igual a la cuarta parte de sus ingresos anuales —dijo Octavio.

Agripa lo miró boquiabierto.

—¿El veinticinco por ciento?

—Eso es la cuarta parte.

—Habrá sangre en las calles —dijo Mecenas.

—Cobra impuestos también a las mujeres —propuso Agripa—. Ática tiene unos ingresos de doscientos talentos al año. Una vez que el cáncer se lleve a Ático (y falta mucho para eso), ella obtendrá quinientos talentos. Como yo soy su principal heredero, su dinero será para ti.

—¡Oh, vamos Agripa! ¿No recuerdas lo que hicieron las mujeres cuando los triunviros intentaron cobrarles impuestos hace once años? Hortensia todavía vive. Ella dirigiría otra revuelta. ¿Te agradaría darles a las mujeres el voto? Porque tendríamos que hacerlo.

—No veo la diferencia que hay entre ser gobernados por Cleopatra o por las propias mujeres de Roma —afirmó Agripa—. Tienes razón, César. Tendrá que ser sólo a los hombres.

En aquellas circunstancias, con una impresionante mayoría en el Senado, Octavio propuso que Lucio Cornelio Cinna y un primo de Messala Corvino, Marco Valerio Messala, fuesen nombrados nuevos cónsules. Más que nombrar nuevos pretores, cerró todo tipo de actividad senatorial. Era cierto que, de ninguna manera los setecientos senadores restantes eran sus criaturas, pero Octavio se comportaba como si lo fuesen, y anunció que él mismo sería primer cónsul al año siguiente, con Messala Corvino como su segundo. Si la guerra iba a estallar al año siguiente, Octavio necesitaba toda la autoridad que pudiese reunir.

—Soy consciente de que democracia es una palabra hueca mientras que Cleopatra y su sirviente Marco Antonio amenacen Roma —le dijo Octavio al Senado—, pero doy mi juramento, senadores, de que tan pronto como desaparezca esta amenaza desde Oriente devolveré el gobierno al Senado y al pueblo de Roma. Porque Roma está primero, muy por delante de los meros hombres, no importan sus nombres o puntos de vista políticos. ¡Gobierno en este momento porque alguien tiene que hacerlo! Aunque mi triunvirato ha terminado, han pasado algunos años desde que el Senado y el pueblo tuvieron alguna experiencia en el gobierno, mientras que yo nunca he estado fuera de él en estos once años.

Tomó aliento mientras miraba las gradas a un lado y a otro de la tarima curul, donde había vuelto a colocar su silla de marfil.

—Lo que deseo enfatizar esta mañana es que no culpo a Marco Antonio por la presente situación. Culpo a Cleopatra. ¡A ella y sólo a ella! Es ella la que marcha continuamente hacia Occidente, no Antonio, que es su juguete, su marioneta. La danza que baila es egipcia. ¿Qué he hecho yo o Roma para merecer la amenaza de un ejército, una flota? Roma y yo nos hemos ocupado de nuestras tareas sin siquiera amenazar a Antonio en Oriente. Entonces, ¿por

qué amenaza a Occidente? La respuesta es: ¡él no lo hace! ¡Lo hace Cleopatra!

Y continuó así un rato. Octavio no dijo nada nuevo, y al no decir nada nuevo fracasó en su intento de llevarse a cien de los neutrales además del centenar de seguidores de Antonio que quedaban. Tampoco, cuando anunció que impondría un impuesto del treinta y cinco por ciento del ingreso de todos los hombres romanos, pudo convencer al Senado, que estalló en furia que se desparramó por las calles y produjo sangrientas algaradas encabezadas personalmente por los empresarios caballeros. Al no tener otra alternativa, Octavio procedió a proscribir a los trescientos cuatro miembros del Antisenado de Antonio en Éfeso. La subasta y la venta de sus propiedades italianas le dio los fondos suficientes para pagar a las legiones illíricas.

Agripa, mucho más rico después de que Ático acabase con su enfermedad terminal arrojándose sobre la espada que nunca había utilizado en vida, insistió en encargar doscientos barcos.

—Pero no los torpes quinquerrems —le dijo a Octavio—. Voy a utilizar liburnas, únicamente liburnas. Son pequeñas, maniobrables, rápidas y baratas. Naulochus me enseñó lo buenas que son.

Octavio, que era un hombre pequeño, no estaba convencido del todo por este argumento.

—¿El tamaño no importa? —preguntó.

—No —respondió Agripa con voz seca.

A mediados de verano se apreció una ligera reversión en el tráfico hacia Oriente de los senadores cuando algunos regresaron a Roma cargados con historias de «aquella mujer» y su perniciosa influencia sobre Antonio; hicieron más bien a la causa de Octavio que cualquiera de su propia oratoria. Sin embargo, ninguno de esos refugiados podía ofrecer una prueba irrefutable de que la guerra venidera era idea de Cleopatra. Todos oídos debieron admitir, cuando se les presionó, que Antonio aún ocupaba la tienda de mando por delante de la reina. Realmente parecía como si Antonio estuviese decidido a la guerra civil.

Entonces llegó la sensacional noticia de que Antonio se había divorciado de su esposa romana. Octavia envió de inmediato a llamar a su hermano.

—Se ha divorciado de mí —dijo, y le entregó la carta—. Debo abandonar su casa y llevarme a los niños conmigo.

En sus ojos no había lágrimas, pero tenían la expresión de un animal moribundo; la mano de Octavio fue hacia ella.

—¡Oh, querida!

—He pasado los dos años más felices de mi vida. Mi único problema ahora es que no tengo bastante dinero para acomodar a mi familia en alguna otra parte, a menos que nos metamos todos en casa de Marcelo.

—Vendrás a mi casa —dijo él—. Es lo bastante grande como para darte toda un ala a ti y a los chicos. Además, a Tiberio y a Druso les complacerá tener compañeros de juego viviendo bajo el mismo techo. Necesitaremos una persona más maternal que Livia Drusilia para supervisar a todos nuestros niños. Creo que le pediré a Escribonia que me dé a Julia, y la instalaré a ella también en casa.

—¡Ah! Si voy a tener a Julia además de Tiberio y Druso, necesitaré otro par de manos maternas: las de Escribonia.

Octavio la miró con desconfianza.

—Dudo que Livia Drusilia lo apruebe.

Octavia pensó que Livia Drusilia aprobaría cualquier medida que significase que ella no fuera molestada por una legión de niños.

—¡Pregúntaselo César, por favor!

Livia Drusilia comprendió el punto de vista de Octavia al instante.

—¡Una idea excelente! —dijo, con la sonrisa de la esfinge—. Octavia no puede asumir la carga sola, pero no sirve de nada mirarme a mí. Me temo que la mía no es una naturaleza maternal. —Ella se mostró delicadamente deferente—. ¿A menos, claro está, que no desees poner los ojos en Escribonia?

—¿Yo? —pareció asombrado—. Edepol!, ¿a mí qué me importa? Después de Clodia, me gustaba mucho. Luego se volvió una arpía, no sé por qué. Tal vez la edad. Pero la veo cada vez que visito a Julia, y nos llevamos muy bien últimamente.

Livia Drusilia se rio.

—La domus Livia Drusilia se convertirá en un harén. Qué maravillosamente oriental. Cleopatra lo aprobaría. —Su marido se lanzó sobre ella, le mordió el cuello juguetonamente y después se olvidó de Escribonia, de Octavia, de los niños y los harenes.

La mosca en la miel llegó de una fuente diferente: Cayo Escribonio Curio, que tenía dieciocho años, anunció que no cambiaría de casa; marcharía a Oriente para unirse a Marco Antonio.

—¿Oh, Curio, debes hacerlo? —preguntó Octavia, desconsolada—. Afligirá muchísimo a tu tío César.

—¡César no es mi tío! —replicó el joven con desdén—. Pertenezco al

campo de Antonio.

—Pero ¿si tú te vas, cómo podré convencer a Antillo para que no lo haga?

—Muy fácil, todavía no es un hombre.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —le comentó Octavia a Cayo Fonteio, que se había ofrecido voluntario para ayudarla en el traslado.

—¿Cuándo cumple Antillo los dieciséis?

—Nació el año que murió Divus Julius.

—Entonces sólo tiene trece.

—Sí. Pero ¡oh, es tan salvaje e impulsivo! Se escapará.

—Con trece lo atraparán. En cuanto al joven Curio, es otro tema muy diferente. Es mayor de edad y dueño de su propia fortuna.

—¿Cómo puedo decírselo a César?

—No tendrás que hacerlo. Lo haré yo —dijo Fonteio, que hubiese hecho cualquier cosa para evitarle dolor a su Octavia.

Su divorcio la había hecho libre —en teoría—, pero Fonteio era demasiado prudente como para hablar de su propio amor. Mientras no dijese nada, su lugar en su vida estaba seguro; en el momento en que él manifestase lo que sentía, ella lo despediría. Mejor entonces esperar el momento en que se curase su mal. Incluso si el tiempo tenía ese poder. Él no lo sabía.

La defección de Saturnino, Arruntio y Atratino, entre otros, no hicieron grandes huellas en el grupo de seguidores de Antonio, pero cuando desertaron Planeo y Titio dejaron una visible brecha.

—Es el campamento de guerra de Pompeyo Magno de nuevo —le comentó Planeo a Octavio cuando llegó a Roma—. Yo no estaba con Magno, pero dicen que todos tenían una opinión diferente, y Magno no podía controlarlo. Por lo tanto, cuando ocurrió, Farsalo se vio incapaz de aplicar las tácticas fabianas que los favorecían. Labieno fue el general, y perdió. Nadie podía derrotar a Divus Julius, aunque Labieno creyó que podría. ¡Oh, las reyertas y las discusiones! Nada comparable con lo que está pasando en el campo de guerra de Antonio, créeme, César. «Aquella mujer» insiste en hablar, en airear sus opiniones como si tuviesen más peso que las de Antonio, y no le importa en absoluto desautorizarlo delante de sus legados, de sus senadores e incluso de sus centuriones. ¡Él lo acepta todo! La mima, corre detrás de ella, que se tiende en su diván en el locus consularis, ¡por favor! ¡Cómo la odia Ahenobarbo! Se pelean como un par de gatos salvajes, se escupen, se gruñen y, sin embargo, Antonio no la pone en su lugar. Un día, durante la cena, ella tuvo un calambre en el pie, ¿y te puedes creer que Antonio se puso de rodillas

ante ella para hacerle un masaje? Podías escuchar a una polilla posarse en un cojín, de silencioso e inmóvil que estaba el comedor. ¡Luego, él volvió a su lugar como si nada hubiese pasado! Creo que aquel episodio fue el que hizo que Titio y yo decidiésemos que había llegado la hora de partir.

—He escuchado tantas clases de extraños rumores en Roma, Planeo, tantos que no sé qué creer —manifestó Octavio, que se preguntaba cuál sería el precio de Planeo.

—Cree lo peor de ellos y acertarás.

—Entonces, ¿cómo puedo convencer a estos burros de Roma que es la guerra de Cleopatra y no la de Antonio?

—¿Quieres decir que aún creen que Antonio está al mando?

—Sí. Sencillamente no pueden aceptar la idea de que un extranjero es capaz de dominar al gran Marco Antonio.

—Tampoco podía yo, hasta que lo vi por mí mismo. —Planeo se rio—. Quizá tendrías que organizar viajes a Samos (que es donde están ahora, camino de Atenas) para los incrédulos. Una vez visto, nunca olvidado.

—La levedad, Planeo, no te sienta bien.

—Entonces seriamente, César. Quizá podría ofrecerte mejor munición, pero hay un precio.

—¡Querido Planeo! Siempre al grano, nada de dar vueltas. Dime tu precio.

—Un consulado sufecto el año próximo para Titio.

—No es muy popular en Roma porque ejecutó a Sexto.

—Sí, él hizo el acto, pero la orden vino de Antonio.

—Desde luego puedo darle el trabajo, pero no puedo protegerlo de sus detractores.

—Puede pagarse guardaespaldas. Entonces, ¿trato hecho?

—Sí. Ahora, ¿qué puedes ofrecerme a cambio?

—Cuando Antonio estaba en Antioquía, todavía en sus últimas etapas de su recuperación de la bebida, redactó su testamento. Si continúa siendo el último, no lo sé, pero Titio y yo fuimos testigos, y creo que se lo llevó a Alejandría con él cuando marchó; Sosio, de todas maneras, lo llevó a Roma.

Octavio frunció el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver el testamento de Antonio?

—Todo —respondió Planeo.

—No es una respuesta adecuada. Explícate.

—Estaba de buen humor cuando fuimos testigos, e hizo unos cuantos comentarios que nos hizo creer a Titio y a mí que era un documento muy sospechoso. Una traición, de hecho, si un documento no visto hasta después de la muerte de su autor puede ser considerado traicionero. Antonio, claramente, no cree que exista la traición póstuma, de ahí sus descuidados comentarios.

—Sé más específico, Planeo, por favor.

—No puedo. Antonio fue demasiado oscuro. Pero Titio y yo creemos que sería de mucho provecho para ti echarle una ojeada al testamento de Antonio.

—¿Cómo puedo hacer eso? El testamento de un hombre es sacrosanto.

—Ése es tu problema, César.

—¿No puedes decirme nada de su contenido? ¿Cuáles fueron exactamente los comentarios que hizo?

Ya de pie, Planeo se acomodó los pliegues de la toga, aparentemente absorto.

—Realmente tendríamos que diseñar una prenda más adecuada que la toga para sentarse. Cuánto amaba Alejandría y a aquella mujer... Sí, las togas son un incordio... Cómo su hijo podía tener sus derechos... Vaya, tiene una mancha.

Y se marchó, todavía arreglándose.

Entonces, no era algo tan traicionero. Excepto que Planeo parecía creer sinceramente que el testamento de Antonio lo ayudaría. Dado que el consulado sufecto para Titio estaba a muchos meses vista, Planeo, sin duda, sabía que si mostraba un falso cebo ante la nariz de Octavio, Titio nunca se sentaría en la tarima curul. Pero ¿cómo tener acceso al testamento de Antonio? ¿Cómo?

—Recuerdo que Divus Julius me dijo que las vestales tenían más de dos millones de testamentos; arriba, abajo, parte en el sótano —le comentó a Livia Drusilia, la única a la cual le podía confiar tan incendiarias noticias—. Tienen un sistema. En un lugar, los testamentos de las provincias y los países extranjeros; los testamentos italianos en otro, y los romanos en alguna otra parte. Pero Divus Julius no elaboró el sistema, y en su momento yo no sabía lo importante que podía ser el tema, así que no le insistí para que me lo explicase. ¡Estúpido, estúpido! —Se golpeó la rodilla con el puño.

—No te preocupes, César, conseguirás tus fines. —Los grandes ojos azules de Livia Drusilia mostraron una expresión contemplativa, mientras pensaba, y después se rio—. Podrías comenzar por hacer algo bonito por Octavia —dijo entonces—, y como yo soy una esposa muy celosa, tendrás que hacer algo por

mí también.

—¿Tú celosa de Octavia? —preguntó él, incrédulo.

—Pero la gente de fuera de nuestro círculo íntimo de amigos no sabe cómo están las cosas entre Octavia y yo, ¿verdad? Toda Roma está indignada por el divorcio. ¡Idiota de hombre! Nunca tenía que haberla echado a ella y a los niños. Y eso le hace más daño que todos tus comentarios sobre la influencia que ejerce Cleopatra sobre él. —El bello rostro adoptó una expresión soñadora—. Sería espléndido si tus agentes pudiesen decirle a las gentes de Roma e Italia lo mucho que quieres a tu hermana y a tu esposa, con cuánta tierna consideración las ves. Estoy seguro de que si permitieses que Lépido residiese en la domus Publica, se sentiría tan agradecido que propondría honrarnos a Octavia y a mí.

Él la miraba con aquel aire confundido que ella podía provocarle cuando la sutileza de su mente superaba a la suya.

—Me gustaría saber adónde quieres ir a parar, querida, pero no lo sé.

—Piensa en los centenares de estatuas de Octavia que has erigido a través de Roma e Italia y en mis estatuas, que se han unido a ellas. ¿No sería maravilloso si se pudiese añadir una línea a sus inscripciones? ¿Algún nuevo y sorprendente honor?

—Sigo en la oscuridad.

—Convince al pontífice máximo Lépido que nos dé a Octavia y a mí la condición de vírgenes vestales a perpetuidad.

—Pero ¡vosotras no sois vestales! ¡Ni tampoco vírgenes!

—¡Honorarias, César, honorarias! ¡Anúncialo con fanfarrias de trompetas en los mercados desde Mediolanum y Aquileia hasta Rhegium y Tarentum! Tu hermana y tu esposa son ejemplares más allá de cualquier descripción, así que su castidad marital y su conducta las pone en la misma liga que las vestales.

—¡Continúa! —le pidió él, ansioso.

—Nuestra condición de vírgenes vestales nos permitirá ir y venir por las dependencias vestales en la domus Publica a voluntad. No hay ninguna necesidad de involucrar a Octavia si yo también tengo ese privilegio, porque puedo averiguar para ti dónde está guardado exactamente el testamento de Antonio. Apuleia no sospechará de mis motivos. ¿Por qué iba a hacerlo? Su madre es tu hermanastra; ella cena con nosotros habitualmente y yo le caigo muy bien. No puedo robar el testamento para ti, pero sí puedo descubrir dónde está, y tú te podrás apoderar de él rápidamente.

Su abrazo la dejó aplastada y sin aliento, pero a ella no le importó verse

aplastada y sin aliento. Nada le agradaba más a Livia Drusilia que ser capaz de sugerir una acción que César no había pensado por sí mismo.

—¡Livia Drusilia, eres brillante! —gritó él, y la soltó.

—Lo sé —replicó ella, y le dio un suave empujón—. ¡Ahora pon manos a la obra, mi amor! Esto llevará unos cuantos *nunditiae*, y no podemos permitirnos esperar demasiado.

El dolor de haber perdido su cargo de triunviro no le resultaba a Lépido tan doloroso como su exilio de la ciudad de Roma, así que cuando recibió la visita de Octavio y supo lo que debía hacer para poder regresar a la *domus Publica* aceptó sin vacilar darle a Octavia y a Livia Drusilia el rango de vírgenes vestales. Eso no era un mero honor. Dotaba a ambas mujeres de la condición de sacrosantas e inviolables; podían caminar por cualquier parte sin el menor riesgo, porque ningún hombre, fuese el más pobre o el más predatorio, se atrevería a tocar a una virgen vestal. Si lo hacía, estaba condenado para toda la eternidad. Perdería la ciudadanía, sería azotado y decapitado y le serían confiscadas todas sus propiedades, hasta el más mísero vaso de cerámica. Su esposa y sus hijos morirían de hambre.

Toda Roma e Italia se regocijó; si su aprobación era más por Octavia que por Livia Drusilia, a esta última no le importó en absoluto. En cambio, se presentó a cenar en el comedor de las vestales, sin ser invitada, para conocer a sus compañeras sacerdotisas.

Apuleia, la jefa vestal, era prima de Octavio, y conocía bien a Livia Drusilia desde el tiempo en que era joven y estaba embarazada; había estado refugiada en el *Atrium Vestae* antes de casarse con Octavio.

—Un augurio —le dijo Apuleia mientras las siete se sentaban a la mesa—. Ahora puedo confesar que estaba muy preocupada. ¡Oh, el alivio de cuando tu estada no tuvo ninguna consecuencia religiosa! Estoy segura de que fue un augurio de esto.

Apuleia no era una mujer inteligente, sin embargo, la tremenda reverencia en que se le tenía la había moldeado hasta ser mucho más de lo que se esperaba de una jefa vestal. Llevaba un vestido blanco de mangas largas como una túnica abierto por los lados, la medalla *bullae* en una cadena alrededor del cuello, el cabello oculto bajo una corona de siete rizos de lana, apilados, y cubierto con un velo tan fino que flotaba. Gobernaba a su pequeño rebaño con puño de hierro, atenta al hecho de que la castidad de las vestales era la suerte de Roma. De cuando en cuando algún hombre (como Publio Clodio) había impugnado la castidad de alguna vestal y la había llevado a juicio, pero eso no iba a ocurrir durante el reinado de Apuleia.

Todas las vestales estaban sentadas alrededor de la mesa, cargada con

deliciosas comidas y una jarra de resplandeciente vino blanco de Alba Fuentia. Las dos vestales menores de edad bebían agua de la fuente de Juturna, mientras que las otras tres, vestidas como Apuleia, tenían la libertad de participar del vino. Livia Drusilia, la séptima, no se había vestido como una vestal, aunque sí vestía de blanco.

—Mi marido me ha hablado un poco de vuestros archivos testamentarios —dijo Livia Drusilia cuando las menores se hubieron marchado—, pero sólo de una manera vaga. ¿Podría ser posible que en algún momento pudiese hacer un recorrido?

El rostro de Apuleia se iluminó.

—¡Por supuesto! Cuando tú digas.

—Ah, ¿ahora?

—Si lo deseas, desde luego.

Livia Drusilia realizó el recorrido que Divus Julius había hecho cuando asumió el título de pontífice máximo. En las dependencias había numerosos estantes cargados con pergaminos donde se guardaban los testamentos, y cuando subió a la primera planta descubrió un impresionante número de casilleros con información, así como en el sótano y en los almacenes en la planta baja. Era algo fascinante, sobre todo para una mujer como ella, tan meticulosa y organizada.

—¿Tienes alguna zona especial para los senadores? —preguntó mientras caminaba, maravillada.

—Oh, sí. Están aquí, en esta planta.

—Si han sido cónsules, ¿los distingues de los simples senadores?

—Por supuesto.

Livia Drusilia consiguió mostrar una expresión que era tanto tímida como cómplice.

—Nunca se me ocurriría pedirte que me mostrases el testamento de mi marido —dijo—, pero me encantaría ver uno del mismo nivel. ¿Por ejemplo, dónde está el testamento de Marco Antonio?

—Oh, está en un lugar especial —respondió Apuleia de inmediato, sin que por su mente se cruzase la menor sospecha—. Cónsul y triunviro, pero en realidad no una parte de Roma. Está aquí, solo.

Llevó a Livia Drusilia hasta una serie de casilleros al otro lado de un biombo que separaba el archivo de la zona estrictamente de las vestales, y sin vacilar sacó un pesado rollo que estaba solo en un estante.

—Aquí lo tienes —dijo, y le alcanzó el documento a Livia Drusilia.

La esposa de Antonio lo sopesó, lo giró para mirar el sello rojo: Hércules, IMP. M. ANT. TRI. Sí, aquél era el testamento de Antonio. Lo devolvió de inmediato con una risa.

—Debe de tener muchos legados —comentó.

—Todos los grandes lo tienen. El más corto de todos fue el de Divus Julius. ¡Tanta sagacidad, tanta exactitud!

—Entonces, ¿los lees?

Apuleia se mostró horrorizada.

—¡No, no! Por supuesto, vemos el testamento después de la muerte de su autor, cuando el ejecutor o ejecutora vienen a buscarlo. El ejecutor debe abrirlo en nuestra presencia porque debemos poner V.V. al final de cada cláusula. De esta manera no se puede añadir nada después de haberlo entregado.

—¡Brillante! —dijo Livia Drusilia. Dio un beso en la mejilla de Apuleia y le apretó la mano—. Debo irme, pero una última y muy importante pregunta: ¿alguna vez se abrió algún testamento antes de la muerte del autor, querida?

Otra mirada de horror.

—¡No, nunca! Eso sería romper nuestros votos, y es algo que nunca haremos.

De regreso a la domus Livia Drusilia encontró a su esposo en la sala de negociaciones. Una mirada a su rostro y él despidió a sus escribas y empleados.

—¿Bien? —preguntó.

—Tuve el testamento de Antonio en mi mano, y te puedo decir exactamente dónde está guardado.

—Todo eso que ya hemos adelantado. ¿Crees que Apuleia me permitiría abrirlo?

—Ni siquiera si la condenases por la pérdida de la castidad y la enterrases bajo tierra con una jarra de agua y una hogaza de pan. Me temo que tendrás que arrebatárselo a ella y a las demás.

—Cacat!

—Te sugiero que te lleves a tus germanos al Atrium Vestae en plena noche, César, y acordones toda la zona fuera de las puertas del alojamiento. Tendrá que ser pronto, porque me han dicho que Lépido tomará su residencia de

pontífice máximo en la domus Publica dentro de muy poco. Seguramente habrá un gran alboroto, y no querrás que Lépido venga corriendo desde su lado para ver qué ocurre. Mañana por la noche, no más tarde.

Octavio tuvo que aporrear mucho la puerta antes de que el rostro asustado de la portera la entreabriese y echase una ojeada. Dos germanos apartaron a la mujer y acompañaron a su amo en medio del resplandor de las antorchas mientras los otros germanos lo seguían.

—¡Bien! —le dijo Octavio a Arminio—. Con un poco de suerte lo conseguiré antes de que aparezcan las vestales. Tendrán que vestirse.

Casi lo consiguió.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó Apuleia desde la puerta que daba a los apartamentos privados de las vestales.

Con el testamento de Antonio en la mano, Octavio dio un salto.

—Estoy confiscando un documento de traición —dijo con altanería.

—¡Traición, un cuerno! —replicó la jefa vestal, que se movió para impedir su salida—. ¡Devuélvemelo, César Octavio!

En respuesta, él se lo pasó por encima de su cabeza a Arminio, tan alto que, cuando lo sostuvo, Apuleia no lo podía alcanzar.

—¡Eres un sacer! —jadeó mientras entraban otras tres vestales.

—¡Tonterías! Soy un consular haciendo mi deber.

Apuleia soltó un alarido escalofriante.

—¡Socorro, socorro, socorro!

—Hazla callar, Cornel —le ordenó Octavio a otro germano.

Cuando las otras tres vestales comenzaron a gritar, ellas también fueron sujetadas y silenciadas por los germanos.

Octavio miró a las cuatro con las oscilantes llamas de las antorchas, su mirada luminosa y fría como la de un leopardo negro.

—Retiro este testamento de vuestra custodia, y no hay nada que podáis hacer para impedírmelo. Por vuestra propia seguridad os sugiero que no digáis ni una palabra de lo que ha ocurrido aquí a nadie. Si lo hacéis, no puedo responder por mis germanos, que no sienten ninguna reverencia por las vestales y les encanta desflorar a vírgenes de cualquier clase. Tácete, señoras. Lo digo de verdad.

Se marchó, y dejó a la suerte de Roma llorando y gimiendo.

Convocó al Senado al primer día permisible, con una expresión de orondo triunfo. Lucio Celio Poplicola, que había elegido quedarse en Roma para incordiar a Octavio, sintió que se le erizaba el pelo de los brazos y la nuca cuando un miedo helado le recorrió la espalda. ¿Qué se traía entre manos ahora el pequeño gusano? ¿Por qué Planeo y Titio parecían reventar de alegría?

—Durante dos años he hablado a los miembros de esta cámara de Marco Antonio y de su dependencia de la Reina de las Bestias —comenzó Octavio, de pie delante de su silla curul y con un grueso rollo de pergamino en la mano derecha—. Nada de lo que he venido repitiendo hasta ahora ha conseguido convencer a muchos de los que están hoy presentes aquí de que he dicho la verdad. «¡Dadnos una prueba!», habéis gritado una y otra vez. ¡Muy bien, tengo la prueba! —Levantó el pergamino—. Tengo en mi mano la última voluntad y testamento de Marco Antonio y contiene todas las pruebas que incluso el más ardiente partidario de Antonio podría exigir.

—¿La última voluntad y testamento? —preguntó Poplicola, que se sentó muy erguido.

—Sí, la última voluntad y testamento.

—¡La voluntad de un hombre es sacrosanta, Octavio! ¡Nadie puede violarlo mientras el autor viva!

—¡A menos que contenga declaraciones de traición!

—¡Incluso así! ¿A un hombre se le puede considerar traidor por lo que dice después de su muerte?

—Oh, sí, Lucio Celio. Absolutamente.

—¡Esto es ilegal! ¡Rehúso permitirte continuar!

—¿Cómo puedes detenerme? Si continuas interrumpiendo, le diré a mis lictores que te expulsen. ¡Ahora siéntate y escucha!

Poplicola miró en derredor y vio todos los rostros iluminados por la curiosidad y comprendió que había sido derrotado. Por el momento. Dejaría que el joven monstruo hiciese lo peor luego se sentó, con un gesto ceñudo.

Octavio desenrolló el testamento, pero no lo leyó; no era necesario, porque lo sabía de corrido.

—He escuchado a algunos de vosotros llamar a Marco Antonio el más romano de los romanos. Dedicado al progreso de Roma, valiente, osado, eminentemente capaz de extender el dominio de Roma para cubrir todo Oriente. Eso es lo que pidió (¡y recibió!): Oriente como su parcela después de Filipos. Eso fue hace sólo diez años. Durante esos diez años, Roma apenas si

lo ha visto, tan concienzudo fue su mando, o así es lo que decían algunos como Lucio Poplicola. Pero si bien fue a Oriente con la mejor de sus intenciones, su voluntad no duró. ¿Por qué? ¿Qué pasó? Puedo resumir la respuesta en una sola palabra: Cleopatra. Cleopatra, la Reina de las Bestias. Una poderosa hechicera, conocedora de los cultos secretos y las artes del amor y los venenos. ¿No recordáis al rey Mitrídates el Grande, que se envenenaba cada día con cien pócimas y tomaba un centenar de antídotos? Cuando intentó suicidarse con veneno, no funcionó. Uno de sus guardaespaldas tuvo que atravesarlo con su espada. También os recuerdo que el rey Mitrídates era el abuelo de Cleopatra. La sangre de sus venas es, por naturaleza, enemiga de Roma.

»Se conocieron por primera vez en Tarsus, donde ella lo hechizó; pero no lo suficiente. Aunque ella le dio mellizos, Antonio permaneció libre de Cleopatra hasta el invierno del año que vio a los partos invadir Siria la primavera siguiente. Él se había reunido con ella en Alejandría, pero cuando los partos aparecieron, él la dejó. ¡Por supuesto que la dejó! Tenía que expulsar a los partos. Pero ¿lo hizo? ¡No! Fue a Atenas con el propósito de supervisar mis actividades en Italia. Aquello desembocó en su asedio de Brundisium y, a su debido momento, en el pacto de Brundisium cuando se casó con mi hermana como prueba de su calidad de romano. Le dio dos niñas, ningún honor para alguien que ya había engendrado hijos con Fulvia y Cleopatra.

Poplicola se había derrumbado, los brazos cruzados sobre el pecho; Octavio se percató de que Planeo, en los primeros bancos, y Titio, en la grada del medio, no podían dejar de moverse debido a su anticipación. Reanudó su discurso a una cámara en silencio.

—No es necesario volver a citar la desastrosa campaña que libró contra Media Partía, porque es el período posterior a su lamentable retirada lo que debe interesarnos más que la pérdida de un tercio de un ejército romano. Antonio hizo lo que sabe hacer mejor: beber vino hasta que se le obnubiló la mente.

Loco e impotente, buscó socorro en Cleopatra. No en Roma, sino en Cleopatra, que fue a Leuke Kome cargada con regalos que superan toda imaginación: dinero, comida, armas, medicinas, miles de sirvientes y veintenas de médicos. Desde Leuke Kome, la pareja se trasladó a Antioquía, donde Antonio finalmente se dedicó a hacer un testamento. Una copia se guardó aquí, en Roma, la otra, en Alejandría, donde Antonio se instaló el pasado invierno. Pero para entonces estaba bajo el completo dominio de Cleopatra, drogado y sumiso. Ya no necesitaba beber vino, tenía mejores cosas que tragar, desde las pócimas de Cleopatra hasta sus lisonjas. Con el resultado de que, cuando se acercaba el final de la primavera de este año, trasladó todo

su ejército y su flota a Éfeso. ¡Éfeso! Mil millas al oeste de donde realmente se necesitaban, en un frente desde Armenia Parva hasta el sur de Siria, para impedir las incursiones partas. Entonces ¿por qué trasladó a su ejército y a su marina a Éfeso? ¿Por qué luego ha movido a ambos hasta Grecia? ¿Roma es una amenaza para él? ¿Italia? ¿Algún ejército o flota al oeste del río Drina ha hecho gestos bélicos en su dirección? ¡No, no lo han hecho! No hace falta que creáis mi palabra; es algo manifiesto hasta para el más tonto de entre vosotros.

Su mirada barrió las gradas del fondo, donde se sentaban los pedarii bajo voto de silencio. Luego, lenta y cuidadosamente, bajó de la tarima curul y ocupó un lugar en medio de la sala.

—No creo ni por un momento que Marco Antonio haya cometido estos actos de agresión contra su tierra natal voluntariamente. Ningún romano lo haría salvo aquellos que fueron castigados injustamente y buscaron regresar: Cayo Mario, Lucio Cornelio Sila, Divus Julius. Pero ¿Marco Antonio ha sido declarado hostis? ¡No, no lo ha sido! Hasta este mismo día, su condición sigue siendo la que siempre ha sido: un romano de Roma, el último de muchas generaciones de Antonios que han servido a su país. No siempre con sabiduría, pero sí con celo patriótico.

—Entonces ¿qué le ha ocurrido a Marco Antonio? —preguntó Octavio con tonos resonantes, aunque éste era un discurso que no necesitaba despertar a los senadores de una ligera siesta. Estaban bien despiertos y escuchaban con avidez—. De nuevo, la respuesta está en una palabra; Cleopatra. Él es su juguete, su títere; sí, todos vosotros podéis recitar la lista conmigo, lo sé. Pero la mayoría de vosotros nunca me ha creído, eso también lo sé. Hoy puedo ofrecer la prueba de lo que siempre he dicho es una versión aguada de las perfidias de Antonio, realizadas bajo el dictado de Cleopatra. ¡Una extranjera, una mujer, una adoradora de las bestias! También una poderosa hechicera, capaz de embrujar al más fuerte y al más romano de los romanos.

«Sabéis que la mujer, la extranjera, tiene un hijo mayor cuya paternidad atribuye a Divus Julius. Un joven que ahora tiene quince años, que se sienta a su lado en el trono egipcio como Ptolomeo XV César, para un romano es un bastardo y no un ciudadano romano. Para aquellos de vosotros que creéis que es el hijo de Divus Julius puedo presentar pruebas de que no lo es, que es hijo de un esclavo que Cleopatra tomó para su diversión. Ella es de disposición amorosa, tiene muchos amantes, y siempre los ha tenido. Que primero utiliza como compañeros sexuales y después como víctimas de sus venenos. Sí, experimenta con ellos hasta que mueren. Como murió el esclavo que fue padre de su hijo mayor.

»¿Os preguntáis si esto es importante? ¡Sí, porque ella engañó al pobre Antonio para que declarase a ese niño bastardo Rey de Reyes, y ahora va a la

guerra contra Roma para sentarlo en el Capitolio! ¡Aquí hay hombres, senadores, que pueden atestiguar bajo juramento que su amenaza favorita es que ellos sufrirán persecución cuando ocupe su trono en el Capitolio y juzgue en nombre de su hijo! Sí, espera utilizar el ejército de Antonio para conquistar Roma y convertirla en el reino de Ptolomeo XV César.

Se aclaró la garganta.

—Pero ¿Roma continuará siendo la ciudad más grande del mundo, el centro de la ley, la justicia, el comercio y la sociedad? ¡No, Roma no! ¡La capital del mundo será trasladada a Alejandría! Roma acabará convirtiéndose en nada.

Desenrolló el pergamino, que colgó de la mano de Octavio, bien alto, hasta los azulejos blancos y negros del suelo. Algunos de los senadores saltaron al escuchar el ruido, tan brusco fue, pero Octavio no les hizo caso y continuó.

—¡La prueba está en este documento, la última voluntad y testamento de Antonio! Deja todo lo que tiene, incluidos sus propiedades romanas e italianas, sus inversiones y su dinero, a la reina Cleopatra. ¡A la que jura su amor, amor, amor y amor! ¡Su única esposa, el centro de su ser! ¡Atestigua que Ptolomeo XV César es hijo legítimo de Divus Julius y heredero de todo lo que Divus Julius me dejó, su hijo romano! ¡Insiste en que sus famosas Donaciones sean honradas, cosa que hace a Ptolomeo XV César el rey de Roma! ¡Roma, que no tiene rey!

Comenzaban los murmullos; el testamento estaba abierto, podía ser leído por cualquiera que quisiese verificar lo que decía Octavio.

—¿Qué, padres conscriptos, estáis escandalizados? ¡Tendríais que estarlo! Pero ¡esto no es lo peor que dice el testamento de Antonio! Eso está contenido en la cláusula del entierro, que ordena que no importa dónde pueda ocurrir su muerte ya que su cuerpo se ha dado a los embalsamadores egipcios que viajan con él a todas partes para que lo embalsamen de acuerdo a la técnica egipcia. Luego ordena que se lo entierre en su amada Alejandría, junto a su amada esposa, Cleopatra.

Se desató el tumulto cuando los senadores saltaron de sus taburetes, sus sillas de marfil, agitando los puños y aullando.

Poplicola esperó hasta que se callaran.

—¡No me creo ni una sola palabra! —gritó—. ¡El testamento es una falsificación! ¿Cómo sino has podido hacerte con él, Octavio?

—Se lo arrebaté a las vírgenes vestales, que lo defendieron bien —respondió Octavio con toda calma. Se lo arrojó a Poplicola, que lo recogió e intentó enrollarlo—. No te preocupes por el principio ni por lo que dice en

medio, Lucio Gelio. Ve al final. Examina el sello.

Con manos temblorosas, Poplicola miró el sello, intacto porque Octavio había cortado cuidadosamente a su alrededor, y luego buscó la cláusula referente al tratamiento y disposición del cuerpo de Antonio. Tembloroso, ahogado, arrojó el pergamino, que rodó por el suelo.

—Debo ir con él e intentar que entre en razón —dijo, al tiempo que se levantaba torpemente. Luego, llorando sin reparo, se volvió hacia las gradas y tendió sus temblorosas manos—. ¿Quién vendrá conmigo?

No muchos. Aquéllos que se marcharon con Poplicola fueron silbados e insultados. El Senado se había convencido por fin de que Marco Antonio ya no era un romano, que había sido hechizado, que estaba embrujado por Cleopatra y que se preparaba a marchar contra su tierra natal para su beneficio.

—¡Oh, qué triunfo! —le dijo Octavio a Livia Drusilia cuando regresó a casa montado en los hombros de Agripa y Cornelio Gallo, que hacían una equilibrada pareja de caballos.

Pero al llegar a su puerta los despidió junto con Mecenas y Estatilio Tauro y los invitó a cenar para el día siguiente. Algo tan delicioso como aquella victoria debía ser, primero, compartida con su esposa, cuya astuta maniobra le había facilitado mucho su trabajo. Porque sabía que Apuleia y sus vestales nunca le hubiesen mostrado dónde estaba el testamento, y él no se hubiese atrevido a saquear el lugar. Había necesitado saber exactamente dónde estaba el testamento.

—César, nunca dudé del resultado —dijo ella, y lo abrazó—. Tú siempre controlarás Roma.

Él gruñó y aflojó los hombros en señal de desdicha.

—Eso todavía es discutible, *meum mel*. Las noticias de la traición de Antonio harán que sea más fácil cobrar mis impuestos, pero seguirán siendo impopulares hasta que pueda convencer a todo el país de que la alternativa es verse reducido a un dominio egipcio bajo la ley egipcia. Que la ración de trigo gratis desaparecerá, que desaparecerá el circo, que desaparecerá la actividad comercial, que desaparecerá la autonomía romana para todas las clases de ciudadanos. Ellos todavía no lo han comprendido, y me temo que no podré explicárselo antes de que el hacha egipcia caiga, empuñada por las manos capaces de Antonio. ¡Deben ver que ésta no es una guerra civil! Que es una guerra extranjera con disfraz romano.

—Haz que tus agentes lo repitan hasta el cansancio, César. Explícales la conducta de Antonio en los términos más sencillos; las personas necesitan de la simplicidad si deben comprenderlo —manifestó Livia Drusilia—. Pero hay

más que eso, ¿verdad?

—Oh, sí. Ya no soy triunviro, y si los primeros días de la guerra no fueran bien... ¡Livia Drusilia, mi dominio sobre el poder es tan tenue! ¿Qué pasa si Pollio sale del retiro con Publio Ventidio?

—¡César, César, no seas tan lúgubre! Has demostrado públicamente que la guerra es una guerra extranjera. ¿No hay otra manera?

—Una, aunque creo que no es suficiente. Cuando la República era muy joven, los feciales fueron enviados a un agresor extranjero para negociar un acuerdo. Su jefe era el pater patratus, que tenía con él al verbenarius. Este hombre llevaba hierbas y tierra recogida en el Capitolio; las hierbas y la tierra les daba a los feciales una protección mágica. Pero luego eso se convirtió en algo incómodo y, sin embargo, se celebró una gran ceremonia en el templo de Belona. Pretendo revivir la ceremonia y hacer que el mayor número posible de personas la presencie. Un comienzo, pero de ninguna manera un fin.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó con curiosidad.

—Divus Julius me lo dijo. Era una gran autoridad en nuestros antiguos ritos religiosos. Había un grupo de ellos interesados en el tema: Divus Julius, Cicerón, Nigidio Figulo y Apio Claudio Pulcher, creo. Divus Julius me dijo, riéndose, que siempre había tenido ganas de realizar la ceremonia, pero que nunca había tenido tiempo.

—Entonces debes hacerlo por él, César.

—Lo haré.

—¡Bien! ¿Qué más? —preguntó ella.

—No se me ocurre nada más excepto una propaganda lo más amplia posible, y que eso no haga mi propia posición menos precaria.

Los ojos de Livia Drusilia se agrandaron mientras contemplaba el espacio por un largo momento, y luego respiró profundamente.

—César, soy la nieta de Marco Livio Druso, el tribuno de la plebe que casi evitó la guerra italiana al aplicar la legislación romana a todos los italianos. Sólo el asesinato le impidió hacerlo. Recuerdo haber visto el cuchillo, una hoja malvada utilizada para cortar el cuero. Druso tardó días en morir, entre grandes alaridos de agonía.

Conmovido, él miró su rostro atentamente, poco seguro de saber adónde quería ir a parar, pero con una sensación en la boca del estómago de que ella estaba diciendo algo que sería de enorme importancia. Algunas veces su Livia Drusilia tenía el poder adivinatorio, o algo que, si no era eso, también era sobrenatural.

—Continúa —la animó.

—El asesinato de Druso no hubiese sido necesario de no haber hecho él algo extraordinario, algo que elevó tanto su posición que sólo el asesinato podría derribarlo... Obtuvo en secreto un juramento sagrado de alianza personal de todos los italianos no ciudadanos. De haber sido aprobada su legislación, hubiese tenido a toda Italia en su clientela, y hubiese sido tan poderoso que podría haber gobernado como dictador a perpetuidad de haber tenido tal inclinación. Si la tenía, nunca se sabrá. ¿Me pregunto si sería posible para ti pedirle al pueblo de Roma y a Italia que hagan un juramento de alianza personal contigo?

Él se había quedado helado; ahora había comenzado a temblar. El sudor corrió por su frente, se le metió en los ojos y le ardió como un ácido.

—¡Livia Drusilia! ¿Qué te hace pensar eso?

—El ser su nieta, supongo, aunque mi padre fuera hijo j adoptivo de Druso. Siempre ha sido una de las historias de la familia. Druso era el más valiente entre los valientes.

—Pollio, Salustio. Seguramente, alguien ha preservado la forma del juramento en la historia de aquellos tiempos.

—No es necesario revelar el juego a personas como ellos. —Ella sonrió—. Puedo recitarte el juramento de corrido.

—¡No lo hagas! Todavía no. Escríbelo para mí, y después ayúdame a corregirlo para adecuarlo a mis propias necesidades, que no son las de Druso. Prepararé la ceremonia fecial, tan pronto como pueda y comiencen a hablar los agentes. Insistiré en machacar a la Reina de las Bestias, haré que Mecenas se invente fabulosos vicios de ella, haré una lista de amantes y siniestros crímenes. Cuando ella camine en mi desfile triunfal, nadie debe apiadarse de ella. Es tan poca cosa que alguien que la vea puede sentirse tentado a compadecerse a menos que sea vista como una fusión de arpías, furias, sirenas y gorgonas; un auténtico monstruo. Sentaré a Antonio de espaldas en un asno y le pondré cuernos de cornudo en su cabeza. Le negaré la ocasión de parecer noble o romano.

—Te estás apartando del tema —dijo ella con voz suave.

—¡Oh! Sí, así es. A partir del Año Nuevo seré primer cónsul, lo que me permitirá hacia finales de diciembre poner carteles en todas las ciudades, pueblos y aldeas desde los Alpes hasta el empeine, la punta y el tacón. En ellos anunciaré el juramento y rogaré humildemente a quien lo desee que se adscriba. Sin ninguna coerción, sin ninguna recompensa. Debe ser prístino, una cosa voluntaria y transparente. Si la gente quiere verse libre de la amenaza

de Cleopatra, entonces debe jurar permanecer a mi lado hasta que lleve a cabo mi tarea. Si jura bastante gente, nadie se atreverá a derrocar me, a despojarme de imperium. Si los hombres como Pollio declinan sumarse, no buscaré venganza, ya sea en el momento o en el futuro.

—Siempre debes estar por encima de la venganza, César.

—Soy consciente. —Se rio—. Después de Filipos, pensé mucho en hombres como Sila y mi divino padre; intenté ver dónde se habían equivocado. Comprendí que les gustaba vivir de una forma extravagante, además de regir el Senado y las asambleas con mano de hierro. Por lo tanto, decidí ser un hombre discreto y nada ostentoso, y gobernar Roma como un querido y bondadoso papá.

Belona era la diosa original de la guerra de Roma, y se remontaba a las épocas en que los dioses romanos eran simples fuerzas que no tenían rostro ni sexo. Su otro nombre era Nerio, una deidad todavía más misteriosa entrelazada con Marte, el posterior dios de la guerra. Cuando Apio Claudio el Ciego inauguró el templo para que los protegiera durante las gñeñas etruscas y samnitas, colocó una estatua de ella en el edificio; era elegante y estaba bien conservada: se pintaba regularmente con vividos colores. Como la guerra era algo que no se podía discutir dentro del pomerium de la ciudad, el recinto de Belona, que era muy espacioso, estaba en el Campo de Marte, fuera del recinto sagrado. Como todos los templos romanos, estaba montado sobre un alto podio. Para llegar al interior había que subir veinte escalones en dos tramos de diez; sobre la ancha extensión de la plataforma, entre los dos tramos de escalera y exactamente en el medio, había una columna de mármol rojo cuadrada de un metro veinte de altura. Al pie de los escalones había un iugerum de lozas, los márgenes marcados con plintos fálicos sobre los que descansaban las estatuas de los grandes generales romanos: Fabio Máximo Cunctator, Apio Claudio Caecus, Escipión el Africano, Emilio Paulo, Escipión Emiliano, Cayo Mario, César Divus Julius y muchos otros, todos tan bien pintados que parecían vivos.

Cuando se reunió el Colegio de Feciales, veinte en total, en las escaleras de Belona, lo hicieron ante una nutrida audiencia de senadores, caballeros, hombres de la tercera, cuarta y quinta I clase y algunos pobres del Censo por Cabezas. Aunque el Senado tenía que ser acomodado en pleno, Mecenas había escogido colocar al resto lo bastante cerca como para que vieses los acontecimientos y los desparramasen a través de los estratos sociales. De esta manera, los hombres de Subura y Esquilmo estaban representados con la misma generosidad que los hombres del Palatino y Carinae.

El resto de colegas sacerdotes estaban presentes, además de todos los lictores de servicio en Roma; el espectáculo de togas a rayas rojas y púrpuras,

capas redondas y yelmos de marfil, pontífices y augures con las togas levantadas para cubrir sus cabezas era impresionante.

Los feciales llevaban togas rojo oscuro sobre los torsos desnudos, como era la costumbre en los comienzos, y las cabezas también estaban sin cubrir. El verbenarius llevaba hierbas y tierra recogidas en el Capitolio y estaba cerca del pater patratus, cuyo papel estaba limitado al final de la ceremonia. La mayoría de estos largos procedimientos eran declamados en un lenguaje tan antiguo que ya nadie lo comprendía, y por un fecial que había perfeccionado la jerigonza; nadie quería cometer un error, porque incluso hasta el más insignificante suponía realizar de nuevo toda la ceremonia desde el principio. La víctima del sacrificio era un pequeño jabalí que un cuarto fecial mataba con un cuchillo de pedernal más antiguo que Egipto.

Finalmente, el pater patratus entró en el templo y saltó cargado con una lanza con la punta en forma de hoja cuyo astil era negro debido al paso del tiempo. Bajó los diez escalones del primer tramo y se detuvo delante de la pequeña columna con la lanza preparada para lanzarla, su cabeza de plata resplandeciente al frío y brillante sol.

—Roma, tú estás amenazada —gritó en latín—. Aquí delante de mí hay un territorio enemigo protegido por generales romanos. Declaro que el nombre del territorio enemigo es Egipto. Con el lanzamiento de esta lanza, nosotros, el Senado y el pueblo de Roma nos embarcamos en una guerra santa contra Egipto en las personas del rey y la reina de Egipto.

La lanza dejó su mano, voló por encima de la columna y aterrizó en el iugerum de espacio abierto llamado territorio enemigo. Se había colocado una única bandera, y el pater patratus era un soberbio guerrero; la lanza se clavó, vibrante, con la cabeza hundida en el suelo detrás de la bandera izada. Los presentes arrojaron pequeñas muñecas de lana a la lanza.

De pie a un lado, con el resto del Colegio de Pontífices, Octavio contempló la escena y se sintió complacido. Aquello era impresionante, absolutamente una parte del mos maiorum. Roma estaba ahora oficialmente en guerra, pero no contra un romano. El enemigo era la Reina de las Bestias y Ptolomeo XV César, regentes de Egipto. ¡Sí, sí! Qué afortunado había sido al poder hacer que Agripa fuese el pater patratus, ¿y Mecenas no tenía un magnífico aspecto, aunque un tanto obeso, como verbenarius?

Regresó a casa rodeado por centenares de clientes y, por una vez, disfrutó muchísimo. Incluso los plutócratas —¿por qué los ricos aparentaban ser siempre los menos dispuestos a pagar impuestos? — parecían estar aquel día con él, aunque eso no duraría más allá del primer pago de impuestos. Había concretado los arreglos para el pago de impuestos con los pergaminos ciudadanos, que detallaban los ingresos de cada hombre y eran actualizados

cada cinco años. Los censores se ocupaban de este cometido por ley, pero habían tenido una poca participación durante algunas décadas. Incluso la última década el triunviro en Occidente, Octavio, había asumido las tareas de censor y se había asegurado de que los impuestos de cada ciudadano estuviesen al corriente. Pero cobrar este nuevo impuesto era una tarea complicada porque no disponía de grandes locales; sólo el Porticus Minucia en el Campo de Marte.

Pretendía que el primer día de pago fuese algo así como una fiesta. No podría haber alegría, pero sí un ambiente patriótico; las columnatas y los terrenos del Porticus Minucia estaban adornados con banderas rojas con las siglas «SPQR» y carteles con una figura femenina con el pecho desnudo, cabeza de chacal y manos como garras que destrozaban una de esas banderas rojas; otros mostraban a un joven horrible y con aspecto de cretino que llevaba la doble corona y al pie decía: «¿Es ÉSTE EL HIJO DE DIVUS JULIUS? ¡NO PUEDE SER!»

Tan pronto como el sol estuvo bien encima de Esquilino apareció una procesión encabezada por Octavio con todo el esplendor de la toga sacerdotal, la cabeza coronada con laureles en señal de triunfo. Detrás venía Agripa, también coronado, que llevaba el báculo curvo de un augur e iba vestido con la toga roja y púrpura, seguido de Mecenas, Estatilio Tauro, Cornelio Gallo, Messala Corvino, Calvicio Sabino, Domitio Calvino, los banqueros Balbo y Oppio y una legión de los más firmes partidarios de Octavio. Sin embargo, eso era insuficiente para Octavio, que había colocado a tres mujeres entre él mismo y Agripa; Livia Drusilia y Octavia vestían las túnicas de una virgen vestal, algo que ponía a la tercera, Escribonia, un tanto en la sombra. Octavio había hecho mucha alharaca al pagar más de doscientos talentos por su veinticinco por ciento, aunque no se había entregado ninguna bolsa de monedas y sí un trozo de papel, una nota de pago a sus banqueros.

Livia Drusilia se adelantó hacia la mesa.

—¡Soy una ciudadana romana! —gritó a voz en cuello—. ¡Cómo mujer no pago impuestos, pero deseo pagar éste porque se necesita para impedir que Cleopatra de Egipto convierta a nuestra amada Roma en un desierto, despoblada de sus habitantes y despojada de su dinero! ¡Para esta causa doy doscientos talentos!

Octavia hizo el mismo discurso y depositó la misma cantidad de dinero, aunque Escribonia sólo pudo dar cincuenta talentos. No tenía importancia; para ese momento, la multitud, cada vez mayor, gritaba con tanto entusiasmo que casi ahogó a Agripa cuando anunció el pago de ochocientos talentos.

Un buen día de trabajo.

Pero no un trabajo tan fino y paciente como el que Octavio y su esposa habían aplicado al redactar el juramento de lealtad.

—¡Oh! —exclamó Octavio al mirar el juramento original prestado por Marco Livio Druso sesenta años atrás—. ¡Si sólo pudiese atreverme a que la mayoría jurasen ser mis clientes, como hizo Druso!

—Los italianos no tenían patrones por aquel entonces, César, porque no eran ciudadanos romanos. Hoy, todos tienen un patrón.

—¡Lo sé, lo sé! ¿Cuántos dioses debemos utilizar?

—Sólo Sol Indiges, Tello y Liber Pater. Druso utilizó más, aunque me pregunto por qué utilizó Marte, dado que (en cualquier caso, en aquel momento) no había ningún elemento de guerra.

—Oh, creo que sabía que vendría una guerra —señaló Octavio, con la pluma en alto—. Los lares y los penates, ¿qué te parece?

—Sí. También Divus Julius, César. Reforzaré tu posición.

El juramento fue colgado por toda Italia, desde los Alpes hasta el empeine, la punta y el tacón, el día de Año Nuevo; en Roma adornaba la pared de la rostra del foro, el tribunal del pretor urbano, todas las encrucijadas que tenían un santuario a los lares y todos los mercados —de carne, pescado, fruta, verduras, aceite, cereales, pimienta y especias— y espacios dentro de las puertas principales desde Capena hasta Quirinalis.

«Juro por Júpiter Óptimo Máximo, por Sol Indiges, por Tello, por Liber Pater, por Vesta del Hogar, por los lares y penates, por Marte, por Belona y Nerio, por Divus Julius, por todos los dioses y héroes que fundaron y asistieron al pueblo de Roma e Italia en sus luchas que yo tendré por amigos y por enemigos a aquellos que el imperator Cayo Julio César Divi Filius tiene como amigos y enemigos. Juro que trabajaré por el beneficio del imperator Cayo Julio César Divi Filius en la conducción de la guerra contra la reina Cleopatra y el rey Ptolomeo de Egipto, y también trabajaré para el beneficio de todos los otros que presten este juramento, incluso a costa de mi vida, la de mis hijos, la de mis padres y de mi propiedad. Si a través del trabajo del imperator Cayo Julio César Divi Filius la nación de Egipto es derrotada, juro que me uniré a él no como cliente, sino como su amigo. Este juramento lo tomo yo mismo y se lo pasaré a todos los que pueda. Juro fielmente con el conocimiento de que mi fe proporcionará una justa recompensa. Si falto a este juramento, que mi vida, mis hijos, mis padres y mi propiedad me sean arrebatadas. Que así sea, así juro.»

La publicación del juramento causó sensación, porque Octavio no lo había anunciado previamente; sencillamente apareció. Acompañando al juramento

había un agente de Mecenas u Octavio preparado para responder a las preguntas y Para escuchar la prestación de juramento. Un escriba sentado un poco más allá registraba los nombres de aquellos que juraban. Para ese momento, las noticias de la traición involuntaria de Marco Antonio se habían propagado por todas partes; la gente sabía que él no era el culpable, y también sabía que Egipto buscaba la guerra. Antonio era la garra de Cleopatra, su instrumento de destrucción, al que mantenía prisionero y drogado para servirla a ella sexualmente y en el campo de batalla. Las burlas contra ella se multiplicaron hasta que fue vista como un monstruo inhumano que incluso había utilizado a su hijo bastardo Ptolomeo «César» como su objeto sexual. Los gobernantes de Egipto practicaban el incesto de manera normal, algo inusual para los romanos. Si Marco Antonio condonaba estas acciones, ya no era romano.

El juramento parecía una pequeña ola muy lejos en el mar y, al principio, muy pocos lo hicieron; no obstante, después de prestarlo convencieron a otros para que lo hicieran, hasta que se convirtió en una enorme ola de juramentos. Lo prestaron todas las legiones de Octavio y también todas las tripulaciones y remeros de sus barcos. Finalmente, conscientes de que no jurar muy pronto se vería como una evidencia de traición, todo el Senado lo hizo. Excepto Pollio, que rehusó. Fiel a su palabra, Octavio no buscó venganza. Cesó cualquier objeción al impuesto; todo lo que la gente quería ahora era derrotar a Cleopatra y a Ptolomeo, al comprender que su derrota significaría el fin del pago del impuesto.

Agripa, Estatilio Tauro, Messala Corvino y el resto de generales y almirantes fueron enviados a sus mandos, mientras Roma también se preparaba para marchar.

—Mecenas, tú gobernarás Roma e Italia en mi nombre —dijo, sin comprender que había crecido y cambiado durante los últimos meses.

Había cumplido treinta y un años el pasado septiembre, y su rostro estaba asentado; se veía fuerte y a un tiempo tranquilo, todavía muy hermoso en un molde masculino.

—El Senado nunca lo permitiría —señaló Mecenas.

—El Senado no estará presente para protestar, mi querido Mecenas —Octavio sonrió—. Me lo llevo a la campaña.

—¡Dioses! —dijo Mecenas débilmente—. Centenares de senadores es una receta para la locura.

—En absoluto. Tendré trabajo para cada uno de ellos, y mientras estén bajo mi supervisión, no podrán estar en Roma para causar problemas.

—Tienes razón.

—Siempre tengo razón.

XXV

Cleopatra trabajó sometida a terribles desventajas, desventajas que sólo aumentaron cuando ella y Antonio dejaron Éfeso para ir a Atenas. En el fondo de su preocupación estaba la seguridad de que Antonio no le estaba diciendo todos sus pensamientos o planes; cada vez que ella fantaseaba con dar sus juicios desde el Capitolio en Roma, una chispa divertida aparecía en sus ojos, que eran, para ella, una prueba de incredulidad. Sí, él había llegado a la conclusión de que Octavio debía ser detenido y que la guerra era la única manera que le quedaba para detenerlo, pero sobre sus planes para Roma no podía estar tan segura. Aunque él siempre se ponía de su parte en las discusiones en la tienda de mando, lo hacía como si en realidad no tuviesen importancia; como si seguirle la corriente fuese más importante que mantener a sus legados felices. También había desarrollado una considerable habilidad para eludir sus acusaciones de deslealtad cuando ella daba voz a sus sospechas. Podía ser que envejeciese, que tuviese lapsos de memoria, pero ¿de verdad creía en el fondo de su corazón que Cesarión sería rey de Roma? Ella no estaba segura.

Sólo diecinueve de las treinta legiones romanas de Antonio navegaron hacia la Grecia occidental; las otras once fueron asignadas a proteger Siria y Macedonia. Sin embargo, las fuerzas terrestres de Antonio se vieron reforzadas por cuarenta mil infantes y caballería donados por los clientes-reyes, la mayoría de los cuales habían venido en persona a Éfeso; allí se habían enterado de que no acompañarían a Antonio y Cleopatra a Atenas. En cambio, debían ir por sus propios medios al teatro de la guerra designado en la Grecia occidental. Algo que no les sentó nada bien a ninguno de ellos.

Fue el propio Marco Antonio quien separó su avance del de los clientes-reyes, temeroso de que, si veían la autocracia de Cleopatra en la tienda de mando, empeoraría aún más las cosas para él al ponerse de parte de la reina contra los generales romanos. Sólo él sabía lo desesperado de su situación, porque sólo él sabía toda la determinación de su esposa egipcia por salirse con la suya. ¡Todo era tan ridículo! Lo que Cleopatra quería y lo que sus generales romanos querían era generalmente lo mismo; el problema era que ni ella ni ellos lo admitirían.

Cayo Julio César hubiese señalado la debilidad de Antonio como comandante, mientras que sólo Canidio tenía esa clase de percepción, y a Canidio, que era de baja cuna, por lo general no le hacían caso. Sencillamente, Antonio podía mandar un ejército en la batalla, pero no en una campaña. Su confianza en que las cosas irían bien lo traicionaban cuando se trataba de la

logística y los problemas de abastecimiento, perpetuamente descuidados. Además, Antonio estaba demasiado preocupado con mantener a Cleopatra feliz como para pensar en equipos y abastecimientos; dedicaba sus energías a atenderla. Para sus subordinados parecía una debilidad, pero la verdadera debilidad de Antonio era su incapacidad para matarla y confiscar su cofre de guerra. Tanto su amor por ella como su debilidad por el juego limpio lo negaban.

Por lo tanto, ella, sin comprenderlo, se vanagloriaba de su poder sobre Antonio, y provocaba deliberadamente a sus generales al exigirle esto o aquello como prueba de su amor por ella, sin ver que su conducta hacía mucho más difícil la tarea de Antonio, y también su propia presencia más abominable para ellos cada día que pasaba.

En Samos se le antojó quedarse allí para divertirse; sus legados se fueron a Atenas y él tuvo a Cleopatra para sí. Si ella lo emborrachaba, mucho mejor; la mayor parte del vino de su copa era vaciado a escondidas en su bacinica de oro puro, un regalo de ella. La suya, como le señaló alegremente, tenía un águila y las letras «SPQR» en el fondo para poder mearse y cagarse en Roma. Eso le ganó un aireado discurso y un bacín roto, pero no antes de que viajase a Italia como un chiste que Octavio explotó al límite.

Otra dificultad que ella encontraba era la creciente convicción de que Antonio, después de todo, no era un genio militar aunque no viera que su propia conducta hacía imposibles Antonio entrar en esa guerra con su viejo celo, con su legítima posición de autoridad. Al final había conseguido salirse con la suya, sí, pero las constantes discusiones minaban sus ánimos.

—Vete a casa —le repetía una y otra vez—. Vete a casa y déjame esta guerra a mí.

Pero ¿cómo podía hacerlo cuando ella veía a través de él? Si ella se marchaba a Egipto, Antonio llegaría a un acuerdo con Octavio, y todos sus planes fracasarían. En Atenas, él se negó a continuar viaje a Occidente, temeroso del día en que Cleopatra se encontrase de nuevo con su ejército; Canidio era un excelente segundo, y podía manejar las cosas en la Grecia occidental. Su principal tarea, pensó Antonio, era proteger a sus legados de la reina, una actividad tan exigente que descuidó su correspondencia con Canidio, algo no tan difícil como hubiese sido para un hombre menos adicto al placer que Antonio. En cuanto a los abastecimientos, no hizo caso de ninguna de las cartas.

La noticia de que Octavio se había apoderado y leído su testamento le cortó la respiración a Antonio.

—¿Yo acusado de traición? —le preguntó a Cleopatra, incrédulo—.

¿Desde cuándo las disposiciones póstumas de un hombre lo convierten en traidor? ¡Oh, cocal, esto colma el vaso! ¡Me han despojado de mi triunvirato legal y de todo mi imperio! ¿Cómo se atreve el Senado a ponerse de parte de ese repugnante irrumator? ¡Él es el que ha cometido un sacrilegio! ¡Nadie puede abrir el testamento de un hombre en vida, pero él lo hizo! ¡Ellos lo han perdonado!

Luego llegó la publicación del juramento de alianza. Pollio envió una copia del mismo a Atenas, junto con una carta donde argumentaba su propia negativa a jurar. La carta decía:

¡Antonio, él es tan astuto! No hay ninguna represalia para aquellos que nos hemos negado a jurar; ¡pretende que las futuras generaciones se sientan impresionadas por su clemencia, sombras de su divino padre! Incluso ha enviado comunicados a los magistrados de Bononia y Mutina —¡tus ciudades, llenas de tus clientes! — donde dice que nadie debe ser obligado a jurar. Supongo que el juramento será extendido a las provincias de Octavio, que no serán tan afortunadas. Todos los provincianos tendrán que jurar quieran o no; no tendrán alternativa, como Bononia, Mutina o yo.

Te puedo decir, Antonio, que la gente está jurando en grandes cantidades, de forma absolutamente voluntaria. Los hombres de Bononia y Mutina juran, y no porque se sientan intimidados. Lo hacen porque están tan hartos de las incertidumbres de los últimos años que preferirían votar el centunculus de un payaso si creyesen que eso pudiese traer estabilidad. Octavio te ha separado de la próxima campaña; tú no eres más que un bobo drogado y borracho de la Reina de las Bestias. Lo que me fascina, sobre todo, es que Octavio no ha dejado de citar a la reina de Egipto. Nombra al rey Ptolomeo XV César junto a ella como agresor.

El rostro de Cleopatra era ceniciento cuando dejó la misiva de Pollio con dedos temblorosos.

—¿Antonio, cómo puede Octavio hacerle eso al hijo de César? Su hijo de sangre, su legítimo heredero y sólo un niño.

—Sin duda puedes verlo por ti misma —manifestó Ahenobarbo, que leyó la carta—. Cesarión cumplió los dieciséis el pasado junio; es un hombre.

—Pero ¡es el hijo de César! ¡Su único hijo!

—La viva imagen de su padre —dijo Ahenobarbo con un tono seco—. Octavio sabe muy bien que, si Roma e Italia ponen sus ojos en el muchacho, se verá abrumado con los seguidores. El Senado correría a hacerlo ciudadano de Roma y privaría a Octavio de la riqueza de su papaíto y de sus clientes, que es algo mucho más importante. —Ahenobarbo la miró con furia—. Hubieses hecho bien, Cleopatra, en quedarte en Egipto y enviar a Cesarión a esta

campaña. Hubiese habido mucho menos rencor en los consejos.

Ella se encogió, no estaba en condiciones para enfrentarse a Ahenobarbo.

—No, si lo que dices es verdad, hice bien en mantener a Cesarión en Egipto. Debo hacer la conquista por él, y sólo entonces presentarlo.

—¡Eres una loca, mujer! Mientras Cesarión permanezca en el culo del Mare Nostrum es invisible. Octavio puede distribuir panfletos donde lo describe como alguien que no se parece en absoluto a César, y nadie se lo discute. Si Octavio consigue llegar hasta Egipto, tu hijo morirá sin ser visto.

—¡Octavio nunca llegará a Egipto! —gritó ella.

—Por supuesto que no —afirmó Canidio, que se sumó a la conversación—. Lo derrotaremos ahora en la Grecia occidental. Tengo información de que Octavio se ha armado con dieciséis legiones y diecisiete mil jinetes germanos y galos. Representan su única fuerza terrestre. Su marina consiste en doscientos grandes quinquerremes que hicieron bien en Naulochus y otras doscientas pequeñas liburnas. Los superamos en número en todos los aspectos.

—Bien dicho, Canidio. No podemos perder. —Entonces ella se estremeció—. Algunos temas sólo se pueden solucionar con la guerra, pero el resultado es incierto. Recordad a César. Siempre se vio superado en número. Dicen que este Agripa es casi tan bueno como él.

Inmediatamente después de la carta de Pollio se trasladaron a Patrae, en la boca del golfo de Corinto, en la Grecia occidental; para entonces, toda la armada y el ejército habían llegado tras haber navegado por la península más occidental del Peloponeso al Adriático.

Aunque se habían quedado varios centenares de galeras para vigilar Modona, Corcira y otras islas estratégicas, la flota principal sumaba cuatrocientos ochenta quinquerremes de los más enormes jamás construidos. Estas embarcaciones tenían ocho hombres por remo en tres bancadas, estaban completamente cubiertas y tenían espolones de bronce rodeados con vigas de roble; sus cascos estaban reforzados con cinchas de trozos de madera cuadradas reforzadas con hierro para que sirviesen como parachoques en el caso de que recibiesen un golpe de espolón. Medían sesenta y un metros de eslora y quince metros de manga, sobresalían diez metros por encima del agua en el centro y siete metros y medio en la proa y en la popa. Cada una tenía cuatrocientos ochenta remeros y ciento cincuenta marineros, y estaban pertrechadas con altas torres que llevaban piezas de artillería. Todo esto las hacía inexpugnables; sin embargo, se movían a la velocidad de un caracol, por lo que eran poco recomendables en ataque. La nave insignia de Antonio, la Antonia, era todavía más grande. Sesenta de las naves de Cleopatra eran de este tamaño y diseño, pero las restantes eran amplias trirremes con cuatro

hombres por remo en tres bancadas, y podían moverse a gran velocidad, sobre todo cuando navegaban a vela, ayudadas por los remos. Su nave insignia, Cesarión, aunque muy bien pintada y adornada, era rápida y estaba diseñada más para la huida que para la lucha.

Cuando todo estuvo en orden, Antonio se sentó complacido y no vio nada malo en emitir órdenes tan amplias que muchos de los detalles quedaron al arbitrio individual de los legados, algunos buenos, algunos mediocres y algunos inútiles.

Se puso a sí mismo en una línea que iba entre la isla de Corcira y Modona, un puerto del Peloponeso, al norte del cabo Acritas. Bogud de Mauritania, un refugiado de su hermano, recibió el mando de Modona, mientras que la gran base naval, en la isla de Leucas, fue dada a Cayo Sosio. Incluso Cyrenaica, en África, contaba con una guarnición. Lucio Pinario Scarpo, un sobrino nieto de Divus Julius, lo vigilaba todo con una flota y cuatro legiones. Esto era necesario para proteger el trigo y los envíos de alimento desde Egipto. Samos, Éfeso y muchos puertos de la costa oriental de Grecia sirvieron de depósito de comida, que recibieron en enormes cantidades.

Antonio había decidido no hacer caso de la Macedonia occidental y del norte de Epirus; intentar retenerlos alargaría su frente y debilitaría la densidad de sus tropas y barcos, por lo tanto, dejó que Octavio los tuviese, y también la Vía Egnatia, la gran carretera oriental. La preocupación por un frente demasiado largo y poco profundo le obsesionaba tanto que incluso evacuó Corcira. Su base principal era la bahía de Ambracia; este enorme, casi cerrado fondeadero, tenía una boca al Adriático que medía menos de una milla de ancho. En el promontorio sur de la boca estaba el cabo Actium, donde Antonio instaló su puesto de mando, sus legiones y sus auxiliares, dispersos a lo largo de muchas millas de insalubres pantanos infestados de mosquitos. Aunque no llevaba acampado mucho tiempo, el ejército de tierra comenzaba a pasar graves apuros. La neumonía y las fiebres eran endémicas, e incluso los hombres más resistentes tenían unos resfriados tremendos; la comida también comenzaba a escasear.

La provisión de alimentos no había estado bien organizada, y cualquier cosa que Cleopatra sugirió para rectificar las deficiencias fueron pasadas por alto o deliberadamente saboteadas. No es que tampoco ella o Antonio hubiesen dedicado mucha atención a los suministros, seguros de que su política de mantener los almacenes de comida en el lado oriental era una buena estrategia; Octavio tendría que rodear el Peloponeso para llegar a estos depósitos. Pero lo que ellos no habían tenido en cuenta eran las altas montañas casi imposibles de cruzar, que formaban como un grueso lomo desde Macedonia hasta el golfo de Corinto y separaban la Grecia oriental de la occidental. Las carreteras no eran más que senderos, si es que existían.

Publio Canidio fue el único entre los legados que contempló la imperiosa necesidad de llevar la mayor parte de estas reservas de comida y trigo alrededor del Peloponeso por barco, pero Antonio, que estaba de un humor de perros, tardó varios días en aprobar la orden, que primero llegó al este antes de poder ser ejecutada. Y eso llevó tiempo.

*

Y el problema era que Antonio y Cleopatra no tenían tiempo. Era sabido que al final del invierno y a principios de la primavera las ventajas estarían con aquellos que permanecieran en el lado oeste del Adriático y que nadie en la tienda de mando de Antonio creía que Octavio y sus fuerzas podrían o querrían cruzar el Adriático hasta el verano. Pero aquel año todos los dioses acuáticos, desde el padre Neptuno hasta los lares Permarini, estaban del lado de Octavio. Soplaron fuertes vientos del oeste, tan inusuales como fuera de estación, lo que significaba ventajas para Octavio e inconvenientes para Antonio, que se veía impotente para impedir que Octavio navegase o desembarcase donde quisiese.

Mientras los transpones de tropa cruzaban el Adriático desde Brundisium, Marco Agripa mandó la mitad de sus cuatrocientas galeras para atacar la base de Antonio en Modona. Consiguió una victoria total, sobre todo porque, después de matar a Bogud, hundió la mitad de sus naves y puso la otra mitad a su servicio. Después, Agripa hizo lo mismo con Sosio en Leucas. No obstante, Sosio consiguió escapar. Antonio y Cleopatra estaban absolutamente desabastecidos de trigo y de comida que viniese por mar, no importaba su punto de origen. Así pues, la única manera de alimentar a las fuerzas de tierra y de mar era por tierra, pero Antonio se negó en absoluto a que sus soldados romanos fueran utilizados como bestias de carga o incluso de líderes de las bestias de carga. ¡Qué los indolentes egipcios de Cleopatra hiciesen algo por una vez! ¡Qué ellos organizarasen el transporte terrestre!

Todos los burros y las mulas, en el este del país, fueron requisados y cargados hasta lo máximo tolerado. Pero los capataces egipcios tenían muy poco respeto por los animales: no les daban agua y miraban indiferentes cómo morían mientras las caravanas cruzaban las montañas de Dolopia. En estas circunstancias, los griegos se vieron obligados por millares y a punta de espada a cargar los sacos y ánforas de suministros y caminar las ochenta terribles millas entre el final del golfo de Malis y la bahía de Ambracia. Entre estos desgraciados porteadores había un griego llamado Plutarco que sobrevivió a este padecimiento y, con el transcurso de los años, entretenía a sus nietos con los horribles relatos que suponía cargar aquel trigo a lo largo de ochenta penosas millas.

Para finales de abril, Agripa controlaba el Adriático y todas las tropas de

Octavio habían desembarcado sanas y salvas alrededor de Epirote Toryne, a sotavento de Corcira. Después de decidir que Corcira fuese su base naval principal, Octavio avanzó hacia el sur con sus fuerzas de tierra en un intento por sorprender a Antonio en Actium.

Hasta ese momento todas las decisiones erróneas de Antonio habían surgido por el efecto adverso que Cleopatra ejercía sobre sus legados. Pero entonces cometió un error irreparable: reunió a todas las naves que tenía dentro de la bahía de Ambracia, cuatrocientas cuarenta naves incluso después de las pérdidas provocadas por Agripa. Dado el tamaño y la lentitud de sus naves, era imposible, excepto en las condiciones ideales de tiempo, sacar las flotas encerradas en la bahía a través de una boca de menos de una milla de ancho. Mientras Antonio y Cleopatra se veían impotentes, el resto de sus bases cayeron en manos de Agripa: Patrae, todo el golfo de Corinto y el Peloponeso occidental.

Los esfuerzos de Octavio para avanzar rápidamente y sorprender al ejército terrestre de Antonio fracasaron; llovía, el suelo era fangoso y sus hombres enfermaban de resfriado y gripe. En base a los informes de sus exploradores, Antonio y el asesino Décimo Turullio salieron con varias legiones y caballería gálata y derrotaron a las legiones que iban en cabeza; Octavio se vio obligado a detenerse.

Necesitando con desesperación obtener una victoria, Antonio se aseguró que sus soldados lo aclamasen imperator en el campo (por cuarta vez en su carrera) y exageró tremendamente su éxito. Entre las enfermedades y las raciones cada vez más míseras, la moral en sus campamentos era muy baja. Su cadena de mando estaba muy afectada, algo que debía agradecer a Cleopatra. Ella no hacía ningún intento por mantenerse al margen, y recorría la zona regularmente para criticar, comportándose con una helada altivez. Según su forma de ver, ella no hacía nada malo, y aunque su relación con los romanos databa de dieciséis años, aún no había llegado a comprender el concepto de igualitarismo, que no incorporaba ninguna reverencia automática de ningún hombre o mujer, incluso una nacida para llevar la cinta de la diadema. Al culparla por la grave situación en la que se encontraban, los legionarios vulgares le silbaban y le gritaban; también le ladraban, como una jauría de perros. Ella no podía ordenar que fuesen castigados. Los centuriones y los legados, sencillamente, no le hacían caso.

Octavio acampó en un terreno seco cerca de la cabecera norte de la bahía y conectó su gran campamento con la base de suministros de la costa adriática con unas largas fortificaciones. Se llegó a un punto muerto, con Agripa bloqueando la bahía desde el mar y Octavio privando a Antonio de la oportunidad de reubicarse donde el terreno fuese menos pantanoso. El hambre alzó todavía más su terrible cabeza, a la que siguió la desesperación.

Un día, cuando los vientos del oeste dejaron de soplar con tonta constancia, Antonio envió una parte de su flota al mando de Tarcondimoto. Agripa salió de inmediato a su encuentro con sus liburmas y lo atacó. Tarcondimoto murió en el combate; sólo un súbito cambio en la dirección del viento permitió a la mayoría de la flota de Antonio regresar al interior de su prisión. Agripa se extrañó ante el hecho de que la salida había sido comandada por un cliente-rey y que ninguna embarcación llevase tropas romanas, pero interpretó el movimiento como una duda en la mente de Antonio de que pudiese ganar.

La verdad es que era el resultado de las diferencias en los consejos que un desilusionado Marco Antonio todavía mantenía regularmente. Antonio y los romanos querían una batalla terrestre, pero Cleopatra y los clientes-reyes querían una batalla naval. Ambas facciones veían que estaban atrapados en una situación imposible de ganar, y ambas facciones comenzaban a ver que debían abandonar la invasión de Italia y decidirse por regresar a Egipto para reagruparse y plantear una mejor estrategia. Sin embargo, para poder hacer esto, primero tenían que infligir a Octavio una derrota lo suficientemente grande como para permitirse una retirada en masa.

Aún llegaba comida suficiente a través de las montañas para mantener a raya la hambruna, pero tuvieron que repartir raciones pequeñas. En cuanto a esto, Cleopatra sufrió una derrota que rápidamente le puso en contra a los contingentes no romanos: setenta mil hombres. Antonio estaba suministrando raciones más grandes a sus sesenta y cinco mil soldados romanos pero no lo bastante en secreto. La noticia llegó a oídos de los clientes-reyes, que pusieron el grito en el cielo y la odiaron por ello. También consideraron a Cleopatra débil, puesto que no había sido capaz de persuadir u obligar a Antonio a que abandonase esta injusta práctica. El paludismo y las diarreas hicieron estragos en los campamentos mientras avanzaba el verano. Nadie, romano o no romano, había tenido la previsión —o el entusiasmo— de hacer maniobras con las fuerzas terrestres o de ejercitar las fuerzas navales. Casi ciento cuarenta mil hombres de Antonio permanecían ociosos, hambrientos, enfermos y descontentos. Esperaban que alguien en el mando pensase en una manera de salir de la bahía. Ni siquiera clamaban por una batalla, una clara señal de que habían renunciado a la guerra.

Un día, Antonio ideó la manera de salir. Abandonó su desesperación y llamó a sus subordinados para darles la explicación.

—Hemos tenido bastante buena fortuna ya que estamos cerca del río Acheron —dijo, y señaló al mapa—. Aquí está Octavio, no tan cerca como nosotros. Tiene que traer agua desde el río Oropus, un largo trayecto desde sus campamentos. La transporta con medios troncos huecos que está reemplazando con cañerías de cerámica. Agripa las trae desde Italia. Pero en

este momento su suministro de agua es precario. Así que vamos a cortarle el suministro para obligarlo a retirarse de su actual posición a otra más cerca del Oropus. Por desgracia, la distancia que debemos viajar para conseguir sorprenderlo anula un ataque de infantería a toda escala, al menos al principio.

Continuó, y utilizó el dedo índice derecho para señalar las áreas relevantes, mostrándose muy confiado; el humor en la tienda de mando mejoró, sobre todo cuando Cleopatra guardó silencio.

—Por lo tanto, Deiotaro Filadelfo, te llevarás tu caballería y la caballería tracia (Rhoemetalces será tu segundo) y encabezarás la acción. Sé que tendrás que hacer una larga vuelta alrededor del este de la bahía, pero Octavio no estará vigilando aquella zona ya que está demasiado lejos. Marco Lurio se llevará diez legiones romanas y te seguirá lo más rápido que pueda. Mientras tanto, yo llevaré a la infantería en barcas a través de la bahía y la haré acampar debajo de los muros de Octavio. No se preocupará mucho, y cuando le ofrezca batalla, no me hará caso. Está muy bien atrincherado como para preocuparse. Cuando tu infantería, Lurio, se encuentre con la caballería de Deiotaro Filadelfo, arrancaréis millas de las cañerías de Octavio y después saquearéis sus almacenes de comida en el norte. En cuanto se entere de lo que está ocurriendo, Octavio levantará el campamento para reubicarlo a lo largo del Oropus. Mientras él esté ocupado con eso (y Agripa lo esté ayudando), nosotros iniciaremos la evacuación hacia Egipto.

La excitación se extendió; era una excelente maniobra, con grandes posibilidades de éxito. Pero el desafecto había crecido desde la noticia de que las tropas romanas estaban mejor alimentadas; un comandante tracio desertó, fue a Octavio y le explicó el plan con todo detalle. Octavio pudo interceptar a la caballería con algunos de sus propios germanos. No hubo batalla. Deiotaro Filadelfo y Rhoemetalces se pasaron de inmediato a Octavio, y luego, unidos a los germanos, fueron a aplastar a la infantería, que dio media vuelta y escapó en dirección a Actium.

Cuando se enteró del desastre, Antonio reunió lo último de su caballería, un contingente gálata bajo el mando de Amintas, y salió en persona para hacer que sus legiones diesen media vuelta. Pero cuando Amintas se encontró con sus colegas y los germanos desertó, y se ofreció a sí mismo y a sus dos mil soldados de caballería a Octavio.

Denotado y desesperado, Antonio se llevó sus legiones de vuelta a Actium, convencido de que no se podía ganar ningún combate terrestre en aquel terrible lugar.

—¡No sé cómo romper el cerco! —le gritó a Cleopatra, sin un atisbo de esperanza—. ¡Los dioses me han abandonado, y también mi suerte! Si los vientos hubiesen soplado como siempre, Octavio nunca hubiese podido cruzar

el Adriático. Pero soplaron a su favor, y deshicieron todos mis planes. ¿Cleopatra, Cleopatra, qué voy a hacer? ¡Se ha acabado!

—Calma, calma —dijo ella con voz suave, y acarició el duro pelo rizado, y notó por primera vez que estaba encaneciendo. ¡Plateado casi de la noche a la mañana!

Ella también había sentido la misma impotencia, un terrible temor a que sus propios dioses, además de los de Roma, habían tomado partido por Octavio. ¿Por qué sino había sido capaz de cruzar el Adriático fuera de la estación adecuada para hacerlo? ¿Por qué sino había sido dotado con un comandante tan grande como Agripa? Pero la pregunta más urgente de todas era: ¿por qué ella no había abandonado a Marco Antonio a su inevitable destino y huido a Egipto? ¿Lealtad? ¡No, desde luego que no! Después de todo, ¿qué le debía ella a Antonio? ¡Él era su herramienta, su títere! ¡Ella siempre lo había sabido! Entonces, ¿por qué ahora ella estaba con él? Él no tenía la capacidad o el valor para indagar qué los unía, nunca los había tenido. Sencillamente, al amarla, él había intentado ser lo que ella necesitaba. «Es Roma —pensó ella mientras le acariciaba los rizos—. Ni siquiera un monarca tan grande y poderoso como Cleopatra de Egipto puede sacar a un romano de un romano. Casi lo conseguí. Pero sólo casi. No pude hacerlo con César, y no puedo hacerlo con Antonio. Entonces, ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué, durante estos últimos nundinae, soy cada vez más blanda con él y he dejado de azotarlo?»

Entonces lo comprendió, con el terror de una súbita catástrofe natural como una avalancha, un terremoto, un diluvio: «¡Lo amo!» Lo acunó protectoramente, besó su rostro, sus manos, sus muñecas y, estupefacta, comprendió la identidad de esa nueva emoción que había entrado en ella con tanto sigilo, la había invadido, la había conquistado. «¡Lo amo, lo amo! ¡Oh, pobre Marco Antonio, al final has obtenido tu revancha! Te amo tanto como tú me amas a mí: absoluta e ilimitadamente. Mi amurallado corazón se ha rajado, se ha abierto, para admitir a Marco Antonio, y la cuña que lo hizo fue su propio amor por mí. Él me ha ofrecido su espíritu romano, ha salido a una noche tan negra y densa que no ve más allá de mí. Yo, al aceptar su sacrificio, he llegado a amarlo. Lo que el futuro nos depare es el mismo futuro para ambos. No puedo abandonarlo.»

—¡Oh, Antonio, te quiero! —gritó ella y lo abrazó.

A medida que avanzaba el verano, los legados abandonaron a Antonio por docenas, los senadores se pasaban a Octavio por centenares. Era tan fácil como cruzar a remo la bahía, porque Antonio, hundido en la desesperación rehusaba detenerlos. Sus súplicas de asilo siempre giraban alrededor de «aquella mujer», la causa de la ruina. Aunque un espía le informó a Cleopatra

de una causa curiosa: Rhoemetalces de Tracia fue especialmente ácido en sus críticas a Antonio hasta que Octavio lo interrumpió.

—Quin taces? —dijo con tono seco—. Sólo porque me guste la traición no significa que me gusten los traidores.

Para Antonio, el peor golpe llegó a finales de julio: sin ocultar su odio por Cleopatra —de hecho, proclamándolo con voz ronca—, Ahenobarbo abandonó.

—Ni siquiera por ti, Antonio, puedo soportar otro día a «aquella mujer». Sabes que estoy enfermo, pero probablemente no sabes que me estoy muriendo. Quiero morir en un entorno romano, libre del más mínimo rastro de «aquella mujer». ¡Oh, qué tonto eres, Marco! Sin ella, hubieses ganado. Con ella, no tienes la más mínima posibilidad.

Lloroso, Antonio vio cómo el bote llevaba a Gneo Domitio Ahenobarbo a través de la bahía, para luego enviar todas las posesiones de Ahenobarbo tras él. Las incesantes objeciones de Cleopatra cayeron en saco roto.

Al día siguiente de la marcha de Ahenobarbo, Quinto Delio lo siguió, junto con los últimos senadores.

Y al otro día, Octavio le envió a Antonio una amable carta.

Tu muy devoto amigo, Gneo Domitio Ahenobarbo, murió pacíficamente anoche. Quiero que sepas que le di la bienvenida y lo traté con gran consideración. Tengo entendido que su hijo, Lucio, está casado con tu hija mayor que tuviste con mi hermana Octavia. El matrimonio será honrado, le di a Ahenobarbo mi palabra. Será interesante ver al hijo de una pareja que une la sangre de Divus Julius, Marco Antonio y los Ahenobarbo, ¿no te parece? Un metafórico tira y afloja, dado que los Ahenobarbo siempre se han opuesto a los Julio.

—¡Lo echo de menos, lo echo de menos! —dijo Antonio mientras las incontenibles lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Era mi más tenaz enemigo —replicó Cleopatra con expresión implacable.

En los idus de Sextilis, Cleopatra convocó un consejo de guerra. «¡Qué pocos somos, qué pocos!», pensó mientras ayudaba con mucho cariño a Marco Antonio a sentarse en la silla curul de marfil.

—Tengo un plan —le anunció a Canidio, Poplicola, Sosio y Marco Lurio, los únicos legados superiores que quedaban—. Sin embargo, puede que algún otro también tenga un plan. Así que me gustaría escucharlo antes de hablar. — Su tono era humilde, parecía sincera.

—Yo también tengo un plan —dijo Canidio, muy agradecido de esta inesperada oportunidad de ventilar aquello sin necesidad de convocar él mismo un consejo.

Habían pasado meses desde que había podido hablar con Antonio, que se había convertido en una caricatura de lo que había sido. Culpa de ella, de nadie más. ¡Pensar que una vez él había sido su campeón! Bueno, ya no lo sería nunca más.

—Habla, Publio Canidio —dijo la reina.

Canidio también se veía envejecido, a pesar de su cuerpo atlético y de su amor por el trabajo físico. Sin embargo, no había perdido un ápice de su franqueza.

—Lo primero que debemos hacer es abandonar la flota, y con eso no me refiero a salvar todos los barcos que podamos. Todos los barcos, incluidos los de la reina Cleopatra, deben ser abandonados.

Cleopatra abrió la boca y después la cerró. ¡Qué Canidio explicase su ridículo plan y luego atacaría!

—Retiraremos el ejército de tierra a marchas forzadas hasta la Tracia macedónica, donde tendremos espacio para maniobrar, espacio para presentar batallas en el terreno que escojamos. Estaremos en la posición perfecta para reunir tropas adicionales de Asia Menor, Anatolia e incluso Dacia. Podemos utilizar las siete legiones macedónicas, que en este momento se encuentran alrededor de Tesalónica; buenos hombres, Antonio, como tú sabes. Sugiero la zona que hay detrás de Anfipolis, donde el aire es limpio y seco. Este año ha sido lo bastante lluvioso como para asegurar que no habrá tormentas de polvo, como ocurrió cuando luchamos en Filipos. La cosecha estará a punto para cuando lleguemos allí, y será abundante. La marcha dará tiempo para que nuestros soldados enfermos recuperen fuerzas, y la moral subirá con el solo hecho de que estemos abandonando este terrible lugar. Dudo de que Octavio y Agripa puedan marchar a la velocidad de César; Octavio, según he escuchado, se está quedando sin dinero. Bien podría incluso decidir no librar una campaña tan lejos de Italia con el invierno muy cerca y unas dudosas líneas de abastecimiento. Nosotros marcharemos por tierra, mientras que él tendrá que llevar a sus flotas desde el Adriático hacia el alto Egeo. Nosotros no vamos a necesitar flotas, y cerrando la Vía Egnatia, Octavio tendrá que depender de los barcos para el suministro.

Canidio se interrumpió, pero cuando Cleopatra se dispuso a hablar, levantó la mano con un gesto tan autoritario que ella se quedó en el intento. Los demás estaban pendientes de cada una de sus palabras, los muy tontos.

—Su majestad —prosiguió Canidio, que ahora se dirigió a ella—, sabes

que he sido tu más firme partidario. Pero ya nunca más. El tiempo ha demostrado que una campaña no es lugar para una mujer, sobre todo cuando esa mujer ocupa la tienda de mando. Tu presencia ha sembrado la discordia, la furia y la oposición de los hombres. Por tu presencia hemos perdido a muchos hombres de valor e incluso un valioso tiempo. Tu presencia ha robado a las tropas romanas su vitalidad, su voluntad de ganar. Tu sexo ha creado tantos problemas que, incluso si fueses un Julio César (cosa que claramente no eres), tu presencia sería una pesada carga para Antonio y sus generales. Por lo tanto, digo con toda firmeza que debes regresar a Egipto de inmediato.

—¡No haré tal cosa! —gritó Cleopatra, que se levantó de un salto—. ¡Cómo te atreves, Canidio! ¡Es mi dinero lo que ha mantenido esta guerra en marcha, y mi dinero significa yo! ¡No me iré a casa hasta haber ganado esta guerra!

—No has entendido lo que digo, su majestad. Digo que no Podemos ganar esta guerra mientras tú estés aquí. Eres una mujer que intenta llevar las botas militares de un hombre, y no lo has conseguido. Tú y tus caprichos nos han costado mucho, y es el momento de que te des cuenta. ¡Si hemos de ganar, debes marcharte inmediatamente!

—¡No lo haré! —insistió ella entre dientes—. Es más, ¿cómo puedes sugerir que abandonemos las flotas? ¿Han costado diez veces más que el ejército de tierra, y quieres que se las demos a Octavio y a Agripa? ¡Eso equivale a darles todo el mundo!

—No he dicho que se las entregaremos al enemigo, majestad. Lo que sugería (pero que ahora diré con toda claridad) es que las quememos.

—¿Quemarlas? —Ella se llevó las manos a la garganta, y aquel nudo se hacía cada vez más grande—. ¿Quemarlas? ¿Todos aquellos árboles, todo aquel trabajo, todo aquel dinero verlo convertido en humo? ¡Nunca! ¡No, no y no! ¡Tenemos más de cuatrocientos quinquerrems en condiciones de combatir y muchos más transportes que éstos! ¡No nos queda caballería, idiota! ¡Eso significa que el ejército de tierra no está en posición de combatir; está completamente paralizado! ¡Si hay algo que abandonar que sea la infantería!

—Las batallas en tierra las decide la infantería, no la caballería —dijo Canidio, poco dispuesto a ceder ante aquella loca y su pasión por obtener el valor de su dinero—. Quemaremos las flotas y marcharemos a Anfipolis.

Antonio permaneció en silencio mientras se libraba aquella batalla verbal: Cleopatra sola contra Canidio, respaldado por Poplicola, Sosio y Lurio. Lo que decían parecía zumbir, flotar, brillar y desvanecerse. «Irreal», pensó Antonio.

—¡No regresaré a casa! ¡No quemarás mis flotas! —gritaba ella, y la espuma saltaba por la comisura de sus labios.

—¡Vete a casa, mujer! ¡Debemos quemar las flotas! —gritaban los hombres, los puños apretados, algunos agitándolos contra ella.

Por fin, Antonio salió de su ensimismamiento; una mano golpeó la mesa, que resonó.

—¡Callaos todos! ¡Callaos y sentaros!

Se sentaron, temblando de rabia y frustración.

—No quemaremos las flotas —dijo Antonio con voz cansada—. La reina tiene razón, debemos salvarlas. Si quemamos todas nuestras naves, no habrá nada entre Octavio y el extremo oriental del Mare Nostrum. Egipto caerá porque Octavio sencillamente pasará junto a nosotros en Anfipolis. Navegará directamente hacia Egipto, y Egipto caerá porque nosotros no podremos llegar allí antes si vamos por tierra. ¡Pensad en las distancias! Hay mil millas hasta Helesponto, otras mil millas a través de Anatolia y mil millas más hasta Alejandría. Quizá César podría recorrerlas en tres o cuatro meses, pero sus tropas morirían por él, mientras que las nuestras se cansarían de las marchas forzadas en un mes y desertarían.

Su argumento era indiscutible; Canidio, Poplicola, Sosio y Lurio se rindieron, mientras que Cleopatra permanecía con la mirada baja y sin ninguna expresión de triunfo. Por fin comprendió que era su sexo lo que esos locos no toleraban, que no era su condición de extranjera ni su dinero. Todo su odio era por ser una mujer. A los romanos no les gustaban las mujeres, y por eso las dejaban en casa incluso si no hacían otra cosa más importante que ir a alojarse en una villa en el campo. Finalmente tenía la respuesta al acertijo.

—No sabía que era mi sexo —le dijo a Antonio después de que sus cuatro generales se hubiesen marchado, sin dejar de protestar, pero convencidos de que tenía razón—. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—Oh, porque tu propia vida nunca ha levantado ese velo.

Se hizo un silencio, pero no uno incómodo. Cleopatra percibió un cambio en Antonio, como si la amargura y la larga discusión entre ella y sus cuatro amigos restantes hubiesen penetrado en su distanciamiento, le hubieran dado algo de energía.

—No creo que quiera compartir mi plan con Canidio y los demás —manifestó—, pero me gustaría hablarlo contigo. ¿Me escucharás?

—Encantado, amor mío. Encantado.

—No podemos ganar aquí, lo sé —manifestó ella con un tono seco, como si no fuese su preocupación—. También comprendo que el ejército de tierra es inútil. Tus propias tropas romanas son tan leales como siempre, y no ha habido deserciones entre ellas. Así que, si es posible, se las debe salvar. Lo que quiero

hacer es salir de Ambracia e intentar llegar a Egipto. Sólo hay una manera de hacerlo. Nuestras flotas deben presentar batalla. Una batalla que tú debes dirigir en persona a bordo del Antonia. Dejaré que tú y tus amigos os ocupéis de los detalles porque no sé nada de asuntos navales. Lo que quiero hacer es cargar todas las tropas romanas que quepan en mis transportes, mientras tú cargas más en tus galeras más rápidas. No te preocupes de los quinquerremes, son tan lentos que los atraparás.

Él la escuchaba alerta, los ojos fijos en su rostro.

—Continúa.

—Éste es nuestro secreto, Marco, amor mío. No puedes hablar de él ni siquiera con Canidio, a quien mantendrás en tierra para que mande a la infantería que quede. Pon a Poplicola, Sosio y Lurio al mando de tus flotas, eso los mantendrá ocupados. Mientras sepan que tú estás allí en persona no se olerán el engaño. Yo estaré a bordo del Cesarión lo bastante lejos detrás de las líneas para ver dónde se abre una brecha. En el momento que se abra correremos hacia Egipto con tus tropas. Tendrás que mantener una pinaza cerca del Antonia, cuando me veas navegar, tú me seguirás. Me darás alcance y subirás a bordo del Cesarión.

—Pareceré un desertor —dijo Antonio con el entrecejo fruncido.

—No una vez que se sepa que has actuado para salvar a tus legiones.

—Puedo mejorar tu plan, querida mía. Tengo una flota y cuatro buenas legiones en Cyrenaica con Pinario Escarpo, Dame un barco y navegaré a Paraetonium para recoger a Pinario y mis hombres. Nos encontraremos de nuevo en Alejandría.

—¿Paraetonium? Eso está en Libia, no en Cyrenaica.

—Por eso mismo envió un barco a Cyrenaica en este momento. Le ordenaré a Pinario que marche hacia Paraetonium de inmediato.

—Dado que no podemos salvar a las once legiones que tienes aquí, nos vendrán bien otras cuatro más —manifestó ella, satisfecha—. Que así sea, Marco. Tendré aquel barco al costado del Cesarión, a la espera. Pero antes de que lo abordes, quiero que te despidas de mí en el Cesarión, por favor.

—Eso no es ningún sufrimiento —manifestó él, soltó una carcajada y la besó.

El secreto pasó a mejor vida, como era inevitable, cuando en las calendas de septiembre las legiones fueron embarcadas, prietas como sardinas, a bordo de los transportes de Cleopatra y de cualquier otra embarcación capaz de navegar rápidamente. Antes, hubo otras pruebas de que había algo más que una simple batalla marítima: todas las embarcaciones salvo los enormes

quinquerremes, tenían guardadas sus velas y estaban cargadas con grandes cantidades de agua y comida. Canidio, Poplicola, Sosio y Lurio, así como el resto de los legados, asumieron que, inmediatamente después del encuentro, harían la intentona de llegar a Egipto. Aquello se vio reforzado cuando todas las naves que no eran necesarias o que no estaban en condiciones de navegar fueron embarrancadas e incendiadas lo bastante lejos de la boca de Ambracia para disipar el humo antes de que Octavio lo viese. Lo que nadie sospechaba era que el enfrentamiento también era humo, que no se libraría nunca. Orgullosos romanos como eran, Poplicola, Sosio y Lurio no hubiesen soportado un plan que significase no sostener un combate hasta el final. Canidio, que sí veía a través del humo, no les dijo nada a sus colegas, sencillamente se concentró en poner en marcha a las tropas que no tenían cabida en los transportes antes de que Octavio se enterase de lo que estaba ocurriendo.

XXVI

Al final del verano, en el Adriático, el viento era más predecible que en cualquier otra estación: soplaba del oeste por la mañana y sobre el mediodía viraba al noroeste y ganaba fuerza a medida que más viraba al norte.

Octavio y Agripa no habían pasado por alto las señales de una inminente batalla, aunque ningún espía los había informado de las velas, el agua y la comida a bordo de todos los transportes que Antonio y Cleopatra poseían; de haberlo sabido podrían haber planeado contramedidas para evitar la fuga. En cambio, sencillamente asumieron que el enemigo estaba cansado de estar quieto y había decidido jugárselo todo a derrotar a Agripa en el mar.

—La estrategia de Antonio es sencilla —le dijo Agripa a Octavio en su tienda de mando—. Ha de rodear mi fila de naves en su extremo norte e ir hacia el sur; eso es, lejos de tu campamento terrestre y de mi propia base en la bahía de Comarus. Su ejército de tierra invadirá nuestro campamento y mi base naval con muchas posibilidades de victoria. Mi estrategia también es igual de sencilla: he de evitar que vire y me gire en contra del viento. El que gane la carrera en dar la vuelta también ganará la batalla.

—Entonces el viento te favorecerá un poco más que a él —señaló Octavio, de puntillas por la excitación.

—Sí. También me favorece el tamaño de las naves, César. Aquellos monstruosos quinquerremes de Antonio son demasiado lentos. En comparación, él es Antaeo el gigante y nosotros Hércules el enano —manifestó Agripa con una sonrisa—, y lo que parece haber olvidado es que Hércules levantó a Antaeo libre de su madre, la tierra. Bueno, no habrá tierra para Antaeo para sacar fuerzas de ella en una batalla librada en el agua.

—Encuéntrame una flotilla para mandar en el extremo sur de tu línea de combate —pidió Octavio—. Rehusó ver esta batalla sentado en tierra firme y que todo el mundo me llame cobarde. Pero si estoy muy lejos del foco del combate no podré interferir en tus tácticas ni siquiera con el más inocente error. ¿Cuántos de nuestros legionarios piensas usar, Agripa? Y si, aun así, Antonio ganara, ¿invadirá nuestro campamento y nuestro puerto?

—Treinta y cinco mil. Todos los barcos llevarán garfios para arrastrar a esos elefantes desde una cierta distancia, así como todas las pasarelas con garfios posible. Tenemos la ventaja de que nuestras tropas han sido entrenadas como marinos; Antonio nunca se molestó en hacer eso. Pero, César, no sirve de nada sentarse en el extremo sur de nuestra línea de combate. Mejor estar a bordo de mi propia liburnia como mi segundo. Confío en que no anules mis órdenes.

—¡Vaya, gracias por el cumplido! ¿Cuándo ocurrirá?

—Mañana, por todas las indicaciones. Estaremos preparados.

El segundo día de septiembre Marco Antonio salió de la bahía de Ambracia con seis escuadras, y con él al mando de la situada más al norte. A estribor, que era su norte, había tres de las seis, cada una de cincuenta y cinco enormes quinquerremes; Poplicola era su segundo al mando. Agripa colocó a sus remeros más lejos de la costa de lo que Antonio había esperado, lo que significaba tener que remar más de lo que deseaba. Para media mañana había conseguido la distancia que deseaba y permanecía a la espera para hacer descansar a los remeros. Sólo al mediodía, cuando el viento comenzase a virar hacia el norte, podría comenzar la batalla.

Cleopatra y sus transportes aprovecharon la ventaja de una distancia más larga y se movieron hacia la bocana como si fuesen a permanecer en la reserva, y confiados en que la inesperada distancia de Agripa a la costa ocultaría la naturaleza de sus barcos, que transportaban las tropas.

El viento comenzó a cambiar, y ambos bandos se inclinaron sobre los remos y remaron desesperadamente hacia el norte. Las galeras, en el extremo norte de los dos bandos, dispuestas en una hilera que tenía intervalos más largos entre los quinquerremes de Antonio que entre las liburnas de Agripa.

La carrera acabó en empate. Ninguno de los dos bandos consiguió hacer que el otro virase contra viento. En cambio, las dos escuadras finales se enzarzaron en un combate. El Antonia y la nave insignia de Agripa, Divus Julius, fueron los primeros en entrar en acción, y en cuestión de minutos seis pequeñas liburnas habían sujetado con garfios al Antonia y lo arrastraban. Cuando tuvo tiempo para mirar, Antonio vio que diez de sus galeras también estaban en problemas, sujetas por las libaras. Algunas ardían, y poco

importaba que no pudiesen ser embestidas con los espolones y hundidas cuando el fuego podía hacer esa misma labor. Los soldados de las seis liburnas comenzaron a saltar como lapas a la cubierta del Antonia; Antonio decidió abandonar la nave. No obstante, aún tuvo tiempo para contemplar cómo Cleopatra y sus transportes habían salido de la bahía y navegaban hacia el sur a vela, ayudados por el fuerte viento del noreste. Un salto a la barca y se marchó, moviéndose entre las liburnas en una embarcación famosa por su velocidad.

Nadie a bordo del Divus Julius advirtió la presencia de la barca, a media milla de distancia para el momento en que el Antonia se rindió. Lucio Gelio Poplicola y las otras dos escuadras situadas a la derecha de Antonio se apresuraron a rendirse sin presentar combate, mientras que Marco Lurio, al mando del contingente del centro, viró sus naves y remó de vuelta a la bahía. En el extremo sur de su línea de combate, comandado por Cayo Sosio, las naves colocadas a la izquierda de Antonio siguieron el ejemplo de Lurio.

Fue una debacle, una batalla ridícula. Con más de setecientas naves en el mar, se habían enfrentado entre ellas menos de veinte.

Era tan increíble aquello que, de hecho, Agripa y Octavio estaban convencidos de que ese final del enfrentamiento era una trampa, que, por la mañana, Antonio emplearía alguna otra táctica. Por lo tanto, aquella noche la flota de Agripa permaneció a la espera en el mar, y perdió toda oportunidad de alcanzar a Cleopatra y a los cuarenta mil soldados romanos.

Cuando al día siguiente no se produjo ninguna estratagema inteligente, Agripa fue hasta Comarus y él y Octavio fueron a ver a los cautivos.

De Poplicola se enteraron de la sorprendente verdad: que Antonio había desertado de su puesto de mando para seguir a la fugitiva Cleopatra.

—¡Todo es culpa de «aquella mujer»! —gritó Poplicola—. ¡Antonio nunca tuvo la intención de luchar! Tan pronto como el Antonia se rindió, saltó por la borda a una barca y salió a toda velocidad para reunirse con Cleopatra.

—¡Imposible! —gritó Octavio.

—Te lo juro, yo mismo lo vi. Cuando lo vi, pensé, ¿Por qué voy a poner en peligro a mis soldados y tripulaciones? Rendirse de inmediato me pareció más honorable. Espero que tomes buena nota de mi buen sentido común.

—Lo pondré en tu memorial —dijo Octavio con un tono divertido, y le ordenó a sus germanos—: Quiero que lo ejecuten inmediatamente. Ocupaos de ello.

Sólo Sosio se libró de este destino; Arruntio intercedió por él, y Octavio le escuchó.

Canidio había intentado persuadir al ejército de tierra para que atacase el campamento de Octavio, pero nadie, salvo él, quería luchar. Tampoco las tropas querían levantar el campamento y marchar hacia el este.

El propio Canidio desapareció mientras los representantes de las legiones negociaban una paz con Octavio, que envió a los reclutas extranjeros a sus casas y buscó tierras en Grecia y Macedonia para los romanos.

—No quiero que ni uno solo de vosotros contamine Italia con vuestras historias —le dijo Octavio a los representantes de las legiones—. La clemencia es mi política, pero nunca volveréis a casa. Sed como vuestro amo Antonio y aprended a amar a Oriente.

Cayo Sosio tuvo que hacer el juramento de alianza, y fue advertido de que nunca debía contradecir la versión «oficial» de Octavio de lo ocurrido en Actium.

—Te he perdonado con una condición: silencio durante todo el camino hasta la pira. Recuerda que la puedo encender en cualquier momento.

—Necesito dar un paseo —le dijo Octavio a Agripa dos nundinae después de Actium—, y quiero compañía, así que no pongas ninguna excusa. Todo está en marcha, y no se te necesita.

—Tú vienes antes que cualquiera y cualquier cosa. ¿Adónde quieres ir a caminar?

—A cualquier parte menos aquí. El hedor de la mierda, los orines y tantos hombres es insoportable. Lo soportarla mejor si hubiese un poco de sangre, pero no la hay. ¡La batalla sin sangre de Actium!

—Entonces cabalgemos primero en dirección al norte hasta que estemos lo bastante lejos de Ambracia para respirar.

—¡Una excelente idea! Cabalaron durante dos horas, cosa que los llevó más lejos de la bahía de Comarus, donde se acababan los bosques. Agripa se detuvo junto a un arroyo resplandeciente al sol.

Pasaba sobre un lecho de rocas con olas de espuma, y el terreno musgoso emanaba un dulce olor a tierra.

—Aquí —dijo Agripa.

—Aquí no podemos caminar.

—Lo sé, pero allí hay dos preciosas rocas. Podemos sentarnos cara a cara y hablar. Hablar, no caminar. ¿No es eso lo que de verdad quieres hacer?

—¡Bravo, Agripa! —Octavio se rio mientras se sentaba—. Tienes razón, como siempre. Aquí hay paz, soledad y se puede reflexionar. La única fuente

de turbulencia es el arroyo, y es una melodía.

—Traje un odre de vino aguado, de aquel falerno que te gusta.

—¡El fiel Agripa! —Octavio bebió y después le pasó el odre a su amigo—. ¡Perfecto!

—Venga, suéltalo, César.

—Al menos, estos días no perjudican mi asma. —Exhaló un suspiro y estiró las piernas—. La batalla sin sangre de Actium; diez naves enemigas atacadas de cuatrocientas, y sólo dos de ellas incendiadas hasta hundirse. Quizá cien muertos, si es que hubo tantos. ¿Para esto he cobrado impuestos del veinticinco por ciento a los pueblos de Roma e Italia, el segundo año de contribución que se está cobrando ahora mismo? Seré maldecido, quizá incluso destrozado cuando todo lo que pueda mostrar por su dinero es una batalla que no fue una batalla. ¡Ni siquiera puedo presentar a Marco Antonio o a Cleopatra! Me aventajaron, huyeron. Y yo, como un tonto, pensé mejor de Antonio, y permanecí a la espera para derrotarlo en lugar de salir en su persecución.

—Venga, César, eso ya está hecho y acabado. Te conozco, y eso significa que conseguirás convertir Actium en un triunfo.

—Me he estado torturando la mente durante días, y quiero explicarte mis ideas porque tú me responderás con sinceridad. —Recogió una serie de cantos rodados y comenzó a disponerlos sobre la piedra donde estaba sentado—. No veo otra alternativa que la de exagerar deliberadamente Actium para convertirlo en algo que el propio Homero desearía cantar. Las dos flotas se enfrentaron como titanes, chocaron en toda la línea de combate de norte a sur. Es por eso que Poplicola, Lurio y el resto perecieron. Sólo Sosio sobrevivió. Dejemos que Arruntio crea que sus súplicas salvaron a Sosio; ahora ya sabes que no fue así. Antonio luchó heroicamente a bordo del Antonia y ya ganaba su parte de la batalla cuando, por el rabillo del ojo, advirtió que Cleopatra, traicioneramente, abandonaba la batalla y a él. Aún había tanta droga en su cuerpo que de pronto lo dominó el pánico, saltó a una barca y partió tras ella como un perro enamorado detrás de una perra en celo. Muchos de sus almirantes lo vieron ir tras Cleopatra, llamándola —Octavio levantó su voz en un falsete—: «¡Cleopatra, no me abandones! ¡Te lo ruego, no me abandones!» Los cadáveres flotaban por todas partes, el mar estaba del color tinto de la sangre, y había mástiles y velas enredados en el agua, pero la barca llevaba a Marco Antonio a través de esta carnicería tras la estela de Cleopatra. Tras eso, los almirantes de Antonio abandonaron la resistencia. Y tú, Agripa, incomparable en el combate, aplastaste a tus adversarios.

—Hasta ahora funciona —dijo Agripa, y bebió un trago del odre—. ¿Qué

pasó después?

—Antonio llega a la nave de Cleopatra y sube a bordo. Perdona el cambio al presente; siempre me ayuda cuando estoy bordando algo cuya verdad nunca se sabrá —dijo el maestro de los bordados—. Pero, de pronto, vuelve a los sentidos, ve en su mente el desastre que ha dejado atrás. ¡Le enseñaré al irrumator por acusarme de cobardía en Filípos! Ahora es su turno; ve el desastre que ha dejado atrás con tanta cobardía. Clama de angustia, se quita su paludamentum por encima de la cabeza y permanece sentado en la cubierta durante tres días sin moverse. Cleopatra le da antídotos, le suplica que baje a su camarote, pero él no se quiere mover, demasiado derrumbado ante su cobardía. ¡Miles de hombres muertos y él es el responsable!

—Suenan como uno de esos horribles poemas épicos que compran las muchachas —opinó Agripa.

—Sí, así es. Pero ¿apostarías por que toda Roma e Italia no se lo creen?

—No soy tan tonto. Lo compraría incluso en papel caro. En cuanto Mecenas le agregue unas cuantas frases floridas será impecable.

—Desde luego tendrá que servir para frenar el resentimiento contra mí por haber ido a la guerra. A la gente le gusta recibir algo a cambio de su dinero.

—Un tema espinoso, César. ¿Cómo harás para pagar tus deudas? Ahora que Cleopatra ha sido derrotada no tienes excusa para continuar cobrando tus impuestos. Sin embargo, mientras ella viva no tendrás paz. Se estará armando para otra intentona, esté Antonio con ella o no. Es el supuesto hijo de Divus Julius el que ella quiere que gobierne el mundo, no Antonio. Así que, ¿el dinero?

—Me dispongo a exprimir a los clientes-reyes de Antonio hasta que se pongan morados y los ojos se les salgan. Finalmente, invadiré Egipto.

Agripa miró al sol entre los árboles y se levantó.

—Es hora de volver, César. No queremos que nos sorprendan aquí en la oscuridad. Según Ático (y él debe de saberlo), el bosque está lleno de osos y lobos.

Trescientas naves de guerra de Antonio no sufrieron daños, aunque todos los transportes de tropas se habían ido con Cleopatra. Al principio, Octavio había pensado en quemarlas todas. Se había enamorado de las letales y pequeñas liburnas, y estaba convencido de que todas las futuras guerras navales se librarían con liburnas. Los enormes quinquerremes eran obsoletos. Luego decidió retener sesenta de los leviatanes de Antonio como una medida contra la piratería, que comenzaba a crecer en el extremo occidental del Mare Nostrum. Los envió a Forum Julii, la colonia marítima de veteranos de César

en la costa donde la provincia gala se encontraba con Liguria. Los demás fueron embarrancados y quemados dentro de Ambracia, y dieron tal número de espolones que muchos de ellos también tuvieron que ser quemados. Los más imponentes fueron guardados para adornar una columna delante del templo de Divus Julius en el foro romano, pero los otros fueron enviados a través de Italia para recordarles a los contribuyentes que la amenaza había sido muy real.

Agripa debía regresar a Italia y comenzar a aplacar a los veteranos, quienes en los últimos años se habían vuelto truculentos después del servicio que había supuesto una gran victoria. El Senado también fue enviado a casa, y se marchó agradecido; no había sido una cómoda estancia en ultramar, incluso para aquellos que habían poblado el Antisenado de Antonio. La clemencia estaba a la orden del día; una vez ejecutados los almirantes de Antonio, el indiscutible gobernante de Roma anunció que sólo tres hombres todavía en fuga serían decapitados: Canidio, Décimo Turullio y Casio Parmensis, estos dos últimos porque eran los dos asesinos de Divus Julius que aún vivían.

Octavio pensaba marchar con sus legiones por tierra a Egipto y visitar a los clientes-reyes a su paso. Pero no pudo ser. Llegaron frenéticos avisos desde Roma para informar que Marco, el hijo de Lépido, estaba complotando para usurpar el poder. Después de haber puesto en marcha a sus legiones hacia el este, al mando de Estatilio Tauro, Octavio se enfrentó a las galernas de invierno en el Adriático y regresó a Italia. La travesía fue peor que la que tuvo lugar aquel memorable día tras el asesinato de Divus Julius, pero ahora el asma había dejado de molestarle, por lo que Octavio lo soportó razonablemente bien. Desde Brundisium viajó por la Vía Apia hacia Roma a todo galope en un carro de cuatro mulas, y dobló por la Vía Latina en Teanum Sidicinum para evitar los insalubres pantanos pontinos. Llegó allí en un nundinum, y se encontró que había sido un viaje en vano. Cayo Mecenas había acabado con la insurrección incluso antes de que Agripa llegase. Marco Lépido y su esposa, Servilia Vatia, se suicidaron.

—Qué extraño —le dijo Octavio a Mecenas y Agripa—. Servilia Vatia estuvo una vez casada conmigo.

Era verdad que los veteranos estaban inquietos y hablaban de revueltas. Octavio se ocupó de ellos mediante una caminata sin miedo a través de los grandes campamentos alrededor de Capua vestido con una toga y una corona de laureles en la cabeza. Sin dejar de sonreír y de saludar y de proclamar a viva voz su valor y lealtad a todos aquellos que podían escucharlo, buscó a los hombres adecuados y se sentó con ellos, dispuesto a una dura negociación. Como los representantes de las legiones eran siempre los hombres menos brillantes de las tropas, y tan haraganes como codiciosos, habló de dinero y tierra.

—Dentro de siete u ocho años, la tierra ya no será parte de la paga de retiro de un veterano —dijo—, así que agradeced que todos los que estáis hoy aquí recibiréis buena tierra. Estoy creando un aerarium militar, un tesoro separado y distinto del que hay debajo del templo de Saturno en Roma. El Estado pondrá dinero en él y ese dinero será invertido al diez por ciento. Los soldados también contribuirán. En este momento, mis contables están calculando cuánto dinero se necesitará para mantenerse solvente incluso mientras se pagan las pensiones. Serán pensiones generosas, acompañadas por una gratificación determinada por la hoja de servicios.

—¡Minucias para el futuro! —dijo Tornatio, el jefe del grupo, con estudiada rudeza—. Estamos aquí para recibir tierras y grandes bonificaciones al contado; ahora, César.

—Sé que es así —replicó Octavio cordialmente—, pero no estoy en posición de complacerlos hasta que vaya a Egipto y derrote a la Reina de las Bestias. Es allí donde está di botín que os dará lo que reclamáis. —Levantó una mano—. ¡No, Tornatio, no! No sirve de nada discutir, y mucho menos de manera agresiva. En este momento, Roma y yo no tenemos un sestercio para daros. Mientras estéis en el campamento recibiréis comida y estaréis cómodos, pero si alguno de vosotros se dedica al pillaje, seréis tratados como traidores. ¡Esperad! ¡Tened paciencia! Vuestras recompensas llegarán, pero todavía no.

—Eso no es suficiente —afirmó Tornatio.

—Tendí a que serlo. Enviaré edictos a todos los pueblos y ciudades en Campania en estos términos: que si cualquier grupo de soldados intenta saquearlos, el Senado y el pueblo de Roma tomarán todas las medidas de represalia necesarias. No soportarán a los soldados rebeldes, Tornatio, y dudo de que tengas la suficiente influencia con todos los legionarios como para montar una rebelión a toda escala.

—Es un farol —murmuró Tornatio.

—No, no es así. Estoy enviando edictos a todos los campamentos alrededor de Capua incluso mientras hablamos. Informarán a los hombres de mi situación y les pedirán que sean pacientes. En su conjunto, la mayoría de los hombres son razonables. Comprenderán mi oferta.

Tornatio y sus colegas aceptaron y permanecieron callados al comprender que el grueso de los soldados estaban dispuestos a esperar los dos años que pedía Octavio.

—¿Has tomado sus nombres? —le preguntó a Agripa.

—Por supuesto, César. Desaparecerán discretamente.

—Había esperado que pudieses quedarte en casa —le dijo Livia Drusilia a

su marido.

—No, querida, ésa nunca fue una posibilidad. No puedo dejar que Cleopatra comience a armarse. Incluso ahora que el Senado está de regreso estoy a salvo contra la insurrección. Una vez que las tropas de Capua comprendan que sus representantes, de alguna manera, nunca vuelven a sus filas, se comportarán. Además, con Agripa de visita en Capua regularmente, ningún ambicioso senador podrá reunir un ejército.

—Las personas comienzan a acostumbrarse a tenerte al frente de Roma —comentó ella con una sonrisa—. Incluso he escuchado a algunas decir que les traes buena suerte, que has conseguido, contra toda probabilidad, mantenerlos a salvo: primero Sexto Pompeyo, ahora Cleopatra. A Antonio apenas si se le menciona.

—No tengo idea de dónde está, porque no está en Alejandría con «aquella mujer».

Un misterio que se resolvió pocos días más tarde cuando llegó una carta de Cyrenaica de Cayo Cornelio Gallo.

En el momento en que llegué a drene, Pinario me rindió su flota y sus cuatro legiones. Había recibido órdenes de Antonio de marchar al este a través de Libia a Paraetonium, pero al parecer no le agradó la idea de mudar a Cato Uticensis y de recorrer centenares de millas a lo largo de una costa desierta. Así que se quedó allí. Cuando me mostró las órdenes de Antonio, comprendí por qué no había marchado. Antonio quiere una sonora batalla, aún no ha terminado. He pedido transportes, César, y una vez que lleguen cargaré las legiones a bordo para un viaje a Alejandría, escoltadas por la flota de Pinario. Aunque no antes de la primavera, y no antes de recibir aviso de tu parte sobre cuándo comenzar. Ah, se me olvidaba decirte que Antonio tiene la intención de reunirse con Pinario y sus fuerzas en Paraetonium.

—El típico poeta —protestó Agripa—. Ni pizca de lógica.

—¿Cómo está Ática? —preguntó Octavio para cambiar de tema.

—Muy mal, desde que su tata se lanzó sobre su espacia. Es curioso. Se comporta más como su viuda que como su hija. No come, bebe demasiado, descuida a la pequeña Vipsania como si no le gustase la niña. La mantengo vigilada porque no quiero que se corte las venas en el baño. Su dinero lo recibiré yo. He intentado convencerla para que se lo deje a Vipsania; tú no tendrías ningún problema en conseguir una excepción de la lex Voconia de mulierum hereditatibus, pero ella se negó. Sin embargo, si algo le ocurre a ella, le daré a Vipsania su fortuna como dote.

Así fue cómo Octavia heredó otra niña más; Ática se envenenó y murió en

agonía tres días más tarde de que Agripa hablase de ella a Octavio, que dejó a su hermana la tutela de Vipsania. Hombre de palabra, Agripa transfirió a la niña la fortuna de Ática, algo que la convirtió en una presa matrimonial muy apetecible.

Octavio había descubierto en sí mismo un amor por los niños que, si bien no se podía equiparar con el de Octavia, era fuerte y protector. Cuando Antillo intentó escapar y fue traído de regreso no fue castigado. Cada vez que Octavio estaba en la casa para cenar, todos los niños participaban de la comida. Desde la incorporación de Vipsania eran doce, y Octavia no había exagerado cuando le había dicho a su hermano que necesitaría otro par de manos maternas.

Para Livia Drusilia era el momento de planear con quién se casaría cada niño; arrinconó a Octavio y lo obligó a escuchar.

—Por supuesto, Autillo y tullo tendrán que buscar esposa en otra parte —dijo con aquella expresión positiva y competente en su rostro que le decía a Octavio que no debía discutir—. Tiberio puede casarse con Vipsania. Su fortuna es inmensa, y a él le gusta.

—¿Qué hay de Druso?

—Tonilla. Se gustan el uno al otro. —Carraspeó y adoptó una expresión severa—. Marcelo debería casarse con Julia.

Octavio frunció el entrecejo.

—Son primos hermanos, Livia Drusilia. Divus Julius no aprobaba el casamiento de primos hermanos.

—Tu hija, César, es una reina sin corona. No importa quién sea su marido, si no es parte de la familia será una amenaza para ti. Aquél que se case con la hija de César es tu heredero.

—Tienes razón, como siempre. —Él exhaló un suspiro—. De acuerdo, que sean Marcelo y Julia.

—Antonia ya tiene prometido: Lucio Ahenobarbo. No es el matrimonio que yo hubiese escogido, pero ella estaba en la mano de su padre cuando se redactó el contrato de matrimonio, y tú prometiste hacerle honor.

—¿Qué hay de la hija de Atia, Marcia?

Él aún detestaba pensar en ella y en la traición de su madre.

—Eso te lo dejo a ti.

—Entonces se casará con un don nadie, si es posible, un provinciano. Quizá incluso un simple socius. Después de todo, Antonio casó a una hija con un socius, Pitodoro de Tralles, Eso nos deja a Marcela.

—Para ella he pensado en Agripa.

—¿Agripa? ¡Si tiene edad suficiente para ser su padre!

—¡Eso lo sé, tonto! Pero ella está enamorada de él, ¿no te has dado cuenta? Sueña y suspira y se pasa todo el día mirando el busto de él que compró en el mercado.

—No durará. Agripa no es adecuado para una joven.

—Gerrae! Ella es morena, Ática era gris; ella tiene curvas, Ática era angulosa; ella es preciosa, Ática era muy poco distinguida. Además, lo elevará al rango de primera familia de Roma, donde pertenece. ¿De qué otra manera podría llegar allí?

Antonio sabía cuándo estaba derrotado.

—Muy bien, querida. Marcela se casará con Agripa. Pero no hasta que cumpla los dieciocho, por lo tanto, le queda otro año para desenamorarse de él. Si lo hace, Livia Drusilia, el matrimonio no tendrá lugar, así que no lo mencionaremos por el momento. ¿Está claro?

—Perfectamente —susurró ella.

Corto de dinero pero confiado en poder conseguir algo de los clientes-reyes, Octavio viajó a Éfeso, y llegó allí en mayo, al mismo tiempo que sus legiones y la caballería.

Todos los clientes-reyes estaban allí, incluido Herodes, que derrochaba encanto y virtud.

—Sabía que ganarías, César, y es por eso que resistí todos los halagos y amenazas —dijo, más gordo y con más aspecto de sapo que nunca.

Octavio lo miró con expresión divertida.

—Oh, nadie puede negar que eres un tipo listo. ¿Supongo que querrás recompensas?

—Por supuesto, pero ninguna que no beneficie a Roma.

—Nómbrales.

—Los jardines de bálsamo de Jericó, los yacimientos de bitumen de Palus Asphaltites, Galilea, Idumea, ambos lados del Jordán y la costa del Mare Nostrum desde el río Eleutero hasta Gaza.

—En otras palabras, toda la Siria Coele.

—Sí. Pero tu tributo será pagado el día que corresponda, y mis hijos y nietos serán enviados a Roma para ser educados como romanos. Ningún cliente-rey es más leal que yo, César.

—O más astuto. De acuerdo, Herodes, acepto tus términos.

A Arquelao Sisenos, cuyas contribuciones a Antonio nunca se habían materializado, se le permitió tener Capadocia y se le dio Cilicia Tracheia, una parte del territorio de Cleopatra. Amintas de Galacia conservó Galacia, pero Paflagonia fue incorporada a la provincia romana de Bitinia, mientras que Pisidia y Licaonia lo fueron a la provincia de Asia. Polemón de Pontus, que había conseguido proteger las fronteras orientales contra los medos y los partos, también conservó su reino, ampliado para incluir Armenia Parva.

Ninguno de los demás tuvieron la misma suerte, y algunos perdieron sus cabezas. Siria sería una provincia de Roma hasta las nuevas fronteras de Judea, pero las ciudades de Uro y Sidón se vieron libres de una supervisión directa a cambio de tributo. Malcho de Nabatea perdió el bitumen, pero nada más; a cambio de lo que Octavio veía como una indulgencia, Malcho debía vigilar a las flotas egipcias en el Sinus Arabicus y ocuparse de cualquier actividad inusual.

Chipre fue añadida a Siria, Cyrenaica, Grecia, Macedonia y Creta, El territorio de Cleopatra se había reducido exclusivamente a Egipto. En junio, Octavio y Estatilio Tauro embarcaron al ejército con destino a Pelusium, la entrada a Egipto. El viento del sur tardó en venir, así que la navegación fue lenta. Cornelio Gallo debía acercarse a Alejandría desde Cyrenaica. Todo estaba en marcha para la derrota final de Cleopatra, la Reina de las Bestias.

XXVII

Antonio y Cleopatra acabaron navegando juntos a Paraetonium. Aún no había bajado del Cesarían cuando Casio Parmensis subió para decirles que los soldados, que viajaban muy apretados en las naves, estaban bebiendo agua mucho más rápido de lo que el prefecto había estimado. Por lo tanto, toda la flota tendría que fondear en Paraetonium para llenar los barriles.

El humor de Antonio era mejor de lo que Cleopatra había esperado; no había ninguna señal de aquella gris melancolía en la que había caído durante aquellos últimos meses en Actium, ni tampoco tenía la derrota en su mente.

—Tú espera, amor mío —le dijo jovialmente mientras las flotas se preparaban para zarpar de Paraetonium con los barriles de agua a tope y los estómagos de los soldados llenos de pan, algo de lo que no se disponía en el mar—. Tú espera. Pinario no puede estar muy lejos. En el momento que llegue, Lucio Cinna y yo te seguiremos a Alejandría. Por mar. Pinario tiene la suficiente capacidad para transportar a sus veinticuatro mil hombres y una buena flota para aumentar la de Alejandría.

Le dio un fuerte beso en la boca y se marchó a esperar en Paraetonium hasta que Pinario apareciese.

Sólo la separaban doscientas millas de Alejandría y de Cesarión; ¡cuánto los había echado de menos Cleopatra! «Aún no está todo perdido —se dijo a sí misma—; aún podemos ganar esta guerra.» Ella comprendía que Antonio no era un almirante, pero en tierra creía que tenía una posibilidad. Marcharían a Pelusium y allí derrotarían a Octavio, en la frontera de Egipto. Entre los soldados romanos y su ejército egipcio dispondrían de cien mil hombres, más que suficientes para aplastar a Octavio, que no conocía la disposición del terreno. Debería ser posible dividir su fuerza en dos y derrotar a cada mitad en batallas separadas.

No obstante, ¿cómo combatiría la indignación que se había instalado entre los alejandrinos? Aunque en los últimos años se habían mostrado más tratables, ella conocía la volatibilidad de Antonio, y temía un alzamiento si su reina entraba en la bahía como una mujer derrotada, sin la compañía de sus flotas egipcias, como un ejército romano refugiado. Así que, antes de que apareciese a la vista la ciudad, llamó a sus capitanes y a los legados de Antonio y les dio breves órdenes, y unió sus esperanzas al hecho de que las noticias de Actium aún no hubiesen llegado a los alejandrinos.

Decoradas y engalanadas, las naves entraron en la gran bahía, acompañadas por el sonido de marchas triunfales para los vencedores que regresaban a casa. Sin embargo, Cleopatra no se arriesgó. La flota fue anclada en la rada y sus ocupantes mantenidos a bordo hasta que se hiciese un campamento cerca del hipódromo; ella misma navegó en el Cesarión alrededor de toda la bahía colocada en la proa, con su traje de tela de oro que superaba el resplandor de sus alhajas. Los aplausos estallaron cuando los alejandrinos corrieron a verla; tambaleante de alivio, comprendió que los había engañado.

Cuando entró en la Rada Real vio a Cesarión y a Apolodoro que la esperaban en el muelle.

¡Oh, cómo había crecido! Ahora parecía más alto que su padre, y era ancho de hombros, delgado pero musculoso. Su abundante cabello no había oscurecido, aunque su rostro, alargado y de pómulos altos, había perdido todos los rasgos infantiles. ¡Era Cayo Julio César revivido! El amor emanó de ella como algo parecido a la adoración; las rodillas le temblaron hasta que sus piernas no pudieron sostenerla sin necesidad de apoyo y sus ojos quedaron cegados por las súbitas lágrimas. Con Charmian a un lado e Iras al otro, consiguió bajar las escalerillas y echarse a sus brazos.

—¡Oh, Cesarión, Cesarión! —dijo ella entre sollozos—. ¡Hijo mío, la alegría de verte es insuperable!

—Has perdido —dijo él.

A ella se le cortó el aliento.

—¿Cómo lo sabes?

—Está escrito en tu rostro, mamá. ¿Si hubieses ganado, por qué ninguno de los barcos de tu flota ha venido contigo, por qué estos transportes de tropas están tripulados por romanos y, sobre todo, dónde está Marco Antonio?

—Lo dejé a él y a Lucio Cinna en Paraetonium —respondió ella, y lo cogió del brazo y lo obligó a caminar a su lado—. Espera que llegue Pinaro desde Cyrenaica con su flota y otras cuatro legiones. Canidio se quedó en Ambracia; el resto, desertó.

Él no dijo nada, caminó con ella al interior del gran palacio y luego la dejó a cargo de Charmian e Iras.

—Báñate y descansa, mamá. Nos reuniremos más tarde para cenar a última hora.

Ella tomó un baño de forma rápida. No podía haber descanso, por lo tanto, al retrasar la cena le daría tiempo para hacer lo que debía hacer. Sólo Apolodoro y los eunucos del palacio conocían el secreto, que debía ser mantenido así a petición de Cesarión; él nunca lo aprobaría. El intérprete, el registrador, el comandante nocturno, el contable, el juez y todos los designados para los respectivos departamentos fueron reunidos y ejecutados. Los líderes de las bandas desaparecieron de los barrios de Rhakotis, los demagogos del ágora. Ella tenía preparada su historia para las preguntas que Cesarión formularía cuando advirtiese que todos los burócratas eran hombres nuevos. Los viejos, le diría ella, habían sido dominados por un súbito ataque de patriotismo y se habían marchado para servir en el ejército egipcio. Oh, él nunca lo creería, pero careciendo de la rudeza para imaginar el camino escogido, asumiría que habían escapado para evitar la ocupación romana.

La cena fue suntuosa; los cocineros estaban tan entusiasmados como el resto de Alejandría. Aunque, cuando la mayoría de los platos fueron devueltos a la cocina sin probar, y nadie les dio ninguna explicación, se extrañaron.

Cometidos los asesinatos, Cleopatra se sintió mejor y pareció compuesta. Relató la historia de Éfeso, Atenas y Actium sin ningún intento de justificar sus propios errores. Apolodoro, Cha'em y Sosigenes también escucharon, más conmovidos que Cesarión, cuyo rostro permaneció impasible. «Ha envejecido diez años al escuchar estas terribles noticias —pensó Sosigenes—; sin embargo, él no echa las culpas a nadie.»

—Los amigos y los legados romanos de Antonio no me obedecieron —dijo ella—, y aunque les molestaba mi sexo, creo que era mi condición de extranjera lo que estaba en la raíz de su animosidad. Pero ¡estaba en un error! —Era mi sexo. No soportaban ser mandados por una mujer, no importaba su rango. Así que en ningún momento dejaron de presionar a Antonio para que

me enviase de regreso a Egipto. Al no comprender por qué, me negué a marchar.

—Bueno, todo eso es el pasado y ahora no importa —manifestó Cesarión con un suspiro—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—¿Qué harías tú? —preguntó ella, dominada por una súbita curiosidad.

—Enviar a Sosigenes como embajador a Octavio e intentar hacer la paz. Ofrecerle todo el oro que quiera para dejarnos en nuestro pequeño rincón del Mare Nostrum. Darle rehenes como garantía y permitirles a los romanos el envío de inspectores para asegurarse de que no estamos armándonos en secreto.

—Octavio no nos dejará en paz, te doy mi más solemne palabra.

—¿Qué piensa hacer Antonio?

—Reagruparse y luchar.

—¡Mamá, eso es inútil! —gritó el joven—. Antonio ya ha pasado su mejor momento y yo no tengo la experiencia de él para liderar esta guerra. Si lo que decís respecto a ser una mujer de verdad, entonces estas tropas romanas que están aquí en Alejandría nunca te seguirán. Sosigenes debe llevar una delegación a Roma o donde esté Octavio e intentar negociar la paz. Cuanto antes, mejor.

—Esperemos hasta que Antonio regrese de Paraetonium —suplicó ella, con su mano en el brazo de Cesarión—. Entonces podremos decidir.

Cesarión se levantó y sacudió la cabeza.

—Debe ser ahora, mamá.

Ella dijo que no.

La actitud de su hijo era muy significativa, le abrió los sentidos y la mente en lo que debía haber hecho antes de marchar a Éfeso. Hasta la última gota de su energía y de sus recursos mentales se había invertido en los planes para su futuro, aquel brillante, triunfante, glorioso futuro como Rey de Reyes, gobernante del mundo. Ahora, por primera vez, comprendió que él no lo deseaba. El hambre por aquel resplandeciente futuro había sido de ella, y se había puesto en su lugar en la creencia errónea de que nadie podría resistir su atractivo, además de ser muy joven, con una descendencia divina, unos antecedentes reales y la mente de un genio. Sus ejercicios militares habían demostrado que no era un cobarde, así que no era el miedo por su pellejo lo que lo detenía. Lo que Cesarión no tenía era ambición. Ante su carencia, él nunca sería Rey de Reyes más que de nombre; no tenía el deseo. Egipto y Alejandría eran bastantes para él, no quería más.

«¡Oh, Cesarión, Cesarión! ¿Cómo puedes hacerme esto a mí? ¿Cómo puedes darle la espalda al poder? ¿Dónde salió mal la combinación de mi sangre y la de César? Dos de las personas con mayor ambición que han caminado por este mundo han producido un valiente pero amable, fuerte pero nada ambicioso niño. Todo ha sido para nada, y ni siquiera tengo el consuelo de pensar que pueda reemplazar a mi primogénito con Alejandro Helios o Ptolomeo Filadelfio, que no carecen de ambición, pero sí de la inteligencia necesaria. Mediocres. Si Cesarión hace que el Nilo crezca hasta los codos de abundancia año tras año, es porque Cesarión es Horus y Osiris. Él no quiere su destino. Él que no es mediocre anhela la mediocridad. Qué ironía. ¡Oh, qué tragedia!»

—Cuando yo decía que era un niño que no se podía mimar, no entendía lo que significaba —le dijo a Cha'em después de que se hubiese acabado aquella silenciosa cena y Apolodoro y Sosigenes, con los rostros pálidos, se hubiesen marchado.

—Pero ahora lo comprendes —manifestó el anciano con voz suave.

—Sí. Cesarión no quiere nada porque no desea nada. Si Amón-Ra lo hubiese puesto en el cuerpo de un híbrido egipcio y lo hubiese mandado a amasar pan o barrer las calles, hubiese aceptado su destino con gracia y gratitud, feliz de ganar lo suficiente para comer, alquilar una casa pequeña en Rhakotis, casarse y tener hijos. Si algún panadero perspicaz o un supervisor de las calles hubiese visto sus méritos y le hubiese ascendido un poco, él se hubiese sentido entusiasmado, no por su propio bien, sino por el bien de sus hijos.

—Has visto la verdad.

—¿Qué me dices de ti, Cha'em? ¿Tú viste el carácter y la naturaleza de Cesarión en aquel momento en que te volviste del color de la ceniza y rehusaste explicarme tu visión?

—Algo así, hija de Ra. Algo así.

Antonio regresó a Alejandría un mes más tarde, muy poco antes de que los alejandrinos se enterasen de la derrota en Actium. Nadie se manifestó por las calles, nadie formó una multitud para asaltar el recinto real. Lloraron y gimieron, nada más, aunque algunos habían perdido hijos, sobrinos, primos que habían tripulado las flotas egipcias. Cleopatra dio un edicto donde explicaba que algunos de aquellos hombres se habían perdido para bien; si Octavio quería venderlos como esclavos, ella los compraría, o, si Octavio los liberaba, entonces los traería de regreso al hogar tan pronto como fuese posible.

Durante el mes que había esperado a Antonio sufrió por él como nunca

antes; el amor había invadido su corazón, y eso significaba miedo, dudas, una preocupación permanente. ¿Estaba bien? ¿Cuál era su humor? ¿Qué había pasado en Paraetonium?

Todo esto lo tuvo que averiguar de Lucio Cinna. Antonio rehusó acercarse a los palacios; saltó por la borda de su barco en aguas poco profundas y chapoteó hasta tierra en una pequeña playa adyacente a la bahía real. No había hablado con nadie desde que habían salido de Paraetonium, dijo Cinna.

—Es verdad, señora, que nunca lo había visto de esta manera, tan deprimido.

—¿Qué pasó?

—Recibimos noticias de que Pinario se había rendido a Cornelio Gallo en Cyrenaica. Un golpe terrible para Antonio, pero todavía falta lo peor. Gallo navega hacia Alejandría con sus cuatro legiones y las cuatro que pertenecían a Pinario. Tiene muchos transportes y dos flotas, la propia y la de Pinario. Así que ahora hay ocho legiones y dos flotas que vienen hacia Alejandría por el oeste. Antonio quería quedarse en Paraetonium y enfrentarse con Gallo allí, pero, bueno, puedes ver por ti misma por qué no podía, su majestad.

—No hay tiempo suficiente para buscar tropas en Alejandría, y seguramente se convencería a sí mismo de que debía mantener sus legiones en Paraetonium. Pero para haber tomado esa decisión, Cinna, tendría que haber sido vidente.

—Todos lo intentamos, señora, pero no quiso escuchar.

—Debo ir a verlo. Por favor, ve a Apolodoro y dile que te busque un alojamiento.

Cleopatra palmeó el brazo de Cinna y fue hacia la playa, donde vio la figura encorvada de Marco Antonio sentado con los brazos alrededor de las rodillas y la barbilla en sus manos. Desolado. Solo.

«Todos los augurios están contra nosotros», pensó, su capa agitada por el viento. El día era nublado y el viento mucho más frío que la habitual brisa de invierno en Alejandría. Aquélla era una tormenta que helaba hasta los huesos. La espuma blanca salpicaba el agua gris de la gran bahía y las nubes flotaban bajas y espesas de norte a sur. Llovería en Alejandría.

Él apestaba a sudor y no, gracias a todos los dioses, a vino. Su barba se veía descuidada y sus cabellos, sin cortar, desordenados; ningún romano llevaba barba o el cabello largo excepto después de una muerte o alguna otra gran calamidad. Marco Antonio estaba de duelo.

Ella se sentó a su lado, temblorosa.

—¿Antonio? ¡Mírame, Antonio! ¡Mírame!

En respuesta, él se cubrió la cabeza con el paludamentum y lo sujetó hacia abajo para ocultar su rostro.

—¡Antonio, amor mío, háblame!

Pero él no quiso, ni destapó su rostro.

Al final de lo que debió de ser más de una hora comenzó a llover, una lluvia fuerte que los empapó. Luego él habló; pero sólo para conseguir que se fuese, le pareció a ella.

—¿Ves aquel pequeño promontorio más allá del Akro?

—Sí, mi amor, por supuesto. Es el cabo Sóter.

—Constrúyeme allí una casa de una sola habitación, una habitación lo bastante grande para mí. No quiero sirvientes. No quiero trato con hombres o mujeres, incluida tú.

—¿Piensas en emular a Timón de Atenas? —preguntó ella, horrorizada.

—Sí. El nuevo Marco Antonio es un misántropo y un misógino, como Timón de Atenas. Mi casa de una sola habitación será mi Timonio, y nadie debe acercarse. ¿Me escuchas? ¡Nadie! Ni tú, ni Cesarión, ni mis hijos.

—Morirás de un enfriamiento antes de que esté acabada —manifestó ella, agradecida por la lluvia ocultando sus lágrimas.

—Razón de más para que te des prisa. ¡Ahora, vete, Cleopatra! ¡Vete y déjame solo!

—¡Permíteme que te envíe comida y bebida, por favor!

—No lo hagas. No quiero nada.

Cesarión esperaba, tan ansioso por tener noticias que no quería abandonar la habitación; ella tuvo que cambiarse las prendas mojadas detrás de un biombo, y le habló mientras Charmian e Iras le frotaban el cuerpo helado con ásperas toallas de lino para calentárselo.

—¡Dímelo, mamá! —su voz llegaba una y otra vez; también, el sonido de sus pies mientras caminaba—. ¿Cuál es la verdad? ¡Dímelo, dímelo!

—¡Qué se ha convertido en Timón de Atenas! —dijo ella a través del biombo por décima vez—. Debo construirle una casa de una sola habitación al final del cabo Sóter; tiene la intención de llamarla su Timonio. —Cleopatra salió de detrás del biombo—. No, no quiere verte a ti ni a mí, no quiere comida ni vino, ni siquiera quiere tolerar la presencia de un sirviente. —Lloraba de nuevo—. ¿Oh, Cesarión, qué debo hacer? ¿Sus soldados saben que

ha regresado, pero qué pensarán cuando él no los visite? ¿Cuándo no los quiera liderar?

Cesarión le enjugó las lágrimas y la rodeó con sus brazos.

—Tranquila, mamá, tranquila. No tiene ningún sentido llorar. ¿Era así de malo mientras estuviste fuera? Sé que estaba dispuesto al suicidio después de la retirada de Fraaspa, y sé que intentó ahogarse en vino. Pero no me has dicho cómo era él mientras había todo aquel tumulto en su tienda de mando. Sólo cómo eran sus amigos y legados, que no es la misma cosa. Háblame de ti y de Antonio con toda la sinceridad que puedas. Ya no soy un niño en ningún sentido.

Sacada de su dolor, ella lo miró asombrada.

—¿Cesarión! ¿Quieres decir que ha habido mujeres?

Él se echó a reír.

—¿Hubieses preferido que hubiesen sido hombres?

—Los hombres eran suficiente para Alejandro Magno, pero en ese aspecto los romanos son muy extraños. Tu padre, desde luego, se hubiese sentido feliz si tus amantes fuesen mujeres.

—Entonces no tiene nada de qué quejarse. Ven, siéntate. —La hizo sentar en una silla y él se sentó a sus pies en la posición del loto—. Dímelo.

—Permaneció a mi lado contra viento y marea, hijo mío. No ha existido nunca un marido más leal. ¡Oh, cómo lo criticaban! Un día tras otro, una y otra vez. «Envíala de regreso a Egipto.» No estaban dispuestos a tener una mujer en la tienda de mando, yo era una extranjera; argumentaban mil y una razones por las que yo no debía estar allí con él. Yo fui estúpida, Cesarión. Muy estúpida. Me resistí, me negué a regresar a casa. Yo también lo critiqué. Ellos no querían verse dominados por una mujer. Pero Antonio me defendió, y no cedió ni una sola vez. Al final, cuando incluso Canidio se volvió contra mí, siguió negándose a enviarme de regreso.

—¿Su negativa era por lealtad o amor?

—Creo que las dos cosas. —Ella le cogió las manos con desesperación—. Pero aquello no fue lo peor de todo para él, Cesarión. Yo no lo cunaba, y él lo sabía. Era su mayor dolor. ¡Lo traté como a un esclavo! Le di órdenes, lo humillé delante de los legados que no lo conocían bien, y, siendo romanos, lo miraban con desprecio porque él dejaba que lo mandase; yo, una mujer. Hice que se arrodillase a mis pies delante de ellos, chasquéé los dedos para llamarlo, lo saqué de las conferencias para que me llevase de paseo. ¡No es sorprendente que me odiasen! Pero él nunca lo hizo.

—¿Cuándo comprendiste que lo amabas, mamá?

—En Actium, en medio de deserciones en masa de los clientes-reyes y sus legados, y después de varias derrotas menores en tierra. Se me cayó la venda de los ojos, no puedo describirlo de otra manera. Miré su cabeza y vi que había encanecido casi de la noche a la mañana. De pronto sufría por él y con él, como si él fuese yo misma. Se me cayó la venda. En un momento, en un suspiro. Sí, comprendí que mi amor había crecido más lentamente, pero que en el momento llegó como un trueno. Entonces, las cosas pasaron con tanta rapidez que nunca tuve el tiempo suficiente para demostrarle la profundidad de mi amor. —Ella emitió un suave y triste sonido—. Ahora quizá nunca tendré tiempo.

Cesarión la levantó de la silla, la sujetó entre sus rodillas y le frotó la espalda como si fuese una niña.

—Ya mejorará, mamá. Esto pasará, tendrás la oportunidad de demostrárselo.

—¿Cómo te has convertido en alguien tan sabio, hijo mío?

—¿Sabio? ¿Yo? No, yo no soy sabio. Sólo soy capaz de ver. No llevo una venda en los ojos, nunca la hubo. Ahora vete a la cama, mamá, mi muy querida y dulce mamá. Le construiré su casa de una habitación en un solo día.

Cesarión cumplió su promesa: el pequeño Timorúo de Marco Antonio fue construido en un solo día. Un hombre cuyo rostro Antonio no conocía le gritó, sin acercarse, que le dejarían comida y bebida delante de su puerta, y luego se marchó.

El hambre y la sed llegarían, por supuesto, aunque en aquel momento no sentía el acoso de ninguna de las dos cuando abrió la puerta y contempló su celda. Porque eso era. Hasta que no se hubiese enfrentado a sus tormentos mentales no podía aventurarse a salir, y cuando entró, Antonio no tenía idea de cuánto tardaría en que esto sucediera.

Veía como si estuviese iluminado por una luz brillante lo que había salido mal; sin embargo, cada uno de los pasos tenía que ser detallado en su mente.

¡Pobre y tonta Cleopatra! Aferrada a él como su salvador, cuando cada miembro de su mundo, sin duda, había visto que Marco Antonio no podía salvar a nadie. ¿Si no podía salvarse a sí mismo, qué oportunidad tenía de salvar a los demás? César —el verdadero César, no aquel chico que fingía serlo en Roma— siempre lo había sabido, por supuesto. ¿Por qué sino había pasado por alto a aquel que todos creían que sería su heredero? Todo había comenzado allí, con aquel rechazo. Su respuesta había sido predecible: él marcharía al este para luchar contra los partos, a hacer aquello que César no

había vivido para hacer. Ganar la inmortalidad como un igual de César.

Pero entonces el plan se había hundido, atascado por sus propias deficiencias. De alguna manera siempre parecía haber tiempo suficiente para divertirse, así que se había divertido. Pero no había habido tiempo. No cuando Octavio, contra todo pronóstico, lo estaba haciendo muy bien en Italia. ¡Octavio, siempre Octavio! Al mirar las paredes desnudas de su Timonio, Antonio vio por fin por qué sus planes se habían hundido. Tendría que haber hecho caso omiso de Octavio, continuar con su campaña parta en lugar de perseguir al heredero de César. ¡Oh, los años desperdiciados! ¡Desperdiciados! Intrigas destinadas a conseguir la caída de Octavio, una estación tras otra perdidas en animar a Sexto Pompeyo en sus fútiles designios. No necesitaba permanecer en Grecia para conseguirlo. Si Octavio debía derrotar a Sexto Pompeyo, su propia presencia no podía impedirlo. Al final, tampoco lo había conseguido. Octavio había sido más listo, había ganado a pesar de él. Mientras tanto, pasaban los años y los partos se hacían más fuertes.

Errores, uno tras otro. Delio lo había engañado, Monaeses lo había engañado. Y Cleopatra. Sí, Cleopatra...

¿Por qué había ido a Atenas en lugar de quedarse en Siria aquella primavera cuando invadieron a los partos? Porque le tenía más miedo a Octavio de lo que temía al verdadero enemigo natural. Había puesto en peligro su propia posición en Roma, había comenzado la erosión de su base de poder y de su espíritu. Ahora, once años después de Filipos, no le quedaba nada salvo la vergüenza.

¿Cómo podía mirar a Canidio a la cara? ¿A Cesarión? ¿A sus amigos romanos que todavía vivían? ¡Tantos muertos gracias a él! A Ahenobarbo, Poplicola, Lurio... hombres como Pollio y Ventidio, empujados al retiro como resultado de sus errores... ¿Cómo podría él mirar de nuevo a la cara a un hombre de la estatura de Pollio?

Con esa conclusión permaneció largo tiempo, dedicado a caminar por el suelo de tierra aprisionada, recordando comer y beber sólo cuando lo dominaba el agotamiento o cuando se detenía a pensar en cuál sería la bestia con garras que rasgaba su vientre. ¡La vergüenza, la vergüenza! Él, tan admirado y amado, los había abandonado a todos, se había fustigado a sí mismo para conspirar en la caída de Octavio cuando no era ése su deber ni su mejor camino. ¡La vergüenza, la vergüenza!

Sólo cuando aquel invierno inusualmente crudo comenzó a cesar alcanzó una calma suficiente como para pensar en Cleopatra.

¿Sin embargo, qué había que pensar? ¡La pobre y tonta Cleopatra! Paseándose por la tienda de mando e imitando la conducta de los generales

romanos en el campo, creyéndose a sí misma su igual en capacidad militar sólo porque pagaba la factura.

Todo esto por Cesarión, Rey de Reyes. César en su nueva aparición, sangre de su sangre. ¿Cómo podía él, Antonio, oponerse a ella cuando todo lo que él deseaba era complacerla? ¿Por qué sino se había embarcado en esa loca aventura de conquistar Roma, sino por el amor de Cleopatra? En su mente, ella había reemplazado a aquella campaña parta después de su retirada de Fraaspa.

«Ella estaba equivocada. Yo tenía razón. Primero, aplastar a los partos; luego, avanzar sobre Roma. Aquélla era nuestra mejor alternativa, pero ella nunca consiguió verlo. ¡Oh, la amo! Cuán errados podemos estar cuando ponemos nuestros objetivos a prueba. Cedí ante ella cuando no debí hacerlo. Dejé que reinara sobre mis amigos y colegas cuando debí haber confiscado su cofre de guerra y enviarla de inmediato de regreso a Alejandría. Pero nunca tuve el valor, y eso también es una vergüenza, una humillación. Me utilizó porque dejé que me utilizase. ¡Pobre y tonta Cleopatra! Pero ¿cuánto más pobre y tonto hace eso a Marco Antonio?»

Cuando llegó marzo y el tiempo en Alejandría volvió a ser bueno, Antonio abrió la puerta de su Timonio.

Afeitado, con el cabello cortado muy corto —¡oh, tan gris! —, él apareció sin anunciarse en el palacio y llamó a gritos a Cleopatra y a su hijo mayor.

—¡Antonio, Antonio! —gritó ella, y le cubrió el rostro de besos.

—¡Oh, ahora puedo vivir de nuevo! Tengo hambre de ti —le susurró al oído, y luego la dejó con ternura a un lado para abrazar a un entusiasmado Cesarión—. No diré lo que todo el mundo debe de decirte, muchacho, pero me haces sentir joven de nuevo, con el culo dolido por la punta de la bota de César. Ahora ya soy viejo y tú has crecido.

—No lo bastante para servir como legado superior; pero, entonces, tampoco Curio y Antillo. Ambos están en Alejandría, a la espera de que tú salieses de tu concha timoniana.

—¿El hijo de Curio? ¿Mi hijo mayor? Edepol! ¡Ellos también son hombres!

—Nos reuniremos todos mañana para una espléndida cena, pero no antes —manifestó Cesarión henchido de gozo—. Tú y mama necesitáis, primero, tener tiempo para estar juntos.

Después de las más maravillosas horas de amor que ella hubiese conocido, Cleopatra permaneció junto al dormido Antonio, una libélula que intentaba abrazar un tronco, pensó ella con ironía. Encendida por el amor hacia él, lo

había volcado en palabras, y luego no se había contenido para nada; en cambio, se había ahogado en las fabulosas sensaciones que había sentido por última vez cuando César la abrazaba. Pero ése era un pensamiento traidor, así que lo apartó e hizo lo imposible por darle a Antonio las muestras de amor que le harían comprender cuánto lo amaba.

Él le había dicho todo lo que estaba preparado para hacer, ansioso, sobre todo, para asegurarle que no se había emborrachado, que su cuerpo estaba sano y su mente clara.

—Esperaba que el cielo cayese sobre mí —acabó Antonio—, solo, pasivo, absolutamente derrotado. Entonces, al alba de esta mañana me desperté curado. No sé por qué o cómo. Sólo me desperté pensando que, aunque no podemos ganar ahora esta guerra, Cleopatra, podemos hacer que Octavio aún sufra por su dinero. Me dices que mis legiones todavía están aquí por mí y que tu ejército está en un campamento en el brazo Pelusíaco del Nilo. Por lo tanto, cuando venga Octavio lo estaremos esperando.

La buena armonía entre ellos no duró mucho; el mundo exterior se encargó de destruirla.

Lo peor fueron las noticias que Canidio trajo apenas comenzado marzo. Había viajado solo y por tierra desde Epirus hasta el Helesponto, había cruzado Bitinia, cabalgado a lo largo de Capadocia y pasado a través del Amanus sin ser reconocido. Incluso el último tramo a través de Siria y Judea había sido tranquilo. Él también había envejecido —cabellos blancos, los ojos azules desvaídos—, pero su lealtad a Antonio no había disminuido, y él sí que había llegado a aceptar la presencia de Cleopatra.

—Actium ha sido considerada la más colosal batalla naval jamás librada —dijo en la cena a la que asistían el joven Curio y Antillo junto con Cesarión—. Muchos miles de tus tropas romanas murieron, Antonio, ¿lo sabías? Tantos que sólo un puñado sobrevivieron y acabaron prisioneros. Tú mismo, sin embargo, luchaste incluso después de que el Antonia se incendiase. Luego tú viste a la reina que desertaba para huir a Egipto, saltaste a una barca y la perseguiste frenéticamente, abandonando a tus hombres. Te abriste paso a través de centenares de soldados romanos moribundos sin hacer caso de sus súplicas para que te quedases, sólo con la intención de alcanzar a Cleopatra. Cuando lo hiciste y ella te vio a bordo de su barco, aullaste como un perro empalado, te sentaste en la cubierta, te cubriste la cabeza y te negaste a moverte durante tres días. La reina te quitó la espada y la daga, porque tú estabas loco por la culpa de abandonar a tus hombres. Por supuesto, Roma e Italia están ahora absolutamente convencidas de que tú, en el mejor de los casos, eres un esclavo de Cleopatra. Tus más fieles partidarios te han abandonado. Incluso Pollio, aunque él no luchará contra ti.

—¿Octavio está en Roma? —preguntó Cesarión, que rompió el asombrado silencio.

—Sí, lo está, pero por poco tiempo. Ahora está reuniendo más legiones y flotas para unirse a aquellas que le esperan en Éfeso. He escuchado que tendrá treinta legiones, aunque no más caballería de los diecisiete mil que ya tiene. Al parecer piensa navegar desde Éfeso hasta Antioquía, quizá incluso a Pelusium. No soplarán los vientos etesios, pero el austro ha llegado muy tarde en los últimos años.

—¿Cuándo crees que llegará? —preguntó Antonio, la voz tranquila, el semblante calmo.

—A Egipto, quizá en junio. Dicen que no cruzarán el delta del Nilo por mar. Piensan marchar desde Pelusium hasta Mentís por tierra y acercarse a Alejandría desde el sur.

—¿Menfis? Qué extraño —dijo Cesarión.

Canidio se encogió de hombros.

—Sólo se me ocurre, Cesarión, que lo que desea es aislar Alejandría por completo para que no pueda traer ningún refuerzo. Es una estrategia sólida, aunque cautelosa.

—A mí me parece errónea —sostuvo Cesarión—. ¿Agripa es el autor de esta estrategia?

—No creo que Agripa esté presente. Estatilio Tauro será el segundo de Octavio, y Cornelio Gallo avanzará desde Cyrenaica.

—Un movimiento de pinzas —señaló Curio para demostrar sus conocimientos.

Antonio y Canidio ocultaron sus sonrisas, Cesarión pareció enfadado. ¡Vaya! ¡Un movimiento de pinzas! Cuán perceptivo era Curio.

Ahora que Antonio había recuperado los sentidos, Cleopatra sintió que le habían quitado un enorme peso de los hombros, pero era incapaz de utilizar sus viejas reservas de ánimos y energía. El bulto de su garganta aún continuaba creciendo un poco, los pies y las pantorrillas se hinchaban, le faltaba el aliento y tenía algún ataque de confusión. Todo esto, Hapd'efan'e lo atribuía al bocio, sin saber cómo tratarlo. Lo mejor que podía hacer era ordenarle que permaneciese en cama o en un diván con los pies en alto cada vez que se producía el edema, por lo general, después de estar sentada muchas horas a la mesa.

Su venganza y su arrogancia le habían granjeado enemigos intratables a los dos hombres de su frontera siria, Herodes y Malcho, y Cornelio Gallo había

bloqueado el oeste de Egipto. Por lo tanto, tenía que buscar más lejos a sus aliados. Envío una embajada al reino de los partos, cargada con muchos regalos y una promesa de ayuda cuando los partos invadiesen Siria. Pero ¿qué podía hacer ella por Artavasdes de Media? Iba ganando cada vez más poder a medida que se acercaba a la Media parta gracias a explotar los feudos en la corte parta. Artavasdes de Armenia, que había sido traído a Alejandría para caminar en el desfile triunfal de Antonio, aún era prisionero. Cleopatra lo ejecutó y envió a los embajadores a Media con la cabeza de Artavasdes con las órdenes de asegurar al rey que su pequeña hija Iotape continuaría prometida a Alejandro Helios, y que Egipto confiaba en que Media mantendría a los romanos a raya en la frontera armenia; para ayudar a pagar el coste de esta política envió oro.

A medida que pasaba el tiempo y llegaban informes de que Octavio continuaba con su plan, Cleopatra se vio obligada a buscar soluciones cada vez más locas. En abril mandó una pequeña flota de naves de guerra rápidas a través del delta del Nilo, desde Pelusium hasta Pithom en la cabecera del Sinus Arabicus. Lo que más la consumía ahora era la seguridad de Cesarión, y ella no veía ninguna posibilidad a menos que lo enviase a la costa de Malabar, en la India, o a aquella isla con forma de pera que estaba debajo, Taprobane. Sucediera lo que sucediese, Cesarión debía ser enviado a alguna parte para acabar su desarrollo; sólo como un hombre maduro podía regresar para vencer a Octavio. Pero tan pronto como la flota ancló en Pithom, apareció Malcho de Nabatea y quemó todas las galeras hasta la línea de flotación. Cleopatra no se asustó y envió otra flota al Sinus Arabicus, sin embargo, muy lejos del alcance de Malcho: a Berenice. Con ellos fueron cincuenta de sus más leales sirvientes, con las órdenes de esperar en Berenice hasta que llegase el faraón César. Luego debían navegar a la India.

Dado que era imposible revivir la sociedad de vividores ilimitados, Cleopatra dio con la idea de fundar la sociedad de compañeros en la muerte. El objetivo era más o menos el mismo: divertirse, beber, comer, pero también olvidar por unas pocas horas el destino que se aproximaba rápidamente. No se parecía en nada a la divertida y descarada sucesión de fiestas de la sociedad anterior: hueca, forzada, frenética.

Antonio se mantenía sobrio a pesar de beber vino, de manera moderada en la mayoría de los casos, porque prefería pasar sus días con las legiones y entrenarlas hasta la máxima perfección. Cesarión, Curio y Antillo siempre estaban con él cuando desempeñaba su actividad militar, aunque no se mostraban tan ansiosos por ser compañeros en la muerte. A su edad rehusaban creer que la muerte fuese posible; cualquier otro podía morir, ellos no.

A principios de mayo llegaron noticias que destrozaron a Antonio. En su camino a Atenas había encontrado a un centenar de verdaderos gladiadores

romanos en Samos, y los contrató para luchar en los juegos de la victoria que celebraría después de derrotar a Octavio. Les había pagado y les había ofrecido el usufructo de dos barcos, pero Actium había arruinado sus planes. Al enterarse de la derrota de Antonio, los gladiadores decidieron ir a Egipto y luchar por él allí; ya no eran soldados en la arena, sino soldados de verdad. Llegaron hasta Antioquía, donde Tito Didio, el nuevo gobernador de Octavio, los detuvo. Luego llegó Messala Corvino con la primera de las legiones de Octavio y ordenó que los crucificasen. Una cruel y lenta muerte reservada a los esclavos y a los piratas, a nadie más. Era la manera de decir de Corvino que cualquier gladiador que luchase por Marco Antonio era esclavo, no hombre libre.

Por alguna razón que Cleopatra no pudo entender, aquella pequeña y triste historia afectó a Antonio de una manera que no habían hecho Actium ni Paraetionum: lloró inconsolable durante varios días, y cuando por fin pasó el paroxismo de dolor pareció haber perdido todo el interés, la energía y el espíritu. Llegó la depresión, pero enmascarada bajo un gran entusiasmo por la sociedad de los compañeros en la muerte, en cuyas fiestas entró con toda su furia para emborracharse hasta perder el sentido. Se descuidaron las legiones, el ejército egipcio fue olvidado, y cuando Cesarión le recordaba constantemente que tenía que ponerse en marcha y mantener a ambos ejércitos preparados, Antonio no le hizo caso.

Precisamente en ese momento los sacerdotes y monarcas del Nilo desde Elefantina hasta Menfis —un millar de millas— llegaron a Alejandría y le ofrecieron a Cleopatra luchar hasta la muerte del último egipcio. ¡Qué todo el Egipto nilótico se levantaría en defensa del faraón! Gritaron, de rodillas, con los rostros apretados contra el suelo dorado de su sala de audiencias.

Ella los rechazó con firmeza hasta que se fueron a sus casas desesperados, convencidos de que el gobierno romano sería el fin de Egipto. Pero no se fueron antes de haber visto sus lágrimas. No —sollozó ella—, no permitiría que Egipto se convirtiese en un baño de sangre de dos faraones que apenas tenían sangre egipcia en sus venas.

—Un sacrificio sin sentido que no puedo aceptar —dijo ella, llorosa.

—Mamá, no tenías derecho a rehusar su oferta sin mí —dijo Cesarión cuando se enteró—. Mi respuesta hubiese sido la misma, pero al no requerir mi presencia me despojas de mis títulos. ¿Por qué crees que tu conducta me evita el dolor? No lo hace. ¿Cómo puedo reinar con mi propia cabeza si tú persistes en protegerme? Mis hombros son más anchos que los tuyos.

Entre intentar que Antonio saliese de su tristeza y mantenerse atenta a los tres jóvenes: Cesarión, Curio y Antillo, Cleopatra estaba muy ocupada acabando su tumba, que había comenzado cuando subió al trono a la edad de

diecisiete años, como era la costumbre y la tradición. Estaba en el Sema, un gran terreno dentro del recinto real donde estaban enterrados todos los Ptolomeo y donde yacía Alejandro Magno en un sarcófago de cristal transparente. Uno de sus dos hermano-marido estaba allí (ella lo había asesinado para que Cesarión ocupase el trono); el otro, ahogado, permanecía bajo las aguas del brazo Pelusíaco del Nilo. Cada Ptolomeo tenía su propia tumba, como también las varias Berenice, Arsinoé y Cleopatra que habían reinado. Ninguna de estas tumbas era un edificio gigantesco, aunque eran faraónicos en su forma: una cámara interior para el sarcófago, jarros canópicos y estatuas guardianas, además de tres pequeñas habitaciones exteriores con comida, bebida, muebles y una preciosa barca de juncos para navegar por el Río de la Noche.

Como la tumba de Cleopatra también debía contener a Antonio, era el doble de grande que las otras. Su propio lecho estaba acabado; era en el de Antonio donde los obreros trabajaban frenéticamente. Hecha de granito nubio rojo oscuro pulido como un espejo, era de forma rectangular, sus puertas exteriores sin ningún adorno salvo sus cartuchos y los de Antonio. Dos enormes puertas de bronce con símbolos sagrados cerraban los dos grupos de habitaciones, que daban a una antecámara que tenía dos puertas, una a cada lado. Un tubo de comunicación en la izquierda de las puertas exteriores atravesaba los muros de un metro y medio de grosor.

Hasta que ella y Antonio fuesen totalmente embalsamados en su interior habría una abertura en la pared de la puerta, a la que se llegaba por un andamio hecho de bambú, con una grúa y un amplio cesto que permitían subir a las personas —con sus herramientas— para entrar y salir del interior. El proceso de embalsamamiento tardaba noventa días, así que transcurrirían tres meses entre la muerte y el sellado de la abertura en la pared de la puerta; los sacerdotes embalsamadores entrarían y saldrían con sus instrumentos y el natrón, las sales acres que obtenían del lago Tritonis, en el margen de la provincia africana de Roma. Cuando eso estuviese acabado, los sacerdotes se albergarían en un edificio especial junto con sus equipos.

La cámara interior de Antonio estaba comunicada con la de ella a través de una puerta; ambas eran hermosas, decoradas con murales, oro, gemas y todo el esplendor que el faraón y su consorte pudiesen desear en el Reino de los Muertos. Libros para leer, escenas de sus vidas para sonreír, todos los dioses egipcios, un maravilloso mural del Nilo. La comida, el mobiliario, la bebida y la barca ya estaban instalados; Cleopatra sabía que no tardaría mucho en ocuparla.

En las habitaciones reservadas para Antonio habían instalado ya su escritorio y su silla curul de marfil, sus mejores armaduras, un surtido de togas y túnicas, mesas hechas con madera de limonero sobre pedestales de marfil

con incrustaciones de oro. Incluso los templos en miniatura con las imágenes de cera de todos los antepasados que habían alcanzado el cargo de pretor estaban allí, y un busto de sí mismo en un pilar que a él le gustaba especialmente; el escultor griego había metido su cabeza en las fauces de una piel de león, sus garras anudadas en su pecho y los dos ojos rojos resplandecientes por encima de su cráneo. Las únicas cosas que faltaban en su sección eran una armadura y una toga con ribetes púrpura, todo lo que necesitarían desde entonces hasta el final.

Por supuesto, Cesarión sabía lo que ella estaba haciendo, había comprendido que su madre pensaba que Antonio y ella muy pronto estarían muertos, pero no dijo nada, y tampoco intentó disuadirla. Sólo el más tonto de los faraones no hubiese tenido en cuenta la muerte; no significaba que su madre y su padrastro estuviesen pensando en el suicidio, sólo que estarían preparados para entrar en el Reino de los Muertos debidamente preparados y equipados, ya fuese que sus muertes se produjesen como resultado de la invasión de Octavio o no ocurriese durante otros cuarenta años. También se estaba construyendo su propia tumba, como era lo adecuado y lo correcto. Su madre la había puesto junto a Alejandro Magno, pero él la había trasladado a un rincón pequeño y discreto.

Una parte de él estaba entusiasmada con la perspectiva de la batalla, pero otra sufría y rumiaba sobre el destino de su gente si se quedaban sin faraón. Con la edad suficiente para recordar la hambruna y la pestilencia de aquellos años que iban desde la muerte de su padre hasta el nacimiento de los mellizos, él tenía un enorme sentido de la responsabilidad, y sabía que debía vivir, no importaba lo que le ocurriese a su madre, su consorte. Estaba seguro de que se le permitiría vivir si él llevaba las negociaciones con habilidad y estaba preparado para darle a Octavio los tesoros que reclamase. Un faraón vivo era mucho más importante para Egipto que los túneles abarrotados con oro. Sus ideas y opiniones respecto a Octavio eran privadas, y nunca las había comentado con Cleopatra, que no estaría de acuerdo con ellas ni pensaría bien de él por tenerlas. Pero él comprendía el dilema de Octavio, y no podía culparlo por sus acciones. «¡Oh, mamá, mamá! Tanta codicia, tanta ambición.» Porque ella había desafiado el poder de Roma, Roma venía. Una nueva era estaba a punto de comenzar para Egipto, una era que él debía controlar. Nada en la conducta de Octavio decía que fuese un tirano; era, intuía Cesarión, un hombre con una misión: la de preservar a Roma de sus enemigos y la de proveer a su gente con prosperidad. Con aquellas metas en la mente haría todo lo que fuese necesario, pero no más. Un hombre razonable, un hombre con quien se podía hablar y hacerle ver con buen criterio que un Egipto estable bajo un gobernador estable nunca sería un peligro. Egipto, amigo y aliado del pueblo romano, el más leal reino cliente de Roma.

Cesarión cumplió diecisiete años el veintitrés de junio. Cleopatra quiso agasajarlo con una gran fiesta, pero él se negó rotundamente.

—Sólo algo pequeño, mamá. La familia, Apolodoro, Cha'em, Sosigenes —dijo con firmeza—. ¡Nada de compañeros en la muerte, por favor! Intenta convencer a Antonio para que no lo haga.

No fue una tarea tan difícil como había esperado; Marco Antonio estaba cansado, sin ningún ánimo.

—Si es la clase de celebración que el chico quiere, la tendrá. —Los ojos castaño rojizos mostraron un curioso brillo—. La verdad sea dicha, mi querida esposa, en estos días soy más muerte que compañero. —Exhaló un suspiro—. Ahora ya no falta mucho para que Octavio llegue a Pelusium. Otro mes, quizá un poco más.

—Mi ejército no podrá defendernos —dijo ella entre dientes.

—Oh, venga, Cleopatra, ¿por qué lo iba a hacer? Campesinos sin tierras, unos pocos viejos centuriones romanos que son de los tiempos de Aulo Gabinio; yo no les pediría que diesen sus vidas más de lo que Octavio lo desea. No, estoy contento de que no luchen. —Mostró una expresión grave—. Todavía más contento de que Octavio sencillamente los envíe de regreso a casa. Se comporta más como un visitante que como un conquistador.

—¿Qué hay que pueda detenerlo? —preguntó ella con un tono amargo.

—Nada, y ése es un hecho irrefutable. Creo que deberíamos enviarle un embajador de inmediato y negociar un acuerdo.

Incluso un día antes ella hubiese estallado en un arranque de furia, pero en aquel momento no. Una mirada al rostro de su hijo en el día de su cumpleaños le había dicho que Cesarión no quería que la tierra de su país se empapase con la sangre de sus súbditos; aceptaría una resistencia final de las legiones romanas en el campamento instalado en el hipódromo, pero sólo porque esas tropas ansiaban una batalla. Se les había negado en Actium, así que la tendrían allí. No les importaba la victoria o la derrota, sólo la oportunidad de luchar.

Sí, a eso se reducía lo que deseaba Cesarión, y era la paz a cualquier precio. Por lo tanto, que así fuese. Paz a cualquier Precio.

—¿A quién verá Octavio? —preguntó ella.

—He pensado en Antillo —respondió Antonio.

—¿Antillo? ¡Es un niño!

—Así es. Es más, Octavio lo conoce bien. No se me ocurre un mejor embajador.

—No, yo tampoco —manifestó ella después de pensarlo un poco—. Sin embargo, eso significa que deberás escribir una carta. Antillo no es lo bastante inteligente para negociar.

—Lo sé. Sí, escribiré la carta. —Extendió las piernas, se pasó una mano por el pelo, más blanco que gris—. ¡Oh, mi querida muchacha, estoy tan cansado! Sólo quiero que se acabe.

El bulto de su garganta estaba en el interior; tragó saliva.

—Yo también, amor mío, mi vida. ¡Lamento mucho el tormento que te he infligido, pero no comprendía; no, no, debo dejar de poner excusas! Debo aceptar la culpa sin pestañear, sin excusas. Si me hubiese quedado en Egipto, las cosas quizá hubiesen sido muy diferentes. —Ella apoyó su frente contra la de Antonio, demasiado cerca para verle los ojos—. No te amé lo suficiente, así que ahora debo sufrir, ¡oh, terriblemente! Te quiero, Marco Antonio, te quiero más que a la vida, no viviré si tú no vives. Pero lo que deseo es caminar por el Reino de los Muertos contigo para siempre. Estaremos juntos en la muerte como nunca lo hemos estado en la vida, porque allí hay paz, contento, una maravillosa tranquilidad. —Ella alzó la cabeza—. ¿Lo crees?

—Lo creo. —Sus pequeños dientes blancos destellaron—. Por eso creo que es mejor ser egipcio que romano. Los romanos no creen en una vida después de la muerte, y es por eso que no le temen a la muerte. No es más que un sueño eterno, es así como lo veía César. Y Catón, y Pompeyo Magno, y el resto. Bueno, mientras ellos duermen, yo estaré caminando por el Reino de los Muertos contigo para siempre.

Octavio:

Estoy seguro de que no quieres más muertes romanas y por la manera como has tratado al ejército de mi esposa tampoco quieres más muertes enemigas.

Supongo que para el momento que mi hijo mayor llegue a ti estarás en Menfis. Lleva esta carta porque sé que llegará a tu mesa y no a la de algún legado. El chico está ansioso por hacerme este servicio, y a mí me complace dejarlo.

Octavio, no continuemos esta farsa. Admito libremente que fui el agresor en nuestra guerra, si guerra se puede llamar. Marco Antonio no ha brillado demasiado, eso está claro, y ahora desea un final.

Si permites que la reina Cleopatra reine en su reino como faraón y reina, me dejaré caer sobre mi espada. Un buen final para una lucha patética. Envía tu respuesta con mi chico. La esperaré durante tres nundinae. Si para entonces no he recibido ninguna respuesta, sé que me rechazas.

Pasaron los tres nundinae y no llegó palabra alguna de Octavio. A Antonio le preocupaba que Antillo no hubiese regresado, pero decidió que Octavio retendría al chico hasta que su victoria fuese completa, entonces, ¿qué hacía uno con los hijos de los desterrados? El exilio era la práctica habitual, pero Antillo había vivido con Octavia durante años. Su hermana no apartaría a uno de su propia carnada. Ni tampoco le negaría unos ingresos lo bastante altos para vivir como le correspondía.

—¿De verdad crees que Octavio aceptaría los términos que escribiste en tu carta? —preguntó Cleopatra.

Ella no la había visto, ni tampoco había reclamado verla; la nueva Cleopatra comprendía que los asuntos de los hombres pertenecían a los hombres.

—Supongo que no —dijo Antonio, y se encogió de hombros—. Desearía que Antillo se pusiese en contacto conmigo.

«¿Cómo decirle que el chico está muerto?», se preguntó Cleopatra a sí misma. Octavio no aceptaría condiciones, necesitaba el tesoro de los Ptolomeo. ¿Sabía dónde encontrarlo? No, por supuesto que no, cosa que no le impediría cavar más agujeros en las arenas de Egipto que estrellas había en el firmamento. ¿Y Antillo? Vivo, un incordio. Los chicos de dieciséis años se movían como el mercurio y tenían cierto encanto; Octavio no correría el riesgo de mantenerlo vivo e informar de las disposiciones del enemigo a su padre. Sí, Antillo estaba muerto. ¿Qué importaba si ella abordaba el tema con su padre o se callaba? No, no importaba; por lo tanto, por qué hacer que soportase otra carga de pena en sus hombros, tan enconados, tan frágiles. Frágil no era un adjetivo que ella hubiese pensado alguna vez aplicar a Marco Antonio.

En cambio abordó el tema de otro joven diferente: Cesarión.

—Antonio, nos quedan quizá unos tres nundinae antes de que Octavio llegue a Alejandría. En algún punto cercano a la ciudad supongo que librarás una batalla, ¿no es así? Marco Antonio se encogió de hombros. —Los soldados la quieren, así que la habrá.

—No podemos permitir que Cesarión combata.

—¿Ante la posibilidad de que muera?

—Sí. No veo ninguna posibilidad de que Octavio me permita gobernar Egipto, pero tampoco dejará que gobierne Cesarión. Tengo que llevarme a Cesarión a la India o a Taprobane antes de que Octavio comience a buscarlo. Tengo cincuenta buenos hombres y una pequeña y rápida flota en Berenice. Cháem le dio a mis sirvientes el oro necesario para que Cesarión disfrute de una buena vida al final de su viaje. Cuando sea un hombre maduro podrá

regresar.

Él la observó con atención, con el entrecejo fruncido. ¡Cesarión, siempre Cesarión! Sin embargo, ella tenía razón. Si se quedaba, Octavio lo buscaría y lo mataría. Debía hacerlo. Ningún rival tan parecido a César como ese hijo egipcio podía vivir.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó él.

—Tu apoyo cuando se lo diga. No querrá marchar.

—No querrá, pero debe. Sí, te apoyaré.

Ambos se quedaron atónitos cuando Cesarión aceptó en el acto.

—Comprendo vuestra decisión, mamá, Antonio —manifestó él, con los ojos azules bien abiertos—. Uno de nosotros debe vivir, sin embargo, no permitirán que ninguno de nosotros vivamos. Si me quedo en la India durante diez años, Octavio dejará que Egipto continúe su camino como provincia, no como reino cliente. Pero si la gente del Nilo sabe que el faraón está vivo, me darán la bienvenida cuando regrese. —Los ojos se le llenaron de lágrimas; su rostro se contorsionó—. ¡Oh, mamá, mamá, no te volveré a ver nunca más! Debo y, sin embargo, no puedo. Caminarás en el desfile triunfal de Octavio y luego morirás a manos del estrangulados ¡Debo y, sin embargo, no puedo!

—Puedes, Cesarión —dijo Antonio con voz firme, y lo sujetó por el antebrazo—. No dudo del amor por tu madre, y tampoco dudo de tu amor por tu pueblo. Ve a la India y permanece allí hasta que llegue el momento oportuno de regresar. ¡Por favor!

—Oh, iré. Es lo que se debe hacer.

Les dirigió a cada uno la sonrisa de César y salió.

—Apenas si me lo puedo creer —manifestó Cleopatra, que se acarició el bulto—. Dijo que se iría, ¿no?

—Sí, lo dijo.

—Tendrá que ser mañana.

Al día siguiente salió.

Vestido como un banquero o un burócrata de clase media, Cesarión partió con dos sirvientes, los tres montados en buenos camellos.

Cleopatra, desde las almenas del recinto real, lo observó hasta donde alcanzó a ver a su hijo en la carretera de Menfis, agitando un pañuelo rojo y con una gran sonrisa. Antonio, que dijo tener dolor de cabeza, permaneció en el palacio.

Allí lo encontró Canidio, que se detuvo en el umbral para mirar a Marco Antonio tumbado cuan largo era en un diván, con un brazo sobre los ojos.

—¿Antonio?

Antonio apoyó las piernas en el suelo y se sentó, parpadeando.

—¿No te sientes bien? —preguntó Canidio.

—Dolor de cabeza, pero no del vino. Me pesa la vida.

—Octavio no cooperará.

—Bueno, eso lo sabemos desde que la reina le envió su cetro y su diadema a Pelusium. ¡Hubiese deseado que la ciudad hubiera sido tan perezosa como el ejército! Murieron un buen número de buenos egipcios. Me pregunto: ¿cómo creyeron que podían resistir un asedio romano?

—No se podía permitir un asedio, Antonio, y por eso asaltó la ciudad. — Canidio miró a Antonio, intrigado—. ¿No lo recuerdas? ¡No estás bien!

—Sí, sí, lo recuerdo. —Antonio se rio con un sonido chirriante—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, eso es todo. Está en Menfis, ¿no?

—Estaba en Menfis. ¿Ahora? Sube por el brazo Canópico del Nilo.

—¿Qué tiene mi hijo que decir de él?

—¿Tu hijo?

—¡Antillo!

—Antonio, no hemos tenido noticias de Antillo desde hace un mes.

—¿No hemos tenido? ¡Qué extraño! Octavio, sin duda, lo ha detenido.

—Sí, me atrevería a decir que eso es lo que ha pasado —respondió Canidio con voz amable.

—Octavio envió un sirviente con las cartas, ¿no?

—Sí —dijo Cleopatra desde el umbral.

Entró y se sentó delante de Antonio, mientras sus ojos le nacían señales a Canidio frenéticamente.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Thyrso, querido.

—Refréscame la memoria, Cleopatra —le pidió Antonio, que obviamente estaba muy confundido—. ¿Qué decían las cartas que te envió Octavio?

Canidio se había derrumbado en una silla, y miraba atónito.

—La pública me ordenaba que desarmase al ejército y lo rindiese; la otra, sólo para mis ojos, decía que Octavio buscará una solución satisfactoria para todas las partes —respondió Cleopatra con voz tranquila.

—¡Oh, sí! Sí, por supuesto, eso decía. Ah, ¿no tenía que hacer yo algo por ti? ¿Algo del gobernador de la guarnición en Pelusium?

—Envió a su familia a Alejandría para que estuviese segura y yo los mandé detener. ¿Por qué su familia se debía librar del sufrimiento que se abatió sobre Pelusium? Pero entonces Cesarión —ella se interrumpió y se retorció las manos— dijo que yo estaba demasiado furiosa para dispensar justicia, y te los entregó a ti.

—¡Oh! ¿Yo dispensé justicia para la familia?

—Tú los dejaste en libertad. Aquello no fue justicia. Canidio escuchaba esta conversación como si hubiese sido golpeado con un hacha. ¡Todo eso se había acabado, era cosa del pasado! ¡Dioses, Antonio estaba medio loco! Había perdido la memoria. ¿Cómo podía él, Canidio, discutir planes de guerra con un viejo sin memoria? ¡Hundido! Roto en mil pedazos. Incapacitado para el mando.

—¿Qué quieres, Canidio? —preguntaba Antonio.

—Octavio está muy cerca, Antonio, y tengo siete legiones en el hipódromo preparándose para la lucha. ¿Vamos a luchar?

Antonio se levantó de un salto, transformado en un abrir y cerrar de ojos, de viejo olvidadizo a general de tropas ansioso, alerta, interesado.

—¡Sí! Sí, por supuesto que lucharemos —afirmó, y comenzó a gritar—: ¡Mapas! ¡Necesito mapas! ¿Dónde están Cinna, Turullio y Casio?

—Esperan, Antonio, arden de deseos de combate.

Cleopatra acompañó al visitante fuera de la habitación.

—¿Desde cuándo ocurre esto? —preguntó Canidio.

—Desde que regresó de Fraaspa. ¿Puede que cuatro años?

—¡Júpiter! ¿Cómo no lo vi?

—Es como si le dieran arrebatos y, por lo general, sólo cuando tiene la guardia baja o le duele la cabeza. Cesarión se marchó hoy, así que es un mal día. Pero no te preocupes, Canidio. Ya está saliendo, y para mañana será todo lo que fue en Filipos.

Cleopatra no hablaba a la ligera. Antonio atacó cuando la tropa avanzada de caballería de Octavio llegó al suburbio de Canopus, donde estaba ubicado el hipódromo. Aquél era el viejo Antonio, lleno de coraje y fuego, incapaz de

poner un pie —o un hombre— en el lugar equivocado. La caballería huyó; las siete legiones de Antonio fueron a la batalla entonando sus himnos de guerra al Hércules Invicto, dios patrono de los Antonio y también de la guerra.

Antonio regresó a Alejandría al anochecer todavía vestido con su armadura para ser recibido por una entusiasta Cleopatra.

—¡Oh, Antonio, Antonio, nada es bastante bueno para ti! —gritó ella, y le cubrió el rostro con besos—. ¡Cesarión! ¡Cómo deseo que Cesarión pudiese verte ahora!

Ella aún no se había enterado, pobre mujer. Cuando Canidio, Cinna, Décimo Turullio y los demás llegaron también en la misma sudorosa y sangrienta condición que Antonio, ella fue de uno a otro con una sonrisa tan grande que Cinna fue uno de los que encontró la exhibición repugnante.

—No fue una gran batalla —intentó decirle Antonio cuando ella pasó a su lado en uno de sus giros—. Reserva tu alegría para la gran batalla que está por llegar.

Pero no, no, ella no estaba dispuesta a escuchar. Toda la ciudad se regocijaba como si hubiese sido el combate definitivo, y Cleopatra estaba absolutamente absorbida en planear una fiesta de victoria para el día siguiente en el gimnasio: el ejército estaría allí, ella condecoraría a los soldados más valientes, los legados deberían estar sentados en un pabellón dorado sobre suntuosos cojines, los centuriones en algo sólo un poco menos cómodo.

—Ambos están locos —le dijo Cinna a Canidio—. ¡Locos!

Él intentó contenerla, pero Antonio el hombre, el amado había desaparecido ante su convicción de que, al ganar esta batalla menor, había ganado la guerra, que su reino estaba a salvo, que Octavio ya no era una amenaza. Todos los soldados profesionales y los legados vieron a un impotente Antonio sucumbir a la loca alegría de Cleopatra y gastar las pocas energías en convencerla de que siete legiones nunca entrarían en el gimnasio.

La fiesta se celebró sólo con los soldados rasos que debían ser condecorados, aunque sí que fueron alrededor de cuatrocientos centuriones, los tribunos militares, los legados menores y todos los ciudadanos de Alejandría que consiguieron entrar. También había prisioneros que ubicar, hombres a los que Cleopatra insistió que sujetasen con cadenas y los colocasen en un lugar donde los alejandrinos pudiesen arrojarles verduras podridas e insultarlos. Si había algo que podía hacer que las legiones le volvieran la espalda, eso lo consiguió. Un acto bárbaro, no romano. Un insulto a los hombres tanto romanos como no romanos.

Tampoco quiso escuchar ningún consejo sobre las condecoraciones que

ella insistió en repartir; en lugar de la sencilla corona de hojas de roble al valor, el hombre que había salvado la vida de sus compañeros y defendido el terreno en que había ocurrido hasta que el combate acabó se encontró obsequiado con un casco y una coraza dorada por una mujer menuda y de ojos saltones que lo besó.

—¿Dónde están mis hojas de roble? ¡Dame mis hojas de roble! —exigió el soldado, muy ofendido.

—¿Hojas de roble? —Su risa tintineó—. ¿Oh, mi querido muchacho, una ridícula corona de hojas de roble en lugar de un casco dorado? ¡Sé sensato!

El soldado dejó caer el equipo dorado al borde de la multitud y se pasó inmediatamente al ejército de Octavio, tan furioso que sabía que la mataría si se quedaba. El de Antonio no era un ejército romano, era una combinación de bailarinas y eunucos.

—¿Cleopatra, Cleopatra, cuándo aprenderás? —le preguntó Antonio realmente dolorido aquella noche después de que se acabase la ridícula fiesta y los alejandrinos hubiesen regresado a sus casas, saciados.

—¿A qué te refieres?

—¡Me has avergonzado delante de mis hombres!

—¿Avergonzado? —Ella se irguió, dispuesta a librar su propia batalla—. ¿Qué quieres decir con avergonzado?

—No te corresponde a ti dirigir una celebración militar, ni tampoco jugar con el mos maiorum de Roma y darle a un soldado oro en lugar de hojas de roble. Tampoco poner grilletes a los soldados romanos. ¿Sabes lo que dijeron aquellos prisioneros cuando los invité a unirse a mis legiones? Dijeron que preferían morir. ¡Morir!

—¡Oh, bueno, si es eso lo que quieren los complaceré!

—No harás nada por el estilo. ¡Por última vez, señora, mantén tu nariz fuera de los asuntos de los hombres! —gritó Antonio, tembloroso—. Me has convertido en un chulo, en un saltatrix tonsa que busca clientes fuera del Venus Erucina.

Su furia desapareció en el tiempo en que tarda en golpear el rayo; sus ojos se llenaron de lágrimas, su barbilla cayó, lo miró con auténtico desconsuelo.

—Creí que tú lo querías —susurró—. Creí que mejoraría tu posición si tus soldados rasos, tus centuriones y tus tribunos veían lo grandes que serían las recompensas una vez que nuestra guerra hubiese acabado en victoria. ¿Porque la hemos ganado, verdad? ¿Sin duda fue una victoria?

—Sí, pero una victoria pequeña, no una grande. Y por Júpiter, mujer,

guarda tus cascos y tus corazas doradas para los soldados egipcios. Los romanos prefieren una corona de hierba.

Así se separaron cada uno para llorar, pero por muy diferentes razones.

A la mañana siguiente se besaron e hicieron las paces; no había tiempo para seguir enfadados.

—Si juro por mi padre Amón-Ra que no interferiré en las cuestiones militares que hagas, Marco, ¿consentirás luchar la batalla final? —preguntó ella con los ojos hundidos por la falta de sueño.

De algún lugar, él consiguió conjurar una sonrisa, la abrazó y respiró la exquisita fragancia de su piel, aquella suave fragancia floral que destilaba del bálsamo de Jericó.

—Sí, mi amor, voy a librar mi última batalla.

Ella se envaró, se apartó para mirarlo.

—¿Última batalla?

—Sí, última batalla. Mañana, al amanecer —respiró profundamente y mostró una expresión severa—. No regresaré, Cleopatra. No importa lo que ocurra, no regresaré. Quizá ganemos, pero sólo es una batalla más. Octavio ha ganado la guerra. Tengo la intención de morir en el campo con todo el valor de que sea capaz. De esa manera habrá desaparecido el elemento romano y podrás tratar con Octavio sin necesidad de tenerme en cuenta. Yo soy su vergüenza, no tú; tú eres un enemigo extranjero con quien él puede tratar sencillamente, como hace un romano. Puede que te pida que camines en su desfile triunfal, pero no te matará y tampoco a los hijos que has tenido conmigo. Dudo que te deje gobernar Egipto, y eso significa que después de que acabe su triunfo te llevará a ti y a los niños a vivir en una ciudad-fortaleza italiana como Norba o Praeneste. Muy cómodos. Allí podrás esperar el regreso de Cesarión.

El rostro de ella se vació de color, concentrado ahora en aquellos enormes ojos dorados.

—¡Antonio, no! —susurró.

—Antonio, sí. Es eso lo que quiero, Cleopatra. Podrás pedirle mi cuerpo y él te lo dará. No es un hombre vengativo; lo que él hace es expeditivo, racional, muy bien pensado. ¡No me niegues la oportunidad de una buena muerte, amor mío, por favor!

Las lágrimas le quemaban en las mejillas mientras corrían en busca de las comisuras de su boca.

—No te negaré tu buena muerte, mi muy amado. Una última noche en tus

brazos vivos es todo lo que pido y nada más.

Él la besó y se marchó al hipódromo para hacer sus disposiciones de combate.

Sin sentido, muerta por dentro, ella caminó a través del palacio hasta la puerta que daba a través de los jardines de palmeras al Sema, Charmian e Iras a su estela, como siempre. No hicieron ninguna pregunta; no había necesidad después de ver el rostro del faraón. Antonio iba a morir en la batalla, Cesarión había marchado a la India y el faraón se acercaba rápidamente al tenue horizonte que separaba al Nilo viviente del Reino de los Muertos.

En su tumba, ella llamó a aquellos que aún trabajaban en el lado de Antonio y dio orden de tenerlo todo preparado para acoger su cuerpo al anochecer del día siguiente. Hecho eso, permaneció en la pequeña antecámara junto a las grandes puertas de bronce y las miró; luego se volvió para mirar también la más exterior de sus propias habitaciones, donde habían colocado una hermosa cama y un baño, un rincón para sus funciones corporales privadas, una mesa y dos sillas, un escritorio con el más fino papel de pergamino, plumas, pastillas de tinta y una silla. Todo lo que el faraón necesitaría en la otra vida. Pero, pensó ella, también estaba debidamente preparado para el faraón en esta vida.

Eso la acosó, su impotencia enjaulada entre la muerte de Antonio y la decisión de Octavio sobre ella y sus hijos. ¡Tenía que ocultarse! Ocultarse hasta saber cuál era la decisión de Octavio. Si él la encontraba donde podía ser capturada, la encerrarían y probablemente asesinarían a sus hijos de inmediato. Antonio insistía en que Octavio era un hombre bondadoso, pero, para Cleopatra, él era el basilisco, el letal reptil. Desde luego, él la quería viva para su desfile triunfal; por lo tanto, una Reina de las Bestias muerta era lo que menos deseaba. Pero si ella se quitaba la vida en aquel momento, sus hijos, sin duda, sufrirían. No, no podía quitarse la vida hasta que sus hijos estuviesen a salvo. Para empezar, Cesarión aún no habrá llegado al puerto en el Sinus Arabicus; pasaría un nundinae antes de que zarpara. En cuanto a los hijos de Antonio: ella era su madre, atrapada por la intangible red que fusionaba a una mujer y a sus hijos juntos para siempre.

La idea se le ocurrió cuando su mirada se fijó en la cama. ¿Por qué no ocultarse dentro de su tumba? Desde luego aún se podía entrar por la abertura, pero antes de que Octavio pudiese ordenar a los hombres que entrasen, ella podía gritar por el tubo de comunicación que si alguien intentaba entrar por aquel camino la encontrarían muerta envenenada. El último tipo de muerte que Octavio podía condonarle; todos sus muchos enemigos afirmarían que él la había envenenado. De alguna manera, ella debía permanecer viva y ser un agente libre con opciones durante el tiempo necesario para conseguir su

promesa de que sus hijos vivirían y prosperarían independientemente de Roma. En el caso en que el amo de Roma se negase, ella se envenenaría de una forma tan pública y tan sorprendente que lo odioso del hecho destruiría su imagen política para siempre.

—Me quedaré aquí —le dijo a Charmian e Iras—. Poned una daga en aquella mesa, otra daga cerca del tubo de comunicación y acudid ahora mismo a Hapd'efan'e. Decidle que quiero un frasco de acónito puro. Octavio nunca pondrá las manos sobre una Cleopatra viva.

Una orden que Charmian e Iras malinterpretaron, al creer que su ama tenía la intención de morir —¡oh, qué agonía! — casi de inmediato. Así pues, un asombrado Apolodoro también malinterpretó las intenciones de Cleopatra cuando las dos llorosas mujeres entraron en el palacio.

—¿Dónde está la reina?

—En su tumba —sollozó Iras, y se marchó a la carrera en busca de Hapd'efan'e.

—¡Tiene la intención de morir antes de que Octavio llegue a Alejandría! —consiguió decir Charmian entre los ataques de llanto.

—Pero ¡Antonio! —exclamó Apolodoro, desconsolado.

—Antonio pretende morir en la batalla de mañana.

—¿Para entonces estará muerta la hija de Ra?

—¡No lo sé! Quizá, es probable, ¡no lo sé!

Charmian se alejó presurosa para buscar comida fresca para su ama, en la tumba.

Al cabo de una hora, todos en el palacio sabían que el faraón estaba a punto de morir; su aparición en el comedor asombró a Cha'em, Apolodoro y Sosigenes.

—Majestad, nos hemos enterado —dijo Sosigenes.

—No tengo la intención de morir hoy —replicó Cleopatra, divertida.

—Por favor, majestad, piénsalo de nuevo —suplicó Cha'em.

—¿Qué, no tienes ninguna visión de mi muerte, hijo de Ptah? ¡Descansa tranquilo! La muerte no es una cosa que se deba temer. Nadie lo sabe mejor que tú.

—¿Y a Antonio? ¿Se lo dirás?

—No, no lo haré, caballeros. Él todavía es un romano, no lo entenderá. Quiero que nuestra última noche juntos sea perfecta.

En mitad de la última noche que Antonio y Cleopatra pasaron abrazados, serenos, inundados de amor, los sentidos exaltados al máximo, los dioses abandonaron Alejandría. Anunciaron su marcha con un leve temblor, un suspiro, un inmenso gemido que se fue apagando como un trueno moribundo en la distancia.

—Serapis y los dioses de Alejandría son como nosotros, mi querido Antonio —susurró ella contra su garganta.

—No es más que un temblor —respondió él con voz baja, medio dormido.

—No, los dioses se niegan a permanecer en una Alejandría romana. Después de eso él durmió, pero Cleopatra no pudo. La habitación estaba débilmente alumbrada con lámparas, así que ella pudo levantarse apoyada en un codo para mirarlo, beber la visión de su rostro amado, los rizos casi plateados en un maravilloso contraste con su piel tostada, los planos de sus huesos acentuados porque había perdido peso. «¡Oh, Antonio, qué te he hecho, y nada bueno, bondadoso o comprensivo! Esta noche ha sido tan tranquila que estoy envuelta en tu perdón. Nunca me has reprochado mi conducta. Me preguntaba por qué sería, pero ahora comprendo que tu amor por mí era tan grande que perdonaba cualquier cosa, todo. Lo que puedo hacer a cambio es que la eternidad de la muerte sea algo más allá de cualquier sensación humana, un hilillo dorado en el reino de Amón-Ra.»

Al amanecer, en un duermevela, vio cómo él se levantaba, una silueta negra contra la pálida luz del alba, cómo su sirviente lo ayudaba a ponerse la armadura: la acolchada túnica escarlata sobre el taparrabos escarlata, la vestimenta de cuero rojo, la sencilla coraza de acero, el faldellín y las mangas con correas también de cuero rojo, las botas cortas bien anudadas, sus lengüetas con bordes de acero plegados sobre los lazos de los cordones entrecruzados. Le dirigió una gran sonrisa, sujetó el casco de acero debajo del brazo y se echó hacia atrás el paludamentum escarlata para que cayese libre en sus hombros.

—Ven, esposa —dijo él—. Ven a despedirme.

Ella le metió su mejor pañuelo, rociado con su perfume, en la axila de la coraza y caminó con él al exterior, donde se percibía un limpio y frío aire, lleno con el trino de los pájaros.

Canidio, Cinna, Décimo Turullio y Casio Parmensis lo esperaban; Antonio se subió a un taburete para montar, le clavó los talones a su Caballo Público gris en las costillas y partió al galope en un viaje de cinco millas hacia el hipódromo. Era el último día de julio.

Tan pronto como él desapareció de la vista, ella fue a su tumba, junto con Charmian e Iras. Las tres trabajaron al unísono: bajaron los barrotes por el

lado interior de las dobles puertas hasta que sólo el famoso ariete de veinticinco metros de Antonio podía derribarlas. Cleopatra vio que había abundancia de comida fresca, además de cestos de higos, aceitunas, dátiles y pequeños panecillos horneados con una fórmula especial que los mantenía frescos durante muchos días. No es que ella esperase estar dentro muchos días.

Lo peor sería aquella noche, cuando le trajesen el cuerpo de Antonio; lo llevarían directamente a la habitación con su sarcófago, para allí someterse mudo a los horribles talentos de los sacerdotes embalsamadores. Pero, primero, ella tendría que mirar su rostro muerto. «¡Oh, Amón-Ra y todos tus dioses, haced que su muerte sea tranquila, sin sufrimiento! ¡Qué su vida cese rápidamente!»

—Me alegro —dijo Charmian, temblorosa— que la abertura deje entrar tanto aire. ¡Oh, es tan lúgubre!

—¡Enciende más lámparas, tonta! —fue la respuesta práctica de Iras.

Antonio y sus generales cabalgaron en dirección a Canopus, con grandes sonrisas de satisfacción ante la perspectiva de la batalla. La zona había estado poblada desde hacía muchos años, tradicionalmente por los ricos mercaderes extranjeros, aunque sus casas no estaban ubicadas entre las tumbas, como las casas al oeste de la ciudad, donde se encontraba la necrópolis. Allí había jardines, plantaciones, mansiones de piedra con estanques y fuentes, bosquecillos de roble negro y palmeras. Más allá del hipódromo, en las bajas dunas cerca del mar —menos deseables que practicaban los hombres ricos—, estaba el campamento romano, dos millas en línea recta de vallas y trincheras.

«¡Bien!», pensó Antonio mientras se acercaban al ver que los soldados ya estaban en el exterior y formados. Entre las primeras filas y la vanguardia de Octavio había un espacio de media milla. Centellaban las águilas, las banderas multicolores de las cohortes ondeaban al viento, el vexillum proponere escarlata destacaba junto al Caballo Público de Octavio, donde estaba sentado, rodeado por sus generales, a la espera. «¡Oh, adoro este momento! —continuó la mente de Antonio mientras se abría paso entre sus tropas, la caballería haciendo sus habituales ruidos y estrépitos en los flancos—. Me encanta la siniestra sensación del aire, los rostros de mis hombres, la fuerza de tanto poder.»

Luego, en un instante, se acabó. Su propio vexillarius bajó la bandera y caminó hacia el ejército de Octavio. Todos los aquilifer con sus águilas hicieron lo mismo, así como todos los vexillarius de cada cohorte, mientras sus soldados, que pedían guerra sin cuartel a gritos, los siguieron, las espadas a la funerala y los pañuelos blancos atados alrededor de sus pila.

Antonio no supo cuánto tiempo estuvo sentado en su nervioso caballo,

pero cuando su mente se aclaró lo suficiente para mirar a los lados en busca de sus generales se habían marchado. No sabía adonde habían ido. Con los movimientos bruscos de una marioneta hizo girar a su caballo y galopó de regreso a Alejandría, las lágrimas rodando por su rostro y volando como gotas de lluvia en una tempestad.

—¡Cleopatra, Cleopatra! —gritó en el momento de entrar en el palacio, su casco rebotando escaleras abajo cuando lo dejó caer—. ¡Cleopatra!

Apareció Apolodoro, luego Sosigenes y, por último, Cha'em. Pero no Cleopatra.

—¿Dónde está? ¿Dónde está mi esposa? —preguntó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, a su vez, Apolodoro, encogido.

—Mi ejército desertó, y eso también significa que lo ha hecho mi flota —respondió, sin más explicaciones—. ¿Dónde está la reina?

—En su tumba —contestó Apolodoro.

¡Ya está! Lo había dicho.

El rostro de Marco Antonio se volvió gris, al tiempo que se tambaleaba.

—¿Muerta?

—Sí. No parecía creer que fuese a verte de nuevo vivo.

—Tampoco me hubiese visto, de haber luchado mi ejército. —Se encogió de hombros, se desató los cordones de su paludamentum, que cayó al suelo como un charco de rojo brillante—. Bueno, no hay ninguna diferencia. —Desató las correas de su coraza, que produjo otro estrépito cuando golpeó contra el mármol. La espada salió de su vaina, la espada de un noble con una empuñadura de marfil con la figura de un águila—. Ayúdame a quitarme el sobreveste —le ordenó a Apolodoro—. ¡Venga, hombre, no te estoy pidiendo que empujes la espada! Sólo déjame con mi túnica.

Pero fue Cha'em quien se adelantó y le quitó el sobreveste de cuero y las correas.

Los tres ancianos miraron traspuestos mientras Antonio apoyaba la punta de su gladio contra su cintura, los dedos de su mano izquierda buscando la parte inferior de las costillas. Satisfecho, sujetó el águila de marfil con las dos manos, respiró profundamente y empujó con todas sus fuerzas. Sólo entonces los tres viejos se movieron, corrieron a ayudarlo mientras caía al suelo, jadeante, con expresión ceñuda pero no por el dolor, sino de furia.

—Cacat! —exclamó, los labios abiertos para mostrar los dientes—. He fallado en mi intento de buscar el corazón. Tenía que haber estado ahí.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sosigenes, que lloraba a lágrima viva.

—Para empezar, deja de llorar. Tengo la espada clavada en el hígado, y tardaré algún tiempo en morir —gimió—. Cacat, ¡duele! Me lo tengo merecido... la reina, llevadme hasta ella.

—Quédate aquí hasta que mueras, Marco Antonio —le suplicó Cha'em.

—No, quiero morir mirándola. Llévame hasta ella. Los dos sacerdotes embalsamadores entraron primero en el cesto, con sus aparatos alrededor de ellos, luego permanecieron en el borde de la abertura mientras otros dos sacerdotes embalsamadores colocaban a Antonio en el cesto, que tenía su base acolchada con mantas blancas. Los sacerdotes, en el exterior, subieron el cesto con la polea; en la abertura lo colocaron sobre unos raíles hasta que pudieron bajarlo a la tumba, donde los dos primeros sacerdotes embalsamadores lo sujetaron.

Cleopatra esperaba, dispuesta a ver a un Antonio sin vida hermosamente arreglado en una muerte que no mostrara ningún estigma visible.

—¡Cleopatra! —jadeó él—. ¡Dijeron que estabas muerta!

—¡Amor mío, amor mío! ¡Todavía estás vivo!

—¿No es un chiste? —preguntó él, que intentó reír mientras se ahogaba con la tos—. Cacat! Tengo sangre en el pecho.

—Ponedlo en mi cama —les dijo a los sacerdotes, y se movió alrededor de la cama, incordiándolos, hasta que lo colocaron a su gusto.

La túnica acolchada escarlata no mostraba la sangre como en las mantas blancas donde había yacido, pero ella había visto tanta sangre en sus treinta y nueve años que no se sentía horrorizada por ello. Hasta que los sacerdotes, médicos como eran, no quitaron la túnica con la intención de vendar la herida con fuerza para detener la hemorragia no vio ella aquel magnífico cuerpo abierto por una grande y fina lágrima debajo de las costillas. Cleopatra tuvo que apretar los dientes para contener un grito de protesta, la primera punzada de dolor. Él iba a morir; ella ya se lo esperaba. Pero la realidad la superó: el dolor en sus ojos, el espasmo de agonía que de pronto lo dobló como un arco mientras los sacerdotes luchaban por vendarlo. Su mano le aplastó los dedos, le unió todos los huesos, pero ella sabía que, al tocarla, le estaba dando fuerzas, por lo tanto, lo soportó.

Una vez que lo pusieron todo lo cómodo que podía estar, ella acercó una silla al lado de la cama y se sentó allí mientras le hablaba con una dulce voz de arrullo, y sus ojos, brillantes de placer, nunca se separaron de su rostro. Un momento tras otro, hora tras hora, lo ayudó a cruzar el Río, como él dijo, todavía, en el fondo, un romano.

—¿De verdad caminaremos juntos por el Reino de los Muertos?

—Muy pronto, amor mío.

—¿Cómo te encontraré?

—Yo te encontraré. Sólo siéntate en algún lugar hermoso y espera.

—Un destino más hermoso que el sueño eterno.

—Oh, sí. Estaremos juntos.

—César también es un dios. ¿Tendré que compartirte?

—No, César pertenece a los dioses romanos. No estará allí.

Pasó tiempo antes de que él reuniese el coraje para decirle lo que había pasado en el hipódromo.

—Mis tropas desertaron, Cleopatra, hasta el último hombre.

—Así que no hubo batalla.

—No. Me lancé sobre mi espada.

—Una alternativa mejor que la de Octavio.

—Así creí. ¡Oh, pero es tan agotador! Lento, demasiado lento.

—Muy pronto se acabará, mi amor. ¿Te he dicho que te quiero? ¿Alguna vez te he dicho cuánto te quiero?

—Sí, y por fin te creo.

La transición entre la vida y la muerte cuando llegó fue tan sutil que ella no se dio cuenta de que había pasado hasta que, al mirar por azar a sus ojos, vio las pupilas enormes y cubiertas con una fina pátina de oro. Marco Antonio se había marchado; ella sostenía en sus brazos una cáscara, la parte de él que había abandonado.

Un alarido rasgó el aire: su alarido. Como un animal, se arrancó los cabellos a puñados, desgarró el corpiño hasta que sus pechos quedaron desnudos y se los destrozó con las uñas, mientras aullaba, gritaba y se golpeaba como una loca.

Cuando a Charmian e Iras les pareció que podía hacerse daño de verdad, llamaron a los sacerdotes embalsamadores y la obligaron a tomar la jalea de amapolas. Sólo después de que ella cayó en el estupor de la droga los sacerdotes se llevaron el cuerpo de Marco Antonio a su sarcófago para comenzar el embalsamamiento.

Ya era de noche; Antonio había tardado once horas en morir, pero al final era el viejo Antonio, el gran Antonio. En la muerte se había encontrado, por

fin, consigo mismo.

XXVIII

Cesarión continuó por la carretera de Menfis con toda tranquilidad, aunque sus dos sirvientes, dos macedonios maduros, le urgieron a cabalgar hacia Schedia para, desde allí, embarcar hacia Leontópolis, en el Nilo Pelusíaco. Eso evitaría todo riesgo de encontrarse con el ejército de Octavio, le dijeron; también era el camino más corto al Nilo.

—¡Qué tontería, Praxis! —El joven se rio—. El camino más corto al Nilo es la carretera de Menfis.

—Sólo cuando no contiene un ejército romano, hijo de Ra.

—¡No me llames así! Soy Parmenides de Alejandría, un banquero menor que va a inspeccionar las cuentas del Banco Real en Copto.

«Es una pena que mamá haya insistido en que llevase a estos dos centinelas», pensó Cesarión, aunque al final no tendría importancia. Sabía exactamente adónde iba y lo que iba a hacer. En primer lugar, no dejar a su madre desamparada. ¿Qué clase de hijo consentiría hacer tal cosa? Una vez habían estado unidos por un cordón que había vertido su sangre en él mientras permanecía envuelto en el cálido fluido que ella había hecho para él. Incluso después de cortar aquel cordón, otro invisible capaz de extenderse por todo el mundo aún los ligaba. Por supuesto, ella pensaba en él cuando lo envió a una parte del mundo tan extraña que él no comprendía las costumbres ni el idioma. Pero pensaba en ella cuando se puso en marcha con toda la intención de ir a alguna otra parte para hacer algo diferente.

En el cruce donde la vía a Schedia recogía la mayor parte del tráfico se despidió alegremente de los otros viajeros, le pegó a su camello con la fusta y partió al galope por la ruta que llevaba a Menfis. «¡Brrr! ¡Brrr!», urgió a la bestia, las piernas firmemente enganchadas por delante de la montura para evitar caerse; el paso era extraño, las dos patas de un lado avanzaban a un tiempo, y eso significaba un avance que parecía el bamboleo de una nave con una marejada de través.

—Debemos alcanzarlo —dijo Praxis con un suspiro.

«¡Brrr! ¡Brrr!» Y los dos hombres salieron en persecución de Cesarión, que desapareció rápidamente.

No muchas millas más adelante, y en el momento en que sus guardias estaban acortando la brecha entre ellos, Cesarión vio al ejército de Octavio. Frenó al camello y redujo su paso a un avance lento, y después se apartó de la vía. Nadie se fijó en él; las tropas y los oficiales estaban muy entretenidos con sus cantos porque sabían que la marcha de mil millas estaba casi a punto de

acabar y los esperaba un buen campamento: buena comida legionaria, muchachas alejandrinas dispuestas a darse voluntaria o involuntariamente, sin duda, montañas de objetos de oro que nadie podía rechazar.

Uno-dos, uno-dos,

¡Antonio, lo hemos hecho por ti!

Tres-cuatro, tres-cuatro,

¡estamos llamando a tu puerta!

Cinco-seis, cinco-seis,

¡Antonio no cuenta!

Siete-ocho, siete-ocho,

¡Antonio, haz frente a tu destino!

Nueve-diez, nueve-diez,

¡hemos estado allí y vuelta!

¡César, César!

¡Hombres o mujeres, un salido!

¡Alejandría!

¡Alejandría!

Ale-jan-dría.

Fascinado, Cesarión vio cómo los soldados variaban sus palabras para mantener el ritmo de aquella rígida marcha; luego, mientras se movía lentamente a lo largo de la columna, comprendió que cada cohorte tenía su propia canción, y que cualquier soldado con buena voz y mente despierta inventaba nuevas palabras para cantar entre los estribillos. Él había visto al ejército de Antonio, tanto allí en Egipto, como en Antioquía, pero sus tropas nunca habían cantado canciones de marcha. Probablemente, porque no estaban de marcha, pensó. Aquello lo estimuló, a pesar de que las letras contenían palabras que no eran muy halagadoras para su madre: bruja puta, cerda, vaca, Reina de las Bestias, puta de los sacerdotes.

¡Ah! Allí estaba el vexillum proponere escarlata del general, su astil sujeto en un tubo por un hombre que llevaba una piel de león; cuando el general montara su tienda, ondearía en el exterior. ¡Por fin, Octavio! Como el resto de sus legados, marchaba y vestía con un sencillo sobreveste de cuero marrón. El cabello rubio lo distinguía incluso de no haberlo hecho el estandarte escarlata. ¡Tan pequeño! No medía más de un metro y medio de estatura, pensó Cesarión, asombrado. Delgado, bronceado, hermoso de rostro pero no

afeminado, sus pequeñas y feas manos se movían al tiempo de la canción que lo precedía.

—¡César Octavio! —llamó, y se quitó la capucha—. ¡César Octavio, he venido a negociar!

Octavio se detuvo en seco, lo que motivó que también se detuviera la mitad de ese ejército detrás de él mientras aquellos que iban a la vanguardia continuaban hasta que un legado menor montado a caballo se adelantó para advertirles que esperaran.

Por un asombroso momento, Octavio creyó de verdad que miraba a Divus Julius como debía de haber sido Divus Julius caso de materializarse como un griego. Luego, sus ojos atónitos se fijaron en la lana marrón del disfraz, en la juventud de las facciones de Divus Julius y comprendió que aquél era Cesarión. El hijo de Cleopatra por su divino padre. Ptolomeo XV César de Egipto.

Dos hombres mayores montados en camello se acercaban; de pronto. Octavio se volvió hasta Estatilio Tauro.

—¡Captúralos y tapa la cabeza del muchacho con la capucha, Tauro! ¡Ahora! Mientras el ejército se quitaba las cargas de las espaldas y los hombros acostumbrados desde hacía mucho al peso y los grupos iban a buscar agua al cercano lago Mareotis, montaron a toda prisa la tienda de mando de Octavio. No había manera de evitar la presencia de sus generales en la próxima entrevista, al menos al principio; Messala Corvino y Estatilio Tauro habían visto la desnuda cabeza dorada, la manifestación del fantasma de Divus Julius.

—Llévate a aquellos dos y mátalos ahora mismo —le ordenó a Tauro—, luego vuelve a mí. Que nadie hable con ellos antes de morir, quédate allí hasta que los ejecuten, ¿está claro?

Con Octavio viajaban tres hombres, por elección más que por cualquier virtud militar, de las cuales carecían. Uno era un noble y los otros dos sus propios libertos: Cayo Proculio, que era hermanastro del cuñado de Mecenas, Varro Murena, un hombre famoso por su erudición y agradable naturaleza, y Cayo Julio Thyrsos y Cayo Julio Epafrodito, que habían sido esclavos de Octavio y le habían servido tan bien que a su manumisión él no sólo los había tomado a su servicio, sino que, además, confiaba en ellos. Porque, para alguien como Octavio, la compañía incesante de militares como sus legados superiores a lo largo de meses lo hubiesen vuelto loco. De aquí Proculio, Thyrsos y Epafrodito. Como todos los generales de Octavio desde Sabino hasta Calpurnio y Corvino comprendían que su amo era un excéntrico, a nadie le resultaba ofensivo o desconcertante descubrir que Octavio, en las campañas,

acostumbraba a cenar solo: es decir, con Proculeio, Thyrso y Epafrodito.

La sorpresa que Octavio había sufrido no tardó en desvanecerse por muchas razones, la primera y principal: que había encontrado el tesoro de los Ptolomeo gracias a seguir el bosquejo de su paradero que había dejado su divino padre al pie de la letra. Un ejercicio que realizó con sus dos libertos; ningún noble romano vería nunca lo que había en centenares de pequeños cuartos a cada lado de aquella conejera de túneles que comenzaba en el recinto de Ptah y al que se llegaba apretando un cartucho y descendiendo a las entrañas oscuras. Después de errar como un esclavo admitido en los Campos Elíseos durante varias horas, había reunido a sus «mulas» —egipcios con los ojos vendados hasta estar bien adentro de los túneles— para retirar lo que Octavio consideraba que iba a necesitar para devolverle a Roma su esplendor: sobre todo, oro, junto con algunos bloques de lapislázuli, cristal de roca y alabastro para que los escultores hiciesen maravillosas obras de arte que adornarían los templos y los lugares públicos de Roma. De nuevo en el exterior, su propia cohorte de tropas mató a los egipcios y se hizo cargo de la caravana que ya estaba de camino a Pelosium y, a continuación, a casa. Los soldados quizá adivinaban el contenido de las cajas por el peso, pero nadie las abriría, porque cada una llevaba el sello de la esfinge.

La carga que había caído de la espalda de Octavio ante la visión de más riqueza de lo que había soñado que podía existir lo había dejado tan entusiasmado, tan libre y despreocupado que sus legados no alcanzaban a entender qué había en Menfis que pudiese cambiarlo tanto. Cantaba, silbaba, casi saltaba de alegría mientras el ejército marchaba por la vía hacia la guarida de la Reina de las Bestias, a Alejandría. Por supuesto, con el tiempo entenderían qué debía de haber pasado en Menfis, pero para entonces ellos —y todo el oro— estarían de nuevo en Roma, y no tendrían ya ninguna oportunidad de meterse algún Pequeño objeto en los senos de sus togas.

Así pues, cuando Cesarión lo llamó a menos de cinco millas del hipódromo, todavía a las afueras de Alejandría, él aún no había acabado de perfilar su estrategia. El oro estaba de camino a Roma, ¿pero qué iba a hacer con Egipto y su familia real? ¿Con Marco Antonio? ¿Cuál sería la mejor manera de resguardar el tesoro de los Ptolomeo? ¿Cuántos sabían cómo acceder a él? ¿A quién de sus futuros aliados se lo había dicho Cleopatra, desde el rey de los partos hasta Artavasdes de Armenia? ¡Oh, maldito fuera el muchacho por aquella inesperada y no anunciada aparición! ¡A la vista de todo su ejército!

Cuando regresó Estatilio Tauro, Octavio le hizo un gesto.

—Hazlo entrar, Tito, tú mismo.

Él entró con la cabeza todavía cubierta, pero rápidamente se quitó la capa

para mostrarse con su túnica de cuero sencillo. ¡Tan alto! Más alto incluso que Divus Julius. Los generales de Octavio contuvieron el aliento, se tambalearon.

—¿Qué estás haciendo aquí, rey Ptolomeo? —preguntó Octavio desde su silla curul de marfil en la que se había sentado.

No habría apretones de mano, ninguna bienvenida cordial. Ninguna hipocresía.

—He venido a negociar.

—¿Te envió tu madre?

El joven se rio y dejó a la vista otra faceta de su parecido a Divus Julius.

—¡No, por supuesto que no! Ella cree que voy de camino a Berenice, desde donde debo viajar a la India.

—Hubieses hecho bien en obedecerla.

—No. No puedo dejarla; no dejaría que se enfrentase a ti sola.

—Ella tiene a Marco Antonio.

—Si lo he interpretado bien, él estará muerto.

Octavio se desperezó, bostezó hasta que le lloraron los ojos.

—Muy bien, rey Ptolomeo, negociaré contigo. Pero no con tantos oídos escuchando. Caballeros legados, podéis marcharos. Recordad el juramento que habéis prestado a mi persona. No quiero que ni un susurro de todo esto vaya más allá de vosotros, ni tampoco hablaréis de esto entre vosotros. ¿Está claro?

Estatilio Tauro asintió; él y los demás legados se marcharon.

—Siéntate, Cesarión.

Proculeio, Thyrsos y Epafrodito se alejaron lo suficiente de la pared de la tienda para no escuchar a los dos participantes de aquel drama, casi sin respirar de terror.

Cesarión se sentó, con sus ojos azul verde, la única parte que no pertenecía a Divus Julius.

—¿Qué crees que puedes conseguir que no lo puede hacer Cleopatra?

—Una atmósfera tranquila, para empezar. Tú no me odias. ¿Cómo podrías hacerlo, cuando nunca nos hemos conocido? Quiero conseguir una paz que te beneficie tanto a ti como a Egipto.

—Explica tus propuestas.

—Que mi madre se retire a una vida privada en Menfis o Tebas. Que sus hijos con Marco Antonio vayan con ella. Que yo gobierne en Alejandría como

rey y en Egipto como faraón, como cliente de Cayo Julio César Divi Filius, como su más leal, más fiel cliente-rey. Te daré todo el oro que pidas, además del trigo para alimentar a las multitudes de Italia.

—¿Por qué vas tú a reinar con más sabiduría que tu madre?

—Porque soy hijo de sangre de Cayo Julio César. Ya he comenzado a rectificar los errores que cometieron muchas generaciones de la casa de Ptolomeo. He dispuesto una ración de trigo gratis para los pobres, he ampliado la ciudadanía de Alejandría a todos sus residentes y estoy en el proceso de establecer elecciones democráticas.

—Muy cesariano, Cesarión.

—Verás, encontré sus documentos; aquéllos donde detalla sus planes para Alejandría y Egipto y así sacarlos del estancamiento que ha sufrido Egipto durante milenios. Vi que sus ideas eran las correctas, que estábamos hundidos en un fangal de privilegios para las clases superiores.

—¡Oh, hablas como él!

—Gracias.

—Es verdad que compartimos un padre divino —manifestó Octavio—, pero tú te pareces mucho más a él.

—Eso es lo que siempre dijo mi madre. Antonio también.

—¿No se te ha ocurrido lo que eso significa, Cesarión?

El joven lo miró desconcertado.

—No. ¿Qué podría significar aparte de su realidad?

—Su realidad. En una palabra, ése es el problema.

—¿Problema?

—Sí. —Octavio exhaló un suspiro y unió sus dedos torcidos—. De no haber sido por el accidente de tu aparición, rey Ptolomeo, quizá hubiese aceptado negociar contigo. Tal como son las cosas, no tengo alternativa. Debo matarte.

Cesarión soltó una exclamación, comenzó a levantarse y después permaneció sentado.

—¿Quieres decir que caminaré con mi madre en tu destile triunfal y luego iré al estrangulador? Pero ¿por qué? ¿Qué hace que mi muerte sea necesaria? Ya que ha salido en la conversación, ¿por qué es necesaria la muerte de mi madre?

—Te equivocas conmigo, hijo de César. Nunca caminarás en mi desfile

triumfal. Es más, nunca te permitiría acercarte a mil millas de Roma. ¿Es que nunca nadie te lo explicó?

—¿Explicarme qué? —preguntó Cesarión con una expresión de enfado—. ¡Deja de jugar conmigo, César Octavio!

—Tu parecido con Divus Julius es una amenaza para mí.

—¿Yo una amenaza debido al parecido? ¡Eso es una locura!

—Cualquier cosa menos una locura. Escúchame y te lo explicaré; qué extraño que tu madre nunca lo hiciese. Quizá creyó que si tú lo sabías la suplantarías en el Capitolio de inmediato. ¡No, siéntate y escucha! Te hablaré sinceramente de Cleopatra no para enfadarte, sino porque ella ha sido mi implacable enemiga. Mi querido muchacho, he tenido que luchar con uñas y dientes contra viento y marea para establecer mi poder en Roma. ¡Durante catorce años! Comencé cuando tenía dieciocho, adoptado como el hijo romano de mi divino padre. Acepté mi herencia y me aferré a ella, aunque muchos hombres se me han opuesto, incluido Marco Antonio. Ahora tengo treinta y dos y (una vez que hayas muerto) estaré seguro por fin. No tuve una juventud como la tuya. Era un muchacho enfermo y débil. Los hombres se burlaban de mi coraje. Me esforzaba en parecerme a Divus Julius: ensayaba su sonrisa, llevaba botas con alzas para parecer más alto, copiaba su discurso y su estilo de retórica. Hasta que finalmente, a medida que la imagen terrenal de Divus Julius se borraba del recuerdo de los hombres, creyeron que él se parecía a mí. ¿Comienzas a comprender, Cesarión?

—No. Sufro por tus tribulaciones, primo, pero no alcanzo a entender qué tiene que ver mi apariencia con todo esto.

—La apariencia es la base sobre la que gira mi carrera. Tú no eres romano y no has sido criado como un romano. Tú eres un extranjero. —Octavio se inclinó hacia adelante con los ojos resplandecientes—. Déjame que te diga por qué los romanos, un pueblo pragmático y sensible, divinizaron a Cayo Julio César. Algo en absoluto romano. ¡Lo amaban! Se ha dicho de muchos generales que sus soldados morirían por ellos, pero todo el pueblo de Roma e Italia por el único que hubiesen muerto era por Cayo Julio César. Cuando caminaba por el foro romano, por las callejuelas y los barrios de Roma o de cualquier otra ciudad italiana, trataba a la gente que encontraba como sus iguales, bromeaba con ellos, escuchaba sus pequeñas quejas, intentaba ayudar. Nacido y criado en los barrios bajos de la Subura, se movía entre el Censo por Cabezas como uno de ellos; hablaba su jerga, dormía con sus mujeres, besaba a sus malolientes bebés y lloraba cuando sus sufrimientos lo conmovían, algo que sucedía a menudo. Cuando aquellos orgullosos estafalarios y amantes del dinero lo asesinaron, el pueblo de Roma e Italia no pudo soportar perderlo. ¡Ellos lo hicieron un dios, no el Senado! De hecho, el Senado (¡dirigido por

Marco Antonio!) intentó por todas las maneras posibles aplastar el culto a César. Sin éxito. Sus clientes eran legión, y yo los heredé junto con su fortuna.

Se levantó, dio la vuelta alrededor de la mesa para acercarse al joven de aspecto preocupado y lo miró.

—Si dejamos que el pueblo de Roma e Italia te vea, Ptolomeo César, ellos se olvidarán de todos los demás. Te aceptarán en sus corazones en un arranque de alegría. ¿Qué pasará conmigo? Me olvidarán de la noche a la mañana; el trabajo de catorce años será olvidado. El Senado te abrazará, te hará ciudadano romano y probablemente te obsequiará con el consulado al día siguiente. Gobernarías no sólo Egipto y Oriente, sino también Roma, sin duda, con la forma que tú escogieras, desde dictador perpetuo hasta rey. Divus Julius había comenzado a suavizar nuestro mos maiorum, luego nosotros, los tres triunviros, lo suavizamos todavía más y ahora que he eliminado a Antonio de cualquier esperanza de rivalidad soy el amo indiscutido de Roma. Siempre y cuando que mi Roma o Italia no te vean. Tengo la plena intención de gobernar Roma y sus posesiones como un autócrata, joven Ptolomeo César. Porque Roma, por fin, está en el camino correcto para aceptar el gobierno autocrático. Si el pueblo te ve en Roma te aceptarán. Pero tú gobernarías como te ha enseñado tu madre, como un rey, sentado en el Capitolio dispensando justicia, Minos en la puerta del Hades. Tú no verás nada de malo en eso, pese a todos tus programas liberales de reforma en Alejandría y Egipto. En contraposición a eso, mi gobierno será invisible. No llevaré diadema o tiara para que proclame mi condición, ni permitiré que mi querida esposa sea reina. Continuaremos habitando en nuestra actual casa y dejaremos que Roma crea que se gobierna democráticamente. Por eso debes morir. Para que Roma continúe siendo romana.

Las emociones se habían perseguido una tras otra en el rostro de Cesarión: asombro, dolor, reflexión, furia, tristeza, comprensión. Pero no desconcierto o confusión.

—Lo comprendo —dijo con voz pausada—. Lo comprendo, y no te puedo culpar.

—Eres el hijo del divino César y, por todo lo que me han dicho has heredado su brillantez intelectual. Lamento que nunca veré si también has heredado su genio militar, pero tengo algunos muy buenos generales y no temo al rey de los partos, con quien pienso establecer la paz y no atacar. Uno de los pilares de mi gobierno será la paz. La guerra es la más inútil de las actividades humanas, un desperdicio de vidas y dinero, y no permitiré que las regiones romanas dicten cómo ha de ser Roma o quién la gobierne.

Ahora él hablaba, comprendió Cesarión, con el fin de posponer la ejecución de una ejecución.

«Oh, mamá ¿Por qué no confiaste en mí? ¿No sabías lo que el auténtico hijo romano de César acaba de decirme? Sin duda, Antonio lo sabía, pero Antonio era un títere. No porque lo drogases o por el vino, sino porque te amaba. Tendrías que habérmelo dicho. Pero de nuevo quizá no lo viste, y Antonio también quizá estuvo demasiado ocupado demostrándose digno de tu amor como para considerar importante mi situación.»

Cesarión cerró los ojos y se obligó a sí mismo a pensar, a aplicar su formidable intelecto a su situación. ¿Había una mínima posibilidad de escapatoria? Sintió el vientre vacío de esperanza y exhaló un suspiro. No, no había ninguna posibilidad de escapatoria. Lo más que podía hacer era intentar poner trabas a la decisión de Octavio de matarlo, salir de la tienda y gritar a pleno pulmón que era el hijo de César. ¡No tenía nada de particular que Tauro lo hubiese mirado de una manera desorbitada! Pero ¿era eso lo que su padre hubiese querido de su hijo no romano? Sabía la respuesta y suspiró de nuevo. Octavio era el verdadero hijo de César por voluntad propia y dictado de César, sin ninguna otra mención a su hijo en Egipto. Cuando todo estuvo hecho, lo que César había valorado más que nada en su vida era la dignitas. Dignitas! La principal de todas las cualidades romanas, la participación personal en los logros y los triunfos y en la fuerza de un hombre. Incluso en sus últimos momentos, César había mantenido su dignitas intacta; en lugar de continuar luchando había utilizado aquella mínima fracción de tiempo que le quedaba para ponerse un pliegue de la toga por encima del rostro y otro por debajo de las rodillas. De forma tal que Bruto, Casio y el resto no vieses la expresión de su rostro moribundo o atisbasen sus genitales.

«Sí —pensó Cesarión—, yo también preservaré mi dignitas. Moriré siendo mi propio dueño, mi rostro y mis genitales cubiertos. Seré digno de mi padre.»

—¿Cuándo moriré? —preguntó Cesarion con la voz calma.

—Ahora, dentro de esta tienda. Tengo que hacer el trabajo yo mismo, porque no confío en nadie más para que lo haga. Si mi falta de experiencia hace tu muerte más dolorosa, lo siento.

—Mi padre dijo: «Que sea súbita.» Mientras tengas eso en mente, César Octavio, me daré por satisfecho.

—No puedo decapitarte. —Octavio estaba muy pálido, las fosas nasales dilatadas mientras intentaba controlar su boca. Le dedicó una sonrisa retorcida—. No tengo tanta fuerza muscular, ni tampoco tanto acero. Tampoco deseo ver tu rostro. Thyrsos, dame esa tela y aquella cuerda.

—Entonces, ¿cómo? —preguntó Cesarión, de pie.

—Una espada por debajo de tus costillas hasta tu corazón. No intentes correr, no cambiará tu destino.

—Eso ya lo sé. Más público, pero mucho más engorroso. Sin embargo, correré a menos que aceptes mis condiciones.

—Nómbrales.

—Que seas amable con mi madre.

—Seré amable.

—¿Y con mis hermanos pequeños y mi hermana?

—No se les tocará ni un pelo de sus cabezas.

—¿Tengo tu palabra?

—La tienes.

—Entonces estoy preparado.

Octavio tapó la cabeza de Cesarión con la tela y anudó la cuerda alrededor de su cuello para mantener en su sitio la improvisada capucha. Thyrsó le alcanzó una espada; Octavio probó el filo y lo encontró afilado como una navaja. Entonces miró el suelo de tierra de la tienda, frunció el entrecejo y le hizo un gesto a Epafrodito, que estaba blanco como una sábana.

—Échame una mano, Dito. Octavio sujetó el brazo de Cesarión.

—Muévete con nosotros —dijo, y miró la tela blanca—. ¡Qué valiente eres! Tu respiración es profunda y firme.

Una voz que podía haber sido la de Marco Antonio salió de debajo de la capucha.

—¡Deja de charlar y acaba con esto, Octavio!

Cuatro pasos más allá había una alfombra persa de color rojo brillante; Epafrodito y Octavio hicieron que Cesarión se Parase sobre ella; ya no podía haber más demoras. «¡Acaba con esto, Octavio, acaba con esto!» Colocó la espada y la clavó por debajo y hacia arriba en un rápido movimiento con más fuerza de la que hubiese creído tener; Cesarión exhaló un suspiro y cayó de rodillas, Octavio lo siguió, con las manos alrededor de la empuñadura de marfil porque no podía soltarla.

—¿Está muerto? —preguntó, con la cabeza torcida para mirar hacia arriba—. ¡No, no! ¡No descubras su cara, haz lo que hagas!

—La arteria, en su cuello, no late, César —dijo Thyrsó.

—Entonces lo hice bien. Envuélvelo en la alfombra.

—Suelta la espada, César.

Lo sacudió un temblor; sus dedos se relajaron, y por fin soltó la

empuñadura.

—Ayúdame a levantarme.

Thyrso había envuelto el cadáver en la alfombra, pero era tan largo que sobresalían los pies. Pies grandes como los de César.

Octavio se desplomó sobre la silla más cercana y se sentó con la cabeza entre las rodillas, jadeante.

—¡Oh, no quería hacerlo!

—Tenía que hacerse —dijo Proculeio—. ¿Ahora qué?

—Llama a seis no combatientes con palas. Pueden cavar su tumba aquí mismo.

—¿Dentro de la tienda? —preguntó Thyrso, que parecía a plinto de vomitar.

—¿Por qué no? ¡Venga, en marcha, Dito! No quiero tener que pasar la noche aquí, y no puedo dar órdenes hasta que el chico esté enterrado. ¿Tiene un anillo?

Thyrso se metió debajo de la alfombra y salió con él.

Lo tomó con una mano —bien, bien, no temblaba— y lo miró.

Aquello que los egipcios llamaban uraeus estaba tallado en el sello, una cobra erguida. La piedra era una esmeralda, y en su borde había algo en jeroglíficos: un pájaro, un ojo del que caía una lágrima, unas líneas onduladas, otro pájaro. Bien, tendría que servir. Si debía mostrarlo como prueba del destino de Cesarión, serviría. Lo guardó en su bolsa.

Una hora más tarde, las legiones y la caballería marchaban de nuevo, aunque no muy lejos, por la carretera de Alejandría; Octavio había decidido acampar durante unos días para que Cleopatra creyese que su hijo había escapado, que iba camino de la India. Detrás de ellos, en el lugar donde la tienda había estado por tan poco tiempo, había un trozo de tierra alisada y bien apisonada; debajo, a seis cúbitos de profundidad, yacía el cuerpo de Ptolomeo XV, faraón de Egipto y rey de Alejandría, envuelto en una alfombra empapada con su sangre.

«Lo que da vueltas, vuelve», pensó Octavio aquella noche en la misma tienda pero en otro suelo, sin preocuparse por la victoria de Antonio sobre sus tropas avanzadas. «Aquella mujer» ya tenía una leyenda, y parte de ella era que había entrado envuelta en una alfombra de contrabando para ver a César. Según éste, era una vulgar estera de juncos, pero los historiadores la habían convertido en una alfombra de primera calidad. En aquellos momentos todo había terminado con sus esperanzas y sueños de nuevo dentro de una

alfombra. «Ahora por fin puedo relajarme. Mi mayor amenaza ha desaparecido para siempre. Sin embargo, debo admitir que murió bien.»

Después de la debacle del último día de julio, cuando el ejército de Antonio se rindió, Octavio decidió que no entraría en Alejandría como un conquistador, a la cabeza de sus miles de legionarios, de su enorme masa de caballería. No, entraría en la ciudad de Cleopatra discretamente, sin llamar la atención. Sólo él, Proculeio, Thyrsos y Epafrodito con su guardia germana, por supuesto. No tenía sentido arriesgarse a la daga de un asesino por mantener el anonimato.

Dejó a sus legados superiores en el hipódromo dedicados a hacer un censo de las tropas de Antonio y de poner un poco de orden en el considerable caos. Sin embargo, advirtió, los habitantes de Alejandría no hacían ningún intento de escapar. Eso significaba que estaban reconciliados con la presencia de Roma y estarían allí para escuchar a su compañía de heraldos cuando anunciaran el destino de Egipto. Había recibido noticias de Cornelio Galo, que no estaba a muchas millas al oeste, y le envió órdenes para que sus flotas pasaran de largo por las dos radas de Alejandría y anclaran en las carreteras apartadas del hipódromo.

—¡Qué hermoso! —dijo Epafrodito cuando los cuatro se acercaron a la Puerta del Sol poco después del alba, en las calendas, el primer día de Sextilis.

Así era, porque la Puerta del Sol, en el lado este de la avenida Canópica, estaba construida con dos inmensos pilones unidos por un dintel, muy cuadrada y egipcia para cualquiera que hubiese visto Menfis. Pero los colores deslumbraban con la luz dorada del sol naciente, el sencillo blanco dorado de la piedra en ese momento cada mañana.

Publio Canidio esperaba en mitad de la ancha calle, al otro lado de la puerta, montado en un caballo bayo. Octavio cabalgó hasta él y se detuvo.

—¿Planeas otra fuga, Canidio?

—No, César, estoy harto de escapar. Me entrego a ti con sólo una petición: que honres mi coraje y hagas la mía una muerte rápida. Después de todo, podría haber caído sobre mi espada.

Los fríos ojos grises miraron reflexivamente al general de Antonio.

—Decapitación, pero sin azotes. ¿Te parece bien?

—Sí. ¿Permaneceré siendo un ciudadano de Roma?

—No, me temo que no. Aún queda por intimidar a unos cuantos senadores.

—Que así sea. —Canidio clavó los talones a su caballo y se movió para alejarse—. Me entregaré a Tauro.

—¡Espera! —gritó Octavio—. Marco Antonio, ¿dónde está?

—Muerto.

El dolor apareció en el rostro de Octavio con más fuerza y rapidez de lo que había imaginado; permaneció montado en su sorprendente Caballo Público color crema y lloró amargamente mientras los germanos miraban asombrados hacia la avenida Canópica y sus tres compañeros deseaban estar en alguna otra parte.

—Éramos primos, y no había necesidad de llegar a esto. —Octavio se enjugó las lágrimas con el pañuelo de Proculeio—. ¡Oh, Marco Antonio, pobre desgraciado!

El decorado muro del recinto real separaba la avenida Canópica del montón de palacios y edificios al otro lado; cerca del final, donde se fundía con el dentado flanco del Akro, un teatro que una vez había sido una fortaleza, estaban las puertas del recinto real. Nadie las vigilaba, estaban abiertas de par en par para admitir a cualquiera.

—Necesitaremos de verdad un guía para este laberinto —dijo Octavio, que se detuvo para contemplar el esplendor que había por todas partes.

Como si al expresar un deseo se hubiese hecho realidad, un hombre mayor emergió de entre dos pequeños palacios de mármol de estilo griego dórico y caminó hacia ellos con un largo báculo dorado en su mano izquierda. Era un hombre muy alto y apuesto, vestía una túnica de lino púrpura plisada sujeta a la cintura con un amplio cinturón de oro tachonado con gemas que hacía juego con el collar alrededor de su cuello y llevaba brazaletes en cada uno de sus antebrazos desnudos. Su cabeza estaba descubierta salvo por los largos rizos grises sujetos por una ancha banda de un tejido púrpura con hilos de oro.

—Hora de desmontar —dijo Octavio, que se apeó del caballo y pisó el pulido mármol marrón—, Arminio, vigila las puertas. Si te necesito, enviaré a Thyrsos. No hagas caso si aparece algún otro.

—César Octavio —dijo el recién llegado con una profunda reverencia.

—Con César bastará. Sólo mis enemigos añaden el Octavio. ¿Tú eres?

—Apolodoro, alto chambelán de la reina.

—Oh, bien. Llévame a ella.

—Me temo que eso no es posible, domine.

—¿Por qué? ¿Ha escapado? —preguntó él con los puños apretados—. ¡Qué la peste se lleve a esa mujer! ¡Quiero acabar con este asunto!

—No, domine, ella está aquí, pero en su tumba.

—¿Muerta? ¿Muerta? ¡No puede estar muerta, no la quiero muerta!

—No, domine. Está en su tumba, pero viva.

—Llévame allí.

Apolodoro se volvió y entró en el desconcertante laberinto de edificios, escoltado por Octavio y sus amigos. Después de una breve marcha se encontraron con otro de aquellos altos muros engalanados con vividas imágenes bidimensionales y la curiosa escritura que Menfís le había dicho a Octavio que eran jeroglíficos. Cada símbolo era una palabra, pero para sus ojos era incomprensible.

—Estamos a punto de entrar en el Sema —explicó Apolodoro, que hizo una pausa—. Aquí están enterrados los miembros de la casa Ptolomeo, junto con Alejandro Magno. La tumba de la reina está en la pared que da al mar, aquí. —Señaló una estructura cuadrada de piedra roja.

Octavio miró las enormes puertas de bronce, luego el andamio y la grúa, el cesto.

—Bueno, al menos no será difícil sacarla —dijo—. Proculeio, Thyrsos, entrad por la abertura, en lo alto de aquel andamio.

—Si haces eso, domine, ella te escuchará y morirá antes de que tus hombres lleguen a ella —dijo Apolodoro.

—Cacat! ¡Necesito hablar con ella y la quiero viva!

—Hay un tubo; aquí, junto a las puertas. Sopla por allí, lo que alertará a su majestad de que alguien en el exterior tiene cosas que decirle. Octavio sopló.

Llegó de vuelta una voz, sorprendentemente clara, aunque aguda.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy César y deseo hablar contigo. Abre las puertas y sal.

—¡No, no! —fue la respuesta—. ¡No hablaré con Octavio! ¡Con cualquiera menos con Octavio! No saldré, y si intentas entrar, me mataré.

Octavio le hizo un gesto a Apolodoro, que parecía agotado.

—Dile a la tonta de su majestad que Cayo Proculeio está aquí conmigo, y pregúntale si hablará con él.

—¿Proculeio? —dijo la aguda y clara voz—. Sí, hablaré con Proculeio. Antonio me dijo en su lecho de muerte que podía confiar en Proculeio. Que hable él.

—No distinguirá una voz de otra desde ahí abajo —le susurró Octavio a Proculeio.

Pero, aparentemente, sí lo hacía, porque cuando Octavio la dejó hablar con Proculeio e intentó participar de la conversación, ella lo reconoció y se negó a comunicarse. Tampoco quería hablar con Thyrsos o Epafródito.

—¡Oh, no me lo puedo creer! —gritó Octavio. Se volvió hacia Apolodoro—. Trae vino, agua, comida, sillas y una mesa. Si tengo que convencer a su majestad para que salga de esta fortaleza, entonces al menos pongámonos cómodos.

Pero para el pobre Proculeio la comodidad no era posible; el tubo estaba demasiado alto en la pared como para que pudiese sentarse en una silla, aunque pasadas unas horas Apolodoro apareció con un taburete que Octavio sospechó que era para este fin, de ahí la demora. Las órdenes de Proculeio eran asegurarle a Cleopatra que estaba a salvo, que Octavio no tenía intención de matarla y que sus hijos estaban seguros. Eran sus hijos lo que la preocupaban, no sólo su seguridad, sino su destino. Hasta que Octavio aceptara que uno de ellos gobernase en Alejandría y otro en Tebas no estaba dispuesta a salir. Proculeio argumentó, amenazó, rogó, razonó, volvió a discutir, halagó, sin conseguir ningún resultado.

—¿Por qué esta farsa? —le preguntó Thyrsos a Octavio a medida que caía la noche y los sirvientes del palacio venían con antorchas para iluminar el lugar—. ¡Ella sabe que no puedes prometerle lo que pide! ¿Por qué no quiere hablar directamente contigo? ¡Ella sabe que estás aquí!

—Porque tiene miedo de que, si habla directamente conmigo, nadie más escuchará lo que decimos. Ésta es su manera de poner sus palabras en algo así como un registro permanente; sabe que Proculeio es un erudito, un escritor de hechos.

—Sin duda podremos entrar por arriba durante la oscuridad.

—No, aún no está lo bastante cansada. Quiero que esté tan cansada que baje la guardia. Sólo entonces podremos entrar.

—En este momento, César, tu principal problema soy yo —manifestó Proculeio—. Estoy terriblemente cansado, mi mente desvaría. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, pero mi cuerpo ya no da más de sí.

Entonces apareció Cayo Cornelio Gallo, su apuesto rostro fresco, sus ojos grises alerta. Octavio tuvo una idea.

—Pregúntale a su majestad si está dispuesta a hablar con otro escritor diferente pero del mismo prestigio —dijo—. Dile que estás enfermo o que te he dicho que te marchases; ¡algo, cualquier cosa!

—Sí, hablaré con Gallo —dijo la voz, que ahora ya no era tan fuerte después de que hubiesen pasado doce horas.

La discusión continuó hasta que salió el sol y prosiguió a lo largo de la mañana: veinticuatro horas. Por fortuna, el pequeño recinto que había delante de las puertas estaba bien protegido del sol del verano.

Su voz se había hecho muy débil; ahora parecía como si no le quedasen muchas energías, pero con Octavia como hermana, Octavio sabía con qué fuerza una mujer lucharía por sus hijos.

Finalmente, bien pasado el mediodía, asintió.

—Proculeio, hazte cargo de nuevo. Eso la despertará, concentrará su atención en el tubo. Gallo, toma a mis dos libertos y entra en la tumba a través de la abertura. Quiero que se haga con absoluto sigilo: nada de chirridos de poleas, nada de susurros. Si consigue matarse, os meteré la nariz en la mierda y yo empujaré vuestras cabezas con mis manos.

Cornelio Gallo era como un gato, muy silencioso y ágil; cuando los tres hombres estuvieron en la abertura eligió bajar por su cuenta por una de las cuerdas. A la luz mortecina de las antorchas vio a Cleopatra y a sus dos compañeras junto al tubo; la reina gesticulaba apasionadamente mientras hablaba, toda su atención enfocada en Proculeio. Una de las mujeres la sostenía por la axila derecha para mantenerla erguida; la otra, por la izquierda. Gallo se movió con la velocidad de un relámpago. Incluso así, ella soltó un grito y se lanzó para coger la daga de la mesa que tenía a su lado; él se la arrebató y la sujetó sin problemas, a pesar de que las dos agotadas mujeres tironeaban y le pegaban. Luego, Thyrsos y Epafrodito se unieron a él y contuvieron a las tres mujeres.

Un hombre de treinta y ocho años pleno de salud, Gallo, dejó a las mujeres a cargo de los libertos, levantó las dos enormes trancas de bronce y luego abrió las puertas. Entró la luz. Él parpadeó, deslumbrado.

Para el momento en que las mujeres salieron, literalmente en volandas, Octavio había desaparecido. No formaba parte de sus planes enfrentarse a la Reina de las Bestias todavía, quedaban muchos días por delante. Gallo llevó a la reina en sus brazos a sus habitaciones privadas, y los dos libertos cargaron con Channian e Iras. El legado superior, que era un hombre joven, se sorprendió por el aspecto de Cleopatra cuando la iluminó la luz del día: las prendas, rígidas y manchadas con sangre; los pechos, desnudos y cubiertos con profundas laceraciones; los cabellos, desordenados, con trozos de cuero cabelludo sanguinolento.

—¿Tiene un médico? —le preguntó a Apolodoro, que no se apartaba de ellos.

—Sí, domine.

—Entonces mándalo a llamar de inmediato. César quiere a tu reina sana, chambelán.

—¿Se nos permitirá atenderla?

—¿Qué dijo César?

—No me atreví a preguntar.

—Thyrso, ve y pregunta —ordenó Gallo. La respuesta llegó de inmediato: la reina Cleopatra no debía dejar sus aposentos privados, pero cualquiera que ella necesitase podía ir allí, así como se le debía suministrar cualquier cosa que pidiese.

Cleopatra yacía, con los grandes ojos dorados vacíos, en un diván, sin ningún signo de su posición regia.

Gallo se acercó a ella.

—¿Cleopatra, puedes escucharme?

—Sí —dijo ella con voz ronca.

—¿Qué alguien le dé vino! —ordenó, y esperó hasta que ella hubiese bebido un poco—. Cleopatra, tengo un mensaje para ti de César. Eres libre de moverte por tus apartamentos, comer lo que desees, tener cuchillos a mano para mondar la fruta o cortar la carne, ver a quien quieras. Pero si te quitas la vida, tus hijos morirán de inmediato. ¿Está claro? ¿Lo comprendes?

—Sí, lo comprendo. Dile a César que no intentaré hacerme ningún daño. Debo vivir para mis hijos. —Se levantó apoyada en un codo cuando un sacerdote egipcio con la cabeza afeitada entró seguido por dos acólitos—. ¿Puedo ver a mis hijos?

—No, eso no es posible.

Ella se dejó caer de nuevo y se tapó los ojos con una bella mano.

—Pero ¿aún están vivos?

—Tienes mi palabra de que así es, y la de Proculeio.

—Si las mujeres quieren gobernar como soberanas —le comentó Octavio a sus cuatro compañeros en una cena tardía—, nunca deberían casarse y tener hijos. Son muy pocas las mujeres que puedan superar el amor maternal. Incluso a Cleopatra, que debió de asesinar a centenares de personas (incluida a una hermana y un hermano), se la puede controlar con una simple amenaza a sus hijos. Un Rey de Reyes es capaz de asesinar a sus hijos, pero no la Reina de Reyes.

—¿Cuál es tu propósito? ¿Por qué no dejar que ponga fin a su existencia?

—preguntó Gallo mientras parte de su mente componía una oda—. ¿A menos que quieras que camine en tu triunfo?

—¡Al último cautivo que quiero ver en mi triunfo es a Cleopatra! ¿No eres capaz de imaginarte a nuestras sentimentales abuelas y madres a todo lo largo del desfile contemplando a esta pobre, esquelética y patética mujer? ¿Ella, una amenaza para Roma? ¿Ella una bruja, una seductora, una puta? Mi querido Gallo, llorarían por ella, no la odiarían. Cubos de lágrimas, ríos de lágrimas, océanos de lágrimas. No, ella morirá aquí, en Alejandría.

—Entonces, ¿por qué no ahora? —preguntó Proculeio.

—Porque, primero, Cayo, debo romperla. Debe ser sometida a una nueva forma de guerra: la de nervios. Debo aprovecharme de su sensibilidad, llenarla de preocupación por sus hijos, mantenerla en el filo de la navaja.

—Sigo sin comprenderlo —señaló Proculeio con el entrecejo fruncido.

—Todo tiene que ver con la manera en que muera. Sea cual sea esa manera debe de ser vista por el mundo entero como algo de su propia elección y no como un asesinato cometido a instigación mía. Debo emerger de esto sin mancha: el noble romano que la trató bien, que le dio todo tipo de comodidades cuando estuvo de nuevo en su palacio, nunca amenazada de muerte. Si toma veneno, me culparán. Si se apuñala, me culparán. Si se ahorca, me culparán. Su muerte debe ser tan egipcia que nadie sospechará de la participación de mi mano.

—Tú no la has visto —dijo Gallo, que se sirvió un trozo de pan con unas extrañas y deliciosas especias.

—No, ni pretendo hacerlo. Todavía. Primero, debo romperla.

—Me gusta este país —afirmó Gallo, con la lengua picante Por la perversa mezcla de sabores del pan.

—Ésa es una excelente noticia. Gallo, porque te dejaré aquí para que gobiernes en mi nombre.

—¡César! ¿Puedes hacer eso? —preguntó el gratificado poeta—. ¿No será una provincia bajo el mando del Senado y el pueblo?

—No, eso no se puede permitir. No quiero ningún procónsul o propretor enviado aquí con la bendición del Senado —respondió Octavio, que masticó algo que suponía era el equivalente egipcio del apio—. Egipto me pertenece a mí, de la misma manera que Agripa virtualmente posee ahora Sicilia. Una pequeña recompensa por mi victoria sobre Oriente.

—¿El Senado te complacerá?

—Más le vale.

Los cuatro hombres lo miraban, en lo que parecía una nueva luz; aquél no era el hombre que había luchado inútilmente contra Sexto Pompeyo durante años, ni jugado con la voluntad de su tierra patria al tomar el juramento de servirle. Aquél era César Divi Filius, que sin duda sería un dios algún día y claro amo del mundo. Duro, frío, distante, previsor, no enamorado del poder por el poder en sí mismo, el infatigable adalid de Roma.

—Entonces, ¿qué hacemos por el momento? —preguntó Epafrodito.

—Tú te pondrás en el gran pasillo delante de los apartamentos de la reina y llevarás el registro de todos lo que entren a verla. Nadie le llevará a sus hijos. Dejaremos que sufra durante unos cuantos nundinae.

—¿No tendrías que marchar a Roma a toda prisa? —preguntó Gallo, ansioso por quedarse regente de sus propios recursos en aquella maravillosa tierra.

—No me moveré hasta que haya conseguido mi propósito. —Octavio se levantó—. Todavía hay luz en el exterior. Quiero ver la tumba.

—Muy bonito —comentó Proculeio mientras pasaban por las habitaciones que llevaban a la cámara del sarcófago de Cleopatra—, pero hay cosas más valiosas en el palacio. ¿Crees que lo hizo con toda la intención, para que le dejemos que conserve todo lo necesario para la vida en el más allá en el que creen?

—Es probable. —Octavio observó la cámara del sarcófago y el sarcófago en sí mismo, una pieza de alabastro con un retrato de la reina en la parte superior pintado con toda exquisitez.

Un olor nauseabundo salía de una puerta al final de una cámara. Octavio entró en la cámara del sarcófago de Antonio y se detuvo bruscamente, los ojos dilatados por el horror. Algo que se parecía a Antonio yacía en una larga mesa, su cuerpo enterrado en sales de natrón, el rostro todavía visible porque, de haberlo sabido, el cerebro de Antonio debía ser retirado en pequeñas cantidades a través de la nariz para luego llenar la cavidad craneal con mirra, casia y barritas de incienso aplastadas.

Octavio tuvo una arcada; los sacerdotes embalsamadores lo miraron por un momento y luego continuaron con su trabajo.

—¡Antonio momificado! No una muerte romana, sino la que quería. Creo que se tardan tres meses en acabar el trabajo. Sólo entonces quitarán el natrón y lo envolverán con vendas.

—¿Cleopatra querrá lo mismo?

—Oh, sí.

—¿Dejarás que continúe este repugnante proceso?

—¿Por qué no? —preguntó Octavio con indiferencia, y se volvió para marcharse.

—Así que para eso es la abertura en la pared. Para permitir que los embalsamadores entren y salgan. Cuando esté acabado (para ambos) atrancarán las puertas y sellarán la abertura —dijo Gallo, que abrió el camino.

—Sí. Quiero a ambos reducidos a esto. Así, pertenecerán al viejo Egipto y no se convertirán en lémures que acosen a Roma.

Mientras pasaban los días y Cleopatra se negaba a cooperar, Cornelio Gallo tuvo una inspiración respecto a por qué Octavio no quería ver a la reina: le tenía miedo. Su implacable campaña de propaganda contra la Reina de las Bestias lo había convencido incluso a él; si se enfrentaba cara a cara con ella, no estaba seguro de que el poder de su hechicería no acabaría por dominarlo.

Hubo un momento en que ella dejó de comer, pero Octavio puso fin a eso con la amenaza de matar a sus hijos. La misma treta de siempre, pero que funcionaba. Cleopatra comió de nuevo. La guerra de nervios y voluntades continuó entre ellos sin piedad, sin que ninguno de los dos diese ninguna muestra de flaqueza.

Sin embargo, la intransigencia de Octavio tenía un efecto más poderoso en Cleopatra de lo que ella creía; de haber sido capaz de apartarse lo suficiente de su situación, hubiese comprendido que Octavio no se atrevería a matar a sus hijos, todos ellos muy pequeños. Quizá era su convencimiento de que Cesarión había conseguido escapar lo que la cegaba; pero fuera cual fuese la razón, ella continuó convencida de que sus hijos estaban en peligro.

Cuando Sextilis se acercaba a su final y septiembre amenazaba con las tormentas equinocciales. Octavio fue a buscar a Cleopatra a sus habitaciones.

Ella yacía adormilada en un diván, los rasguños, morados y otras reliquias de su dolor por la muerte de Antonio ya estaban curados. Cuando él entró, ella abrió los ojos, lo miró y volvió la cabeza.

—Marchaos —le ordenó Octavio a Charmian e Iras.

—Sí, marchad —dijo Cleopatra.

Él acercó una silla al diván y se sentó, sus ojos activos; varios bustos de Divus Julius salpicaban la habitación, así como también un espléndido busto de Cesarión, esculpido no mucho antes de su muerte porque era más hombre que muchacho.

—Es como César, ¿verdad? —preguntó ella al seguir su mirada.

—Sí, mucho.

—Mejor mantenerlo en esta parte del mundo bien lejos de Roma —manifestó ella con su voz más melodiosa—. Su padre siempre quiso que su destino estuviese en Egipto; fui yo la que asumí la tarea de ampliar sus horizontes, sin saber que él no deseaba un imperio. Él nunca será un peligro para ti, Octavio; es feliz con gobernar Egipto como tu cliente-rey. La mejor manera de resguardar tus propios intereses en Egipto es ponerlo a él en ambos tronos y prohibir a todos los romanos que entren al país. Él se ocupará de que tengas todo lo que desees: oro, trigo, tributos, papel, lino. —Ella exhaló un suspiro y se estiró, consciente de su dolor—. Nadie en Roma necesitará saber nunca que Cesarión existe.

Sus ojos se apartaron del busto para fijarse en su rostro.

«Oh, había olvidado lo hermoso que son sus ojos —pensó ella—. Tan plateados como grises, tan llenos de luz, y perfilados con unas pestañas gruesas y largas de cristal. ¿Por qué entonces nunca revelan sus pensamientos? Tampoco lo hace su rostro. Un rostro hermoso que recuerda al de César, pero no es tan angular, la forma de los huesos de la barbilla menos pronunciada, y, a diferencia de César, él va a mantener toda esa cabellera dorada.»

—Cesarión está muerto. —Octavio lo repitió—: Cesarión esta muerto.

Ella no le respondió. Sus ojos buscaron los suyos y se engancharon allí, inmóviles, como un estanque podrido de color verde marrón; su faz se demudó desde la línea de los cabellos hasta el cuello en un relámpago y dejó la hermosa piel de un color gris blanquecino.

—Vino a verme montado en un camello con dos compañeros cuando yo marchaba por la carretera a Alejandría desde Menfis. La cabeza llena de ideas de que podría convencerme para que te perdonase y salvase al doble reino. ¡Tan joven! ¡Tan engañado sobre la honorabilidad de los hombres! Tan seguro de poder convencerme. Me dijo que tú lo enviabas lejos, que se suponía que él debía navegar desde Berenice hasta la India. Como yo ya había localizado el tesoro de los Ptolomeo (sí, señora, César te traicionó y me dijo dónde encontrarlo antes de morir) no necesité torturarlo para saber dónde estaba. No creo que me lo hubiese dicho aunque lo hubiese torturado. Un joven muy valiente, no me costó verlo. Sin embargo, no se le podía permitir que viviese. Con un César es suficiente, y yo soy ese César. Yo mismo lo maté y lo enterré en la carretera de Menfis en una tumba sin marcar. —Giró el puñal en la herida—. Su cuerpo fue envuelto en una alfombra. —Luego buscó en la bolsa que llevaba al cinto y le dio algo—. Su anillo.

—¿Asesinaste al hijo de César?

—Con pesar, pero sí. Era mi primo, tengo la culpa de sangre. Pero estoy preparado para vivir con las pesadillas.

Su cuerpo se retorció, se estremeció.

—¿Es el placer de presenciar mi dolor lo que te hace decirme estas cosas?
¿O es política?

—Política, por supuesto. En carne eres un maldito incordio para mí, Reina de las Bestias. Tienes que morir, excepto que no veo la manera de no tener nada que ver con tu muerte; es muy difícil.

—¿No me quieres para tu triunfo?

—Edepol! ¡No! Si parecieses una amazona te haría desfilas alegremente, pero no con el aspecto de un gatito desnutrido.

—¿Qué hay de los otros jóvenes? ¿Antillo? ¿Curio?

—Muertos, junto con Canidio, Casio Parmensis y Décimo Turullio. Perdoné a Cinna; no es nada.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Qué hay de los hijos de Antonio? —susurró ella.

—Están bien. No han sufrido daño alguno. Echan de menos a su madre, a su padre, a su hermano mayor. Les dije que estáis todos muertos; que lloren ahora, cuando es oportuno. —Su mirada pasó a una estatua de César Divus Julius vestido como faraón egipcio muy peculiar—. Tú sabes que no disfruto con esto. No me produce ninguna alegría causarte tanto sufrimiento. Pero lo hago de todas maneras. ¡Soy el heredero de César! Pretendo gobernar el mundo de un extremo al otro y de un lado al otro del Mare Nostrum. No como un rey o siquiera como un dictador, sino como un simple senador dotado con todo el poder de los tribunos de la plebe. ¡Todo correcto! Hace falta un romano para que gobierne el mundo como debe ser gobernado. Alguien que no disfrute del poder, sino del trabajo.

—El poder es la prerrogativa del gobernante —señaló ella sin comprender.

—¡Tonterías! El poder es como el dinero, una herramienta. Vosotros sois los locos, los autócratas orientales. Ninguno de vosotros ama la tarea, el trabajo.

—Tomarás Egipto.

—Naturalmente. Aunque no como una provincia llena de romanos. Necesito controlar correctamente el tesoro de los Ptolomeo. Con el tiempo, la gente de Egipto (en Alejandría, el Delta y a lo largo del Nilo) llegará a pensar en mí como piensan en ti. Administraré Egipto mejor que tú. Tú maltrataste esta hermosa tierra de abundancia con la guerra y la ambición personal, gastaste dinero en barcos y soldados en la errónea creencia de que el número siempre gana. Lo que gana es el trabajo, además, como diría Divus Julius, de

la organización.

—¡Qué presumidos sois los romanos! ¿Tú matarás a mis hijos?

—¡No! En cambio, los haré romanos. Cuando zarpe para Roma vendrán conmigo. Mi hermana Octavia los criará. ¡La más adorable y dulce de las mujeres! Nunca podré perdonar a aquel palurdo de Antonio por herirla.

—Vete —dijo ella, y le volvió la espalda.

Él se preparaba para marcharse cuando ella habló de nuevo.

—Dime, Octavio, ¿sería posible enviar a buscar algunas frutas del campo?

—No si les piensas añadir veneno —respondió él con viveza—. Haré que cada pieza sea probada por tus propias doncellas en el lugar que indique con mi dedo. Yo seré el culpable si hay el más mínimo indicio de que mueres envenenada. ¡No se te ocurra ninguna idea grandiosa! Si intentas que parezca que yo te asesino, estrangularé a tus tres hijos. ¡Lo digo de verdad! Si me culpan por tu muerte, ¿qué importa si asesino a tus hijos? —Pensó en alguna otra cosa y añadió—: Ni siquiera son unos niños muy bellos.

—Nada de veneno —dijo ella—. He encontrado la manera de morir que te absuelva de toda culpa. Quedará claro para todo el mundo que escogí la manera yo misma, por mi propia voluntad, moriré como faraón de Egipto, con toda dignidad y corrección.

—Entonces puedes enviar a que te traigan tu fruta.

—Una cosa más. —¿Sí?

—Comeré este fruto especial en mi tumba. Podrás inspeccionar cómo fue mi muerte después de que se haya producido. Pero insisto en que dejes a los sacerdotes embalsamadores que acaben su trabajo con Antonio y conmigo. Luego manda sellar la tumba. Si tú mismo no estás en Egipto, debe hacerlo la persona delegada por ti.

—Como quieras.

El busto de Cesarión llenaba sus ojos; no más lágrimas, se había acabado el tiempo para ellas. «¡Mi hermoso, hermoso muchacho! Qué parecido eras a tu padre, y, sin embargo, qué poco tenías de él. Me engañaste con tanta astucia que no sospeché de tus intenciones. ¿Confiar en Octavio? Eras demasiado ingenuo para ver la amenaza que representabas para él, demasiado poco romano. Ahora yaces en una fosa sin marcar, sin una tumba a tu alrededor, sin una barca para navegar por el Río de la Noche, sin comida ni bebida, sin una cama cómoda. Aunque creo que puedo perdonárselo todo a Octavio excepto la alfombra: una artera broma. Lo que él no sabe es que su venganza te dio un sarcófago, suficiente para contener tu Ka por un tiempo.»

—Llamad a Cha'em —dijo cuando Iras y Charmian entraron.

Él siempre había tenido el aspecto intemporal de un sacerdote de Ptah, aquel jefe de la orden exilado de su recinto para servir al faraón, pero en esos días tenía el aspecto de una momia.

—No necesito decirte que Cesarión está muerto.

—No, hija de Ra. El día que tú me preguntaste, yo ya sabía que no viviría más allá de su decimoctavo cumpleaños.

—Lo envolvieron y lo enterraron junto a la carretera de Menfis; allí debe de haber algunas señales donde se detuvo el ejército. Por supuesto, ahora regresarás al recinto de Ptah y te ocuparás de cargar tus carros, burros y carretillas. Encuéntralo, Cha'em, y ocúltalo dentro de la momia de un toro. Ellos no te retendrán mucho tiempo si es que te detienen. Llévalo a Menfis para un entierro secreto. Aún derrotaremos a Octavio. Cuando esté en el Reino de los Muertos, debo ver a mi hijo en toda su gloria.

—Así se hará —dijo Cha'em.

Charmian e Iras lloraban; Cleopatra las dejó llorar, y después las mandó callar.

—¡Callaos! Se acerca el momento y necesito que se hagan ciertas cosas. Que Apolodoro mande a buscar una cesta de higos sagrados. Completa. ¿Lo habéis comprendido?

—Sí, majestad —susurró Iras.

—¿Qué prendas vestirás? —preguntó Charmian.

—La doble corona. Mi mejor collar, faja y brazaletes. El vestido blanco plisado con la chaqueta recamada que vestí para César años atrás. Nada de zapatos. Alheña en mis manos y pies. Dáselo todo a los sacerdotes para el día cuando me pongan en mi sarcófago. Ya tienen la armadura de mi amado Antonio, la que vistió cuando coronó a mis hijos.

—¿Los niños? —preguntó Iras al recordarlos—. ¿Qué pasa con ellos?

—Marchan a Roma para vivir con Octavia. No la envidio.

Charmian sonrió entre lágrimas.

—¡No cuando se trata de Filadelfo! ¿Me pregunto si habrá pateado las espinillas de Octavio?

—Es probable.

—¡Oh, señora! —gritó Charmian—. ¡Nunca había imaginado que esto terminara de esta manera!

—No lo hubiese hecho de no haberme encontrado con Octavio. La sangre de Cayo Julio César es muy fuerte. Ahora, dejadme.

«Se supone —pensó Cleopatra mientras caminaba por la habitación, la mirada puesta en el busto de Cesarión— que uno debe pensar durante toda su vida en este momento, pero no quiero hacerlo. Sólo quiero pensar en Cesarión, en su suave cabeza dorada contra mi pecho mientras bebía mi leche con grandes y largos tragos. Cesarión jugando con su caballo de Troya de madera; sabía el nombre de cada uno de los cincuenta muñecos de su vientre. Cesarión decidido a tener sus títulos como faraón. Cesarión levantando los brazos a su padre. Cesarión riéndose con Antonia. Siempre y para siempre, Cesarión. Oh, me alegro de que se acabe. No puedo soportar seguir caminando por este valle de lágrimas ni un momento más. Los errores, los pesares, las sorpresas, las luchas. La viudez. ¿Todo para qué? Un hijo que no comprendí, dos hombres que no comprendí. Sí, la vida es un valle de lágrimas. Estoy tan agradecida por la oportunidad de abandonarla con mis condiciones.»

La cesta de higos llegó con una nota de Cha'em donde decía que todo se había hecho según sus órdenes, que Horus la recibiría cuando llegase, que el propio Ptah había facilitado el instrumento.

Se bañó escrupulosamente, se puso un vestido sencillo y caminó con Charmian e Iras a su tumba. Los pájaros cantaban en el alba. La perfumada brisa de Alejandría soplabla suavemente.

Un beso a Iras, otro a Charmian; Cleopatra se quitó el vestido y permaneció desnuda.

Cuando levantó la tapa del cesto de higos, los frutos se movieron para facilitar el paso a una inmensa cobra real. «¡Aquí! ¡Ahora!» Cleopatra sujetó el cuerpo de la cobra con las dos manos justo por debajo de su caperuza cuando se irguió fuera del cesto y le ofreció los pechos. La cobra mordió con un golpe audible, un golpe tan poderoso que ella se tambaleó y la dejó caer.

La cobra se alejó de inmediato para esconderse en un rincón oscuro, y acabaría por encontrar una salida a través de un conducto. Charmian e Iras se sentaron mientras la reina moría, un proceso corto pero agonizante. Rigidez, convulsiones, un coma inquieto. Cuando murió, las dos mujeres se ocuparon de sus muertes.

Desde las sombras se adelantaron los sacerdotes embalsamadores para llevarse el cuerpo del faraón y colocarlo en una mesa desnuda.

El puñal con que hicieron la incisión en su flanco era de obsidiana; a través del tajo sacaron el hígado, el estómago, los pulmones y los intestinos. Cada uno fue lavado, enrollado, envuelto con hierbas y especies, excepto el incienso, prohibido, y después los colocaron en una jarra canópica con natrón

y resina. El cerebro lo quitarían más tarde, después de que el conquistador romano hiciese su visita.

Para el momento en que llegó con Proculeio y Cornelio Gallo, ella estaba cubierta con montañas de natrón salvo el pecho y la cabeza; sabían que los romanos deseaban ver cómo había muerto.

—¡Dioses, mirad el tamaño de los agujeros de los colmillos! —dijo Octavio, y los señaló. Luego, dirigiéndose al jefe de los embalsamadores, le preguntó—: ¿Dónde está el corazón? Me gustaría ver el corazón.

—El corazón no se quita, señor, ni los riñones —respondió el hombre con una reverencia.

—Ni siquiera parece humana.

Octavio no daba la impresión de estar afectado, pero Proculeio se puso pálido, se excusó y salió.

—Las cosas se encogen cuando la vida sale de ellas —dijo Gallo—. Sé que era una mujer pequeña, pero ahora es como una niña.

—¡Bárbaro!

Octavio se marchó.

Estaba aliviado y encantado por la solución dada a su dilema: ¡una serpiente! ¡Perfecto! Proculeio y Gallo habían visto las marcas de los colmillos, podrían atestiguar públicamente cómo murió Cleopatra. «¡Qué monstruo debe de ser aquella cosa! —pensó—. Me hubiese gustado verlo, sobre todo con una espada en la mano.»

Aquella noche, un tanto ebrio —había sido un mes agotador—, Octavio se apartó para que su ayuda de cámara quitase las mantas para que él pudiese acostarse. Allí, enroscada en medio del lecho, había una cobra de dos metros de largo, gruesa como el brazo de un hombre. Octavio gritó.

VI

METAMORFOSIS

Del 29 la 27 a. J. C.

XXIX

Cuando los tres hijos de Cleopatra embarcaron para ir a Roma, al cuidado del liberto Cayo Julio Admeto, navegaron solos; como Divus Julius cuando

había dejado Egipto, Octavio decidió que podía poner orden en Asia Menor y en Anatolia antes de regresar a Roma. Una parte estipulada del oro que había sido enviado al tesoro debía venderse para comprar plata destinada a acuñar denarios y sestericios: ni mucho ni poco. Lo que menos deseaba Octavio era una inflación después de tantos años de depresión.

Una tarea agotadora, mi dulce muchacha, y sin embargo creo que tú aprobarás mi lógica; la tuya es tu única rival. Guarda tus deseos en un lugar que no olvides, tenlos preparados para mí cuando regrese a casa. No durante muchos meses. Si arreglo Oriente correctamente, no necesitaré regresar allí en años.

Es difícil creer que la Reina de las Bestias esté muerta y en su tumba, para ser reducida a una efigie hecha con lo que parece pergamino pegado. Similar a las marionetas que tanto les gustan a la gente cuando los espectáculos ambulantes llegan a la ciudad. Vi algunas momias en Menfis, todas vendadas. Los sacerdotes no se mostraron muy dispuestos cuando les ordené que les quitasen las vendas, pero obedecieron porque no eran muertos de las clases más altas. Sólo un rico comerciante, su esposa y su gato. No acabo de decidir si es el músculo lo que desaparece o la grasa que se funde. Alguno de los dos lo hace, y dejan el rostro hundido, como le ocurre a Atico. Uno ve lo que es la reliquia de un ser humano, y puede hacer suposiciones sobre el carácter, la belleza, etc. Llevaré algunas de estas momias a Roma y las exhibiré en un carro en mi desfile triunfal, junto con algunos sacerdotes para que el pueblo vea cada etapa de este horrible proceso. La Reina de las Bestias tiene el destino adecuado, pero pensar en Antonio me carcome. Sin duda, es un Marco Antonio momificado lo que ha estimulado la fascinación entre aquellos de nosotros que estábamos en Egipto. Proculeio me dice que Herodoto describió el proceso en su tratado, pero como lo escribió en griego, nunca lo he leído.

Dejé a Cornelio Gallo para que administre Egipto como prefecto. Se mostró muy complacido, tanto que el poeta ha desaparecido, al menos de momento. Sólo habla de las expediciones que quiere hacer: ir al sur, hacia Nubia, y más allá, hasta Meroé, al oeste, hasta el desierto eterno. También está convencido de que África es una isla enorme, y pretende navegar a su alrededor en los barcos egipcios que se construyen para ir a la India. No me importan estos entusiastas ensayos en la exploración, ya que lo mantendrán ocupado. Mucho mejor eso que saber que ha pasado su tiempo buscando alrededor de Menfis tesoros enterrados. Los asuntos del país están en las buenas manos de un grupo de funcionarios que escogí en persona.

Esta carta te llegará con los hijos pequeños de Cleopatra, un trío de Antonio en miniatura con un toque de Ptolomeo. Necesitan una fuerte disciplina que Octavia no está preparada para administrar, pero no me preocupa. Unos cuantos meses viviendo con Julio, Marcelo y Tiberio los

moldeará. Después de eso, ya veremos. Confío en casar a Selene con un rey cliente cuando sea mayor, mientras que los chicos presentan un problema más difícil. Quiero que se borre todo recuerdo de sus orígenes, así que debes decirle a Octavia que Alejandro Helios se llamará de ahora en adelante Cayo Antonio y Ptolomeo Filadelfo se llamará Lucio Antonio. Lo que espero es que los chicos sean algo tontos. Como no confiscaré las propiedades de Antonio en Italia, y Iulio, Cayo y Lucio tendrán unos ingresos decentes. Por fortuna, muchos de ellos fueron vendidos por dinero, así que nunca serán inmensamente ricos ni, por lo tanto, un peligro para mí.

Sólo tres de los generales de Antonio fueron ejecutados. Son unos don nadie, nietos de hombres famosos muertos hace mucho tiempo. Los perdoné con la condición de que me prestasen juramento en una versión un tanto modificada. Esto no equivale a decir que sus nombres no aparecerán en mi lista secreta. A cada uno se les asignará un agente para que los vigile, por supuesto. Soy César, pero no César.

Como tú me has pedido algunas de las prendas y joyas de Cleopatra, mi querida Livia Drusilia, todo eso irá a Roma, pero para ser exhibidas en mi triunfo. Cuando se acabe, Octavia y tú podréis escoger algunos objetos, prendas y joyas, que compraré para vosotras, y de esta manera aseguraré que no se estafa al tesoro. No habrá más robos.

Cuídate. Te escribiré de nuevo desde Siria.

Desde Antioquía, Octavio fue a Damasco, y desde allí envió a su embajador al rey Fraates, en Seleucia del Tigris. El hombre, un pretendiente al reino parto llamado Arsaces, detestaba poner de nuevo la cabeza en la boca del león, pero Octavio se mostró firme. Como Siria estaba ocupada por las legiones romanas de un extremo a otro, Octavio estaba seguro de que el rey de los partos no haría ninguna tontería, incluido hacer daño al embajador del conquistador romano.

Así, mientras comenzaba el invierno al final de aquel año donde habían muerto los sueños de Cleopatra, Octavio se reunió con una docena de nobles partos en Damasco y forjó un nuevo tratado: todo al este del río Éufrates sería de dominio parto y todo al oeste del Éufrates estaría bajo el dominio romano. Las tropas armadas nunca cruzarían aquel gran río de agua azul lechoso.

—Habíamos escuchado que eras sabio, César —dijo el jefe de la embajada parta—, y nuestro nuevo pacto lo confirma.

Paseaban por los fragantes jardines por los que Damasco era famoso formando una pareja incongruente: Octavio, vestido con una toga con ribetes púrpuras, Taxiles, con una falda con volantes y una blusa, varios anillos de oro alrededor del cuello y un pequeño sombrero redondo sin alas con perlas

incrustadas sobre sus tirabuzones negros.

—La sabiduría es, sobre todo, sentido común —respondió Octavio con una sonrisa—. He tenido una carrera con tantos altibajos que se hubiese hundido docenas de veces de no haber sido por dos cosas: el sentido común y la suerte.

—¡Tan joven! —exclamó Taxiles maravillado—. Tu juventud fascina a mi rey por encima de todo lo demás.

—Treinta y tres el pasado septiembre —manifestó Octavio un tanto relamido.

—Estarás a la cabeza de Roma durante décadas.

—Absolutamente. ¿Espero poder decir lo mismo de Fraates?

—Sólo entre tú y yo, César, no. La corte ha sido un tumulto desde que Pacoro invadió Siria. Digo que habrá muchos reyes de Partia antes de que acabe tu reinado.

—¿Se adherirán a este tratado?

—Sí, categóricamente. Los deja en libertad para ocuparse de sus pretendientes.

Armenia se había distanciado desde que había tenido lugar la guerra de Actium; Octavio comenzó el agotador viaje Éufrates arriba hacia Artaxata seguido por quince legiones, por lo que a algunos de los soldados les parecía una marcha que estaban condenados a repetir siempre. Pero aquélla iba a ser la última vez.

—Le he entregado la responsabilidad de Armenia al rey de los partos —le dijo Octavio a Artavasdes de Media— con la condición de que se quede en su lado del Éufrates. Tu parte del mundo es sombría porque está al norte de la cabecera del Éufrates, pero mi tratado fija el límite como una línea entre Colchis, en el mar Euxino, y el lago Matiane. Eso le da a Roma Carana y las tierras alrededor del monte Ararat. Te devuelvo a tu hija Iotape, rey de los medos, porque ella se casará con un hijo del rey de los partos. Tu deber es mantener la paz en Armenia y Media.

—Ya todo está hecho —le dijo Octavio a Proculeio—, sin pérdida de vidas o de miembros.

—No necesitabas ir a Armenia en persona, César.

—Es verdad, pero deseaba ver la disposición de la tierra por mí mismo. En los años futuros, cuando esté sentado en Roma, quizá necesite un conocimiento de primera mano de todas las tierras orientales. De lo contrario, algún nuevo militar hambriento de fama podría engañarme.

—Nadie hará nunca eso, César. ¿Qué harás con todos los clientes-reyes que se pusieron del lado de Cleopatra?

—Desde luego, no les exigiré dinero. Si Antonio no hubiese intentado cobrarles a estas personas un dinero que no tenían, las cosas podrían haber sido muy diferentes. Las disposiciones de Antonio son excelentes, y no veo ningún mérito en anularlas sólo para afirmar mi propio poder.

—César es un enigma —le dijo Estatilio Tauro a Proculeio.

—¿Cómo es eso, Tito?

—No se comporta como un conquistador.

—No creo que él se vea a sí mismo como un conquistador. Sólo intenta acomodar las piezas de un mundo que pueda entregarle al Senado y al pueblo de Roma como un objeto acabado en todos los sentidos.

—¡Ja! —exclamó Tauro—. ¡El Senado y pueblo de Roma, y un huevo! No tiene la intención de soltar las riendas. No, lo que me intriga, compañero, es cómo pretende gobernar, porque gobernar es lo que debe hacer.

Tenía su quinto consulado cuando acampó en el Campo de Marte acompañado por sus dos legiones favoritas, la vigésima y la vigésima quinta. Y estaba obligado a quedarse allí hasta haber celebrado sus triunfos, tres en total: por la conquista de Illyricum, la victoria en Actium y por la guerra en Egipto.

Aunque ninguno de los tres podía rivalizar con algunos de los triunfos del pasado, cada uno de ellos fue exagerado más que cualquier otro anterior cuando se trató de la propaganda. Sus Antonios eran viejos gladiadores; sus Cleopatras, gigantescas mujeres germanas que controlaban a sus Antonios con collares y correas de perros.

—¡Maravilloso, César! —dijo Livia Drusilia cuando se acabó el triunfo por Egipto y su marido regresó a casa después del festín en Júpiter Óptimo Máximo.

—Sí, eso creo —replicó él, complacido.

—Por supuesto, algunos recordábamos a Cleopatra de sus días en Roma, y nos asombramos al ver cuánto se había crecido.

—Sí, ella le chupó la fuerza a Antonio y se hinchó de gloria.

—¡Qué razón tienes!

Luego llegó el trabajo, que era lo que Octavio más amaba. Había salido de Egipto como propietario de setenta legiones, un total astronómico en el que sólo con el oro del tesoro de los Ptolomeo podía permitirse retirarse

cómodamente. Después de un cuidadoso estudio había decidido que, en el futuro, Roma no necesitaría más de veintiséis legiones; ninguna de ellas estaría destinada en Italia o la Galia Cisalpina, y eso significaba que ningún ambicioso senador dispuesto a suplantarlo tendría a mano tropas. Además, estas veintiséis legiones constituían un ejército permanente que serviría bajo las águilas durante dieciséis años y bajo bandera durante otros cuatro. Cada una de las cuarenta y cuatro legiones que había licenciado fueron desparramadas de un extremo al otro del Mare Nostrum, en tierras confiscadas a las ciudades que habían respaldado a Antonio. Aquellos veteranos nunca vivirían en Italia.

La propia Roma había comenzado las transformaciones que había jurado Octavio: de ladrillos a mármol. Cada templo fue repintado con sus verdaderos colores, las plazas y los jardines fueron remodelados y el botín de Oriente fue utilizado para adornar templos, foros, circos y mercados. Maravillosas estatuas y pinturas, fabulosos muebles egipcios. Un millón de pergaminos fueron colocados en la biblioteca pública.

El Senado votó para Octavio toda clase de honores; él aceptó unos pocos y mostró su desagrado cuando insistieron en llamarlo «dux», líder. Octavio tenía algunos deseos secretos, pero no eran de dominio público; la última cosa que deseaba era parecer déspota. Por lo tanto, vivía como correspondía a un senador de su rango, pero nunca con excesos. Sabía que no podía continuar gobernando sin el apoyo del Senado, pero, sin embargo, también sabía con la misma certeza que de alguna manera tenía que ejercer un control sobre él sin parecer que lo hacía. Lo ayudaba a controlar el fisco y el ejército, dos poderes que no se podían fijar, pero no le daba ni una pizca de inviolabilidad personal. Para eso necesitaba los poderes de un tribuno de la plebe, y no durante un año o una década, sino para toda la vida. Con ese fin tenía que trabajar poco a poco hasta obtener el más grande de todos los poderes: el de veto. Él, el menos musical de todos los hombres, tenía que cantarle al Senado una canción de sirena tan seductora que lo obligara a permanecer en sus remos para siempre...

Cuando Marcela cumplió los dieciocho años se casó con Marco Agripa, cónsul por segunda vez; seguía enamorada de su serio y poco comunicativo héroe, y entró en el matrimonio convencida de que ella lo cautivaría.

La guardería de Octavia no parecía nunca reducir su tamaño, a pesar de la partida de Marcela y Marcelo, los dos mayores. Tenía a Iulio, Tiberio y Marcia, todos de catorce años; Cellina, Selene, el mellizo de Selene, el ahora llamado Cayo Antonio y Druso, de doce años, Antonia y Julia, de once; Tonilla, de nueve; el ahora llamado Lucio Antonio, de siete, y Vipsania, de seis. En total, doce niños.

—Lamento ver marchar a Marcelo —le dijo Octavia a Cayo Fonteio—,

pero tiene su propia casa y debe vivir allí. Será un contubernalis en la plana mayor de Agripa el año que viene.

—¿Qué hay de Vipsania ahora que Agripa está casado?

—Se quedará conmigo; creo que es una buena decisión. Marcela no querrá un recordatorio de sus últimos años en la guardería, y Vipsania lo sería. Además, Tiberio se mostrará abatido.

—¿Cómo están los hijos sobrevivientes de Cleopatra? —preguntó Fonteio.

—¡Mucho mejor!

—Así que Cayo y Lucio Antonio, así llamados, al final se cansaron de verse zurrados por Tiberio, Iulio y Druso.

—Una vez que me decidí a hacer ojos ciegos, sí. Ése fue un buen consejo, Fonteio, aunque no me gustó mucho en su momento. Ahora, lo único que me queda por hacer es convencer a Cayo Antonio de que no coma demasiado; ¡oh, es un glotón!

—También lo era su padre en muchas maneras.

Fonteio apoyó la espalda en una columna de los nuevos y preciosos jardines que Livia Drusilia había creado alrededor de los viejos estanques de carpas de Hortensio y cruzó los brazos un tanto a la defensiva. Ahora que Marco Antonio estaba muerto y su tumba en Alejandría sellada para siempre había decidido probar suerte con Octavia, que había tenido muchos años para llorar a su último marido. A los cuarenta años, probablemente habían pasado sus días fértiles, y la guardería no recibiría más miembros, a menos que hubiese nietos. ¿Por qué no intentarlo? Ella y él habían sido tan buenos amigos que había superado la convicción de que ella lo rechazaría por respeto a la memoria de Antonio.

«¡Qué hombre tan apuesto!», pensaba ella mientras lo miraba, segura de que él tenía algo en mente, según su intuición.

—Octavia... —dijo él, y se detuvo.

—¿Sí? —lo animó ella, curiosa—. ¡Dime!

—Sin duda, tú sabes lo mucho que te quiero. ¿Te casarías conmigo?

La sorpresa dilató sus pupilas y tensó su cuerpo. Ella suspiró y sacudió la cabeza.

—Te agradezco la oferta, Cayo Fonteio, y sobre todo el amor, pero no puedo.

—¿No me amas?

—Sí, te amo. Ha crecido en mí año tras año, y tú eres muy paciente. Pero no puedo casarme contigo, o con nadie más.

—Por el imperator César —dijo él, la voz tensa.

—Sí, por el imperator César. Me ha mostrado a todo el mundo como epítome de la devoción de la esposa, del cuidado maternal. ¡Qué bien recuerdo cómo reaccionó cuando nuestra madre cayó en desgracia! Si me casase de nuevo. Roma se llevaría una desilusión.

—Entonces, ¿podemos ser amantes?

Ella se lo pensó, su generosa boca curvada en una sonrisa.

—Se lo preguntaré, Cayo, pero su respuesta será no.

—¡Pregúntaselo de todas maneras! —Él fue a sentarse en el borde de un estanque, sus hermosos ojos llenos de luz, la boca sonriente—. Necesito una respuesta, Octavia, incluso si es un no. Pregúntaselo ahora.

Su hermano estaba trabajando en su escritorio, ¿cuándo no lo estaba? Él la miró, el entrecejo fruncido.

—¿Puedo verte en privado, César?

—Por supuesto. —Un gesto hizo que los escribientes saliesen a la carrera—. ¿Y bien?

—He recibido una propuesta de matrimonio.

Esto provocó un gesto de desagrado.

—¿De quién?

—Cayo Fonteio.

—¡Ah! —Él unió los dedos—. Un buen hombre, uno de mis más leales partidarios. ¿Quieres casarte con él?

—Sí, pero sólo con tu consentimiento, hermano.

—No puedo consentir.

—¿Por qué?

—¡Oh, vamos, Octavia, tú sabes por qué! No es ese casamiento contigo lo que lo pone a él tan alto, es que a ti te pone en una posición muy baja.

Se hundieron sus hombros; se sentó en una silla y agachó la cabeza.

—Sí, lo comprendo. Pero es muy duro, pequeño Cayo.

El nombre infantil trajo lágrimas a sus ojos; él las contuvo.

—¿Duro, hasta qué punto? —preguntó él.

—Me gustaría mucho casarme. Te he dado tantos años de mi vida, César, sin quejarme y sin expectativas de recompensa. Te permití elevarme a un nivel que me equipara a las vestales. Pero todavía no estoy decrepita, y siento que me merezco alguna recompensa. —Ella alzó la cabeza—. Yo no soy tú, César. No deseo estar en una posición más alta que todos los demás. Quiero sentir de nuevo el abrazo de un hombre. Quiero ser deseada y necesitada de una manera más personal que por los niños.

—No es posible —dijo él entre dientes.

—Entonces, ¿qué pasa si nos hacemos amantes? En secreto y con la más absoluta discreción. ¡Al menos dame eso!

—Me gustaría, Octavia, pero vivimos en una piscina transparente. Los sirvientes hablan, mis agentes hablan. No puede ser.

—¡Sí que puede ser! Los rumores nos rodean incesantemente (tus amantes, mis amantes), Roma hierve. ¿No crees que Roma ya no tiene a Fonteio por mi amante cuando pasamos tanto tiempo juntos? ¿Qué cambiaría, excepto que una ficción se convertiría en un hecho? Es algo tan viejo y gastado, César, que apenas si vale mencionarlo.

Él la escuchó con una expresión inescrutable, los párpados bajados; ahora los abrió y le dedicó la más dulce de las sonrisas del pequeño Cayo.

—Muy bien, acepta a Fonteio como tu amante. Pero a ninguno más, y nunca públicamente de mirada, gesto o palabra. No me gusta la perspectiva, pero no tienes ni una pizca de promiscuidad en tu cuerpo. —Descargó una palmada en las rodillas—. Llamaré a Livia Drusilia. Su ayuda no tiene precio.

Octavia se encogió.

—¡César, no! ¡Nunca lo aprobaría!

—Te equivocas, lo hará. Livia Drusilia nunca olvida que hay una madre en nuestra familia.

La última parte del año estuvo llena de crisis que Octavio y Agripa no habían previsto. Como siempre, una familia importante estaba en la raíz de ellas, y aquella vez les tocaba a los Licinio Craso. Era una familia tan antigua como la República, y su actual líder hizo un intento de hacerse con el poder, tan astuto él que no veía cómo podía fracasar. Pero aquel advenedizo trató con Octavio brillantemente, constitucionalmente y a través del Senado, que Marco Licinio Craso había asumido que le daría apoyo. No lo hizo. Licinia, la hermana de Craso, era la esposa de Cornelio Gallo, y de esta manera vinculaba a Cornelio Gallo a los acontecimientos. Cuando había sido gobernador de Egipto había conseguido grandes hazañas como explorador su éxito se le subió a la cabeza de tal manera que había escrito aquéllas en las pirámides, en los

templos de Isis y Hator y en varios monumentos de Alejandría. También había erigido gigantescas efigies de sí mismo en todas partes, una acción prohibida a todos los romanos, cuyas estatuas nunca podían exceder el tamaño de un hombre. Incluso Octavio se cuidaba de respetar esa regla; que su amigo y partidario Gallo no lo hiciera fue toda una sorpresa. Llamado a Roma para responder de sus hechos, Cornelio Gallo y su esposa se suicidaron a mitad del juicio por traición ante el Senado.

Octavio, que nunca pasaba por alto tales lecciones, mandó a Egipto a hombres comunes de baja cuna a partir de aquel momento, y se aseguró que los ex cónsules que gobernaban provincias fuesen enviados a regiones carentes de grandes ejércitos. Los ex pretores heredaron los ejércitos, y, dado que querían ser cónsules, era más probable que supiesen comportarse. Los triunfos serían sólo para la propia familia de Octavio, para nadie más.

—Astuto —afirmó Mecenas—. Tus ovejas senatoriales se comportaron como corderos: bee, bee, bee.

—La nueva Roma no puede dejar que prosperen los hombres ambiciosos que puedan desplegar sus colores a los caballeros y mucho menos a los plebeyos. Dejemos que ganen sus laureles militares, pero al servicio del Senado y el pueblo de Roma, no para el alarde de sus propias familias —dijo Octavio—. Tengo una solución para castrar a la nobleza, y no importará que sean viejos o nuevos. Podrán vivir como quieran, pero nunca alcanzarán la fama pública. Les permitiré las barrigas, pero nunca la gloria.

—Necesitas otro nombre, además de César —señaló Mecenas con la mirada puesta en un hermoso busto de Divus Julius saqueado del palacio de Cleopatra—. No se me ha escapado que no te interesa ser llamado dux o príncipe. Es mejor que desaparezca lo de imperator y Divi Filius ya no es necesario. Pero ¿qué nombre?

—¡Rómulo! —gritó Octavio, ansioso—. ¡César Rómulo!

—¡Imposible! —chilló Mecenas.

—¡Me gusta Rómulo!

—Puede gustarte todo lo que quieras, César, pero es el nombre del fundador de Roma y el primer rey de Roma.

—¡Quiero que me llamen César Rómulo!

Una postura de la que Octavio se negó a moverse, por mucho que lo intentaron Mecenas y Livia Drusilia. Por fin fueron a ver a Marco Agripa, que estaba en Roma esos días porque había sido cónsul el año anterior y lo sería de nuevo en el siguiente.

—¡Marco, convéncelo de que no puede ser Rómulo!

—Lo intentaré, pero no puedo prometeros nada —respondió Agripa.

—No sé a qué viene todo este escándalo —manifestó Octavio de mal humor cuando se lo plantearon—. Necesito un nombre de acuerdo a mi posición, y no se me ocurre ningún otro tan bueno como Rómulo.

—¿Cambiarías de opinión si alguien encontrase un nombre mejor?

—¡Sí, por supuesto! ¡No soy ciego a las implicaciones reales de Rómulo!

—Encuéntrale un nombre mejor —le dijo Agripa a Mecenas.

Fue Virgilio el poeta quien lo encontró.

—¿Qué te parece Augusto? —preguntó Mecenas con delicadeza.

Octavio parpadeó.

—¿Augusto?

—Sí, Augusto.

—Significa el más alto de los altos, el más glorioso de los gloriosos, el más grande de los grandes. Además, nunca ha sido utilizado como apellido por ninguno; nadie en absoluto.

—Augusto. —Octavio pronunció el nombre como si lo saborease—. Augusto... sí, me gusta. Muy bien, que sea Augusto.

El 13 de enero, cuando Octavio tenía treinta y cinco años y era cónsul por séptima vez, reunió al Senado.

—Es hora de que ceda todos mis poderes —les dijo—. Los peligros han pasado. Marco Antonio, pobre tonto, lleva muerto dos años y medio, y con él, la Reina de las Bestias, que lo corrompió vilmente. Los pequeños sustos y terrores pasajeros del momento también han muerto, no son nada comparados con el poder y la gloria de Roma. He sido el fiel guardián de Roma, su infatigable adalid. Por lo tanto, en este día, padres conscriptos, os comunico que cedo todas mis provincias: las islas del trigo, las Hispanias, las Galias, Macedonia y Grecia, la provincia de Asia, África, Cyrenaica, Bitinia y Siria. Las entrego al Senado y al pueblo de Roma. Todo lo que deseo mantener es mi díginitas, que representa mi estatus como consular, como vuestro princeps senatus, y mi rango personal como tribuno honorario de la plebe.

El Senado estalló en un rugido espontáneo.

—No, no —resonó en los oídos de Octavio desde todas partes, un rugido machacante.

—¡No, gran César, no! —llegó la voz de Planeo, la más sonora—. ¡Mantén en tus leales manos a Roma, te lo rogamos!

—¡Sí, sí, sí! —se oía desde todas partes.

La farsa continuó durante unas horas, Octavio intentando decir que ya no era necesario y el Senado insistiendo en que lo era. Por fin, Planeo, el eterno chaquetero, suspendió la sesión sin resolver el asunto hasta que el Senado volviese a reunirse dentro de tres días.

El 16 de enero el Senado, en la persona de Lucio Munatio Planco, se dirigió a su mayor luminaria.

—César, tu mano siempre será necesaria —manifestó Planeo, con su tono más melifluo—. Por lo tanto, te rogamos que mantengas tu imperium maius sobre todas las provincias de Roma y continúes como su cónsul superior durante el futuro. Tu escrupulosa atención hacia el bienestar de la República no se nos ha pasado por alto, y nos congratulamos de que, bajo tu cuidado, la República haya recibido un nuevo impulso, rejuvenecida para siempre.

Así continuó durante otra hora, y llegó al final con una voz estruendosa que resonó en toda la cámara.

—Como manera especial de darte las gracias de esta cámara deseamos otorgarte el nombre de César Augusto y recomendar una ley por la que ningún otro hombre pueda volver a utilizarlo. ¡César Augusto, el más alto de los altos, el más valiente de los valientes! ¡César Augusto, el hombre más grande en la historia de la República romana!

—Acepto.

«¿Qué otra cosa se podía decir?»

—¡César Augusto! —gritó Agripa, y lo abrazó.

El primero entre sus partidarios, el primero entre sus amigos.

Augusto salió de la Curia Hostilia como Divus Julius rodeado por una multitud de senadores, pero del brazo de Agripa. En el vestíbulo abrazó a su esposa y a su hermana, y luego avanzó hasta el borde de las escalinatas y levantó ambos brazos para saludar a la multitud que lo aclamaba.

«Siempre ha habido un Rómulo —pensó—. Soy Augusto, y único.»

FIN